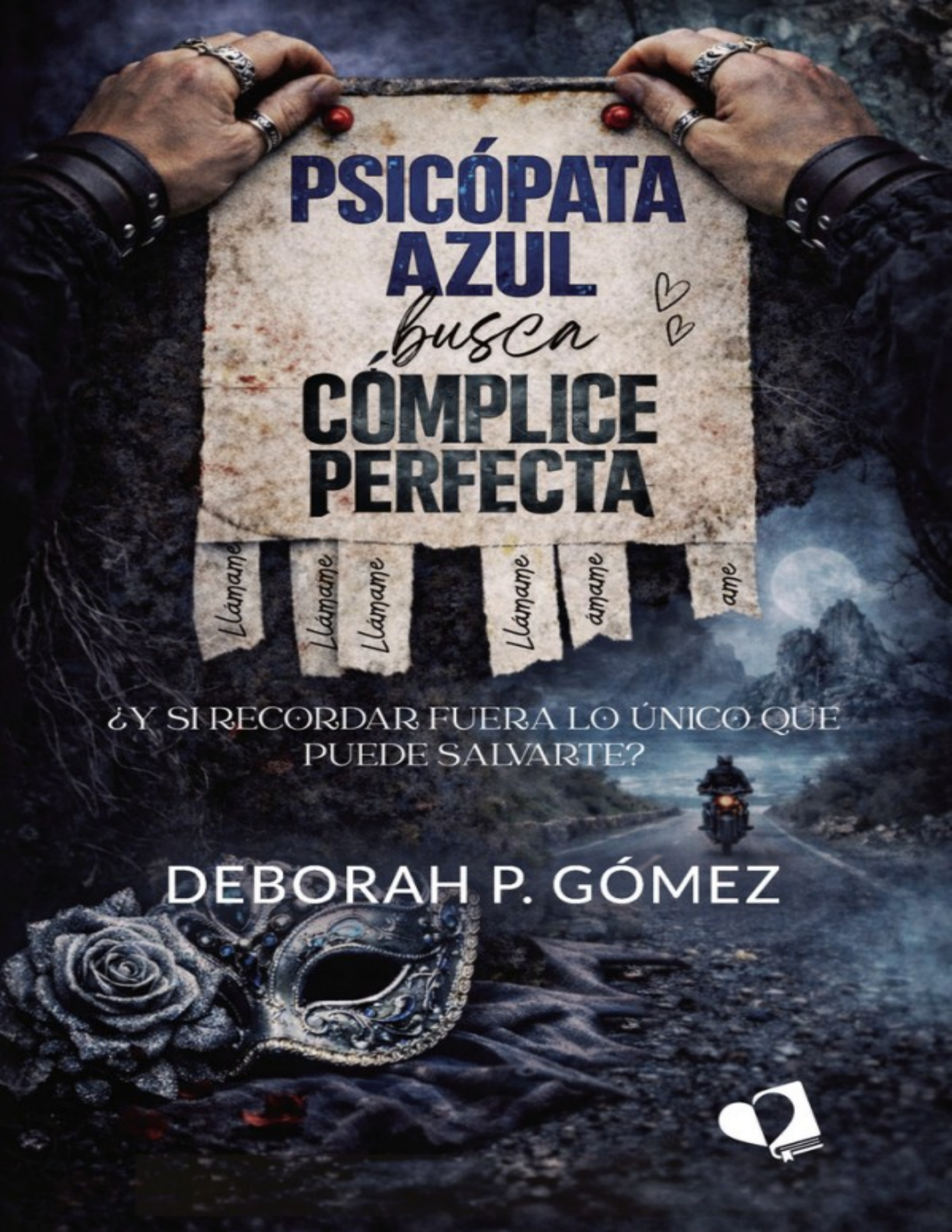

PSICÓPATA AZUL
busca
CÓMPLICE PERFECTA
Llámame
Llámame
Llámame
Llámame
ámame
ame
¿Y SI RECORDAR FUERA LO ÚNICO QUE PUEDE SALVARTE?
DEBORAH P. GÓMEZ

PSICÓPATA AZUL busca CÓMPLICE PERFECTA



DEBORAH P. GÓMEZ

COLECCIÓN milamores

Psicópata Azul busca Cómplice Perfecta

ISBN: 9791387832391
ISBN ebook: 9791387832827

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Deborah P. Gómez
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A todos aquellos que alguna vez han amado con el corazón y los ojos cerrados, pese a todas las advertencias.

PLAYLIST

Si quieres vivir ***Psicópata azul busca cómplice perfecta*** como fue concebida, ponte los cascos, aíslate del mundo, prepárate tu bebida favorita —vino, café, té… o lo que mejor combine con tus demonios— y dale al *play*.

Déjate llevar por la música, por el ritmo y por las emociones.
Aquí nada es casual.
Ni las canciones.
Ni las decisiones.
Ni las personas.

Bienvenida al juego.

1. Abre la aplicación de Spotify
2. Busca el icono de la cámara
3. Escanea el QR… ¡y a disfrutar!



1

¿PSICÓPATA AZUL? ALLÁ VAMOS

JUDITH

Me hundo en el sofá, observando con resignación mi copa de vino, mientras los créditos de la comedia romántica más empalagosa de la historia se deslizan por la pantalla. ¿Quién se cree que alguien pueda encontrar el amor en la cola del supermercado o tropezando en una librería? ¡Menuda idiotez!

Me lo tengo bien merecido por permitir que Gabriella, mi compañera de piso y amiga desde el instituto, elija la película, aun sabiendo que nos quedaremos las dos dormidas no tardando mucho. Voy a empezar a ser más estricta con estas cosas: si tiene menos de un 6.5 en IMDb, me niego a perder el tiempo.

Tal vez el problema no esté en la película, sino en mí y en mi cínica actitud hacia el amor en general. A mis veintiocho años, y con una relación fallida a mis espaldas, lo más romántico que me ha ocurrido últimamente es que el repartidor de *pizza* me guiñara un ojo. Y de eso han pasado ya seis meses…

Gaby y yo nos miramos sin comentar el final de ese bodrio de película, al igual que no comentamos nada de la razón por la que

ambas estamos hoy tan calladas: la inminente cena de antiguos alumnos del instituto secundario San Michele de Positano.

No sé quién tuvo la brillante idea de meternos en ese grupo de WhatsApp, solo sé que, mientras que a Gaby le entusiasma la idea de reencontrarnos con nuestros amigos de la infancia, a mí me parece una trampa disfrazada de nostalgia. Todo el mundo estará presumiendo de puestazo, familia feliz o casa en la playa. Y yo… yo sigo siendo tan solo una osteópata mal pagada en una clínica privada dirigida por un jefe déspota, aún soltera y, por tener, no tengo ni perro que me ladre. No es la vida que soñé, para qué negarlo, pero una no elige estas cosas.

—Aún no has confirmado tu asistencia —me acusa Gaby.

Cómo se nota que no es su exnovio quien estará allí con la mujer con quien le puso los cuernos.

—Bueno, es que… Ya sabes que el trabajo me tiene ocupada y aún no sé de seguro si podré ir.

—Eres masajista, no embajadora de las Naciones Unidas. ¿Por qué iba a ser el trabajo un impedimento para volver a reunirnos con nuestros amigos del instituto? —Me niego a contestar ni a sus palabras ni a esa mirada inquisidora que solo busca provocarme—. Tienes que pasar página con Lorenzo y Giulia. Ese imbécil nunca me gustó para ti. En realidad, le debes una al destino.

—No es eso. Les deseo lo mejor, de verdad… —Siempre y cuando *lo mejor* sea que los atropelle un camión cargadito de estiércol—. Es solo que…

—¿Qué? A ver qué excusa idiota me pones ahora.

Lo pienso un momento, pero es absurdo andarme por las ramas: no tengo secretos para Gaby.

Hace tres años que Lorenzo y yo rompimos por su infidelidad y, desde entonces, no ha habido un solo día en que no me haya preguntado qué habría pasado si lo hubiera perdonado. Quizá ahora sería yo —y no Giulia— quien luciera en Instagram ese anillo de zafiros como si fuese la joya de la corona. No sé ni por qué la sigo… Supongo que para convencerme de que todo está bien y que no me he convertido en la típica exnovia panoli y rencorosa.

Tengo que pasar página.

Cojo aire, sabiendo que mis palabras van a hacerme parecer insegura y patética, y suelto todo lo que he estado conteniendo estos días.

—Pues que… siempre pensé que, el día que me reencontrara con el hombre que me partió el corazón y con la mujer que fue su cómplice, yo estaría ya felizmente casada con un tipo que haría que a ella se le cayeran las bragas, y él se arrepintiera del día en que me lo encontré en la cama con otra. Ya está, lo he dicho.

—Tal vez deberías encontrar a alguien que hiciera que se te cayeran las bragas a ti y no a ella.

La miro con los ojos como platos. Esta mujer no tiene filtro.

—¡Gaby!

—¡Jude! —pronuncia usando el mismo tono que yo he empleado con ella—. ¿Qué? ¿No crees que ya va siendo hora de que dejes de guardarle luto a ese impresentable?

—No lo entiendes… Giulia era mi mejor amiga desde el colegio y nos hemos criado prácticamente juntas. ¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Es que no había más hombres en Positano a los que follarse que mi novio?

—Pensaba que tu mejor amiga era yo.

—Tú eres mi mejor amiga de la vida adulta, que es mucho más importante. Eso es para toda la vida —aseguro. Resoplo, y bajo la cabeza, perdida en el pasado—. ¿En qué momento se convirtió en el amor de su vida, Gaby? Antes de que se reinventase a golpe de bisturí, Renzo ni se fijaba en ella. Era la empollona de la clase.

—Pues la *empollona* es ahora la directora de Recursos Humanos de una multinacional y está a punto de casarse con el hombre de sus sueños.

«Y de los míos», pienso con fastidio.

—No me estás ayudando —reprocho.

—¿A qué llamas tú *ayudarte*? ¿A darte la razón y lamentarme contigo mientras vemos esas apestosas películas románticas que nadie se cree?

—¡Te recuerdo que las eliges tú! Si por mí fuera, estaríamos viendo alguna peli de terror nórdica.

—No necesitamos más terror, Jude. Desde que nos han añadido en ese grupo de la cena has estado más mustia que las plantas de la cocina. Lo que me recuerda que deberíamos hacer algo al respecto…

—¿Regarlas?

—¡No! Comprar plantas de plástico, así nos durarían más. —Juro que Gaby no deja de sorprenderme—. Volviendo al tema de la cena, no veo por qué el no tener un hombre maravilloso debería ser un problema. Yo estoy soltera y pienso aprovecharme de ello. He oído que Carlo se acaba de divorciar… Y Ricky también, por cierto. Ese chico siempre ha bebido los vientos por ti.

—¿Soy la única que ve una relación clara entre esos dos divorcios?

—¡Ni hablar! ¿Crees que Carlo y Ricky…?

Gaby está en *shock*, yo miro para otro lado. Llevo sospechando que Carlo es gay desde que íbamos a primaria. En cuanto a Ricky…, creo que todos lo sabíamos, menos él.

—Ya está, decidido: paso de ir. No tengo por qué dar explicaciones a nadie —sentencio.

Gaby hace una pausa para señalarme con el dedo.

—Un momento, ¿qué está pasando aquí?

Pillada y hundida.

Aburrida de esta conversación, me pinzo el puente de la nariz y resoplo, resoplo tanto que podría tirar la casa abajo, como en el cuento de *Los tres cerditos*.

—Puede que la última vez que hablé con alguien de la pandilla dijera alguna tontería, como que estoy prometida con un atractivo millonario…, por ejemplo. —Tuerzo el morro, sintiéndome patética. La mirada ojiplática de Gaby no me ayuda demasiado—. Y también es posible que dijera que vivíamos en una mansión a las afueras de Venecia, en uno de esos sitios para pijos de la Riviera de Brenta, como Mira o Dolo.

—¡Nada más y nada menos, bonita! ¿Me estás tomando el pelo? —pregunta. Yo niego con la cabeza—. Pues yo solo veo una manera de solucionar esto.

—¿No yendo a la cena? —propongo sarcástica—. ¡Justo lo que yo decía! Por fin hablamos el mismo idioma.

Mi amiga enarca las cejas y me mira como si la respuesta fuera más obvia que eso, y yo temo saber exactamente lo que me está proponiendo. La conozco demasiado bien.

—¡Tú estás mal de la cabeza! ¿De dónde quieres que me saque un atractivo millonario de la noche a la mañana?

—No hace falta que sea millonario, con que finja un poco, bastará.

Ella habla, yo vuelvo a negar con la cabeza, y ella me ignora. La historia de siempre.

—¿Qué tal Massimo? No puedes negarme que tu jefe tiene un polvazo, aunque sea un poco borde. Seguro que te hacía el favor.

—No es borde, Gaby, es un tirano. Además, ¿a cambio de qué? Te recuerdo que no sabe tener las manos quietas.

—Descartado tu jefe. ¿Y Sebas?

—¿Quién demonios es Sebas?

—El vecino del cuarto D, ese que te pone ojitos en el ascensor y tiene una preocupante tendencia a olvidarse la sal cuando va al súper. —Pongo los ojos en blanco—. OK, ya lo tengo, ya lo tengo… ¡Te va a encantar! —asegura emocionada. Yo lo dudo… mucho. Nada que salga con tanta alegría de sus labios puede *encantarme*—. ¿Conoces LoveBoard? Es una nueva aplicación de citas que funciona como un tablón de anuncios. Es simple, sencillo y misterioso. Nada de fotos, pura imaginación y charlas trascendentales.

Levanto una ceja y finjo un bostezo, a ver si lo pilla, pero ella sigue hablando:

—¿Te acuerdas de esos anuncios que había en la corchera de la universidad en los que había unas tiras con el número de teléfono? Pues esto funciona exactamente igual: alguien postea lo que busca, y si te interesa, tiras de la pestañita e inicias el chat.

—Ajá…

—Peeeeeroooo, tienes que ser rápida, porque cada anuncio solo tiene diez papelitos. Diez oportunidades para encontrar a la persona correcta.

—LoveBoard… ¿No fue allí donde conociste al «taxidermista creativo»? —recuerdo con retintín, pues su cita resultó ser un enfermo obsesivo y casi acabamos los tres en comisaría.

—Fue culpa mía, sabes que siento una preocupante fascinación por los anuncios más extravagantes, pero ya he aprendido la lección. Bueno qué, ¿te animas?

Me quiero contagiar de su entusiasmo, lo juro, pero estoy emocionalmente estéril. La idea de quedar con un extraño y fingir que me interesa lo más mínimo lo que me está contando me da mogollón de pereza.

—Paso. Dudo que encuentre ningún millonario de alquiler en la sección de contactos de esa aplicación.

—¡Pues qué pena! Porque acabo de instalarla en tu móvil y ya te he creado un perfil, Cómplice Perfecta.

—¿Que has hecho el qué?

Le quito el teléfono con furia. El atractivo diseño de la aplicación llama poderosamente mi atención. De *cómplice* nada, lo que soy es la víctima perfecta de cualquier *marketing* bien hecho y de la tarada de mi mejor amiga.

No las tengo todas conmigo, sigo creyendo que lo más sencillo es pasar de esa estúpida cena —que ya me ha hecho comerme tres dónuts rellenos de crema de pistacho— y fin del problema. Aunque echar un vistacito, solo por curiosidad, tampoco me compromete a nada…

Me acomodo a su lado en el sofá y empezamos a cotillear los anuncios que la gente ha colgado en ese peculiar tablón virtual del amor, filtrando a los usuarios que viven en un radio de cien kilómetros a la redonda de Venecia.

—Exciclista resentido dice: «Vendo bici rota y regalo mi corazón (también un poco roto). Busco alguien que sepa reparar ambas cosas» —leo en voz alta—. Un poco deprimente, ¿no?

—¿Qué me dices de este? «Robacorazones89. Busco compañera de crimen para atracar un banco… o robar corazones. Que le gusten los gatos y las películas de acción».

—Prefiero los perros —respondo apática.

—A mí me ha parecido mono. —Gaby se encoge de hombros—. Okey, creo que yo acabo de encontrar al hombre de mi vida: «Bohemio-enamorado. Cambio recetas de lasaña de mi abuela por

una cita en un café literario. Si odias la piña en la *pizza*, soy tu hombre». ¡Es perfecto!

La piña en la *pizza*, ese drama que mantenía al mundo dividido en dos y despertaba la ira de cualquier italiano con pedigrí.

—No sé, es que a mí esto de no ver quién está al otro lado de la pantalla me descoloca un poco —confieso.

—¿No entiendes que ahí está la gracia? —defiende Gaby—. Sin foto somos más objetivos. Imagínate que el hombre de tus sueños se esconde detrás de alguno de esos anuncios y que lo descartas solo porque no es fotogénico o no te gusta su ropa.

—A mí me da igual cómo vista, Gaby. Si es buena persona, lo de fuera se puede mejorar.

—¡Mejor aún! ¿Qué me dices de CamilloSG? «Alquilo mis conocimientos sobre astrología para saber si eres mi destino. Relación seria, nada de signos de aire».

—¡Vaya! Qué lástima que yo sea Géminis entonces —bromeo con tonito—. Mira, Gaby, veo más factible encontrar al monstruo del lago Ness en esta aplicación que un hombre interesante. Tal vez debería probar de nuevo con Tinder… No me fue tan mal la última vez. Al menos, eché un par de polvos.

—No seas así, dale una oportunidad. Te aseguro que, una vez le pillas el truco a esto, es hasta divertido.

—Divertidísimo, me lo estoy pasando bomba ahora mismo.

—Estás empezando a oxidarte, Jude.

No quiero replicarle porque sé que tiene razón. Alguna vez me he llegado a preguntar si se me habrá restaurado el himen por falta de actividad.

Sigo leyendo anuncios absurdos de hombres que hacen todo lo posible por llamar la atención, hasta que doy con uno que realmente me intriga. Lo más sensato sería salir corriendo en lugar de detener la vista ante un anuncio así, pero la sensatez nunca ha sido mi cualidad más brillante. Prueba de ello es que me enamoré perdidamente de Lorenzo, a pesar de que tenía más *red flags* que el Buscaminas.

Volviendo al anuncio, no es que sea peculiar, es que es completamente surrealista y da un poco de mal rollo. Pero algo en él

me hace sentir que, quienquiera que esté detrás del apodo Psicópata Azul, me está buscando a mí, pues su propuesta encaja a la perfección con el apodo que Gaby me ha elegido: Cómplice Perfecta.

La coincidencia me perturba un poco.



—¿Quién en su sano juicio respondería a un anuncio así?

Estoy tan ocupada flipando en colores que no he visto venir el dedo impertinente que ha arrancado el papelito virtual sobre la pantalla.

—Me temo que tú acabas de hacerlo.

2

LA MEJOR MALA DECISIÓN DE MI VIDA

JUDITH

Hemos hecho *match.*

Aquel que dice llamarse Psicópata Azul y yo hemos hecho *match* en LoveBoard*.*

¡Voy a matar a Gaby!

—¡Bendito el momento en que te hice caso! ¡Acaba de mandarme un mensaje! —vocifero.

Lejos de sentir emoción, la idea de intercambiar cualquier tipo de comunicación con ese hombre me genera aún más ansiedad que la cena de antiguos alumnos.

—De eso se trata, ¿no?

—¡Serás desgraciada! ¿Por qué me has puesto como apodo Cómplice Perfecta?

—Pensé que así sería más divertido.

—Empieza a preocuparme lo diferente que entendemos tú y yo el significado de esa palabra. ¿Qué se supone que debería hacer ahora?

Gaby recorre la pantalla de mi teléfono con un mohín risueño. Su pequeña estatura y su rostro algo infantil siempre le ayudan a salirse

con la suya, pero conmigo no le va a funcionar la estrategia.

—¡Tranquilízate! Solo te ha saludado, así que yo empezaría por un simple *hola*.

—¿Cómo voy a estar tranquila, Gaby? ¡Se ha definido a sí mismo como *psicópata*!

—*Azul* —aclara ella, como si el color de su tara cambiara en algo las cosas—. Seguro que solo es una broma para darle un poco de emoción al asunto.

—Yo desinstalo la aplicación y se acabó el problema. Ya sabes lo que dicen: muerto el perro…

—Deja al pobre perro en paz. Por cierto, tu psicópata azul te está escribiendo…

Gaby mantiene esa expresión divertida en el rostro y yo dibujo una mueca de pánico en el mío. Juro que esta me la va a pagar. No sé cuándo, pero me la va a pagar como que me llamo Judith Marsili.

Psicópata Azul: ¿Crees en el destino? Tan pronto he visto tu apodo he entendido que podríamos hacer grandes cosas juntos.

Cómplice Perfecta: Dime una cosa antes de seguir con esta conversación: ¿eres tan peligroso como suenas en tu anuncio o solo es una estrategia de *marketing*?

Psicópata Azul: Solo soy peligroso si te gusta jugar con fuego. Si has respondido a mi anuncio, sospecho que eres de las que no se asustan con facilidad, ¿me equivoco?

Cómplice Perfecta: Depende del tipo de fuego del que estemos hablando. Porque, si es del que quema lentamente…, suelo disfrutar del calor… y del riesgo.

Psicópata Azul: *Slow burn*, mi especialidad. Me encanta que las cosas ardan poco a poco y exploten en el momento adecuado.

—¡Menos mal que no querías hablar con él! —se burla Gaby, que no ha perdido el hilo de nuestros mensajes.

Leo lo que he escrito y siento un calor repentino bajando por mi cuerpo. En mi vida he contestado a un mensaje así. Es como si me hubiera poseído algún demonio extraño que se alimenta del morbo de la situación. Supongo que, al no ver quién está al otro lado de la pantalla, me lo he tomado como un simple juego un tanto peligroso.

—¿Estoy siendo demasiado… explícita?

—¡Me estáis poniendo cachonda! Para estar en contra de chatear con un extraño, te veo muy lanzada.

—Tiene algo en su manera de escribir que me pervierte.

—Te dije que el punto fuerte de esta aplicación es que todo se basa en la comunicación. Sin las fotos, somos solo alma y palabras.

—Pues vamos a averiguar qué esconde el alma de este psicópata azul…

Psicópata Azul: ¿Qué tal se te da improvisar excusas creativas, Cómplice Perfecta? Te advierto de que las cenas con mi familia pueden volverse muy intensas.

Cómplice Perfecta: Me gustan las cosas *intensas*. Aunque aún no me has respondido a si sobreviviré a una cita contigo. Tu apodo y tu ambigüedad me tienen en un sinvivir, señor Psicópata.

Psicópata Azul: Mmm…, define *sobrevivir*. Digamos que podrías salir ilesa si juegas bien tus cartas. ¿Te gusta jugar, Cómplice?

Cómplice Perfecta: Demasiado, aunque debería advertirte yo a ti de que nunca juego para perder. Y no suelo dejar que nadie lleve el control… Al menos, no por mucho tiempo.

Psicópata Azul: Me tienes intrigado. ¿Y qué pasa si te dejo pensar que tienes el control, pero, en realidad, te llevo exactamente a donde yo quiero?

Cómplice Perfecta: Eso dependerá de a dónde quieras llevarme. Soy de las que siguen su propio camino, aunque quizás, por pura curiosidad, podría seguirte por esta vez.

Y tanto que le estoy siguiendo… Como mínimo, la corriente. Jugando con fuego y sin miedo a quemarme con sus ardientes palabras, porque algo en sus mensajes me resulta deliciosamente tentador.

Mi cabeza no puede evitar imaginar su rostro, sus facciones o la expresión que habita en ellos. ¿Será rubio o moreno? ¿Tendrá los ojos azules como el mar en una tarde de verano o negros como la noche?

Psicópata Azul: Curiosidad… Esa es una puerta peligrosa de abrir. Una vez que la cruzas, ya no hay marcha atrás.

Cómplice perfecta: Entonces, dime dónde está esa puerta… porque me muero de ganas de empujarla y ver qué hay al otro lado.

Psicópata Azul: ¿Qué te lo impide?

Cómplice Perfecta: Tal vez estoy esperando a que seas tú quien me empuje… así al menos podremos pecar juntos. ¿Crees que cumplo el perfil de Cómplice Perfecta para cualquiera que vaya a ser tu crimen?

—¿Así al menos podremos pecar juntos»? —Mi amiga se lleva las manos a la cabeza—. ¡Se te está yendo de las manos, Jude! ¿Y si de verdad es un psicópata peligroso y le estás siguiendo el rollo?

—¿No te mueres de curiosidad por saber quién se esconde al otro lado?

—¡¡No!! Empieza a darme miedo. Pensaba que solo estabas buscando a alguien que se hiciera pasar por tu novio en esa cena, tal vez echar un polvo… Pero ese tío no está bien de la cabeza, Jude, y tú le estás dando coba. ¡Córtalo ahora mismo!

—Pero ¿tú has leído estos mensajes? La química virtual, la complicidad, el rifirrafe verbal… Imagínate cómo podría ser vernos en la vida real —replico poseída por la magia de LoveBoard—. Nunca he conocido un hombre que me estimule tanto intelectualmente.

—¡No es real, Jude! Es el morbo de la aplicación: el misterio hace que tu cabeza te juegue malas pasadas. Seguro que te lo estás imaginando como un casanova y no es más que un ser atormentado y solitario. Y muy feo, no te olvides de eso. Terriblemente feo. ¿Por qué si no se escondería detrás del móvil?

—En realidad, me estoy imaginando un filósofo trasnochado, un bohemio, un vividor… , o quizá un niñato que no soporta que su familia le diga lo que tiene que hacer.

—Tú has dado por hecho que este chico es joven como nosotras, pero igual ronda los ochenta o noventa. Y aquí estás tú, ligando con él descaradamente, invitándolo a que te secuestre y te enseñe puertas.

—Necesito averiguar qué edad tiene como sea…

—¡No! Necesitas cortar y buscar a otro espécimen más normal al que llevar a esa cena. Te aseguro que ese Psicópata Azul no cumple con el perfil de «millonario atractivo con una mansión en la Riviera del Brenta». Céntrate, Jude, céntrate.

Está claro que Gaby y yo no nos vamos a poner de acuerdo. Un escalofrío me recorre la espina dorsal por la excitación y la incertidumbre, y me obligo a regresar con mi Psicópata Azul, que hace rato que mandó su último mensaje:

Psicópata Azul: Reconozco que eres una buena candidata. Veamos qué tal se te da buscar excusas. ¿Has pensado qué vas a decirle a mi madre cuando pregunte por nuestros planes de boda? Porque te aseguro que lo hará antes de que lleguen las bebidas.

Cómplice Perfecta: La verdad, que estamos esperando a que Júpiter y Saturno se alineen para poder casarnos. La energía cósmica tiene que ser perfecta el día de nuestra boda.

Psicópata Azul: ¡Error! Mi madre es terriblemente católica. Igual nos quema a los dos en la hoguera como te oiga decir semejante blasfemia. Aún defiende la teoría de Adán y Eva por encima de lo que dijera Darwin.

Cómplice Perfecta: En ese caso, ¿qué tal si le contamos que el Vaticano tiene que revisar nuestro árbol genealógico para comprobar que no estamos emparentados con ningún santo? Queremos evitar que nada nos robe protagonismo en nuestra boda.

Psicópata Azul: Ella sabe que se necesita un milagro para atarme en corto. Tendrás que ser más creativa, *cara mia*[1].

Cómplice Perfecta: Acabas de darme la respuesta: nuestro matrimonio va a ser reconocido como milagro por la Iglesia, pero parece que es un proceso bastante lento…

Psicópata Azul: Me gusta. Pero ¿qué pasa si no se lo cree?

Cómplice Perfecta: Le diré que estamos inmersos en una investigación científica para descubrir si casarse antes de los treinta afecta a la esperanza de vida. Aunque nos amamos locamente, estamos dispuestos a sacrificarnos por la ciencia. ¿Sería aplicable esa excusa en tu caso?

Tiro el anzuelo y espero a ver si pica. Si el tío es mayor de cuarenta o menor de veinticinco, no me interesa en absoluto. Lo

siento, la diferencia de edad sí es un problema para mí.

Psicópata Azul: Me temo que no nos vale, ya alcancé la edad de Cristo.

—Treinta y tres años —adivina Gaby—. Cinco más que tú.

Respiro aliviada. Puede que sea un perturbado, pero al menos la edad no debería preocuparme.

Psicópata Azul: Notición: acabo de elegirte entre un buen elenco de misteriosas candidatas. Tengo la sensación de que vamos a divertirnos mucho juntos en esa cena. ¿Estás libre dentro de tres sábados? Espero que tengas un buen paraguas, van a llover las indirectas sobre bebés.

Gaby me quita el teléfono y me mira como si estuviera loca de remate por siquiera considerar su oferta.

—¿No estarás planteándote en serio meterte en casa de un desconocido con toda su familia?

—Es muy arriesgado, ¿verdad?

—¡Por fin empiezas a usar la cabeza para algo más que llevar esa bonita melena roja!

—¿A quién se le ocurre invitar a un evento familiar a una completa desconocida? ¿Y si soy cleptómana? —replico sin escucharla—. O, aún peor, ¿y si me tiro pedos y eructo durante la cena?

Mi amiga me mira con la boca tan abierta que temo que pueda colarse en ella alguno de los miles de mosquitos que viven en Venecia. Y pensar que fue ella quien tuvo esta idea de la que ahora intenta disuadirme…

—¡Que no hay cena, Jude! ¿Es que no ves que este tipo está intentando engatusarte? Se ha inventado todo ese rollo para meterte en alguna ceremonia satánica donde vas a ser la virgen sacrificada para invocar al demonio.

—Sé que mi vida sexual no es muy excitante, Gaby, pero de ahí a considerarme virgen…

—Te estás perdiendo en los detalles. Todo esto me da muy mala espina.

A mí me mata la curiosidad por ponerle rostro al dueño de tan enigmáticas palabras, pero no puedo confesárselo a mi amiga o hará que me encierren en un manicomio.

—Asegúrate de compartir la localización en todo momento —insiste—. Al menos, así podré darle alguna pista a los *Carabinieri* cuando desaparezcas.

—No seas tan dramática, no te pega.

—Y a ti no te pega ser tan irresponsable. Parece que hoy nos hemos intercambiado los papeles, amiga.

Cómplice Perfecta: ¿De verdad vas a llevarme a una cena familiar? ¿Sin conocerme de nada?

Psicópata Azul: Creía que había dejado claro en mi anuncio que ese era precisamente mi propósito. Disculpa, soy nuevo en esta aplicación. ¿Acaso no funciona así?

Cómplice Perfecta: Abortamos misión, mi misterioso desconocido. No voy a meterme en una cena multitudinaria sin conocernos antes. ¿Qué pasa si eres un psicópata?

Psicópata Azul: Pensaba que ese punto también lo había aclarado con mi apodo.

Cómplice Perfecta: En ese caso, me temo que no puedo aceptar tu oferta. Justo ese fin de semana tengo inspección anual de unicornios invisibles para asegurarnos de que sus crines siguen brillando con los suficientes arcoíris. Es una misión compleja y puede durar horas, por eso de que son invisibles y cuesta encontrarlos, ya sabes…

Psicópata Azul: Adoro tus excusas baratas, definitivamente eres perfecta para el puesto. Supongo que un café para conocernos un poco antes no nos hará daño. ¿Quedamos mañana?

Cómplice Perfecta: Parece que ya vamos hablando el mismo idioma.

—¿De verdad vas a quedar con él? ¡Tú estás mal de la cabeza! —vocifera Gaby, tan alto, que apuesto que hasta ese señor tan raro del sexto se ha enterado.

—¿¡Es que no te has dado cuenta de lo maravilloso de esta coincidencia!? —grito con ilusión renovada—. Psicópata Azul y Cómplice Perfecta. Él necesita una novia falsa para esa cena familiar, y yo necesito un novio falso para mi cena de antiguos alumnos. Es P-E-R-F-E-C-T-O, Gaby. Sencillamente perfecto.

—¡Ni caído del cielo! —replica, haciendo uso del sarcasmo—. ¡Por Dios, Jude! Ni siquiera le has visto la cara.

—¿No era esa la gracia del juego? *Somos solo alma y palabras,* tú misma lo has dicho. Y está claro que nuestras almas se entienden a la perfección.

—Entre tu celibato voluntario y tu reciente desmelene, ¡vas a acabar conmigo!

Psicópata Azul: Parece que tenemos una cita entonces. ¿Conoces La sombra del viento? Te veo allí a las siete. Lleva un vestido rojo, será más fácil reconocerte entre la multitud.

—¡Y encima te elige la ropa! —Gaby sigue sin dar crédito. Yo reconozco que la situación me divierte—. Rojo, Jude. No amarillo ni verde, no. ¡Te ha pedido que vistas de rojo sangre! ¿Es que no te da eso alguna pista?

—O de rojo vino, rojo Ferrari, rojo pasión, rojo Valentino, rojo putilla…

Pensaba ir de rojo de todos modos, es un color que suele sentarme de escándalo, pues acentúa el cobrizo de mi melena y mis ojos verdes.

—¿De verdad vas a dejar que un hombre decida qué ponerte?

—No dramatices, solo lo ha hecho para poder identificarme. ¿Has estado alguna vez en La sombra del viento? No me suena de nada…

—Lo acabo de buscar en Google Maps, está cerca del Puente del Purgatorio, en una calle donde apenas pasa gente. —El suspiro de agobio de mi amiga no consigue afectarme—. Esto me da muy mala espina, Jude… ¿Por qué no te cita en un lugar más concurrido?

—Porque sabes mejor que yo que los viernes por la noche Venecia está atestada de turistas. Es un agobio. Mejor un sitio discreto donde podamos conocernos.

—O donde pueda asesinarte sin testigos…

—¡Mira que eres exagerada!

Cómplice Perfecta: Allí nos veremos mi vestido rojo, tú y yo. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes algo lo suficientemente interesante como para competir con mi atuendo?

Psicópata Azul: Llevaré mi sonrisa mortal y la chaqueta de motorista. Nadie puede resistirse a eso.

Cómplice Perfecta: Una chaqueta de motorista y una sonrisa mortal… Estoy empezando a pensar que eres más peligroso de lo que pareces, señor Psicópata. ¿Cuántos corazones rompes en una semana?

Psicópata Azul: Prefiero romper expectativas. Te advierto que, si la cita de mañana sale bien y acabamos juntos en esa fiesta, necesito que estés dispuesta a huir conmigo después del postre. ¿Prefieres escapar por el tejado o la ruta tradicional de la ventana del baño te va bien?

Cómplice Perfecta: El tejado suena más tentador. Siempre he tenido debilidad por los hombres que me sacan de las fiestas a lo James Bond. ¿Y a dónde vamos a huir, mi Psicópata Azul?

Psicópata Azul: A donde nos lleve el destino. Solos tú, mi moto y yo. ¿Qué me dices?

—¡Que no! Eso vas a decirle, Jude: ¡que no! —Se adelanta Gaby, con un intento fallido por robarme el móvil—. ¡*Moto*, Jude! ¡Ha dicho *moto*!

—¿Desde cuándo te dan miedo a ti las motos?

—Desde que están prohibidas en el casco histórico de Venecia. ¿Es que no lo entiendes? —Arrugo un poco los ojos sin saber por dónde van sus pensamientos—. Si no puede circular por Venecia, ¿a dónde narices te va a llevar? ¿No te das cuenta de que hay algo que no tiene sentido?

Igual es esa curiosidad que mató al gato lo que va a ocasionar algún día mi fatal destino, pero no puedo evitar esa emoción recorriéndome entera, seduciéndome, invitándome a aceptar su oferta. Necesito algo de salseo en mi vida.

Cómplice Perfecta: Acepto. Y espero que conduzcas tan rápido como hablas.

Psicópata Azul: No hay nada más sexi que una chica en rojo aferrada a mi cintura mientras el mundo pasa ante nuestros ojos en un suspiro.

Cómplice Perfecta: Estoy empezando a creer que esta podría ser la mejor peor decisión de mi vida. ¿No piensas darme tu nombre, al menos?

Psicópata Azul: Dante. ¿Y el tuyo?

Dudo un instante. Estoy segura de que ese no es su nombre. Aunque sea común en Italia, algo anticuado incluso, Dante suena a peligro, a poesía, a romance gótico. Y para más inri, es el nombre de la calle donde se encuentra nuestro apartamento: la vía Dante, en la zona de Mestre. Tantas casualidades están empezando a mosquearme.

Cómplice Perfecta: Judith.

Psicópata Azul: Curioso nombre para una italiana.

Cómplice Perfecta: Mis padres siempre han sido peculiares.

Psicópata Azul: Nos vemos mañana, Judith. Prepara tu mejor excusa para escapar por si las cosas salen mal, pero te advierto: puede que no quieras huir de mí.

Cómplice Perfecta: O puede que seas tú quien me ruegue que me quede. La pregunta es: ¿estás preparado para perder el control?

Psicópata Azul: Dejemos algo claro, Judith: no busco más que una relación falsa durante un fin de semana. En el plano físico podremos llegar todo lo lejos que quieras, pero no te imagines un cuento de hadas conmigo. Lo más seguro es que no vuelvas a saber de mí después de la cena.

—¡Valiente imbécil! —exclama Gaby.

No puedo negar que estoy de acuerdo con ella, aunque nadie puede acusarle de no ser honesto desde el principio.

Él me está diciendo lo que busca, y es cosa mía si me cuadra o no. ¿Por qué iba a juzgarlo?

Además, hay algo en esa seguridad que transmite que me hace pensar que, tal vez, haya elegido al chico ideal para mi propio juego. Tengo el presentimiento de que Dante es justo lo que necesito.

—Es perfecto, Gaby. Iré a esa cita y le convenceré de que se haga pasar por mi novio falso en Positano a cambio de interpretar el papel de mi vida en su cena familiar. ¡Ni adrede!

—¿He dicho ya que estás mal de la cabeza?

—Unas doscientas veces, pero no lo he escuchado ninguna de ellas.

—Pues igual necesitas oírlo una vez más, que creo que no ha calado bien el mensaje: ¡estás mal de la cabeza, Jude!

Mi amiga suelta su verborrea y yo sigo concentrada en chatear con ese misterioso hombre al que, de repente, me muero por conocer.

Cómplice Perfecta: No sufras por mí, creo que sobreviviré a tu encanto… y a tu ego.

Psicópata Azul: Magnífico. Preveo un futuro brillantemente desastroso para nosotros. Hasta mañana, Judith. Recuerda ponerte el vestido rojo.

Cómplice Perfecta: Recuerda traer esa sonrisa mojabragas. No voy a conformarme con menos.

—¡No acabas de mandarle eso!

—Parece que sí —replico con una mueca traviesa, que se potencia cuando veo aparecer el emoji de un diablo sonriendo en la pantalla.

Y con este coqueteo inocente, me voy a la cama sin pensar demasiado en el lío en el que me estoy metiendo yo sola.

[1] Voz italiana: Mi querida, mi amor.

3

DEMASIADO TARDE PARA ECHARSE ATRÁS

JUDITH

Mientras termino de pintarme los labios de rojo frente al espejo del salón, no puedo evitar fantasear con cómo será nuestro encuentro. La emoción me hormiguea en la piel.

¿Será lo suficientemente alto como para no sentirse amenazado por mis más que generosos tacones?

¿Y si es cierto que es un psicópata, pierdo la cabeza por él y ya no hay marcha atrás? Lo último que necesito es un tipo atormentado que me parta el corazón, aun yendo con preaviso.

¿Y si, por el contrario, la cita es un completo desastre y no sabemos ni de qué hablar? Tal vez debería preparar un arsenal de esas excusas creativas para salir por patas si la cosa se vuelve incómoda.

Releo el último mensaje que me ha enviado confirmando el lugar y la hora de la cita y tiro el móvil al sofá, sintiendo una chispa de nerviosismo que hacía mucho que no experimentaba. Es estúpido, irresponsable e impropio de mí, pero no puedo evitar el subidón que me provoca cada vez que veo su apodo en pantalla: Psicópata Azul.

«Bueno, si Dante resulta ser realmente un asesino en serie, nadie puede negar que la cita va a ser muy interesante», pienso para ocultar mi desasosiego.

Me retoco un poco el pelo y resoplo. Ya no hay marcha atrás.

Tomo el autobús hasta el centro y camino en dirección a La sombra del viento, un local escondido en una callecita menor, con una peculiar vidriera en la puerta con motivos góticos. Tiene un aire oscuro y tenebroso que no me invita a entrar. ¿Por qué me habrá citado Dante en un lugar así?

Empujo la puerta con decisión y dejo que mis tacones rojos me guíen dentro. Lámparas de araña con cristales negros cuelgan del techo, algo que no casa bien con la decoración de iglesia gótica que impera en el local. Han creado un reservado dentro de un confesionario de madera, y hay una pareja comiéndose el morro entre vasos de cerveza en lo que parece un altar. Menudo sacrilegio.

Dante no mintió al decir que sería más fácil reconocerme, pues todo el mundo viste del más absoluto negro, salpicado con algunos detalles en gris o morado.

No me siento cómoda. Está claro que mi ajustado vestido de seda hasta las rodillas y con escote corazón no ha sido la elección más acertada. Todos me están mirando y no me gusta sentirme observada. Odio esta clara desventaja en la que mi misteriosa cita ya sabe quién soy yo, mientras yo me planteo quién de todos estos personajes sacados de una novela de Edgar Allan Poe va a ser mi futuro novio falso en la cena.

Puedo responder a esa pregunta ahora mismo: ninguno de ellos. ¡Yo me voy de aquí!

Estoy a punto de huir tan rápido como mis zapatos me lo permitan, cuando escucho una voz seductora a mi espalda. No sé si se ha traído la sonrisa mojabragas puesta pero, su voz, desde luego, sí me provoca un orgasmo en los oídos.

—¿Judith?

Dudo antes de girarme, temerosa y expectante. Viendo cómo es la gente que frecuenta este local, no estoy tan segura de querer darme la vuelta.

Tan pronto me encuentro al tal Dante a menos de un metro de distancia, sé que he cometido un error aceptando esta cita. Debería haberlo sospechado cuando me propuso quedar en un local que haría que Oscar Wilde huyera despavorido.

¿Es demasiado tarde para dar marcha atrás?

Sonrío con los labios apretados, por inercia, y asiento con la cabeza. Negar que la única persona vestida de rojo en este antro soy yo solo me haría parecer idiota.

Le pego un nada disimulado repaso, tratando de contener mis emociones. No es que Dante sea feo, no; de hecho, con esos rasgos sería rabiosamente atractivo si fuera menos… Más… ¿convencional?

El problema es… Digamos que no me sorprendería descubrir que es sangre lo que contiene su copa metálica, decorada con un dragón recorriendo el tallo. Al fin y al cabo, no son pocas las historias que corren por ahí sobre las criptas de vampiros en Venecia.

«Solo una bebida», me digo. «Estoy compartiendo la localización con Gaby, no tendría por qué pasarme nada».

Esboza esa sonrisa que, efectivamente, podría provocar terremotos, y sé que ya no tengo escapatoria. Al menos, es una sonrisa bonita y de dientes perfectos, sin rastros de sangre en ella. Descartado que sea un vampiro.

Huele muy bien, como a ámbar, a madera de agar y a bergamota. Tiene unos inquietantes ojos negros, que darían menos miedo si no los llevara ligeramente delineados con *kohl*. Su pelo es una provocación: castaño oscuro, ondulado, y con mechones cayendo revoltosos sobre su frente. Los labios perfectos, ni muy finos ni demasiado carnosos. Tentadores. *Mordibles.*

Otra cosa que me llama la atención son sus complementos. Apuesto a que la tienda de bisutería de su barrio lo tiene entre sus mejores clientes. Lleva varios anillos, que parecen de plata; un par de collares de cuentas negras, de los que cuelga un árbol de la vida, y varias pulseras de cuero o abalorios de la misma gama cromática.

¿Y qué decir de su ropa? He visto más colorido en un videoclip de Marilyn Manson.

Una levita negra con una tela sedosa con relieves viste un cuerpo de poco menos de metro noventa de estatura, complexión mediana.

Hombros anchos y brazos fuertes bajo una camisa negra con chorreras —sí, lo que he dicho: ¡chorreras!—. El conjunto se completa con unos pantalones de cuero ajustados que, para mi desgracia, esculpen unas piernas de escándalo.

No quiero comprobar si se ciñen igual a su trasero que a otras partes de su anatomía que, aunque me pese, me obligo a mirar porque prometen demasiado con lo que insinúan…

Pero lo peor son sus zapatos de cuero acabados en punta. Apostaría lo que fuera a que bajo esa indumentaria tenebrosa se esconde un mapa de tatuajes prohibidos. Y, sin embargo, me repito que no tengo el menor interés en descubrirlo.

Lo que de verdad me incomoda de esta situación es que Dante no me es del todo indiferente. Tiene… algo. No sé si es su cuerpo, su mirada enigmática, o ese halo oscuro de chico malo que arrastra, pero lo cierto es que me es imposible apartar los ojos.

Todo en él me desconcierta y me atrae a la misma vez. No sabría explicarlo.

Lo único que tengo claro es que este espécimen NO se va a hacer pasar por mi novio en la cena de antiguos alumnos.

Punto.

La idea es que Lorenzo me vea feliz con un hombre mejor que él y se arrepienta de lo que me hizo, no que me busque ayuda psicológica.

Billie Eilish derrama su melancolía por los altavoces con *Bittersuite*, y el aire se espesa. Entre ella, Måneskin, Muse, Björk y Nine Inch Nails, la atmósfera del local se vuelve aún más densa, casi fúnebre. Cada acorde resuena como un presagio, y la idea de Gaby sobre un ritual satánico empieza a parecer menos una broma y más una posibilidad inquietante.

Dante me recorre con la mirada, de arriba abajo, con una curiosidad fría, sin un destello de sorpresa ni de admiración. Y es entonces cuando lo comprendo: la que desentona en este lugar soy yo, no él. Tampoco encajo en la imagen que él esperaba encontrar. Tal vez podamos soportarnos durante una copa, por simple cortesía, antes de dar por muerta la velada. La alternativa sería un sincericidio, un corte limpio y brutal, y cada uno para su casa. Pero

algo me dice que ninguno de los dos somos tan descorteses como para optar por la salida fácil.

—¿Te apetece tomar algo?

—Lo mismo que tú —indico, más por averiguar qué demonios contiene su copa que por otra cosa.

Lo observo avanzar hacia la barra, saludar al camarero con familiaridad, y este, sin mediar palabra, descorcha una botella extraña. Su etiqueta, desvaída y casi ilegible, bien podría contener el vino más exquisito… o veneno. Dejarle elegir por mí ha sido un error; el segundo de la noche. ¿Y si está compinchado con el camarero para que le ayude a drogar a sus citas para así poder llevárselas a su guarida?

«Tranquilízate, Jude. Estás en un lugar público. Dante no se atreverá a hacerte daño…, ¿verdad?».

Con la copa ya en la mano, aprieto el rostro en un gesto de incomodidad y lo sigo hasta una mesa cercana. Es plateada y extravagante, como todo en este local, empezando por mi acompañante. Bendita la hora en que se me ocurrió proponer este encuentro.

El discípulo del conde Drácula se acomoda frente a mí en un silloncito de terciopelo, cruzando una pierna por encima de la otra en un descuidado gesto varonil. Sus ojos no me conceden tregua, recorriéndome con la calma de un cazador. Alza la copa, invitándome a imitarlo, y el cristal choca con un sonido leve, celebrando nuestro acuerdo.

Pego un sorbito. Es vino tinto y está delicioso, intenso y con un regusto dulce que se queda en los labios. Al menos, entiende de vinos… o de venenos.

—Antes de nada, quiero disculparme por el silencio incómodo —empieza él, con una calma impropia de la situación—. Es la primera vez que hago esto y no estoy seguro de cómo funciona.

—¿Hacer el qué? —respondo falta de interés, pegando otro sorbo a mi vino. Cuanto antes lo termine, antes podré fingir que me he dejado el horno encendido.

—Poner un anuncio en la sección de contactos, quedar con una desconocida, tener una cita a ciegas… Ya sabes. —Hace una pausa

inquietante—. Mis necesidades están cubiertas, pero esto es distinto. Es una cuestión de vida o muerte.

Mis necesidades están cubiertas. Traducción: colecciona vampiresas a las que chuparles la sangre mientras ellas le chupan a él… otra cosa. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué es ese evento familiar que te tiene sin dormir?

Su respuesta es lo último que esperaba oír.

—La puesta de largo de mi hermana Pia. Y, como hermano mayor, no puedo aparecer solo. No sabes lo intensos que se ponen todos con el tema de que necesito novia, es agotador.

—¿Puesta de largo? —repito con una ceja levantada, tratando de averiguar si me está tomando el pelo—. ¿Qué sois, los Bridgerton?

—Nos parecemos más a la familia Addams.

—Jamás se me habría pasado por la cabeza —ironizo, repasando de arriba abajo su atuendo—. ¿Es Dante tu verdadero nombre?

—¿Por qué no iba a serlo?

—No sé, pensé que era parte de tu disfraz. *La Divina Comedia* y todo eso…

Me clava la mirada. Sus ojos negros tienen algo de inquietante y de bello a la vez. Sombrío, como este local.

—¿Crees que voy disfrazado?

Perfecto. Acabo de ofender al hermano perdido de El cuervo.

—Bueno, yo…

—Esto mejora por momentos… —me interrumpe apático—. Dime, Judith, ¿a qué te dedicas?

—Soy osteópata. Y antes de que tu imaginación se pierda por derroteros equivocados, te adelanto que mis masajes son terapéuticos. Lesiones deportivas, dolores de espalda… El único *final feliz* que verás en mi consulta es cuando el cliente me paga y se larga. Yo no pajeo a nadie.

Dante contiene una carcajada y me observa con ese escepticismo burlón que me crispa y me divierte a la vez.

—La verdad es que no me has dado tiempo a pensar en nada, y ya has respondido tú por los dos.

Ojalá hubiera resultado ser un feo simpático; la velada sería mucho más fácil de digerir. Decido relajarme y ser cordial lo que

dure mi copa de vino. Debería haber pedido un chupito.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —comienzo sin entusiasmo.

Se recuesta aún más en el sillón, con la copa en la mano y una sombra de burla en los labios. Sospecho que él también está deseando acabar con esto cuanto antes.

—Juguemos a un juego: adivínalo.

—Pensar que eres un psicópata sería demasiado fácil.

—¿Eso cuenta como profesión? —Arquea una ceja, divertido—. Nunca me lo había planteado. Templado.

«¿¡*Templado*!? ¿Qué demonios…?».

—Enterrador —suelto sin pensar.

—Frío, frío… o muy caliente, según el punto de vista.

Hay algo en su sonrisa torcida, en la ambigüedad calculada de sus palabras, que me pone en guardia. Empieza a no gustarme su juego.

—Venga, dilo ya. ¿A qué te dedicas?

—Soy restaurador artístico de arte funerario.

Tal vez no debería haber hecho esa pregunta mientras daba un sorbo de vino. El líquido se me va por el camino equivocado y termino dando una sinfonía que ni Beethoven en su época más inspirada.

—¿Que eres… qué? —pregunto entre toses, convencida de que lo he oído mal.

—Restaurador artístico de arte funerario —repite con esa calma que consigue erizarme la piel—. Dedico mis días a devolver la dignidad a lápidas, esculturas, sarcófagos y monumentos olvidados en cementerios e iglesias antiguas.

—Te pega —afirmo, todavía turbada.

—¿Y eso lo has deducido en la apasionante conversación que hemos mantenido en los diez minutos que hace que nos conocemos?

Le miro con los ojos como platos. Está claro que estamos estirando un chicle que no tiene ni sabor, esto no va a ninguna parte.

—¿Qué fue lo que te hizo responder a mi anuncio? —inquiere, con voz grave, como si la respuesta pudiera cambiarlo todo.

Creo haber visto un destello metálico en su lengua. ¿Tiene un *piercing*?

—Curiosidad —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Y tú? ¿Qué te hizo poner ese anuncio? Has dicho antes que tienes tus… *necesidades* cubiertas.

—Busco una mujer diferente.

—¿Diferente?

—Sí, una que no espere un cuento de hadas.

—Oh, claro…, porque tú no ofreces uno. Entiendo.

La única fantasía romántica que se me ocurre con este hombre es protagonizar *La novia cadáver*. Eso sí, gracias a su trabajo, tendría la garantía de que mi tumba estaría siempre impecable cuando me asesinara.

—¿No estarás buscando tú lo contrario?

—Lo siento, pero normalmente no me atraen los hombres que se pintan los ojos mejor que yo.

Contra todo pronóstico, el tipo se ríe. Y pese a lo extraño de su apariencia, hay algo hipnótico en esa sonrisa, como un relámpago en mitad de la tormenta, oscuro, poderoso.

—Judith… Creo que estarás de acuerdo conmigo en que esto no funciona. Quizá deberíamos aceptar la derrota y dar la cita por concluida.

—En mi vida había estado tan de acuerdo con un hombre. Aunque… ¿puedo preguntar qué problema tienes tú conmigo?

—Aparte de que eres demasiado convencional, ¿dices?

—¿*Convencional*? —Más que preguntar, me burlo—. ¿Y qué esperabas encontrarte cuando accediste a quedar conmigo? ¿A *Elvira, la reina de las Tinieblas*?

—¿La verdad? No tenía demasiadas expectativas. Supongo que con no encontrarme a una princesa Disney ya me conformaba.

—¿Acabas de llamarme…?

No sé el qué de mis exuberantes curvas, bastante a la vista bajo este escueto vestido, le inspira ternura e inocencia, pero hace rato que decidí que este hombre está mal de la cabeza. Y aun así, me ofendo por sus opiniones, como si las mías sobre él fueran más piadosas.

—Estoy flipando mucho ahora mismo —replico, entre incrédula y harta.

—El sentimiento es mutuo. No te castigues por ello.

«¡Será…!».

Dante se levanta con calma, extrae la cartera y se acerca a la barra para pagar. Yo me pongo el abrigo, buscando resguardo del aire helado de febrero. Por un segundo pienso ofrecerme a cubrir mi bebida, pero el mal rato que me ha hecho pasar esta noche no se paga con una simple copa de vino.

De reojo, veo los dos cascos sobre la barra, tal como había prometido. «Ni por todo el oro del mundo, gracias».

Pero el destino parece que no tenía suficiente con arruinarme una cita que prometía ser perfecta, no… Tan pronto salgo por la puerta, y veo a esa pareja discutiendo acaloradamente, entiendo que mis problemas no han hecho más que empezar esta noche.

4

LA DAMA Y EL VAGABUNDO

JUDITH

—Al menos, podrías despedirte —ruge Dante, apareciendo detrás de mí—. Encima de borde, maleducada. De verdad que lo tienes todo, chica…

La expresión de mi rostro sigue congelada, contemplando la escena que tengo delante, a la que no tarda en unirse mi desquiciante cita. ¿Podría complicarse más la situación? Acabo de caerme con todo el equipo. Esto me pasa por mentirosa…

Una oleada de recuerdos me golpea con fuerza, dejándome sin aliento. Lorenzo no tarda en percatarse de nuestra presencia. La discusión que estaba teniendo con Giulia cesa y es remplazada por una amplia sonrisa. Al menos, él sonríe… Ella me mira como si quisiera aplastarme.

—¡Jude! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

El objeto de mis tormentos se acerca radiante, con una alegría que su pareja claramente no comparte. No nos vemos desde las Navidades pasadas, y solo porque nos encontramos de casualidad en el mercado de Positano. Y si ya me resulta mortificante toparme

con mi ex, lo de fingir cordialidad ante la arpía que alguna vez se hizo llamar mi mejor amiga es la gota que colma el vaso.

Y si le añadimos que Dante sigue detrás de mí, como un grano en el culo, la situación se vuelve… una pesadilla.

—Me alegro de veros —miento sin forzar la efusividad—. ¿Qué se os ha perdido por Venecia?

—Giulia nunca había estado aquí. ¿Puedes creerlo? —responde él, casi ansioso por justificarse.

—Queríamos hacer algo especial. Es nuestro aniversario —aclara ella, marcando territorio.

Su aniversario. Ignoro si celebran desde la primera vez que se acostaron —cuando Renzo aún estaba conmigo— o si tuvieron la decencia de esperar a que yo desapareciera de la ecuación.

Renzo se tensa de golpe. Cuando sigo su mirada, me doy cuenta de que está observando a Dante con cierta curiosidad que no me molesto en resolver. De todos modos, no van a volver a verse. Nunca. Jamás de los jamases. De hecho, ¿por qué sigue ese pirado todavía aquí?

—Me encontré con tu madre el otro día y me comentó que estabas con alguien, pero… —Renzo le lanza otra mueca despectiva. Vale que el chaval es excéntrico, pero tampoco se merece esas miraditas—. Me alegra, Jude, te mereces lo mejor. Si es que esto… es lo *mejor* para ti.

Maravilloso. Renzo ha malinterpretado por completo la situación. ¿Qué parte de Dante le encaja con mi mentira sobre un *atractivo millonario de la zona más elegante de Venecia?*

Me giro hacia el susodicho, temiendo que aquel anuncio suyo no fuese una excentricidad, sino una advertencia velada: que este hombre es un imán para las situaciones rocambolescas y, por ello, experto en fabricar *excusas creativas*. Por si acaso, le lanzo una mirada nítida como el cristal, suplicando que se abstenga de improvisar.

Demasiado tarde.

Mis temores se confirman en el instante en que extiende la mano hacia Lorenzo, con esa sonrisa que ya me había avisado de que era mortal. Hasta a mi ex se le funden los plomos.

—Soy Dante, el prometido de Jude. Encantado.

¡La madre que lo parió!

—¿Mi… qué? —balbuceo, sobresaltándome al notar sus manos rodeando mi cintura con una familiaridad que me crispa. Su cuerpo desprende un calor envolvente, casi narcótico.

Renzo y Giulia me miran incrédulos, incapaces de creer que haya podido fijarme en alguien tan…, de verdad que no sé ni cómo describirlo.

Voy a matar a Dante.

En el fondo, la culpa es mía. ¿Qué pretendía con esa miradita que le lancé hace un instante? Si no logramos entendernos con palabras, ¿cómo iba a interpretar él un gesto como *quédate al margen*?

Los tortolitos se presentan, manteniendo la distancia. Hay tanta tensión en el aire que podría cortarse con un cuchillo sin filo.

—Y ¿cómo os conocisteis? —Lorenzo parece inquieto, como si algo en Dante no terminara de generarle confianza. Ya somos dos.

—Fue hace un par de años, en el carnaval de Venecia —se adelanta Dante sin titubear.

Me gusta su respuesta, una apuesta segura que no contradice cualquier mentira que yo haya podido contar sobre mi supuesto novio.

—Fue una de esas noches en las que la niebla cubre los canales y las farolas lanzan luces doradas sobre el agua.

—¡Qué poético! —se burla mi ex con una mueca condescendiente.

—Pensé que era una aparición, algo tan bello no podía existir en el mundo real —sigue Dante, con la vista puesta en mí, embelesado —. Mi Jude iba disfrazada de princesa Disney, con un vestido rosa que la hacía parecer infantil e inocente.

«¿Qué demonios…?».

Creo que el Psicópata Azul no va a ser quien cometa un asesinato esta noche, seré yo. Estaba claro que su ayuda desinteresada tenía un precio que, sospecho, va a costarme muy caro.

—¿Mi Jude una princesa Disney? —Renzo frunce el ceño y, acto seguido, suelta una carcajada—. ¡A ti eso no te pega! Siempre has sido un terremoto de mujer. Está claro que has cambiado mucho desde que…

«¿… Te follaste a mi mejor amiga? Sí, cariño, he cambiado. No sabes tú cuánto».

No sabría decir qué resuena más fuerte: mis pensamientos, el arqueo escéptico de la ceja de Dante o la mirada furiosa que Giulia nos lanza tras las palabras melosas de su novio. Lo de *terremoto* se puede malinterpretar de muchas formas. En cuanto a lo de *mi Jude*… No sé en qué estaba pensando, pero se masca la tragedia.

—Ya ves, tenía ganas de saltarme mis propias reglas —respondo, metiéndome en el papel a regañadientes—. Dante iba vestido de vampiro victoriano. Era tan espeluznante que me hizo dudar de si realmente era un disfraz.

—¿Como ahora, quieres decir? —replica Renzo con un puntito de mala leche.

—Oh, no —interviene el aludido, que parece estar pasándoselo en grande con la situación—. Este es mi aspecto para las citas románticas con mi Jude. Esa noche iba mucho más tenebroso. La cuestión es que mi Florecilla tropezó con su vestido rosa y acabó flotando sobre las aguas del Gran Canal.

«¿Mi… qué?».

Le pego un pisotón con disimulo. ¿Por qué ha tenido que llamarme *Florecilla*?

Al sociópata parece excitarle la tortura: me rodea con un brazo y finge que somos la pareja más enamorada de Venecia.

—¿Y qué pasó después? —pregunta Renzo, intrigado.

—Pues, como comprenderás, yo tenía que hacer algo. No podía dejar que una mujer tan… —Dante me observa y hace una pausa teatral— *encantadora* se hundiera. Así que la rescaté. Luego pensamos que un café sería la mejor idea para seguir conociéndonos. Y aquí estamos, a un paso de darnos el *sí quiero* en la iglesia de San Michele in Isola.

Renzo carraspea, incómodo, y clava sus ojos en mí como si buscara una confirmación. Yo, mientras tanto, ya estoy planeando el funeral de Dante.

—¿Esa no es… la iglesia del cementerio?

—¿No os parece romántico? —replica Dante, mirándome con una dulzura tan empalagosa que temo que acabe llorando sirope de

fresa.

—La cita fue un desastre —sigo con el juego, con la esperanza de que lo entienda—. Me juré a mí misma que no volvería a verlo jamás. NUNCA.

—Y aquí estás, *cara mia*. Mi Por-siempre-jamás.

«No te lo crees ni tú, Jack Sparrow», pienso.

Dante me aprieta contra su cuerpo en un gesto demasiado íntimo que hace que Renzo aparte la vista. ¿Está incómodo con la situación o… celoso?

—Qué historia tan… romántica —balbucea Giulia.

Está claro que esta noche sobran los puntos suspensivos para todo lo que nadie se atreve a decir en voz alta.

—No te imaginas cuánto. Lo que Jude y yo tenemos es… inesperado, único —asegura Dante. En su mirada hay un brillo travieso que promete más problemas de los que puedo gestionar ahora mismo—. Y ahora, contadme, ¿cómo empezó lo vuestro?

Decido ser yo quien responda, procurando ser fiel a los hechos.

—Giulia era mi mejor amiga cuando yo aún salía con Renzo. Los pillé en la cama juntos.

Los aludidos se quedan con la boca abierta, incapaces de articular palabra. Pero Dante no sufre de esos bloqueos; la improvisación parece correrle por las venas. Se acerca a la feliz pareja y los estrecha entre sus brazos. ¿¡Pero este loco qué hace!?

—¿Por qué no me lo habías contado antes, Florecilla? —proclama con voz solemne—. Os debo tanto, chicos… Si no hubierais cedido a vuestros instintos más bajos y primitivos, traicionando así la confianza de Judith, esta mujer maravillosa no estaría ahora iluminando mis días.

Vale, lo reconozco: Dante es bueno. Demasiado bueno. La expresión petrificada en los rostros de mis examigos no tiene precio. En cuanto a lo de *iluminar sus días*, a juzgar por su aspecto lúgubre, cualquiera diría que no estoy haciendo un gran trabajo al respecto.

—Cielo, deberíamos irnos —murmuro, acariciando su torso a través de la ridícula camisa de chorreras. Confirmo que tiene un cuerpazo. Está duro el tío—. Giulia y Renzo están celebrando su aniversario, y siento que estorbamos.

—Sí, de hecho, nos dirigíamos ya hacia el hotel —corta ella.

Aún me resulta increíble pensar en lo que fuimos, recordar que fui yo quien le contó todos los secretos de Lorenzo y ella los empleó para arrebatármelo. ¿Se puede ser más mezquina?

—¡Qué pena! —añade Renzo, demasiado animado—. Pensaba proponeros tomar algo los cuatro juntos. Además, Dante, tú no conoces a nadie en Positano. Te vendrá bien tener un aliado en esa cena de antiguos alumnos.

Me quedo paralizada. Solo espero que Dante tenga millones de cosas mejores que hacer y decline su oferta. A veces soy una ilusa.

—¡Me parece una idea maravillosa! Llevo tiempo comentándole a Jude que pensar en esa cena me ponía algo nervioso. Será genial contar con un… aliado.

¿Qué? ¡Pero si yo ni siquiera le he mencionado la dichosa cena! Por encima de mi cadáver voy a aparecer en Positano con esta versión joven —y sexi— de Johnny Depp.

Aprovecho que Giulia se lleva a su amorcito aparte para hablar yo también en privado con Dante.

—Creo que me lo voy a pasar muy bien esta noche, Florecilla.

—Vuelve a llamarme *Florecilla* y eres hombre muerto.

—Tu papel es el de Cómplice Perfecta, ¿recuerdas? Déjame a mí lo de ser un psicópata.

Lo dice con tanta naturalidad, con una calma que hiela y a la vez enciende, que no puedo evitar que las piernas me tiemblen cuando nos encaminamos hacia el restaurante donde, al parecer, vamos a cenar los cuatro juntos. Solo espero que esta velada no acabe en los noticieros.



Yo solo me quiero ir a casa.

Lo último que imaginé cuando acepté una cita con este misterioso desconocido es que acabaría cenando en la misma mesa que mi

exnovio, su nueva novia y una versión mejorada de Eric Draven[2].

Giulia se llena la copa de vino por tercera vez, yo intento recordar cómo diablos se respira, y Renzo se dedica a interrogar a Dante con una batería de preguntas tan impertinentes como ridículas. Las respuestas que él suelta son tan rocambolescas que no sé si está tomándoselo en serio o simplemente riéndose de todos nosotros.

Si sigo con esta pantomima es porque la cara de mi ex al verme con Dante bien ha valido el sacrificio. Y mejor ni hablemos del cabreo que tiene Giulia, relegada de repente a un segundo o tercer plano.

A mí me da igual de lo que estén hablando mientras no me salpique la sangre. Los espaguetis a la carbonara de este restaurante están para morirse de gusto.

—¿Puedo probarlos? —pregunta Dante, inclinándose hacia mí.

Por si mi mirada asesina no le sirve como respuesta, decido verbalizarlo con un susurro que confío en que nadie más escuche:

—No, a no ser que quieras perder la mano.

Él sonríe, perverso.

—Empiezo a pensar que yo no soy el más psicópata de los dos, Florecilla.

La provocación que veo en su mirada me divierte… hasta que le veo ignorar mis advertencias y enredar el tenedor en mi pasta. Está claro que este hombre no le tiene demasiado apego a su vida. Se lleva el tenedor a la boca y cierra los ojos, dejando escapar un gemido exagerado.

—*Madonna mia!* Esto está increíble.

Giulia y Renzo no pierden detalle de nuestro *romántico* intercambio de comida.

Sin pensarlo dos veces, decido devolverle la jugada: atrapo un poco de sus *tagliatelle al tartufo*, y me relamo los labios para que sepa lo mucho que estoy disfrutando de su pasta. Mi gozo en un pozo. Lejos de molestarle, me acerca el plato para compartirlo.

—¡No quiero comerme tu pasta! Lo que quiero es que tú… —protesto, justo cuando su tenedor se acerca peligrosamente a mi carbonara—. ¡Te he dicho que pares! ¿Es que no tienes modales?

—Hoy me los he dejado en casa —replica con esa sonrisa capaz de acelerar el cambio climático.

«Mente fría, Judith».

Dispuesta a ganar esta partida, atrapo un buen nido de MI pasta y comienzo a devorarlo a toda prisa. El muy imbécil hace lo mismo —¡en mi plato!— con tan mala fortuna que terminamos enroscando espaguetis en extremos opuestos del mismo hilo. Es mi pasta y no pienso ceder. Con la comida no se juega. ¿Es que no se lo enseñó su madre de pequeño?

Para mi desgracia, a Dante parece gustarle demasiado el desafío, porque no hace intención alguna de retirarse. Nos vamos acercando más y más, hasta que nuestros labios quedan peligrosamente cerca, unidos por un hilo de pasta que tiembla entre nosotros.

Si Giulia no hubiera roto el momento con sus comentarios, de verdad que no sé qué habría pasado. Para una vez que habla la muchacha en toda la noche y es para decir semejante estupidez:

—¡Qué monos! Si parecéis La dama y el vagabundo.

Corto los espaguetis de golpe con los dientes, cortando así también la tensión sexual que, insisto, NO se ha producido entre Jack el Destripador y yo.

—La verdad es que os dais un aire —interviene Renzo observando a mi cita con cierto desprecio—. Y bien, Dante, ¿cuánto tiempo llevas en Venecia?

—Toda la vida. Mi familia es de Mira —responde usando una elegancia antinatural para ignorar que mi ex acaba de insinuar que parece un pordiosero.

Discrepo. Apuesto a que su excéntrico *look* no es nada barato. Los bordados de su camisa parecen trazados con seda salvaje.

Un momento…, ¿ha dicho *Mira*?

Abro los ojos como platos. El destino no puede estar haciéndome esto. Seguro que ha sido una casualidad. Otra más. Dante solo lo ha dicho porque todo el mundo sabe que Mira suena sofisticado.

—¿Eres de Mira? —se sorprende Renzo reconociendo el sitio—. ¡Quién lo diría! ¿Has estado ya en Positano, Dante?

Mi acompañante mantiene el tipo, sin rebajarse a entrar en el juego de desprecios. Nadie puede negarlo: tiene madera de

caballero.

—De pasada, pero estoy deseando ver el lugar donde se crio mi preciosa Florecilla.

Se acaba de ganar otro pisotón que lo hace removerse en la silla, porque darle un empujón, así, delante de todos…, no procede.

—No sé yo si la casa de los Marsili es el lugar más idóneo para un hombre criado en Mira… Tal vez no te sientas cómodo, no creo que cumpla tus estándares.

Cambio de objetivo. No puedo evitar asesinar a Renzo con la mirada. Sé por qué lo ha dicho y no creo que sea necesario repasar mis humildes orígenes en público. Estoy muy orgullosa de la familia en la que crecí, en la que tal vez haya faltado el dinero, pero nunca nos faltó el cariño.

¿Fue eso el problema entre nosotros? ¿Que no tengo la misma comodidad económica que él o Giulia?

—Bueno, eso es precisamente lo que me gusta de Jude, que no necesita pretender ser alguien que no es —suelta Dante—. Estoy seguro de que su familia me hará sentir como en casa.

No puedo negar que el chico está ganando puntos con sus comentarios. Lástima que parezca sacado de *Sweeney Todd*.

Renzo emite esa risita sarcástica que me hace preguntarme qué vi una vez en él, mientras sigue atacando a mi acompañante con poco disimulo.

—Supongo que es fácil decirlo cuando el dinero nunca ha sido un problema para ti.

—¿Eso crees? Porque yo podría vivir en una cabaña destartalada en medio del bosque si estoy con la persona que amo. Con Jude no necesito más riqueza. Ojalá algún día entiendas de lo que hablo.

¡Toma pulla!

Bajo la mirada debajo de la mesa y no, no veo nada. Estaba convencida de que se me habían caído las bragas al suelo.

Dante me estrecha entre sus brazos y dejo de ver al hombre tenebroso para ver…, no sé, a alguien que tal vez —solo tal vez— merezca una segunda oportunidad

Mi ex se queda sin palabras. Giulia se aclara la garganta con incomodidad. Los claros intentos de su novio por poner al mío en

evidencia están empezando a molestarle también a ella.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente, Florecilla —me susurra Dante al oído, notando que la sonrisa se me ensancha al ver los celos de Renzo y el cabreo de su novia—. De verdad, no entiendo por qué estuviste colgada de este imbécil.

[2] Protagonista de la serie de cómics de James O'Barr, y de la película homónima, *El Cuervo*.

5

ESTO SÍ QUE ES UNA DIVINA COMEDIA

JUDITH

—Un placer, Dante. Supongo que nos veremos en unas semanas, en la cena de antiguos alumnos —asume Lorenzo, estrechándole la mano.

—¡Por supuesto! No me lo perdería por nada del mundo. Allí nos vemos —Dante le sigue el rollo con esa sonrisa que ha provocado que Giulia pierda un par de neuronas.

Me quedo blanca como la nieve. Reconozco que la noche no ha sido tan terrible como esperaba, pero no pienso volver a verlo y, mucho menos, llevarlo a ninguna cena. No es discutible.

Giulia se despide con un gesto frío desde la distancia, al contrario que su novio, que me estrecha entre sus brazos y me susurra al oído: «Estás preciosa, Jude. Realmente espectacular».

Sonrío incómoda. El excesivo acercamiento me ha parecido una falta de respeto hacia su novia y mi falso prometido. Está claro que lo que no mejora con los años…

Tan pronto desaparecen entre la gente, me concedo el lujo de volver a respirar de nuevo. ¡Menuda nochecita!

Y como en el cuento de *La Cenicienta*, pasada la medianoche la magia se disuelve y Dante y yo volvemos a la guerra fría.

—¿Y bien? —cuestiona, clavándome la vista—. ¿Vas a contarme de qué va todo esto o tengo que preguntárselo a él antes de que se vaya?

—Pensaba que había quedado claro.

—Lo que me queda claro es que sigues colgada de ese imbécil que no te merece.

—No estoy colgada por él, ¿vale? Solo resentida… con los dos. Y ahora estoy metida en un lío mayúsculo por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —brama, incapaz de creer lo que está oyendo—. Y yo pensando que te estaba salvando el culo en tu patético intento por hacerles creer a todos que tienes un novio del que obviamente careces.

—Pues no, cariño, lejos de *salvarme el culo*, me has creado un problema aún mayor, porque ahora todo el mundo va a pensar que salgo con el hermano gemelo de Drácula.

Él rueda los ojos.

—Ojalá mi hermano gemelo se pareciera a Drácula; seguro que nos llevaríamos mejor.

—¿Podrías tomártelo en serio? —exijo—. ¡Tengo una cena en seis semanas, Dante! ¡Seis malditas semanas! Y se supone que voy a ir con mi prometido.

—Y precisamente por eso me he hecho pasar por tu novio esta noche. Lo que me recuerda que me debes una.

—¡Yo a ti no te debo nada! —aseguro orgullosa—. Además, ¿cómo le explico yo a mi madre que salgo… contigo? No te ofendas, pero…

—Tranquila, si yo nunca me ofendo. ¿También le has mentido a tu madre sobre tus planes de boda?

—¡Sí! ¡Yo qué sé! En el pueblo todo el mundo habla, y no quería que pensaran que soy una perdedora.

—¿Te consideras una *perdedora* por no tener pareja? Esto se vuelve más patético por momentos…

—¿No eras tú quien buscaba una novia falsa para que tus padres dejaran de entrometerse en tu vida? ¡Eso sí que es patético!

—Lo mío es distinto.

—Misma mierda, diferente olor. —Me envuelvo en mi abrigo, dispuesta a acabar con esta pantomima cuanto antes—. Y ahora, si no te importa, necesito irme a casa, darme un baño caliente con una copa de vino hasta el borde y olvidarme de que nunca te he conocido.

—No tan rápido. —Dante me detiene en seco justo cuando mi dignidad y yo tratábamos de huir—. ¿Fue esa la razón por la que respondiste a mi anuncio? La cena de antiguos alumnos.

Levanta una ceja y lo único que puedo hacer es asentir.

—Estaba desesperada, ¿vale? No sabía a quién pedírselo y buscaba a alguien con quien fingir un par de días y a quien no tuviera que volver a ver.

—Hecho.

—¿Qué?

—Que te ayudo. Me haré pasar por tu prometido.

—¿Cómo que…? —Suena a broma, pero su cara no lo es—. ¿Tú estás loco o qué?

—Yo necesito una novia falsa para mi evento familiar en tres semanas y tú necesitas un prometido para tu cena en seis. No tenemos por qué vernos entre medias. Si tú no ves la maravillosa coincidencia en la que nos hallamos…

—Vamos a ver, Dante… —Me pinzo el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. ¿Tú has visto lo que ha pasado esta noche ahí dentro? No es que seamos incompatibles, es que tú y yo juntos, en la misma sala… ¡*Boom*! Bomba nuclear. Caos. Fuego y gasolina. Destrucción absoluta.

—Tal vez no funcionemos en el mundo real, pero está claro que a los dos se nos da bien lo de fingir ser alguien que no somos.

No puedo creer que no vaya a poder quitarme a este pirado de encima.

—¡Esto sí que es una Divina comedia y no lo de Dante Alighieri! —suspiro cargada de ironía.

—La historia de mi vida. He pasado por el Infierno del Amor; el Purgatorio de las Relaciones con mi guía espiritual que, en mi caso, se llama Gio y no Virgilio; y… ¿qué era lo otro?

—El Paraíso —le sigo la broma—. El momento en el que descubres que el amor verdadero no es perfecto, pero es auténtico y vale la pena luchar por él.

—Ya, esa parte podemos saltárnosla hasta que encuentre a mi Beatriz… Allá por el dos mil nunca.

—¿Por qué rechazas la idea de enamorarte?

—¿Aparte de porque vuelve a los humanos estúpidos y vulnerables?

Un escalofrío me recorre la columna; no sé si es por la frase o por el gesto con que la pronuncia. Me cruzo de brazos, protegiéndome del frío y de la sensación rara que se instala detrás de mis costillas. Él sonríe de un modo que no termina de ser una sonrisa.

—Hablas como si no fueras humano.

—A veces, yo mismo lo dudo.

Algo en mi pecho me da un tirón. A estas alturas, no pondría en duda que Dante fuera algo más que un hombre excéntrico.

Pero ¿qué estoy diciendo? Miro sus manos: cálidas al tacto cuando rozaron la mía en la mesa; rugosas, como si trabajara a la intemperie. Su aliento es casi inexistente en el aire helado, pero está ahí.

—¿Por qué necesitas una novia falsa? —pregunto, obligando a la voz a sonar neutra—. ¿No puedes simplemente decirle a tu familia que no quieres estar con nadie?

—Mi familia es… complicada, ¿vale? Tenemos tradiciones que hay que cumplir, y la puesta de largo de Pia es una de ellas. Como el hermano varón mayor, mi obligación es iniciar el segundo baile con ella.

—Pobrecito —me burlo.

—El problema es que todo el maldito mundo estará allí. Y esos eventos son una feria de ganado en la que mi querida madre me presentará todo un catálogo de mujeres en edad casadera, a las que no tengo intención alguna de conocer, solo porque no cumplo sus anhelos frustrados de ser abuela. Pero si creen que tengo novia, me dejarán en paz hasta la próxima fiesta a la que, probablemente, no acudiré.

—Tu vida suena terrible, chico de Mira.

—Bueno, ¿qué?, ¿tenemos trato?

—No parezco tener mucha más opción que llevarte a la cena, ahora que esos dos creen que estamos juntos y se van a encargar de contárselo a todo Positano —lamento.

—Sigo sin entender qué viste en él.

—Para entenderlo, primero deberías tener un corazón bajo esa camisa, Dorian Grey.

—Todavía puedo dejarte tirada con este marrón y buscarme a otra para el mío, ¿sabes? De los dos, no soy yo quien está en peor posición.

Pienso en huir, pero descarto la idea al instante: no puedo permitirme perder este comodín, aunque parezca hecho de peligro.

—Está bien, hagámoslo —cedo—. Pero nada de sexo.

—Descuida.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Que, pese al *look* de *femme fatale* que traes hoy, eres la viva imagen de la ingenuidad, y suelo fijarme en mujeres que me den un poquito de acción.

—Voy a pasar por alto que acabas de insultarme solo porque, mal que me pese, y créeme que me pesa mucho, parece que te necesito para mantener viva mi farsa.

—Me encanta que las mujeres me necesiten.

—Aunque, si vas a ser mi novio en esa cena, tendremos que hacerle algunos arreglillos a tu aspecto…

—Claro, puedo vestirme como tú quieras, princesa. El estilo *preppy* me sienta de muerte.

La palabra *muerte* en sus labios consigue erizarme la piel.

—No hace falta que parezcas un pijo americano, pero tiene que resultar creíble que estamos enamorados. Y ahora mismo… digamos que salta a la vista que tú y yo nunca…

—¡Clarísimo!

—¡Superclaro! —reitero.

—Yo no soy de los que imponen vestuario, pero…

—¡Por supuesto que no! —Me abro el abrigo y le enseño mi espectacular vestido rojo, que la ocasión no merece.

—Pero… si tú vas a obligarme a disfrazarme, entonces…

—A *disfrazarte* de persona normal —corrijo.

—A disfrazarme de lo que sea —continúa él—, entonces, yo también quiero que te pongas algo más acorde a mi estética.

—Tranquilo, siempre he sido muy fan de Halloween. Veré qué rescato de mi viejo baúl de disfraces. ¿Corsé, enaguas y colmillos fluorescentes te va bien?

Cuando me clava la mirada de ese modo, me da bastante miedo. Y también me da morbo, para qué negarlo. Me preocupa mi cordura, aunque ya se sabe que la línea entre la razón y la tentación es microscópica cuando la noche conspira.

—Creo que debería irme antes de que me hagas cambiar de idea. Y como, a pesar de todo, soy un caballero… —Dante me tiende uno de los cascos de su moto y yo niego con la cabeza.

No sé en qué momento nuestros pasos nos han traído hasta el aparcamiento de Piazzale Roma, pero estamos detenidos frente a una Harley-Davidson Road King negra, que parece suya. No tiene mal gusto el chico oscuro y tenebroso.

—¿Has montado alguna vez? —pregunta.

—No te ofendas, pero… he tenido suficiente Psicópata Azul por una noche.

—Como gustes, *bella*. Tendrás noticias mías.

—Eso me temo.

Sin esperar mi respuesta, lo veo montar en su moto y perderse en el bullicio de las calles venecianas rumbo al Puente de la Libertad, dejando en el aire un rastro de olor a gasolina y promesas.



—¿Cómo ha ido tu cita a ciegas?

Dejo las llaves en el mueble de la entrada y suspiro. No sé cómo responder a esa pregunta.

—Habría preferido que fuera un psicópata azul, seguro que tendríamos más cosas en común —replico falta de interés. A Gaby

no parece bastarle mi respuesta—. Te doy una pista: ¿qué rima con Dante?

—¡Muchas cosas! ¿Elegante? —propone, yo niego con la cabeza.

—Bastante frío.

—¿Galante? ¿Brillante? —prueba de nuevo.

—Más bien extravagante, desesperante, rimbombante, agobiante, pedante… Y gilipollas, eso también, aunque no rime con su nombre.

—¿Tan terrible fue?

—Si me dices que tiene colmillos y bebe sangre, me lo creo —suelto. Mi amiga tuerce el gesto, incapaz de creerme—. ¿Recuerdas que quería que mi novio ficticio dejara a todos con la boca abierta? Bueno, pues… puedo garantizarte que es perfecto para el puesto. Es más, no van a cerrar la boca en un año.

—Entiendo que no volveréis a veros, entonces. —Mi amiga tuerce el gesto—. No decaigas, las probabilidades de encontrar a alguien compatible en la primera cita son de una entre un millón. Por suerte, aún tenemos seis semanas hasta la cena y hay miles de hombres en LoveBoard dispuestos a…

—En realidad, sí vamos a volver a vernos…

—¿Qué? Pero si acababas de decir que…

Le explico la inusual situación mientras ella se retuerce de risa ante mi desgracia.

—¿Era guapo, al menos?

—¡Yo qué sé, Gaby! Llevaba tanta parafernalia encima que ni me fijé. Deberías ver cómo viste. ¡Da miedo!

—«A mí me da igual cómo vista. Si es buena persona, lo de fuera se puede mejorar» —me parafrasea la muy desgraciada. Ten amigas para esto—. ¿Rubio o moreno? En eso sí te habrás fijado…

Cierro los ojos y se me vienen sus rasgos a la mente al detalle. Lo cierto es que tiene una mirada enigmática y seductora, y una sonrisa inquietante, capaz de hacer que el corazón más duro deje de latir. Y ese pelo oscuro y rebelde… Cuando puso a Renzo en su sitio, juro que me hubiera gustado hundir mis dedos en él.

—Moreno, con uno de esos cortes de pelo que adelantan que ese hombre es especialista en problemas.

—Y algo me dice que tú estás deseando que te los cause.

Odio que mi amiga me conozca tan bien.

6

ME SENTÍA MENOS SOLO CUANDO ESTABAS AQUÍ

DANTE

—He conocido a alguien. —Sé que Tizzy no me va a responder, pero igualmente me gusta compartir ciertas cosas con él—. Es peculiar, así que ni se te ocurra ir por donde no es… No me gusta, ¿vale? Pero es perfecta para que mamá deje ya lo de intentar buscarme novia.

Tizzy me mira estático a través de una de las fotografías que tengo en la pared de mi taller de restauración, en la que posa con Allegra, la que ya siempre será, inevitablemente, el amor de su vida. Alguien se la sacó en Capri, hace la friolera de quince años. ¡Menudo viajecito…! Teníamos las hormonas revueltas y demasiado alcohol en las venas, pero nada parecía presagiar lo que ocurriría después.

Vuelvo la vista al proyecto que me mantiene despierto a estas horas, la tumba de Alessandro di Venezia, un noble del siglo XVIII. Está cubierta de polvo y musgo, revelando destellos de su antiguo esplendor. La piedra de mármol gris, desgastada por el paso del tiempo y condenada al olvido, cuenta historias de amor y tragedia a quien quiera detenerse a escucharlas.

Mientras limpio con delicadeza las inscripciones, mi mente imagina aquellos días en los que el noble era venerado, las fiestas y banquetes que se celebraron en su honor, las mujeres a las que con probabilidad partió el corazón. Cada rasguño y grieta que se abre en la superficie es un recordatorio de la fragilidad de la vida. Al restaurar la tumba, también restauro de algún modo su memoria, dando vida a los ecos de un pasado que ansía ser escuchado una vez más.

—A ver, si te estás preguntando si es fea y por eso mi animadversión, te confesaré, y sin que salga de aquí, que es preciosa. Y ese maldito vestido rojo… —Resoplo, acalorándome con su recuerdo—. Tenías que ver cómo se ajustaba a su cuerpo, Tizzy. Esa mujer es una provocación. ¿Y qué decir de su cabello? Me recuerda a los destellos del sol al filtrarse en un bosque de arces rojos, con unos ojos tan verdes como la hierba en primavera.

Sé que sería más efectivo contarle mis dramas a mi amigo Giovanni que a la foto de Tizzy, pero, si marco el número de Gio a las tres de la mañana, puedo provocarle un infarto. No todo el mundo tiene mis problemas de insomnio.

—¡Y menudas curvas! ¡Qué labios! Rojos como el fuego.

Me excito solo de recordar el momento en el que, por culpa de una carbonara, casi nos besamos.

—Sí, lo sé… Sé exactamente qué dirías si pudieras: debería andarme con cuidado. Tranquilo. Sabes que me cuido bien de enamorarme después de la última vez —aseguro—. El amor de mi vida es mi Venus. Mi amante incondicional con quien me pierdo cuando la vida se vuelve insoportable. Pero volvamos a Judith y a sus curvas de infarto… ¿Estás listo para el notición? —pregunto soltando un pincel sobre la mesa y mirando su foto—. Le he pedido que me acompañe a la fiesta de Pia. Lo que oyes. Y no, no me he vuelto loco.

Puedo sentir la mirada de Tizzy juzgándome incluso a través de una simple fotografía, exactamente como solía hacer cuando éramos adolescentes. Solía permitírselo porque era el mayor de los tres, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Solo será un fin de semana. Dos, si contamos el que me he comprometido a pasar con ella en Positano. Es una historia muy larga… Después, si te he visto no me acuerdo, ¡lo juro! —me excuso, con los brazos en alto—. No quiero líos, y algo me dice que esa mujer podría ponerme la vida del revés con el simple aleteo de sus pestañas.

Con un suave toque, utilizo la espátula de madera para despegar un pedacito de musgo que se ha incrustado en la piedra. El sonido del raspado es lo único que se oye en mi solitario taller, iluminado por un flexo que proyecta luces danzantes por las paredes.

—Estoy seguro de que Alessandro di Venezia se llevó muchos secretos a la tumba —continúo con mi monólogo—. ¿Tú qué piensas, Tizzy? ¿Se casó por amor o por conveniencia?

Con cada centímetro que pulo, se aviva mi fascinación por la vida de este desconocido. Su lápida es como una puerta que separa nuestros dos mundos.

La siguiente tarea requiere de mi concentración más absoluta: rellenar las grietas con una resina especial, garantizando que la belleza de la pieza regrese a su estado original.

Y hablando de *belleza*… Es imposible pensar en ese concepto sin que el rostro de Judith acuda a mi mente de nuevo. Esos labios jugosos como fruta prohibida. La idea de saborearlos me obsesiona.

¿Qué demonios me pasa? He conocido cientos de mujeres más hermosas que ella, mucho más divertidas y, sin lugar a duda, más simpáticas. ¿Por qué no puedo quitármela de la cabeza? ¿Será culpa de ese carácter obsesivo que dicen que tengo, pero que hace años que no hace acto de presencia?

Levanto la mirada para buscar de nuevo la foto de Tizzy y Allegra.

—Te estarás preguntando por qué sigo hablando contigo a través de una estúpida foto teniendo amigos de carne y hueso, pero se acerca la fecha de tu cumpleaños y… —Suspiro, pegándole un sorbo a mi taza de expreso descafeinado—. Me sentía mucho menos solo cuando estabas aquí, ¿sabes? Sé que fue mi culpa, pero… una parte de mí jamás te perdonará que me dejaras solo.



Pocas veces amanezco en mi apartamento de Padua, así que no es raro que Gio llame al timbre de mi taller pasadas las ocho de la mañana para invitarme a desayunar. Ya me he acostumbrado a pasar allí mis noches cuando el trabajo o el insomnio me envuelven, por eso lo he habilitado con un sofá cama, un pequeño armario y un aseo completo, que utilizo casi más que el de mi piso.

Tampoco hubiera sido raro encontrarme en casa de Flavia. Nos conocemos desde siempre, nuestros padres son amigos y solíamos frecuentar los mismos bares en la adolescencia. No estoy enamorado de ella. Solo la busco cuando necesito un poco de compañía y que no me hagan preguntas. Últimamente he distanciado nuestros encuentros porque sé que ella espera de mí algo que yo nunca voy a darle.

Flavia parece aceptarlo sin más, mientras veo la mirada de dolor con la que me despide cuando cojo la moto y desaparezco de su vida sin una explicación. No puedo seguir haciéndole eso.

Me desperezo como puedo antes de abrir la puerta y recibo a mi amigo con una radiante sonrisa.

—Como sigas durmiendo en estas condiciones, no vas a llegar a los cuarenta, Dan —me reprende.

—Nunca pensé que llegaría a los treinta, así que tu premonición a mí me suena hasta optimista.

—¡Eres un caso! Mueve el culo, me muero de hambre y eso —señala la lápida que estoy restaurando— me da bastante mal rollo.

—Solo es arte, Gio.

—No podrías dedicarte a restaurar pinturas del barroco, no.

—A veces restauro reliquias del barroco…

Me encojo de hombros. Sé que pocos entienden la fascinación que siento hacia mi trabajo porque solo son capaces de ver la muerte en él, pero, para mí, se trata de conocer y respetar la historia. Cada día es diferente; está lleno de desafíos, y me invita a viajar y conocer gente maravillosa en todo el mundo, a la vez que

me permite refugiarme en la soledad de mi estudio en mis horas más bajas.

Es perfecto para un tipo como yo, y fue mi terapia para superar lo de Tizzy…, o casi, porque no creo que nunca llegue a superarlo del todo.

La cafetería de abajo está tan llena como siempre. Es uno de esos locales sin personalidad donde los jóvenes acuden con sus portátiles a pasar las horas muertas en TikTok mientras fingen estudiar. Si no tuvieran los mejores *cannolis* y *fritella* del barrio, creo que ya habríamos cambiado de sitio.

—¿Qué tal van las cosas con Bianca? —pregunto con verdadero interés.

—Ahí vamos, haciendo concesiones.

—Traducción: has cedido con el tema de los niños, a pesar de lo claro que tienes que tú no quieres ser padre.

—Es complicado, Dan. Nos queremos, ¿vale? Nos queremos mucho, por eso me casé con ella. Y dejar al amor de tu vida porque no buscáis lo mismo es muy duro —confiesa mi amigo. No me gustaría estar en sus zapatos—. No puedo privarla de su deseo de ser madre ni tampoco evitar esta sensación de ahogo cuando pienso en tener hijos.

—No te agobies, yo creo que vas a ser un padrazo. Será duro los primeros meses, pero estoy seguro de que después se te caerá la baba.

—Lo sé, si me encantan los críos; pero también me gusta mi vida tal y como es ahora, no cambiaría ni un ápice de ella. Ese es el maldito problema, que ella quiere dar pasos y yo creo que estamos genial así. Además, ¿tú has visto la mierda de sociedad en la que vivimos? Si tuviera hijos, no dormiría por las noches.

Sé de lo que habla… No en cuanto a los niños, porque yo no puedo correr el riesgo de atarme a nada ni a nadie después de lo que hice. Me refiero a lo de no dormir por las noches por vivir en un estado de angustia constante. Ese es mi día a día, y no se lo deseo a nadie.

—En fin, basta de hablar de algo que no tiene solución. ¿Qué tal te fue con la chica misteriosa? ¿Tiene potencial para convertirse en

tu *Cómplice Perfecta*?

Sonrío de medio lado, sin saber muy bien qué responder a eso.

—Lo tiene, no voy a negártelo, pero… —Me río, recordando el embrollo que protagonizamos la otra noche—. Fue un desastre, Gio.

—¿Rubia o morena?

—Peli… grosa. —Hago un juego de palabras y él me entiende a la primera.

Le cuento todo, omitiendo que sus curvas me han desvelado en sueños, un cambio interesante en el patrón habitual en el que suelo despertarme asfixiado tras recorrer esa carretera en bucle con una mujer rubia. Prefiero no acordarme de eso ahora.

—Sigo opinando que eres cruel, amigo. ¿De verdad vas a meter a esa pobre chica en la villa Ricci sin hacerle antes un cursillo acelerado sobre tu familia?

—La verdad es que pensaba prevenirla, pero fue imposible mantener una conversación de más de tres o cuatro frases seguidas sin que dos fueran ataques. Todo lo que decía o hacía parecía molestar a la señorita, empezando por mi aspecto.

—¿Qué tiene de malo tu aspecto? —Gio enarca una ceja—. Es cierto que a veces pareces sacado de una película victoriana futurista, pero ese rollito *steampunk* te suele funcionar bien con las mujeres.

—Te aseguro que ella no lo encontró tan estimulante. Me ofrecí a llevarla a casa en moto y le faltó poco para salir huyendo.

—Igual no sabe montar.

—Esperemos que sí sepa —replico con una sonrisita maliciosa.

—Eh…, ¿seguimos hablando de tu moto?

Pillado y hundido.

—Sigo diciendo que hacerle eso es cruel —insiste mi amigo.

—Sobrevivirá a los Ricci. Es solo un fin de semana, no sufras tanto por ella.

—En realidad, sufro por ti, amigo. Cada maldito día, pero no te dejas ayudar. —Ya empezamos otra vez—. Está claro que esa mujer te ha generado curiosidad y, aun así, me juego el cuello y no lo pierdo a que vas a dejarla escapar.

—No necesito ayuda, Gio. El arte es mi terapia.

Mi amigo tuerce el gesto. Ya hemos tenido esta conversación un millón de veces antes y me niego a volver a uno de esos terapeutas de pacotilla que antaño les sacaron los cuartos a mis padres. Sé que es imposible curarse de mi condición, pero estoy reinsertado, y me siento mucho mejor desde que centro mis frustraciones en mi trabajo. Hace años que no tengo impulsos ni pensamientos nocivos. Irónicamente, restaurar tumbas me da la vida.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—*Nop* —respondo aburrido del tema.

—Deberías llamarla, volver a quedar…

—Paso. Ya te he dicho que no guardo un recuerdo particularmente grato de nuestro primer encuentro, y apostaría a que es mutuo. Te aseguro que Judith se está bañando en agua bendita ahora mismo.

Mi amigo rueda los ojos y bebe su café expreso de un trago.

—Te juro que no entiendo nada, Dan. ¿De verdad vas a llevar a la puesta de largo a una mujer a la que dices que no soportas, y que ella tampoco te soporta a ti?

—Es atractiva, elegante y actúa bien. No necesito más para sobrevivir a esa fiesta. Y, siéndote brutalmente honesto, me la follaría, pero algo me dice que Judith no opina lo mismo, y yo tampoco tengo intención de ofrecerle otra cosa.

Gio se lleva la mano a la mandíbula, como si estuviera digiriendo mis palabras.

—¿Por qué no la llamas y le demuestras que, aunque vistas como Jack Sparrow, eres un tipo…? No sé si *normal* es la palabra, pero tienes un corazón de oro.

Y ahí está, ese tema tabú que siempre hay en todas las relaciones, sean de la naturaleza que sean. Nunca nos ponemos de acuerdo y Gio tiende a desesperarse conmigo.

—Sabes que ahí discrepo. Ni siquiera sé por qué aún eres mi amigo.

—No fue culpa tuya, Dan —me interrumpe, cortante, sabiendo exactamente qué camino están siguiendo mis pensamientos—. Estoy harto de repetírtelo.

—Tú no estabas allí.

—No me hace falta. Te conozco de sobra para saber que tú no harías algo así. Sigo diciendo que me falta información en esa historia.

—Y yo sigo diciendo que no hay nada más. ¡Ya te lo conté todo, Gio! Otra cosa es que tú te empeñes en creer que soy un santo.

—Me has contado *todo* lo que recuerdas, lo que no es necesariamente *todo* lo que ocurrió.

Lo bueno de los mejores amigos es que saben detectar el instante preciso en que te sumerges en un pozo de miseria y oscuridad. Por eso, Gio regresa al tema de Judith para distraerme.

—Escríbela, hazme caso. Han pasado tres días, ¿quién te dice que no ha cambiado de opinión en cuanto a ir contigo a la fiesta de Pia?

—No lo hará.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me aseguré personalmente de que ella me necesitara a mí después.

7

RECUÉRDAME CÓMO HEMOS ACABADO AQUÍ

JUDITH

—Está muy tensa, señora Vani, tiene que relajar la postura para que pueda meter mano a esos hombros.

La señora Vani es una de mis clientas habituales. La trato con más cariño del que debería porque sé que sus dolores son más emocionales que físicos, y que toda esa pena que lleva por dentro es lo que le contrae los músculos. Su marido murió hace unos meses, después de años batallando contra el cáncer. A veces creo que viene más por mis servicios como psicóloga que porque realmente necesite que la sobeteen.

—Voy a ponerle un aceite y la dejo unos minutitos aquí con la música para que se relaje.

Cierro la puerta tras de mí y saludo a mi jefe, que está preparando café en la recepción para otra de nuestras clientas. Le pongo ojitos y él ya sabe que quiero que me sirva uno a mí también. Es un capullo, pero tengo una preocupante adicción al café que no tengo ningún interés en solventar a corto plazo.

Con mi taza en una mano y el móvil en la otra, aprovecho mi descanso para ver qué ha pasado en el mundo. Tengo que llamar a mi madre; mi hermana pequeña, Isabella, ha empezado las clases de *ballet* y está deseando contármelo todo.

Repaso las notificaciones sin demasiado interés. Quedan cinco semanas para la cena de antiguos alumnos y el chat está que echa humo. Renzo no ha perdido el tiempo para contarles a todos que ha conocido a *mi amorcito* y asegura que les va a encantar. Sé leer sus ironías; las miradas que le lanzaba a Dante eran puro veneno.

Dante… Cada vez que pienso en ese idiota con aire de perdonavidas me entra acidez de estómago.

Como si el imbécil en cuestión pudiera leerme la mente, su pseudónimo aparece de repente en pantalla. «¡Mierda! ¿Por qué no habré desinstalado la aplicación?».

Psicópata Azul: Buenos días, *bella*. Acabo de darme cuenta de que nunca me diste tu número de teléfono.

Cómplice Perfecta: Por suerte, eres un hombre resolutivo, Dorian Gray.

Psicópata Azul: Me diviertes, Jude. ¿Puedo llamarte Jude? Ya que vamos a cenar juntos esta noche, pensé que podríamos saltarnos las formalidades.

Cómplice Perfecta: Debo de tener un virus raro en mi móvil. Por un instante he pensado que, en un momento de enajenación mental, había aceptado una cita contigo esta noche. Pero no, no veo nada… ¡Qué alivio!

Psicópata Azul: Vaya, y yo que te imaginaba como la Judith de la *Biblia*: fuerte, decidida, dispuesta a arriesgarlo todo por su pueblo.

Cómplice Perfecta: ¿Te estás ofreciendo a ser mi Holofernes? Te recuerdo que perdió la cabeza.

Psicópata Azul: No me parece tan descabellado. Al fin y al cabo, tú también quieres mostrar la mía como trofeo en una cena.

Cómplice Perfecta: Eso ha sonado retorcido.

Psicópata Azul: No por ello menos cierto.

Respiro hondo. Debería zanjar el tema y alejarme de la tentación, pero hay algo en este juego que me seduce. ¿Hasta dónde voy a ser capaz de llegar?

Cómplice Perfecta: Dejemos clara una cosa, señor Psicópata: tú me metiste en este lío. A mí me valía con la cabeza de cualquiera. La tuya estaba la última de la lista.

Psicópata Azul: Minucias.

Cierro el móvil y lo dejo encima de la mesa. No puedo evitar que una parte de mí disfrute del calor del peligro. Me divierte el fuego. Me divierte que el Psicópata Azul haya hecho que mi vida sea un poco más interesante. Así que cojo el móvil de nuevo.

Cómplice Perfecta: ¿No tienes miedo a que te embriague con mis encantos y te deje vulnerable, Holofernes?

Psicópata Azul: Correré el riesgo. La Judith de la *Biblia* ayudó a liberar a Israel. ¿Te imaginas que tú pudieras liberarme a mí?

Cómplice Perfecta: ¿Estás en peligro?

Psicópata Azul: Tal vez lo estés tú.

Cómplice Perfecta: A veces me das miedo.

Psicópata Azul: ¿Estás libre a las ocho?

Cómplice Perfecta: No entiendo nada. ¿Por qué querrías verme después de cómo terminó la otra cita?

Psicópata Azul: Porque, si vamos a hacerles creer que estamos juntos, tal vez deberíamos conocernos un poco antes. Prometo dejar el sarcasmo en casa si tú olvidas tus prejuicios.

Cómplice Perfecta: ¡Yo no tengo prejuicios!

Psicópata Azul: Ajá. ¿Y por qué sentí que me descartabas antes de abrir siquiera la boca?

No sé qué responder a eso. Es cierto que su aspecto y el local me dejaron fuera de juego y con ganas de salir corriendo. Y, aun así,

Dante insistió en pagar la cena, me ayudó a despachar a Lorenzo y Giulia con mucha clase, y se ofreció a llevarme a casa en moto. Eduardo Manostijeras tal vez merezca una segunda oportunidad.

Cómplice Perfecta: Tú ganas. Te veo frente al Puente de los Suspiros.

Psicópata Azul: Muy apropiado. Porque, aunque tú aún no lo sepas, pronto estarás suspirando por mí.

Cómplice Perfecta: Estoy viendo que te vas a dar una hostia tú solo…



Camisa blanca de explorador, arnés de cuero marrón, del mismo tono que sus zapatos y sus ceñidos pantalones —que le sientan de infarto—, y una cazadora de cuero de la misma gama cromática. El *look* romanticismo oscuro que llevaba la primera noche ha mutado en un rollito arqueólogo *steampunk* que, contra todo pronóstico, le sienta bien. Hay en él algo bohemio y… sexi. Muy sexi.

Una cadenita de oro envejecido desaparece en el bolsillo de su pantalón, recordándome a los relojes de bolsillo de otra época. De nuevo, su mirada está perfilada de forma sutil, añadiendo intensidad a esos ojos negros que no necesitan de ningún artificio para dejarme exhausta. El perfume que lleva es raro, a madera y cuero, y me intoxica las neuronas con una elegancia peligrosa.

No, definitivamente no estaba preparada para volver a ver a Dante, ni para la contradictoria mezcla de emociones que me produce: ira, expectación y un insoportable calor que se instala en mi vientre.

Cualquiera que nos esté mirando —yo con mi vestido verde de flores, y él con sus pintas—, se estará preguntando de qué rodaje nos hemos escapado.

—Qué guapa —suelta con una media sonrisa que solo usa para romper el hielo.

—Mientes fatal.

Dante pone los ojos en blanco con mucho dramatismo.

—¿No puedes simplemente aceptar un cumplido?

Tiene razón, aunque no pienso reconocerlo en voz alta. Y mucho menos pienso devolverle el halago porque él NO está irresistible, y su exótico perfume NO me está seduciendo.

Tampoco estoy nerviosa, ¿eh? Los dos chupitos que me he tomado antes de venir para tranquilizarme son pura casualidad, y mi respiración normal lo confirma.

—Y bien, ¿a dónde vas a llevarme? —pregunto.

—¿*Llevarte*, yo? —Enarca una ceja y me mira con mucha ironía—. ¡A ningún sitio, preciosa! Tienes unas piernas magníficas para caminar por ti misma, ¿no?

—Sabía que esto iba a ser una idea terrible.

Hago un amago por irme, convencida de que hemos batido algún tipo de récord con la cita más corta de la historia. Somos incompatibles y no sé por qué seguimos forzando el tolerarnos.

Dante me detiene, sujetándome del brazo con la presión justa para no resultar dominante. Empiezo a acostumbrarme demasiado a esta escena.

—¿*Pizza*? —propone—. Hay un local cerca de aquí con un ambiente tranquilo y bohemio que te encantará. Empezamos de nuevo. Nos saltamos los saludos incómodos: yo no te digo que estás guapa y tú no eres borde conmigo. Directamente a la conversación, a la *pizza* y al vino. ¿Qué te parece?

Respiro. La última vez que él eligió el sitio fue un desastre épico. Me consuelo pensando que no puede haber un lugar peor que La sombra del viento, así que acepto su propuesta.

—¡En marcha! Pero esta vez me dejas pagar, te debo una cena.

—Ya negociaremos.

Caminamos menos de dos minutos hasta la pizzería; la proximidad no mejora la tensión entre nosotros, solo la hace más densa. ¿Cómo vamos a hacerle creer a nadie que somos pareja si somos incapaces de mantener una conversación?

De puro caballeroso que es, Dante me resulta extraterrestre. Me ha abierto la puerta del local al entrar, me ha retirado la silla y está

ayudándome a quitarme el abrigo.

¿Quién hace eso en pleno siglo XXI?

Pedimos limonadas, una *pizza* napolitana para mí y una de champiñones con jamón para él. Tras el intercambio de palabras básico para discutir la cena, nos sumimos en un incómodo silencio que nadie sabe cómo romper. Dante me observa con detenimiento y yo me muero por saber qué diablos se le está pasando por la cabeza. Por el contrario, él no necesita saber lo que se pasa por la mía cuando lo miro a él…

—¿Qué le puede llevar a alguien a vestir así?

«¡Mierda! ¿Lo he preguntado en voz alta?».

—¿Así cómo? —Dante se cruza de brazos en pose desafiante.

—Así… —«venga, dilo»— como un personaje de videojuego.

—¿Por qué vistes tú así, Jude?

—¿Como un ser humano normal, quieres decir?

—Lo que tú llamas *normal* yo lo llamo *falta de personalidad*. No hay nada en tu aspecto que te diferencie del resto, salvo tu pelo de fuego.

Su observación me pone en guardia y, a la vez, me da rabia. Respondo antes de pensar demasiado:

—Tal vez por eso lo haga. ¿Te has planteado que no a todos nos gusta llamar constantemente la atención?

—¿Crees que a mí me gusta llamar la atención?

—Lo que yo crea no es asunto tuyo y, desde luego, no te iba a gustar, así que me lo ahorro.

Una camarera joven se cruza en nuestro campo, interrumpe nuestro apasionante debate y deposita las *pizzas* entre nosotros. Por suerte, no son muy grandes. Deberíamos ser capaces de devorarlas y salir por donde hemos entrado antes de clavarnos los tenedores.

—¿Por qué acabaste en Venecia, siendo de la costa Amalfitana? —pregunta.

—Necesitaba un cambio de aires. Cuando mi compañera de piso consiguió trabajo en un hospital de Venecia, no me lo pensé mucho y me vine con ella.

—¿Fue por Lorenzo? Lo del cambio de aires…

—No estoy enamorada de él, si es lo que te estás preguntando —contesto—. Estoy dolida, más por ella que por él, si soy honesta.

—Todavía le gustas —suelta despreocupado, partiendo con una lentitud exasperante un trocito de *pizza*. Está claro que él no tiene la misma prisa que yo por acabar la velada.

—Lo dudo —replico, pero un titubeo se cuela en mi voz.

—Vi cómo te miraba… y cómo me miraba a mí.

—Probablemente nos mirara así porque no le cuadre que tú y yo estemos juntos —aseguro—. Igual piensa que he tenido una crisis existencial y que me he unido a una secta satánica de la cual eres el mesías.

—¿Qué hemos dicho de los prejuicios, Jude? —suelta provocador, sin perder la compostura.

—¿Por qué sigues quedando conmigo?

—Porque me diviertes. No intentes buscarle lógica, yo tampoco lo entiendo.

—¿Y no te da miedo que te arruine la cena familiar? Es un poco arriesgado llevar a una completa desconocida.

Dante esboza una sonrisa enigmática. Juro que este hombre me pone de los nervios.

—No, desde que sabes que podría devolvértela en tu cena de amigos. Eres muchas cosas, Jude, pero estúpida no es una de ellas. —*Touché!*—. Háblame de tus aficiones. Necesitamos conocernos un poco para sobrevivir a dos fines de semana de teatro con nuestras respectivas familias.

—Soy bastante convencional. Me gusta salir a bailar, la natación, el cine, leer, los idiomas, ver documentales de lugares a los que nunca tendré dinero para ir…

Hablo deprisa y como aún más veloz. Solo un par de trocitos más y podremos dar la velada por concluida… si es que él acaba de una maldita vez con la suya. ¿Sería muy descortés dejarle solo en el restaurante?

—¿A dónde te gustaría ir? —se interesa, dando un sorbo lento y elegante a su copa de vino.

—A algún lugar exótico como Egipto, México o Turquía. Me encantaría ir a Derinkuyu —sueño en voz alta. Dante me analiza en

silencio, poniéndome nerviosa—. ¿Por qué me miras así?

—Hasta ahora no me había dado cuenta de lo afortunado que soy por haber estado en tantos lugares. Derinkuyu es fascinante. Su estado de conservación me pone los pelos de punta.

—Debería haber supuesto que un señorito de Mira ya conoce todos los países del mundo.

—No todos —matiza. Yo pongo los ojos en blanco y me refugio en mi copa—. En realidad, fui por trabajo. Colaboré en una excavación. Ya sabes, ventajas de ser *enterrador* —se burla con una sonrisita—. Has dicho que te gustan los idiomas. ¿Cuáles hablas, aparte de italiano?

—Inglés y un poco de español, francés y griego.

Algo en mi respuesta le hace mirarme incrédulo, con una sonrisa de medio lado que me arrebata y me crispa a partes iguales.

—¿Griego?, ¿en serio?

—Clásico —declaro con orgullo.

—Muy útil, sobre todo si nos encontramos a Platón por aquí —se cachondea. Voy a decir algo, pero él me interrumpe—. ¡Oh, vamos! Tienes que tomarte la vida un poquito menos en serio, Jude. Solo te estoy vacilando. Yo también estudié griego y latín en la universidad. Era necesario para mi profesión.

—¿Te exigen griego y latín para ser enterrador?

—¡Por supuesto! Pensaba que estaba claro que en los cementerios solo se hablan lenguas muertas.

Juro que no quiero reírme de cada una de sus salidas, pero la risa se me escapa sin pedir permiso. Es una risa corta, incrédula, que intento disimular detrás del tenedor.

—Digas lo que digas, me sigue pareciendo un trabajo espeluznante.

—Discrepo, es una profesión apasionante.

—¿Es cierto que los zombis salen de sus tumbas a medianoche? —pregunto casual, mientras me introduzco un trocito de *pizza* en la boca.

—Lo ignoro, yo trabajo en mi taller o *in situ,* a plena luz del día. Creo que te sorprendería bastante saber en qué consiste realmente mi jornada.

—Ilústrame.

—Cuando nos conocimos, dijiste que la profesión me pegaba, y es cierto —admite—. Supongo que tú te quedaste con lo superficial, con ese aspecto lúgubre que claramente desapruebas. Pero no se trata solo de huesos y lápidas. Es respeto por el arte, por el patrimonio; es devolver dignidad a lo que el tiempo ha mordido. No solo restauro tumbas en el cementerio, mi trabajo también me permite viajar, entrar en la piel de otras épocas.

Le miro y, por primera vez, entiendo que bajo esa estética teatral hay una devoción que no espera aplausos. Pienso en manos que acarician reliquias con delicadeza, en dedos que devuelven trazos de vida a la piedra. Me descubro fascinada, traicionando a mi escepticismo.

—Por ejemplo, el verano pasado estuve involucrado en un proyecto en las Catacumbas de París, recorriendo tramos que no son accesibles a los turistas. Y hace un par de años pasé seis meses en Egipto colaborando con los arqueólogos más prestigiosos del mundo en un descubrimiento de sarcófagos que aún no ha salido a la luz. Ser de los primeros en ver algo así, poder trabajar con esas piezas de milenios de antigüedad… es un placer indescriptible.

Hay historias en su voz que todavía no me cuenta, y de pronto me dan ganas de escucharlas todas, aunque sospecho que cada una de ellas me acercará más al borde de ese abismo donde él parece sonreír sin miedo.

—¿Has estado alguna vez en la isla maldita?

—¿Te refieres a… Poveglia? —duda. Yo asiento con más entusiasmo del que quiero admitir—. Sí, he estado en Poveglia y, pese a lo que se rumorea, no estoy maldito por haber pisado la isla.

—¿De verdad hay fantasmas?

Él sonríe de un modo que me incomoda por lo mucho que me atrae, aunque se niega a responder a mi pregunta.

—Tal vez algún día puedas descubrirlo por ti misma, yo no puedo revelar mis secretos laborales, Florecilla.

—Vale, me estás convenciendo… Solo un poco.

—¿Quieres verlo?

Su pregunta se desliza como una broma osada. Me convenzo de que juega y le sigo la conversación, que milagrosamente, no ha decaído en toda la cena.

—Supongo que estaría bien algún día, sí.

—No —corrige con calma—. Me refiero a… ahora. Esta noche.

Trago saliva, intimidada por la simple audacia de su propuesta. Bajo la mirada y descubro que, entre preguntas y tragos de vino, ha terminado su *pizza* y se dispone a arrastrarme a donde quiera que planee llevarme.

La idea es absurda, casi grotesca: está mal de la cabeza si cree que voy a seguirlo voluntariamente hasta un lugar sin luna, sin testigos y con los muertos como únicos guardianes. Hay líneas que ni siquiera mi curiosidad es capaz de cruzar.

—No pienso meterme en un cementerio de noche.

Dante se reclina en la silla, la sombra de una sonrisa danzando en sus labios.

—Deberías tener miedo de los vivos, no de los muertos. Ellos no van a hacerte nada.

—Eres tú quien me da miedo, Dante.

En su mirada oscura detecto que está disfrutando con la contradicción que me provoca.

Me quedo sin palabras, incapaz de explicarme ni ante él ni ante mí misma. Cuando estamos juntos la claridad me abandona, como si me sumergiera en un agua oscura que no me deja respirar. Culpo al vino y a esa sonrisa que desafía la lógica, por no admitir que, tal vez, esté perdiendo la cabeza. Hay algo en él que me inquieta. ¿Cómo puede alguien ser tan espeluznante y, al mismo tiempo, tan devastadoramente atractivo?

Arrastra su silla hacia mí y el chirrido se me clava en los nervios. En Italia, el espacio en los restaurantes es un lujo inexistente, y de pronto la distancia entre nosotros se vuelve demasiado corta, obligándonos a respirar el mismo aire.

—Hagamos una cosa. —Su voz baja un tono, cómplice y peligrosa —. Mándale un vídeo a tu compañera de piso y comparte tu geolocalización en todo momento.

—¿Te crees que no lo hice antes de venir?

—¿A qué le temes, entonces? —me reta, acercándose todavía más—. Dale a grabar, anda.

No sé qué demonios pretende, pero obedezco. Desbloqueo el móvil y lo coloco frente a nosotros. Él se acerca aún más para entrar en el encuadre conmigo. Huele demasiado bien. A tentación, a pecado envuelto en cuero. A problemas con nombre propio.

Cuando pulsa el botón de grabar y esboza esa sonrisa que roza lo criminal, siento que me pierdo en el gesto. Quizá no sea el vino, quizá me haya echado algo en la limonada, porque hoy me cuesta mirarle con la misma indiferencia que me produjo el otro día.

—Hola… —murmura Dante, buscándome con la mirada—. ¿Cómo se llama tu compañera?

—Gaby.

—Hola, Gaby. Soy Dante Ricci, de los Ricci de Mira. Y ahora mismo voy a salir de este local, subirme a mi moto, Venus, y secuestrar a tu compañera de piso. Y quiero que sepas que mis intenciones con ella son… las peores.

El descaro con que lo dice me arranca una risa incrédula, a pesar de la advertencia que intuyo en sus palabras.

—Tu mensaje es de lo más tranquilizador, seguro que Gaby no está NADA preocupada —observo con tonito—. Pero, espera, ¿qué es eso de los Ricci de Mira? ¿Sois famosos o algo así?

No me interesa su dinero, pero me estremece la maldita casualidad de que el destino me haya puesto delante justo lo que pedí: un atractivo millonario de Mira. La próxima vez que me invente algo, le especificaré al karma que preferiría que no parezca diseñado por Tim Burton.

—Más bien somos una de esas aburridas familias que se oxidan en el mismo sitio durante generaciones —responde con falsa modestia.

—Ya, pero…, ¿sois millonarios?

Dante se gira para mirarme y, con el escaso espacio que hay entre nosotros, su boca queda peligrosamente cerca de la mía. A tan solo un suspiro. Y por un instante, solo por un instante, me descubro pensando de nuevo que sus labios han sido creados para ser mordidos.

—¿Tú crees que, si fuera millonario, me dedicaría a restaurar tumbas?

—No me hagas el lío: haces mucho más que eso, tú mismo lo has dicho. Y, siendo honesta, me parece la profesión perfecta para un joven rico y excéntrico.

—Mi familia está acomodada, no somos millonarios. ¿Podemos seguir con el vídeo?

Por un momento, me había olvidado por completo de que seguíamos grabando.

—¿De verdad esperas que un simple vídeo vaya a convencerme para desaparecer contigo en tu moto?

—No es una moto cualquiera. Es Venus.

—Oh, claro, eso lo cambia todo. —Entorno los ojos con sarcasmo —. ¿En serio le has puesto el nombre de la diosa del amor?

Mi acompañante suspira y me mira con aburrimiento.

—Es mi amante, ¿vale? Mi compañera más fiel, la única que no me falla en las noches de insomnio.

—¿También te masturbas pensando en ella?

Una risilla nerviosa, procedente de la mesa de la derecha, me hace ver que medio restaurante está pendiente de nuestra conversación. Y parecen tan divertidos como escandalizados.

Dante baja la voz y se acerca a mi oído para susurrarme. Ese gesto íntimo me incendia más que cualquier palabra.

—Tranquila…, esta noche prometo hacerlo pensando en ti.

Se me eriza la piel, y un calor indecente se instala en mi vientre, amenazando con devorarme.

—¿Có… cómo has dicho?

Él se incorpora despacio, como si nada hubiera ocurrido, recuperando la compostura con esa calma que me enerva.

—¿Podemos seguir? Tu amiga va a flipar cuando reciba este vídeo.

—¿En serio vamos a enviárselo?

—¡Por supuesto! Tú no te fías de mí, y quiero que, si desapareces y nadie vuelve a encontrarte con vida, Gaby sepa que te estoy llevando de ruta histórica por el Cementerio Monumental de Padua.

No es tan imponente como San Michele, pero guarda historias que solo yo podría contarte.

—¿Padua? ¡Ni de coña! Eso está a más de media hora en coche.

—De moto —me corrige—. Deberías sentirte halagada. No suelo subir a ninguna mujer a Venus. Solo a mis hermanas.

—¿A tus hermanas? ¿En plural? ¿¡Pero tú cuántas hermanas tienes, señorito Ricci de Mira!?

—Dos, juraría que ya te hablé de ellas…

—Tiendo a no creerme la mitad de las cosas que dices.

—Nunca te he mentido, Judith.

—¿Seguro? Porque el otro día también dijiste que tenías un gemelo…

—Leo.

Trago saliva. ¿Me está vacilando? Le observo y… no, no parece que se lo esté inventando.

—¿Se parece a ti?

—Somos gemelos, ¿tú qué crees?

—No me refiero a la genética, sino a…

No sé cómo plantear la pregunta, así que muevo las manos de arriba abajo para señalarlo a todo él en conjunto, con su oscuridad, sus misterios y su peligroso atractivo.

Si le molesta mi comentario sobre su aspecto, no lo demuestra. Su calma es tan imperturbable que resulta más desquiciante que el peor arrebato. En serio, ¿le corre siquiera sangre por las venas?

—Somos la noche y el día. Leo viste camisas azules, chinos beis, zapatos elegantes… El chico de oro. Un partidazo.

—¿Y… estará en la cena?

Juro que no hay ningún interés romántico en mi pregunta, solo esa curiosidad malsana que me corroe. No imagino dos versiones tan opuestas del mismo rostro. Dante, en cambio, parece interpretar otra cosa.

—Sí, estará. Pero si piensas liarte con él, te agradecería que esperases al menos hasta que acabe nuestra pantomima. Sería bastante incómodo llevar a mi supuesta novia y verla lanzarse al cuello de mi hermano.

Su comentario se me clava en el pecho como una ofensa.

—¿Y por qué iba a querer liarme con él?

—¡Yo qué sé! Todo el mundo se enamora de Leo. Supongo que tiene algo.

—¡Sois gemelos! Aunque llevéis diferentes etiquetas en el envase, la botella sigue siendo la misma. ¿No significa eso que también podría enamorarme de ti?

Dante arquea las cejas y tuerce el gesto, como si no se hubiera planteado esa posibilidad.

—Sí, supongo…

—Entonces, tranquilo, porque no va a pasar.

Lejos de ofenderse, se relame con mi respuesta, como si el rechazo le supiera a reto. Decido no indagar demasiado en ello.

—¿Por qué Padua? Hay un cementerio en Venecia, podríamos ir a ese.

—Ya, pero yo vivo en Padua y es el que mejor conozco.

—¿Vives en Padua? ¿Por qué?

—Porque en el centro de Venecia está prohibido circular en moto y no pienso renunciar a Venus. Además, mi mejor amigo Gio también vive allí.

—¿Tu mejor amigo? ¿Tú tienes de eso?

—¿Has terminado ya de cuestionar mis decisiones vitales?

Estoy a punto de insistir, de escarbar en ese nuevo detalle, cuando Dante alarga la mano y me cubre la boca con delicadeza. Sus dedos son cálidos pero ásperos, curtidos por el roce de la piedra y el mármol de su oficio. Me estremezco. Y entonces posa en mí esa mirada que es fuego contenido, amenaza y promesa en una sola llama.

—Se acabaron las preguntas por hoy.

Se dirige a la pantalla del móvil que sostiene en alto para despedirse de mi amiga y en su rostro veo de nuevo esa sonrisa insolente que tanto me descuadra.

—*Ciao, Gaby!* Espero conocerte pronto. Me llevo a la trastornada de tu amiga de ruta motera.

8

HAY AMORES QUE NUNCA MUEREN

JUDITH



Como viene siendo habitual, Venus aguarda en la Piazzale Roma, brillando bajo las farolas como una amante impaciente. No puedo creer que haya aceptado los planes de un hombre tan excéntrico, pero hay algo en su ambigüedad que me atrae como la luz a las polillas. Y ahora, con esa moto de chico malo añadida a la ecuación, estoy segura de que debo de haber perdido la última neurona que me quedaba. Porque sentir curiosidad por Dante Ricci no parece solo insensato: parece suicida.

Se quita la cazadora de cuero marrón y la deja sobre mis hombros con un gesto inesperadamente íntimo. El roce de su proximidad me provoca un escalofrío que recorre mi espina dorsal hasta instalarse en lugares prohibidos. No soy de piedra, como esas estatuas frías y eternas que él se pasa el día acariciando con esas manos que yo mataría por sentir sobre mí. Lo dicho: estoy perdiendo el norte.

—Toma, ponte esto. Hace frío en la carretera.

Su voz es grave, un murmullo que vibra demasiado cerca de mi boca.

—¿Qué hay de ti?

—Sobreviviré, no sufras por mí.

La que no va a sobrevivir seré yo si no me calmo. Nunca me he subido a algo tan bestia. Dante me confesó que le gustaba la velocidad y… él, todo él, me pone cardíaca.

—No correremos mucho, ¿no? —dudo.

—Pensaba que te gustaba el riesgo —me parafrasea con tonito. Mi cara, más pálida que los fantasmas que vamos a perturbar esta noche, me delata—. Tranquila, Jude, solo bromeaba. Confía en mí, ¿vale? No te pasará nada.

«Alguna cosilla no me importaría que pasara…», pienso.

Quiero responder con una lista de razones prácticas por las que poner mi vida en sus manos es una pésima idea, pero mi pensamiento se disuelve en una rendija de deseo y miedo.

Me ayuda a ponerme el casco antes de colocarse el suyo. Entonces se acomoda en la moto como si fuera una extensión de su propio cuerpo, y la inclina un poco para facilitar que me suba. Se nota a la legua que soy novata. La única vez que he montado fue en una Vespa diminuta que alquiló Lorenzo, y era un juguete comparada con este monstruo de la carretera.

La falda de mi vestido traiciona la decencia. Al abrir las piernas para sentarme se ha subido peligrosamente, y él lo detecta en el retrovisor. Estoy nerviosa, no sé qué hacer con las manos. No sé dónde agarrarme. Él se da cuenta de mi apuro y actúa, cogiendo mis manos y posándolas en su cintura, tirándome hacia él hasta que mi pecho queda pegado a su espalda.

—Agárrate fuerte. No quiero perderte en una curva, pelirroja.

Que me agarre fuerte a él. ¡Qué fácil es decirlo! Si no me temblara todo por el calor que desprende su cuerpo, por esa cercanía que me roba la respiración…

Es imposible decir si es el miedo o el deseo lo que me hace apretarme más contra su espalda, pero, tan pronto arranca, le clavo

las uñas con fuerza, como si él fuera lo único que me mantiene en pie.

Venus ruge bajo nosotros como un animal nocturno que responde a su amo. La ciudad se queda atrás en un latido; la carretera se extiende como una cinta negra. La velocidad convierte las luces en líneas, las voces en ecos, y todo desaparece en la aceleración.

Los treinta minutos hasta Padua son los más largos y los más cortos de mi vida, una eternidad comprimida en un suspiro trepidante.

Debería tener las piernas congeladas con este escueto vestido, pero su cazadora y su cuerpo me han mantenido caliente y en tensión. El aroma de la naturaleza que nos rodea se entremezcla con su atrayente perfume. Me descubro escuchando mi propio pulso mezclado con el latido de la máquina y con el suyo, justo bajo mis manos, firme y constante.

¿De verdad me he subido de forma voluntaria a la moto de un desconocido que se autodenomina Psicópata Azul? ¿Y he aceptado que me lleve a un cementerio en otra ciudad, en plena noche?

Mi lado racional me grita que me baje ahora mismo y vuelva a casa, pero la otra voz —la que sabe que la vida entera es un puñado de decisiones locas— me recuerda que quizá él no sea el más loco de los dos.

Dante reduce la velocidad al llegar a Padua. La familiaridad con la que se mueve de camino al cementerio prueba que está en su zona de confort. Aparca la moto junto a la entrada, se quita el casco y se gira hacia mí con una sonrisa que parece hecha de fuego. Me estremezco al sentir su mano en mi muslo desnudo. ¡Vaya! Menudas confianzas se permite el muchacho… y, por algún motivo absurdo, no retiro ni la pierna ni su mano.

—¿Estás bien, *bella*? Tienes las piernas congeladas.

—Estaré mejor cuando pise tierra firme.

—La próxima vez, ponte vaqueros… por si acabamos la noche huyendo a algún lado en mi Venus.

—No va a haber próxima vez, Dante. Tu cena, mi cena y sanseacabó. Si te he visto no me acuerdo.

No sé si lo digo para convencerlo a él o para engañarme a mí misma. Él no replica. Su silencio alberga mil piezas que no piensa enseñarme.

Observo la verja negra que detiene nuestros pasos frente a los jardines de una iglesia de ladrillo.

—¿Cómo piensas entrar ahí? ¿No estarás pensando en saltar?

—Jamás te haría eso con ese vestidito tan… sugerente.

La forma pervertida en que me observa incendia algo dentro de mí.

Saca unas llaves del pantalón, enganchadas con una cadenita que, al parecer, no conduce hasta ningún reloj de bolsillo.

—¿Siempre llevas las llaves del cementerio encima?

—Vine directo desde el trabajo. Estoy colaborando en la restauración de la estatua de un ángel en el interior de la iglesia.

Abre la puerta metálica y me invita a entrar. Un escalofrío me atraviesa. El aire huele a piedra, a humedad y a historias olvidadas.

—Te noto muy tensa, Jude. Estás segura conmigo aquí.

—Mira que lo dudo. ¿No podrías haberme llevado al cine en nuestra segunda cita, como hace la gente normal?

—Primero, quizá lo habría hecho si esto fuera una cita al uso y mi intención fuera llevarte a la cama.

—Ya me has entendido…

—Segundo, fuiste tú la que quiso ver a qué me dedico. Así que ahora apechuga con las consecuencias, pelirroja.

Le sigo, insegura, a través de la iglesia hasta salir por una puerta que lleva al camposanto. La luna baña las lápidas con una luz fría y plateada, proyectando sombras alargadas sobre los mausoleos antiguos.

De nuevo, siento un escalofrío que ni la cazadora de motorista, que aún llevo puesta, puede aliviarme. ¿A dónde diablos me ha traído? ¿Y por qué le he seguido sin dudar?

Recorremos pasillos de grava, caminando entre hileras de tumbas coronadas por santos y ángeles, cuyas caras el tiempo ha limado hasta dejar solo rasgos difusos.

—Esas tumbas de allí son de los caídos en la Primera y Segunda Guerra Mundial —explica, rompiendo el silencio—. Hay una energía

extraña y devastadora en esa zona del cementerio, siempre procuro evitarla. Sígueme por aquí, con cuidado.

—Aún no sé qué hacemos aquí.

—Paciencia, amiga mía.

—Tú y yo no somos amigos, Dante.

—Lo confirmo. ¿Ves esa lápida de ahí? —pregunta mostrándome una losa, muy similar a las demás, pero que a él parece fascinarle—. Es una de las últimas que he restaurado, la de Robert Gregory. Data de 1918. También cayó en la Primera Guerra Mundial. Su muerte fue un golpe brutal para su madre, *Lady* Augusta Gregory, una de las figuras más importantes del Renacimiento cultural irlandés. —Su voz baja como si estuviera evitando despertar a su fantasma—. ¿Te suena el Teatro Abbey de Dublín? Lo fundó ella. Su obra estuvo muy influenciada por esta tragedia. ¿Has leído algo suyo?

Niego con la cabeza por no admitir que ni siquiera me suena su nombre. Él, en cambio, tiene alma de dramaturgo, aunque me inclinaría más hacia el romanticismo gótico.

—¿Y tú?

—Cuando restauré la losa, quería entender mejor su historia y la triste conexión que estableció con Padua.

Apunto con el mentón hacia un mausoleo más oscuro, con puertas forjadas.

—¿Qué hay de esa otra tumba? ¿Por qué tiene un corazón roto grabado?

—Pertenece a la nobilísima familia Contarini, de finales del siglo XVIII. Se dice que una de sus hijas, Lucrezia, se enamoró perdidamente de Aldo, un joven que su familia nunca aprobó. Se veían en secreto, entre las sombras, donde ella fingía venir a llorar por la muerte de un pariente lejano. Nadie supo de su romance hasta que los encontraron muertos, abrazados dentro de este mismo mausoleo.

—¿Qué ocurrió?

—El padre de Lucrezia se enteró de ese amor prohibido y la obligó a casarse con un conde romano. Aldo, incapaz de soportar el dolor que iba a producirle su pérdida, se quitó la vida con un cuchillo. Y

Lucrezia, rota de dolor, le siguió horas después con veneno. Romeo y Julieta en versión Padua.

—Es la historia de amor más trágica y triste que he oído nunca. ¿Por qué me traes aquí?

Hay algo en sus ojos negros que atraviesa mi alma como si estuviera hecha de aire, como si mi cuerpo no pudiera protegerme contra su hechizo. Su expresión intrigante, potenciada por las sombras que juegan con su atractivo rostro, me incomoda.

—Quería que sintieras el dolor de su amor. Que estuvieras donde ellos estuvieron, que respiraras la misma pena, como si sus secretos aún resonaran entre nosotros.

Sus palabras esconden algo que no logro descifrar, y me hacen retroceder por puro instinto. De nuevo me descubro temblando, cuestionándome en qué demonios pensaba para seguirlo hasta aquí.

—¿Sabes cuánta gente ha muerto por culpa del amor, Jude? ¡Es ridículo! Un sentimiento que nos venden como algo hermoso no debería nunca acabar en tragedia.

—¿Crees que… nos *venden* el amor? —pregunto incrédula.

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso tú no?

—¿Con qué finalidad? ¿Tal vez sea una conspiración de las floristerías para vender más rosas en San Valentín? —me burlo.

—Para que no se acabe la especie, por ejemplo. Aunque a veces pienso que merecemos la extinción.

Su discurso empieza a desmoralizarme. Por un instante, había pensado que era uno de esos tíos raros a los que les iba hacerlo en los cementerios, y, aunque aún no sepa qué imagen formarme de él, estaba dispuesta a dejarme llevar si la situación lo requería. *Carpe Diem*. Pero si reniega del romanticismo en todas sus formas y expresiones… ¿para qué me ha traído aquí? ¿Qué espera hacer conmigo?

Cojo aire y lo suelto con lentitud, intentando que él no note el miedo que desprendo.

—Recuérdame otra vez qué diablos hago aquí con el tipo menos romántico y más pesimista del mundo, por favor.

—¿De verdad encuentras romántico morir por amor?

—Si lo piensas fríamente, las historias trágicas son las que siempre nos dejan huella —le digo, y nombro la lista de obras que han hecho del dolor un espectáculo—: *Un paseo para recordar, Titanic, Moulin Rouge, Romeo y Julieta*… Lucrezia y Aldo se amaban hasta el punto de que no concebían la vida el uno sin el otro, ¿no es hermoso?

—¡Es estúpido! —me contradice enérgico—. El amor nos lleva a cometer actos desesperados y ridículos. Nos corrompe en celos, nos vuelve competitivos y peores personas.

La contundencia de su desprecio me obliga a dirigir la vista hacia sus ojos. Mi desafío busca en su mirada un destello humano que explique la jaula de su cinismo.

No está hablando por hablar, hay algo personal en todo esto; no sé si en Lucrezia y Aldo, o en el acto de enamorarse en sí. ¿Qué demonios le ha pasado a este chico para que su alma tenga el tono de una noche sin luna?

—¿Por eso tú lo evitas? Enamorarte… —me atrevo.

De sus labios sale una media sonrisa que me descoloca. Volvemos a la teoría del sexo pervertido entre ataúdes. Tal vez solo quiera lanzarme un mensaje, dejar clara su postura desde el principio: en el caso de que estuviera interesada, tal vez podríamos echar un polvo esta noche, pero él no es de los que se enamoran. Y nunca va a cambiar de opinión. Por suerte, no es algo que me preocupe. La simple idea de volver a quedar con él hace que se me erice la piel.

Dante decide darme la callada por respuesta y llevarme a otra zona del cementerio. Mejor, estábamos adentrándonos en aguas pantanosas.

—Este es el hogar de Giovanni Battista, un noble que organizaba fiestas tan extravagantes que los fantasmas aún hablan de ellas —dice señalando una obra de mármol blanco, cuyas líneas sinuosas parecen contar la vida de su dueño—. Se dice que sus amantes eran tantas como los manjares que servía sobre la mesa.

—¿Y qué pasó con él?

—Su mayor amor desapareció un día sin dejar rastro. Desesperado, mandó construir esta tumba, pensando que su amada regresaría a él si le dedicaba un templo.

—¿Y lo hizo?

—¿Tú qué crees? —se burla con esa expresividad tan llena de contrastes—. Lo que me fascina es que su historia sigue de algún modo viva a través de su mausoleo. Y en esto consiste mi trabajo, Florecilla, en devolverles la vida a esos relatos olvidados. Cada grieta, cada mancha de humedad es una huella del pasado que merece ser contada. Los cementerios guardan historias apasionantes.

—Y parece que tú te las sabes todas.

—Bueno, no todas… Hay una en concreto que no logro descifrar y me atrae mucho más que cualquiera de las leyendas de este lugar.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata?

—De ti.

No me esperaba esa respuesta, ni tampoco el fogonazo de luz procedente de la linterna de su móvil, que me deja ciega por un instante.

—¿De… mí? —balbuceo.

—Sí, tienes algo que… me perturba. Y no logro averiguar qué es.

—¿*Yo* te perturbo a *ti*? —replico sarcástica.

Dante deja de apuntarme con la luz para enfocar otra de las tumbas, como si no hubiera pasado nada.

—¡Esta me llevó meses! Su familia tenía una villa romana, que aún se conserva en buen estado, y querían añadir al mausoleo un trocito de mosaico original de la época. Con el paso del tiempo, las teselas se habían desgastado, e incluso algunas fueron saqueadas. Tuve que patearme media Italia para encontrar el mismo tipo de piedra.

A estas alturas, empiezo a convencerme de que Dante quería únicamente mostrarme su trabajo. Y yo pensando que el *tour* tenía otras intenciones más explícitas… Así que me relajo, disfrutando de la belleza oscura de su obra.

—Reconozco que es bonita. Diferente, es la palabra.

—Es espectacular. Todo el mosaico tenía un color gris, desgastado por la piedra. No sabes la emoción que produce ir desvelando los colores, devolver el mosaico a la vida.

Hace una pausa cargada de misterios. Yo me pongo nerviosa, rodeada de silencio y enigmas en este entorno tan *idílico*.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Me sobresalto al sentir su mano agarrando la mía con decisión, pero no lo detengo, y dejo que me guíe de nuevo al interior de la iglesia, donde el débil fulgor de la luna se cuela en tiras pálidas por los vitrales y pinta el polvo como ceniza de plata.

Avanzamos por el pasillo central. El aire se vuelve denso, cargado con el aroma del incienso que alguien quemó horas antes. Dante se detiene frente a un altar sencillo, coronado por dos columnas de mármol negro. Su mirada se pierde en un punto que no alcanzo, como si viera algo que el resto de la humanidad no está facultada para observar.

—Hay algo especial en este lugar, una energía que aún permanece encerrada entre los muros de la iglesia. —Sus palabras resuenan en la penumbra—. Dicen que Lucrezia solía arrodillarse aquí antes de sus encuentros, suplicándole a Dios que la ayudara a encontrar una solución a su historia de amor. Siempre he pensado que estos muros todavía conservan el eco de esos besos que se dieron a escondidas, el recuerdo de su trágico romance, como si la piedra hubiera aprendido a susurrar.

No sé qué responder. No estoy preparada para lidiar con este lado de Dante, esta sensibilidad extrema y este romanticismo gótico que contradicen un poco la frivolidad con la que parece haber descrito el amor hasta ahora.

¿Cuál de los dos Dante Ricci es el verdadero?

Su mano todavía sujeta la mía como una suave caricia que no pienso rechazar. Me giro despacio, buscando su mirada, que aún sigue perdida en algún lado, más allá de la historia de Aldo y Lucrezia.

Un presentimiento me recorre y me asusta. Hay algo en esta tragedia que le afecta de un modo muy personal. Entiendo que toda esa palabrería contra el amor no es más que una fachada para protegerse. Y alguien solo se protegería si él mismo hubiera sido víctima de algún amor trágico, del que sé que no va a hablarme. Por eso se ha perdido entre las sombras del mundo.

Pero ¿quién pudo romper a Dante Ricci de ese modo?

—¿Tú también crees en estas cosas? —susurro con la voz más suave de lo que pretendía.

Se gira y busca mi mirada, y yo me pierdo en esos ojos casi negros que me resultan hipnóticos. Albergan una profundidad a la que quiero asomarme, aun a sabiendas de que acabaré cayendo al abismo de su peligrosa dualidad.

Dante alza la mano que tiene libre para acariciar mi mejilla. Con suavidad, trazando una línea desde mi mandíbula hasta mis labios. Mi corazón se acelera.

—¿Que si creo en… fantasmas, dices? —pregunta, yo asiento con la cabeza—. Lo que creo es que las almas de los que se amaron de verdad no se separan nunca. Supongo que una parte de Aldo y Lucrezia todavía está atrapada por aquí.

—¿Alguna vez has amado a alguien de ese modo?

Las palabras se deslizan por mis labios sin apenas darme cuenta.

NO estoy coqueteando con él.

NO me interesa la respuesta.

Y, sobre todo, NO deseo que me bese.

NO…, eso NUNCA.

Dante niega con la cabeza. Estamos a un solo paso de distancia, sus labios peligrosamente cerca de los míos. Intento contener un suspiro.

—Tuve una novia hace tiempo pero, por triste que suene, no la recuerdo bien. ¿Y tú? ¿A ese idiota que te fue infiel, quizá?

—No —corto—. Nunca he amado a nadie como Lucrezia amaba a Aldo. Tampoco he conocido a alguien que me haga sentir como si…

—… Como si te faltara el aire.

Él termina mi frase con un susurro que me roza la piel.

Asiento. Porque eso es exactamente lo que me pasa cuando me mira así: que me falta el aire.

Aunque no nos conozcamos.

Aunque no tenga sentido.

Su mano sigue trazando caricias en mi mejilla; sus dedos avanzan por mi piel hasta la zona de detrás de mi cuello. Me estremezco. El ambiente se carga de una extraña tensión sexual que me hace

desearlo de un modo enfermizo. Debo de estar loca por anhelar que nuestros labios se junten por primera vez… dentro de la iglesia de un cementerio.

Pero no puedo pensar. El frío y la humedad del lugar se mezclan con la excitación. Mi cuerpo responde con una honestidad que me aterra. Los pechos duros y sensibles, la piel erizada, una humedad que se instala sin pedir permiso entre mis piernas.

Su mano se posa en mi cadera, atrayéndome hacia él, y yo no me resisto. El aire se impregna de ese perfume exótico que desprende, mezclado con el inconfundible aroma del deseo, el de las ganas de arder en el infierno… con él.

«¡Y tanto que vamos a arder!». Estoy convencida de que hacer esto en un lugar así es un sacrilegio.

Y justo cuando parece que el beso es inevitable, una fuerte ráfaga de viento atraviesa la estancia, haciendo que la llama de las velas baile violentamente. Todo sucede en un parpadeo, haciéndome consciente del precipicio al que estaba a punto de lanzarme.

Dante se separa de mí como si tenerme cerca le quemara. Nos miramos, algo avergonzados por lo que casi sucede, en el umbral entre la historia trágica de amores pasados y la nuestra, que apenas comienza a escribirse.

La posibilidad se desvanece y quedan las migas: el latido inestable, el calor que persiste donde rozó su mano, la sensación de que esta noche nos ha dejado una deuda.

Tal vez el espíritu de Lucrezia me esté advirtiendo de que este no es mi camino o, tal vez, solo quiera darle emoción a un destino mucho más oscuro y romántico de lo que jamás había imaginado, pero que ya estaba escrito en las estrellas.

Decido ser yo quien ponga fin a la función antes de que la vergüenza termine por devorarme. Me resulta casi cómico —y a la vez execrable— haberme excitado con un tipo tan peculiar y en un lugar tan inapropiado. En un cementerio, nada menos. Perfecto. Estoy segura de que ese momento de debilidad ha sido algún tipo de castigo para purgar los pecados que cometí en otra vida.

—Deberíamos irnos antes de que Lucrezia y Aldo se molesten por inmiscuirnos en su historia —propongo.

—Aún no has visto lo que quería mostrarte —replica enigmático. ¿De verdad piensa enseñarme todas las puñeteras tumbas?—. Ven, sígueme.

Nuestros pasos resuenan en el suelo de piedra y la pesada puerta emite un fuerte crujido cuando abandonamos el templo. En silencio, lo sigo por una hilera de tumbas que no habíamos recorrido hasta ahora. No puedo evitar el malestar que tengo encima por ese beso interrumpido que, hasta hace unos minutos, ni siquiera me había planteado. Hay algo en este lugar que me trastorna.

Mi acompañante se detiene en una curiosa lápida moderna con el relieve de una moto, un escudo familiar y otro símbolo que no logro identificar con la poca luz que nos rodea. Es como un árbol con cinco ramas. Lo que sí leo son los versos del poeta italiano Dante Alighieri y que, quienquiera que descanse ahí abajo, se llamó Tiziano una vez y murió a la temprana edad de veinte años. El apellido queda oculto tras una corona de rosas frescas que alguien ha puesto recientemente.

> *«El amor, que no permite que ningún amado se excuse de amar, me atrapó tan ferozmente con deseo que aún no me deja, como puedes ver. El amor nos condujo a una sola muerte».*

Respiro hondo. La frase me resulta familiar. Pienso en Lucrezia, en Aldo, en la forma en que la historia los convirtió en sombra para la lección de los vivos. Y pienso en nosotros, en la brasa que ardía y que el viento casi apagó.

¿Qué clase de amor te arrastra hasta la muerte a los veinte? ¿Qué clase de caricia convierte la vida en un mal menor?

—Francesca y Paolo, de *La Divina Comedia* —confirma—. Esta tumba es la verdadera razón por la que me gusta trabajar aquí.

—Lo conocías.

No necesito que Dante me lo confirme para saber que los unía una relación muy especial. Sus ojos parecen haberse perdido en un

abismo de tristeza y oscuridad del que no sé si logrará volver esta noche.

—Mi mejor amigo, más allá de la vida y la muerte. Aún me gusta hablar con él, aunque no pueda contestarme. Me relaja y me ayuda a sentirlo más cerca, como si una parte de él aún siguiera viva entre nosotros. ¿Crees que estoy loco?

—¿Están locos los que hablan con su dios, sin poder verlo? —Le devuelvo la pregunta con otra más elegante. Él sonríe, apagado—. ¿Qué le pasó?

—Se enamoró de la mujer incorrecta. Por desgracia, ella corrió su misma suerte.

—¿Cómo…? ¿Qué…?

—Como en todas las historias trágicas, siempre hay un héroe, un villano, una víctima y una mujer cuya boca cambia destinos. A él le tocó el papel de víctima.

—Lo siento, pero no te sigo…

—Será mejor que te lleve a casa. Me sorprende que no estés ya helada con ese vestido. Además, no mentía cuando dije que estabas muy guapa y me estás distrayendo demasiado.

Quiero gritar que no me importa mi maldito vestido ni las veces que el viento me haya puesto en una posición comprometida esta noche.

Quiero decirle que mi piel arde por otras razones, y que la curiosidad me desgarra más que el frío.

Yo solo quiero entender cuál es su relación con esta historia. Porque sospecho que el amor llevó a Tiziano a las puertas del cielo y a Dante a vivir su propio infierno, como en la obra del poeta.

Y algo me dice que Dante también tuvo un papel en esa historia de amor trágico que supuso el final de su amigo.

¿Héroe o villano?

9

CUMPLIENDO LO QUE TE PROMETÍ

JUDITH

—¿ Dónde vives? —pregunta, ajustándose el casco de la moto.

—No voy a decírtelo.

—Pues ya me dirás cómo voy a llevarte a casa si no me lo dices.

—No te preocupes, déjame en el centro y ya me apaño yo.

—¿En el centro de Padua o de Venecia? —De nuevo ese arqueo de ceja impaciente que tanto lo caracteriza—. Anda, no seas ridícula. Si quisiera hacerte algo, ya lo habría hecho en el cementerio, ¿no crees? —Asiento, encontrándole cierta lógica—. Y bien, ¿dónde te dejo, Judith?

—En Mestre. ¿Sabes dónde está Lego?

—En marcha. Y esta vez, te agarras bien, no como antes.

No tiene que decírmelo dos veces. Tan pronto noto el movimiento de la moto al arrancar, me abrazo a él como si fuera un salvavidas, aspirando ese aroma que me intoxica las neuronas. No sé qué demonios es, pero a mi cerebro le cuesta resistirse a su perfume.

El trayecto de vuelta se me hace demasiado corto, pues, cuando me quiero dar cuenta, Dante está aparcando la moto donde le he dicho. Entendiendo que esa es nuestra despedida, me quito el casco

y hago lo propio con su cazadora, pero me obligo a detenerme al ver que él también se apea de la moto.

—¿A dónde crees que vas, Jack Sparrow?

—A acompañarte a tu casa —responde como si fuera lo acordado.

—Puedo llegar sola, no te preocupes. Son solo quince minutos.

—¿¡Quince minutos!? ¿De verdad me has hecho aparcar a quince minutos de tu casa? Anda vamos, supongo que un poco de aire fresco no me hará daño.

«Un poco de aire fresco». Helado, más bien.

—Dante… No hace falta, de veras.

Este chico no me toma en serio cuando le hablo. Coge mi brazo con decisión y me obliga a caminar. Mis pies se clavan al suelo, impidiendo que él me dé órdenes. A cabezona no me gana nadie y la situación resulta bastante cómica.

—¿Derecha o izquierda? Si no me lo dices, te cargo al hombro y comienzo a caminar sin rumbo hasta que me supliques que te baje al suelo. —La amenaza me suena tentadora. Al menos, hasta que empieza a contar—. A la de una, a la de dos…

—¡Está bien, está bien! Vivo en… la vía Dante.

No se ríe con esos labios pecaminosos que NO me muero por morder, no… ¡es peor! Se está conteniendo y riéndose con esa mirada que no sé descifrar.

—¿Es una broma?

—No sé qué estás pensando, pero no es una señal del destino ni nada que se le parezca. Hay muchas *vías Dante* en Italia, y da la casualidad de que yo vivo en una de ellas.

—Por supuesto.

—Hablo en serio. Me mudé a este piso antes de conocerte a ti. Siento dañarte el ego, pero no me gustas.

No sé por qué veo la necesidad de aclararlo, pero quería hacerlo antes de que crea que esta noche le ha dado alguna posibilidad. Parece esa clase de hombre que colecciona muescas en su cinturón, y yo no voy a ser un agujero más.

Sin embargo, al oír su respuesta calmada, me siento hasta ridícula:

—Me alegro, Judith, una preocupación menos. ¿Podemos empezar a caminar? Yo también tengo ganas de regresar a mi casa y, como bien has observado, tengo más de media hora en moto.

—No, si vienes a la velocidad a la que me has traído hasta aquí…

—¿Qué dices? ¡Si iba superdespacio!

«¿Sí? Pues a mí se me ha pasado en un suspiro».

Caminamos en silencio hasta mi portal y me descubro rememorando una noche que, en realidad, no ha sido tan terrible. Y no quiero que acabe.

—Es aquí —informo, parándome frente al portal. Esta vez sí me quito la cazadora y se la devuelvo—. Nos vemos en dos viernes… si es que uno de los dos no se arrepiente de esto.

—Pasaré a buscarte a eso de las cinco, ahora que sé dónde vives. Por cierto, aún no me has dado tu número de teléfono.

—Ya te lo mandaré a través de LoveBoard, Psicópata Azul.

Sonríe, y empiezo a temer que esa sea su arma más letal. Es infalible.

Nos quedamos unos segundos mirándonos sin saber qué decir. ¿Le doy los dos besos de cortesía o me meto en el portal sin volver la cabeza? Curioso que, siendo tradición mediterránea, nunca hayamos intercambiado esos besos mecánicos. Somos dos témpanos que fingen no derretirse.

Me incomoda cuando me disecciona así con la mirada, en silencio. Y ante la duda, corto la escena.

—Buenas noches, Dante.

—Que descanses, pelirroja.

La calle se queda en silencio; excepto por el latido acelerado de mi corazón. Entro en casa de puntillas para no despertar a Gaby y dejo caer las llaves de nuevo en el bolso.

Me apoyo contra la puerta del recibidor, respiro hondo y me llevo la mano al pecho, tratando de que mis latidos vuelvan a un compás normal.

Esto no me puede estar pasando a mí.

Seguro que me está dando un infarto o se me ha licuado el cerebro, porque es imposible que esta sea la manera en que mi cuerpo reacciona ante este… ser.

Seguro que su perfume de *oud*[3] tiene algo narcótico, sumado al dramatismo de todas esas historias de fantasmas y amores imposibles que me han dejado el corazón temblando. Quizá haya influido su propia historia, ese secreto oscuro que lo rodea y me ha mostrado en pequeñas dosis a través de la tumba de Tiziano.

¡Y la moto! Tenía su espalda musculosa pegada a mi pecho, su mano apoyada en mi pierna para asegurarse de que estuviera bien. A veces, subía un poquito más de lo prudente, acariciando mis muslos como quien tantea los límites.

Sí, ha tenido que ser la combinación letal de todos esos factores.

Porque no, Dante y yo…

¡Jamás!

—No me gusta Dante —susurro—. Es solo un acuerdo y no volveremos a vernos.

Y lo repito tres veces más, por si la primera vez no me había quedado lo suficientemente claro.

—¡Ya era hora, bonita! —Pego un brinco y me llevo de nuevo la mano al pecho. Otro susto como este y me muero, fijo—. ¿Qué haces aquí a oscuras?

—No quería despertarte.

—¿De verdad creías que iba a pegar ojo después de enviarme semejante vídeo? ¿Cómo fue la cita?

—Fue… inusual. —No se me ocurre una palabra mejor para describirla—. Pero vamos, que no fue una cita…

—Ya, ya… Lo del cementerio era broma, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Okey… Tú y yo tenemos que hablar, jovencita.

Estoy esperando a que me suelte un discursito sobre la irresponsabilidad que he cometido, pero mi amiga me arrastra al sofá con un entusiasmo que no comprendo hasta que suelta:

—¡Joooooodeeeer con el tal Dante!

—Te avisé. Es peculiar.

—¡No me avisaste de que estaba tan bueno! —La miro como si acabara de decir que la Tierra es plana—. ¿Bromeas? ¡Es guapísimo! No finjas que no te has dado cuenta.

—No suelo fijarme en los hombres que llevan más perfilador de ojos que yo, ya lo sabes.

—Eso tiene fácil solución: maquíllate tú más. —Esta vez soy yo quien pone los ojos en blanco—. Ese vídeo fue… ¡guau! Creo que no eres consciente de la química que tenéis. Hay un momento en el que os miráis y parece que se detiene el tiempo, como en las películas. —Odio que mi amiga me lo ponga y analice cada fotograma en busca de señales inexistentes—. ¿Ves? Justo aquí.

—Me voy a dormir, he tenido una noche interesante.

Gaby se acerca a mí y empieza a olfatearme la ropa.

—¿Os habéis besado? Hueles a un perfume irresistiblemente masculino que está claro que no es el tuyo.

—Me dejó su cazadora. —Ya está, esa sonrisita y un gesto obsceno con las manos que no me convence—. No vayas por donde no es, Gaby. ¿No pretenderás que monte en moto con este vestido?

—Apuesto a que Dante está deseando volver a verte.

—¡No digas tonterías!

¿Me gusta? No.

¿Me lo planteo? ¡Ni de coña!

¿He disfrutado de la noche? Mucho… Ha sido la mejor cita de mi vida. Lo que es terriblemente preocupante.

Mi teléfono vibra sobre la mesa, haciendo que ambas miremos la pantalla en busca de lo obvio.

Psicópata Azul: Aún no me has mandado tu número de teléfono.

—¿Es él? —A Gaby no se le escapa una.

—Le prometí mandarle mi número. No te emociones que no es el típico mensajito poscita.

¿Cómo narices ha llegado tan rápido a Padua? No quiero pensar en la velocidad a la que ha recorrido esa carretera porque me dan los siete males.

Le mando un mensaje solo con mi número de teléfono, veo innecesario alargar la conversación. Una parte de mí, una a la que no le quiero dar voz, desea que lo use esta misma noche. La otra, la

sensata y aburrida, espera no saber de él hasta la puesta de largo de su hermana.

Estoy hecha un lío y no es justo, porque sé que todos esos condicionantes externos a nosotros han jugado un papel importante en que yo me sienta así esta noche. A mí me cuentan una buena historia de amores imposibles y pierdo la cabeza.

Número desconocido: Ahora que tengo tu número y sé dónde vives, puedo empezar a tramar mis fechorías.

Judith: Si me pasa algo, tengo un vídeo muy interesante que Gaby le mostrará a la policía.

Dante: Cierto… Tendré que quitármela de en medio. No pueden quedar cabos sueltos.

Judith: Empiezas a asustarme, Psicópata Azul.

Dante: En realidad, solo quería desearte buenas noches. Contra todo pronóstico y lógica, he disfrutado de tu compañía. No me preguntes por qué.

—¡Lo sabía!

La cabecita de Gaby aparece detrás de mí, delatando su presencia.

—¿Te importaría dejar de leer mis mensajes? Se llama *privacidad*.

—Calla y contéstale antes de que se impaciente.

—Ya lo creo que le voy a contestar…

Judith: Es broma, ¿verdad?

Dante: ¿No se supone que esto es lo que hay que hacer después de una cita? Mandar un mensaje diciendo que quieres volver a ver a la otra persona, que te lo has pasado bien…

Judith: Ya, pero los dos sabemos que no es cierto. Ni siquiera era una cita.

Dante: Pon un poco de tu parte, Florecilla.

Judith: ¿Por qué te ha dado por llamarme Florecilla?

Dante: Se supone que las parejas también hacen estas cosas, ¿no? Ponerse apodos cursis el uno al otro. Tiene que resultar creíble.

Judith: ¿Qué hay de Cómplice Perfecta? Me gustaba.

Dante: Tengo mis serias dudas al respecto…

Judith: ¿Puedo llamarte Barnabas Collins?

Dante: Mientras lo hagas con cariño, puedes llamarme lo que quieras, Florecilla.

Judith: Te estás ganando una hostia…

Dante: Buenas noches, pelirroja. Que sepas que estoy cumpliendo lo que te prometí.

Judith: ¿De qué hablamos ahora? (¿Quiero saberlo?).

Dante: Nos vemos en la cena.

—¿Qué te prometió?

Me encojo de hombros mientras revivo todas y cada una de las conversaciones que hemos tenido. De pronto, escucho sus palabras en mi cabeza como si alguien las estuviera retransmitiendo en el megáfono de un estadio de fútbol. Yo me burlé de que le hubiera puesto un nombre como Venus a su moto, e incluso llegué a preguntarle si se masturbaba pensando en ella, y él me lanzó una propuesta de vuelta:

«Tranquila, esta noche prometo hacerlo pensando en ti».

¿De verdad se está…?

Me acaloro. No veo el momento de encerrarme a solas en mi habitación y…

Esto empieza a complicarse demasiado.

[3] El oud es un aceite aromático intensamente fragante que se extrae de la resina del árbol de Aquilaria, originario del sudeste asiático. Es conocido como «madera de agar» u «oro líquido» debido a su rareza, alto valor y fragancia compleja.

10

LA SEGUNDA OPCIÓN NO ESTABA EN EL MENÚ

DANTE

Ni un terremoto podría distraerme cuando trabajo. Alcanzo un nivel de concentración tan extremo que parece que estuviera flotando en otra dimensión. Es mi santuario, mi refugio. El ambiente de mi taller es solemne, tan solo roto por la atrayente voz de Björk, que sale por los altavoces de mi viejo ordenador, con *All is Full of Love*. Todo está lleno de amor.

Discrepo.

Mis manos trabajan lentas sobre la lápida, con precisión. Aunque el reloj no está de mi parte, me niego a arriesgar la calidad de un acabado. Mejor me quito horas de sueño hasta la entrega y ya me pondré al día después. Tampoco es que duerma mucho habitualmente… Si ya de por sí esas pesadillas me tienen en vilo toda la noche, recibir esa nota lo ha vuelto todo más dañino:



Sin remitente, dirección, matasellos o destinatario. Alguien debió de colarla por debajo de la puerta de mi taller sabiendo que la recibiría antes o después. Pero ¿quién pudo escribir algo así en una fecha como esta?

Todo el mundo sabe ya que yo lo hice. Nunca lo confesé, pero tampoco lo negué porque simplemente no recuerdo nada más allá de aquellas tardes de playa entre amigos y mi cuerpo tendido sobre el asfalto.

¿Qué otra *verdad* podrían sacar a la luz?

Me he vuelto loco analizando al detalle los restos que aún conservo de aquel verano. Fotos, postales, *souvenirs*… Busco pistas y señales en cualquier trozo de papel, en cualquier periódico desgastado de tanto leerlo. Necesito encontrar ese *algo* que me haga recordar, que complemente lo que veo en esas pesadillas que se repiten y me torturan cada noche. Esa mujer morena y sonriente, a la que no consigo ver el rostro, que siempre acaba transformándose en Allegra.

No entiendo nada.

Inquieto y perturbado, esta mañana decidí hacerles una visita a mis padres. Necesitaba reconectar con el niño que solía vivir entre las paredes de la villa Ricci; pero de nuevo, fue inútil. Es como si alguien me hubiera borrado el disco duro y hubiera suplantado mis memorias con lo que todos creen que debería recordar.

«¿Por qué no recuerdo a Allegra si…?».

Al final, el propósito de mi viaje quedó anulado tan pronto le conté a mi madre que acudiría a la fiesta con Judith. Sus gritos de emoción todavía me perforan los tímpanos. Sé que había perdido la fe en que algún día le presentara a alguien, soy el único de los hermanos Ricci que no ha mostrado interés por esos menesteres.

Entonces comenzó el aluvión de preguntas, planteándome toda clase de escenarios que no había contemplado hasta la fecha, pero que, al parecer, son habituales entre los enamorados.

¿Qué sabré yo? ¡Si nunca he tenido una relación como la que se supone que comparto con Jude! Solo espero que mi madre no haya detectado la farsa en mis titubeos.

No quiero confesarle a Jude que las expectativas con ella son tan altas como las olas que acarician los bordes de los canales. No quiero que se ponga nerviosa innecesariamente. Al fin y al cabo, la única razón por la que puse ese estúpido anuncio, «Psicópata azul busca Cómplice Perfecta», fue porque necesitaba que mis padres dejaran de intentar buscarme novia a toda costa.

Estoy harto de que me presenten mujeres aburridas y de vida perfecta. Si quisiera estar con alguien, ya lo habría hecho. No son pocas las mujeres que han pasado por mi cama sin despertarme ni una pizca de interés. No es que tengan nada de malo, es que yo no quiero llegar a más. Con los años me he convertido en un maestro bloqueando las emociones, y hace ya más de una década que no me permito sentir. No me lo merezco. Y ellas tampoco se merecen que les haga eso.

Los psicólogos me diagnosticaron dificultad para establecer vínculos afectivos, falta de empatía y conducta antisocial.

En otras palabras: soy un psicópata.

Hasta que apareció ella…

Apenas la conozco y Judith ya ha sacudido mi mundo hasta el punto de hacerme querer ser mejor persona. Me provoca cosas que no comprendo. Deseo clavarme en ella y, a la vez, deseo protegerla.

No hemos vuelto a cruzar palabra desde que la dejé en su portal hace ya tres noches. ¿Por qué deberíamos, si lo nuestro es puro teatro? Reconozco que no me han faltado las ganas, pero me quedé demasiado confundido tras una cita inesperadamente perfecta como para atreverme a iniciar cualquier tipo de conversación.

Me gustó sentir su cuerpo pegado al mío en la moto, no voy a negarlo. Compartir con ella un trozo de mi realidad y, de algún modo, mostrarle algunas piezas del complejo puzle que forma el

origen de mis traumas. Me sentí más cerca de ella de lo que nunca me había sentido con otro ser humano.

Lo que es un grave error. No puedo hacerle esto a Judith.

Las cosas empezaron a ponerse tan intensas en la iglesia que necesité huir de allí.

Necesité huir de ella.

Recuperar mi espacio y el control de mi vida, esos que casi le cedo sin pensar.

Su perfume floral, su risa, ese pelo rojo que potencia el brillo esmeralda de su mirada, sus curvas… No sé qué tiene, pero su encanto se cuela por las rendijas de mi hastiado corazón y lo llena de una luz que me provoca rechazo.

Yo no tengo luz. Soy solo oscuridad. La vía más rápida para descender al infierno.

Me valgo de una pequeña gubia para raspar un relieve desgastado. Necesito concentración máxima y la pelirroja diabólica se cuela constantemente por cada recoveco de mi mente. Cuando restauro, cada detalle cuenta, no hay margen de error.

Mi móvil me distrae por un momento. Dudo si mirar de quién se trata, pero al ver su nombre en la pantalla, la curiosidad gana a todo lo demás.

Dejo el raspador y el pincel con cuidado sobre la mesa y me quito los guantes. ¿En qué momento le he dado a esa mujer el poder de detener mi mundo? De agitarme así.

Judith: Barnabas, tenemos que hablar.

Que me apode como el vampiro de *Dark Shadows* me hace hasta gracia. Si me viera ahora mismo, con el pelo alborotado, la ropa llena de polvo y las gafas protectoras, iba a tener una imagen muy distinta de mí. Más guarra y menos siniestra.

Dante: «Tenemos que hablar». La frase más peligrosa en los labios de una mujer. Aunque parece que se están perdiendo las buenas costumbres, ¿no piensas darme las buenas tardes, Florecilla?

Judith: Buenas tardes, Nosferatu. Tenemos que hablar.

Dante: Soy todo ojos. Tú dirás.

Judith: Todo Positano me está reclamando una foto tuya: mi familia, mi grupo de amigos… Creo que la manera en la que Renzo te ha descrito les ha generado cierta… curiosidad insana.

Dante: Estoy liado, luego te mando una.

Judith: Creo que no me he explicado con claridad. La foto tiene que ser juntos. Tú y yo. Por eso de que estamos prometidos, ya sabes…

Dante: Entiendo. Espero que se te dé bien usar Photoshop. O instálate una de esas aplicaciones para crear vídeos con Inteligencia Artificial.

Judith: Un café rápido no te hará daño.

Dante: El café no, desde luego, pero tú… Eso ya es otra historia.

Y no miento: no sé si voy a sobrevivir a otro dolor de huevos como el que me agarré la otra noche. No necesito nada que potencie aún más mi insomnio, gracias.

Judith: ¿Vas a hacerme rogar? ¿Tengo que arrodillarme por una estúpida foto?

Dante: ¿Es eso lo que tienes en mente, Florecilla? ¿Ponerte de rodillas? Mmm… Puede que me interese tu oferta.

Judith: …

Dante: Me lo temía. Por desgracia, hoy no puedo. Tengo que entregar un encargo mañana y está llevándome más tiempo del previsto. Ni siquiera he comido en todo el día. Podremos hacer la foto en la puesta de largo de mi hermana para que la publiques en el periódico local si quieres.

Judith: ¿Cuándo piensas hablarme de los Ricci? No puedo presentarme en tu casa sin que me enseñes al menos una foto o me digas sus nombres. ¿Cuánto tiempo les has dicho que llevamos locamente enamorados? No hemos discutido nuestra coartada y, como Cómplice Perfecta, necesito más información para bordar mi papel.

Judith es demasiado lista y sabe bien cómo conseguir lo que quiere de mí que, para mi desgracia, es solo una estúpida foto. Tiene razón: nadie se creería que llevo meses con una mujer de la

que no les he hablado en la vida y que parece saber tan poco sobre mí.

Dante: Treinta minutos. Y vienes tú a Padua. No quiero pecar de poco caballeroso, pero tengo que acabar algo y solo en ir y venir a buscarte pierdo más de una hora.

Judith: Mándame la ubicación. Prometo no robarte mucho tiempo.

«Imposible, Jude. Ya me has robado los putos pensamientos y protagonizado mis desvelos».

—Jude viene a mi taller —me repito, para ver si suena diferente al decirlo en voz alta—. Jude viene a mi taller… ¡Joder, joder, joder!

¿Cómo voy a recibirla así? Con la camisa llena de lamparones, musgo y productos químicos; el pelo aplastado por la redecilla protectora, todo sudado… Estoy hecho un auténtico asco. Normalmente tengo algo de ropa para cambiarme, pero esta semana he estado tan centrado en este proyecto, que he agotado mis recursos sin poner una triste lavadora.

En un acto desesperado, llamo a mi amigo Gio y le pido que me traiga una de sus camisetas, ventajas de tener la misma talla. Al menos, tengo unos calzoncillos limpios y unos pantalones negros de algodón de repuesto en el armario. Servirá para parecer presentable.

—¿Todo esto por una mujer, Dan? Y luego dices que no te gusta —responde el muy capullo al otro lado del teléfono.

—No me gusta. Es solo un acuerdo.

—Ya, ya… Vamos, que te está dando calabazas y te la pone dura, cabrón.

—¿Qué dices? —Ha dado en el clavo—. Solo vamos a hacernos una foto juntos, y ahora mismo apesto.

—Las fotos no huelen, Dan…

—¿Podrías dejar de buscarle los tres pies al gato y echarme un cable, desgraciado?

—Estaré allí antes de lo que te imaginas.

Con que esté aquí antes de que llegue ella, me conformo.

Sigo trabajando en la restauración de la lápida de Alessandro di Venezia, los nervios me impiden centrarme tanto como me gustaría.

El tiempo corre y mi amigo no hace acto de presencia. Estoy tentado de ducharme y recibir a Judith sin camiseta, solo con los pantalones de algodón, cuando el timbre del taller me sobresalta. Miro a la puerta con desconfianza y rezo por que sea Gio. Este capullo está tardando una barbaridad.

Prefiero no mirar mi reflejo en el espejo. Estoy seguro de que, si buscamos la palabra *asqueroso* en la Wikipedia, sale mi foto.

Cuando abro la puerta, Jude está tan radiante como la recuerdo. Sus ojos verdes brillan en un rostro con sutiles pecas acariciando su nariz y sus pómulos. Inocencia y provocación hecha mujer. Desearla de este modo va a acabar conmigo.

Lleva unos vaqueros entallados, modelando un culo que se ha convertido en mi perdición. Una blusa de seda negra con el primer botón desabrochado; una fina cadenita de oro perdiéndose por dentro de su escote de un modo… provocador, y el pelo rojo cayéndole de forma salvaje por los hombros.

Las ganas de arrinconarla contra la pared y dejar que lideren los instintos se acentúan. Necesito una ducha. Urgentemente. Y me aseguraré de que el agua esté bien fría. Sospecho que me va a hacer falta.

Jude frunce el ceño y me mira con curiosidad. Mucho me temo que ella no comparte mis pensamientos obscenos ahora mismo…

¿Por qué me importa tanto lo que piense de mí?

—No sabía que las ojeras fueran reales. Siempre pensé que eran restos de perfilador.

—Hola a ti también, preciosa —replico con tonito, haciéndole un gesto para que pase a mi taller—. No esperaba compañía. Tranquila, que no saldré así en la foto. Le he pedido a Gio que me traiga ropa limpia. Me daré una ducha antes.

Jude se encoge de hombros con una expresión divertida. Me encantaría poder descifrar lo que dicen sus ojos.

—No te apures, sé que te he pillado en mal momento. Además, me gusta verte con la cara lavada, para variar.

—*Lavada* no es la palabra que mejor me define ahora mismo, Florecilla.

—Me refería a que… Se supone que nos acostamos juntos. Digo yo que no te levantarás con esas pintas de Edward Cullen ya por las mañanas.

—Me perturba la cantidad de nombres de vampiro que conoces. —Pongo los ojos en blanco—. Recuérdame por qué he accedido a quedar contigo hoy, por favor.

—Porque, por muy liado que estés, podrás hacer un descanso para llevarte algo a la boca, ¿no?

—¿Es un soborno? Porque estoy dispuesto a aceptarlo.

Levanta una bolsa de comida de un conocido restaurante de Padua y se me hace la boca agua. Me crujen las tripas en protesta a este ayuno involuntario al que me estoy sometiendo últimamente por falta de tiempo.

Tengo casi tantas ganas de comerme la comida como de comérmela a ella, aunque, por desgracia, la segunda opción no está en el menú.

11

LA ATRACCIÓN NO SE PUEDE IGNORAR

DANTE

Dejo escapar una sonrisa torcida, sorprendido de lo poco que me incomoda la idea de compartir mi caos con ella en este taller. Supongo que la comida y el vino siempre ayudan a maquillar lo indecente.

—Puedes dejar tus cosas en el sofá. Estaré contigo en cuanto acabe esto.

—¿No vas a dejarme ver en qué trabajas?

—Si quieres… Pero sabes que restauro arte funerario, ¿verdad? —Enarco una ceja—. No esperes cuadros de Da Vinci ni huevos de Fabergé, lo mío es más lúgubre.

Ella sonríe y me sigue hasta la mesa de trabajo. Examina las piezas de mármol y piedra con un interés que me resulta tan incómodo como magnético. Pasa los dedos sobre las inscripciones con una delicadeza que me perfora. Por un instante, siento que es mi piel lo que roza.

Hay algo en ella que me desarma y me pervierte al mismo tiempo.

«Perfecto, justo lo que necesito ahora: ponerme duro como un adolescente».

—Ten cuidado, anda, hay mucho polvo, virutas y…, bueno, cosas.

—¿Puedo ayudarte? —ofrece.

—Eh…, lo dudo. Es más complicado de lo que parece, repetitivo, y sucio. No te gustaría.

—Nuestra tapadera sonaría más convincente si aprendiera un poco sobre tu trabajo —asegura—. Ya sabes… La gente suele desahogarse con su pareja al llegar a casa. Además, quiero saber si eres tan bueno como presumes.

Alzo la mirada hacia ella, con una mueca burlona en el rostro.

—¿Y eso quiere decir que me darás un masaje para comprobar que eres buena en lo tuyo? Estoy tenso… en ciertas zonas.

Judith me golpea el brazo con un manotazo ligero, pero me regala una sonrisa tímida.

Juro que no estaba pensando en sexo… Al menos, no únicamente. Mi trapecio está hecho polvo por culpa de las posturas que adquiero en mi trabajo, eso es verdad, pero hay otra parte de mí que ansía su tacto. Tampoco pretendía sonar tan directo pero, cuando estoy con ella, la provocación se me escapa por los poros.

Sus mejillas se tiñen de un rojo imposible, el color que más me obsesiona. Como su pelo. Y esos ojos verdes no hacen más que despertar mis demonios.

«Concéntrate, Dante. Tienes una lápida que salvar», me recuerdo.

Saco una bata del armario, unas gafas de seguridad, guantes y una redecilla para el pelo.

—Si vas a ayudarme a pulir piedra, tienes que ponerte todo esto. No es discutible.

—Tú lo que quieres es estar en igualdad de condiciones.

Pero no hay igualdad posible. Porque cuando ella se cambia y se pone la bata, sigue resultando demoledoramente hermosa. Y yo me descubro maldiciendo la injusticia de un universo que la viste con trapos y aun así la convierte en mi perdición.

—¿Siempre trabajas aquí? —pregunta.

—No, no siempre…

—¿Y cómo demonios te has traído la lápida al taller?

—En brazos no, desde luego. —No le doy la respuesta completa; no quiero malgastar la magia con explicaciones técnicas—. Normalmente restauro *in situ*, pero este encargo es diferente. La lápida está en una finca privada y no querían extraños merodeando entre sus muertos. Y ahora, basta de cháchara. —Le señalo una brocha—. Usa eso. Te servirá para remover el polvo de las grietas y los relieves. No corras, la piedra sabe castigarte si no la respetas.

Judith me observa en silencio mientras trabaja. Al final, coge un pincel e imita mis gestos, no demasiado concentrada.

—No se te da mal —comento, aunque en realidad estoy imaginando esas mismas manos sobre mi cuerpo.

—Igual acabo de descubrir una vocación oculta —responde con una media sonrisa—. Háblame de tu familia.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. ¿Qué les gusta hacer? ¿Hay algo que deba tener en cuenta cuando esté allí?

No quiero hablarle del gran secreto que me obligó a crecer entre silencios y fantasmas. El que me obligó a mantener las distancias por el bien de todos, y me convirtió en el ser gris y solitario que soy hoy día. Así que le doy una verdad a medias, filtrada.

—Solo sé tú misma. Les gustarás porque no tendrán alternativa —aseguro, aunque a ella no le reconforta—. Mi madre es cercana y cariñosa, adora los animales y las causas perdidas. Supongo que por eso sigue al lado de mi padre, que nunca supo quedarse quieto. Desde que se jubiló, ha dedicado cada minuto de su tiempo a los viñedos Ricci.

—¿Tenéis viñedos? Por qué será que no me sorprende, chico de Mira.

—Consumo propio y exportación local, nada ostentoso. El vino que tomaste el día que nos conocimos era de nuestra bodega.

—Hubiera sido una ocasión perfecta para drogarme, señor Ricci.

Su seriedad hace que estalle en una carcajada involuntaria. Hacía mucho que no reía así, y soy el primer sorprendido por el sonido de mi propia risa.

—Si quisiera llevarla a la cama, tengo métodos más eficaces, señorita Marsili. Además, me gusta que mis víctimas estén

despiertas cuando las complazco, el buen sexo es cosa de dos.

Zona de peligro. El cruce de miradas me enciende tanto que me veo en la obligación de dar un paso atrás. La erección reclama terreno y yo no estoy dispuesto a que se dé cuenta del poder que tiene sobre mí.

—¿Cómo te dio por estudiar esto? —pregunta, reconduciendo la conversación a un camino seguro—. No es algo que uno sueñe de niño.

—Tal vez fui un niño distinto. Siempre supe que quería ser restaurador. Supongo que me especialicé en arte funerario como terapia de choque, una forma de mirarle la cara a la muerte y perder el miedo.

—¿Tienes miedo a morir?

Su pregunta directa hace que baje la mirada. No quiero contarle que ya he mirado a la parca Morta a los ojos en una ocasión y estoy aquí de puro milagro. No voy a abrir esa puerta.

—¿Y quién no?

—¿Fue por lo que le pasó a tu amigo?

No respondo, lo que es igual a si lo hiciera por megafonía. El silencio a veces grita más que las palabras.

—¿Y tú, qué? ¿No piensas hablarme de tus padres, Florecilla? De tu infancia feliz correteando por las playas de la costa Amalfitana.

Su sonrisa se transforma en algo que duele. Entiendo que me estoy adentrando en tierras pantanosas.

—Mis padres no tienen viñedos, aunque mi padre biológico entendía mucho de vinos baratos. Nos abandonó cuando tenía cinco años.

¿Qué clase de hombre podría hacer algo así? Si nos obligaran a pasar un examen psicotécnico antes de tener hijos, el mundo sería un lugar mucho mejor para todos.

—¡Joder! Lo siento.

—Está bien. Mi madre se las ingenió para sacarme adelante, aunque ella tuviera que privarse de lo más básico. Por suerte, hace dieciséis años se casó con Leandro y tuvieron a mi hermana Isabella. Y ahora es realmente feliz.

No sé en qué momento he dejado lo que estaba haciendo para centrarme en ella. No soporto la tristeza que se ha instalado en su mirada, una emoción que pronto es sustituida por una mueca incómoda, como si quisiera restarle importancia a una confesión que ya no tiene vuelta atrás.

—¿Cómo eres tan… así? —cuestiono sin pensar.

—¿Así, cómo?

—Tan… Luz. Con todo lo que has pasado, ¿cómo puedes brillar tanto?

—Cuando te enfrentas al dolor, siempre hay dos caminos, Dante.

Sus palabras se me clavan en el pecho como una astilla, hay una pregunta implícita en ellas.

—Y sospechas que yo escogí el incorrecto, ¿no?

—Yo no he dicho eso. Eres un poco tétrico, pero aún no he visto nada que me asuste.

Una presión me aprieta el pecho, como si la esperanza intentara abrirse paso en el lugar donde creía haber sellado todo. Y no puedo permitirlo.

—No digas eso. No me conoces.

—Estoy en ello —suelta. El corazón me da un vuelco—. Y cuando te disfrazas de restaurador y dejas ese rollo de Victor Van Dort, hasta me pareces guapo.

Trago saliva e intento no darle importancia al piropo. Este flirteo no puede llevarnos a buen puerto. No es seguro. No soy puerto para nadie y debería empujarla lejos antes de que las mareas que arrastro la arrastren también a ella. Pero ¿cómo expulsar a quien se ha plantado en tu horizonte con tanta fuerza?

—¿Victor Van Dort? ¿Piensas rebautizarme con todos los personajes de Johnny Depp? —inquiero, diluyendo la tensión del ambiente.

—¿Es lo único con lo que te has quedado?

—También me he quedado con eso de que no te gusta mi aspecto. Y ¿sabes qué? —Me acerco más a ella, lo justo para evitar su piel con mi susurro—: «Hay un secreto para vivir feliz con la persona amada: no pretender modificarla».

—Frase célebre de Dante Ricci —se burla.

—Casi. Frase célebre de Dante Alighieri.

Nos reímos los dos, tontos y sinceros, mirándonos hasta que el taller parece reducirse a la circunferencia de nuestras pupilas.

¿He dicho ya que me parece preciosa?

Judith es la primera en romper esa conexión para volver a la lápida de Alessandro. Respiro aliviado, agradecido por la tregua. Ella sigue dándole al pincel de un modo que… ¿se lo digo?

—Oye, ¿tú estás seguro de que lo estoy haciendo bien?

No, no lo está haciendo bien. Es más… ¡lo está haciendo fatal! Acaba de raspar la superficie de la lápida como si en vez de una espátula tuviera un cucharón de cocina entre las manos. Repararlo me va a tener despierto hasta la madrugada.

«No es tan grave», me digo, culpándome por haberla distraído.

Respiro hondo, cuento hasta tres… y vuelvo a mi papel de maestro con paciencia infinita.

—Eres una genia, Florecilla. Creo que acabas de inventar tu propio método de destrucción de lápidas. No había visto nada igual en toda mi carrera.

La culpabilidad le cruza la cara y me parto de risa sin remedio.

—¿Tiene arreglo? Quería ayudarte, y al final…

—No te preocupes, ¿vale? Todo tiene solución en esta vida. Mira, se hace así.

No sé en qué estoy pensando cuando me acerco a ella para enseñarle la técnica en profundidad. Quizá no quiero luchar contra la atracción que me provoca esta pelirroja que desordena mis latidos. Sé que tenerla en mi taller me está retrasando, pero podría perder horas, noches, la razón misma; preferiría quedarme sin dormir antes que renunciar a este instante en el que su aliento roza mi piel. Hay algo en Jude que me desestabiliza y a la vez me hace sentir en calma. Como el mar. Tal vez ella sea mi playa, el sitio donde las olas de mis tormentas vienen a morir.

Judith pega un bote al sentirme tan cerca de su espalda. Extiendo los brazos a su alrededor, mis manos fuertes y cuidadosas se cierran sobre las suyas para guiar sus movimientos. Ella se deja llevar. Como en *Ghost*.

—Lo estoy haciendo fatal, ¿verdad? —La voz le tiembla.

—Vas bien, es todo cuestión de precisión y ángulo.

Está nerviosa. Mucho. Y no sé si es por el estropicio que ha causado o porque me he acercado demasiado.

La voz de Billie Eillish cantando *Blue* inunda el taller. Intento concentrarme en la veta del mármol, en la técnica a seguir, pero es inútil. Siento la tensión de su cuerpo contra el mío y el modo en que su respiración parece haberse detenido.

Ninguno dice nada, conscientes de que hemos cruzado una barrera sin darnos cuenta. Mi mano izquierda, la que guía la espátula, roza la suya con la excusa del movimiento. Un estremecimiento le recorre la piel y me llega a mí como una corriente eléctrica. La herramienta cae olvidada en la mesa; nuestros dedos se buscan y se enredan en una caricia muda que huele a peligro.

—Dante…

Lo más fácil sería beberme sus labios, enredar sus piernas en mis caderas y llevarla al sofá. Necesito hundir mi erección en ella. Sin descanso. Sin promesas. Mi cuerpo conspira en esa dirección y no se me ocurre otro modo de solucionar esta tensión sexual no resuelta que… resolviéndola.

Pero Jude no es un desliz más, y yo tengo la mala costumbre de quemar lo que me importa. No quiero arrastrarla a mi incendio. No quiero que nadie pague por acercarse a mis cenizas.

No quiero complicarme la vida con ella.

No quiero complicársela a ella conmigo.

Por eso, me veo obligado a apartarme antes de que nos metamos en algo de lo que no podamos salir ilesos.

—Chica lista, ya lo tienes dominado —respondo cortante.

Ella se abanica con la bata e intenta disipar el fuego que ha prendido nuestra cercanía.

—¿Hace mucho calor en este taller o son cosas mías?

—Sí, yo también lo noto…

Abro una ventana; el aire frío entra y por un segundo me devuelve la cordura. Pero solo por un segundo.

Seguimos trabajando en silencio, ignorando el elefante en la habitación. No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando Gio nos

interrumpe golpeando la puerta, la lápida está mucho más avanzada.

Dejo a Judith sola en la mesa de trabajo y me dispongo a abrir a mi amigo, con un gesto duro de advertencia en el rostro.

—¡Menos mal que te ibas a dar prisa!

—Lo siento, me distraje. ¿Puedo pasar?

—Mentiroso —susurro para que solo él lo oiga. Su mueca ladina me da la razón—. Y traes cena… Entiendo que vas a quedarte con nosotros.

—Solo un ratito, hombre. No me perdería a tu primera novia oficial por nada del mundo.

—Ni oficial ni extraoficial, Gio. No es mi novia.

—Ya, por eso querías ducharte sin haber terminado el encargo. Por mí no haces esos sacrificios…

—Anda, pasa.

Y antes de que pueda decir nada más, se acerca a Jude, le da un abrazo y dos besos en las mejillas que pellizca mi corazón de celos. Está claro que mi amigo no necesita que nadie lo presente.

—Jude, él es Gio, mi mejor amigo desde que tengo uso de razón.

—De eso no has tenido mucho nunca, Dan —interrumpe él—. Encantado, Jude. Dan me ha hablado TANTO de ti…

Voy a matar a mi mejor amigo. Decidido. Ya veré luego cómo me deshago del cadáver.

—Igualmente. Estaba deseando saber con qué clase de personas se junta Dante. Y tú pareces tan… normal.

Normal. Judith pronuncia esa palabra como si buscara provocarme. Y lo consigue. Mis dientes rechinan. Gio ríe, ajeno a la tensión en el ambiente.

—Sí, soy *normal*. Dos piernas, dos brazos… Lo típico en un ser humano —bromea—. Bueno, si vas a fingir ser la novia de este cafre delante de su familia, déjame que te cuente un par de cositas que podrían serte de utilidad.

Mi mirada es una advertencia a la que Gio responde en el acto. Confío en él y sé que nunca se atrevería a abrir la puerta de mi pasado ni aunque le arranquen la lengua. Aun así, la simple insinuación me inquieta.

—Me voy a la ducha. Y cuidadito con lo que le cuentas a esta.

—¿Ahora soy *esta*? —replica Jude con tonito.

—Tranquilo, Dan, tu chica está en buenas manos —asegura Gio.

Lo último que veo antes de encerrarme en el baño es al desgraciado de mi amigo guiñándome un ojo de un modo que no me tranquiliza nada.

12

AMIGOS CON DERECHO A… CALENTÓN

JUDITH



Me siento idiota, mirando la espátula abandonada sobre su mesa de trabajo mientras le oigo dar la bienvenida a su amigo en el recibidor.

Mi respiración sigue agitada. ¿Qué diablos ha pasado hace un momento? Aún puedo percibir el eco de su calor en mi espalda mientras me enseñaba cómo trabajar la piedra y, de paso, alteraba mis hormonas.

No puedo permitir que Dante me descontrole así.

No es mi tipo.

No me gusta.

No me fío de él.

No va a pasar nada entre nosotros.

No, no y no. Punto.

¿He dicho ya que es… perturbadoramente irresistible?

Pero ¿qué estoy diciendo? Debo de haber inhalado demasiado de esos aceites corporales con los que trabajo, solo eso explicaría que mi cerebro esté haciendo filigranas románticas con un tipo como Dante Ricci. Por el aspecto que tiene hoy, más de zombi que de enterrador, me creería si dijera que es un no-muerto que lleva trescientos años deambulando por la Tierra.

Gio interrumpe mis pensamientos.

—Por si no te has dado cuenta, ese idiota se las da de chungo, pero es un blandito. Ya lo descubrirás cuando lo veas con su familia. Cuando está con Pia, se transforma.

—¿Conoces a los Ricci?

—¡Como la palma de mi mano!

—¿También creciste en Mira?

No sé qué de mi pregunta lo hace reír.

—Algo así, pero no es lo que piensas. Mi madre limpiaba la villa Ricci. Ya sabes, los niños no entienden de clases sociales; Dan y yo nos hicimos amigos antes de aprender a poner etiquetas a la gente. Así que no te preocupes, los Ricci no son de esas familias que te desprecian por tus orígenes, nunca me han hecho sentir que no pertenezco a su mundo.

Hace escasos diez minutos que nos conocemos y Gio ya ha clavado un dedo en uno de mis temores. Está claro que entre nosotros, los de clase media tirando a baja, nos entendemos sin necesidad de palabras.

Decido abrirme con él, en busca de algún consejo que pueda serme útil para no meter la pata.

—Nunca he estado en una puesta de largo. Ni siquiera sabía que todavía se celebraran en Italia.

—Es algo meramente simbólico. Te aseguro que Pia ya ha tenido sus aventuras por ahí, solo es una excusa para montar una gran fiesta y abrir todas las botellas de vino que cosechan durante el año. A los Ricci les encantan las celebraciones, ya te irás dando cuenta.

—Lo dudo. No sé qué te habrá contado Dante, pero esta es la única fiesta a la que voy a ir. No estamos juntos.

—Vaya, y yo que confiaba en tenerte como aliada en todas las celebraciones familiares a partir de ahora... La siguiente es el

cumpleaños de los gemelos, en verano.

—¿Los… gemelos?

—Sabes que Dan tiene un hermano gemelo, ¿verdad? Leo, el tipo más arrogante y embaucador que conozco. Por fuera son dos malditos calcos, pero por dentro son dos mundos aparte. La noche y el día.

—Claro, que también conoces a Leo… —pienso en voz alta.

—¡Más de lo que me gustaría! No sabes la de veces que he correteado por los jardines de la villa, me he bañado desnudo en las fuentes, después de una fiesta que se fue de control, o hemos tenido que cancelar planes para cuidar de la pequeña Pia —me confiesa—. Y espera a conocer al tío Giuseppe. Si se pone a contarte sus aventuras como modelo de fotonovelas, no lo paras.

—¿Su tío era modelo de fotonovelas?

—¡Uy, sí! El típico galán repeinado que volvía locas a las muchachas de la época. Mi madre no fue la excepción. No descartaría que hubieran tenido un romance…

No puedo contenerme la risa al imaginarlo.

—¿Tienes alguna foto?

Gio saca su teléfono y comienza a rebuscar en la galería de imágenes. La primera que me enseña es de una fiesta. Veo rostros conocidos, aunque más jóvenes, a Dante y Gio, y, a su lado, una adolescente morena y una niña; un señor de mediana edad abrazado a una rubia cuya diferencia de años duele a la vista.

Dante parece alguien distinto con ese traje gris que lo encorseta y ordena. No le favorece. Pierde toda su esencia sin su extravagancia habitual.

—La morena es Francesca, la hermana mayor —me explica—, y la niña es Pia, aunque claramente ya no es una niña. Ese es Giuseppe, con alguna de sus numerosas novias. Y este que está aquí a mi lado, como ya intuirás, es…

—Dante —lo interrumpo.

—No —me corrige—. Es Leo.

Se me quedan los ojos como platos. Busco en la foto cualquier detalle que me diga que está de broma. Ese no puede ser Leo. Si Dante en solitario rompe mi equilibrio, dos réplicas exactas

prometen quiebras múltiples. ¿Cómo voy a sobrevivir a un fin de semana con los gemelos Ricci? ¿Y cómo voy a reconocer a mi supuesto novio sin su vestimenta o su perfilador de ojos?

—¿Estás seguro de que ese es Leo? —insisto.

Gio asiente. Veo la diversión en su rostro y me planteo si se está regodeando en mi desasosiego.

—¿Cómo los reconocías de niño?

—Pues…, no se lo cuentes a nadie, pero solía identificarlos por el lunar. Aunque nunca se lo dije, prefería guardarme ese as en la manga.

—¿Lunar? ¿Qué lunar?

Gio amplía la foto hasta que los píxeles hacen aguacero; la imagen se deshace en ruido, pero él apunta con el dedo, confesándome sus trucos.

—Dante tiene un pequeño lunar, justo bajo el labio. Ahora apenas se aprecia, porque el muy guarro se afeita solo a medias.

Me encanta su barba incipiente, pero no pienso confesarlo en voz alta.

—La verdad es que no me había fijado.

—De todos modos, si eres observadora, basta con mantener una conversación con cualquiera de los dos para reconocerlos. Leo es un seductor nato, tiene un encanto superficial imposible de replicar. Sin embargo, Dante es más reservado. Es de esas personas a las que accedes poco a poco pero, si consigues ganártelo, su lealtad es para toda la vida. Como un libro cerrado que, cuando lo abres, te arrastra a sus páginas.

Sigo observando las fotos. Los hermanos visten siempre igual, elegantes camisas y pantalones chinos o de pinzas. O vaqueros y camisetas para un *look* más informal. Es imposible diferenciarlos.

—¿Tienes más fotos?

Me enseña una más: la familia entera en un barco. Gio me explica que a Vittorio, el padre de Dante, le gusta navegar y tiene su propio yate. Las múltiples diferencias de nuestros respectivos mundos me golpean sin piedad:

Los Ricci tienen viñedos, mi padre era alcohólico.

Vittorio Ricci navega en yate, mi padre solía reparar los barcos de Positano a cambio de una suma que gastarse en las tragaperras.

Nuestras realidades no podrían ser más distintas.

Un carrusel de fotografías me muestra la evolución de los gemelos a través de los años. Y no hablo solo de su crecimiento, sino también de un distanciamiento que se hace evidente incluso en las imágenes. No son solo cuerpos que cambian, son destinos que se separan.

—¿Qué pasó entre Dante y Leo? —me atrevo.

—Si Dan no te lo ha contado, yo…

Gio tuerce el gesto y se traga la respuesta. Algo en la forma en que me mira me transmite malestar, como si acabara de abrir una caja que debería seguir bien cerrada.

Mis pensamientos se ahogan cuando sus pasos aparecen detrás de nosotros. Dante entra con la toalla colgando del cuello, secándose el pelo.

No puedo evitarlo, mis ojos se desvían automáticamente hacia ese torso desnudo que parece esculpido a martillazos. Me falta el aire. ¿Tanto le costaba ponerse una maldita sudadera a juego con esos pantalones de algodón?

Observo que tiene varios tatuajes en el brazo y antebrazo, aunque lo que más llama mi atención es la cicatriz que le atraviesa desde el hombro hasta el codo, perdiéndose por su espalda. Parece una quemadura. ¿Con qué secreto se ganó esa marca?

Sin el artificio del maquillaje ni su embriagador perfume, es Dante Ricci casi al desnudo, sin corazas, y… ¡Dios, es guapísimo!

Mi mente no debería estar analizando cada detalle de su pecho, ni bajando la mirada por la fina línea de vello que desciende desde su ombligo y se pierde en sus pantalones, sofocándome al imaginar cómo se sentiría si…

«¡Basta!».

Vuelvo a la realidad del taller. Los amigos están enfrascados en una discusión ridícula por una camiseta que Gio aún no le ha dado. Eso explica la falta de ropa.

Cuando me mira de reojo, trago saliva con dificultad. Su rostro tiene una expresión neutral, como si no fuera consciente del efecto

devastador que tiene en mí.

—¿Todo bien, pelirroja? —pregunta, poniéndose la camiseta—. ¿No habrá pasado algo raro aquí mientras yo me duchaba? Os veo muy tensos a los dos.

—Solo le estaba enseñando a Jude algunas viejas fotos —aclara Gio. Dante parece interrogar a su amigo con la mirada—. Cumpleaños y cosas así, nada importante.

—Bien, me alegra que hayas hecho el trabajo sucio por mí.

—¿Cómo…? ¿Cómo te…? —balbuceo sin pensar.

Mis ojos se posan en la marca de su piel, y él sigue mi mirada. No hace falta decir más; ya sabe exactamente lo que quiero saber.

—Oh, esto… Tuve un accidente de moto hace tiempo —replica cortante—. ¿Cenamos? Me muero de hambre.

Dante cambia de tema, pero no aleja mi curiosidad. Si acaso, la aumenta. Es imposible que una cicatriz así no haya dejado una historia en su memoria, además de en su piel.

Poco después extendemos el banquete sobre una mesa baja: *panzerotti*, ensalada de burrata y *arancini*. La cena transcurre entre anécdotas y risas que me obligan a mirar a Dante desde ángulos que hasta ahora no me había permitido ver. Menos depredador, más humano. El Dante que normalmente solo aparece con Gio, supongo. Y esta nueva versión suya me intriga y me atrae a partes iguales.

Nuestras miradas se cruzan en el aire más veces de las que mi orgullo me permite admitir. Al igual que no admito que una parte de mí desea saber más, tocar esa veta de misterio que late en su costado.

Pero no será esta noche… Necesito un poco de oxígeno. Todo lo que le rodea me deja exhausta y ni siquiera entiendo por qué.

—Bueno, chicos, me voy, que mañana me espera un día largo. —Gio me estrecha en un abrazo—. Ha sido un placer, Judith, espero verte pronto.

Los amigos se despiden en la entrada de manera afectuosa y se quedan cuchicheando un rato. Momento perfecto para hacer mutis por el foro sin causar demasiado revuelo. Estoy cansada y sé que la tensión de esta noche me pasará factura mañana. Y lo último que deseo es pedirle a mi jefe que me dé un masaje, porque sé que sus

manos siempre sobrepasan el límite profesional. Cualquier día se las corto y finjo que ha sido un accidente.

Recojo mi abrigo de la silla del recibidor y, por pura curiosidad, me quedo a escuchar su conversación. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Me gusta —susurra Gio, creyendo que nadie escucha.

—Pues no te encariñes mucho con ella porque no vas a volver a verla. Mi cena, su cena y se acabó.

—Tú siempre tan tajante con las mujeres.

—Ese soy yo. Ya me conoces.

—¡Pues qué lástima! Se llevaría de cine con mi ex exmujer.

—¿Es esa su nueva etiqueta, ex exmujer? —se burla Dante, desviando el tema—. Doble negación igual a afirmación, ya sabes…

—Bueno, es que ya no es solo mi exmujer, pero tampoco estamos juntos. ¡Es un puto lío, Dan! Yo qué sé…

—¿Y a qué esperas para resolverlo?

Decido no seguir escuchando lo que no me corresponde. No sé en qué estúpido momento pensé que las cosas estaban cambiando entre nosotros, ni sé por qué me duele escuchar a hurtadillas lo que ya sabía. Lo que ambos habíamos acordado. «Su cena, mi cena, y se acabó». Para Dante sigo siendo tan solo el plan que ejecutar de cara a esa estúpida puesta de largo.

El orgullo herido, mezclado con una punzada de algo que no quiero nombrar, me empuja a levantarme. Sé que no despedirme es una falta de cortesía, pero alargar esta situación solo sería añadir sal a la herida. No puedo quedarme un segundo más aquí, fingiendo que no me ha dolido oírle definir así nuestra inusual relación, cerrarme todas las puertas.

Aprovecho que Gio sale para esfumarme. Por desgracia, mis movimientos, ralentizados por el vino, hacen que mi huida no sea tan discreta como esperaba. En las películas todo parece siempre más fácil.

—¿Ya te vas, Florecilla? —pregunta con sorpresa al aparecer de nuevo en la salita.

—Ya te he robado demasiado tiempo, y estás ocupado…

—Deja que me calce y te llevo a casa.

—Tomaré un taxi —atajo. Dante tuerce el gesto.

—No pierdas el tiempo intentando convencerme. No voy a permitir que andes por la calle tú sola a estas horas.

Me da el casco y apoya sus manos en mis hombros, obligándome a caminar marcha atrás en dirección a la puerta. Yo no entiendo nada.

—De verdad que puedo…

—¿Crees que algún día dejarás de protestar ante todo lo que propongo, Florecilla?

—No, mientras sigas llamándome así.

Sé que solo lo hace por fastidiarme, lo intuyo en esa sonrisa tan reveladora, que hace que se me aflojen las piernas. A veces creo que, en el fondo, estoy empezando a caerle bien y todo.

El trayecto en moto hasta mi barrio es… incómodo. El ruido del motor, el viento helado de la noche golpeándome en la cara y el calor de su cuerpo, tan cerca del mío, me dejan en un estado extraño.

Su mano regresa a mi muslo como si creyera que tiene derecho a posarse allí y, de nuevo, no le aparto. Me tenso, y mi corazón compone una melodía que no controlo. ¿Cuándo la costumbre se hizo cómplice de la tentación?

Aparca frente a mi portal, y yo casi salto de la moto en un intento desesperado de huida. Me quito el casco y lo cuelgo del manillar, y él imita mi gesto. Su escrutinio me pone nerviosa, al igual que los miles de enigmas que lo rodean.

—Gracias por traerme, Dante.

—No hay de qué.

Se hace un silencio tenso; su mirada baja, y creo que ha leído mi lenguaje corporal mejor que yo misma. Señalo el portal en busca de una escapatoria.

—Mi portal está ahí.

—Lo sé.

—Ya, eh… Debería… —«¿Por qué titubeo?»—. Buenas noches, Psicópata Azul.

—Jude, espera… —Me detiene, sujetándome del brazo. Nuestras miradas se encuentran en el aire y mi incomodidad aumenta—. La foto.

—¿Qué?

—Que no nos hemos hecho la foto. Supongo que solo me llamaste para eso, ¿no? Por… la foto.

—Oh, sí… *La foto*. Claro… —Sufro un cortocircuito—. Podemos hacerla aquí, nada forzado. Tú apoyado en la moto y yo… aquí, sujetando el móvil a una distancia prudente. No tenemos por qué estar juntos… juntos. ¿Qué te parece?

—Anda, dame.

Antes de que me arrepienta, Dante me agarra de la cintura y me atrae hacia él, obligándome a apoyarme en su moto, entre sus piernas. Cuando descansa su cabeza en mi hombro, siento su aliento cálido como una condena.

Con un brazo me rodea y me aprieta contra su pecho, y el otro lo estira para hacer un selfi. La foto me delata, se me ve rígida, forzada. Pero me veo incapaz de mantener la pose cuando estoy sintiendo cómo su deseo crece abruptamente contra mi trasero. Sospecho que no lleva calzoncillos. ¿En qué momento hemos llegado a esto?

—¿Podrías relajarte un poco? —protesta, enseñándome la pantalla —. Nadie se creería que estamos juntos con esta foto tan horrible. Parece que te estoy forzando.

Tiene razón: *horrible* es un adjetivo muy generoso para describir la imagen.

Mi corazón se encoge cuando su aliento se derrama cálido en mi cuello, su mandíbula roza mi piel en un juego que no comprendo. Tampoco es necesaria tanta puesta en escena para una simple foto falsa. Contengo un gemido, me muerdo los labios. Finjo que no me está gustando tanto como en realidad lo hace.

—Ya está, creo que da el pego.

Entonces me suelta y se separa de mí, como si no fuera consciente del incendio que deja atrás. O quizá sí lo sabe y ese sea precisamente su juego.

¡Maldito hombre de hielo!

—¿Te importa que se la envíe también a mi familia? —pide—. Todavía no se creen que lleve a una mujer a la fiesta.

—Haz lo que quieras, chico de Mira.

Aún me siento humillada por la forma en que mi cuerpo responde a él, como si le perteneciera. No sé por qué lo consiento.

Y pensar que tan solo hace un par de días me generaba rechazo; me burlaba creyéndole descendiente directo de Vlad el Empalador, y ahora…

«… Ahora quiero que me empale».

Me acompaña hasta el portal en un silencio que me incomoda.

Cuando Gaby pone esas películas románticas ñoñas, siempre me hago la misma pregunta cuando llega la escena del portal: «¿Por qué no se lanzan?», «¿A qué esperan para dar el paso?». Las mismas preguntas que me surgen ahora mismo mientras sus ojos se detienen en mis labios sin atreverse a rozarlos. Pero cuando su mano se apoya en mi cadera, pierdo la noción del tiempo.

Sé lo que va a pasar. Estamos demasiado cerca para no sentir la electricidad que nos recorre. Me cruzo de brazos, como si pudiera poner una barrera invisible entre nosotros.

Él levanta una mano y, con ese simple gesto, yo ya sé que va a tocarme, que va a acariciar mi mejilla o mi cuello.

Me equivocaba. Su dedo índice se pasea, osado, por mis labios, pero yo no pienso ceder al deseo. Me niego a ser una más en su vitrina de corazones rotos. Con su continua reticencia a enamorarse, nos ha cerrado las puertas de un *tal vez* antes siquiera de un primer asalto.

—Jude… —susurra.

Mis labios se abren sin mi permiso, dispuestos a recibirle. Y en ese encuentro de miradas, entiendo que él está experimentando lo mismo.

El mismo calor.

La misma curiosidad que nos lleva a perder la cabeza.

Las mismas dudas.

El mismo impulso por romper esa barrera que él nos ha impuesto, quién sabe bien por qué.

Se inclina un poco más hacia mí. Mis pensamientos se desvanecen con el olor a cuero y madera de su piel.

Y justo en ese instante, un ruido rompe el silencio. Las luces del portal se encienden y la puerta se abre, haciendo que nos

separemos de golpe.

—Buenas noches, parejita —saludan los del segundo B, con esa familiaridad descarada que solo alguien acostumbrado a verte cada día podría utilizar en una situación comprometida.

El hechizo se rompe y el sentido común toma el control. He estado demasiado cerca de complicarlo todo. Y ahora me duelen las ganas.

—Es tarde. Yo… Deberías irte —susurro, rompiendo la tensión en el aire.

¿Es frustración lo que asoma en su mirada? Se le ha jodido el polvo de esta noche. Va a tener que recurrir a alguna de esas amiguitas con las que *cubre sus necesidades*.

Al final, se decanta por regalarme esa sonrisa ligera que me está empezando a gustar demasiado.

—Sí…, tengo que terminar la lápida. Ya nos veremos, Florecilla.

Asiento, sin atreverme a decir mucho más. Estoy tan desquiciada que las llaves se me caen cuando intento abrir la pesada puerta.

Una vez en casa, me apoyo contra la pared y me voy escurriendo hasta sentarme en el suelo. Escondo la cabeza entre las rodillas, como si el mundo pudiera desaparecer por unos momentos.

Estoy metida en un buen lío.

Estoy empezando a sentir cosas que no quiero plantearme.

Ha estado tan cerca… Y, a la vez, nunca había sentido a nadie tan lejos.

Estamos cruzando una línea muy peligrosa y no tengo ni idea de a dónde nos lleva.

¿Somos amigos?

¿*Amienemigos*?

¿Conocidos ocasionales?

¿Amigos con derecho a… calentón? Porque roce, lo que se dice roce, ha habido más bien poco.

Me encierro en la habitación, me pongo un camisón de algodón y me meto en la cama. Mis manos se pierden por dentro de mi ropa interior sin que yo las frene. No quiero detener el incendio que amenaza con arrasarme entera. ¿Qué habría pasado si no nos

hubieran interrumpido? Algo me dice que ahora mismo no estaría sola autocomplaciéndome en esta cama.

13

UNA LUZ ENCENDIDA EN LA NOCHE

DANTE

Mientras espero en una cafetería a uno de los arqueólogos más importantes de Italia —y del mundo entero—, observo el vaivén de las góndolas a través de los amplios ventanales. Venecia en esta época del año es un espectáculo en sí mismo. Los canales tranquilos reflejan el oro de los atardeceres, el murmullo constante de los gondoleros y el aroma del mar que impregna el aire.

Lo que más me gusta es el modo en que el caos urbano parece esconderse detrás de la belleza antigua de la ciudad. El flujo constante de turistas y locales con sus mentes y corazones tan atrapados en sus propios dramas como yo me encuentro.

Si no fuera por Venus, probablemente jamás hubiera renunciado a Venecia, pero uno a veces tiene que hacer sacrificios por amor.

Me ha sucedido algo extrañísimo mientras venía. Tenía esa sensación incómoda de que alguien me seguía, una sombra invisible que parecía moverse al ritmo de mis pasos. Cuando por fin me he girado para comprobarlo, he chocado de lleno con una mujer morena.

Ella se ha agachado rápidamente, recogiendo un libro que había caído al suelo. Era morena, con rizos. Podría decirse que guapa, pero de una manera sencilla, con ese aire que tienen las personas que no necesitan adornarse demasiado para destacar. Había algo en esa sonrisa que me resultaba familiar, como si la hubiera visto antes en algún lado, lo que no tiene sentido a juzgar por cómo reaccionó después.

Me disculpé, ella hizo lo mismo, y desapareció entre la multitud, dejando atrás un marcapáginas con una frase de Bukowski:

> «SI ALGO QUEMA TU ALMA CON PROPÓSITO Y DESEO, ES TU DEBER DEJAR QUE TE CONSUMA A CENIZAS».

Hace mucho que no leo a Bukowski, aunque, en otra vida, recuerdo que me gustaba. Es como si esas palabras hubieran encontrado el momento exacto para recordarme quién fui, precisamente hoy, que Tiziano hubiera cumplido treinta y cinco años de seguir con nosotros.

Lo más sensato sería pasar el día con los míos en esa especie de macabra tradición que han adquirido con los años, pero yo no puedo unirme. Me siento enfermo.

Ni siquiera puedo mirar el móvil cuando sé que todos van a manifestarme su lástima en forma de mensaje de texto.

¿Acaso creen que pueden entender cómo me siento?

El vacío que me inunda por las noches y alimenta mis pesadillas.

Los remordimientos que no me permiten seguir adelante.

Aquel día la vida quiso que cometiera un acto de estupidez que me robó un trocito de mi propia alma, y sé que ya nada podrá aliviar ese dolor ni la culpa por lo que hice.

Por eso en estas fechas necesito estar solo. Centrarme en otras cosas. Purgar mis demonios a mi manera, sin que nadie me dé discursitos de falsa moral, fingiendo que no fue culpa mía, y que no fui yo quien destrozó la vida de tantos aquella noche.

Sin que me digan cómo debería sentirme o actuar.

Sin que me recuerden que, en esa carretera, volví a nacer.

Para mí, sus palabras de amabilidad tienen un reproche implícito que nadie se atreve a pronunciar en voz alta: no todos tuvieron la misma suerte.

Mi *suerte* se convirtió también en mi condena, en mi fuente constante de sufrimiento. Una carga con la que llevo lidiando desde entonces en silencio, intentando que no me afecte, pero sabiendo que seguirá doliéndome hasta que nos volvamos a ver en el otro lado.

Supongo que la decisión de hacer la puesta de largo esta semana está muy condicionada por el no-cumpleaños. Tan solo ha sido una excusa para evadirse de los malos recuerdos. Un año reformaron la casa de la playa, otro inauguraron los viñedos, al siguiente se compraron un nuevo barco… A ver qué inventan el año que viene.

Y luego está el misterio de la dichosa nota: «Sé lo que hiciste y ha llegado el momento de sacar la verdad a la luz». ¿Quién pudo mandarme algo así?

—¿Dante Ricci? —Me levanto al oír mi nombre escaparse de los labios de un señor de mediana edad con gafas de pasta, que me sonríe afable—. Siento el retraso. Una avería en el *vaporetto*, nos han tenido que cambiar de barco en medio del Gran Canal.

—Una de las maravillas de vivir en Venecia. —Hago un gesto despreocupado—. ¿Le pido un café y comenzamos a hablar de negocios? Su propuesta me ha dejado intrigado.

—Un hombre de acción, como a mí me gusta —bromea—. Expreso, por favor. Con dos azucarillos.

Pasadas las presentaciones, Baldini comienza a hablarme del apasionante proyecto en el que pronto vamos a trabajar juntos. Acaricio el borde de mi taza mientras él deposita un sobre desgastado sobre la mesa. Me fijo en sus manos, curtidas por años de excavaciones y aventuras, preguntándome si las mías lucirán igual algún día.

—Sé que no es su especialidad, señor Ricci, este no es un simple trabajo de restauración. No sé si conoce las minas de sal de Wieliczka, en Polonia.

Niego con la cabeza. Ni las conozco ni sé en qué podría servirle de ayuda con la sal, pero, si me mantiene lejos de Italia y con la

cabeza en otra cosa, me apunto.

—Así que minas de sal… —Tamborileo los dedos en la mesa con nerviosismo—. ¿Qué tipo de arte funerario se encuentra allí?

—Durante una excavación reciente en una de las cámaras inferiores, hemos encontrado una nueva capilla subterránea de la que nadie tenía constancia hasta ahora, muy similar a la de Santa Kinga. La sal las ha conservado en buen estado, pero la humedad y el tiempo no perdonan. Algunas de las esculturas y relieves presentan un serio deterioro, y el altar de la capilla principal va a requerir de la mano y conocimientos de los mejores expertos. Tenga en cuenta que las esculturas tienen varios siglos de antigüedad y están talladas en sal, lo que las hace extremadamente frágiles.

—No puedo negar que es diferente a lo que suelo hacer, pero me fascinan los retos.

—Tendrá al mejor equipo a su disposición. Su propio apartamento y gastos pagados. Cracovia está a menos de tres horas de avión, con lo que podrá ir y venir cuando desee.

—En cuanto a las esculturas, ¿tiene alguna idea de su valor? —No necesita responderme para que yo lea la respuesta en su cara—. Incalculable. Ya veo…

Baldini sonríe. Ha conocido a demasiados tipos como yo y sabe bien que el reto acrecienta las ganas de aceptar tan peculiar encargo. Por eso, antes siquiera de que abra los labios, él ya sabe cuál va a ser mi respuesta.

—¿Cuándo dice que volamos a Polonia?



El tiempo no cura nada. Es una mentira que nos contamos para sobrevivir. Quince años después, sigo sintiendo el peso de mis decisiones, de mi sangre, de mi culpa. Sigo percibiendo el eco de aquella noche clavándose en mi pecho como un cuchillo oxidado.

Hay días en los que me pregunto cómo me convertí en esto: un hombre que respira, pero no vive. Que sonríe, pero no se permite

sentir. Que guarda su oscuridad bajo llave, mientras las paredes de su mente se llenan de sombras. Siempre las sombras. Las mismas que me tragaron en Capri y me incitaron a hacer lo que hice.

Ni siquiera la ilusión de una nueva aventura consigue alejar los nubarrones de mi mente en un día como hoy.

La culpa es un veneno lento, y yo me lo bebo a tragos largos cada noche. Porque no fue el destino, ni la mala suerte.

Fui yo.

Mi estupidez.

Mis impulsos.

Fui yo quien les robó lo que más querían.

Yo, quien decidió algo que no tenía derecho a decidir.

Y aquí sigo, fingiendo que llevo las riendas de mi vida mientras lucho con esta presión en el pecho que me consume. No sé si alguna vez seré capaz de perdonarme. Lo único que puedo hacer es mantenerme alejado de la tentación para evitar cometer los mismos errores.

Pero Judith no me lo está poniendo fácil. Esa mujer es mi castigo divino, una prueba continua a mi autocontrol.

La idea de volver a mi apartamento se me antoja insoportable. Las paredes vacías. El silencio. El dolor flotando en el aire.

Arranco mi Venus y conduzco sin rumbo. El rugido del motor me da una pequeña sensación de control, silenciando el tumulto de mis pensamientos. Acelero más allá de los límites, sabiendo que, como siga conduciendo con esta furia, quizá esta sea la noche en que me una a él, en que pague mi deuda de una vez por todas.

No quiero pensar.

No quiero recordar.

Solo quiero sentir el viento cortando mi piel, el aire abriéndose paso a través de mi cazadora de cuero mientras recorro calles empedradas, carreteras oscuras y puentes solitarios.

Me veo obligado a parar en un arcén cuando la presión en el pecho es tanta que me asfixia. A pesar del frío, me desabrocho la cazadora, dejando que mis pulmones puedan ensancharse de nuevo. Las lágrimas que he contenido durante todo el día comienzan a caer silenciosas, mezclándose con el asfalto a mis pies. No soporto que

nadie me vea así. Vulnerable. Roto. No soy la clase de hombre que comparte su dolor, por eso solo me permito vaciarme con Venus, porque ella no me juzga, no opina y no se lo cuenta a nadie.

Cuando las lágrimas cesan y la respiración se vuelve normal, me pongo el casco de nuevo y me incorporo a la carretera rumbo a Padua… o eso hubiera sido lo más lógico: regresar a casa.

Y juro que soy el primer sorprendido cuando, al llegar a mi calle, sigo conduciendo, permitiendo que Venus me guíe mucho más allá de los límites de la ciudad, hasta una calle que no tendría por qué volver a pisar hasta mañana.

La misma que lleva a alguien que me está empezando a importar más de lo que quiero plantearme.

Una vía que sería imposible olvidar porque lleva mi nombre.

Me detengo en la esquina de la vía Dante y, con el motor todavía en marcha, compruebo que sale una luz liviana de la ventana de su apartamento. Aún está despierta.

—¿Qué cojones haces aquí, capullo? —me reprendo en un susurro, que queda ahogado en el interior de mi casco—. Ella no es como Flavia o las otras mujeres. Ella no va a ayudarte a olvidar.

Sin pensar muy bien en lo que hago, aparco la moto, dejando que mis pasos me conduzcan hasta ese portal, bajo esa ventana, que significa mucho más que una luz encendida en medio de la noche.

14

HACER QUE TE OLVIDES DE TODO

JUDITH

—¿Esperas a alguien? —Gaby se gira para mirarme.

Niego con la cabeza, descartando la posibilidad de que el repartidor nos traiga nada a las diez y media de la noche.

Estamos tiradas en el sofá viendo una de esas comedias *feel good* que ganaron tanto protagonismo a principios de siglo. Jennifer Aniston siempre es una apuesta segura.

Ante la evidencia de que Gaby no piensa mover el culo del sofá, me levanto y me dirijo a la puerta. La imagen que me devuelve la mirilla no tiene ningún sentido. ¿Qué hace él aquí?

—¿Todo bien? —pregunta Gaby, notando mi nerviosismo.

Mi móvil interrumpe mis cavilaciones, corroborando que es Dante quien espera al otro lado de la puerta.



—Sí, sí…, todo bien.

De haber sabido que esperábamos visita, me hubiera puesto algo menos… Llevo una camiseta de algodón blanca, con manchas rojas que simulan sangre, en las que se lee en inglés «No te preocupes, la sangre no es mía». La verdad, no sé de dónde la saqué. Apareció en el salón tras la última fiesta de Halloween, y me parece perfecta para estar por casa…, aunque no para recibir a nadie. Para todo hay una primera vez.

Tomo aire, me pellizco mejillas y labios para que ganen algo de color, y abro con decisión. Me encuentro a Dante apoyado en la pared contraria. Aunque su aspecto no es tan descuidado como el mío, tampoco parece haber tenido el mejor día. Su mirada derrocha tristeza, y el *eye liner*, normalmente impoluto, forma un borrón irregular bajo sus ojos.

Un momento, ¿quiere decir eso que ha estado llorando?

«Los hombres como él no tienen sentimientos», pienso con crueldad. Pero algo dentro de mí sabe que es mentira. Alguien que disfruta tanto rescatando las voces atrapadas en la piedra tiene que sentir el mundo con gran intensidad.

Lleva unos vaqueros negros sencillos y una camisa blanca, un *look* que está muy lejos de su aspecto habitual. Tal vez venga de una cita fallida con alguna tiparraca del LoveBoard. No quiero ni pensarlo.

«¿Y a ti qué te importa con quién quede, Jude?».

—¿A quién has matado?

Cuando baja la mirada a mi camiseta con esa expresión divertida, me doy cuenta de mi pésima elección de vestuario. Y también, de que no llevo sujetador… ni pantalones. Demasiado tarde para ponerme pudorosa.

—Debería haberme cambiado antes de abrir la puerta.

—Por mí no lo hagas, me gusta tu retorcido sentido del humor.

Lo que le gusta es otra cosa… Su mirada no se ha detenido en el borde de la camiseta precisamente, sino que ha seguido la trayectoria por mis piernas desnudas.

—No es solo por la camiseta. Acabo de darme cuenta de que voy en bragas.

—Tampoco me supone un problema —bromea. Entrecierro los ojos con fastidio—. ¿Puedo pasar o vamos a seguir hablando en la

puerta?

—¿Qué haces aquí? Hoy no habíamos quedado.

—Si te digo la verdad, yo tampoco lo sé. Supongo que solo ha sido otra de mis malas ideas. —El silencio pesa entre los dos, creando un distanciamiento tan emocional como físico—. Buenas noches, Judith.

No entiendo nada. No sé qué hace aquí. Solo sé que, ver su espalda alejarse, me quema de un modo que no me gusta.

Mis bragas de algodón con florecitas, mi camiseta de asesina en serie y yo nos plantamos en el descansillo, a sabiendas de que a la señora del tercero izquierda le encantan los culebrones vecinales. Pues toma ración doble.

—Dante…, espera.

—Acabo de aceptar un trabajo en Polonia —escupe sin llegar a girarse.

Me da un vuelco al corazón y, por un instante, ninguno de los dos dice nada. Mi cabeza comienza a elucubrar a toda velocidad. ¿Qué me importa a mí que este tarado se vaya a vivir a la Conchinchina si quiere? Pues sí, al parecer me importa… ¡Me importa mucho! Adiós a las películas románticas que me he montado en la cabeza.

—¿Qué? ¿Y qué hay de nuestro acuerdo?

—No cambia nada. Soy un hombre de palabra.

—¡Te vas a Polonia! —repito, con la sensación de que hay mucho más detrás de esa decisión que su simple pasión por el arte. El dolor que veo hoy en su mirada me resulta insoportable—. Pasa, anda. Estaba viendo una película con mi compañera de piso. Me pongo algo de ropa y estoy contigo.

Me sigue hasta el salón, donde hago las presentaciones oportunas. Se me hace rarísimo tenerlo en mi piso, en mi espacio seguro. Esto no formaba parte de nuestro acuerdo, pero Gaby está *living* con él.

Los escucho interactuar desde la puerta entreabierta de mi habitación mientras me pongo un pantalón de algodón y una camiseta de tirantes negra y ajustada, mucho más sexi que esa con la que le abrí la puerta.

De vuelta en el salón, me encuentro a Dante sentado en mi lado del sofá, y a Gaby casi encima de él, sometiéndolo al tercer grado.

—Así que es cierto que trabajas en el cementerio. —Voy a matar a Gaby—. ¿Puedes hablar con los muertos?

—Como todo el mundo —responde él encogiéndose de hombros y no demasiado feliz con el exceso de atenciones. Gaby puede llegar a ser un poco densa—. Pero ellos no me contestan.

—Lástima.

—¿Quieres beber algo? —ofrezco, interrumpiendo la escena.

—Un vaso de agua, por favor. Estoy sediento.

Asiento con la cabeza y desaparezco en busca de la jarra y dos vasos. Sé que mi estado de nervios no se va a calmar hasta que sepa por qué ha venido hasta aquí.

Cuando regreso, mi compañera está recogiendo sus cosas para darnos intimidad. En su expresión entiendo que ha malinterpretado por completo la situación, pero yo tampoco la saco de su error. Cuando Gaby cierra la puerta del salón y nos deja solos, me siento en el otro extremo del sofá, lo más lejos posible de él. El recuerdo de la otra noche aún me quema la piel.

—¿Qué haces aquí, Dante?

—Tuve un mal día y no quería estar solo en casa. No sé por qué este fue el primer lugar que se me pasó por la cabeza.

—Los malos días no se curan con agua —aseguro, dirigiéndome al armario donde guardamos las bebidas—. Deja que abra una botella de vino.

—No te diría que no a una copa.

Saco una botella de Montepulciano d'Abruzzo, vierto el tinto en dos copas y le entrego una. ¿En qué momento he dejado de pensar que daba miedo a encontrarlo irresistible?

—¿Qué es eso de que te vas a Polonia? ¿Es para siempre?

—Seis meses, si todo va bien. Un trabajo de restauración en unas minas de sal fascinantes. Todo un reto.

—¿Minas de sal? —Me enseña unas imágenes en su móvil que me dejan con la boca abierta—. Con razón adoras tu trabajo. No sé si yo podría soportar estar seis meses fuera de Italia, pero reconozco que parecen increíbles.

—Polonia está aquí al lado. Repito que no va a cambiar nada.

«No va a cambiar nada».

¿Se refiere a su vida?, ¿a su trabajo?, ¿a… nosotros? ¿Hay un *nosotros*?

—Jude, hay algo que debería contarte antes de que mi familia empiece a sospechar que lo nuestro es una farsa.

—Tú dirás.

—Tengo insomnio.

Casi me río ante su absurda confesión.

—¿Y quién no, a la velocidad a la que vivimos? Por un momento, pensé que ibas a confesarme que habías matado a alguien.

—Estamos hablando de cosas distintas: tú de causas y yo de efectos.

«¡Qué coj…!». Su rostro se tensa y yo siento un escalofrío.

—¿Dante?

Lo busco con la mirada, algo en *shock*. Tiene que ser una broma, pero él no vuelve a pronunciarse al respecto.

—Como te decía, tengo un alarmante problema de insomnio que no se cura ni con pastillitas, ni con alcohol, ni con infusiones o medicación —confiesa—. Lo he probado todo y es inútil: nunca paso una noche entera en la cama. Pensé que, como mi *novia*, deberías saberlo.

Intento normalizar mi respiración, todavía atascada en la conversación anterior, en la que ha dicho tanto y tan poco en una sola frase.

Me autoconvenzo de que, si de verdad hubiera matado a alguien, no bromearía con esa ligereza. Además, estaría en la cárcel o en algún lugar rehabilitándose que, desde luego, no es mi piso.

Y por si todo eso no fuera poco, pertenece a la nobleza veneciana.

Sería imposible cometer un crimen sin que estuviera en boca de todos.

«Respira, Judith. Solo ha sido una broma, fruto de ese macabro sentido del humor que tiene».

Confío en la justicia italiana. Solo me está tomando el pelo.

—¿De veras no hay nada que te ayude a dormir? —inquiero.

Dante niega con la cabeza. Sus ojos parecen contener los demonios que hoy habitan en su alma para evitar que salgan. Necesito concentrarme en algo que me haga olvidar sus palabras, pero sé que, hasta que no me diga qué es lo que le atormenta, no voy a dejar de darle vueltas a su confesión.

Enciendo la vela aromática que decora la mesita de café y el aire se impregna al instante de fragancia a ylang-ylang con lavanda.

—No te molestes, Florecilla, te repito que no tengo cura. Supongo que guardo demasiado en la cabeza como para poder simplemente apagar el cerebro por unas horas.

—Túmbate y quítate la camisa.

—¿Perdona?

Su tono navega entre la sorpresa y el desafío.

—Soy masajista, ¿recuerdas? Voy a hacer que te olvides de todo por una noche.

—No eres tan buena, pelirroja.

—Me gustan los retos. Desnúdate de cintura para arriba.

—¿No quieres que me desnude también de cintura para abajo? —flirtea.

—Eso lo dejo a tu elección.

Dante titubea, se lleva las manos al primer botón de su camisa, y duda de nuevo.

—¿Tú estás… segura de esto?

«Pues no, ¡claro que no estoy segura!», grito por dentro. La idea de tenerlo medio en pelotas en mi salón, mientras lo sobeteo por todas partes —por motivos estrictamente profesionales, por supuesto—, me parece lo más cercano a una tortura medieval que he estado nunca. Pero todo sea por el bien de la osteopatía…

Y luego está el otro problema. No tengo ninguna camilla aquí, y el sofá no me proporciona la mejor postura para darle un masaje. Lo único que se me ocurre es sentarme a horcajadas sobre él… cosa que no se me ha pasado por la cabeza ni una sola vez.

Nunca.

Lo juro.

Lo dicho: voy a morir por combustión espontánea.

—Jude…, no llevo dinero encima.

—No pensaba cobrarte, idiota. Tómatelo como uno de esos periodos de prueba de Kindle Unlimited para que te enganches al servicio y luego te suscribas.

Duda, mirándome de ese modo que me calienta más que la vela que acabo de encender y, finalmente, comienza a desabrocharse la camisa blanca. Con cada botón, aumentan mis ansias por descubrir un centímetro más de piel. Las mangas se deslizan con delicadeza por sus brazos, dejando a la vista los tatuajes y esa cicatriz que le recorre el brazo y —ahora sí puedo confirmarlo— parte de la espalda. Me muero por descubrir la historia detrás de ambas marcas.

Su pecho, duro y bien esculpido, como esas estatuas a las que devuelve la vida. Sus pezones, erectos, víctimas del frío o el morbo del momento.

—Túmba… Túmbate bocabajo —titubeo con voz temblorosa.

Él obedece sin perder de vista ni uno solo de mis movimientos. Pongo el álbum de Damiano David en mi móvil, muy bajito, y compruebo que la vela ha derretido suficiente cantidad de aceite para el masaje y la llevo hasta su espalda. Su reacción me divierte. Tarda escasos segundos en incorporarse de nuevo, mientras el pánico se dibuja en su rostro.

—¡No, no, no, no! ¡Ni de broma! —exclama—. No sé qué clase de masajes extraños das tú, pero a mí no me va el sado.

—No voy a prenderte fuego, tonto. Confía en mí.

—Considerando que contestaste a un anuncio firmado por un psicópata, lo que me estás pidiendo es un acto muy grande de fe.

—¿Quieres hacer el favor de relajarte? Es una vela de masajes. —Meto mis dedos en el interior de la cera derretida—. ¿Ves? No quema, solo se transforma en aceite corporal.

Respira y vuelve a tumbarse. El aceite cae por su espalda, dejando un reguero perfumado y caliente. Mis manos comienzan a deslizarse sobre los músculos de sus hombros, rígidos como una placa de bronce.

—Sigues tenso —le reprendo. Él me devuelve un gruñido.

—Ya te dije que había tenido un mal día.

—Esto no sale de un día para otro. Cierra los ojos.

Intento ignorar su cicatriz, pero no puedo pensar en otra cosa. Lo que sea que le dejó una marca así, tuvo que arder por dentro y por fuera. Cada vez que mi pulgar roza la línea blanca, me estremezco.

El aceite me ayuda a deslizarme en busca de nudos y contracturas. Intento escuchar a su cuerpo, pues cada dolor, cada lesión que tenemos, nos da las pistas necesarias para poder sanarlo. Pero el suyo es un galimatías complejo que no sé por dónde empezar a resolver. Un laberinto de traumas mal gestionados y malas posturas, que han ido creando un nudo sobre otro, hasta tejer esta telaraña inestable.

¿Qué demonios le ha pasado a este hombre?

Sigo mi excursión por su columna vertebral, apretando cada vértebra con los pulgares. Él se remueve incómodo.

—¿Te hago daño?

—Lo justo.

Hundo los nudillos en uno de los puntos de gatillo, provocando que se sobresalte con un latigazo de dolor.

—¡Jooooder!

—¿Quieres que pare?

—Ni se te ocurra, Florecilla.

—Si fueras inteligente, no llamarías *Florecilla* a una mujer cuando tiene el control absoluto de tu cuerpo en sus manos.

—¿Por qué será que me encanta cómo suena eso?

Su rostro lucha por esbozar una sonrisa traviesa, que se queda a medio gas mientras evita una mueca de dolor.

Sigo recorriendo su piel, centímetro a centímetro, nudo a nudo, haciendo hincapié en las contracturas de su trapecio. Es un bloque de hormigón. ¿Cómo va a dormir bien por las noches?

Me cuesta un esfuerzo ser profesional, dejar la atracción a un lado y no fijarme demasiado en su enorme cicatriz; pero, cada vez que mis dedos se deslizan por su espalda, siento cómo me deshago por dentro. Se supone que la finalidad del masaje era que él se relajara, no alterarme yo.

—¿Voy bien? —inquiero, más para distraerme que buscando una respuesta.

—Demasiado bien. He decidido que voy a suscribirme al servicio, es el mejor masaje que me han dado nunca, Flore… Judith.

Mis manos se deslizan hasta la zona lumbar, obligándome a reparar en cómo se le marca el trasero con esos pantalones. Él ronronea con cada presión, y yo… yo enloquezco.

Me muerdo el labio, necesito centrarme o acabaré haciéndole daño, es importante conocer la dirección exacta que dibuja cada músculo. Respiro, nombro los músculos en mi cabeza, uno a uno, para enfriarme. Profesionalidad y deseo se enredan como esas hierbas trepadoras en un muro antiguo.

¿Qué demonios me pasa? ¡Soy osteópata! Veo hombres sin ropa cada día sin que me causen este efecto.

Me concedo un minuto de tregua para recobrar la cordura. Si se da la vuelta, será cómplice del rubor que incendia mis mejillas y el leve temblequeo nervioso de mis manos. A ver cómo le explico yo eso…

—Jude… —murmura—. No pares, por favor.

Sigo sus órdenes y mis manos suben desde la cintura hasta los hombros, disfrutando de este privilegio prohibido de recorrer su cuerpo medio desnudo. Sé, por la manera en que se detiene un segundo al respirar, que el cuello es su talón de Aquiles.

Me encantaría que se diera la vuelta para ver su cara, comprobar si él también arde con el mismo fuego repentino que me abrasa a mí, pero hay algo cobarde y a la vez prudente en mí que teme confirmar que no soy la única que se está electrocutando. O tal vez tema lo contrario, el fracaso. Descubrir que para él esto es solo eso, un simple masaje para aliviar sus nudos. Al fin y al cabo, *tiene sus necesidades cubiertas*.

Pero ¿qué pasa con las mías?

«Céntrate», me recrimino.

Acaricio el extraño árbol con cinco ramas que decora su antebrazo. De los dos diseños, este es el que más me llama la atención porque estoy segura de que es el mismo símbolo que vi en la tumba de su amigo. Un escalofrío me recorre la piel; las coincidencias suelen ser trampas.

El otro tatuaje es… raro. Un jeroglífico. Un círculo con dos triángulos contrapuestos formando una estrella, un león, un arco, una flecha, fuego… ¿Será miembro de alguna secta? ¿De un club secreto para niños ricos, tal vez?

—¿Qué significa? —indago, volviendo al árbol.

—Ese tatuaje es parte del motivo por el que estoy así esta noche. Preferiría no hablar de ello.

Perfecto, otro hombre atormentado y lleno de cicatrices en el alma, que esas sanan peor que las de la piel. Mi especialidad.

Mi mente empieza a pensar en todas las posibles hipótesis que expliquen su dibujo, desde su pertenencia a la mafia italiana hasta el recuerdo de un amor del pasado. Algo me dice que voy bastante descaminada.

—Date la vuelta. Voy a trabajarte el torso —ordeno.

Él duda un instante, y su mirada busca la mía para confirmar mis intenciones. Por alguna razón, un masaje frontal se siente mucho más íntimo. Más personal. Es tocar la superficie de tu coraza. Y es una de las zonas erógenas del cuerpo humano. Su vacilación me avisa de que esta sesión podría torcerse hacia un territorio que no figura en el consentimiento profesional.

No sería yo quien se opusiera a la idea.

Necesito quemarme.

Necesito arder.

Finalmente, se gira, quedando frente a mí, bocarriba, con los labios entreabiertos. Cierra los ojos, no sé si para relajarse o para que no me resulte tan incómodo tocarlo mientras me analiza en silencio.

Tener a este hombre sin camiseta en mi sofá, mientras mis dedos recorren su piel, es… criminal. Deberían incluir esta práctica en los museos de tortura moderna.

—Relájate —pido, al sentir que se ha tensado de nuevo.

—Te dije que no eras tan buena —me devuelve la provocación con una media sonrisa.

Sigo con mi labor, concentrada en sus hombros, en su pecho, y entonces… lo veo. Aprieto las manos en el aire, un segundo, sin saber bien qué estoy haciendo. Esta vez, no es su boca lo que me

incita a pecar, sino el contorno que se insinúa bajo la tela gruesa de sus pantalones. ¿Cómo puede…? ¡Pero si debo de estar haciéndole muchísimo daño con el masaje!

No sé cómo vamos a salir de esta.

Me pregunto si él consideró en algún momento que mi oferta incluía final feliz. Y también me planteo si, de ser así, él aceptó porque era justo lo que quería.

Sacudo la cabeza y me tomo un descanso para darle un trago a mi copa de vino que, lejos de serenarme, aviva mis sentidos y la humedad que noto entre las piernas.

Dante me busca con la mirada, el deseo de morder sus labios me consume. Su expresión es el reflejo de la lucha interna que quizá él también enfrenta: deseo contra cordura.

Pero ¿qué tendría de malo si…?

Solo una vez.

Solo una noche.

Estoy ardiendo.

«Te ha dicho mil veces que no es de los que se enamoran», me reprende mi subconsciente. No debo complicar las cosas cuando aún lo necesito para la cena de antiguos alumnos. Siempre es mejor mantener la llama viva que caer y arruinarlo todo por una noche de placer. Mente fría.

Pero me cuesta. Porque cada caricia, cada roce y cada gemido dicen más de lo que las palabras nunca se atreverán a pronunciar. La línea entre esta extraña amistad y las ganas de pecar se desdibuja a pasos agigantados, arrastrándonos hacia lo prohibido.

Dante sigue analizándome entre suspiros y ronroneos que se pierden en el aire. Su voz es apenas un susurro que me acaricia los oídos.

—Jude, ¿tú estás segura de que esto es bueno para la salud? —musita—. Porque últimamente estás empeorando mi insomnio, y no sé si voy a sobrevivir a los daños colaterales después de esto.

—¿Daños colaterales?

—Digamos que… estoy a punto de perder el control. Y eso no sería bueno para ninguno de los dos. En particular, para ti.

Me detengo, sorprendida por la severidad repentina que encuentro en su mirada, la misma que me obligó a alejarme en el cementerio y en el portal cuando estuvimos a punto de besarnos.

Y juro que no lo entiendo. No entiendo por qué le está poniendo freno a una atracción que es evidente que ambos sentimos. ¿Por qué le cuesta tanto dejarse llevar conmigo?

—¿Es eso un cumplido o una advertencia?

—Ambas cosas, supongo. Me estoy sintiendo un poco vulnerable, y no es solo por el masaje, así que será mejor que me vaya. A no ser que quieras que te toque yo a ti también…

—Tú no eres osteópata.

—No, pero tengo otras habilidades igualmente satisfactorias. Te aseguro que no se me da nada mal.

Me lo imagino entre mis piernas, haciendo lo que sugiere, y me falta el aire. Un silencio denso lo inunda todo mientras mi corazón busca el modo de volver a latir.

Voy a aceptar su oferta.

«¿Por qué seguir imaginando a qué saben sus labios si puedo devorarlo esta noche?».

Mis pensamientos son lentos, la decisión llega demasiado tarde.

—Me lo temía —corta, acariciándome la mejilla con ternura y dándome un beso en la frente—. Te paso a buscar mañana a las cinco. Gracias por el masaje, *bella*.

Y mientras se enfunda la chaqueta de la moto, hay una única cosa que me queda clara: Dante es un cobarde emocional. De esos hombres que huyen cuando sienten demasiado.

Debería tomarme su distancia como un regalo, una oportunidad para pensar dos veces el lío en el que me estoy metiendo. Así que le dejo ir por mi propia salud mental.

Y porque, en el fondo, temo desear más de lo que él está dispuesto a darle a nadie.

15

DOS POR EL PRECIO DE UNO

DANTE

—De todas las malas decisiones que he tomado en la vida, te garantizo que esta es la peor de todas.

Como viene siendo habitual, Tizzy me sonríe desde el retrato familiar que descansa en la estantería de mi salón sin aventurarse a responderme.

—No puedo hacerle esto a Judith. Pero, cuando estamos juntos, siento que el aire no es suficiente para los dos. Siento una presión que…

Me llevo la mano al pecho desnudo, recordando con dolor el modo en que sus manos se deslizaron por él anoche, mientras deseaba que siguiera descendiendo por mi anatomía para aliviar la tensión que me estaba provocando… en otras partes.

¿Tan horrible fui por querer hundir mi erección entre sus piernas?

—Es superior a mí, Tizzy. Irracional. Nunca me había pasado con otras mujeres. No debería hablar de esto precisamente contigo, pero… bien sabes que apenas recuerdo a Allegra, es como si todo lo que pasó después hubiera borrado la traición de mi cabeza.

Hago una pausa, tratando de recomponerme. Su nombre me provoca vacío, abismo y dolor.

—¿Por qué ahora, Tizzy? ¿Por qué ella? ¡Si ni siquiera es mi tipo! Es como un girasol lleno de luz y color dispuesto a echar por tierra toda la oscuridad que me protege.

Ultimo mi maleta en silencio. Solo serán dos días en casa de mis padres y tengo ropa en mi antigua habitación, tampoco hay que volverse locos.

Mis pensamientos regresan a Jude, a sus enormes ojos esmeralda y a esa camiseta de tirantes que se ajustaba a sus pechos de un modo perturbador. Con la luz anaranjada del salón y esos cabellos rojos parecía una diosa. Me tuve que matar a pajas al llegar a casa. Era cuestión de vida o muerte.

—Yo no quiero tocarme pensando en ella, Tizzy. Yo quiero amarla. Quiero saborear su cuerpo de arriba abajo y sentir sus manos sobre mi piel. Pero sé que, si la toco, no me voy a conformar solo con eso —lamento en voz alta—. En fin, deséame suerte, me espera un fin de semana movidito en casa.

A las cinco en punto de la tarde, mi Jaguar F-Type *coupé* negro y yo estamos esperando en la vía Dante. Se ve muy diferente a estas horas del día, llena de vida y color. Como Judith.

Me remuevo incómodo en el asiento al verla acercarse. Lleva un mono marrón de seda con escote *halter*. Una apuesta segura… para mis padres, y para mí, que no voy a ir todo el camino hasta Mira moviendo el retrovisor solo para perderme en su escote o en sus piernas, como he hecho otras veces.

No sé cómo actuar. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he ido a buscar a una mujer a su casa, y, desde luego, ninguna de esas veces fue para llevarla a Mira. Para mostrarle mi otra realidad.

Me bajo del coche y la ayudo con el equipaje.

—Debería haber supuesto que eras tú cuando he visto llegar el coche de Batman —me saluda.

—Tú eres consciente de que volvemos pasado mañana, ¿verdad? —Se la devuelvo, mirando los dos maletones que ha traído—. ¿Para qué necesitas tantas cosas?

—No sé cómo son tus padres. He metido un montón de atuendos de supervivencia y algunas armas blancas por si tengo que defenderme.

—¿Estás de broma? ¿Es que aún no te fías de mí?

—¡Menos que nunca!

—¡Pero si me has subido a tu casa y no te toqué ni un pelo!

«Por desgracia».

—¿Y? Estaba Gaby, tendrías que haber acabado también con ella. Además, subiste tú solito, yo ni siquiera te invité a venir —aclara. Me pega un repaso de arriba abajo con más curiosidad que deseo. Me jode no ser capaz de descifrarla y me niego a creer lo que dicen sus palabras—. ¿De qué vas disfrazado hoy, Beetlejuice?

Bajo la mirada hacia mi ropa, comprobando que no tiene nada de malo. Llevo una camisa negra de seda con rayas blancas verticales en las mangas, un chaleco de seda bordado encima y vaqueros negros. Yo me veo bastante bien.

—Espero que tú hayas traído algo menos Florecilla en ese maletón, nadie se creería que me he enamorado de Glinda Upland[4].

—Serás…

Pongo la mente en blanco mientras ella protesta, exclama, me pega un manotazo. «Tú te lo has buscado, niñata».

—Creo que esta vez voy a sorprenderte, casanova.

—Lo que me sorprendería es que dijeras algo bueno de mí delante de mi familia, para variar. Más que nada, por eso de que estamos juntos, se supone que te gusto y todo eso…

—Puedo hacerlo, soy una excelente actriz. Me meteré en el papel una vez lleguemos a Pijolandia, no te preocupes.

—No sé, no sé… Yo te veo un pelín verde para el puesto —la provoco—. Igual, podrías practicar un poco por el camino…

—No pienso regalarte los oídos, Dante.

Eso… o que no se le ocurre nada bueno que decir. Es obvio que, cuando las cosas se calientan, se genera cierta tensión sexual entre nosotros; pero, así en frío, odia mi estilismo, odia mi profesión y odia mis *hobbies*. Básicamente odia todo lo que tenga que ver conmigo.

Igual tendría que empezar a leer a Kafka o a tocar el piano en nuestras citas para resultarle más interesante a la niña. Lo cierto es que ya sé tocar el piano, pero no es una habilidad que le haya mostrado a ella, no es como si fuera a ponerme a tocar en medio de un bar, quedaría muy friki.

Cuando terminamos de acomodar las maletas, le abro la puerta del copiloto. Ella se burla llamándome anticuado. Juro que a veces no entiendo a las mujeres.

La media hora escasa que nos separa de la casa donde me crie la pasamos sumidos en un denso silencio. No voy a negar que estoy nervioso. Al paripé que estoy montando se le suma el hecho de que tener a Judith cuarenta y ocho horas en mi casa, en mi habitación —¡en mi cama!—, va a ser una tortura. A veces la mejor manera de vencer la tentación es cayendo directamente en ella.

¿Debería?

Aparco el coche en la grava y espero a que esa panda de marujas salga a darnos la bienvenida. Adoro a mis hermanas y a mi madre, pero, desde que mandé la foto con Jude, en el chat familiar no se ha hablado de otra cosa.

Pia es la primera que acude, corriendo con la energía que le da su juventud. Me cuesta creer que vaya a ser presentada en la sociedad veneciana este fin de semana cuando hace dos días la acunaba entre mis brazos.

—¿Cómo está mi renacuaja?

—¡Eh! Que ya no soy una renacuaja, Dan.

—Eres la pequeña de la casa, siempre serás mi renacuaja.

—¿No será que tú te estás haciendo viejo?

Nos fundimos en un abrazo. Pia siempre me hace sonreír.

La siguiente en estrujarme es Cesca, mi hermana mayor, con quien guardo una relación muy cercana. La muy cotilla no puede evitar su curiosidad al volverse hacia mi pelirroja.

—Bienvenida, supongo que tú eres la famosa Judith. No sabes las ganas que teníamos de conocerte.

Hasta hace un par de semanas no habían oído ese nombre salir de mis labios, así que *famosa* tal vez no sea la palabra que más se ajusta a la realidad.

Judith se tensa, algo incómoda por el escrutinio, pero pronto se mete en el papel de novia y lo borda.

—Lo mismo digo, cuñada. Dante me ha contado maravillas de ti.

Cesca abre los ojos con sorpresa por ese nuevo título con el que no contaba: nunca nadie la había llamado *cuñada* antes porque Leo y yo somos dos balas perdidas, cada uno por sus propias razones.

Mi madre es la siguiente en sumarse a la recepción, más interesada en conocer a la mujer que me quita el sueño —y no como a mí me gustaría— que en saludar a su propio hijo.

—Estábamos deseando conocerte, Judith. ¿Qué tal te trata mi granuja? —bromea, revolviéndome el pelo. Odio que haga eso—. Dan es un pelín excéntrico, pero supongo que ya habrás notado que es muy especial.

—Si sobreviví a la primera cita con él, creo que puedo acostumbrarme a cualquier cosa.

Su respuesta hace reír a las mujeres Ricci, hasta que Cesca se tensa. El aire cambia de repente, se vuelve… denso.

No necesito volverme para entender el motivo. A un par de metros, Leo nos observa con los brazos cruzados, postura rígida y expresión seria. Sus ojos, que solían ser un reflejo de los míos, cada vez parecen más distantes, cargados de una indiferencia que me duele admitir.

A pesar de que era mi compañero inseparable de aventuras hasta bien entrada la pubertad, las cosas cambiaron mucho entre nosotros en aquel viaje, abriendo una grieta que el paso de los años no ha conseguido reparar.

—Leonardo —saludo algo tenso.

—Dante —replica indiferente, una expresión que cambia por una sonrisa diseñada para desarmar a cualquiera al mirar a Jude. No debería usar esa sonrisa para dirigirse a mi novia, pero él es así, sin filtros—. Encantado, Judith. Mi hermano no nos había dicho que fueras tan guapa.

—Así que tú eres… el famoso gemelo.

No hay que ser Einstein para darse cuenta de que a Jude se le acaban de fundir todas las neuronas al conocer a mi hermano. Leo es mi versión mejorada: más apuesto, más encantador y más

carismático. Tiene esa elegancia innata de la que yo carezco, como si siempre estuviera listo para subirse a una pasarela.

Decido apartar la vista para otro lado, a sabiendas de que el gesto evidencia mi malestar. No puedo evitar que algo me arda por dentro al verlos interactuar.

Mi hermano no se corta un pelo a la hora de mirarla de arriba abajo, y sé que Jude es exactamente el tipo de mujer que le gusta, una contradicción entre su aspecto de ingenuidad y esas curvas que invitan a perderse en ella. Dulce y salvaje a la vez. Cielo e infierno.

Mi gemelo da un paso más, sin llegar a invadir su espacio personal, pero más cerca de Jude de lo que a mí me hubiera gustado verle. Mi sangre combustiona y ni siquiera sé por qué. Lo nuestro es puro teatro.

—Espero que Dan te trate bien. —Sigue él con ese magnetismo que atrapa a todo ser viviente, como las telas de araña—. Si no, siempre puedes cambiar de modelo. Es lo bueno de los Ricci, te damos dos por el precio de uno, y a mí no me instalaron el chip de hermano tétrico y aburrido.

Si no lo conociera bien, me hubiera reído con la gracia. Pero no la tiene después de lo que pasó en Capri. No tiene ni puta gracia. Parece que él ya lo ha olvidado.

Y como no pienso permitir que mis emociones me dominen, cuento mentalmente hasta tres para no replicar y dejo que sea ella quien gestione a mi hermano a su manera. Jude suelta una risita nerviosa antes de responder:

—Muchas gracias, pero no tienes nada de qué preocuparte. Tu hermano me tiene lo suficientemente satisfecha como para no necesitar aprovecharme de la oferta.

Rodea mi cintura con una mano y, con la otra, acaricia mi pecho, metiéndose en el personaje.

Me aprovecho de ese contacto, que envía remolinos de placer a todas las partes en mi cuerpo, y la estrecho entre mis brazos, aspirando el aroma floral de su pelo.

No puedo evitar que una risita triunfante se dibuje en mis labios al ver la expresión de fastidio de mi hermano, aunque algo me dice que la negativa de Jude no ha hecho más que acrecentar su deseo.

Mi madre nos mira con expresión risueña, viendo cómo su hijo mayor —aunque solo lo sea por unos minutos—, se hace hombre ante sus ojos.

¿Qué narices? Jude y yo hacemos una pareja cojonuda. Lástima que no pueda planteármelo.

[4] También conocida como «la bruja buena» de *Wicked*.

16

LA PEOR ACTRIZ DEL MUNDO

JUDITH

Tan pronto el coche se detiene frente a la villa, siento que me falta el aire, y no solo por el silencio denso que lo rodea todo, tampoco es solo por su familia. Es porque no sé cómo comportarme con él después de que anoche las cosas se pusieran tan intensas entre nosotros… otra vez. Después de haber pasado la noche soñando que seguía acariciando su cuerpo, despojándolo de los secretos que tan celosamente guarda. Después de complacerme en silencio con la fantasía de que era él quien cumplía con su oferta y me tocaba.

La villa de los Ricci es una elegante mansión en Mira, situada en un punto intermedio entre Venecia y Padua. Constituye uno de los pueblos más refinados y exclusivos de la Riviera de Brenta y es ideal para familias acomodadas. Como la de Dante.

Tiene una estructura amplia y simétrica, con una fachada sobria en mármol blanco, decorada con columnas y elementos barrocos. El camino de entrada está flanqueado por cipreses, que dan sombra a un sendero de grava. El jardín que rodea la villa es extenso y bien mantenido, alternando flores exóticas, fuentes y estatuas clásicas con figuras mitológicas.

Viendo este lugar, no me extraña que Dante haya salido tan excéntrico. Cuando descubra el modesto piso donde crecí yo, en la zona más humilde de Positano, le va a dar un soponcio.

No tengo demasiado tiempo de plantearme si esto ha sido o no una buena idea antes de que una mujer altísima, y con el pelo negro y rizado, nos reciba con una amplia sonrisa, justo antes de tirarse a los brazos de su hermano.

—Dan, *fratello mio*.

Dejo que los hermanos se pongan al día antes de comenzar con las incómodas presentaciones. Y antes de darme cuenta, tengo a toda la familia Ricci pendiente de mí.

Nos dirigimos hacia la casa. Vittorio, mi supuesto suegro, charla con su hijo y carga mis maletas. Su madre, Loredana, de presencia imponente, aunque cercana, me da un abrazo que me descoloca.

—No sabes la alegría que me da que estés aquí. No es habitual que Dan nos presente a nadie, así que debes de ser una mujer muy especial.

—Mami, no me agobiéis a mi Florecilla tan pronto, que quiero que me dure —bromea él. Me muero de ganas por darle un pisotón.

No sé qué está pasando, pero, al cruzar esa puerta, veo un Dante muy diferente al de Venecia: familiar y cariñoso, para nada el tipo atormentado y lúgubre que me ha mostrado hasta ahora. Es como si se transformara al estar con ellas.

Y hay otra cosa más que siento al cruzar esa puerta… Algo empieza a treparme por las piernas a gran velocidad hasta llegar a la cabeza, obligándome a pegar un grito que estoy segura de que se ha oído desde la luna.

Interpreto una danza frenética para quitarme la cosa esa peluda de encima, que hace que, lo que quiera que sea, casi acabe estampado contra la puerta; pero el muy capullo se ha agarrado bien a mi pelo y no me suelta.

—Tranquila, solo es Enzo —informa la pequeña de los Ricci entre risas.

—¿Y qué demonios es Enzo?

—Mi hurón. Es inofensivo, os llevaréis bien.

Lo dudo, pero no se lo digo. Yo soy más de mascotas tradicionales.

Pia lo desenreda de mi pelo y yo recupero la capacidad de respirar. Acabo de entrar en la familia Ricci por la puerta grande. Intento olvidarme del ridículo tan espantoso que he hecho y sigo adelante con la actuación.

Un hombre uniformado sube las maletas escaleras arriba mientras los Ricci me guían hasta un pequeño saloncito donde empezamos a vaciar botellas de su bodega en tiempo récord. El vino está delicioso, con el puntito exacto de alcohol que necesito para soportar el interrogatorio y mantener la farsa sin volverme loca de remate.

Me siento abrumada por el exceso de atenciones, sobre todo, por parte de Leo. Esa sonrisa de granuja y esos ojos negros, tan iguales y a la vez tan distintos a los de su hermano, consiguen dejarme intranquila.

Su manera de vestir es elegante y cuidada, justo lo que alguien esperaría de un hombre de buena familia. Ni una arruga en su camisa celeste o un lamparón en sus chinos azul marino.

Sería absurdo no reconocer que me ha dado un vuelco al corazón al verle. Es como una versión sofisticada de Dante, y admito que esa clase de hombres siempre han sido mi prototipo. Hasta ahora.

En el poco rato que hemos hablado, se ha interesado por saber más de mí y me ha contado que él trabaja en las finanzas, sin borrar de su rostro esa sonrisa casi idéntica a la de Dante, pero que irradia una energía muy diferente. Son como dos gotas de agua salpicadas de algo muy sutil que los hace distintos. Luz y oscuridad. Ángel y demonio.

Mientras que Dante se muestra enigmático y reservado, Leo irradia encanto y esa clase de seguridad que me hace sospechar de la honestidad de las personas. Tal vez sea porque hay algo en su arrogancia que me recuerda a Renzo.

En realidad, no es justo que esté sacándole defectos. Hace apenas una hora que conozco a Leo Ricci y ya dudo de sus intenciones.

Siempre he oído historias de gemelos que compartían una conexión muy especial, pero algo me dice que estos dos solo

comparten secretos que preferirían dejar enterrados. Lo intuyo en los silencios tensos, en la manera fría en la que se han saludado.

Me remuevo incómoda, aún con la copa de vino blanco que me dio Vittorio en la mano. Si ya me resultaba difícil lidiar con un hombre que me atrae y que no para de repetir que no quiere nada conmigo, añádele a la ecuación un clon que no deja de flirtear, y verás tú qué divertido…

De pronto, me descubro analizando al detalle los rasgos de Dante en busca de algo que lo haga diferente a su hermano, más allá de su ropa *steampunk* o el perfilador de ojos. Las palabras de Gio acuden al rescate.

—¿Estás bien, *bella*? —pregunta en un susurro discreto, al ver que no le quito la vista de encima.

—Tienes un lunar debajo del labio.

Dante me mira confuso y se lleva la mano justo al lugar que he mencionado.

—¿Lo tengo? No sé, supongo que siempre ha estado ahí.

Y aun así, yo no me había fijado hasta ahora.

—¡A cenar todo el mundo! —interrumpe Pia, guiándonos a todos al salón.

—¿Cuánto tiempo hacía que no estábamos toda la familia al completo? —se ilusiona Loredana.

—Mami, no empieces a ponerte melodramática —le ruega Francesca. Su madre pone una mueca y todos se ríen.

La decoración de la estancia es como todo en la familia Ricci: una mezcla de excentricidad y tradición, como si no terminara de pertenecer del todo a la época actual. Las cortinas tienen estampados florales, hay estatuas clásicas de bronce por todas partes y una mesa de madera maciza con grabados en medio de la sala.

Un retrato familiar cuelga sobre la chimenea, con un pesado marco que parece tener casi tantos años como la villa en sí. Pero algo no me cuadra, porque, en la foto, además de los progenitores, los gemelos aún adolescentes, una jovencísima Francesca y un bebé —que deduzco que es Pia—, hay un tercer joven, muy cercano en edad a los gemelos y con su misma sonrisa traviesa.

—No sabía que tuvieras otro hermano —observo casi sin pensar.

Jamás un simple comentario ha tenido el poder de acallar de golpe todo el barullo y la alegría que estaba teniendo lugar en una sala. Siento todas las miradas ardiéndome en la piel y a Dante tensarse incómodo. Hay algo acusador en el modo en que su familia lo mira, una sensación extraña que él ataja de golpe.

—Ya te he hablado de él, *cara mia*.

Su mirada me ruega que deje el tema y, por la rigidez que percibo en su cuerpo, sé que el chico de la foto ha causado una herida que aún sigue sangrando.

«¿Qué demonios…?».

—Oh, ¡joder! Disculpa… —«¿De verdad acabo de soltar un taco delante de su familia?»—. Lo siento, claro que… No sé dónde tengo la cabeza.

Me siento morir, como si no hubiera pasado una prueba de fuego para los Ricci, y lo único que se me ocurre es darme a la bebida. Alabar la exquisitez del vino tal vez me haga ganar algunos puntos con esa familia a la que, por alguna razón, quiero impresionar, aun sabiendo que esto es pura pantomima y no voy a volver a verlos jamás.

Los trabajadores de la villa comienzan a abarrotar la mesa con todo tipo de manjares y bebidas. Me siento fuera de lugar. Al igual que Gio, procedo de una comunidad donde nosotros somos los que servimos la comida, no a los que nos las sirven, y me resulta violento estar aquí mientras los de mi propia clase me tratan como si fuera una marquesa.

«Es su trabajo», me digo para sentirme mejor. «Les pagan por ello, igual que a mí me pagan por dar masajes».

Intento mimetizarme con el entorno, pero no puedo evitar sentir que todas las miradas siguen puestas en mí. Presiento que la he liado pero bien, y ni siquiera entiendo por qué. Me surge la duda de cuánto tiempo tendría que pasar con Dante en esta villa para no sentirme un alíen. ¿Cómo he acabado en esta situación?

La escena se vuelve aún más *divertida* cuando Leo se sienta frente a mí, lanzándome miraditas que sobrepasan la curiosidad y rozan lo obsceno. ¿Se habrá dado cuenta alguien más del modo en

que su mano acabó al sur de mi cintura cuando estuvimos charlando antes?

Francesca es la primera en romper el incómodo silencio tras mi metedura de pata ante algo que todavía no comprendo.

—Y dime, Judith, ¿cómo conociste a mi hermano? Con lo peculiar que es, me huelo una historia rocambolesca.

El estómago me da un vuelco. Hemos ensayado mil veces una historia sencilla que ahora no parece suficiente. Decir que nos conocimos en una cafetería parece demasiado común para alguien como Dante Ricci. Aburrido incluso.

Él me busca con la mirada y sujeta mi mano con complicidad, haciendo que nuestra tapadera resulte más creíble. Si no fuera porque se me ha olvidado por completo cómo respirar…

«Tranquila, Jude, puedes hacerlo. Esta te la sabes», me repito a mí misma, sintiendo que no he estudiado lo suficiente para este examen.

—Pues, eh… Fue en…

—Nos conocimos como se conocen la mayoría de las personas hoy en día —me ayuda él, sujetando mi mano por encima de la mesa para que todos sean testigos de nuestro amor.

Ignoro qué va a decir. Creo que habíamos discutido algo de un congreso de arte funerario, pero no parece el entorno más habitual, ni la coartada más creíble.

—¿En un bar para perdedores? —aventura Leo.

—En una aplicación de citas —corrige Dan.

Le miro con los ojos como platos. Así que vamos a jugar a decir la verdad. Bien, eso no se me da tan mal como fingir.

—¿Os conocisteis en Tinder? —se burla su gemelo, arqueando las cejas—. No sabía que hubiera material decente en esos sitios. A ver si voy a tener que empezar a usarla yo también…

¿Está flirteando conmigo delante de todos?

—No, fue algo más creativo. No tiene fotos, así que tienes que usar tu ingenio para despertar el interés de la otra persona. Vas a tenerlo difícil, hermanito —replica Dan con sarcasmo.

—¿Y qué hiciste tú para engañar a la pobre muchacha? —sigue Leo, con ese juego de pullas que se trae con su hermano.

—Eso, ¿qué te dije, Florecilla?

Dante tira la pelota en mi campo y a mí se me seca la boca.

—Pues… Fue eso de…

Carraspeo, sin saber muy bien qué decir. Debería ser fácil, puesto que estamos diciendo la verdad…, más o menos. Pero lo cierto es que no tengo ni idea de en qué momento decidí que me gustaba lo suficiente para quedarme.

Cojo aire y suelto una verdad que hasta ahora no había confesado en voz alta:

—Fue la pasión con la que hablabas de tu trabajo.

—¿No fue esa la razón por la que saliste corriendo en la primera cita? —se burla él, haciendo a todos cómplices de nuestro romance.

La familia Ricci se echa a reír. Todos, menos Leo, que sigue diseccionándome con la mirada en busca de cada detalle, de cada error por mi parte. No sé qué espera encontrar exactamente, pero me incomoda.

—Mi hermano impacta un poco al principio —me apoya Francesca —. Ya te digo yo que, si un tipo empieza a hablarme de arte funerario en la primera cita, yo también salgo corriendo.

—Bueno, también me habló de leyendas de fantasmas y amor eterno —confieso—. Y de los secretos que ocultan las tumbas, esos que nadie más se ha molestado en descubrir.

—¡Vaya! Así que, en el fondo, mi hermanito es un romántico —se burla Francesca.

—No te pases —advierte este en broma.

—Tiene algunas historias fascinantes —sigo, algo más relajada—. Es imposible resistirse a su gran… —Me quedo en blanco al ver que todo el mundo está pendiente de cada una de mis palabras—… eh, conocimiento.

No sé qué he dicho, pero las risas estallan por toda la mesa, y Dante ha sustituido sus muecas edulcoradas con sacarina por una de burla.

—Claro, claro. El GRAN *conocimiento* de mi hermano fue lo que te atrapó —se cachondea Francesca.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Perfecto, Judith. Lo estás bordando», me reprendo. «Tierra trágame y escúpeme bajo mi edredón nórdico,

de donde no voy a salir en un mes».

—¿Y qué más te gusta de mi hermano aparte de su… *conocimiento*? —quiere saber Pia entre risas.

Dante se vuelve a mí tan expectante como lo está su familia. Probablemente esté pensando que no tengo nada bueno que decir sobre él, pero se equivoca. La pregunta es si quiero que él lo sepa. Trago una saliva que se ha vuelto tan espesa que solo consigo digerir con un sorbito de vino.

—Bueno, lo que más me gusta de él es su… —No puedo decirlo. No voy a mostrarle mis cartas tan pronto—. ¿Pelo?

Más risas y yo me ruborizo hasta la raíz. Me encojo en un gesto que le pide perdón a Dante por el ridículo que nos estoy haciendo pasar, pero, para mi sorpresa, en lugar de decir algo que nos saque de esta, él se une a las bromas, pasándose la mano libre por esos mechones rebeldes que le caen sobre la frente.

—Así que mi pelo, ¿eh? A mí también me encanta el tuyo, pelirroja. Quedan muy bien juntos en la almohada.

Me muerdo el labio, intentando corregir el desastre.

—¡Fue tu mirada! Me encanta la manera en la que pareces ver lo que hay dentro de mi alma sin necesidad de que abra la boca.

Ya no hay risas. Dante clava sus ojos en los míos, como tratando de adivinar si estoy siendo honesta o no. A dónde nos lleva esta nueva confesión.

—Y esa sonrisa me atrapó al instante. Al igual que la dedicación y la pasión que le pones a todo. Por eso me fascinó verte trabajar, porque me permite conocer una parte de ti que nunca compartes con nadie.

Todos parecen felices de compartir esta complicidad que nos une, y yo siento que he dicho algo mucho más íntimo de lo que pretendía. El ruido de la mesa se evapora y, por un instante, solo estamos los dos, inmersos en una esfera a la que nadie más tiene acceso.

Él aprieta mi mano, entrelazando sus dedos con los míos, aumentando la intensidad de este momento que hemos fabricado para la ocasión, pero que ambos sabemos que no significa nada.

¿O sí?

—Así que *pasión*, ¿eh? —se cachondea Cesca con retardo.

—Sí, me refiero a la forma en que acaricia… —Una nueva oleada de risas hace que me sienta morir—. ¡La piedra! En serio, tenéis que ver a Dante en acción, es algo…

—Es que mi hermano tiene muchos años de práctica *acariciándose la piedra* —suelta Leo con malicia.

Más risitas, aunque nadie le responde.

—¿Y ya habéis hablado de futuro? —pregunta Loredana—. ¿De matrimonio? ¡Quiero ser abuela! Y Francesca no parece tener ningún interés en aumentar esta familia.

—Y esta es la razón por la que mi marido prefiere perderse estas reuniones —se carcajea ella.

—Y porque es adicto al trabajo, como tú —reprocha Pia con tonito.

La pregunta de los bebés ha caído en la mesa como una bomba y esta vez soy yo quien casi se atraganta con la bebida mientras todos atacan a Francesca. Sé que el tema me va a rebotar otra vez a mí antes o después.

Ignoro las veces que Leo me ha rellenado la copa con discreción, pero esto se nos está yendo de las manos. Esta familia no podría ser más directa ni aunque entrenase.

—Entonces, ¿habéis pensado ya dónde os gustaría casaros? —insiste Loredana—. Judith, he oído que eres de Positano. Yo siempre quise casar a mis hijos aquí, en la villa, pero reconozco que tu ciudad no es la peor opción para unas nupcias de ensueño.

—Te aviséééé —susurra mi falso novio con voz cantarina, haciendo que me estremezca al sentir su aliento en el cuello—. Mamá, te he pedido un millón de veces que no me asustes a la chica, quiero que me dure más allá de esta cena.

Dante está disfrutando con todo esto. Y yo aquí, mortificada y dándome a la bebida. De esta salgo traumatizada y borracha.

—Yo creo que es una conversación como otra cualquiera.

—Tienes toda la razón, madre. Y os confieso que hemos estado practicando mucho últimamente, ¿verdad, Florecilla?

¿*Practicando*? ¿Se refiere a…?

Tal vez los Ricci encuentren divertidas sus salidas de tono, pero a mí me sube el calor hasta sofocarme. Esto ya lo habíamos hablado, y el plan era desviar el tema de los bebés, no meternos de lleno en la boca del lobo.

—Ya sabéis lo que dicen: la práctica hace al maestro. —Francesca sigue con las bromitas.

—Recordad que al primogénito tenéis que llamarlo Dante. No es negociable —anuncia Vittorio.

Me giro hacia él, y sonrío, tratando de salir del paso con la poca dignidad que me queda.

—Pero usted no se llama Dante.

—La tradición viene por mi familia —interviene Loredana—. Fui la mayor, así que me tocó ser Loredana Dante. Soy la décima generación en llevar el nombre.

Acabo de marearme.

—No asustéis a la pobre chica, que vosotros también os saltasteis la tradición en un acto de rebeldía que os duró poco —suelta Francesca. Entiendo al instante que se refiere al chico de la foto, y que es mayor que Dante y Leo—. Solo llamasteis a Dan así porque casi matáis al abuelo de un disgusto después del primero.

Los padres de Dante esbozan una risita de culpabilidad que pronto es sustituida por una mueca de tristeza. Hay tantas emociones en el ambiente que me cuesta seguir el ritmo.

—¡Bienvenida a la familia Ricci! —me felicita Leo con tonito.

Nuestras miradas se encuentran en el aire, tan solo un segundo en el que no existe nadie más. Me siento culpable por permitirme esa efímera conexión, pero no puedo evitarlo. Es como mirar una versión refinada y luminosa de Dante.

Sé que el momento se ha extendido demasiado cuando oigo que *mi novio* carraspea a mi lado, trayéndome de vuelta a la mesa.

—Y ¿qué hay de Leo? —quiero saber. Siento que Dante se encoje a mi lado con fastidio—. ¿Por qué se llama así? ¿Algún antepasado o…?

—Es por el horóscopo. Nacimos a mediados de julio —responde el aludido—. De haber ocurrido unos días antes, me hubieran llamado cáncer. ¿Te imaginas?

—Hubiera sido muy acertado —susurra Dante, aunque nadie más parece oírlo.

Pero yo sí, y no puedo evitar preguntarme qué ha pasado para que exista tanta hostilidad entre ellos cuando en ese viejo retrato los Ricci parecen tan unidos.

Pia y Cesca siguen riendo, lanzando bromas sobre nuestras prácticas amatorias, mientras yo intento no volverme loca al sentir el roce de su mano sobre mi muslo, tan suave, que parece casi un secreto. Me mira de ese modo que parece prometérmelo todo y nada a la vez. Está relajado y muy cariñoso.

¿De verdad es todo un teatro?

17

REUNIENDO LAS PIEZAS DEL PUZLE

JUDITH

Los jardines de la villa Ricci son un remanso de paz en el que estatuas de mitología romana se mezclan con fuentes y con la vegetación más exótica, creando un entorno idílico.

Me siento borracha. Después de todo lo que he bebido en la cena, debería haberme negado a probar los diferentes tipos de vino que un Vittorio entusiasmado me ofreció al enseñarme su bodega.

Y así voy ahora… que no me tengo en pie.

Mientras Loredana me muestra con orgullo sus plantas, yo camino sobre una nube de confusión y felicidad.

Lo primero, porque me ha bastado una sola noche para entender que hay un secreto que une a esta familia, algo doloroso que flota en el aire y que tiene que ver con ese retrato.

Lo segundo, porque sentir la mano de Dante sujetando la mía es… raro. Raro de un modo que me gusta mucho y me hace querer más.

Tan sumida voy en mis pensamientos y en la oscuridad de la noche que, sin quererlo, piso la cola de Enzo, y este comienza a

chillar y trepar por mi pernera. Está claro que ese bicho y yo nunca nos vamos a llevar bien.

Presa del pánico, me uno a sus chillidos cuando el animal comienza a tirarme del pelo y, en un acto de torpeza —potenciado por los jugos de las bodegas Ricci—, hago un triple salto mortal y caigo de bruces en una de las fuentes. Todo ha ocurrido tan rápido que es difícil explicarlo, pero estoy segura de que, visto desde fuera, ha resultado muy cómico.

Onomatopeyas de asombro y preocupación siguen a mi caída, hasta que todos rompen a reír al comprobar que estoy sana y salva. Muerta de vergüenza, eso sí, pero de una pieza.

—¡Lo siento mucho, cuñada! —Pia lamenta entre dientes—. Cuando Enzo se asusta, necesita salir huyendo.

«Parece que es cosa de familia», pienso, rememorando todos los momentos que pudieron haber sido algo más si Dante no se hubiera escapado.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Ahora que sabemos que Jude está sana y salva, ¿nadie va a pensar en el pobre bicho? —suelta Dante entre risas.

—Es solo una puta rata peluda —responde su hermano con desdén—. Si no fuera por Pia, ya estaría aplastada en la carretera.

Ellos continúan las bromas mientras yo sigo en la fuente, dejando que los chorritos de agua empapen mi cuerpo y mi dignidad. Tengo tal melopea encima que no me veo capaz de levantarme por mi propio pie. De hecho, creo que estoy empezando a ver doble… Veo dos manos que se extienden hacia mí, mi caballero oscuro por duplicado.

No, no veo doble. Realmente hay dos manos.

Por un instante, dudo a quién de los dos aceptarle la ayuda. Estoy tan perjudicada que si no fuera por la gama cromática del vestuario, podría haberlos confundido. Mañana voy a tener una resaca de campeonato.

Ante mi falta de decisión, es Dante quien actúa. Sin pensarlo dos veces, entra en la fuente conmigo y me saca en brazos. Las mujeres Ricci comienzan con los comentarios edulcorados; yo ignoro las

bromas y me aferro a él como si fuera mi salvavidas. La cara de mema con la que lo miro ayuda a afianzar nuestra pantomima.

—Creo que ha llegado el momento de irnos a la cama, pelirroja.

En eso justo estaba yo pensando…

—¿Qué llevaban esos vinos? —indago, enterrando mi cabeza en su pecho. Huele tan bien…

—Bodega Ricci, ¿qué esperabas? Dejamos huella —bromea—. Familia, si no os importa, creo que mi chica necesita una buena ducha y dormir la mona. Nos vemos en el desayuno.

Mi Psicópata Azul me lleva en brazos escaleras arriba hasta su habitación, y me deja en el suelo de un enorme cuarto de baño que hay al fondo de esta. Me espatarro en el inodoro, incapaz de mantenerme en pie, mientras él comprueba que la temperatura del agua es óptima. ¿Va a meterse conmigo?

El baño es casi tan grande como mi apartamento. Tiene un segundo espacio, algo más íntimo, con una de esas bañeras gigantes de hidromasajes. Me pregunto cómo tiene que ser criarse en un lugar como este.

—Ahí tienes champú, gel de baño, mascarilla… No sé qué más puedes necesitar —ofrece—. Hay un albornoz encima de la cama, ahora te lo traigo.

—Esto me recuerda más a un hotel de cinco estrellas que a la casa de ninguno de mis novios anteriores —balbuceo, intentando levantarme con torpeza.

—¿Has tenido muchos novios antes, Florecilla?

—Ninguno como tú, desde luego.

—No sé si eso es una crítica o un halago.

—Te dejaré con la duda. No estoy en condiciones de mantener esta conversación. Ni siquiera sé si puedo ducharme sola, conde Drácula de Mira.

«¡Mierda! ¿He dicho eso en voz alta?».

Contra todo pronóstico, Dante se carcajea.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy divertida?

—Te estás burlando de mí, ¿verdad?

—Solo un poco. Igual no eres tan mala candidata a «Cómplice Perfecta» después de todo.

—Mmm… Creo que paso —aseguro, tropezándome de nuevo. Dante me agarra de la cintura y yo me aferro a su pecho—. Reconozco que tienes tu punto, pero lo de *psicópata*, seas del color que seas, me sigue poniendo un poco nerviosa.

—Así que tengo *mi punto* —susurra, casi como un gemido.

—Eso he dicho… Espera, ¿he dicho eso?

Él se carcajea de nuevo. Yo me tambaleo, restándole credibilidad a mis palabras. Por suerte, sus brazos me sostienen y su boca me regala otra de sus sensuales sonrisas. Entonces acaricia mi cabello y yo me derrito. Solo un instante, lo justo en lo que vuelvo a sentirme como un perro mojado.

No creo que pueda superar el bochorno de esta noche. Me he esmorrado en una fuente, delante de toda su familia, y aquí estoy, borracha, intentando seducir a este hombre, al que probablemente le lluevan mujeres más interesantes y glamourosas que yo. ¿Se puede ser más patética?

Sí, parece que aún puedo superarme a mí misma… Un ostentoso bostezo se escapa de mi boca, cual león feroz, mientras Dante no para de reírse.

—¿Crees que podré dejarte sola para que te duches, Florecilla?

—No prometo nada.

—Grita si me necesitas. Y no tardes demasiado, anda. Yo también necesito una ducha antes de dormir.

—Tienes una bañera justo ahí —lo provoco.

Dante se gira, como si no conociera la distribución de su propio baño. Espero que haga caso de mi consejo. Desde la ducha, obtendría unas maravillosas vistas de su cuerpo desnudo.

—Tienes razón. Supongo que… podría hacerlo.

Trago saliva. Solo espero que los pensamientos no se me estén transparentando a través de la piel. Pero cuando me mira así… muero.

Se quita la camiseta y se da media vuelta sin mediar palabra. La cicatriz de su espalda sigue siendo una incógnita que me quita el sueño.

Aún no ha llegado a la bañera cuando sus pantalones y sus calzoncillos acarician el suelo, regalándome una gloriosa visión de su

trasero desnudo. Si tan solo se girara un poquito más…

Creo que voy a desmayarme.

Me meto en la ducha aun con ropa, y me la quito dentro para evitar que él me vea a mí desnuda. No sé a qué estamos jugando, pero dejarme con este calentón es ilegal en algún rincón del mundo, fijo.

Una vez bajo el chorro de agua, decido girar la manivela hacia el lado azul. Necesito una ducha muy muy fría para superar esto.



Se pueden decir muchas cosas con solo ver la habitación de una persona. Si es ordenada o no, sus gustos literarios o musicales, sus aficiones… Pero el cuarto donde Dante pasó buena parte de su vida es tan enigmático y confuso como todo él.

La cama es grande y robusta, enmarcada por un dosel de madera oscura, sin ninguna decoración extra, haciendo juego con una colección de muebles del mismo estilo.

Dante se quita el albornoz, lo lanza contra un sillón tapizado con seda estampada y se queda en calzoncillos. Perfecto, como si mi corazón fuera de piedra y no una mezcla de cosas a punto de romperse. Hemos estado jugando a ser novios toda la noche, bailando en una cuerda floja, pero ahora que la cama nos incita desde las sombras, compartirla no parece la mejor idea.

La ducha me ha despejado la cara, no las ganas. Me noto torpe y frágil. Demasiado vino, demasiados halagos ajenos y la vergüenza de mi triunfal despedida.

Mi pecho se me aprieta solo de imaginar el cotilleo que habrán tejido en el salón: «¿Qué se le habrá pasado a Dante por la cabeza para traer a esta chica?». Y todavía tengo que sobrevivir a la maldita fiesta… Prohibido beber de las bodegas Ricci.

—¿Estás bien, Florecilla?

—¡No, claro que no estoy bien! —le suelto sin filtro, es uno de los dones que vienen regalados con la borrachera—. He hecho un ridículo espantoso. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención, tu padre me ha envenenado con todos esos vinos y yo… lo he arruinado todo.

Él se acerca, y su risa es una sombra que me roza. Me alegra que al menos uno de los dos encuentre esto divertido.

—Pero ¿qué dices? ¡Si les has encantado! Incluso dijiste cosas bonitas de mí. ¿Había algo de verdad en eso?

—Solo fingía por el bien de nuestro acuerdo.

—Pues como sigas fingiendo así, voy a acabar creyéndomelo yo también. Ha habido un par de momentos que… —Su impulso se convierte en un suspiro que no completa—. ¡Buff!

—No sabrías qué hacer con una mujer como yo, Dante Ricci —le provoco.

—¿Quieres comprobarlo, pelirroja? —Su mano juguetea con el cinturón de mi albornoz.

Sabe lo que hace. La amenaza es lenta y deliciosamente precisa. Los dos sabemos que estoy demasiado ebria para que sea una buena idea. Así que me quedo callada, algo tonta, y acepto mi derrota en el momento en que se pone una camiseta negra de algodón y me ignora.

¿Piensa dormir en calzoncillos?

Acalorada, me refugio en la penumbra de su armario para ponerme un escueto pijama color burdeos, y regreso de nuevo con él.

Dante me examina de arriba abajo con la paciencia depredadora de un tigre que se dedica a cazar y, sin embargo, no avanza. Solo me mira. Es lo único que hace siempre, mirarme tanto que me va a desgastar.

—Así que no quieres tener hijos…

«Bravo, Judith. Un tema de debate muy sexi», me sopla mi propio sarcasmo interno.

—No es que me oponga, es que nunca me lo he planteado como una posibilidad.

—¿Nunca… nunca? —insisto—. ¡Oh! Igual no puedes…

—¿Sin una mujer? —me interrumpe—. No parece algo factible.

—Ah, ya, claro… Se me había olvidado que eres de los que ni se enamoran ni sienten nada por otros seres humanos.

—Exacto, ese soy yo.

Recuerdo su confesión en el cementerio, esa línea que dejó caer sobre un amor que lo marcó. No debería sacar el tema pero esta noche estoy sembrada.

—Pero me dijiste que una vez estuviste enamorado.

—Eso dicen —musita.

—¿Cómo que…? ¿No sabes si estuviste enamorado o no?

—Si te soy honesto, no la recuerdo demasiado.

Su desdén me atraviesa. Nunca había oído a nadie hablar con tanta distancia de alguien que, supuestamente, fue su vida.

—¡Pues qué triste! —escupo, la pena y la rabia se enredan—. ¿Fue esa mujer la que te dejó incapacitado para amar?

—¿Quién dice que estoy incapacitado, Jude?

—Tú lo has insinuado.

Resopla, deja escapar una risa seca, amarga. Pone los brazos en jarras y, con ese simple gesto, yo ya sé que va a cortar la conversación.

—Mira, Judith, soy un hombre con muchos secretos. Pero no es algo que piense compartir contigo esta noche.

La palabra *secretos* flota entre nosotros. Respiro hondo y cambio de arma.

—¿Vas a explicarme al menos por qué te llevas mal con tu familia? A mí me han parecido encantadores.

—¿Quién ha dicho que me lleve mal con ellos? ¡Yo los adoro!

La contradicción me golpea en la cara.

—Entonces, no lo entiendo… ¿por qué pones tanta distancia?

Su semblante se endurece; sé, sin que pronuncie nada, que me niega la llave. La foto, la noche, algo invisible ha tendido un muro entre nosotros que no quiere traspasar.

—¿Prefieres el lado de la derecha o el de la izquierda? —desvía la conversación, señalando la enorme cama con dosel.

—No tengo manías.

—En cualquier caso, vas a dormir sola. Yo me voy a la habitación de invitados.

Ahora soy yo quien escupe una risa violenta.

¿Por qué me evita así? ¿Por qué me… desprecia?

—¡No seas ridículo! En esta cama caben seis personas más y aún te sobraría espacio. Con que tengas las manos quietas, me conformo.

Él me observa con esa media sonrisa que siempre me obliga a sonreír a mí. Pero esta vez no va a funcionarle. No después de todo lo que queda por decir entre nosotros.

—¿Podrás tú tener las manos quietas, Florecilla? Me estás mirando de un modo que…

—¡Yo no te miro de ningún modo!

—Ya, ya… Ahora en serio, soy complicado cuando duermo. No te dejaría descansar. Será mejor que me vaya.

—Podría dormir de pie, no te preocupes por mí.

—Ya me di cuenta en la ducha.

—¡Vaya! ¿Quién miraba a quién, Eric Draven? —le devuelvo.

La mueca que se le escapa. Esa mezcla de sorpresa y algo parecido a ternura desarma su pose de chico duro. Es un rayo de color en su mundo de ceniza; me sorprendo a mí misma enrojeciendo por ello.

Me tiro al extremo opuesto de la cama, como si la distancia fuera un remedio y no una provocación. Y, sin embargo, me resulta difícil ignorar que está ahí. ¿Llegará el día en que deje de titubear y se tire conmigo a la piscina sin medir las profundidades? Lo dudo, y aun así dejo que la pregunta me roce el pensamiento.

Nos deseamos buenas noches con la formalidad de dos desconocidos que han compartido demasiado sin decirlo. Damos la vuelta, espalda con espalda, y fingimos dormir. Yo siento su presencia como un filo cálido en la oscuridad: cercano, peligroso, imposible de domesticar.



Me despierto sobresaltada y sin saber realmente dónde estoy. La habitación está en penumbra, tan solo iluminada por el resplandor de la luna que se filtra por unas pesadas cortinas.

Me duele la cabeza. Me martillea. Apuesto a que ni todos los paracetamoles del mundo conseguirían aliviarme. Me juro a mí misma que no volveré a beber vino.

No reconozco las paredes, ni las sábanas, ni la cama…, ni tampoco la respiración agitada que escucho a mi lado y parece la causante de mis desvelos.

A mi lado, algo se sacude. Dante está atrapado en una pesadilla que le deforma el rostro. Su mandíbula se tensa en una expresión de angustia, mientras se aferra a las sábanas como si fueran su única ancla a este mundo.

Puedo sentir el sufrimiento en cada rasgo de su cara mientras trata de liberarse de algo que solo él puede ver. Una sensación de protección me invade, un anhelo por comprender las sombras que lo persiguen en sueños, de hacerlas desaparecer, aunque solo sea por esta noche. Pero sé que no va a permitírmelo.

Sin pensar demasiado en lo que hago, le coloco una mano en el hombro intentando no sobresaltarlo.

—Dante, despierta —susurro—. Solo es una pesadilla.

Se incorpora de golpe, desorientado, con los ojos grandes y el pulso en salto mortal. Mira en todas direcciones como si le costara reconocer su propia habitación. Como si su mente no estuviera realmente aquí.

Suelta un bufido y me aparta con un gesto brusco que me obliga a retroceder. Me sangra la sorpresa. No esperaba la grosería como forma de defensa.

—Te dije que no quería dormir contigo.

—Solo quería ayudarte. Además, se supone que las parejas comparten estas cosas.

—Ya, pero tú no eres mi novia, Jude —escupe con rabia—. No necesito tu ayuda. Esto es solo ficción. Lo recuerdas, ¿verdad?

—¿Cómo olvidarlo si no dejas de recordármelo?

Me hierve la rabia y me hiela la pena al mismo tiempo: su actitud es una coraza que arruina hasta los gestos más simples. Porque no son las palabras las que me desangran; es la aspereza en su voz, la oscuridad que habita en su mirada. Cada vez me es más grande la sospecha de que hay algo en su vida que no está del todo bien.

Decido que su hostilidad no va a afectarme cuando es tan obvio que algo le ha roto. Me acerco a él, con cautela. Él gira la cara, me niega el contacto y vuelve a alzar ese muro invisible que ya conozco demasiado bien.

—No juegues a salvarme, porque no puedes, Jude. Nadie puede.

Contengo las lágrimas, pero la presión de mi pecho no cede. Siento que me falta el aire.

Una parte de mí pide a gritos que me aleje, que salga de esta casa y regrese a la tranquilidad de mi vida en Mestre. La otra… La otra quiere quedarse y remendar lo que él mismo ha hecho pedazos.

Por un instante, detecto un pequeño hueco por el que, tal vez, podría colarse algo de luz. Su respiración se relaja y su voz se dulcifica, pero en su rostro aún veo esa aflicción, un recordatorio de esa barrera que no me permite cruzar.

—¡Joder, Jude! —maldice, y el enojo se vuelve disculpa—. Perdona. No quería… Siempre me quedo así después de… Te avisé de que no duermo bien.

No tardo en suavizarme. Le paso la mano por la mejilla, y esta vez no se aparta. La piel contra mi palma es áspera, tibia, y me pide tregua.

—Está bien, no le des más vueltas. ¿Siempre tienes pesadillas? —quiero saber. Él asiente con tristeza—. ¿De verdad tienes insomnio o le tienes miedo a dormir?

—¿Qué fue antes: el huevo o la gallina?

—No sé qué es lo que te atormenta, Dante Ricci, pero no tienes por qué llevar esta carga tú solo.

—Qué fácil es dar consejos.

—A veces es bueno apoyarse en los demás. Es cierto que no soy tu novia, pero dicen que sé escuchar.

—Si supieras lo que he hecho, no serías tan comprensiva.

—No puede ser tan grave. Tú no le harías daño a una mosca.

Su silencio me responde con más verdad que sus palabras.

—No me conoces, Jude. Le hice bastante daño a mucha gente. Les arruiné la vida a quienes más quería.

¿Está hablando de… su familia? ¿Tiene esto algo que ver con el misterioso tercer hermano de la foto? Cada vez son más las piezas que obtengo de este puzle incompleto, pero todo parece llevarme a aquel muchacho de ojos intensos y sonrisa rebelde.

No le aparto cuando su mano roza mi mejilla. Y, pese a que me está mostrando un lado más oscuro al que no debería siquiera acercarme, quiero más. Necesito que siga acariciando mi piel.

—No te preocupes por mí, Florecilla. Llevo años lidiando con mis fantasmas. Será mejor que te deje descansar, mañana va a ser un día largo.

No insisto, no indago más. No sé hasta dónde me llevaría esa verdad que me niega, y tengo miedo de descubrirlo. Así que permito que se vaya y me deje sola en esta habitación llena de enigmas.

Y, sin embargo, hay otro incendio que no consigo apagar: Leo, el gemelo elegante y embaucador. El que rozaba mi mano con cualquier excusa y siempre tenía una sonrisa lista o una palabra amable en la punta de la lengua. Me culpo por sentir un mínimo de interés en él, pero no puedo evitar la realidad: Dante me atrae mucho, y, por fuera, Leo es su maldita réplica.

Mi cuerpo se enciende sin pedir permiso.

Me dejo caer en la cama y cierro los ojos con fuerza, dejando que mi imaginación vuele y mis manos hagan el resto sobre mi cuerpo. Tenerlos a los dos cerca es acercarse al borde de algo tan contradictorio como irresistible. Algo prohibido y muy excitante.

Me detesto por este morbo, por la apetencia de tocar dos versiones de un hombre que sé que nunca será mío. Pero ¿quién podría culparme? Son dos copias exactas. Y yo he sido seducida solo a medias por uno de ellos, y víctima de las miradas lascivas del otro.

Dante me arrastra hacia su infierno y yo no pongo frenos, aun sabiendo que él siempre encontrará el modo de no llegar a más. Hace tiempo que hemos cruzado la barrera de la simple atracción y el juego se ha vuelto peligroso. No solo quiero besar su piel; necesito descubrir cada rincón de su alma, apresar esa oscuridad y llenarla con mi luz. Pero no me lo permite. Y yo me consumo en sus migajas, encantada y condenada a la vez.

Pierdo la mirada en el techo y gimo, discreta, en silencio, a punto de alcanzar el nirvana con esos dos enigmáticos hombres que protagonizan mis fantasías. Me encuentro atrapada entre secretos familiares. Atrapada en medio de un laberinto del que no sé cómo salir.

Aumento el ritmo de mis caricias y ahogo mis gemidos contra la almohada.

¿Quién me mandaría a mí responder a ese estúpido anuncio?

18

BESOS DE HIEL

JUDITH

Debería haberme traído diez pares de medias más. Al parecer, dos no son suficientes cuando llevas unas uñas de gel que, además de hacer las manos más elegantes, también las vuelve más torpes.

Son las cuatro de la tarde y, aunque la cena no es hasta las ocho, todo el mundo está preparándose para la inminente sesión de fotos previa al evento. Me he negado a participar. Como bien me recordó Dante la otra noche, no soy su novia, no soy parte de esta familia, y veo innecesario manchar un álbum con una aparición que será un borrón al día siguiente.

Pero Pia, después de una mañana de *spa* compartiendo trucos de belleza y hablando de actores buenorros, ha sido muy clara al decir que quería a su *cuñada favorita* a su lado, y Dante ha sonreído por toda respuesta. Asunto zanjado, así lo arregla todo. ¿Cuándo conseguiré inmunizarme a esa maldita sonrisa?

Pruebo a ver si la mía causa el mismo efecto en él y consigo salirme con la mía.

—Necesito ir al centro a por un par de cosas, ¿me llevas?

Error. Ni siquiera el *gloss* que aumenta el grosor de mis labios ha cumplido su cometido. Prometía ser infalible con los hombres.

—Imposible, Florecilla. Pia me tiene monopolizado. ¿Por qué no fuiste esta mañana?

—Tu madre me obligó a acompañarlas —confieso—. Ha sido divertido. He conocido mejor a Cesca, así no me siento tan fuera de lugar en la fiesta.

—Me alegro, supongo… Aunque Cesca y tú juntas me dais mucho miedo —comenta con un mohín—. ¿Puedes pedir un taxi? Te diría que le preguntaras a tu nueva amiguita, pero mi hermana siempre es la última en arreglarse.

—Yo te llevo.

Los dos nos giramos a la vez al escuchar esa voz seductora que ha pronunciado las palabras que más deseo oír en estos momentos. Jamás pensé que el primer orgasmo que me provocara uno de los gemelos Ricci fuera al ofrecerse a llevarme a la mercería. Está claro que cada día me conformo con menos.

—¿Seguro? —dudo, tentada de decir que sí.

—Tengo la moto ahí afuera. Será solo un momento.

—No te imaginas cuánto te lo agradezco, Leo.

—Solucionado, entonces —replica Dante con tonito mientras desaparece de escena—. Que os divirtáis.

Camino hacia la puerta principal mientras siento su mirada siguiendo mis pasos; decido ignorarla por salud mental. Hago lo mismo con el hecho de que Leo está rabiosamente atractivo en esa camisa gris y esos chinos negros. Un día más en esta casa y combustiono.

La moto de Leo es una Harley-Davidson Fat Boy roja, con detalles cromados, que le dan un toque rebelde y clásico a la vez. Por un instante, me siento como si fuera a huir de una fiesta con el malote de la clase.

—Supongo que, saliendo con mi hermano, ya serás toda una motorista —asume, ofreciéndome el casco.

Se lo quito con decisión y me encajo tras su espalda. Mis apretados vaqueros protestan y mis manos se ciñen a su cintura. Cuando arranca, la familiaridad de su cuerpo me deja una extraña

sensación. Es como estar y no estar con Dante a la misma vez. Como si ya hubiera hecho esto antes y, al mismo tiempo, fuera algo nuevo.

En el centro comercial compro cinco pares de medias con liguero —por si acaso—, y regreso de nuevo con Leo, que me espera en la puerta con cara de circunstancias.

—Está diluviando. —Señala los cristales empañados—. Según el parte, debería amainar sobre las seis. ¿Tomamos algo? Te prometo que volveremos a tiempo para que te cambies. Nadie nos echará de menos.

Lo pienso un instante. Recuerdo la noche anterior y me digo que todo esto huele a peligro, pero volver con la que está cayendo, arruinaría horas de maquillaje y peluquería.

—Solo una copa —advierto.

No me fío de su exceso de simpatía. Es como si fuera consciente en todo momento de que los demás estamos pendientes de él y fabricara un encanto para cada ocasión. Una parte de mí me repite que son meros prejuicios por lo que Renzo me hizo, que soy incapaz de fiarme de la gente demasiado simpática sin pensar en cuáles serán sus intenciones o cómo me traicionarán después.

No me siento demasiado cómoda a solas con él, aunque no sea justo: Leo no ha hecho otra cosa que ser amable conmigo. Supongo que lo que me perturba es su actitud galante y atrevida. O quizá el ver lo que podría haber sido Dante sin sus cicatrices.

Entramos en una pequeña taberna y nos sentamos en una discreta mesa junto a una ventana que da a una calle fría y gris, donde la lluvia sigue cayendo con fuerza.

Pedimos dos Aperol Spritz. Aún no hemos empezado a beber y Leo ya me está diseccionando con la mirada. No me molesta tanto como debería… No sabría explicarlo. Aunque sean distintas personas, no puedo evitar fabricar fantasías con que es su hermano quien me mira así.

—¿Qué tal la mañana de *spa* con mis chicas? —pregunta—. Mi hermano es un inconsciente por dejarte sola ante el peligro.

—Tus hermanas son encantadoras. Me han hecho sentir una más del grupo.

—Me alegra oír eso. La hospitalidad de mi familia es conocida en toda Mira. Esta noche tú misma podrás comprobarlo en la fiesta.

Hablamos de cosas triviales. Me cuenta que colabora con una asociación que ayuda a mujeres maltratadas, que le encanta el *squash* y que odia el vino que cosecha su padre, añadiendo con una sonrisa embaucadora que será nuestro secreto.

Lo del altruismo me cala más que sus exhibiciones de bienes y negocios. Hay algo en la idea de que pueda dedicarle su tiempo a otros que no encaja con la imagen que vende, y me sorprende que, cuando profundizo en el tema, no parece saber bien por dónde salir.

—¿Qué haces exactamente en esa asociación?

—Ya sabes…, ayudo aquí y allá.

—Pero ¿en qué exactamente? ¿Administración? ¿Donaciones? ¿Contacto directo con las víctimas…?

—No me gusta alardear de mis obras sociales, Judith. Hablemos de otra cosa.

El mismo hombre que no duda en presumir de todo lo demás se vuelve sigiloso con lo que me importa de verdad. ¿Acaso su altruismo es una invención? ¿Por qué haría algo así?

Me reprendo por juzgarlo de nuevo. Ya creí entender a su hermano y estrellé mi criterio contra la realidad; no voy a tropezar dos veces con la misma piedra.

Así que me relajo, me concentro en mi cóctel y en su sonrisa espontánea. Tal vez lo que realmente me asusta es lo natural que se siente estar con Leo. Tan solo somos una mujer y un hombre compartiendo bebida y anécdotas, sin tabúes, sin misterios. Fácil. Normal. Como deberían ser todas las relaciones. ¿Por qué se empeña Dante en complicarlo todo tanto?

«Porque no le gustas». Pego un sorbo a mi bebida para tragarme la amargura.

En cambio, Leo… Leo es de esa clase de hombres que saben que son guapos y no tienen miedo a usarlo en tu contra. Su cabello, oscuro y desordenado, cae sobre su frente, añadiendo misterio a esos ojos negros en los que me resulta tan fácil perderme.

—No sabía que tú también fueras motorista —digo por hablar de algo.

—¿No? —se sorprende—. Fue culpa de mi hermano mayor. Él nos enseñó a conducir cuando ni siquiera teníamos edad para montar en bicicleta.

Su hermano mayor. Mi gesto debe de denunciar la sorpresa, porque Leo me lo aclara rápido:

—Ya sé lo que piensas: lo que le ocurrió a Tizzy sería razón suficiente para que una persona normal no cogiera una moto en la vida. Pero Dan y yo somos un poco masoquistas.

Tizzy.

El corazón escapa un latido. No puedo respirar. ¿El chico de la foto…? ¿El joven enterrado, al que Dan llamó su *mejor amigo*, era su…?

Quiero escarbar, arrancar la verdad a mordiscos, pero sé que precipitarme podría dinamitar la farsa en la que navego esta noche. Aun así, algo en mi mirada me delata. En el fondo, no soy tan buena actriz como me creía.

—Dan no te ha hablado de Tiziano, ¿verdad?

Su voz es la red que amarra mi curiosidad.

—Eh…, sí, ¡claro que sí! Me llevó a su tumba. —Salgo del apuro como puedo—. Siento mucho lo que…

—¡Menos mal! Por un momento, temía haber hablado de más —dice él, aliviado—. Sinceramente, no esperaba que Dan te hubiera contado esta historia. Debéis de estar muy unidos, no creo que haya sido fácil para ninguno de los dos, teniendo en cuenta el papel que jugó en la tragedia.

¿De qué está hablando?

—Ya ves, tu hermano y yo no tenemos secretos.

—En ese caso, estarás de acuerdo conmigo en que fue un accidente. Aunque… —Leo baja el tono de voz—, bueno, entiendo que a él le cueste dormir por las noches. Si yo le hubiera hecho algo así a nuestro hermano, me volvería loco.

La sangre se me enfría en las venas; la copa pesa en mi mano y siento el mundo girar un poco más lento. Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza. O a desencajar, no lo tengo claro. Me siento atrapada entre el deseo de saber más y el rechazo a la posibilidad de que lo que insinúa sea cierto.

No puede ser cierto.

—En fin, es una suerte que haya encontrado una mujer que lo acepte tal y como es. Brindo por eso.

Leo choca su copa contra la mía. Sé que me está leyendo como a un libro abierto, y yo me veo incapaz de ocultarle mi desasosiego.

—Dante me dijo que Tiziano murió por enamorarse de la mujer equivocada —confieso al fin, traicionando a su hermano.

—¿Eso te dijo? —Su rostro muestra una expresión de burla que casi suena a reproche—. Bueno, sí, es una manera un poco retorcida de verlo. A Tiziano lo mataron, y el amor de Allegra no tuvo nada que ver. Ella murió con él en esa carretera.

El vértigo me patea la boca del estómago; el mundo fuera sigue empapado de lluvia y la ciudad se desenfoca tras el cristal. La duda me hace sentir enferma.

No sé en qué momento ha llegado esa segunda copa, pero me aferro a ella en busca de coraje. No quiero irme, no sin un par de respuestas que tal vez consiga extraer de sus labios. Ni siquiera me planteo la imprudencia de que Leo me siga el ritmo, siendo quien nos tiene que llevar de vuelta a casa. No me gustaría repetir el trágico destino de Tiziano y Allegra en estas carreteras.

El ambiente se relaja un poco cuando Leo comienza a soltarme anécdotas de su infancia. Me habla de las largas tardes reparando motos destartaladas con Tiziano, de la fuerte amistad que los unía; de juergas que acabaron en la cama de alguna de las amigas de Cesca o de las noches haciendo de canguro de Pia. Me cuenta historias de todos sus hermanos, menos del que compartió líquido amniótico con él. Y sé que este es su juego: Leo quiere que siga preguntando. Que saque mis propias conclusiones con los pedacitos de información que él me cede para montar mi propio puzle.

—Tizzy odiaba mis camisas hawaianas, pero yo creo que pegaban con mi tabla.

—¿Haces surf?

—Lo dejé hace un millón de años —responde con una mirada nostálgica—. Me obsesioné tanto que hice de mi *hobby* un estilo de vida. Ya sabes, pulseras de abalorios, camisas horteras, bermudas…

—Me cuesta imaginarte de esa guisa.

Leo ríe, entrecerrando un poco los ojos. Ese gesto me recuerda demasiado a su hermano, quien, por cierto, no me ha mandado ni un triste mensaje en toda la tarde. Siento un nudo en el pecho y me trago la desesperanza con un sorbo de Aperol.

Y luego está su sonrisa… No debería mirar a Leo con los mismos ojos con los que miro a Dante, pero el envase es prácticamente el mismo, y el segundo no me deja acercarme a ver qué contiene.

—¿Qué hay de tu gemelo? —indago, más dolida de lo que pretendía—. ¿No vas a contarme ninguna anécdota de cuando erais críos?

Leo finge que lo piensa.

—Dante y yo siempre queríamos los mismos juguetes y, a menudo, las riñas se nos iban de las manos. Tizzy era el pegamento que nos unía. Tenía algo que lo hacía especial. A veces me pregunto cómo serían las cosas si él aún siguiera aquí.

El tema vuelve al punto de partida: al hermano ausente. La emoción que siento en su voz me desgarra el pecho. Sus ojos se vuelven grises y en su voz temblorosa detecto el dolor del pasado.

Estoy muy confundida. Quiero consolarlo y, al mismo tiempo, quiero arrancarle la lengua por soltar migas de verdad y callar las partes que duelen. Leo me ha regalado más de Dante en un rato que el propio Dante en semanas; cada palabra es una llave y cada silencio una puerta cerrada.

¿Y si todo eso de *Psicópata Azul* no fuera más que un disfraz pensado para minimizar lo que realmente es? La simple sospecha debería aterrorizarme, pero lo cierto es que me asusta y me excita a partes iguales.

«¿Qué estás diciendo, Jude?», me regaña la cordura. «Dante jamás haría daño a su propio hermano».

Y sin embargo, el eco de la sospecha me ronda la mente.

—Os parecéis más de lo que pensáis —pienso en voz alta.

Él me mira con una intensidad que se pega a la piel y, en un susurro rasposo, me lanza la cuchillada:

—¿Sí? Pues debe de ser muy difícil para ti entonces.

—¿El qué?

—Estar aquí conmigo, tomándonos algo… con lo mucho que me parezco a tu novio.

No pienso darle la satisfacción de mostrarme afectada; me muerdo el labio y agacho la mirada, ocultando mi derrota.

Pero mis ojos traicionan mis órdenes. Cuando los alzo de nuevo, me encuentro con su mirada deslizándose por mis labios, de un modo en el que no debería mirar a su cuñada. Algo en mí se deshilacha. La tentación asoma y me descubro deseando caer en ella. Dispuesta a conformarme con el premio de consolación a la vista de que no puedo tener a quien realmente quiero.

Leo interrumpe mis pensamientos con un susurro seductor:

—Y supongo que, siendo tan iguales…, las ganas de besarme también serán las mismas.

No hay réplica, solo el vacío que anticipa lo inevitable. Se inclina y me roza los labios, despacio, como tentando a su suerte. Y yo, estúpida y embriagada por el licor, no encuentro voluntad para detenerlo. Leo acorta la distancia y une su boca con la mía en un beso profundo y lleno de intención. Ya no pide permiso porque lo cree concedido.

De nuevo, no lo freno. Me abandono a la calidez del beso, imaginando que son los labios de Dante los que me invaden. Mi cuerpo responde por instinto: se rinde a la versión fácil de un peligro conocido. Busco respuestas y solo hallo vacío. Su lengua explora la mía con la insolencia de quien sabe que siempre logra lo que quiere. Su mano se apoya con sutileza en mi muslo, y ese gesto posesivo me sirve como toma de contacto con la realidad.

¿Qué demonios estoy haciendo?

No es Dante.

No hay en esa boca la garganta rota de su silencio.

No es el cuerpo que me invita a pecar en sueños.

No es su voz la que me susurra al oído.

No encuentro en este beso su intensidad desgarradora ni su fragilidad.

Leo no es más que una copia. Y si el original no quiere nada conmigo, lo aceptaré; pero no voy a conformarme con un sucedáneo solo porque tengan la misma secuencia genética.

—¿Qué estoy haciendo? —susurro, y me llevo la mano a los labios como para borrar la culpa y la vergüenza que arden ahí.

—Judith…, ¿estás bien?

Le miro, satisfecho y arrogante, disfrutando de haberme invitado a pecar. ¿Cómo he podido caer en su trampa?

Quiero decir algo, disculparme por aceptar el beso, enfadarme con él por ponerme en esta situación. Pero ¿cómo puedo explicarle algo que ni siquiera yo comprendo?

Bajo la mirada para que no vea las lágrimas que comienzan a rodar por mis mejillas. Lloro de rabia y de impotencia.

Rabia porque habitualmente calo a los tipos como él a la primera y, aun así, he dejado que me seduzca.

Impotencia, porque sé que Dante nunca me besará como él lo ha hecho. Me lo ha dejado claro ya demasiadas veces.

—Creo que será mejor que volvamos —ruego.

—¡Joder, Judith! —se disculpa, atropellado—. Lo siento, de verdad, no sé en qué estaba pensando. ¡Y con la novia de mi hermano!

Su discurso no me convence. Apuesto a que no es la primera vez que se vale de su parecido para engatusar a las novias de su gemelo. Le han bastado un par de horas conmigo para faltarle al respeto. Y aunque no haya nada real entre nosotros, me siento mezquina por haberlo permitido.

—Perdóname, Jude. Se me ha subido el alcohol a la única neurona que me queda y… No sé qué hacer para que me perdones.

—No soy yo quien tiene que perdonarte, Leo.

Se le tuerce la cara en incredulidad.

—¿Cómo que…? No vas a contárselo a Dan, ¿verdad? Si se entera de que tú y yo… No lo soportaría.

—Mi relación con tu hermano se basa en la confianza, así que…, sí, tendré que contárselo antes o después —afirmo tajante—. Seguro que no le da importancia, solo ha sido un beso.

—Sí, claro, seguro que lo entiende…

Su expresión de indiferencia me desconcierta. ¿Es que soy la única a la que la devoran los remordimientos?

Me pregunto si este es su particular juego retorcido. Y también me pregunto cuánto hay de verdad en la versión que me ha dado sobre la muerte de Tiziano. No pienso darle el poder de confundirme aún más. Si tiene alguna *vendetta* personal contra Dante, que se apañen entre ellos.

Pero esos pensamientos no cambian el hecho de que he besado a Leo.

Con lengua.

¡Dios! Me siento tan… sucia.

—No sabes cuánto lo siento, Judith —insiste—. Supongo que me cuesta verte como a mi cuñada. Dante no suele tomarse a sus rollos demasiado en serio. He perdido la cuenta de cuántas han pasado por aquí desde Allegra.

A estas alturas, ya he notado que Leo Ricci no dice las cosas por decir. Cada frasecita está debidamente pensada para hacerme dudar de su hermano. Y el nombre de esa mujer… Con solo pronunciarlo ya lo ha desestabilizado de nuevo todo.

Si Allegra fue la novia de Tizzy, ¿qué tuvo que ver Dante con todo eso?

Salgo del bar sin comprobar si Leo me sigue. La lluvia me empapa mientras la culpa se enreda en mi pecho.

19

DOS MALDITAS GOTAS DE AGUA

DANTE

¿Cuánto se tarda en comprar unas puñeteras medias?

Cuando Leo se ofreció a llevarla de compras, juro que me ardieron las entrañas. No dije nada. ¿Para qué? Eso solo hubiera anotado un tanto en esta estúpida rivalidad que nos une y nos separa, y le hubiera dado una poderosa arma para atacarme en el futuro.

No quiero que sepa que estoy celoso de él. Que ahora mismo moriría por ser yo quien está montado en esa moto con ella, sintiendo su pecho pegado a mi espalda.

¿Cuánto tiempo más voy a poder seguir resistiéndome a Judith? A esas manos que deseo tanto que me quema la piel al imaginar que me tocan. A esos labios que me muero por besar.

Me gusta. La deseo, pero no es solo algo carnal; lo nuestro va más allá de la piel. Anoche, cuando me ofreció consuelo, fue como si… como si consiguiera alejar mi oscuridad con su luz. Como si me hubiera traído de vuelta de mi infierno.

Y fui un imbécil, pero no pude controlar la angustia que me oprimía el pecho después de revivir aquel accidente en sueños. Mi

eterna espiral de sufrimiento a la que no encuentro fin. Esa pesadilla es como un eco que se repite, resonando en los pasillos oscuros de mi mente sin encontrar una salida.

Los loqueros a los que acudí durante años no entendieron mis recuerdos de aquella noche. Y yo tampoco los comprendo… Porque me veo con claridad en la imagen, como si fuera un mero espectador en vez del responsable de perpetrar aquel crimen.

¿Qué sentido tiene eso?

Algunas veces la confusión se mezcla con el asfalto y todo se vuelve borroso. Otras, la escena se revela ante mí con una claridad abrumadora. Los cristales rotos de los faros. Los gritos. El sonido agudo de las sirenas de los coches oficiales. La sangre mezclada con las lágrimas. La oscuridad.

Al principio, no sentí esos remordimientos que todos decían que deberían estar volviéndome loco. ¿Cómo hacerlo, si ni siquiera recordaba haber cogido la moto aquel día?

Me esfuerzo por recordar las horas previas al accidente, pero todo lo que veo es el rostro difuso de esa mujer morena.

¿Será solo un espejismo? ¿Una musa que se cuela en mis sueños para hacerlo todo más llevadero? ¿Para confundirme aún más?

No, tiene que ser real, porque, aunque no sé quién es, mi corazón sí recuerda lo que me hizo sentir. Late por ella. Una parte de ella sigue viva dentro de mí.

Recuerdo hundirme en ella, sentir la arena fría en mis rodillas y la inseguridad de las primeras veces cerrándome el estómago.

Recuerdo un placer ingenuo, las risas, y, después… nada.

La más absoluta nada.

Mi mente se oscurece, se pierde en un vacío insondable, en silencio. Su rostro se vuelve un borrón en mi memoria, entremezclado con la belleza altiva y hostil de Allegra, emponzoñando mi alma de un odio irracional que no sé de dónde procede.

¿Por qué me siento de este modo al pensar en la mujer con la que, según todos, traicionaba a mi hermano? La mujer por la que estuve tan loco como para hacer lo que hice.

Entonces, ¿cuál es el papel de la morena en todo esto?

Los psicólogos no tardaron en buscar toda clase de teorías que explicaran mi comportamiento. Golpe en la cabeza. Amnesia. Choque postraumático… Catalogaron mi ausencia de recuerdos como una desconexión emocional profunda que me desasociaba de la realidad y, con el tiempo, me colgaron esa etiquetita que aún arrastro.

Y, aunque una parte de mí luche por negarlo, mis impulsos obsesivos me llevan a cuestionarme si no tendrán un poco de razón.

Yo no tengo un máster en Psicología, así que ignoro si es común que los psicópatas se despierten cada puta noche empapados en lágrimas y sudor, cuando los remordimientos de un crimen que no recuerdan les impiden conciliar el sueño.

No sé si los psicópatas sienten la ausencia de un hermano como si les hubieran extirpado un órgano sin anestesia.

Desconozco si, cada mañana al despertarse, desearían haber sido ellos quienes hubieran muerto en esa carretera.

Si se niegan el placer de volver a amar por miedo a perder el control y hacer daño a sus seres queridos.

Si todas estas son cualidades de los psicópatas, entonces sí, supongo que no tengo escapatoria. Puede que lo mío tienda más al color azul, como dice mi madre cuando quiere alabar esa bondad que según ella tengo, pero sigo siendo un psicópata al fin y al cabo.

En mi interior cohabitan dos versiones muy distintas de mí mismo desde aquella noche: lo que todo el mundo espera, lo que opinan o me recriminan, y lo que yo recuerdo. Y esas dos versiones no encuentran el modo de entenderse.

Me he convertido en un fantasma atrapado entre el presente y mis recuerdos.



Pia me está volviendo loco.

No soy la clase de hombre que pierde el tiempo en las redes. Si tengo cuentas es solo para aprender nuevos trucos y tendencias de

los investigadores, restauradores y artistas a los que sigo. Y aquí estoy, haciendo bailecitos de TikTok para entretener a los adolescentes babosos que la siguen, mientras Cesca se cambia por millonésima vez de vestido, y Leo sigue sin dar señales de vida. Me trae sin cuidado lo que haga mi hermano, pero ha secuestrado a mi no-novia y la idea me tiene un poco tenso. ¿No están tardando demasiado en comprar unas putas medias?

Redacto un mensaje rápido, pero desecho la idea al instante por miedo a darles la razón a quienes dijeron, muchas lunas atrás, que soy celoso y controlador.

Mi hermana Pia me saca de mis pensamientos de forma abrupta. No esperaba que fuera tan directa. Está claro que esa mocosa ya es una Ricci de los pies a la cabeza.

—Me gusta Judith.

—Bien, me alegro, enana.

—Y a Leo y a Cesca también.

Le enseño los dientes en un amago de sonrisa. Eso precisamente es lo que me preocupa, que a Leo le gusta. Le gusta mucho. No soy idiota. He visto cómo se la come con los ojos, y no descartaría que el interés fuera mutuo: todo el mundo acaba por enamorarse de Leo.

Suspiro receloso y desvío la mirada. Bueno, pues, si se lían, ¡bien por ellos! Poco puedo hacer. No pienso arriesgarme a perder otra vez la cabeza por una mujer.

—A ella también le habéis caído muy bien —digo al fin.

—Me alegro de que no nos hayas presentado a ninguna otra chica antes —confiesa, sentándose a mi lado—. Estoy aburrida de conocer a todas esas novias encantadoras con las que aparece Leo en las fiestas, para que acabe dejándolas antes del brindis.

Aprieto los labios y no añado nada. No he conocido a esas mujeres. Últimamente me he perdido muchas fiestas debido a mi trabajo.

Por fortuna.

—Voy a ver si consigo rescatar a Cesca —anuncia—. Quería que hiciéramos un baile los cinco, pero Leo y Judith se están retrasando. ¿Te ha dicho algo tu novia de cuándo piensan volver?

Niego con la cabeza, ocultando mi malestar.

—No he sabido nada de ellos desde que se fueron.

—Igual han pillado atasco, con la que está cayendo… —Sí, seguro que ha sido eso—. En fin, me voy a rescatar a Cesca del lío de zapatos y vestidos en el que anda atrapada.

Y yo que ansiaba tener un simple momento de silencio antes de la cena, veo cómo mi madre se cruza con mi hermana e intercambian posiciones. Está preciosa, con un elegante vestido rosa empolvado que resalta su tez morena. Mi madre fue una *sex symbol* en su época. Mi padre, sin embargo, siempre ha sido más bien del montón, pero consiguió volverla loca con su carisma.

—¿Qué haces aquí tan solo, cariño?

—Pia me ha tenido haciendo coreografías hasta ahora.

Mi madre se ríe y levanta las cejas, no demasiado sorprendida.

—Tu hermana te echa de menos, no la culpes. Judith también estuvo bailando con ella esta mañana.

—Eso tengo que verlo. —Sonrío.

—Me gusta mucho, Dan.

—Maravilloso. Pia acaba de decirme lo mismo.

—Es educada, divertida, cariñosa, familiar… Una mujer con los pies en la tierra.

Mi madre enumera cualidades y yo pongo los ojos en blanco. A ver cómo les digo yo ahora que, en realidad, todo es una pantomima. Que no van a volver a verla.

—No os pongáis intensitas con Jude, que os conozco a las tres.

—Las cinco —corrige—. También estaban tus primas. —Resoplo, exasperado—. Como sigas resoplando así, te vas a quedar sin aire.

—Sois vosotras tres las que me estáis asfixiando ahora mismo.

—¡Porque estamos emocionadas, cariño! Llevo años soñando con este momento.

—No exageres, anda… Solo nos estamos conociendo.

—¿Cuándo piensas permitirte ser feliz de nuevo, Dan?

Exhalo un suspiro. Me levanto y empiezo a dar vueltas por el salón, buscando algo con lo que entretenerme. Me estoy agobiando con sus ilusiones. Y Jude todavía no ha regresado.

—Ni se te ocurra dejarla ir, Dante Ricci. ¿Me oyes? O tendrás que enfrentarte a la ira de seis italianas cabreadas.

—¿¡*Seis!*? Pero ¿quién es la sexta ahora?

—Tu *nonna*[5], por supuesto.

—¿¡También habéis llevado a la *nonna* al *spa*!? ¿¡Con sus problemas de tensión!?

—No, cariño. Nos pasamos por su casa a tomar café. Como no va a venir a la fiesta… La *nonna* ya no está para estos trotes y se moría por conocer a tu novia.

Suelto el aire de los pulmones, me llevo las manos a la cabeza. Menudo desastre estamos formando con la tontería de ser novios.

Mi madre sigue lanzándome maldiciones para que ni se me pase por la cabeza cortar con Jude. Yo me siento como cuando tenía cinco años y me reprendía por hacer alguna trastada que, en la mayoría de los casos, era culpa de Leo.

Yo siempre era el tonto que pagaba por todo. Y, como éramos tan iguales, cualquiera la contradecía cuando ponía los brazos en jarras y nos enseñaba la zapatilla. Nunca llegó a lanzarla, pero lo que imponía un objeto tan simple… Alguna también lie yo, que tampoco soy ningún santo, pero de esas hubo menos.

—No voy a dejarla, mamá. Lo juro. —Y no miento: no puedes dejar algo que nunca ha comenzado. Algo que no te pertenece—. Jude es lo mejor que me ha pasado.

Ella sonríe satisfecha y yo siento las palabras quemarme en la garganta, sorprendido por la verdad oculta en ellas. No sé en qué momento me he encariñado tanto con esa pelirroja patosa y deslenguada, pero la idea de no volver a verla me atormenta.

—¡Cuánto me alegra oír eso! Porque la *nonna* me ha dado esto para ti.

¡Ostras!

El anillo.

El dichoso anillo que ha causado más problemas en esta familia que el que Frodo llevó al Monte del Destino. No tendrá poderes mágicos, pero su influjo es bastante similar. Ha pasado de generación en generación y su valor es incalculable gracias a que

está hecho con una rara aleación de oro. Es elegante, como una tiara en el dedo, con esmeraldas y rubíes incrustados.

Verde y rojo, como mi pelirroja.

El verdadero drama detrás de este anillo es que Cesca lo reclamó cuando se casó con su primer marido, y la *nonna* se negó a soltarlo porque es medio bruja y ya intuía el desenlace.

La misma historia se repitió con su actual marido. Y entrando en terrenos pantanosos, sé que Tizzy también se lo pidió para declararse a Allegra, pero mi abuela alegó mil excusas diferentes para no confesarle que odiaría ver su anillo en el dedo de esa muchacha. Quizá también sospechaba el terrible desenlace y temía que su legado muriera con ella.

—¿Piensas decir algo, cariño? Te has quedado mudo.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto, mamá? —susurro tragando saliva con dificultad.

—Ponértelo en la polla, a ver si te cabe, pichacorta —responde Leo, haciendo un elegante acto de presencia en el salón.

Oteo la sala y no veo a Jude con él. Me abstengo de preguntar, entiendo que habrá corrido a la habitación a cambiarse, dada la hora que es.

—Si me cabe este anillo en la polla, tú también tienes un serio problema, hermano. Te recuerdo que somos dos malditas gotas de agua.

—Igualitos. Que se lo digan a tu novia…

El guiño de ojo termina de hervirme la sangre. ¿Qué está insinuando?

—Niños, tengamos la fiesta en paz —interviene mi madre, tensa.

—Con permiso, voy a ponerme guapo.

Leo desaparece de mi vista justo cuando estoy a punto de saltarle a la yugular. Cuento hasta diez, como me enseñaron en terapia. A veces creo que Leo se aprovecha de mis traumas para joderme la vida.

—No le hagas caso, cariño. Solo está provocándote —asegura mi madre.

—¿Tú acabas de oír lo que ha insinuado?

Me pone una mano en la mejilla, con esa ternura que solo una madre sabe expresar.

—Que diga lo que quiera. Esa mujer está loca por ti, Dan. Se le nota en la mirada, y eso nunca miente. En cuanto al anillo…, no tiene por qué ser ahora. Pero así lo tienes a mano cuando llegue el momento. No hay prisa, cielo.

—Mamá… —ruego. Ella cierra mi mano alrededor de la joya para callar cualquier discusión—. Mis hermanos no van a perdonar que me lo haya dado precisamente a mí.

—¿Y por qué ibas a merecerlo tú menos que ellos?

—Sabes bien por qué.

—Yo solo sé que tu *nonna* no da puntada sin hilo y quiere que lo tengas tú. Si tienes preguntas, será mejor que vayas a hablar con ella.

—¡Claro que voy a hacerlo!

—Pero no esta noche… Esta noche es para Pia. ¿Lo harás por mí?

—Sabes que haría cualquier cosa por mis chicas.

Nos abrazamos y, con ese gesto, mi angustia también se aleja.

Me quedo de nuevo a solas con mis pensamientos en este enorme salón que me resulta tan familiar y extraño a la vez.

El viejo piano de cola me provoca desde un rincón. Hace años que no acaricio sus teclas. Me siento en la butaca de cuero blanco y comienzo a interpretar los primeros acordes de *Last Man Standing*, de Livingston.

La melodía se escapa de mis dedos como una confesión que carga con el peso de todo lo que yo no puedo decir. La atracción, la frustración y las dudas se entrelazan en cada acorde desesperado, estrangulando este sentimiento que crece en mi pecho. Me estoy enamorando perdidamente de ella, pero no puedo arrastrarla conmigo. No sería justo.

Interpreto una nueva tanda de notas aún más desgarradoras, mientras la letra de la canción aparece con claridad en mi cabeza:

«*… and you said.*
I don’t need a symphony,

I just want your voice and a melody.
I don't need your diamond rings,
I just want your love, stop selling me.
I don't need the wind that's underneath your wings,
I just want to know when you're landing.
You don't need to be the king.
'Cause I just want the last man standing[6]».

No, no es solo en mi cabeza donde oigo esa letra.

Me giro al sentir su presencia detrás de mí tarareando la canción, y al verla, entiendo que he muerto y estoy en el cielo. O en el infierno, a juzgar por el vestido rojo que lleva, que me ha dejado herido en el acto.

Un corsé de terciopelo parece envolverla como una segunda piel, abrazando su figura con osadía. La suave tela de seda se posa con elegancia por debajo de sus hombros, creando el mismo escote que el del famoso vestido amarillo de la *Bella y la Bestia*.

Mi Bella.

La falda, también de seda, cae con gracia sobre sus piernas, exponiendo demasiado y no lo suficiente a través de una abertura lateral.

Su cabello está recogido, dejando su cuello expuesto y a mi alcance. Y esos labios…, deliciosos, de un rojo tan intenso que sé que jamás podría borrarlo de mi memoria.

Mis manos se ven incapaces de seguir tocando, al menos, el piano, porque luchan con todas sus fuerzas por no tocarla a ella.

Contengo el aire. ¿Cómo voy a resistirme?

—Estás preciosa —murmuro sin pensar.

—Tú tampoco estás nada mal.

He intentado ponerme algo más convencional para complacer a mi madre, aunque sin perder mi esencia. El acuerdo fueron pantalones y camisa negros con corbata gris de seda estampada. La americana es un poco más peculiar, con rosas bordadas en hilo de seda negro. Que no me pidan más.

—No sabía que tocaras el piano.

—Ya sabes, niño pijo de Mira —bromeo. Ella sonríe con timidez.

—Me encanta cómo tocas. —Le dedico una mueca burlona y ella se ruboriza—. Quiero decir que…

—Te he entendido, pelirroja.

¿Por qué está tan nerviosa? Pese a su radiante sonrisa, hay algo en su mirada distinto, una tristeza que ayer no estaba ahí.

—¿Estás bien? —tanteo en un susurro más cálido de lo que pretendía—. Sé que te he tenido un poco descuidada, pero mi hermana me ha vuelto loco. Te prometo que esta noche no pienso apartarme de tu lado.

Mis manos se mueven sin permiso, acariciando su mejilla. El calor de su piel hace que mi pulso se acelere, que me enloquezca. Pero no es suficiente con sentir su tacto. Lo quiero todo.

—¿Florecilla? —insisto ante su silencio.

—Sí, ya… ya hablaremos en Venecia.

—O sea, que sí hay algo de lo que hablar…

—No es nada. —Fuerza una sonrisa, pero esa melancolía impresa en ella la delata. Y yo me obsesiono con descubrir la causa.

Jude da un paso más para acercarse a mí y su olor me extasía. Nuestras miradas conectan de un modo mágico y todo me arrastra a perder el control. Quiero besarla, entregarme a ella y dejar atrás esos recuerdos que me atormentan. Pero el temor a que desaparezca en mi mundo de oscuridad pesa demasiado.

—¡Oh, aquí estás! Dejad el besuqueo para luego, que tenemos prisa.

Pia entra en la habitación como un hada de los bosques dispuesta a jodernos el momento de intimidad. Mejor. No quiero ni imaginar lo que habría pasado si me hubiera atrevido a besarla.

[5] Voz italiana: abuela.

[6] «*Y dijiste: no necesito una sinfonía. Solo quiero tu voz y tu melodía.*
No quiero tu anillo de diamantes. Solo quiero tu amor, deja de venderme cosas.
No necesito el viento que hay bajo tus alas, solo quiero saber cuándo aterrizas.
No necesitas ser el rey, porque solo quiero al último hombre que resista junto a mí».

20

ESE VESTIDO ES JUGAR MUY SUCIO

JUDITH

No es justo. ¿Por qué tiene que estar tan guapo? Y yo con esta cara de culpabilidad y tristeza. Ni las cien capas de maquillaje que llevo encima han podido camuflar los remordimientos que llevo impresos en la piel. Cada vez que pienso en lo que he hecho, siento un nudo en el estómago que me impide respirar. Y lo último que necesitaba para potenciar mi estado de nervios era quedarme sin habla al ver a Dante.

Camisa negra entallada, marcando con precisión un torso y unos brazos de infarto. Americana y pantalones del mismo color, una corbata con reflejos plateados, que le da un brillo enigmático. Y el *kohl* de sus ojos potenciando el peligro en su mirada.

Lo dicho: mi cordura no tiene escapatoria.

Si Pia no hubiera aparecido en el salón, no sé qué hubiera pasado. Bueno, sí lo sé: nada de nada. Como siempre.

Y no lo entiendo, estoy convencida de que le gusto. He sentido el deseo en cada poro de su piel, las mismas ganas de tocarme que a mí me incendian.

Saco un chicle de menta del bolso, asqueada por el recuerdo de Leo. Me he lavado dos veces los dientes y no consigo borrar de mi boca su sabor. Cada vez que lo pienso, cada vez que analizo las mentiras que me ha contado sobre su hermano, las mismas que yo he alimentado con mi curiosidad… quiero vomitar.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo he podido permitir que las ganas de saber más sobre Dante me arrastren de ese modo?

Voy a contárselo. Técnicamente, no le he sido infiel puesto que no estamos juntos, pero me he convertido en un secreto familiar, y la mejor manera de lidiar con estas cosas es yendo de frente.

Pero no será esta noche… Esta noche es de Pia. Y nuestra, si es que consigo que me arranque el corsé con los dientes.

Tres taxis nos conducen hasta un salón de eventos entre Mira y Padua. Mi silencio delata unos nervios que ni la mano de Dante enredándose con la mía consigue calmar. Si acaso, lo potencia. Es como si su contacto me recordara lo que he hecho. Que no hay salida.

Llegamos a la fiesta y comienzan los protocolos. Los Ricci desfilan por turnos para hacer una entrada triunfal; yo, en cambio, me cuelo discretamente por la puerta trasera. Pretendía pasar inadvertida, pero, apenas cruzo el umbral, noto los ojos clavados en mí como agujas, cosa que empeora tan pronto me siento en la mesa principal, destinada a los protagonistas.

Es imposible que no me miren: soy la única persona en la mesa de los Ricci. La única extraña en este mundo de ricos donde todos se conocen las caras. Y las preguntas y suposiciones no tardan en llegar. Criticar es el deporte nacional, sobre todo, cuando hay un soltero de oro en juego. Y si hay dos, la partida se vuelve aún más cruel.

Me llega el susurro nada prudente de una joven preguntando con inquina a cuál de los dos gemelos me estoy follando. Una mujer adulta destaca la poca elegancia de mi vestido, que me hace parecer salida de un espectáculo de burlesque.

Bueno, puedo aceptarlo. Que me comparen con Nicole Kidman en *Moulin Rouge* no es lo peor que me han dicho en esta vida. Desvío

la mirada hasta la puerta principal, tratando de ignorar los cuchicheos que, sospecho, van a darse durante toda la noche.

Me obligo a distraerme con el salón. Grandes columnas de mármol, lámparas de araña y paredes decoradas con frescos renacentistas. Las mesas están cubiertas con manteles de seda color marfil, arreglos florales, que caen elegantemente como una cascada de color y vida. Una orquesta trata de domesticar canciones modernas, mientras los camareros se mueven con gracia, sirviendo champán y delicados aperitivos en bandejas de plata.

En ese momento comienza la procesión de Riccis. Los primeros en entrar son Francesca y su marido, seguidos de Loredana y Vittorio y, por último, los gemelos, acompañando a la estrella de la noche, una Pia radiante con ese vestido blanco hasta los pies lleno de brillantitos, al que ha añadido unas alas de ángel.

Me siento fuera de lugar entre aplausos discretos. Nadie eleva la voz, nadie se sale de su papel. Todo es estudiado y elegante. Disciplinado y cohibido. Más que una fiesta, parece una misa.

Busco en vano un rostro conocido entre la multitud, pero Gio no ha podido venir por trabajo. Me he quedado sin aliados en esta pantomima.

La familia se acerca a la mesa y todas las miradas se centran en nosotros, sobre todo, cuando Dante rodea mi cintura y me aprieta contra él, dando el pistoletazo de salida a esta función que hemos venido a interpretar. A mí me sudan las manos.

—Estás muy tensa —susurra—. Cuando acabe la noche, serás tú la que necesite un masaje.

—¿Piensas dármelo tú?

Se aparta apenas un instante, lo justo para sonreír. No solo con la boca, sino con esos ojos negros que esta noche parecen tener dentro un firmamento entero.

—No creo que sea tan bueno como tú, pero, en cuanto te quites este vestido, puedo enseñarte las otras habilidades de las que te hablé…

Me cubro la boca, exagerando mi escándalo. ¿De verdad acaba de proponerme…? ¿Con todos mirando?

No llego a responder: alguien lo arrastra a la ronda de besos y abrazos familiares, y a mí me toca acompañar. No hay escapatoria.

—Jude, quiero presentarte a mi tío Giuseppe, hermano de mi madre y socio de mi padre en los viñedos.

—Encantada —replico con timidez.

El hombre me mira con un descaro que me recuerda demasiado a Leo.

—Ya lo creo que lo estás. ¿No te suena mi cara? —Me guiña un ojo con arrogancia.

—Tío, Jude es muy joven para conocer esas cosas…

—Los galanes somos eternos, sobrino. ¿Sabes, Jude? Protagonicé todas las fotonovelas de la época… y los sueños húmedos de las mujeres.

Suelta su propia carcajada mientras su mirada se clava sin vergüenza en mi escote. Apuesto a que ya ha descubierto la copa que uso.

—Nada, lo siento —respondo por cortesía.

—¡Vaya hembra te has echado, sobrino! Tu tía estaba convencida de que eras gay.

—¿En serio? Solo estaba esperando a conocer a la adecuada.

Dante protesta, y yo me atraganto con mi propia saliva. Reconozco que no había considerado la posibilidad de que fuera gay, pero eso explicaría por qué me rehúye de continuo.

Mi chico sigue con el *show*, me estrecha contra su cuerpo, con una calidez que apaga el murmullo de la sala y hasta la repugnancia que me provoca el baboso de su tío.

Los siguientes minutos me siento una marioneta de mano en mano. Loredana quiere presentarme a sus amigas del club de campo; Pia me obliga a hacerme fotos con sus amigas del instituto; Dante me presenta a más familiares y amigos; y Leo…, cuando se acerca a mí con esa sonrisa embaucadora, todas las luces de *warning* se me encienden en el acto.

—¿Me guardarás un baile, preciosa?

—Me llamo Judith. Y no, no creo que sea buena idea, dadas las circunstancias.

—¿Aún sigues con eso? —Su gesto se tuerce en soberbia—. No pensé que fuera a marcarte tanto un simple beso que… ¿Cómo lo has definido antes? Un beso que *no tenía importancia*.

—¿Qué quieres de mí, Leo?

Él no responde. Se gira hacia un grupo de mujeres que parecen talladas a medida para esta fiesta: jóvenes, hermosas, todas maquilladas como muñecas de cera y cargadas de joyas. Y entre ellas, una morena con curvas de infarto, que ni parece pariente cercano de los Ricci ni mucho menos feliz de verme.

—¿Habéis conocido ya a la novia de mi hermano? —pregunta Leo, y su tono rezuma malicia—. Flavia tiene muy buenos recuerdos de Dante. ¡Ay, aquellos veranos adolescentes…!

—Y no tan adolescentes, Leo —añade ella con una sonrisita que me deja claro que ha visto mucho más de Dante de lo que me gustaría. Mucho más de lo que yo he visto.

Descartado que sea gay.

Me quedo callada, sin saber qué responder a su insinuación. Decirle que estoy encantada de conocerla sería una mentira tan grande que apuesto a que me crecería varios centímetros la nariz.

—Y dime, encanto, ¿cuánto lleváis juntos? —insiste Flavia.

—Seis meses —respondo, ajustándome a la mentira que me ata a este teatro.

—¿Seis meses? —replica con una sonrisita y asombro dañino—. Ya veo, ya…

De nuevo, me quedo callada. No sé qué está pasando, pero interpreto muchas cosas en sus silencios. Flavia se inclina, buscando mi complicidad, y me susurra al oído:

—Disfrútalo mientras puedas. Dan es inolvidable. Aunque suele dejar resaca.

—Por suerte, yo no tendré que olvidarlo. Si me disculpáis…

La contengo con una sonrisa impecable, de esas que sirven para no mostrar debilidad aun cuando todos han sido testigos de las ruinas. Me retiro con dignidad fingida, como si la herida no sangrara. Pero lo cierto es que me arde. Esta fiesta no es más que un escaparate de máscaras, y yo acabo de convertirme en la cornuda oficial de Mira. Ese imbécil podría haber tenido en cuenta que se ha

acostado con otras mujeres antes de elaborar el plan. Particularmente, si dichas mujeres iban a acudir a la fiesta.

Mis dedos aprietan con fuerza la copa que sostengo. No soy tan buena actriz. Lo que siento por Dante empieza a ser demasiado real. Y entre tanto ruido, tantas voces que hablan de él, no sé en qué creer.

¿Es realmente el mujeriego que Flavia quiere pintarme?

¿O el chico dulce y sensible que su madre me vendió en el *spa*?

¿El hermano gamberro y protector que describen Pia y Cesca?

¿El mejor amigo que Gio idolatra?

¿O el hombre que pudo provocar el accidente donde murieron Tiziano y Allegra, como ha insinuado Leo?

Las preguntas me giran en la cabeza como un carrusel, cada vuelta más rápida que la anterior. Me pierdo entre el barullo, buscando con urgencia una bebida que arrancarle al camarero. No sé qué hago aquí, ni por qué sigo fingiendo que encajo.

Robo un canapé bañado en oro que me resulta insuficiente para cubrir el agujero de mi estómago. No entiendo por qué en estas fiestas finolis nunca tienen comida de verdad. ¿Es que los pijos no comen?

Me agencio otra copa de champán, acompañada de dos bolitas de pasta al vapor rellenas de huevos de esturión. Con lo feliz que sería yo con un *risotto* de mi madre y una limonada.

He perdido la cuenta de las manos desconocidas que he estrechado esta noche, las mejillas que he besado y las preguntas incómodas sobre mi relación con Dante que he respondido. Cada canapé que no puedo comer porque debo sonreír a un desconocido alimenta mi deseo de escapar.

Encuentro un rincón discreto donde poder desvanecerme un momento, hasta que alguien vuelva a reclamarme. Si pudiera, me camuflaría en las cortinas de terciopelo y me escabulliría hasta el jardín. Me estoy asfixiando en este mundo de burbujas y caviar.

—Mira a quién tenemos por aquí, si es el alma de las fiestas.

Su voz me sorprende por detrás, juguetona, y mi corazón da un salto. Esbozo una sonrisa rota, de esas que se usan para no

delatarse. Estoy al borde del ataque de pánico y no quiero que lo note.

—¿Cómo soportas esto?

—Te lo advertí —responde con voz cantarina, como si todo esto le divirtiera.

—¡Te quedaste corto! No veo el momento de largarme.

—Un par de horas más y diremos que tienes migraña, no te preocupes.

—¿Utilizándome como excusa para huir de su mundo, señor Ricci? Qué bonito.

—En realidad, eso es justo lo que siempre haces, pelirroja: me evades de mi mundo.

—No sé cómo interpretar eso.

—Te he visto hablando con Flavia. ¿Ha dicho algo que deba preocuparme?

—Esa mujer tiene una memoria muy… persistente.

—Te ha contado que nos liamos un par de veces, ¿no?

—Bueno, a mí me ha sonado a más que eso…

—¿Estás celosa, Florecilla? —Me provoca, estrechándome entre sus brazos. Puedo sentir su aliento en mi mejilla, su pecho arde contra el mío—. No tuvo importancia. Sabes que ahora solo tengo ojos para ti.

—No me importa lo que hagas. Te recuerdo que solo soy tu…

—Ya, sí… Reconoce al menos que te lo pasas bien conmigo —me interrumpe con una sonrisa casi infantil.

—No sé, ¿lo hago?

—¡Por supuesto! —Sus manos zarandean mi cintura, yo me resisto a rendirme a sus encantos—. Jamás pensé que pudiéramos sobrevivir a un fin de semana entero sin que me rebatas cada palabra, pero aquí nos tienes. Y no nos va tan mal.

Muevo la cabeza de un lado a otro. Este hombre es desesperante. Estoy tan cerca de su cuerpo que puedo sentir cuánto de verdad hay en sus palabras, sobre todo, cuando sus caderas se insinúan contra mí, haciéndome partícipe de… lo bien que le caigo.

—No te creas nada, chico de Mira. Soy muy buena actriz.

—No eres tan buena —me provoca de nuevo, apretándome aún más contra su cuerpo, caliente y dispuesto.

—Me temo que vas a quedarte con la duda.

—En ese caso, me temo que vas a quedarte con las ganas.

Dejo escapar una risotada nerviosa. Como alguien no nos traiga un extintor, van a sacarnos de esta sala carbonizados.

—Estás muy juguetón tú hoy, ¿no?

—Porque no me creo nada —susurra en mi oído—, aunque me encantan tus intentos por fingir que no te mueres por estar entre mis brazos.

—¿Cuántas copas de esas te has tomado?

—Las suficientes para atreverme y no tantas como para arrepentirme.

—¿Y dónde nos deja eso, Ricci?

Estoy segura de que me he puesto del mismo color que el vestido. Mi mano, temblorosa y atrevida a partes iguales, desciende por su pecho, su abdomen… y más abajo. Me arde la piel. Él, en respuesta, vuelve a rozarme con descaro, marcando con su cuerpo sus intenciones. Por fin. No sé por qué demonios ha esperado tanto tiempo, pero ahora que lo siento en el mismo punto que yo, no pienso dejarlo escapar.

La orquesta interpreta *As You Are*, de Daughtry, y la melodía se me mete en los huesos como si la hubieran escrito para este instante. Somos él y yo contra el mundo, aunque todo arda. Siento su mirada en la piel, una mezcla de desafío y deseo que me obliga a contener el aliento. Su mano se desliza desde mi cintura hasta la base de mi espalda, borrando cualquier distancia posible.

Y allá voy. Decidida. Sin frenos.

—¿De verdad tenemos que quedarnos hasta el final? —susurro muy cerca de su boca—. Estoy muerta de hambre.

Su carcajada me sorprende; suena limpia, sincera, y logra que varias cabezas se giren hacia nosotros, odiando o envidiando lo que ven.

—¿Ya estás pensando en el postre, pelirroja?

—Depende de lo que haya en el menú…

—Quizá podamos escaparnos a las cocinas a ver qué puedo ofrecerte.

—Te advierto que soy muy selectiva.

—Y yo te advierto de que ponerte este vestido es jugar muy sucio, Jude.

Sus dedos recorren las varillas de mi corsé, subiendo despacio, deteniéndose justo antes de rozarme el pecho.

—¿Y eso por qué, Ricci?

Se inclina hasta mi oído, su aliento me hace cosquillas.

—Porque me muero por arrancártelo y follarte hasta que me supliques clemencia.

Carraspeo, conteniendo el aliento.

—No seré yo quien te lo impida.

De nuevo, esa sonrisa que me arrebata e ilumina su rostro. No es la máscara oscura que suele mostrar, sino una luz inesperada que irradia desde cada poro de su piel, como si por un instante dejara de ser un demonio y se permitiera brillar.

La tensión entre nosotros lo llena todo, espesa el aire, incendia el silencio. Toma mi rostro entre sus manos y me mira como si guardara dentro de sí mil secretos. En sus ojos descubro un futuro plagado de incógnitas, un camino que nos arrastrará a los dos… juntos, aunque no sepamos todavía hacia dónde.

El beso llega sin aviso, como una tormenta en pleno verano, cargado de una intensidad que ninguno de los dos supo prever. Sus labios se mueven sobre los míos con hambre, demostrándome que no soy la única que lo estaba deseando en silencio.

Me aferro a su cuello, necesitando sentir cada centímetro de su anatomía contra mi cuerpo. Nuestras lenguas se enredan frenéticas en un beso que desnuda, sumiéndonos en una danza que quema y consuela al mismo tiempo. Siento un frío metálico acariciando mi lengua con delicadeza, incendiándome al imaginar su *piercing* entre las piernas.

Me aparto un instante, jadeante, con las mejillas en llamas y la respiración rota, sabiendo que nada volverá a ser lo mismo entre nosotros. Él, con los labios enrojecidos y entreabiertos, está aún más

guapo, si es que eso es posible. Esos ojos negros, su mandíbula cuadrada, su *piercing*, el lunar bajo el labio… Todo en él me provoca.

Cuando su lengua vuelve a reclamar la mía, la realidad me golpea como una ráfaga de viento helado. De pronto, su boca me genera rechazo y siento ganas de llorar. La imagen de Leo aparece en mi mente, junto a ese beso que hemos compartido unas horas antes. Sus mentiras. Mi estupidez. Y la culpa me atraviesa como un puñal.

Pero Leo no es Dante. Jamás lo será.

Dante es la contradicción hecha carne; el caos coqueteando con la calma. Tiene la elegancia contenida de la música clásica y la fuerza desmedida de una canción de *rock*. Es luz y tiniebla. Pecado y ternura. Invierno y verano. Es el origen de mis dudas y la fuente de mis respuestas. El vértigo y la paz conviviendo en el mismo instante. Es la herida y la cura.

Y Leo no es más que una copia barata, una imitación torpe que nunca lo podrá alcanzar.

—¿Estás bien, Jude?

Su voz me saca del torbellino de mis pensamientos.

«No, pero sé que lo estaré». Palabras no dichas se ahogan en mi garganta. No quiero estropear esta noche contándole lo de Leo. Aunque me maten los remordimientos, tendrá que esperar hasta mañana.

En sus ojos veo la misma sorpresa que en los míos, como si tampoco él hubiera planeado este beso, como si hubiera entregado una parte de sí que no estaba preparado para mostrarme aún.

—Dante…

Él me sostiene la mirada, vulnerable, expectante. Y entonces, soy yo quien se pierde en el abismo de esos labios de los que ya sé que no me quiero separar jamás.

21

MI REFUGIO Y MI DESTRUCCIÓN

DANTE

Llevo años sin acudir a una de estas fiestas y acabo de darme cuenta de que no las he echado en falta. Los mismos saludos forzados, las mismas sonrisas edulcoradas, esa camaradería falsa que tanto detesto y las mismas harpías en busca de información jugosa con la que convertirme en la comidilla de Mira durante meses. La gente no se cansa de preguntar… ni de inventar noticias cuando no obtienen lo que esperan oír.

Así que me meto en el papel y comienzo a tejer esta mentira. Me invento recuerdos de vacaciones que nunca hemos tenido, el nombre de unos hijos que jamás nacerán y hago promesas que no cumpliré, con tal de que estén entretenidos hasta la próxima fiesta… a la que no pienso acudir.

Si no fuera por lo radiante que veo a mi hermana, extasiada al sentirse princesa por un día… Que digan lo que quieran, pero algunas mujeres todavía disfrutan con estas celebraciones pasadas de moda y la galantería a la antigua usanza. No hay más que ver al niñato que no se ha apartado de Pia en toda la noche. Parece sacado de una novela de cortejo.

Y entre toda esta multitud la busco a ella. Pero siempre hay alguien que se me acerca, algún pariente o amigo de mis padres al que llevo años sin ver. Y luego están las fotos, las dichosas fotos… Cómo echo de menos esos tiempos en los que no había una cámara veinticuatro horas pegada a cada mano, como si fuera una extensión más de nuestro cuerpo.

Después de mucho buscar, encuentro a mi pelirroja en un rincón apartado del barullo, a solas con una copa de champán. Está abrumada. Apuesto a que está analizando la manera más rápida para escapar sin ser vista de esta cárcel de apariencias. Siento deseos de cruzar la sala y huir con ella, llevármela muy lejos, a algún lugar donde solo estemos ella y yo. Sin testigos ni máscaras. Solo Jude y Dante. Pero el temor a que salga corriendo tan pronto descubra quién soy es lo que siempre me ha impedido dar pasos.

Pero esta noche no.

Sé que estoy jugando con fuego, aunque no me importa. Necesito descubrir a qué saben sus besos.

Charlamos, nos reímos, flirteamos. Y entonces, sin pensar muy bien en lo que hago, inclino la cabeza y la beso. Comienza como un roce suave, tanteando mis opciones, apenas un susurro compartido al que pronto se unen nuestras lenguas. Pero, tan pronto su calor se une al mío, cuando nuestras respiraciones entrecortadas se acompasan; cuando su boca me urge más…, pierdo la puta cabeza.

Mi miedo se diluye al reemplazarlo por algo más primitivo y urgente. Jude me provoca unos sentimientos tan intensos que a veces me aterrorizan. Ella es mi refugio seguro… y mi destrucción.



Y por fin llega la hora de la apertura del baile. Mi padre está en su salsa, recitando ese discurso lacrimógeno, que está haciendo llorar hasta a las plantas, sobre cómo su pequeña se ha convertido en mujer. A este paso, saca la guitarra y le hace una canción.

Intento contener la risa y busco a mi hermana mayor con la mirada, que esconde la suya tras una copa de vino. Aunque era un mocoso, todavía recuerdo su puesta de largo como si fuera ayer, mucho menos aparatosa que la de Pia. En aquella época no había Pinterest ni Instagram, y cada uno hacía lo que podía para impresionar. A veces pienso que antes todos éramos un poquito más felices, más libres. Hoy día nos da un ataque de ansiedad pensando en lo que podría ocurrir si salimos de casa sin batería en el móvil.

Mi padre sigue con su discurso. Que si Pia es ya una adulta, que si algún día formará su propia familia, que si tal vez su espíritu aventurero la lleve a tierras lejanas o quizá el afortunado que algún día le robe el corazón se encuentre entre los presentes…

«Ya lo creo que sí, papá, que no te enteras de nada», pienso. El *espíritu aventurero* de Pia no la ha llevado a más de dos calles de casa.

Cachondeo aparte, entiendo que todo esto debe de ser muy emotivo para él. Ha criado cinco hijos y uno se le ha quedado en el camino. Los otros tres hace tiempo que volamos del nido. Pia es su última esperanza para aferrarse a esa juventud que hace tiempo que perdió, como así muestran las vetas plateadas que luce con orgullo y, según mi madre, lo hacen todavía más atractivo.

Envidio el amor puro y sincero que han construido durante años, el modo en que se han hecho más fuertes ante la adversidad. Jamás habrían superado la muerte de Tizzy y los problemas derivados de ello si no se hubieran tenido el uno al otro.

Me pregunto si algún día yo encontraré a alguien que me quiera así, con mis luces y mis sombras. Y sobre todo, me cuestiono si tal vez no la haya encontrado ya y esté alejándola de mí por darles voz y voto a mis demonios.

Mi padre inicia el baile con Pia, a quien se le ha corrido el rímel de tantas risas y lágrimas. Ver para creer. Con la de tiempo que pierde con esos *reels* de TikTok y aún no ha descubierto el maquillaje *waterproof*.

El honor de iniciar el segundo baile me corresponde a mí. Me acerco y le beso la mano, añadiéndole un poco de actuación al asunto. Bailamos poco más de un minuto, lo justo para compartir un

par de chascarrillos sobre el discurso de nuestro padre, hasta que Leo me la roba para relevarme. Como el puesto de hermano mayor está tan reñido entre los dos, hemos acordado medio baile cada uno. Además, eso me da vía libre para acercarme de nuevo a mi pelirroja, que está aguantando estoicamente a mi tía Anna.

—¡Oh, aquí estás, granuja! —exclama mi tía, revolviéndome el pelo. Otra que tiene esa manía—. Le estaba diciendo a Judith que tiene muy buenas caderas para parir cinco o seis chiquillos, como tu madre.

Jude aprieta los dientes, pidiendo clemencia, pero es demasiado educada para soltarle una fresca.

—¡Uy, no! Que eso es muy caro, tía, y ya nadie tiene tantos niños hoy día. Aunque no me opongo a practicar un poco… —replico divertido con la situación.

Jude se pone de todos los colores. Me acerco a ella, susurrándole al oído una oferta que no podrá rechazar:

—¿Te interesa un rescate o prefieres quedarte con mi tía para que te hable de sus partos? El de mi primo Michelangelo es el más entretenido. Nació de nalgas.

—Por favor, sácame de aquí —suplica, cuando nadie puede oírnos —. ¿Sabías que tu tío Fede se mea encima desde que le operaron de la próstata?

—Podía vivir perfectamente sin esa información, Florecilla.

—Te aseguro que yo también.

Sin decir más, le ofrezco mi mano para sacarla a bailar, y juntos, nos deslizamos hasta el centro de la pista, acaparando casi tantas miradas como Pia y su amiguito engominado. No tengo nada en contra del muchacho, lo juro; pero, no sé… No me lo imagino acudiendo a las cenas familiares. Es demasiado inocente para sobrevivir al sarcasmo de los Ricci.

El vals es el baile más aburrido del mundo y no sé por qué lo siguen poniendo en las fiestas. Supongo que hay tradiciones que son imposibles de erradicar. Aun así, pongo una mano en su cintura, y con la otra la guío de un lado a otro de la pista, dando más vueltas que un tiovivo.

—No sabes cómo se baila esto, ¿verdad? —me delata.

—Ni puta idea. ¿Y tú?

—¿Yo? Pensaba que el vals se había extinguido junto con las enaguas.

—Tú solo relájate y déjate llevar. Te aseguro que no somos los únicos que no saben lo que hacen.

—¿Que me deje llevar? ¿Tú sabes lo difícil que es bailar con este corsé, cariño?

—Eso podemos solucionarlo cuando quieras…

—¡Será descarado, Dante Ricci! Y eso que parecía de buena familia.

Le dedico una mirada pervertida, que va desde su escote hasta sus ojos de selva. Consigo que se ruborice y me dé un manotazo en el hombro, aunque no por ello deja de reír.

La música cambia por una balada lenta y no me corto un pelo al apretar su cuerpo contra el mío. Necesito sentirla cerca. Además, se supone que es mi novia, así que a nadie le sorprenderá que toque un poquito de más aquí o allá…

Seguimos meciéndonos al son de *Unchained Melody*. Esta canción siempre me ha puesto los pelos de punta. Perfecta para esta noche en la que voy a por todas.

¿Y si vuelvo a besarla?

El sonido de sus tripas rugiendo con fuerza interrumpe el juego de seducción. Jude deja de bailar y se aparta de mí para llevarse las manos al estómago. Parece mortificada mientras yo me río a carcajadas. No recuerdo la última vez que reí así, si no es con ella.

—¿Tienes un tigre en el corsé, pelirroja? Con razón te hace tanto daño…

—No pienses que son mariposas por estar cerca de ti, ni nada parecido. Es que me muero de hambre.

—Gracias por la aclaración. Pensaba que estábamos a punto de presenciar un terremoto.

Jude se pica, me golpea de nuevo y regresa sus manos al mismo lugar donde las tenía antes, a la boca del estómago, como si así pudiera frenar sus rugidos.

—Tiempo de escaparnos a la cocina. Seguro que se han dejado alguna bandeja olvidada —propongo.

Judith se muerde el labio, coqueta, antes de entrar en mi juego.

—Vamos. Me muero por comprobar si la *comida* está tan buena como me han prometido…

Cojo su mano y la llevo a mi erección.

—Te aseguro que todo está en su punto.

La saco de la pista con la misma naturalidad con la que nos adentramos en ella. Caminamos despacio, todavía con esa risa nerviosa y ese brillo parpadeando de los que están a punto de cometer una travesura. Estoy tan excitado que no sé cómo voy a llegar hasta la cocina sin empotrarla contra una pared cualquiera antes.

Recorremos pasillos, atravesamos salas y, finalmente, bajamos al sótano que alberga las cocinas y las neveras. Rezo por que no haya cámaras de seguridad por ningún lado, aunque el miedo a que nos pillen no hace sino acrecentar el morbo. Todo es culpa de su maldito vestido rojo. ¿He dicho ya que no puedo parar de mirarle las tetas?

Llegamos a una inmensa cocina, con superficies metálicas relucientes, y una zona de muebles de madera y conglomerado. Y mientras yo rebusco con qué alimentar a mi pelirroja antes de que desfallezca, ella decide que es ahí justo donde quiere sentarse, sobre la encimera de mármol color crema. Una de sus magníficas piernas se escapa por la abertura lateral. Yo enloquezco.

«Comida, Dan. ¡Céntrate!», me reprendo. Me cuesta pensar en algo tan irrelevante cuando sus ojos me recorren por la sala con tanta hambre. Hambre de… ¿mí?

—Aquí no hay nada —aseguro, cerrando la puerta de la nevera—. Podemos probar a ver si la pizzería de Mira está abierta.

Jude se quita los zapatos rojos con un gesto sensual, que hace que la abertura de su vestido se suba un poquito más… aunque no lo suficiente. A este paso me da un infarto.

—No te preocupes, chico, me conformo con un vaso de agua.

—Eh…, sí, ¡agua!

Me muevo con torpeza, evidenciando las copas que me he tomado esta noche y que estoy nervioso. He estado con más mujeres de las que jamás reconoceré, pero siempre ha sido algo físico, puramente necesario para descargar. Con Judith, sin

embargo… El mero hecho de respirar el mismo aire ya me pone cachondo.

—Aquí tienes, pelirroja.

Aquí llega el bufón del circo. Mi acto caballeroso se va al traste tan pronto me tropiezo con sus zapatos. El resultado es el previsible: la baño. El terciopelo del corsé absorbe parte del agua, pero su piel se estremece con el río gélido que se cuela por su escote.

—¡Ups, lo siento!

—¡Señor Ricci! Me ha mojado entera.

—¿Antes o después de tirarle el agua, señorita?

Me coloco entre sus muslos, que ella abre sin pudor para permitirme el acercamiento. Apoyo mis manos sobre la encimera, una a cada lado de su cuerpo, atrapándola, pero sin tocarla del todo. Tengo su rostro tan cerca que, incluso bajo esta tenue luz, puedo ver cada pequeña variación en su expresión.

Sus labios se entreabren para recibirme, pero no voy a darle lo que quiere tan pronto. Lo bueno se hace esperar y quiero que lo desee tanto como yo. Me acerco a su cuello, aspirando el aroma de su perfume.

—Siento haberte mojado —gimoteo en su oído.

Me lanzo a pasear mi lengua por su clavícula para lamer las gotitas de agua que descansan en ella, y sigo mi recorrido por su piel hasta llegar a la línea que separa sus pechos.

Jude gime y se tensa. Su deseo es tan evidente que, cada segundo que paso sin besarla, se vuelve una tortura para mí.

Ya no hay marcha atrás. Vamos a arder en el infierno.

22

PERDIENDO LA CABEZA

JUDITH

Hemos bebido demasiado, lo que queda en evidencia en los torpes movimientos de Dante en busca de un par de vasos de agua. Pero la sed que yo siento es muy distinta, y mucho me temo que ni todas las fuentes con dioses romanos que decoran la villa Ricci serían capaces de aliviarla.

Yo lo necesito a él humedeciendo mis labios. Quiero volver a sentir su *piercing* deslizándose por mi lengua.

—Aquí tienes, pelirroja. —Dante se tropieza con mis zapatos y el agua vuela irremediablemente hasta mi escote y mi vestido—. ¡Ups, lo siento!

—¡Señor Ricci! Me ha mojado entera.

—¿Antes o después de tirarle el agua, señorita?

Su mirada juguetona se pierde en mis pechos con tanto deseo que empiezo a arder. Se acerca a mí y siento su respiración jadeante sobre mi cuello, tentándome de un modo que… voy a caer.

—Siento haberte mojado.

Su susurro es una caricia que me hace estremecer. Noto su lengua paseándose por mi clavícula, lamiendo con vehemencia las

gotas de agua que él mismo ha derramado. Al ver que no le aparto, levanta la vista en busca de mi consentimiento. Mi mirada intenta transmitirle que puede hacer lo que quiera conmigo. Que soy suya esta noche.

Su lengua regresa a mi escote, lamiendo con una lentitud exasperante entre mis dos montes. Me estremezco.

—Espero que ya no estés tan… mojada —provoca—. O quizás, ahora lo estés aún más…

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Sonríe. Él sonríe y yo pierdo la cabeza, ¡maldita sea!

Dante se hace paso con su rodilla entre mis muslos, que no lo detienen. La abertura lateral de mi vestido se pone de su parte: mis braguitas de encaje negro quedan expuestas y ansiando su contacto. Juguetea con la liga de mis medias, torturándome con sus caricias. Mis pezones se endurecen sin permiso.

—Primero el vestido y ahora los ligueros —susurra—. ¿Acaso te has propuesto volverme loco, pelirroja?

—¿Quién es el verdadero Dante? —gimo, sintiendo sus manos apoyarse en mis muslos desnudos, su mirada cargada de deseo—. ¿El chico oscuro y tenebroso de Venecia o el hombre dulce y atento de Mira, al que le gusta jugar con fuego?

—¿Por qué tendrías que conformarte con uno si puedes tenernos a los dos?

—¿Y quién dice que yo quiera tenerte?

Él se aparta unos centímetros de mí, lo justo para que vea la mueca sarcástica que se dibuja en su atractivo rostro.

—Mmm… Supongo que, si sigo subiendo por tu vestido, descubriré que eres completamente inmune a mí.

—¿A qué esperas para averiguarlo?

Sus manos ascienden por mis muslos hasta alcanzar el encaje que cubre mi intimidad. Me clava esos inquietantes ojos negros, advirtiéndome de lo que está a punto de hacer. Entonces recorre con un dedo mi hendidura, por encima de la lencería. Me inclino un poco hacia atrás, gimoteo, alentada por sus caricias. Necesito más.

Lo quiero todo.

Bajo la mirada un instante, directa a su entrepierna. Caliente y dispuesto, justo como a mí me gusta. Los hombres lo tienen más difícil para disimular estas cosas.

No puedo evitar contorsionarme cuando siento sus dedos directamente sobre mi sexo. Introduce uno con delicadeza, y mi humedad lo recibe con cariño, expandiéndose ante su toque.

—Ya veo, ya… Está claro que no me deseas, Florecilla.

—Nada en absoluto.

Suspiro tan cerca de su boca que se traga mis gemidos. Busco su bragueta y comienzo a acariciarlo por encima de la ropa, sin prisas, notando la deliciosa presión bajo mis dedos.

—Y veo que el *asco* es mutuo.

Él sonríe, aumentando la electricidad entre nosotros.

—Me das mucho, mucho *asco*, Jude. No sabes cuánto.

Sus manos se pierden entre mis piernas, avivando mi placer. Su boca zarandea la mía con el punto justito de dominancia, sin llegar a invadirla.

—Jude… Dime que no me deseas. Pídeme que pare.

—No te deseo, Dante Ricci —miento, contorsionándome cuando su mano comienza a dibujar círculos sobre mi botón del placer—. No eres más que un niño rico con problemas emocionales.

—Mientes fatal, pelirroja.

Con delicadeza, saca los dedos de mi cuerpo y esa ausencia hace que me sienta huérfana. Ansío que me toque de nuevo. Como si me hubiera leído el pensamiento, apoya sus manos en mis caderas y tira de mí hacia el borde de la encimera, acercándome más a su cuerpo duro y erecto. Nuestros sexos se acarician sobre la ropa, haciéndose miles de promesas en silencio.

Mis manos se posan en su trasero para apretarlo contra mi humedad, soñando con su miembro abriéndose paso entre mis piernas.

—Jude, no sabes lo cerca que estoy de perder el control. Me estás llevando al límite.

—¿Acaso no es lo que quieres? Lo que los dos queremos.

Dante sonríe, entendiendo al instante que estoy en esto con él hasta el final, aunque nos perdamos por el camino. Esta noche no

quiero pensar en nada. El aire que nos separa se ha vuelto insoportable, cargado de tensión sexual reclamando ser resuelta.

—Si te beso ahora, no va a ser solo un beso —asegura con la respiración entrecortada—. No voy a poder parar hasta que obtenga todo lo que quiero de ti.

—¿Y qué es lo que quieres de mí, Dante?

Comienzo a bajar la cremallera de sus pantalones. Él cierra los ojos con fuerza y gime cuando mis manos se cuelan por dentro de su bóxer, buscando la dureza que quiero complacer.

—Absolutamente todo —susurra contra mi boca.

—¿Y quién dice que eso sea un problema?

—Lo es. En realidad, tenemos un problema enorme entre las manos.

—Ya me he dado cuenta de lo *enorme* que es el… *problema*.

Aprieto su miembro y recorro la puntita con el dedo índice, ya húmeda de excitación, justo antes de empezar a masturbarlo. Dante se tensa.

—Jude, hablo en serio. Me está gustando demasiado y no estoy preparado para lo que esto significa. Tú no estás preparada para mí.

—¿Es eso una amenaza?

Aumento la velocidad de mis sacudidas sobre su miembro y él deja escapar un quejido de placer.

—Para, por favor… —ruega—. No quiero joderte la vida, pelirroja.

—Ya me estás *jodiendo*, Dante. Ahora no puedes echarte atrás.

—Jude, por favor… No puedo darte más que esto.

Ahí está la verdadera razón por la que se contiene. Se ve a la legua que yo no soy de las que se aventuran con amores de una noche, y él no es de los que se entregan más allá de la piel. Tenemos un conflicto de intereses en el que yo voy perdiendo, pero esta obsesión me lleva a aceptar cualquier pacto con el diablo.

Supongo que encuentra en mi mirada todo lo que necesita saber. Sus manos sujetan mi rostro con delicadeza y su lengua invade mi boca, dejándome exhausta y aturdida.

¡Dios, qué beso! Es oscuro, picante y afrutado, como el mejor de los vinos.

Sus labios cambian de rumbo y ruedan por mi escote, lamiendo cada centímetro de piel que encuentra a su paso. Aprovecho para desabotonar su camisa. Mis manos se pierden en su espalda, en su culo, en su pecho. No puedo dejar de tocarlo.

—Quiero que te corras en mis dedos, Jude —urge—. Y después, voy a follarte hasta que no puedas soportar otro orgasmo más.

—Tú no me das órdenes, Dante.

—No es una orden, pelirroja. Es un deseo. Te aseguro que eres tú quien me tienes a tu merced. Ahora mismo haría todo lo que me pidieras. Sin excepción.

—¿Todo… todo?

—Cualquier puta cosa.

Atrapo sus labios con los dientes; la pasión me consume. Él echa la cabeza hacia atrás cuando mi mano vuelve a bombear su miembro, duro como una roca. Sus dedos se pierden de nuevo en mis bragas, hundiéndose en mi humedad. Me está matando de placer. Creo que voy a morir en este asalto.

Ignoro el tiempo que permanecemos complaciéndonos, llevándonos al límite entre besos y caricias, antes de que la voz lejana de Leo, acompañada de la de una mujer, amenaza con aparecer de un momento a otro.

Dante se queda rígido, y me tapa la boca con dulzura, como si no creyera que puedo contener los gemidos. Tras una rápida inspección a nuestro alrededor, me señala la despensa con la cabeza, una sala oscura que hay junto al frigorífico. Le sigo de la mano. Total, no puede ser peor que cuando casi nos enrollamos en el cementerio.

La adrenalina me aprieta el pecho. Somos un manojo de respiraciones agitadas y risas contenidas al borde de los labios. Aún no hemos cerrado del todo la puerta cuando sus manos vuelven a buscarme, y mi boca no detiene su acercamiento.

Como lo desee más, me voy a volver loca.

—¡Mierda! Me he olvidado los zapatos en la cocina —susurro contra sus labios.

—Demasiado tarde para remediarlo, pelirroja.

Con la falta de luz, los sentidos se potencian. Me llega con claridad el sonido de la puerta de la cocina al abrirse con torpeza,

los ecos borrachos de la voz de Flavia, enredándose en los labios de Leo entre frases imprudentes y promesas pecaminosas.

Y sin quererlo ni beberlo, creo que acabo de descubrir el *hobby* oculto de Leo Ricci: seducir a los ligues de su gemelo. ¿Es que no le corre nada por el cuerpo?

El recuerdo de su beso me provoca un escalofrío, me deja en un trance que solo se rompe cuando, a través de una rejilla de ventilación, veo lo que Flavia y Leo están haciendo realmente: meterse una raya de cocaína. Estoy tan impactada que ni las caricias de Dante consiguen sacarme de mi estupor.

—¿¡Qué demon…!? —exclamo, más alto de lo que pretendía. Dante me tapa la boca, buscando discreción.

—Hablamos en casa.

—¿Tú lo sabías?

No obtengo respuesta, aunque sí miles de peguntas que se me agolpan en la mente. Ahora no paro de cuestionarme si la droga es una invitada más en las fiestas de esta familia o solo es cosa de Leo.

Estoy tan en *shock* que tardo en darme cuenta de que la mano de Dante se ha vuelto a colar entre mis piernas, deslizando mis braguitas hasta los tobillos para tener pleno acceso a mi intimidad.

Le dejo hacer y busco su boca, sabiendo que no soy la única que desea terminar lo que hemos empezado.

La imprudencia del momento potencia mi excitación. El morbo de saber que Flavia y Leo podrían descubrirnos en cualquier momento. Cada caricia y cada beso se sienten aún más intensos. Más prohibidos.

—Esta ha sido la mejor cita de mi vida. Lo digo muy en serio, Jude. No quiero que la noche acabe.

—Podemos hacerla aún mejor cuando lleguemos a casa…

—Ahora mismo no puedo esperar —gime—. Te quiero aquí y ahora.

No hace falta que lo jure. Su mano me guía directamente hasta el bulto de sus pantalones, y yo enloquezco con la anticipación.

—Yo tampoco puedo —confieso.

—Ya me he dado cuenta, ya…

Dante hunde un dedo en mi interior, regodeándose con lo mucho que mi cuerpo lo desea.

—Parece que vamos a tener que solucionarlo aquí mismo —claudico.

El eco de nuestras respiraciones entrecortadas rompe el silencio. Dante me arrincona contra la estantería, provocando que una de las latas me caiga encima.

—¡Au!

—Lo siento. No puedo pensar demasiado ahora mismo. Solo quiero besarte.

—En besarme estás tú pensando…

Aprieto su erección con la mano. Él se estremece y me bebo su sonrisa.

Al otro lado de la despensa, Leo y Flavia no pueden ni imaginar lo que está ocurriendo a tan solo unos metros, mientras ellos también se deshacen entre besos y promesas vacías de un futuro que no llegará.

Con un movimiento decidido, Dante lleva las manos a mis caderas y me invita a darme la vuelta, reclinándome contra la pared. Con una mano me acaricia donde más lo necesito; con la otra, saca mis pechos del vestido para jugar con ellos. Siento el frío de la pared sobre mi piel caliente y expuesta.

—Como sigas tocándome así, no voy a poder contenerme —susurro.

—Pues no te contengas, pelirroja. Quiero que disfrutes.

Cierro los ojos, permitiendo que el placer me envuelva y el mundo se desdibuje a nuestro alrededor.

Me tiene medio desnuda, excitada y dispuesta; con el vestido arremolinado hasta la cintura y las bragas en los tobillos, percibiendo con exactitud cada centímetro de su miembro rozándose contra mi trasero. Me voy a volver loca. Nos vamos a volver locos como sigamos así.

—Voy a follarte, Jude. Necesito estar dentro de ti.

Asiento con la cabeza, incapaz de pensar en nada más que en las ganas de sentirlo en mi interior.

Sin dejar de darme placer con una mano, comienza a tantear mi entrada con la punta de su virilidad, se restriega. Se abre paso entre mis piernas. La primera embestida es delicada, una toma de contacto; pero pronto la pasión nos nubla los sentidos y nuestros cuerpos reclaman movimientos bruscos. Un choque de deseo y adrenalina. Tengo que apretar los labios con fuerza para evitar que se me escape un grito.

Ni siquiera el portazo que pegan nuestros invitados al abandonar la cocina consigue que perdamos el ritmo. Dante sigue entrando y saliendo de mi cuerpo, provocándome oleadas de placer con sus dedos en mi clítoris, mientras yo tengo que sujetarme a la pared para no perder el conocimiento aquí mismo.

Los latidos de su corazón resuenan en mi espalda; mis piernas comienzan a temblar. Sus movimientos se vuelven más rápidos en mi interior, más intensos. Me muerdo los labios, como si con ese leve dolor pudiera equilibrar lo mucho que me hace sentir.

Me libero con un potente orgasmo que no consigue saciarme. Necesito más. Ni toda una noche con Dante sería suficiente.

Mi príncipe oscuro me muerde el cuello y, animado por mi abandono, comienza a penetrarme con más fuerza, solo un instante, para después sacar su miembro y dejar que el calor de su orgasmo resbale sobre mi trasero desnudo, dejando una marca clandestina sobre mi piel.

Y entonces todo se vuelve… raro.

Dante se mueve con celeridad buscando con la linterna del móvil el rollo azul de cocina y un bote gigante de hidrogel para limpiarme.

—Lo siento, te he puesto perdida.

—Está bien, Dan, no hace falta que me desinfectes.

No le veo, pero en su voz detecto una sonrisa.

—¿Dan? Nunca me habías llamado así antes.

—¿Te molesta?

—Nada de lo que hagas podría molestarme, Florecilla.

«Lo dudo». De nuevo pienso en Leo y se me revuelve el estómago.

Él me abraza desde atrás y comienza a besar mi cuello con delicadeza. Mi piel se estremece.

—Se nos ha ido mucho de las manos. Esto no estaba en el plan.

—¿Te arrepientes?

—Mucho. ¿No me ves? —replica, sin dejar de besarme—. ¿Por qué no vamos a mi habitación y seguimos explicándonos el *asco* que nos tenemos mutuamente y lo mucho que nos arrepentimos de esto?

Su mano agarra la mía y me guía hasta la erección que empieza a formarse de nuevo. Sentir mi humedad sobre su miembro desnudo es el golpe de realidad que necesito para cerciorarme de que lo que acabamos de hacer ha sido la peor idea que he tenido en mi vida. Y aun así, volvería a hacerlo de nuevo una y mil veces. Así de inconsciente soy cuando estoy con él. Esta atracción obsesiva va a ser mi ruina.

Me bajo la falda del vestido y meto mis pechos de nuevo en el corsé, tratando de recuperar la dignidad. Me apoyo contra la puerta, intentando tener la mente fría, pero es como si Dante hubiera secuestrado mi sentido común. Yo, la de las reglas y la responsabilidad, y me estoy coronando como la reina de las idiotas.

—¿De verdad acabas de follarme sin protección? —suelto a bocajarro.

—¿Qué? ¿¡No tomas la píldora, parche, o…!?

—¡¡No!! —rujo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Yo qué sé, Jude! ¿Porque las mujeres modernas con una vida sexual activa toman algún tipo de medida antes de dejar que un idiota las penetre, por ejemplo?

—No, si encima será culpa solo mía… —protesto—. ¡Estabas detrás de mí! ¡Yo qué sabía si te habías puesto un condón o no!

—¿Y de dónde quieres que lo saque? ¿De una lata de tomates?

—¡Los hombres modernos con una vida sexual activa toman algún tipo de medida antes de penetrar a una pobre idiota, que pierde la cabeza cuando está cachonda!

No era la reacción que esperaba. Su tono arrastra tanta culpabilidad que casi hasta me da lástima.

—Lo siento, ¿vale? Cuando estoy contigo me olvido de todo, hasta de usar el cerebro.

—Disculpas aceptadas. Ha sido una irresponsabilidad de los dos.

—Estoy sano y me he corrido fuera —prosigue—. Pero, si te sientes más tranquila, hay una farmacia de guardia cerca. Esto es cosa de los dos.

—Voy a pedir un taxi.

23

LE ODIO CON CADA FIBRA DE MI SER

JUDITH

—¿Estás más tranquila?

Esta nueva faceta de Dante me tiene descolocada. No se ha separado de mí ni un instante mientras la farmacéutica me hacía toda clase de preguntas y nos recriminaba con la mirada por ser tan irresponsables a nuestra edad. Incluso nos ha sugerido con mucha sutileza que hagamos un curso de educación sexual para adultos. Bochornoso.

Por suerte, estamos de vuelta en la villa Ricci, recorriendo los jardines que nos llevan hasta la puerta principal, entre sombras inquietantes y estatuas que parecen querer cobrar vida de un minuto a otro.

—¿Jude? —insiste.

—Sí, gracias. Siento haber reaccionado así antes.

—No te preocupes, era la decisión más sensata. Si me dejas a mí en ese momento, te meto en mi cama y no te suelto hasta que llegue la hora de volar a Polonia. —Al ver que sigo sumida en mis pensamientos, él sigue hablando—. No sé qué me das, pero me has hecho perder la puta cabeza ahí dentro.

Sonrío con timidez. Algo en la idea de que pierda el control por mí me agrada. Me hace sentir… poderosa.

—¿Cuándo te vas a Polonia?

—El martes a primera hora.

—Y ¿cuándo vuelves?

—¿Ya me echas de menos? —flirtea. Miro para otro lado—. Aún no he comprado el billete de vuelta. Es la primera toma de contacto, así que no sé qué me voy a encontrar en esa mina.

—¿Puedo preguntarte algo? —La seriedad de mis palabras hace que Dante se pare de golpe en la puerta antes de meter la llave—. Lo que Leo estaba haciendo en la cocina… No parecías sorprendido.

—Lo he visto otras veces.

—Ya, pero… —dudo, sin saber cómo plantearle el tema—. ¿Tú también…? Ya sabes…

—¿Estás loca? ¿Te crees que, porque somos gemelos, tenemos los mismos vicios?

—No, lo siento, claro que no, pero… ¿Desde cuándo…?

—¡Yo qué sé, Jude! Es algo con lo que ya estoy familiarizado. Creo que fue Allegra quien le incitó a…

No completa la frase. Frunce el ceño y, por un momento, parece haberse alejado de aquí, tal vez haya encontrado refugio en sus recuerdos.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que… No sé por qué he dicho eso. —Suelta un quejido—. He tenido como un *flashback* de Allegra y mi hermano en una discoteca, pero eso no tiene ningún sentido.

—Allegra era la novia de Tiziano, ¿no?

—Sí… —Silencio—. No sé cuándo empezó todo esto, la verdad. Ya estoy acostumbrado a ver a Leo colocado en las celebraciones familiares, aunque dudo que mis padres se hayan dado cuenta.

Empuja la puerta de la entrada y yo le sigo hasta el recibidor de la villa.

—No me contaste que Tiziano era tu hermano mayor cuando me enseñaste su tumba.

De nuevo, se detiene y me busca con la mirada.

—Sigo sin habértelo contado, Jude. ¿De qué más hablaste con Leo esta tarde?

—Me contó lo de Flavia antes de que tú lo hicieras.

Dante resopla y baja la mirada un instante, para después clavarme esos ojos negros que me dejan exhausta.

—No sé qué te habrá contado, pero lo mío con Flavia solo fue un… desahogo ocasional.

—¿Tu hermano siempre se *desahoga* con tus ligues?

—*Siempre* es una palabra muy rotunda para algo que, que yo sepa, solo ha ocurrido con Flavia —asegura.

Miro para otro lado. La palabra *culpable* empieza a escribirse en mi rostro.

—De todos modos, no somos los únicos de Mira que han estado con ella.

—Ya, pero a ella le gustas tú. No hay más que ver cómo te mira.

—¿Y has visto cómo te miro yo a ti, Florecilla? —Corta la conversación, buscándome con sus labios—. Eso es lo único que debería importarte esta noche.

¿Cómo no voy a besarlo después de decir algo así? Sus labios vuelven a buscarme y yo me dejo arrastrar, enredándonos sin rumbo fijo por el recibidor, tropezando hasta con las paredes. Su sabor me nubla, su respiración me enciende, y lo único que importa es llegar a su cuarto sin quemarme antes.

—¡Menuda entrada triunfal!

El sonido de esa voz me atraviesa como una daga. Doy un salto y siento a Dante tensarse. Nos encontramos a Leo sentado en la escalera, con una copa de vino en la mano y una sonrisa que no presagia nada bueno. Empiezo a temerme lo peor. En serio, es imposible odiar a alguien más de lo que yo odio a Leo Ricci.

—¿Qué haces aquí, Leo? —Dante no se molesta en disimular su hostilidad.

La cocaína y el alcohol han convertido al provocador de Leo en una bomba de relojería, y lo sabe.

—¿En mi propia casa, dices?

—¿Por qué no vas a que te dé un poco el aire, hermano? —ruega con preocupación.

Leo ladea la cabeza, disfrutando del espectáculo.

—Buena idea. Judith, ¿vienes conmigo? Tal vez podamos repetir lo de esta tarde.

Me quedo paralizada, sintiendo cómo mis mejillas se incendian por la vergüenza. Ni siquiera estoy sorprendida de que lo haya hecho. Debería haberme fiado de mi intuición en cuanto a él.

Dante frunce el ceño, pero no suelta palabra. Y ese silencio me envenena más que cualquier grito. Mi mente comienza a escupir conjeturas crueles: «¿y si en realidad no le importa?», «¿Y si solo soy un pasatiempo, un desahogo, como Flavia?»...

—Vete a la cama, Leo. Te estás ridiculizando.

Y con esas palabras, Dante coge mi mano y da por finalizada la conversación. El trayecto hasta su cuarto se me hace interminable. Ya no queda nada de los besos ni las risas cómplices; ahora solo hay un silencio que corta. Su mandíbula está tan tensa que temo que vaya a romperse; y sus labios, apretados en una línea que no deja pasar ni el aire.

Al llegar, cierra la puerta con un golpe seco, suelta mi mano como si quemara y se dirige a la ventana. Se cruza de brazos, clavando la vista en la nada. La distancia entre nosotros me devora.

¿Es que no piensa decirme nada?

Temerosa, me acerco, aunque su mirada ausente no me invita a entablar conversación.

—Dante…

—¿A qué se refería Leo? —pregunta al fin, girándose hacia mí. Sus ojos son fríos, un océano negro sin la calidez que minutos antes me envolvía.

Suspiro. No quiero mentirle, aunque sé que contarle la verdad destruirá toda posibilidad de un futuro juntos.

Espera, ¿en qué momento me he planteado un futuro con… él?

—Me besó —confieso al fin—. Y yo… tardé algo más de lo previsto en apartarme.

—¿Qué demonios quiere decir eso, Jude?

Ni siquiera necesito abrir la boca, mi rostro se lo dice todo. Su gesto cambia, lento, llenándose de sombras.

—Oh… Entiendo. Vaya.

—¡Joder, lo siento! —Me muerdo el labio y le miro suplicante—. No significó nada, ¿vale? Fue… Solo fue… ¡Fue un error! Bebí demasiado y…

Su silencio me desquicia. Su calma es una pared contra la que me estrello. Es como si no estuviera aquí. Como si todo esto no fuera con él. «Chico, por Dios, reacciona».

—Estaba confundida —insisto—. Leo me confundió con todas esas cosas que dijo sobre…

—Así que, además de besaros, habéis estado chismorreando sobre mí —replica molesto y, ahora sí, comienza a dar vueltas por la habitación, mostrando algún tipo de emoción, aunque no identifico cuál—. ¿Y puedo saber qué cojones te ha contado?

Resoplo. Cojo aire. Lo suelto. Me muerdo las uñas. Me ahogo.

—¡Yo qué sé! Tonterías. No tiene importancia.

—Tonterías —repite, clavando sus ojos en mí—. *Tonterías* como… ¿como cuáles?

Mi voz se atasca en la garganta. La indecisión me asfixia. Bajo la mirada, sin saber si debería confesarlo.

—Me insinuó…

—¿Qué te insinuó, Jude?

—Me insinuó que… —Esta vez, levanto la vista. Necesito ver su cara cuando oiga mis palabras—. Dijo que tú tuviste algo que ver con la muerte de tu hermano.

Nada. Ni una sola reacción. Busco en su rostro algo que me ayude a saber si hay algo de verdad en esa acusación, pero sigue como inerte. Como si lo hubieran esculpido en piedra.

—¿Y eso te lo dijo antes o después de que te enrollaras con él?

—Dante…

—Deberías creerle —me interrumpe—. De los dos, él siempre ha sido el príncipe azul, el héroe; y yo el villano. Desde el primer día te pedí que no te acercaras a mí. No debería haber permitido lo que ha pasado esta noche.

Lo dice tan tranquilo que algo dentro de mí se rompe. No me ha negado lo de Tiziano. No lo ha confirmado. ¿Qué demonios es, entonces?

Me resisto a creer que sea cierto. No puede serlo.

—Necesito un poco de aire. —Se pasa la mano por el pelo con frustración, sin mirarme.

—Yo también, me estoy ahogando aquí dentro. Será mejor que demos un paseo.

—¡No, Jude! —Su voz sube un tono y me corta la respiración—. Cuando estás cerca, siento demasiadas cosas y no pienso con claridad.

—Dan, por favor…

—¡Me descontrolas! —explota, pero no grita—. Y no me puedo permitir esto en mi vida. Necesito orden, claridad y, contigo… ¡Contigo todo vuela por los aires! No quiero volver a ese lugar, ¿lo entiendes?

No, no lo entiendo. Pero en sus ojos hay tanto dolor, tanta confusión, que necesito reiterar que no hay nada entre Leo y yo.

—Por favor, Dan, no huyas al primer obstáculo. Fue un error, no me gusta tu hermano, yo… —Él niega y a mí se me vacía el pecho—. Lo siento. Lo he arruinado todo. No sé qué más decir.

—No te preocupes, Judith. Si quieres estar con Leo, yo no voy a ser un impedimento entre vosotros.

¿Qué?

Tardo un segundo en procesarlo. No puedo creer que lo haya dicho, que sea capaz de renunciar a… esto. A lo que acababa de incendiarme la boca hace unos minutos. Sin esperar respuesta, se da la vuelta y sale. La puerta queda atrás, y conmigo queda el eco de algo que podría haber sido. El rugido de su moto es lo único que se oye en la noche mientras coge velocidad al alejarse de la villa.

Me dejo caer en la cama dejando que mis emociones salgan en forma de lágrimas. La culpa y la ansiedad me consumen.

No sé qué sacar en claro de esta absurda discusión que hemos tenido. Ni siquiera sé si calificarla como tal, pues Dante estaba tan tranquilo, tan frío, como si el mundo fuera algo ajeno a él. Como si no acabara de contarle que he besado a su gemelo. Como si no le hubiera acusado de asesinar a su hermano.

Si hubiera ocurrido a la inversa, mis reproches se habrían oído hasta en la última góndola de Venecia.

Me pongo los cascos. *I Wish You Were Mine*, de Loving Caliber, me taladra las sienes, convirtiéndose en la banda sonora oficial de la comedura de tarro más épica de la historia.

Y tengo dos pensamientos en bucle en mi cabeza.

Por un lado, qué demonios les hizo Dante a su hermano y a Allegra.

Por otro, los besos de Leo, pegados a mi memoria como una mancha que no sale.

Y, aunque sé que soy la única culpable de este sinsentido, por primera vez en mi vida entiendo lo que es el odio.

Odio a Leonardo Ricci con cada fibra de mi ser.

24

ATRAPADO EN UNA HISTORIA ROTA

DANTE

Cuando era niño, Leo y Tizzy eran más que mis hermanos. Eran mis mejores amigos, mis compañeros de juegos; eran mis pilares, mis cómplices.

Tizzy, apenas un año y medio mayor que nosotros, no solo era nuestro héroe y modelo a seguir, sino también el artífice de nuestras risas y riñas tontas, siempre un paso por delante en todo.

Fue el primero en enamorarse de una joven de buena familia de Mira con la que todos creímos que se acabaría casando. Eran otros tiempos, de certezas simples y destinos escritos.

Lo que nadie pudo vaticinar en aquel momento fue que conocería a esa joven de Capri y se prendaría de su belleza, hasta el punto de dejar todo su mundo atrás. Ella lo tenía absorbido.

Tiziano cambió de amigos, de aficiones y también moldeó su carácter acorde a los deseos de su novia. Nadie le dio importancia. Eran cosas propias de la juventud.

De la noche a la mañana, comenzó a distanciarse también de mí. Empezó a verme como un niñato, y Leo se convirtió en su nuevo

compañero de juergas, pues, de los dos, era el único que le seguía en ese mundo de excesos nocturnos que a mí me daba tanta pereza.

Corría el verano de 2011. Las diferencias entre los tres se hicieron tan evidentes que nuestra madre quiso combatirlas costeándonos un viaje de hermanos recorriendo Italia. Es lo bueno de las familias adineradas, que el presupuesto nunca es un problema.

La idea no terminó de asentar del todo. Para Tizzy, ese viaje suponía renunciar a pasar más tiempo en Capri con su novia. No sé quién propuso que incluyéramos Capri en la ruta, que termináramos allí nuestro viaje, pero parecía un plan coherente. Al rollo sensiblero de que nos ayudaría a reconectar, se le sumó el poderoso argumento de que Allegra nos presentaría a sus amigas. Estábamos en esa edad en la que el órgano con el que tomábamos la mayoría de las decisiones se encontraba muy al sur de la cabeza, así que no pudimos negarnos.

Tizzy y Allegra se conocieron en la universidad. A mí me la presentó en una de las fiestas universitarias a las que mi hermano nos invitaba de extranjis. Nunca entendí qué vio en ella. Era engreída, taimada y manipuladora.

¿Cómo es que él no podía verlo?

También conocí a su hermana pequeña, Luzia, quien tenía un enamoramiento adolescente con Leo que él alimentaba a base de falsos halagos. Estaba cantado que mi gemelo le iba a partir el corazón, pero no era asunto mío. Leo llevaba un cartel luminoso en la cara que gritaba *cerdo infiel* y, aun así, todas caían como moscas.

El problema fue que su fama de mujeriego me acabó salpicando a mí. Todas daban por hecho que, compartiendo el molde, la esencia tenía que ser también la misma, lo que era injusto porque a mí me gustaban las chicas inteligentes y más discretas, y esas huían de mí como de la peste.

El viaje a Capri no hizo sino poner en evidencia lo mucho que nos habíamos distanciado, aunque los tres hicimos un esfuerzo por disfrutar e ignorarlo. Fueron días de playa, juegos y fiestas hasta el amanecer.

Lo demás…

Lo demás es un recuerdo confuso al que no consigo acercarme ni de puntillas. Un vacío en mi memoria en el que Allegra y esa morena se intercambian sin sentido.

En mis sueños, recorro con mis besos a la morena sin rostro ni nombre de pila hasta llegar a su vientre plano. Ella se estremece, tímida y pudorosa. Su pelo se enreda de pronto en los largos cabellos rubios de Allegra, y su risa dulce se vuelve tan altiva que me taladra los oídos.

Nunca entiendo lo que significa. No sé quién es la morena, si ocurrió algo entre nosotros. No sé en qué momento comenzó a gustarme Allegra. Ni cuándo decidí que lo que sentía por ella era tan fuerte como para traicionar a mi propio hermano.

Y hablando de hermanos traicioneros… La rabia y la confusión me hacen aumentar la velocidad. No puedo olvidar la risa de Leo mientras me insinuaba lo que había hecho con Judith. Los imagino besándose y me arden las entrañas. Me siento enfermo. Supongo que es su manera de hacerme pagar por lo que nos hice aquel verano.

Lo mejor es que me olvide de ella. Leo es la apuesta segura. El empresario de vida estable. Y yo…

Yo solo soy el juguete roto.

Esta noche me mentí, me convencí de que podía domar lo que siento por ella, pero esta punzada de celos es un recordatorio cruel de mi naturaleza.

Por eso nunca me permito sentir demasiado; porque tengo miedo a descontrolarme. Y ahora mismo…, la idea de verlos juntos me desquicia.

Cuando Jude me aseguró que solo fue un beso, que no significó nada para ella, quise creerla. ¡Dios, cómo necesitaba aferrarme a esas palabras! Pero el dolor empezó a transformar mi mirada y no quiero que ella vea esta parte de mí. Ese lado oscuro capaz de arrasarlo todo.

Los chequeos rutinarios con los psicólogos se han distanciado a dos al año gracias a mi buen comportamiento, algo que he conseguido a base de mantener alejada cualquier tentación. Y Judith

es como abrir una botella del mejor licor en una sala de alcohólicos anónimos. Irresistible.

La deseo, me descontrola, me hace perder la razón, y yo… no puedo permitir que la historia se repita.

Rehíce mi vida, me hice una promesa y ahora tengo que seguir adelante con el peso de esa decisión. Aunque eso signifique que tengo que renunciar a ella.

Si esta rabia que siento ahora es lo que me define, Judith merece algo mejor que yo, algo mejor de lo que yo jamás podré darle. Mi amor es intenso, obsesivo y venenoso; así lo calificaron los psicólogos, como si las palabras pudieran encapsular la tormenta que llevo dentro o pudieran ponerle un nombre a lo que se desborda por mis venas cuando estoy con ella.

Pero… ¿y si, por el contrario, Judith fuera mi salvación? ¿Y si estuviera dispuesta a arriesgarse por mí?

Desecho la idea de inmediato. Sería injusto y egoísta por mi parte. Además, ¿por qué tuvo que devolverle el beso a Leo?

¡Mi propio hermano! ¿Cómo pudo hacerme algo así?

El fuego de la hipocresía me abrasa por dentro. ¿Acaso no fue exactamente lo mismo que le hice yo a Tiziano? Seducir a su novia y llevarla al límite hasta que…

El rugido del motor en la noche ahoga mis pensamientos. Acelero, necesito alejarme de todo lo que me hace daño: de ella, de mí, de Leo… y de un futuro que ya no será.

Me pierdo en las calles de Mira, esas que una vez constituyeron mi hogar, en busca de esa paz que ahora parece escurrirse entre mis dedos.

No puedo quitarme de la cabeza el tacto de su piel ardiendo por mí en esa despensa. Con cada beso, Judith desmantelaba, sin esfuerzo, las defensas que con tanto esmero he levantado durante años. Sus manos me buscaban y su cuerpo se estremecía entre mis brazos. Y en cada mirada, en cada jadeo que escapaba de su boca, yo sentía algo creciendo dentro de mí que no había sentido nunca.

Ilusión. Esperanza. Amor.

Callejeo y me pierdo en carreteras comarcales. Y cuando me canso de estar huyendo sin rumbo, regreso a casa, abrazado por la

privacidad de la noche.

Subo las escaleras en modo automático, evitando cualquier superficie brillante que pueda devolverme el reflejo de algo que no quiero ver.

El retrato de un monstruo.

Camino por el silencioso pasillo hasta esquivar mi cuarto y el de Leo, rumbo a la tercera habitación, esa que se convirtió en un secreto familiar hace más de una década.

Empujo la puerta con cuidado de no despertar a nadie. El aire está cargado de recuerdos, como si el tiempo hubiese decidido detenerse aquí.

Mis padres lo han conservado todo tal y como él lo dejó: los *flyers* de discotecas y sus fotos con amigos pegadas al espejo, y ese horrible osito de peluche que le regaló Allegra, que suelta un chirriante *Ti amo* cuando le aprietas la barriga. Es ridículo, casi patético, pero encierra tanto de lo que él fue… Es como si una parte de Tiziano aún siguiera viva, atrapada entre las paredes de este santuario.

Apoyo la espalda contra la puerta y me resbalo hasta el suelo, sin atreverme a cruzar esa línea imaginaria que separa el mundo de los vivos del de los muertos. Siempre que estoy en Mira vengo aquí en busca de respuestas que nunca llegan, y ahora las necesito más que nunca.

Las palabras de la dichosa nota resuenan en mi cabeza:

«Sé lo que hiciste y ha llegado el momento de sacar la verdad a la luz».

Pero ¿qué verdad ni qué verdad? Ya confesé lo que recordaba, ya cumplí condena en ese centro de menores, ya estoy en terapia desde hace quince putos años. ¿Acaso hay algo que se me escapa?

No tengo ni idea de por dónde empezar a resolver el rompecabezas.

Pero aquí estoy, abrazado al eco de su ausencia, esperando una señal divina que sé que no va a llegar.

Grito por dentro. Las lágrimas se escapan por mis ojos con violencia y ruedan por mis mejillas. Odio el ser patético y miserable

en el que me he convertido, esa sombra que no tiene mucho que ofrecerle a nadie.

Armándome de un valor que a veces dudo que posea, me acerco a la cajonera, plagada de recuerdos y polvo. Mi madre es una maniática de la limpieza, pero no permite que nadie borre las huellas que mi hermano dejó en esta habitación.

Me atrevo a coger una de las fotos con Allegra que cuelgan del espejo. Su belleza frívola, congelada en el tiempo, me golpea en la retina.

Sigo sin entender qué vio en ella.

Qué vi yo en ella.

Qué pudo hacer o decir para que yo perdiera la cabeza, para que todo explotara a nuestro alrededor. La culpa muerde, como siempre, en un rincón olvidado de mi pecho.

Cierro los ojos con fuerza, intentando trasladarme al Capri de 2011.

Si tan solo lograra recordar lo que pasó aquel verano…

Si pudiera juntar las piezas que me llevaron a desafiar a Tizzy, tal vez, todo sería más fácil de soportar.

Tal vez dejaría de sentir que estoy atrapado en esta historia rota.

Tal vez lograría escapar de esta cárcel que yo mismo he construido.

25

¿Y SI FUERA CIERTO?

JUDITH

Me despierto con la cara acartonada por las lágrimas que he derramado en sueños. No entiendo nada. Apenas hace unas semanas que nos conocemos y, sin embargo, lo que siento por él se ha hecho tan inmenso que me asusta.

¡Qué irónico! Lo que empezó como una coartada, para mostrarle a mi antiguo mundo que he superado a Lorenzo, se ha convertido en un sentimiento tan real que la idea de perderlo por mi error me vuelve del revés.

Como era previsible, Dante no está a mi lado. A través de la ventana veo su moto aparcada en la entrada. Me consuela saber que ha regresado a la villa.

¿Dónde habrá pasado la noche?

Me pongo un vestido azul ligero con flores, un maquillaje suave y salgo de la habitación con prisa. Mi ánimo se viene abajo tan pronto oigo la habitación de Leo abrirse, y a este salir y apoyarse con elegancia en el marco de la puerta. Lleva solo una toalla anudada en la cintura, una medalla de oro colgando del cuello, con algún tipo de escudo, y esa arrogancia que ya me saca de quicio.

Los dos hermanos ya no me parecen tan iguales. Leo es repugnante.

—¿Podemos hablar? —pide.

—¿Has visto a tu hermano?

No debería haber hecho esa pregunta. Leo ha entendido a la primera que su gemelo no ha pasado la noche conmigo.

—¿Problemas en el paraíso? Te pido disculpas si lo que dije anoche… —De nuevo, esa falsa modestia ante la que ya no voy a caer—. Estaba un poco tocado.

—No es nada, Leo. Ya sabes que tu hermano tiene insomnio.

No pienso darle la satisfacción de saber que ha tenido éxito en su plan para fastidiarnos.

—Lo sé, lo sé… Pensaba que, con los años, la culpa se haría más llevadera, pero está claro que aún le atormenta.

Odio que juegue con mi mente así. Y, sobre todo, odio que consiga hacerme dudar.

—Permíteme que te alabe por lo bien que lo estás llevando, Judith. Pensábamos que Dan nunca encontraría una mujer capaz de soportar todo esto.

—Si no has visto a tu hermano, yo debería…

—Tener un novio que ha estado en un centro de detención no debe de ser fácil —suelta casual. Le sostengo la mirada por puro masoquismo—. Y aquí estás tú para demostrarnos a todos que incluso los psicópatas tienen derecho a ser amados. En serio, como se entere Netflix, os compra los derechos de autor y saca una serie de *true crime.*

Hago esfuerzos por no creer sus palabras, pero lo cierto es que hace apenas unas semanas que conozco a Dante. Y la actitud esquiva y ambigua de anoche no jugó demasiado a su favor. Aun así, sé que escuchar a Leo es un error.

Dante no puede ser un psicópata. Punto final.

Leo percibe mi curiosidad y está dispuesto a alimentarla. Soy como un perro al que lanza chuletones para conseguir otro fin. Pero ¿cuál?

—¿Se puede saber por qué le tienes tanta tirria a tu hermano?

—¿¡Yo!? ¡Pero si adoro a Dan! Es mi otra mitad, Judith. —Ya, claro…—. Pero a veces los recuerdos del pasado me impiden ser del todo objetivo con él. —Baja la mirada y el dolor que veo en sus ojos aumenta mi incertidumbre—. Tienes que entender que, aquella noche, mi hermano nos robó a todos la alegría. Fueron tiempos muy duros para la familia y, aunque lo hemos perdonado…

Me quedo plantada en el pasillo con los brazos cruzados. Estoy demasiado aturullada. Si tan solo me diera alguna prueba de que lo que dice es cierto, de que Dante estuvo en ese reformatorio, de que…

¡Por Dios! ¿De verdad voy a darle crédito a Leo?

—Ven, pasa. Quiero mostrarte algo.

Mis pasos le siguen a ciegas, víctimas de la necesidad de entender. Lo único que sé es que esta familia está unida por el dolor y todas las preguntas parecen llevar a Dante. Y yo necesito entender qué pasó realmente esa noche. Si, al igual que Allegra, yo también estoy en peligro. Si esta bella se está enamorando de una bestia o es todo un juego psicológico de Leo, que me ha convertido en una pieza clave en esta rivalidad entre gemelos.

La habitación de Leo es muy distinta a la de su hermano, llena de obras de pintores surrealistas a los que no logro poner nombre. Es… desconcertante. No hay ni un solo centímetro de pared que no esté cubierto con algo. El papel pintado tampoco ayuda: líneas, figuras y colores rojos o amarillos sobre negro, formando un efecto óptico psicodélico que te envuelve y te marea. Nunca me he drogado, pero imagino que debe de ser una sensación muy parecida a esta. Es como… como estar en el interior de una pesadilla.

—Y bien, ¿qué quieres mostrarme? No tengo todo el día, Leo.

Mi impaciencia da el resultado esperado. Me señala el tercer cajón de un armario revestido con paneles luminosos grises, sin moverse de la puerta que custodia. Me da la sensación de que está ahí para impedir que vaya a ninguna parte.

Me acerco al cajón, preguntando a santo de qué tengo que estar yo hurgando en las cosas de nadie. Además, no me fío de él. ¿Estará intentando que su familia me pille haciendo algo ilegal? Al fin y al cabo, anoche yo misma lo vi consumiendo cocaína…

—Venga, ¿a qué esperas? No te va a morder —me urge.

—¿Qué se supone que estoy buscando?

—Cuando lo veas, lo sabrás.

Si él lo dice… Lo único que encuentro en el cajón es una vieja caja de zapatos.

—Ábrela. Son algunos recuerdos que pensé que te gustaría ver. Viejas polaroid con mis hermanos. Esas malditas cámaras se pusieron muy de moda cuando éramos críos. Cesca incluso tenía una edición especial de las Spice Girls. ¡No te imaginas el pastizal que costaba cada carrete! Y ella los usaba como si fueran gratis. Mi padre estaba todo el día protestando.

«Niños pijos», pienso. Cuando yo era pequeña, mi madre solo podía permitirse una de esas cámaras de usar y tirar en ocasiones especiales, y a veces teníamos que esperar varios meses para recoger las fotos de la tienda.

Mientras le escucho, observo una colección de postales de diferentes partes de Italia, dedicadas, pero sin firma. Una pulsera de hilo azul con conchitas, desgastada por los años. También hay varias cartas atadas con una goma del pelo dada de sí.

—No hace falta que veas esto. —Me quita el manojo de cartas de la mano con una sonrisa forzada.

Aunque me mata la curiosidad por saber de quién son o qué contienen, no tengo tiempo para indagar en los secretos de alcoba de Leonardo Ricci —al menos, no delante de él—, así que voy directamente a las fotos. Docenas de fotos que me cuentan fragmentos de una historia que no sé cómo interpretar.

Tres jovencísimos hermanos posando orgullosos junto a sus motos en una carretera de montaña. Noches de fiesta, amigos, mujeres, alcohol y desfase. Días de playa. Excursiones en familia. Amores de la adolescencia. Emociones a flor de piel.

Me cuesta diferenciar a Leo y a Dante, ambos con la misma sonrisa y ese brillo travieso en la mirada, aunque me valgo de su vestimenta para hacer conjeturas. No dudo de que el de la ausencia de color es Dante, así que el de la ropa surfista tiene que ser Leo, algo que casa con lo que él mismo me contó.

En otra foto veo a los tres hermanos con una belleza rubia. Entiendo que es Allegra por cómo la rodea Tiziano, aunque hay algo en su pose que me desconcierta. Está tenso, el agarre se percibe posesivo. Ella sonríe, pero también hay algo en su expresión que no encaja.

El gemelo que viste una elegante camisa negra tiene la mandíbula apretada. Luego miro al otro, el de la camisa hawaiana sobre una camiseta de algodón azul, y me doy cuenta de que está igual de rígido, ambos con los puños apretados. Y Tiziano, en el centro, como el eje de un universo que parece al borde del colapso.

Lo que daría por descubrir qué pasó esa noche.

Mis ojos vuelven a la rubia, a la manera en que su sonrisa también parece esconder algo. Como la Mona Lisa.

Aparto la foto de mí como si quemara. Quizá sea la forma en que el sol se cuela entre las sombras, o la extraña sensación de que todos están jugando a ser felices, pero me incomoda ser testigo de algo que no comprendo.

Por último, encuentro una colección de fotos de la feliz pareja en una discoteca. Son malas, granuladas y oscuras, pero la diosa rubia es inconfundible. Parecen robadas, prohibidas, pues los enamorados dan rienda suelta a su amor sin prestarle atención al fotógrafo. No miran a cámara. No miran a nadie. Aman sin testigos… salvo quien inmortalizaba su amor desde las sombras.

En la tercera imagen mis sospechas se confirman. No es Tiziano quien baja el tirante con los dientes a Allegra. Es uno de los gemelos. El de la camisa negra.

Vuelvo a dejarlo todo como estaba, y busco a Leo con la mirada. Él sigue expectante, en busca de qué sé yo qué.

—No sé qué quieres que vea aquí —susurro, tratando de ocultar mi malestar—. Solo son fotos.

—Está claro que no hay más ciego que el que no quiere ver. ¿Has mirado esas de ahí? —pregunta, y no puedo evitar seguir la dirección de su mirada—. Supongo que a Dante le dará vergüenza que las veas. No, mejor no debería enseñártelas…

Leo hace un amago por quitármelas, pero yo soy más rápida. Las sostengo entre mis dedos, analizándolas una a una. Son antiguas,

de su adolescencia.

Distintos miembros de la familia posan con tristeza en una sala blanca e insípida, junto a uno de los gemelos, muy desmejorado. El uniforme del centro tampoco ayuda. En otra, veo a Cesca y a uno de los gemelos abrazando a quienquiera que sea el otro, que permanece rígido y con la mirada perdida. Detrás, una pared de ladrillo con grafitis en la que no faltan los carteles de *Zona videovigilada*.

Noto un escalofrío. Me arden los ojos y trato de no romperme. Me siento como si sostuviera una tragedia entre mis manos, y sé que hay mucho más detrás de estas imágenes de lo que se ve en la superficie.

—¿Dónde…?

—En el IPM[7] de Treviso.

Y de pronto entiendo que las paredes de esta villa han visto más que cualquier discoteca: han visto a un chico morir, a otro convertirse en silencio, y a una familia maquillando el desastre para que nadie escuche el colapso.

Y yo no quiero saber más. No puedo soportarlo. Dejo las fotos de nuevo en la caja y cierro el cajón. Creo que voy a vomitar.

—¿Qué pretendes con todo esto, Leo?

—¿Yo? Nada, solo…

Estoy envuelta en mi propia pesadilla en la que un hombre rabiosamente atractivo me previene contra aquel con el que comparte rostro. Es irónico, casi poético, que la amenaza y la tentación tengan el mismo físico. Que ambos me miren con esos ojos como si fueran a devorarme y protegerme al mismo tiempo. Y aquí estoy yo, atrapada entre ellos, preguntándome cuál es la versión más peligrosa: el hombre que me advierte o el que no dice nada mientras su silencio me desarma.

Animado por mi mutismo, Leo vuelve a hablar. Su voz está teñida de tristeza, pero me empeño en creer que es puro teatro.

—Solo me preocupo por ti, Judith.

—No deberías, ni siquiera me conoces.

—Y sin embargo, siento como si lo hiciera —suspira—. Él no quiere ser así, pero, cuando siente demasiado… se descontrola. No puede evitarlo.

—Te equivocas, Leo. Tu hermano no es así.

—Sé que esto tiene que ser duro para ti, pero… Si Dan te hiciera algo, yo… No podría soportar saber que no te advertí.

Una risa nerviosa, seca, se me escapa.

—¿En serio? Pues ayer no tuviste problema en contarle *lo nuestro*, aun sabiendo los problemas que me causarías.

—Bebí demasiado, Judith. Jamás te pondría en peligro a propósito.

—Supongo que la cocaína también ayudó bastante.

Me muerdo los labios. Demasiado tarde para retirar las palabras que ya he pronunciado. Leo me mira suspicaz.

—Me pareció ver unos bonitos zapatos rojos en la cocina. Ya decía yo que me sonaban de algo…

—Me dolían los pies —me excuso, cambiando de tema como puedo—. ¿De verdad quieres que me crea que tu hermano es un asesino?

—Baja la voz.

—¡Estás hablando de mi novio! Lo que pasó con Tiziano fue un accidente, ¡tú mismo lo dijiste!

—Tú no lo entiendes, Judith.

—Pues no, no lo entiendo. Vas a tener que explicármelo mejor.

—No es que Dan vaya por ahí matando sin ton ni son. Lo que sucedió aquella noche… —Parece que le fallan las fuerzas. Y yo ya no sé si está fingiendo o me está embaucando—. Cuando le salta el interruptor, no es él mismo. Se transforma en alguien oscuro y peligroso, capaz de cualquier cosa. Y no es hasta que vuelve en sí que se da cuenta de lo que ha hecho.

Miro para otro lado y niego con la cabeza. Vale que es excéntrico, pero me resisto a creer que Dante sea un asesino pasional.

—No me creas si no quieres. Solo… ándate con cuidado. Y si alguna vez te pasa algo… —Saca una tarjeta de visita y la deja en mi mano—. No dudes en usarla. Iré a buscarte donde estés, Judith. Ya

me he enfrentado a mi hermano antes y no dudaría en volver a hacerlo.

Me quedo paralizada. No sé si está siendo honesto o es todo un acto de manipulación en el que estoy cayendo, pero las dudas hacen mella y constriñen mi pecho. Y, de nuevo, le odio por ello. Le odio a él por envenenarme con sus palabras. Y odio a Dante también, por su silencio, por no haberse defendido la otra noche.

La cabeza me da vueltas. No quiero creerme nada, pero no puedo evitar que una parte de mí cuestione a Dante y no a Leo.

La reacción de su familia cuando pregunté por el chico del retrato la primera noche.

Su insomnio.

Las pesadillas.

Las fotos del centro de menores.

Aquella frase que gritó anoche: «No puedo permitirme volver a ese lugar, ¿lo entiendes?».

Esa necesidad de huir y ese miedo a comprometerse, a sentir, a dejarse llevar.

¿Y si todo fuera cierto?

—Leo, yo… —No sé cómo acabar la frase—. Tengo que ir a buscar a tu hermano.

—Prueba en la habitación de Tizzy.

—¿Qué?

—Es allí donde se refugia cuando le acechan los fantasmas.

Ni siquiera se me había ocurrido que Tiziano aún siguiera vivo en algún rincón de esta casa. Tuvo que ser horrible para sus padres perder a un hijo. Y aún más terrible si de veras fue a manos del otro.

—¿Dónde…?

—Al final del pasillo a la derecha.

¿Debería ir a buscarle y aclarar las cosas o respetar su privacidad?

En realidad, solo quiero irme a casa. Volver a Venecia con Gaby y perderme en una de esas aburridas comedias románticas sin sentido que a ella tanto le gustan. Mi vida era más fácil antes de que me instalara esa maldita aplicación en el móvil.

Psicópata Azul busca Cómplice Perfecta. Parecía una simple broma, pero ahora empiezo a cuestionarlo.

Cada vez tengo más claro que su anuncio escondía una verdad camuflada bajo sarcasmo. Y da igual lo mucho que me atraiga: si de verdad lo hizo, no pienso ser la cómplice perfecta de ningún psicópata.

Pero por más que las pruebas están ahí, por más que todo lo que rodee a Dante es una continua luz de alarma, no puedo evitar sentir que solo estoy viendo la punta del iceberg en esta historia.

[7] Siglas italianas de «Istituti Penali per i Minorenni», en español, Centro de Detención de Menores.

26

EN MIL PEDAZOS

JUDITH

En un acto de caballerosidad, que ya no sé si es natural o ensayado, Leo me abre la puerta de la habitación, con tan mala suerte que nos encontramos a su gemelo saliendo del otro cuarto, recién duchado y con una ropa distinta a la que llevó anoche.

Dante fija la vista en nosotros, nosotros la fijamos en él, y lejos del drama matutino que estaba esperando, todo parece… normal.

Anormalmente normal.

—Tengo que regresar a Padua —informa, con voz pausada—. Necesito hacer las maletas para Polonia. Si te quieres quedar, imagino que Leo podrá llevarte luego a casa.

—¿Y por qué iba a querer quedarme aquí sin ti, cielo?

No contesta. Me desvía la mirada. Y yo me veo como un perrito faldero siguiéndole hasta su habitación. Entonces cierra la puerta con un golpe seco, que me encierra más que cualquier cerradura, y coloca la maleta sobre una cama hecha y sin una sola arruga. El detalle me llama la atención porque yo la dejé desordenada antes de irme. ¿Cuánto tiempo ha estado esperando a que volviera mientras Leo me vendía sus verdades?

Empieza a meter sus cosas en la maleta sin decir palabra. Le miro, me ignora, y entiendo que el silencio es su forma de gritarme.

Vale, acepto que la situación pinta mal. *No es lo que parece* sería la peor línea de defensa después de haber salido del cuarto de su hermano a las nueve de la mañana, cuando él apenas llevaba una toalla anudada en la cintura. Pero tampoco es para mostrar esa calma glacial. Como si aceptara con naturalidad mi supuesto romance con su gemelo. Su indiferencia me desespera más que cualquier explosión de celos.

—¿Es que no piensas decirme dónde has pasado la noche?

—¿Debería? —responde sin mirarme.

—No, claro —replico con fastidio. Él sigue a lo suyo—. ¿Así es como va a ser a partir de ahora? Porque te recuerdo que tú todavía tienes que cumplir tu parte del acuerdo.

Esta vez sí logro su atención, aunque sea para escupirme acidez y sarcasmo.

—Tranquila, cumpliré con mi parte del trato, Judith. Y si no, siempre puedes pedirle a mi hermano que vaya contigo a Positano. No creo que nadie note la diferencia, y a él no tienes que tunearlo para dejarte en buen lugar.

Me tapo la cara con las manos, comenzando a perder la paciencia.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que entre tu hermano y yo no hay nada?

—Cuando no te vea salir de su habitación y él esté medio desnudo, quizá empiece a creerte. ¿Estás lista para irnos?

No ha alzado la voz ni un solo tono. Y, si de verdad es tan extremo en sus emociones como me ha advertido Leo, esta ausencia de emoción solo significa una cosa: que no le importo en absoluto. Está claro que tengo un radar para fijarme en quien no debo.

En cinco minutos, he terminado mi maleta y me reúno con él en el salón. Sus padres y sus hermanas me abrazan, me preguntan cuándo volverán a verme. Mientras Dante charla con Cesca, su madre comparte confidencias conmigo:

—Gracias por todo, Jude.

—No, gracias a vosotros por hacerme sentir parte de esta familia.

—Es lo menos que podía hacer por la mujer que me ha devuelto a mi hijo. —Sus ojos brillan de emoción, y los míos se nublan de tristeza—. Después de lo que pasó, pensé que nunca más lo vería feliz. Y tú lo estás trayendo de vuelta a la luz. Debes de ser una mujer muy especial y muy fuerte para caminar a su lado, y ya por eso te has ganado mi cariño y mi respeto.

La garganta me arde ante la posibilidad de que todo lo que me ha contado Leo sea verdad. Su propia madre no deja lugar a error. El problema es que yo no lo estoy sacando de ninguna oscuridad… Estoy cayendo con él.

El silencio que reina en el coche de camino a Venecia me resulta una tortura. No puedo evitar tensarme mientras sujeto entre las manos la tarjeta de Leo, con cuidado de que Dante no la vea. Dejarle conducir a él no ha sido la idea más inteligente después de lo que sé. Es como si una parte de mí esperara que se le cruzara algún cable y estampara el coche contra un barranco… Cosa poco probable con la velocidad a la que conduce. No veo el momento de llegar a casa y perderlo de vista.

—¿Podrías ir más rápido? Nos acaba de adelantar un caracol.

—Hay tráfico —dice sin mirarme—. Estoy concentrado en la carretera.

—¿Puedo preguntarte algo? —Tendré que interpretar su resoplido como un sí—. ¿Por qué os lleváis tan mal? Parece que Leo solo quiere acercarse a ti, y tú…

—¿Y eso lo has deducido antes o después de comerle la boca?

Su serenidad me crispa los nervios. ¿Dónde está la furia desmedida de la que Leo habla?

¿Esa intensidad que lo llevó a arrasar el mundo? ¡Pero si ni siquiera ha pisado el acelerador, y ya nos han adelantado seis ancianas con sus Fiat Panda!

Esta vez soy yo la que termina resoplando, volcando la frente contra la ventanilla. Está claro que no vamos a ninguna parte con esta conversación.

Pero en cuanto aparca frente a mi portal, la rabia se me sube al pecho. No puedo reprimir las ganas de soltar todo lo que llevo dentro.

—¿Te importaría decirme de una maldita vez qué se te pasa por la cabeza para que podamos hablarlo como adultos?

Nada. Silencio. Juro que he visto pasar una de esas pelusas del desierto entre nosotros.

—Tiene gracia que seas tú el que esté cabreado conmigo después de la humillación que sufrí anoche.

Consigo que hable, aunque sea con esa parsimonia que me desespera. Ojalá pudiera ponerle en x2, como en las notas de voz del WhatsApp.

—¿De qué hablas? Yo nunca te he humillado.

—¿Seguro? Porque le has contado a todo el mundo que llevamos seis meses juntos, y yo diría que esos seis meses no los has pasado en celibato precisamente.

Dante suspira y cabecea, sabiendo demasiado bien de qué hablo.

—No he vuelto a acostarme con Flavia desde que te conozco. Aunque no seamos nada, soy tan imbécil que te estoy siendo fiel.

—Ya, pero nos conocimos hace solo tres semanas, Dan. Y a sus ojos, fui la cornuda oficial de esa maldita fiesta.

—¡Ni siquiera te conocía, Jude!

—¡Eso no cambia cómo me sentí! En tu mundo todo es un juego de apariencias, y Flavia se apuntó un tanto delante de todos.

—Que diga lo que quiera. Lleva años detrás de mí y todos saben que yo solo recurro a ella cuando necesito desahogarme.

—Eso es lo que haces siempre, ¿no? Lo que hiciste conmigo anoche: *desahogarte* entre mis piernas y desaparecer después.

Estoy en llamas. Y, sin embargo, no consigo lo que busco. Él no estalla. No se rompe. Está… vacío. Como un juguete al que se le acabaron las pilas hace tiempo.

—«Tiene gracia que seas tú la que esté cabreada conmigo después de lo que me has hecho» —me parafrasea.

Ahí está. Una grieta. Y me cuelo por ella.

—Ya te pedí perdón por eso. Me pilló desprevenida y…

—¿Cómo se te ocurre ir a mi casa, hacerte pasar por mi novia y enrollarte con mi hermano, Judith? ¡Esto no estaba en el guion!

—Eso es todo lo que soy para ti, ¿no? —escupo—. Un maldito guion que interpretar. Tu cómplice perfecta en esta retorcida guerra

entre hermanos a la que me arrastraste sin advertirme.

—¡Yo no te arrastré a nada! Ha sido tu querido Leo quien se ha dedicado a susurrarte al oído. Yo, en cambio, siempre he intentado mantenerte al margen.

—No me pareció que me mantuvieras muy al margen anoche cuando decidiste creerle a él y dejarme sola en tu casa.

Su mandíbula se tensa, pero sigue sin elevar la voz.

—Siento no haber estado a la altura después de descubrir que habías besado a mi hermano unas horas antes de besarme a mí. Pero bueno, no significó nada, ¿no? Eso dijiste…

—¡Pues claro que no significó nada, Dan!

—¿Y entonces por qué lo besaste? ¡Joder, que te has enrollado con mi hermano!

El *psicópata* será él, pero soy yo quien lo descuartiza con la mirada. La rabia me quema y una culpa fría me inmoviliza.

—Judith… ¿Te lo has follado? —lanza, directo, sin medias tintas.

«¡La madre que lo parió!».

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una bastante lógica, teniendo en cuenta dónde te encontré esta mañana. Además, está claro que Leo te pone. Anoche estabas cachondísima conmigo y somos dos putos clones.

—Pero vamos a ver, pedazo de idiota, ¿tú te crees que yo puedo intercambiaros como si fuerais cromos, por mucho que os parezcáis por fuera?

—¿Por qué no? Hazte un favor y quédate con él, Judith. Leo es el modelo sin taras.

—¿Y qué hay de lo de dentro?

—¿Lo de dentro? —repite con sarcasmo—. Insisto: sales ganando. Pero si algo tengo claro es que no pienso ser el premio de consolación de nadie. Tal vez no tenga mucho que ofrecer, pero aún me queda algo de amor propio.

Estoy furiosa con él. Quiero gritarle, desgarrarme la garganta con palabras que le sacudan hasta que entienda lo que me hace. Pero algo en su mirada me detiene. No es solo tristeza; es un abismo más profundo, más hondo.

Veo sus demonios asomarse, siluetas deformes y afiladas que se enroscan en su alma para susurrarle mentiras. ¿Qué le ha pasado para terminar así? Inerte. Sin alzar la voz. Tan dañado que su reflejo en el espejo es apenas una sombra de lo que fue. Tan lleno de monstruos, de cicatrices invisibles, que no puede ver cómo su luz —esa que él insiste en negar— me alcanza incluso cuando intento huir de ella.

Es como contemplar un cuadro agrietado que alguna vez fue hermoso. Y yo me pregunto si tendré la fuerza para restaurarlo o si su negrura terminará tragándome también a mí.

—¿Mi *premio de consolación*? —Esta vez soy yo quien se ríe—. No te enteras de nada. ¿Tan ciego estás que no ves que él fue mi *premio de consolación*? Que fue a ti a quien buscaba en sus labios, porque cada vez que intento acercarme a ti, me alejas.

Él me observa, inmóvil, como si mis palabras fueran un puñetazo que no esperaba recibir. Por fin una reacción, aunque sea leve e imprecisa.

—No sé quién eres realmente, Dante Ricci. Ni sé qué ocultas tras ese maquillaje. Este fin de semana he escuchado tantas versiones de ti que ya no sé qué es verdad ni qué es mentira. Estoy perdida en tus misterios, pero no puedo evitar lo que siento por ti. Y sospecho que tampoco quiero hacerlo.

Él niega con la cabeza, y esa indiferencia es lo que más me hiere. Es como si todo lo que le confieso se estrellara contra un muro.

—Y aquí estás de nuevo, dándome la razón. Acabo de confesarte que estoy locamente enamorada de ti, y tú… tú vuelves a alejarme con tu actitud.

—Si es así como te sientes cuando estás conmigo, tal vez sea mejor que dejemos de vernos, Jude.

¿Es posible que alguien te destroce con una sola frase?

—¿Es eso lo que quieres? —planteo con la voz rota—. ¿Que dejemos de vernos?

—No intentes culparme a mí de lo que sientes. Fui muy claro en mi anuncio: abstenerse corazones ingenuos. ¿Por qué has tenido que complicarlo todo? —Su mirada me atraviesa, llenándolo todo de hielo—. Te lo advertí: no soy de los que se enamoran. Yo follo con

alguien y cada uno a su casa. Y creo que las cosas se han desdibujado al presentarte a mi familia.

Me cuesta creer que alguien sea capaz de decir algo tan cruel y no temblar. Me quedo un instante en silencio, dándole la oportunidad de retractarse, de decir algo que borre esas palabras y me haga quedarme. Pero no llega nada. Tan solo su mirada perdida en el horizonte, su expresión tensa, ese muro indestructible que levanta entre nosotros.

Lección aprendida y corazón blindado a prueba de idiotas.

«Que te den, Dante Ricci».

—Tienes razón. —La voz me sale grave, llena de cristales—. Será mejor que dejemos de vernos. No te preocupes por la cena en Positano, iré sola. Quédate con tus malditos secretos y tu incapacidad para amar, porque yo no quiero en mi vida a alguien que nunca siente nada.

El portazo que pego es tan fuerte que temo que se descuelgue la puerta de su coche. Ni siquiera espero a que se baje para ofrecerme ayuda con el equipaje, puedo apañármelas sola como he hecho toda la vida. Crecí con un padre ausente y lleno de problemas que me arruinó la infancia, y no pienso permitir que ningún otro hombre me dañe el futuro.

Me adentro en el portal sin mirar atrás. Mis pasos son rápidos y decididos, y tan pronto cierro la puerta de mi piso tras de mí, me resbalo hasta el suelo, con la espalda contra la madera, y lloro. Lloro con las manos temblando y la garganta quemándome, sintiendo que mi alma acaba de romperse en mil pedazos.

27

LO QUE NUNCA SUPE QUE NECESITABA

DANTE

Jude está enamorada de mí.

¡Joder! ¿Podría haber hecho peor las cosas?

Pego un puñetazo al volante para descargar la rabia que siento por dentro. El dolor que he visto en su mirada se me ha clavado como un cuchillo, despedazándome, mezclándose con esos celos que me martirizan cada vez que pienso que ha besado a mi gemelo. Esto no estaba planeado. Las cosas no tenían que salir así.

Que no soy capaz de sentir nada, dice. ¿Qué cojones sabrá ella?

Y qué cojones sabrán esos psicólogos de pacotilla que aseguraron hace mil lunas que tampoco era capaz de sentir empatía, que solo me movía guiado por el egoísmo.

Y aquí estoy, luchando contra el dolor que me produce tener que renunciar a ella para salvarla de mí.

Cierro los ojos con fuerza, tratando inútilmente de contener las lágrimas.

No puedo seguir así. Judith es todo lo que nunca supe que necesitaba. Tiene que haber otra forma. Debe de haber…

¡A la mierda con todo!

Salgo del coche sin un plan. Es mi corazón dolorido quien me arrastra como un río desbordado.

Me cruzo con unos vecinos y me cuelo en el portal. Siento que es el cruel destino quien me invita a entrar, a acercarme más, a quemarme más.

Subo las escaleras con prisa, dos peldaños a la vez, incapaz de esperar al ascensor, incapaz de frenar mis impulsos.

Toco la puerta de su apartamento y espero a que me abra. Mis latidos se aceleran por la carrera y esa impaciencia que me consume.

Sus ojos me reciben con ira, enrojecidos, y su rostro está enmarcado por las lágrimas que yo he causado.

Sé que lo más sensato sería hacer lo que he predicado y desaparecer de su vida para que encuentre la felicidad en otra parte, pero tal vez sí que habite en mí un psicópata egoísta que sabe que, desde que la he besado, no voy a ser capaz de perderme en otros labios.

Mi voz sale más cargada de lo previsto; no puedo fingir lo que se me ha vuelto un huracán dentro del pecho.

—¿De verdad crees que no siento nada por ti?

Jude resopla y se cruza de brazos para protegerse. Aun así, se hace a un lado para invitarme a entrar. Me quedo de pie, frente a ella, sintiéndome un extraño en mi propia piel.

—Desde la primera vez que te vi, ya supe que ibas a ser mi perdición.

—¿Qué quieres que haga con esta información, Dante? —me lanza ella—. No pienso ser tu ligue esporádico. No busco follamigos ni complicaciones, y tú ya me has demostrado que…

—Jude…

—¡No, escúchame! Igual con otras mujeres te funciona eso de hacerte el inaccesible para que te persigan, pero conmigo no —me advierte—. Si vuelves a culparme por enamorarme de ti, te mando a la mierda.

—No vas a mandarme a la mierda, Florecilla.

—No sabes lo tentada que estoy ahora mismo. ¿Por qué has vuelto? Tú mismo dijiste que…

Doy un paso hacia ella, acariciando su rostro con delicadeza. No se aparta. Y ese simple gesto es mi salvavidas.

—Porque, pese a que la cordura me grita, me suplica que me aleje de ti, yo… no puedo. —Mi voz es apenas un susurro, pero cada palabra me libera—. Nunca me había sentido tan vivo, Jude. Nunca. No sé si conocerte ha sido una bendición o una maldición, pero me obligas a querer ser un hombre mejor, y necesito creer que soy capaz de algo más que de destruirlo todo. Y a pesar de todo, cada maldito latido de mi corazón me dice que me vaya antes de hacerte daño.

—Tú jamás me harías daño.

Sus delicados dedos rozan mi cara. Y mi alma, que es más bien un campo de ruinas, se pierde sin resistencia en ese verde imposible de sus ojos.

—No tengo nada que ofrecerte, Jude. Solo soy un pozo de traumas. Arrastro conmigo un millón de cicatrices que nunca cerraron porque ni siquiera las comprendo. Y ese es justo el problema, que a veces no sé quién soy. Pero cuando estoy contigo…, siento cosas que nunca quise sentir, y que ahora no quiero perderme.

Ella inclina la cabeza, cariñosa y desafiante a la vez.

—¿A qué le tienes tanto miedo, Dan?

—A perder el control. A que veas mi oscuridad y no haya vuelta atrás. A no ser lo que mereces.

—¡Pero es que a mí me gustas así! Con tus luces y tus sombras.

—No sabes lo que dices, *cara mia*.

—Hasta ahora, lo único que me has mostrado es un hombre equilibrado, luchador, protector y con un autocontrol férreo. ¿Por qué deberías asustarme?

—No sabes de lo que soy capaz cuando me pierdo. Soy tóxico, egoísta, celoso, extremo… Puede que aún no hayas visto esa parte de mí, pero, créeme, está. Y, si seguimos juntos, algún día discutiremos, las cosas no siempre irán bien entre nosotros, y entonces… la verás.

Ella niega con la cabeza, incrédula.

—¿De dónde te has sacado eso?

—De los psicólogos a los que llevo yendo casi dos décadas —confieso. Ella traga saliva—. Me dijeron que esa falta de recuerdos, esa forma en la que se me apaga la empatía, es porque desasocio la realidad.

—¿Como un… psicópata? —duda.

—Como un psicópata.

La miro. No busco compasión. Busco que vea la verdad antes de decidir si huye o se queda. Y mientras la palabra se asienta entre nosotros, siento que todo lo que somos puede arder o resucitar, dependiendo de su respuesta.

—¡Eso no tiene ningún sentido! ¿Por qué llevas tantos años yendo al psicólogo? ¿Tuvo que ver con…?

Asiento antes de que acabe la pregunta. Prefiero desnudar la verdad que seguir alimentando fantasmas.

—O sea, que es verdad.

—Eso dicen, aunque no recuerdo qué pasó. Tengo retazos mezclados con lo que otros me contaron. Me golpeé la cabeza al caer de la moto. Al parecer, es común que el cerebro bloquee ciertos hechos para protegerse después de un suceso traumático… incluso cuando tú mismo lo has provocado.

—Y aun con todo y eso, tu familia te adora. Ellos saben que fue un accidente, Dan. Tienes que dejar de culparte.

—Escucha mis palabras, Jude: no recuerdo nada.

Silencio. Un silencio que pesa entre nosotros. Por fin comprende la magnitud del problema.

—Así que ya lo sabes. Si te evito es porque no quiero hacerte daño, y hay una probabilidad bastante elevada de que ocurra. No pienso permitir que te conviertas en otra de mis cicatrices.

Pero ella no me escucha. Está ahí, fija en la alfombra del salón, como si en sus dibujos estuviera la respuesta que yo no sé darle.

Y, de pronto, la distancia entre nosotros se evapora. Siento su respiración contra la mía, la electricidad en el aire como antes de una tormenta.

—Escúchame, Dan. No me creo nada. —Su mirada me desafía, como un faro que no se apaga—. Ignoro qué pasó en ese viaje, pero te has puesto celoso al verme con tu hermano y solo me has pedido

espacio para calmarte. Creo que tienes mucha más disciplina y autocontrol de lo que tú te crees.

—Pero los psicólogos dijeron que…

—Los psicólogos usan la información que tienen, pero nunca ven la imagen entera. No tienen una bola de cristal. Y no pueden hablar con exactitud de lo que pasó si ni tú mismo lo recuerdas.

Sus palabras son un grito de esperanza, el pegamento que consigue unificar los pedazos de un corazón que yo creía irreparable. Quiero gritarle que está equivocada, que estoy mucho más roto de lo que ella piensa, pero, en estos momentos, la única certeza es que la deseo más de lo que temo perderme en ella.

—Hagamos una cosa —propone—. Pongamos una palabra de seguridad. Si en algún momento sientes que vas a perder los papeles, úsala y te daré espacio. Si yo me siento amenazada, la gritaré para que te calmes.

—Me temo que esto no funciona así, Florecilla. Me enajeno y no razono. Tal vez no tengas tiempo de…

—¿Cuántas veces has perdido el control en los últimos…, digamos, cinco años?

Hago el inventario en silencio. Nada que me incrimine. Nada que me salve.

—Ninguna —admito al fin—. Pero porque no hubo factores desencadenantes.

—O tal vez te hayas curado.

Su ternura me arranca una sonrisa cansada.

—Uno no se cura de ser un psicópata, Jude. No es una gripe.

—*Panna cotta* asustada.

Frunzo el ceño, pensando que es ella quien está más loca de los dos.

—¿Qué?

—Mi palabra clave. *Panna cotta* asustada. Adoro ese postre. La tuya podría ser… *Calzone* furioso, por ejemplo. Es tu plato favorito, ¿no?

¿Cómo puede uno evitar reírse en un momento así?

—Jude, no me pidas que sea yo el coherente aquí porque te deseo con todo mi ser. Y no pienso alejarme de ti a no ser que lo

pidas.

—Pues…

Silencio, esa clase de pausa que uno emplea para generar incertidumbre, y a mí me está desquiciando.

—Si depende de mí, ya estás mandando a la mierda el autocontrol.

La cuerda se rompe. Todo lo que contengo me atraviesa y estalla. Alzo las manos a su cara; la beso con hambre y con miedo, con esa fe primitiva que solo entiende de piel. Ella responde igual de ansiosa, como si el tiempo nos debiera algo y viniera a cobrárselo con intereses. Cuando nuestras lenguas se encuentran, el dolor hace las maletas y se larga. Como si cada decisión que hemos tomado nos hubiera conducido a este momento.

—Me vuelves loco, pelirroja —murmuro contra su boca.

—Y tú a mí, morenazo.

Sigo besándola con todo lo que llevo dentro y una intensidad que me consume. Mis dedos se hunden en su pelo; los suyos me aferran la camisa como si temiera que desapareciera en mitad del beso. El corazón me golpea el esternón con tanta fuerza que juro que podría provocar un terremoto .

Los labios me arden. Y, cuando nos separamos para coger aire, nuestras miradas se encuentran como si todo lo que nos hemos dicho todavía flotara en el aire. La miro. Me mira. Y sonrío. ¡Joder! ¿Cómo no iba a hacerlo? La vida me ha dado una segunda oportunidad y no pienso desaprovecharla. No soy un tipo fácil, no tengo cura, pero, por primera vez en años, quiero intentarlo sin mentirme.

Y si alguna vez me pierdo, tendré un mapa: *Panna cotta* asustada. Mientras tanto, la escojo. Aquí. Ahora. Y me prometo, con la boca aún temblando sobre la suya, que haré todo lo que esté en mis manos para que esto salga bien.

Mi pelirroja toma el control. Me arrastra hacia el sofá y caigo bajo su cuerpo, preso de esa mirada felina y de ese cabello de fuego que me envuelve en un hechizo imposible de romper.

Se sienta a horcajadas sobre mí y la respiración se me acelera mientras sus dedos, ágiles, desabrochan mis vaqueros. Me tiene

rendido a sus pies. Mis manos se deslizan por su espalda hasta hundirse en la curva de su trasero, trazando su piel como si pudiera memorizarla.

Con un movimiento torpe pero urgente, levanto su vestido para sacárselo por la cabeza. Lo que veo me deja sin palabras. Lencería negra. Tan delicada como tentadora, una visión que hace que mi pulso se dispare y mi mente se quede en blanco. ¡Joder!

Acaricio sus curvas con devoción. Jude es fuego, es deseo puro, y yo… yo soy un hombre perdido, atrapado en ella, sintiéndome el más afortunado del mundo por poder sostenerla entre mis brazos.

—Eres una diosa —murmuro contra sus labios, mordiéndolos con desesperación.

Ella sonríe, cruel y dulce a la vez.

—Ya me explicarás qué me has hecho para que haya dejado de verte como un personaje dantesco y esté enamorada de ti como una idiota.

Sus palabras me producen un vértigo placentero, pero estoy dispuesto a tirarme sin paracaídas por ella.

—Ya me explicarás cómo has conseguido que haya dejado de verte como una princesa Disney… y ahora esté enamorado de ti como un idiota. Y en solo tres malditas semanas.

—¿Lo… estás?

—¿Tú qué crees?

Mi boca la busca de nuevo, hambrienta, incapaz de saciarse de ella.

Desciendo por su cuello, saboreando su piel cálida, deteniéndome en su clavícula, rozando despacio el inicio de su escote. Cada beso es un acto de liberación, cada caricia una confesión silenciosa de cuánto la deseo.

No existe nada más.

Solo ella.

Solo nosotros.

Sus manos bajan por mi pecho, firmes, seguras, como si todo lo que soy le perteneciera. Y así es. Cuando sus dedos alcanzan de nuevo mi bragueta, el temblor que me atraviesa sube como una marea que amenaza con romper diques. La ayudo, levantando las

caderas, entregándome sin reservas mientras mis pantalones y mis calzoncillos desaparecen.

Estoy ardiendo.

Quiero demorarlo.

Quiero aprenderla a besos, vértebra a vértebra, borde a borde, hasta saber de memoria en qué punto el aire se le corta y en cuál el corazón le golpea más fuerte.

Quiero disfrutar un poco más de este deseo contenido que nos quema la piel y nos revuelve el alma.

Desabrocho su sujetador con unas ansias que me delatan. Vuela hacia el sofá, fuera de nuestro pequeño universo, y lo único que queda es su piel, el tacto de sus pechos desnudos entre mis manos. Enloquezco. No puedo resistirme. Mis labios encuentran sus pezones, duros y expectantes, y los atrapo con mi boca, saboreándolos.

Jude se contorsiona, un jadeo se escapa de sus labios mientras hunde las manos en mi pelo, tirando ligeramente de él, como si necesitara algo a lo que aferrarse mientras se pierde en lo que le estoy provocando.

Mis manos se ciñen a sus caderas, y la atraigo hacia mí, apretándola contra mi erección. Quiero que sienta lo que me provoca, que entienda el caos que desata en mi cuerpo con cada uno de sus movimientos. Jude lo nota, claro que lo nota. Se contonea sobre mi cuerpo de un modo lento, provocador, casi tortuoso. La fricción de su lencería contra mi miembro me hace perder la cabeza.

—Joder, Jude… —gruño entre dientes, mi voz cargada de deseo.

—Quiero más —jadea, suplicante. Sus manos se aferran a mis hombros con desesperación—. Mucho más. Quiero que me folles como si el mundo se fuera a acabar mañana.

Su ruego me atraviesa como un latigazo, un desafío que acepto sin dudar. Si el mundo va a acabarse, quiero pasar cada segundo que me queda amándola.

Me muero por sentirla, por impregnarme de su humedad, por hundirme en ella hasta que todo desaparezca. El dolor. Los

remordimientos. Con un rápido movimiento, rasgo sus braguitas y las dejo caer al suelo.

Deslizo mis dedos en su interior. Su cuerpo responde de inmediato, y la visión de ella tan vulnerable, tan entregada a mí, me excita aún más.

—Dime que te tengo, Judith —susurro.

—Me tienes —responde, firme, peligrosa, mía.

Se aparta de mí un instante, dejándome con el cuerpo ardiendo y la mente a medio camino entre el infierno y el paraíso. Desaparece sin decir nada, y yo me quedo ahí, respirando hondo, intentando recomponerme. Cuando regresa, lo hace con una caja en la mano.

Veinticuatro preservativos.

Veinticuatro.

La niña nos ha salido optimista.

Saca uno y lo desenrolla sobre mí con una expresión en la mirada que me desarma. No sabía que algo tan mecánico pudiera resultar tan incendiario. Me tiene a su merced.

Mis manos la atrapan por las caderas en cuanto vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí, pero es ella quien toma el control. Su cuerpo comienza a moverse con una cadencia que me lleva al límite. La dejo mandar, marcar el ritmo, disfrutar del poder que tiene sobre mí. Cierro los ojos, luchando por controlar el torrente de emociones que me desborda como un maldito tsunami.

—Me estás volviendo loco, Jude —jadeo entre dientes, mi voz rota por el placer y algo más profundo que no sé cómo nombrar.

—Bésame.

Y lo hago. Me aferro a sus labios como si, al soltarla, una parte de mí fuera a romperse. Porque con esta mujer he encontrado algo que creía imposible: calma en medio de mi propio caos. Con ella, las tormentas de mi mente se disipan y solo queda esto, un deseo tan abrumador que me libera de todo.

Nos abrazamos, nos besamos. Jude cabalga sobre mí, y yo la observo, hechizado, perdido en todo lo que es.

Se arquea contra mí y sus piernas comienzan a temblar, sin poder contener los cálidos suspiros que se ahogan en mi boca. Sonríe, feliz y extasiada, y entiendo que ha llegado mi momento de

abandonarme al placer. De dárselo todo en este viaje de no retorno que acabamos de emprender juntos.

Mi boca busca la suya de nuevo y los besos se vuelven urgentes, desesperados, porque estoy sintiendo demasiado. Demasiado. La intensidad de este momento me deja sin defensas, sin máscaras.

Lo demás, lo que no se cuenta, ocurre en un latido largo que nos devora y nos devuelve distintos.

—Vas a acabar conmigo, pelirroja.

—Tal vez seas tú quien acabe conmigo, Psicópata Azul.

Sonrío, disfrutando del modo en que ella parece aceptar lo que soy. Mis luces y mis sombras. Menuda suerte que nos hayamos encontrado.

28

¿DÓNDE ESTÁ SERENA?

DANTE

Me despierto sofocado, con el corazón a punto de salírseme del pecho y la respiración dificultosa. No sé dónde estoy. No reconozco la habitación. Capri ha secuestrado mi mente y es lo único que veo a mi alrededor. Al menos, hasta que alguien comienza a agitarme.

—Despierta, Dan. Solo ha sido una pesadilla.

Su voz suena tan lejana que no me alcanza. Solo oigo ambulancias, gritos y llanto. Estoy tirado en la carretera y no puedo moverme. Creo que me he roto el cuello. Me pesa la cabeza, me arde el brazo, la espalda.

Con lentitud, me llevo la mano a la mejilla, sintiéndola quemada por el asfalto. La sangre de mi rostro humedece mis dedos. ¿Dónde está mi casco? ¿Dónde está Serena?

Cierro los ojos. El pitido en el oído se vuelve insoportable. La oscuridad me traga. Me aprieta el pecho. Me ahoga. No puedo respirar.

¿Dónde está Serena?

—Dan, cariño, despierta.

Unos brazos me sacuden por los hombros, me agitan. Todo está oscuro, denso, asfixiante.

¿Dónde está…?

—… Serena —murmuro, con la mirada perdida al fondo de la carretera.

—¿Qué? —susurra una voz cercana—. No. Soy yo, Dan. Judith.

La voz ahora acompaña unas manos que me acarician el rostro. El paisaje se desdibuja bajo su tacto y mis heridas desaparecen. Como si fuera magia.

Poco a poco comienzo a apreciar una habitación con una clara influencia femenina. Una pared lila, un edredón de flores, varios libros de autoras románticas en una estantería.

Miro a la mujer que está a mi lado y, aunque no distingo su rostro con claridad, me siento en paz conmigo mismo. No sabría explicarlo.

Aprieto los ojos con fuerza y sacudo la cabeza. Cuando los abro de nuevo, sus facciones comienzan a tomar forma, esos ojos verdes que me observan con preocupación. Mi diosa pelirroja. Mi Jude.

El sueño me ha dejado la boca amarga, las sábanas pegadas a la piel, el cuerpo en alerta.

Las ganas no siempre ganan. Lo único que quería era dormir una maldita noche del tirón, abrazado a ella, pero ese nombre, hasta ahora desconocido, se ha repetido en mi sueño como un mantra: Serena.

¿Quién demonios es Serena?

Su cara es una mancha difusa, pero mi alma la reconoce al instante: es la morena de siempre.

Su alegría contagiosa está grabada en algún rincón de mi memoria. La escuché reír mientras jugábamos con las olas. La sal rizaba su cabello, atado en una coleta baja, que caía sobre un traje de neopreno.

Esta imagen es nueva. Y no la comprendo.

—Ey, ya ha pasado. —Jude me ofrece cobijo entre sus brazos, y yo me dejo querer, confundido—. Ya ha pasado, Dan. Solo ha sido una pesadilla.

—Ha sido demasiado real. Ha sido…

Acaricia mi brazo y yo salto, sintiendo mi cicatriz arder como si acabara de hacérmela. Como si no llevara quince malditos años impresa en mi piel como recuerdo de mis crímenes.

—¿Quién es Serena?

Me encojo de hombros y niego con la cabeza.

—No lo sé. Creo que es la chica morena que siempre me visita en sueños. Cuando intento descubrir su rostro, ella… desaparece entre mis dedos, y todo lo que puedo ver es la risa impertinente de Allegra. Aunque hoy… creo que he oído también la suya.

—¿Crees que es real? Serena. Has mencionado Capri en tu sueño.

De nuevo, niego con la cabeza.

¿Capri? ¿Qué tiene que ver Capri con ninguna Serena?

—No sé… No lo sé, Jude. Ese nombre no me dice nada, no recuerdo haber conocido a nadie llamado así.

—¿Qué ocurre en ese sueño, Dan?

—No… no lo sé —titubeo.

—Sí lo sabes. Haz un esfuerzo —me pide, sujetando mi mano—. Tal vez encuentres algo que te ayude a recordar.

Estoy aturdido. Judith insiste en que hable de algo que yo quiero enterrar. Necesito olvidarme de todo, no reabrir esta herida.

—¿Y si…? —Carraspeo—. ¿Y si no quiero recordar? Tal vez mi cerebro se niegue a mostrarme lo que pasó esa noche porque sabe que no podría soportarlo.

Jude enmarca mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Lo soportarás. Necesitas abrir esa puerta, aunque no sea fácil.



—No puedo, Jude. Duele demasiado.

—¡Pues claro que duele! Ninguna terapia es agradable. ¿Acaso no te dolió el masaje que te di el otro día?

—No me lo recuerdes, estuve dos días sin poder moverme. Aunque reconozco que valió la pena. Me descontracturaste entero.

—Exacto. Y eso es justo lo que quiero que hagas con tu cabeza, Dan: que *descontractures* lo que se te agarrotó ahí dentro. Vuelve a Capri. ¿Qué estabas haciendo con Serena?

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—¡Claro que importa! Intenta recordar. Vuelve a ese sueño. Vuelve a Capri. ¿De qué os reíais Serena y tú?

—¡No lo sé! ¿Vale? —le grito. Me está llevando al límite.

«*Pizza* enfurecida», pienso. «No, era otra cosa… ¿Calzone malhumorado?».

Cierro los ojos con fuerza, buscando una rendija por la que colarme de nuevo en ese puto sueño. ¿Por qué me hace esto?

—Describe lo que ves —susurra—. No el porqué. Solo lo que ves. ¿Qué lleva puesto esa mujer? ¿De qué color son sus ojos?

—¡Yo qué cojones sé! —exclamo, harto de todo esto—. Surf —digo sin pensar.

—¿Surf?

Cierro los ojos y, a mi pesar, la isla vuelve a encenderse detrás de mis párpados. Noche de agosto. Aire caliente con sabor a sal. El rumor de *scooters* subiendo y bajando, el canto metálico de las cadenas en los amarres, limones triturados en algún chiringuito. Serena ríe. Lleva el pelo recogido con una cinta rosa.

—Estamos haciendo surf. Lleva un traje de neopreno negro y… tiene una tabla azul. —Aprieto los ojos, con fuerza. Visiones inconexas me arden en la memoria—. Delfines. Su tabla tiene delfines y unas flores rosas. Y tiene un delfín en la cadera. Un… un tatuaje, creo.

—¿Cómo lo sabes, si lleva un neopreno?

—La he visto en bikini antes —aseguro, no sé de dónde he sacado esa información—. Y desnuda… en una playa. Y… en una caseta de madera que está junto a un faro.

Abro los ojos y sacudo la cabeza cuando imágenes de esa morena sin rostro, gimiendo debajo de mí, me invaden. No es algo sucio ni erótico, sino dulce, inocente. Estábamos enamorados. Me incomoda

revivir esa visión delante de Judith. Ella es mi ahora, y Serena es… ¿qué fue Serena?

—¿Qué más ves?

—Estoy con mis hermanos en Marina Piccola —murmuro—. Estoy en mi moto… y yo acelero.

—¿Por qué aceleras?

—Porque nos picamos. Una tontería en el bar. Alguien dijo algo y echamos una carrera.

—¿Ganaste?

Niego con la cabeza, intentando regresar a ese momento.

—No… no creo.

—¿Practicabas surf con tus hermanos?

—No —respondo sin dudar—. Tizzy y Leo preferían las motos de agua. Siempre se burlaban de mí. Me obsesioné tanto con el surf que, en aquella época, solo llevaba bermudas, chanclas… Me llamaban Dan «El australiano».

La nostalgia me hace sonreír, aunque también llena mis ojos de tristeza.

—¿Tus hermanos se burlaban de ti a menudo?

—No, ellos… Estábamos unidos, pero las cosas cambiaron en la universidad. Nos distanciamos, supongo que tomamos diferentes caminos —explico. Jude frunce el ceño, como si algo en mi historia no le cuadrase—. ¿Por qué pones esa cara?

—Tienes que encontrarla.

—¿A quién? —Me incorporo, mirándola como si estuviera mal de la cabeza.

—A esa chica de tu sueño. ¿A quién va a ser?

—¿Tú estás loca? No puedo lanzarme a la aventura en busca de una mujer que ni siquiera sé si existe.

—Sí puedes. Tal vez ella pueda ayudarte a comprender lo que pasó esa noche.

Me estoy agobiando. En el hipotético caso de que Serena existiera, y más allá de que no tengo ni puñetera idea de cómo encontrarla, está el hecho de que no sé si quiero enfrentarme a la verdad.

—Será mejor que intentemos dormir de nuevo, Jude. No quiero seguir hablando de esto.

—Dan, deberías… —insiste.

—Jude —corto, intentando no sonar grosero—. Estoy hecho polvo. ¿Podríamos dejar esto para mañana?

—Has abierto la puerta, Dan. Ahora no puedes rendirte.

—Esa puerta va a aplastarme.

—No mientras yo esté a tu lado —asegura, besando mis labios con dulzura.

Se acurruca a mi lado y yo me aferro a ella. La ansiedad me golpea el pecho, haciéndome saber que esta noche tampoco voy a pegar ojo. Pero al sentir su cuerpo junto al mío…, todo se hace un poquito más fácil.

29

¿QUIÉNES FUIMOS?

DANTE



—Ravah.

Serena me tiende un papel con un dibujo extraño. Es como un círculo trazado con líneas deliberadamente irregulares. En su interior, dos triángulos equiláteros contrapuestos en un patrón que forma una estrella. En uno de los triángulos, en la esquina superior izquierda, hay un león. Por mi horóscopo, supongo… Y en el triángulo que se forma abajo, casi en el centro de la imagen, un arco y una flecha, por el suyo: sagitario. Del centro sale fuego hacia arriba, simbolizando el elemento que nos une en el zodíaco. ¡Qué místico!

—¿Ravah*? —respondo interrogante.*

—Significa saciar *en hebreo —me explica—. Abundancia. Puedes entenderlo como estar empachado o borracho, o como algo más espiritual: sentirte lleno de amor, de vida. Ser parte de una unión*

que trasciende lo tangible y lo inexplicable. Así es como yo me siento contigo, Dan: completa.

No me veo capaz de decir nada. Pese a lo mucho que me gusta, su intensidad a veces me abruma. Es mi primer amor, mi primera chica, y no estoy acostumbrado a abrirle mi corazón a otra persona.

Serena, avergonzada por mi silencio, baja la mirada. Los rayos del sol han enrojecido sus mejillas de un modo adorable.

—Solo es una tontería —dice al fin—. Se me ocurrió en sueños. La primera vez que te vi sentí como si nuestra historia estuviera escrita en los astros mucho antes de que nuestros caminos se cruzaran. ¡Menuda tontería!

—No es ninguna tontería, Sere. Me encanta. En serio… —Y me doy cuenta de que es cierto: todo en ella me encanta—. Creo que es una gran idea, hagámoslo.

—¿Seguro? Mira que un tatuaje es para siempre.

Beso sus labios y sonrío, sintiendo que me lleno de vida. Ravah.

—Lo sé, te recuerdo que ya tengo otro.

Exhibo con orgullo el árbol de cinco ramas que llevo en el antebrazo, a juego con los de Tizzy y Leo. Nos representa a nosotros, los hermanos Ricci, y la idea es que Cesca y Pia se lo hagan también algún día, cuando la enana tenga edad suficiente para ello.

—Además, estoy loco por ti, Sere. No se me ocurre nadie más con quien quisiera hacer esto.

Nos besamos. Nos abrazamos y, en algún momento, su bikini se une a mis bermudas tropicales en el suelo. Hacer el amor con ella aún me pone nervioso. Ya he estado con alguna chica antes, pero nunca como ella. Ninguna me ha arañado el corazón como lo hace Serena.

Saboreo sus labios carnosos y mis manos se pierden en su frondosa melena de rizos negros.

—«Encuentra lo que amas y deja que te mate».

—¿Qué? —pregunto, sintiendo una presión que me ahoga.

No entiendo por qué Serena me recita esos versos de Bukowski. Pero Serena ya no está aquí. Su cuerpo se ha desvanecido entre mis

sábanas, mientras la risa frívola y altanera de Allegra resuena por las paredes de la habitación.

Me despierto jadeando, el sudor me empapa la frente y la espalda, y el corazón está a punto de salírseme del pecho. No me ayuda estar en este apartamento oscuro de Cracovia con el que aún no me he familiarizado.

Cojo la almohada y la tiro con rabia contra la pared, haciendo que una lamparita se caiga con un estruendo sordo.

—¡Joder! —rujo para exorcizar la angustia que se me ha agarrado al pecho.

Me siento al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, tratando de recomponer todo lo que he vivido en ese sueño. Llevo años intentando descifrar lo que significa el extraño tatuaje que tengo en el brazo. ¿De verdad fue esa tal Serena quien lo diseñó para nosotros o ha sido todo fruto de mi imaginación?

«Para nosotros…».

¿Qué fue ella para mí?

¿Qué fuimos?

Me llevo la mano al pecho, intentando normalizar la respiración. A través de la ventana, Cracovia duerme bajo un manto de luces.

No entiendo por qué estoy recordando todo esto precisamente ahora. El cerebro es un órgano fascinante. Todo lo que hemos vivido, incluso aquellas cosas que creemos olvidadas o insignificantes, se almacena en algún lugar del subconsciente. Una palabra, un olor, un sonido… Y de pronto, un día, sin que sepas qué lo ha ocasionado, todo vuelve a la superficie.

¿Debería intentar encontrarla? No va a ser fácil, como buscar una aguja en un pajar. Tan solo tengo un nombre y la sospecha de que la conocí en Capri aquel verano. Que nos amamos, y que, de ser ciertas mis visiones, compartimos un tatuaje. Una parte de mí se rebela y se niega a olvidarla. Porque algo me dice que esa mujer podría ser la pieza que le faltaba a mi puzle.



El eco de mis pasos resuena con fuerza por los túneles de la mina de sal de Wielizcka. Aunque apenas he dormido dos horas, la adrenalina funciona como combustible para ayudarme a soportar el día. Pocas veces he estado en un lugar tan insólito, pero no quiero mostrarle tan pronto mi fascinación a Baldini o pensará que ha contratado a un novato.

—Estas galerías son una mina de secretos —explica, con una voz que retumba en los pasadizos—. Los mineros dejaron historias grabadas en estas paredes. Aquí no solo se extraía la sal, *ragazzo*, aquí se creaba arte. Mira esto.

Baldini se detiene frente a un relieve tallado en la pared, que muestra una escena bíblica con tanto detalle que me deja sin palabras.

—Espectacular —digo al fin, disimulando mi entusiasmo.

—Pues esto es solo el principio. Ya verás cuando lleguemos a las capillas inferiores. Espero que te hayas abrigado bien.

Me encojo de hombros. Me he puesto una camiseta térmica y una sudadera debajo del mono de obra. Soy un tipo caluroso, así que debería bastarme.

Pasamos por pasadizos estrechos y capillas poco iluminadas hasta llegar a una amplia cámara, donde hay otras dos personas más restaurando.

—Ellos son Basia y Dominique, tus nuevos compañeros. Ella es nativa de Cracovia y él ha venido desde París. Espero que os llevéis bien, porque vais a trabajar mano a mano.

—Domi, encantado. —Un tipo con gafas y pelo desordenado me estrecha la mano, afable.

—Dante. ¿Cuánto llevas currando aquí?

—Unos dos meses. Digamos que soy el veterano en la mina. —Aunque Baldini no me lo hubiera dicho, habría detectado al instante que es francés. Su acento lo delata—. Basia llegó hace apenas un

par de semanas, pero ya se ha hecho la reina del lugar. Ya sabes cómo son las mujeres…, sobre todo, las que están buenas.

La rubia le pega un codazo y a mí me sonríe con simpatía. Pese a la falta de luz natural y el atuendo, me llaman la atención sus ojos increíblemente azules y la dulzura de sus facciones.

—Bueno pues, una vez hechas las presentaciones, voy a mostrarte en qué consiste esto.

Dejo mis cosas en un rincón y sigo a mi jefe por la mina. La humedad, mezclada con el mineral del entorno, hace que el aire tenga un curioso sabor salado que no se te despega del paladar.

—Esta mina está construida con sal gema, halita, como la llaman por aquí. Pero no es como la sal que utilizas en casa para la cocina… Esta es pura, formada hace millones de años cuando los océanos cubrían esta región.

—¿Cuándo se descubrió esta mina?

—Lleva operativa desde el siglo XIII, así que echa cuentas… Las galerías se han expandido a lo largo de los siglos, llegando a una profundidad de hasta 327 metros y creando túneles de más de 287 kilómetros de extensión.

Toqueteo las paredes traslúcidas, sintiendo el frío atravesarme la piel. No creo que nadie pueda entender la belleza de un sitio como este si no lo ve con sus propios ojos.

Pero nada es comparable a lo que he sentido al entrar en la Capilla de Santa Kinga, tallada a más de cien metros bajo tierra, en honor a la patrona de los mineros de la sal.

Las estatuas representan figuras religiosas y escenas de la vida de la santa. Lámparas de araña cuelgan del techo, creando juegos de luces y sombras en esa iglesia que nada tiene que envidiar a las grandes catedrales construidas en la superficie.

Y de pronto, me he sentido pequeño, como si yo no estuviera a la altura de un encargo así. Con miedo a que las figuras de sal se deshagan entre mis manos.

—La sal de Wielizcka no solo es famosa por su pureza, también lo es por su resistencia —explica Baldini, leyéndome el pensamiento—. De otro modo, no hubiera sido posible crear todas estas obras de arte que tienes a tu alrededor.

—Estoy deseando descubrir las historias enterradas entre estas paredes.

—Y esa es tu labor, Dante, devolver a estas piezas la dignidad que el tiempo les ha arrebatado. ¿Estás listo para tu primera tarea?

Le acompaño hasta una estatua que representa a un caballero medieval. La complejidad con la que está tallada la armadura me deja sin palabras. Está bastante deteriorada y necesita una buena restauración, así que no hay tiempo que perder.

—Tienes todo lo que necesitas en esos maletines de ahí. Si te surge cualquier problema, no dudes en pedir ayuda. Al principio, cuesta un poco acostumbrarse al material. Date tiempo.

—Estoy deseando meterle mano a esa estatua.

—No quiero que te sientas presionado, pero tenemos muchas expectativas contigo, *ragazzo*. He oído que eres de los mejores.

—Bueno, ya sabes que lo mío es el arte fúnebre, pero me esforzaré al máximo. Es un honor formar parte de tu equipo.

Mientras me preparo para ponerme manos a la obra, no puedo evitar pensar en lo mucho que le gustaría este lugar a Judith, así que grabo un pequeño vídeo para mandárselo cuando vuelva a tierra firme.

La halita es hermosa, pero también muy traicionera. Frágil como el cristal, aunque resistente al paso del tiempo. Pongo los cinco sentidos en lo que estoy haciendo para no deteriorar la pieza. Una presión excesiva podría fracturar el bloque y destruir siglos de historia petrificada.

Con una herramienta de punta fina, empiezo a limpiar los restos de sal y polvo acumulados en las grietas de la estatua. Una vez esté lista, tendré que pulir la superficie para devolverle su lustro inicial.

Estoy tan concentrado, que si la mina entera colapsara sería el último en enterarme. A veces pienso que me gusta tanto mi trabajo porque no solo restauro reliquias, sino también alguna parte rota de mí mismo.

La figura de Santa Kinga me observa con impaciencia. Necesito un descanso, pero no estoy listo para detenerme aún. Me preocupa que, al parar, con tiempo libre entre las manos, los vestigios de ese sueño vuelvan a atormentarme. Así que trabajo sin descanso.

Inhalar sal me produce una sed excesiva. Me siento deshidratado. Pese a llevar la ropa reglamentaria, se me ha adherido a los dedos, a las uñas y hasta a las pestañas, hasta el punto de que me escuecen los ojos.

Me quito las gafas protectoras un segundo, me los froto, proporcionándome todo lo contrario al alivio, pues la sal que impregnaba los guantes está ahora esparcida por toda mi cara.

Estornudo. Una, dos…, tres veces. Y en un instante, al intentar pulir un borde con demasiada presión, estornudo por cuarta vez y un trocito de la estatua se desprende y cae al suelo. Caos. ¿Qué otra cosa podría pasar?

—¡Mierda! —protesto, estornudando de nuevo por la fina capa de sal que se ha formado tras el colapso.

En todos mis años de carrera jamás he tenido un altercado semejante y justo tenía que pasarme cuando mi nuevo jefe anda merodeando por aquí. Menuda magnífica primera impresión estoy causando.

—Lo siento, se me ha metido la dichosa sal en los ojos y… No volverá a pasar.

—Llevas cinco horas trabajando a destajo, igual mereces un descanso, ¿no crees? —responde con una expresión bondadosa, como si no acabara de cargarme un trocito de estatua de cuatro siglos de antigüedad.

Un momento…, ¿¡cinco horas!?

El reloj de muñeca que llevo bajo capas y capas de tela me confirma que Baldini está en lo cierto.

—Cuando trabajo, me olvido del mundo —me excuso.

—Lo entiendo perfectamente, *ragazzo*, pero te vendría bien comer algo. ¿Por qué no bajas y te unes a nosotros? Hay té caliente y sándwiches.

Así que me reúno con mis nuevos compañeros en una caseta junto a la entrada de la mina. Después de la comida, me aseo un poco para evitar que se repita la situación.

Domi y Basia comparten conmigo truquitos para trabajar la sal sin morir en el intento y, cuando me quiero dar cuenta, estoy de vuelta en la estatua, arrancando secretos de lo más profundo de su ser.

30

UNA RUBIA DE PIERNAS INTERMINABLES

DANTE

El fin de semana llega casi sin darme cuenta. Tan pronto acabo la jornada de trabajo del viernes, mi cuerpo me pide una ducha y una sesión de sofá y tele con comida basura. Pero Dominique, que debe de estar hecho de titanio puro, me lía para que salga con nuestros compañeros.

No me apetece, pero negarme me haría parecer un antisocial.

—¿Has dicho *grupo*? —inquiero—. Pensaba que solo éramos nosotros cuatro.

—¡Qué va! Nosotros solo nos encargamos de una zona en concreto, pero hay otras tres galerías más en proceso de restauración —me cuenta entusiasmado—. Hay chinos, neozelandeses, americanos… Somos un equipo muy ecléctico que lo único que tiene en común es la pasión por la cerveza.

—Pues me temo que yo ahí no os apoyo. Soy más de vino.

—Por supuesto, veneciano, pero no creo que un par de cervezas baratas te sienten mal. Si vas a estar una temporadita en Cracovia,

te vendría bien conocer gente o el trabajo en la mina puede llegar a ser muy solitario.

Justo la razón por la que adoro mi trabajo, porque me permite estar a solas y conversar con la piedra.

Lo cierto es que no es lo mismo estar solo en Venecia que estar solo aquí. Desde que empecé este trabajo hace casi dos semanas, he cenado cada noche sin más compañía que la voz ocasional de Jude al otro lado del teléfono, que no es más que una forma elegante de decir *cuando me atrevo a llamarla*.

No hemos vuelto a sacar el tema desde mi ataque de honestidad en su piso. Ni sobre mi pasado ni sobre nuestro futuro. No puedo evitar darle vueltas a lo mismo, una y otra vez: ¿se habrá arrepentido? ¿Debería dejarla ir?

No sé ni en qué punto estamos, pero me niego a parecer el hombre que arrincona: no quiero ser tóxico ni pegajoso. Por eso la dejo libre. Como el viento. Como su pelo cuando se ríe. Que venga porque le nace, no porque la arrastro. Pero la libertad, mal leída, se parece mucho a la falta de interés, y temo que mi precaución esté torciendo los planes.

Me pregunto si hay un momento oficial en que dos personas se sientan y dicen *somos novios*, o si se da por hecho un día, con el paso del tiempo. Me pregunto si un mes es suficiente para sentir que amas a alguien, o si la falta de afecto en mi vida, mi soledad, están jugando en mi contra. Tal vez la esté agobiando. Tal vez…

Tampoco ayuda que yo no tenga cobertura durante el día y que ella esté reventada al caer la noche. Cruzamos un par de mensajes y, con suerte, conseguimos hacer videollamada un rato. Y eso es todo.

La semana que viene es la famosa cena de antiguos alumnos y voy a conocer a su familia. Estas cinco semanas han pasado volando y todavía no hemos concretado nuestra farsa. Ignoro la película que Jude les ha contado sobre su supuesto prometido millonario, pero ahora resulta más difícil fingir cuando tenemos una historia real entre las manos. ¿Seguirá queriendo que renueve el vestuario, como acordamos en la primera cita? ¿O habrá decidido aceptarme como soy?

Me doy una ducha rápida y me pongo una camisa sencilla negra con vaqueros negros, cazadora y mi habitual perfilador de ojos. De verdad que no sé cómo he dejado que Domi me líe con el cansancio que tengo.

Todo es culpa de esos malditos terrores nocturnos. Serena y Allegra se han puesto de acuerdo para torturarme, trayéndome una colección de visiones sin sentido que me han hecho despertarme sofocado y dolorido.

No tardo en llegar al bar. La atmósfera está cargada de risas, ruido de vasos y un olor a cerveza rancia que se mezcla con el humo de los cigarrillos. Tiene un rollo soviético, como de fábrica abandonada, que me resulta atrayente, muy diferente a la calidez y cercanía de los locales de Italia.

Diviso a Domi en una mesa del fondo. Cuando me acerco, me presenta a un montón de gente a la que no me suena haber visto por ahí abajo: John, Ngoc, Mikhail, Anya, Hans… Sé que en cinco minutos me habré olvidado de sus nombres.

Mi primera lección es que la cerveza en Polonia cuesta menos que el agua. Y como siempre he creído que donde fueres, haz lo que vieres… Pues eso, que la *piwo* comienza a mezclarse con la sangre de mis venas y me pega rápido. Falta de costumbre, supongo. Voy a empezar a creer eso de que la mezclan con vodka…

Me resigno a entablar conversación por no parecer el rarito del grupo.

La neozelandesa que no deja de hablar de espeleología y deportes de riesgo.

El grupito que ha decidido traerse el trabajo al bar y solo hablan de los tipos de sal existentes y de cómo trabajarlos.

El alemán que intenta llevarse a la rusa a la cama de un modo muy descarado (¿lo conseguirá?).

Y… Basia, mi compañera polaca, que me observa desde la mesa de billar de un modo que me pone nervioso.

Estoy envuelto en una conversación tonta con Domi y el otro italiano sobre cuál es la mejor gastronomía de Europa —nada, que el francés no se baja del burro—, cuando Basia decide que no tiene tiempo para sutilezas. Se acerca a nosotros con paso decidido, muy

consciente de que todos los tíos del bar siguen con interés el movimiento de sus caderas. La tía está buenísima, las cosas como son.

Cuando la tengo casi encima, sonríe y choca su botellín de cerveza contra el mío, con una mirada que casi me desnuda. Me resulta algo violento. Me incomoda. ¿Será así cómo se sienten las mujeres cuando los hombres nos las comemos con los ojos?

—*Na Zdrowie*, Dante.

—¿Y eso significa…?

—¡Salud! —explica, chocando de nuevo el botellín—. No esperaba verte esta noche por aquí.

—Yo tampoco esperaba verme por aquí. Domi me ha obligado.

—Recuérdame que le dé las gracias por ello. —Me guiña un ojo—. Me gusta tu *look* de fin de semana, extranjero. ¿Te he dicho alguna vez que me recuerdas al personaje de una novela?

Sonrío con timidez, pensando inevitablemente en Jude y sus continuas comparaciones con personajes de la literatura y el cine gótico.

—Déjame adivinar: ¿El Cuervo? —propongo. Ella niega con la cabeza—. ¿Tal vez alguno de Edgar Allan Poe o Mary Shelley? —Ella niega de nuevo—. Mientras no vayas a compararme con Frankenstein…

Basia se ríe y coge confianzas para sentarse a mi lado. Su perfume de pachulí me alcanza. Es uno de esos aromas que te invitan a acercarte a su cuello para disfrutarlo mejor, aunque a mí me resulta empalagoso.

—Jack, de *La mecánica del corazón* —claudica—. Pareces un tipo misterioso, romántico y solitario. ¿He acertado?

Frunzo el ceño y tuerzo el gesto. No pienso confesarle que ha dado de lleno. Jack, el niño del corazón de reloj, condenado a tres simples reglas: no toques tus agujas, domina tu cólera y, sobre todo, no te enamores.

Aunque ella no lo sepa, tiene sentido. Los psicólogos insistieron en que mi cabeza y mi corazón no funcionaban como los de los demás; cada emoción que siento es un engranaje desajustado. Así que sí, el apodo me sienta bien. Tal vez demasiado bien. Porque,

como Jack, sé que, si ignoro las reglas, si dejo que el amor me consuma, mi mecanismo defectuoso no sobrevivirá… o tal vez sean los demás quienes no lo hagan.

—Y dime, extranjero, ¿qué te ha traído por aquí? ¿Cuál es tu historia?

—Me apasiona este trabajo, ¿qué otra cosa podría ser?

—Bueno, a todos nos apasiona este trabajo, pero también tenemos otra vida más allá de la restauración. —Hace una parada para saborear su cerveza—. Anya, por ejemplo, aceptó para huir de un marido controlador, y parece que ha encontrado consuelo entre los brazos de Hans, quien, por cierto, aspira a protagonizar el mayor descubrimiento de la historia.

—Un tipo ambicioso.

—Un poco obsesivo, si quieres conocer mi opinión.

—¿Y quién no lo es, en este mundillo?

—Supongo que tienes razón —asume—. Seguimos… ¿Ves a esa mujer de ahí? La neozelandesa. Perdió a su familia en un accidente de coche. Conducía ella. Vino a Polonia en busca de un nuevo comienzo. Cuando no está en la mina, bebe para olvidar.

Trago saliva con dificultad. No puedo evitar sentir un apego inmediato hacia esa desconocida con la que comparto algunos traumas. Los dos hemos encontrado en el arte una manera de purgar nuestros demonios. De redimirnos.

—¿Conoces la historia de todos? —comienzo.

—Menos la tuya…

—Tal vez te la cuente otro día. Soy un tipo reservado —corto, perdiéndome en mi botellín de cerveza.

—¿Vas a decir al menos qué hacías aquí tan solito?

—En realidad, no estaba solo. Estaba manteniendo una apasionante conversación sobre gastronomía con Domi y… cómo-se-llame-el-otro-tipo. ¿Y qué haces tú aquí, aparte de acosar a extranjeros?

—¿*Acosar*? —replica con una risa suave—. Te sorprenderá saber que, normalmente, los hombres están encantados de que los *acose.*

—No, no me sorprende demasiado.

La charla, que ha comenzado siendo inofensiva, ahora es un juego de tiras y aflojas. No sé en qué momento mis compañeros han pensado que era buena idea dejarnos solos, pero aquí estamos, hablando de tonterías que me ayudan a esquivar sus preguntas más comprometidas porque esta mujer no se anda por las ramas.

—¿Puedo darte un consejo, extranjero? Deberías aprovechar más tu estancia en Cracovia.

—¿Sí? ¿Y cómo sugieres que lo haga?

—Acabas de confesarme que te pasas las noches cenando solo y viendo Netflix —me ataca, usando mi confesión más reciente—. No sé, si me dejas, igual puedo proponerte un plan más… estimulante.

No puedo evitar una mueca. Esta mujer es todo lo que un hombre podría desear: cuerpazo de modelo y cara de ninfa. Sabe bien lo que está haciendo, y yo… yo sé que esto no debería estar pasando.

—Eres directa tú, ¿eh?

—Eso dice mi madre —responde con orgullo—. Tú solo dale una vuelta en lo que voy a por otra ronda.

Antes de que pueda responder que no necesito seguir bebiendo, ella se levanta en busca de esas dos cervezas.

No me gusta el camino que están tomando las cosas. O igual lo estoy malinterpretando todo. Tal vez Basia solo intente ser amable y yo estoy imaginando que se me quiere tirar al cuello.

Saco el móvil de la chaqueta y abro el chat que tengo con Jude en el que no ha habido ninguna interacción desde esta mañana. Me consta que ha leído mi último mensaje preguntándole qué planes tenía para el fin de semana, pero es imposible mantener una conversación cuando nuestros horarios vitales parecen enemigos.

Siento una punzada en el pecho. Apenas estamos comenzando nuestra historia y ya me pregunto si seremos capaces de sobrevivir con tantos kilómetros de por medio.

El alcohol me afloja los tornillos y la mente se me vuelve un cuarto sin ventanas. Pienso en Leo. En su boca sobre la de Jude. En lo mucho que me jodió saber lo que habían hecho. Creía que mis celos eran una rencilla personal con mi gemelo, pero ahora sé que es peor… La idea de Jude con otro —sea quien sea— me destroza de una forma que no admite metáforas.

Me muero por escribirle y preguntarle qué está haciendo, qué tiempo hace en Venecia o si Gaby la está torturando con una de sus películas. Lo que sea para sentirla cerca, aunque sea a través de la pantalla. Pero, después de mi confesión, no quiero que sienta que la estoy controlando. Así que no hago nada. Como siempre.

—Es muy guapa.

Basia aparece con las bebidas y la voz teñida en decepción.

—Perdón, ¿qué?

—Esa chica a la que estás mirando como si el mundo girara en torno a ella. Debería haber imaginado que ya estabas con alguien, chico solitario.

—Sí, bueno, estamos empezando algo… creo.

—¿Crees? —Basia detecta una posibilidad en mis palabras—. ¿Quiere decir eso que… aún no estáis juntos?

—Es… complicado —resumo—. Todo ha ido muy rápido y, cuando parecía que las cosas empezaban a fluir, me vine a Polonia y…

—Ya, y por eso estabas mirando un chat vacío en el que ella no te ha contestado en horas —analiza la situación con bastante crueldad en su propio beneficio.

No respondo de inmediato, porque lo que insinúa ha aumentado la incertidumbre que siento. Y parece que mi falta de respuesta es todo cuanto ella necesita para avanzar. Basia se sienta tan cerca de mí que su rodilla roza la mía.

—¿Estás seguro de que ella no está con alguien más, extranjero? —sugiere, haciendo que me hierva la sangre con una probabilidad que yo también había contemplado—. Porque, si no habéis hablado de exclusividad…, técnicamente estás libre, ¿no? Los dos estáis libres.

Su comentario se queda suspendido en el aire. Solo necesito un par de cervezas más. Un par de bromas picantes más y podría estar perdido entre sus piernas. Hace unos meses no lo habría dudado un instante. Pero ahora… Lo único que me pide el cuerpo es acabar con este absurdo cuanto antes.

—¿Sabes qué, Basia? Que tienes razón.

31

¿QUÉ LE DIGO?

JUDITH

Estoy agotada. Agotada con mayúsculas, subrayado y luces de neón. ¿Por qué conformarse con un mal día cuando puedes tener una semana de mierda? Y para rematar este bendito viernes, nos ha llegado todo el equipo de fútbol del Benfica porque su fisio perdió el vuelo. Casi veinte tíos inmensos repartidos entre mi compañera, mi jefe y yo. Y, por supuesto, me ha tocado el *pack* completo de quejas y contracturas imposibles.

Después de tanto masaje, creo que tengo tendinitis en la muñeca, y el exceso de aceite de eucalipto en el aire me ha dejado en un estado que roza lo psicotrópico.

Si no fuera por la máquina de café y alguna pastita que he robado de extranjis, no sé cómo habría sobrevivido sin comer nada en todo el día.

No veo el momento de regresar a casa, darme una ducha calentita y tirarme en el sofá a hablar con Dante… si es que lo pillo antes de que salga con sus compañeros.

No hemos vuelto a mencionar lo nuestro. De hecho, no hablamos de nada demasiado personal. Nuestras conversaciones son neutras,

desapasionadas, tanto que extraer información de ellas se siente como intentar exprimir una piedra. Y yo estoy empezando a temer que las cosas se hayan enfriado tan rápido como ardieron. Que yo estoy aquí, soltando mariposas por la boca cada vez que le hablo de él a Gaby, mientras Dante solo me ve como a las otras mujeres, como un *desahogo*.

Y mejor no hablar de mi nuevo y apasionante *hobby*, que me tiene sin dormir por las noches: me he aficionado a leer manuales de psicología sobre psicópatas como quien devora novelas de *dark romance.*

Mi Kindle me felicita cada día con medallas imaginarias y mensajes motivacionales que rezan que estoy *on fire*. Estoy en llamas, sí, pero no del modo en que me gustaría…

Mis noches están dedicadas a lecturas como *Rasgos clave del psicópata funcional* y *Cómo identificar a un psicópata en diez pasos.*

Por si eso no fuera suficiente, devoro *podcasts* de camino al trabajo, esas voces suaves que narran historias truculentas y convierten mis trayectos en pequeñas películas de terror.

Si alguien echara un vistazo a mi historial de búsqueda, pensaría que necesito ayuda urgente. Yo acabaría arrastrada a una asociación de mujeres en peligro —o a una lobotomía preventiva—, y Dante…, bueno, a él lo meterían derechito en una celda sin juicio previo.

Entre mis perlas de búsqueda más destacadas esta semana están:

«Cómo saber si estás saliendo con un psicópata».

«Personalidad del psicópata enamorado».

«Compatibilidad de mujer géminis con hombre leo ascendente en libra y tendencias psicópatas».

Y mi favorita, esa joya que resume mi angustia: «¿Se puede sobrevivir a un romance con un psicópata? Casos reales».

Mi algoritmo de Instagram ya no se molesta en sugerirme viajes, recetas de cocina ni trucos de maquillaje. Todo sugiere que estoy en una relación tóxica y que debería huir.

Sí, tal vez me esté volviendo loca, pero al menos ahora entiendo mejor el perfil de las personas que ya lo están.

Así que aquí sigo, cada vez más atrapada en esta maraña de fascinación y pavor. Porque, cuanto más me documento, más me

convenzo de que todos están equivocados. O quizá la equivocada sea yo, una ilusa enamoradiza dispuesta a cruzar cualquier línea roja solo por el privilegio de amar a alguien tan auténtico como Dante.

Me quito la bata y me pongo mi camiseta de algodón y una chaqueta de punto, lista para irme a casa. Menudo día.

—Ey, Jude. —Mi compañera Olivia interrumpe mis pensamientos con esa sonrisilla suya de cotilla profesional—. Hay un tío ahí afuera preguntando por ti, que poco tiene que envidiarles a los futbolistas de hoy.

—¿Por mí?

Señala con la barbilla hacia la calle, a través del cristal del local. Y lo veo. Me ve. Me da un vuelco al corazón al creer erróneamente que es Dante, pero él jamás llevaría esos chinos blancos ni esa camisa burdeos. Hay que ver qué rápido se puede pasar del amor al odio.

—¿Lo conoces?

—Por desgracia.

—Te iba a preguntar si tenía un hermano gemelo, pero a la vista de que le pones tantas pegas al muchacho…

—Lo cierto es que sí, lo tiene, pero a ese ni te acerques, que es mío —respondo algo posesiva—. Aunque si te interesa el que está en la puerta, te lo envuelvo en papel de regalo y es todo tuyo.

—Lástima… Me parece que el casanova solo te quiere ver a ti.

Leo se da cuenta de que llevo un rato observándolo y me hace un gesto con la mano. ¿Qué demonios hace en mi trabajo? ¿Cómo me ha encontrado?

Me resigno a que tendré que enfrentarme a él antes o después si no quiero quedarme a dormir en la clínica. Sin embargo, no tengo prisa alguna. Termino de doblar las toallas, cambio los botes de aceite seis veces de sitio… y no es hasta que mi jefe amenaza con cerrar la verja conmigo dentro que me animo a salir a la calle.

Encuentro a Leo apoyado en el escaparate como si fuera el rey del universo. Sonrisa torcida, la mirada fija en mí y esa chaqueta de ante marrón que le hace parecer salido de un maldito anuncio.

—¿Qué haces aquí? —le encaro cruzándome de brazos.

Sonríe con ese magnetismo de encantador de serpientes.

—Tranquila, fiera, que solo venía a pedirle perdón a mi cuñada favorita. ¿Crees que podrás soportarme diez minutos?

—¿Tengo otra opción?

—Por supuesto, puedes negarme un café y una disculpa, pero reconoce que estaría muy feo.

Lo miro desconfiada. Pero aun así, sus palabras logran aflojar un poco la tensión en mis hombros.

—Disculpas aceptadas. Ya ves que eres muy convincente. Ahora, vete.

Él ladea la cabeza, sin rendirse.

—En realidad, quería darte algo para mi hermano.

—¿Y por qué no se lo das tú mismo?

—Porque me voy de viaje de negocios, y sé que Dan está en Polonia. No sé cuándo volveremos a coincidir. ¿Puedo dártelo a ti?

Suspiro, cansada de este intercambio de palabras.

—Claro.

Saca un sobre de su chaqueta y me lo entrega. Lo sostengo entre mis manos y, aunque no pesa demasiado, su actitud hace que parezca un secreto de estado.

—No lo abras, ¿eh?

—¿Por quién me has tomado?

Él sonríe, pero no dice nada más. Misterioso, como siempre. Apostaría que solo busca provocarme. Empiezo a conocer demasiado bien a Leo Ricci.

Meto el sobre en mi enorme bolso de trabajo y trato de olvidar la curiosidad por saber qué contiene, a pesar de que la tentación me domina.

—¿Has estado alguna vez en La Perla di Venezia? Podríamos cenar algo rápido —propone.

—¿No es uno de esos locales pomposos donde advierte *a fuego lento* al lado de cada plato? No es exactamente lo que yo entiendo por *cenar algo rápido*.

—No te hagas de rogar, cuñada. Si lo tuyo con mi hermano va tan en serio como le habéis hecho creer a todo el mundo, ¿no sería más fácil si nos lleváramos todos bien?

Sospecho que Leo y yo nunca vamos a llevarnos bien, pero prefiero ahorrarme el drama de decírselo.

—No pienso ir a ningún lado contigo, Leo. Mi bus llegará de un momento a otro.

—Puedo llevarte a casa en mi coche. Lo tengo ahí aparcado.

—¿Y por qué no lo usas para largarte?

Él se encoge de hombros, como si mis palabras le divirtieran.

—Estamos en un espacio público, Judith, no puedes prohibirme que espere el autobús contigo.

—Lo tuyo empieza a resultarme obsesivo, chaval.

Pongo los ojos en blanco y Leo se ríe. No puedo evitar que algo en esa sonrisa me recuerde a su hermano. Son demasiado iguales por fuera, pese a lo diferentes que empiezo a ver que son por dentro.

Hablamos de cosas triviales. Conversaciones ligeras, como si no hubiera un puñal escondido en cada una de sus palabras. Y entonces suelta:

—Mi hermano debe de quererte mucho.

El comentario me toma por sorpresa, pero intento mantenerme impasible. Yo ya sé que todo lo que dice y hace busca provocarme una reacción.

—¿A qué te refieres?

—Las rubias. Siempre fueron su debilidad. Y Polonia es el epicentro de la tentación.

El golpe es directo y efectivo. Siento la sangre arderme bajo la piel, aunque consigo mantener la compostura. Al menos, por fuera.

—Ya ves, chico. Confío en él.

—Me alegra oír eso. Estoy seguro de que mi hermano te adora y no tienes nada de qué preocuparte.

—Exacto.

Leo es gilipollas. ¡No! La gilipollas soy yo, que estoy aquí escuchándolo en lugar de mandarlo a la mierda. Estoy a punto de responder algo mordaz que lo ponga en su sitio cuando mi móvil vibra en el interior del bolso.

Lo saco, y al ver el nombre de Dante en la pantalla, una inexplicable animadversión me invade. No la merece, lo sé, pero ahí

está, ardiente e irracional, gracias a su querido gemelo.

Dante: Estoy hablando con una compañera de trabajo y me acaba de preguntar si tú y yo estamos en exclusiva. ¿Qué le digo?

O tal vez sí se la merezca…

Fantástico. Justo lo que necesitaba. Como no tenía suficiente con un gemelo capullo, ahora tengo que lidiar con dos.

Releo el mensaje un par de veces más sin saber qué responder. La chispa de dudas que Leo intentaba avivar ahora parece un incendio descontrolado. Odio tener que darle la razón a este cretino, pero todo parece indicar que Dante ya ha encontrado sustituta. Por eso estaba tan esquivo.

Jude: ¿Tu compañera? Supongo que es la típica rubia despampanante.

Apago la pantalla del móvil y lo meto de nuevo en el bolso, dispuesta a subirme al primer autobús que pase, aunque no sea mi línea. Pero Leo es demasiado astuto y nota enseguida un cambio en mi rostro.

—¿Todo bien, preciosa?

—De maravilla. Cuñado, me encantaría decir que ha sido un placer volver a verte, pero los dos sabemos que no es cierto y…

—¿Alguna vez te has preguntado por qué Dan y yo somos tan distintos?

—La verdad es que no me quita el sueño.

—Pues debería, quizá te ayudaría a comprender lo que pasó con nuestro otro hermano.

No pienso dejar que la onda expansiva me alcance. Esta vez no. El móvil comienza a vibrar de nuevo y salto sobre él, literalmente, ansiosa por leer la respuesta de Dante.

Dante: ¿Es eso relevante?

Jude: Supongo que no. Haz lo que te dé la gana. Al parecer, no me tienes que dar explicaciones.

Casi lanzo el móvil al suelo, pero me controlo porque no quiero darle esa satisfacción a Leo. Lo de que todo el mundo me mire como si estuviera loca ya casi que hasta me da igual… Me estoy imaginando a Dante en Polonia, con su ceño fruncido y esa forma de morderse el labio cuando no sabe qué decir. A su lado, una modelo hace piruetas en ropa interior, eso seguro.

El gemelo metomentodo arquea una ceja con esa expresión que tanto odio, mezcla de burla y satisfacción.

—¿Problemas en el paraíso?

Segunda vez que me hace la preguntita de marras y yo callo y otorgo. De nuevo, el teléfono impide que le responda como se merece, aunque esta vez es una llamada. Descuelgo sin pensar demasiado en la audiencia.

—Puedes irte cuando quieras —le pido a Leo, pero el tío no se mueve del sitio, así que soy yo quien se desplaza para responder la llamada con algo de intimidad, a riesgo de perder el bus—. Hola, Ricci.

—Pelirroja, ¿te pillo mal?

—Estoy esperando al bus. ¿Todo bien?

—Pues…, no lo sé, pero esta no es una conversación que podamos mantener en medio de la calle.

—Como quieras. Pásatelo bien con tu compañera esta noche.

Con la rabia oprimiéndome el pecho, decido cortar la llamada. Antes de darme tiempo a volver a meterlo en el bolso, el móvil vibra de nuevo. Suspiro y deslizo el dedo para responder a su videollamada.

—Escúchame, Jude —su voz suena más rápida ahora, como si las palabras se le escaparan del pecho—: no me interesa Basia. Solo quiero saber si estamos juntos o no, porque estoy volviéndome loco de echarte de menos y no saber si tengo derecho a llamarte cuando me apetezca.

—¿Qué? —Es todo cuanto alcanzo a decir. Sus palabras se me han atropellado en la mente y me cuesta procesarlas.

—Ya sabes que nunca he tenido novia antes. No sé cómo funcionan estas cosas, ni si hay un momento exacto o unos ritmos preestablecidos. Yo había asumido que estábamos juntos, pero

alguien me ha dicho que no puedo dar las cosas por hecho sin hablarlas contigo antes. Que igual no estamos en el mismo punto, que tal vez solo fui un rollo para ti… Así que… aquí estoy.

Siento tanta alegría que mis ojos brillan, traicionando lo que siento antes de que pueda decirlo.

—Yo no quiero estar con nadie que no seas tú, Dan.

—¡Joder, Jude! No sabes el peso que me quitas de encima. Pensé que estaba haciendo el ridículo.

—¿De verdad has estado tan distante por eso? ¡Yo pensaba que te habías arrepentido!

—Yo qué sé, Jude. Me vine a Polonia nada más enrollarnos, apenas hemos tenido tiempo de hablar las cosas, y después de lo que te conté sobre mí… No quería resultar obsesivo y controlador.

Creo que soy yo quien está más obsesionada de los dos, pero no se lo digo. Tan solo sonrío, tratando de calmar el incendio en mi pecho.

El autobús pasa por delante de mis narices y Leo me silba para llamar mi atención. Le hago un gesto con la mano para que entienda que me largo a casa andando. Sin él.

—Jamás adivinarías quién ha venido hoy a buscarme al trabajo.

—Si no me das alguna pista…

—Tu hermano.

—¿¡Estás con Leo!? —pregunta, ruge, exclama y reprocha. Todo al mismo tiempo. Casi puedo escuchar el crujir de sus dientes.

—No, me he negado a cenar con él y me ha seguido hasta la parada de bus. —Le oigo respirar con dificultad al otro lado de la línea—. ¿Estás celoso? Yo no quiero que estés celoso.

Si de verdad es cierto todo lo que me ha contado, no puedo despertar a la bestia. Pero no… Dan sigue tranquilo, con esa sonrisa tímida que apareció cuando le confesé que no hay nadie más que él.

—No me hace gracia que haya ido a verte, pero confío en ti, Florecilla. Al cien por cien.

—¿Puedo confesarte algo?

—Siempre. ¿De qué se trata?

—Tu hermano es un cretino, y odio que tengáis la misma cara porque eso hace más difícil que tenga tantas ganas de partírsela.

Me encanta el sonido de su risa, es como las olas que arrastran todos los malos momentos.

—Por mí no te cortes. No tenemos ninguna conexión especial de gemelos. Es todo un mito. Si le haces daño a él, no me afecta a mí ni nada de eso. ¿Ha vuelto a intentar besarte o qué?

—Esta vez ha intentado convencerme de que tenías un harén de rubias despampanantes.

—Así que por eso me has pegado esa contestación… Pues nada más lejos de la realidad, preciosa. —Me hace un barrido de cámara para mostrarme un bar donde predominan los hombres—. La única rubia despampanante que anda por aquí es mi compañera Basia, y me ha tirado los tejos descaradamente, pero ya sabe que estoy loco por ti.

—¡Vaya! Me alegra que se lo hayas dejado claro.

—Jude… —Dante traga saliva, nervioso—. Creo que estoy empezando a quererte un poco. Solo un poco, ¿eh? No te asustes. Aún es pronto y…

Su confesión me toma por sorpresa. Jamás imaginé que el tipo duro sería el primero en romper la barrera y pronunciar esas dos palabras mágicas, menos aún, después de solo unas semanas. Aunque ¿quién decide cuándo se nos permite comenzar a sentir? A veces son las circunstancias. A veces es completamente irracional. Y lo cierto es que yo no puedo seguir negándoselo por más tiempo. No me había ocurrido nunca nada así, pero Dante tiene algo que me atrapa.

—Hay una ligera posibilidad de que me esté ocurriendo lo mismo contigo, Ricci. Y tengo muchas, muchas ganas de verte.

Él se muerde el labio, conteniendo esa sonrisa que le brilla en los ojos.

—Solo seis días más, pelirroja. Estoy contando los minutos.

El tiempo parece diluirse mientras seguimos hablando. Dos idiotas enamorados, diciendo tonterías y sonriendo a través del teléfono. Y, por un instante, siento que ya no tengo miedo de lo que pueda venir.

32

EL MONSTRUO

JUDITH

Casi tres semanas sin vernos. Es demasiado tiempo cuando estás conociendo a alguien y te gusta hasta la forma en que respira. Tres semanas sin abrazos, sin citas, sin sexo… Bueno, de eso algo ha habido —gracias, tecnología moderna—, pero hacerlo por teléfono no es lo mismo que en persona, y la frustración va en aumento.

No me puedo creer que en solo dos días sea la famosa fiesta de antiguos alumnos. El evento en sí me importa tres cominos, pero la idea de llevar a Dante a casa de mis padres… eso ya es otro tema. Llevo meses soltándoles tantas trolas sobre mi supuesto novio que ni yo sé lo que he dicho. Lo único claro es que enamorarnos ha sido el daño colateral más imprevisible y maravilloso que podría habernos pasado.

Él no para de preguntarme por qué estoy tan nerviosa por esa cena a la que ni siquiera quiero ir, y yo no sé cómo explicárselo. Nunca fui la exitosa del instituto. Ser pelirroja, llevar gafas de pasta y la ropa de segunda mano que te cedían tus vecinas no eran exactamente mi mejor carta de presentación en aquellos años, y las guapas del instituto no tardaron en apodarme Judibetty la fea.

Eso, sumado a la traición de Giulia y Renzo, debería ser razón suficiente para no querer ver sus caretos en lo que me resta de vida.

Pero, ahora que somos adultos, quiero demostrarles que ya no soy esa chica que se escondía tras sus libros para evitar miradas y comentarios.

Quiero que vean que soy feliz, que ya no tienen el poder de hacerme daño, y que el imbécil que me puso los cuernos ya no significa nada para mí. Y si consigo que dicho imbécil se retuerza de arrepentimiento cuando me vea feliz con Dan, habré cumplido con mi misión por partida doble.

Claro, todo eso es mi patético plan secreto. Lo que Dante va a encontrar, sin embargo, es una habitación llena de gente, que aún no se hace a la idea de que ya no tenemos quince años, y que probablemente no deje pasar la oportunidad de lanzar algún comentario hiriente, aunque sea disfrazado de halago.

Estoy terminando de fregar el suelo de la cabina cuando mi compañera se acerca, con esa vocecilla chismosa que me saca de quicio. ¿Y ahora qué quiere esta pesada?

—Tío bueno en la puerta preguntando por ti. Te diría que es el mismo del otro día, pero tiene unas pintas rarísimas.

Juro que tengo un *dèjá vu*. Como sea Leo otra vez… Mis ojos se dirigen directamente al amplio escaparate que recorre la clínica de puerta a puerta y me da un vuelco al corazón tan fuerte que dejo caer la fregona.

—¿Este es el hermano al que me puedo tirar o al que no? —pregunta—. No tengo manías, me gustan los dos, es por ir haciéndome a la idea.

La fulmino con la mirada y a punto estoy de recoger la fregona del suelo solo para darle con ella. Espero que lo pille.

—¿Tú qué crees?

—Anda, ve antes de que el escaparate se nos empañe de tanto babear.

Salgo disparada, y cuando estoy frente a él y esos ojos que me derriten, no sé ni qué decir, así que opto por comérmelo a besos.

Lleva una camisa negra, sin florituras —gracias, universo—; pantalones ajustados del mismo color y su inseparable cazadora de

cuero. En realidad, a mí me da igual lo que se ponga, yo solo quiero quitárselo todo.

—No podía esperar más para verte. —Su voz ronca me envuelve, y esa mirada que me recorre de arriba abajo hace que mis piernas tiemblen.

—Eso tendrás que demostrármelo. Ven, quiero enseñarte mi cuartito de masajes.

Le tomo la mano y lo arrastro hasta el salón, seguidos por la mirada curiosa de mi compañera. Una vez cierro la puerta, todo lo demás desaparece.

Mis manos van directas a su camisa. No hay espacio para protocolos ni para excusas, los botones ceden bajo mis dedos con una urgencia descarada. Mis labios buscan los suyos y lo devoran. Él me responde con esa intensidad que siempre me hace sentir que el mundo entero podría derrumbarse alrededor y no nos daríamos cuenta.

—Dios, cuánto te he echado de menos —murmura contra mi boca. Su aliento se mezcla con el mío, mientras sus manos recorren mi espalda, apretándome contra él—. ¿Así es cómo tratas a tus clientes?

—Solo a los que son muy especiales.

Su risa es breve, oscura. Me toma por la cintura y me sienta sobre la camilla como si mi cuerpo no pesara nada. Entonces traza un camino de besos por mi cuello y su cálido aliento me envuelve.

Mis dedos recorren su torso, acariciando cada línea de esos músculos como si fueran mármol vivo. No consigo parar; lo muerdo en los labios, lo pruebo con hambre, hasta que mis manos descienden despacio hacia el límite de sus vaqueros.

—Buf, Jude, para… o atente a las consecuencias.

—¿Y qué *consecuencias* son esas?

Su mirada se oscurece. Hay amenaza, hay hambre pura. Pero no me detengo. Me deslizo bajo la tela para acariciar lo que él intenta contener.

—Jude… —gime a modo de advertencia.

—He decidido que me atengo a las consecuencias.

Él sonríe, y sus manos comienzan a buscar el final de mi vestido. Pero yo lo detengo, sujetando sus muñecas y clavándole la mirada.

—No tan rápido, que te veo muy tenso… Recuéstate.

—¿Sabe lo poco profesional que es esto, señorita Marsili?

—¿Y usted sabe lo poco que me importa, señor Ricci?

Mi boca empieza su recorrido, suave y provocadora, rozando su piel con besos que lo hacen estremecer. Voy lamiendo desde su cuello, pasando por sus pezones, su ombligo. Su respiración se vuelve irregular, cálida. Sigo bajando por su cuerpo hasta que…

Me tomo mi tiempo, saboreándolo, disfrutando de su erección en mi boca. Él busca mi cabello, no para guiarme, sino para aferrarse a algo mientras intento llevarlo al límite. Me encanta ser la responsable de que Dante Ricci pierda el control.

—Jude, joder… —gime, su cuerpo está rígido y cada músculo se marca bajo mi tacto—. Eres una condenada tortura, pelirroja.

Y sonrío contra su piel, sabiendo que mi infierno es también su paraíso, y que no hay salvación posible para ninguno de los dos.

Jadea y sus caderas comienzan a moverse ligeramente contra mi boca, buscando más, llegar más profundo. Sigo devorándolo, sin prisas, saboreando su rendición, escuchando cómo el cuerpo le traiciona con cada caricia.

—Jude, para, te lo suplico… No puedo más.

—¿Seguro? —provoco, sin intención de detenerme.

En un movimiento limpio, me aparta con suavidad y se incorpora hasta estar frente a mí.

—Te dije que te atuvieras a las consecuencias. Ahora te vas a enterar.

—Me tienes temblando —bromeo.

—Y eso que aún no he empezado…

Me sienta al borde de la camilla y, antes de que pueda decir o hacer nada, comienza a bajarme las braguitas con los dientes. Su mirada sobre mi cuerpo es puro fuego, me abrasa. Me domina.

No tardo en sentir su *piercing* metálico en mi zona más sensible, provocándome oleadas de frío y calor. Y todo lo que soy se rinde a él.

Él me devora y yo me abandono. Mis piernas tiemblan; mis manos buscan desesperadamente el borde de la camilla, aferrándose como si fuera un ancla en medio de un vendaval.

—Dan… —La voz me sale rota—. Quiero sentirte dentro.

—Me encanta que tengamos los mismos objetivos en la vida, pelirroja.

Se toma su tiempo, el muy canalla. Mientras se pone un preservativo, la anticipación me tensa el vientre y me vuelve torpe. Cuando creo que por fin va a ceder, juega con su miembro en el umbral. Rozándome. Provocándome. Incendiándome.

—Despacio… —alcanzo a decir, con una risa ahogada—. Mi jefe está al otro lado de la puerta.

Su sonrisa se ensancha, y sus ojos brillan con una mezcla de diversión y desafío. Me alza la barbilla con el pulgar.

—Pues si no quieres que escuche cómo te hago mía, vas a tener que ser muy, muy silenciosa, Florecilla.

De nuevo, juega con su erección y con mis ganas. Me está volviendo loca.

—¿Qué hay de ti?

—Yo no prometo nada.

Nuestras frentes se tocan. El aire es espeso, el latido común. Y entonces nos dejamos caer.

Lo siento como una corriente eléctrica en mi interior, que me hace pegar un bote. Nuestros cuerpos se mecen con delicadeza. Yo le muerdo el hombro para no invocar tormentas al otro lado de la pared. Él me pide silencio con un beso y me lo arranca con otro. El resto ocurre en penumbra: el mundo reducido a piel, a respiraciones, a ese idioma sin sintaxis que solo nosotros entendemos.

Todo lo que soy se desmorona ante él. Porque no importa dónde estemos ni lo que digan los demás, Dante siempre sabe cómo hacer que me olvide de todo, incluso de mí misma.



Cenamos con Gio y su ex exmujer. Siempre he pensado que puedes saber mucho de una persona por quiénes son sus mejores amigos, y Gio me encanta. Su sentido del humor, su manera de hablar sin filtro, la forma en que parece sacar siempre lo mejor de Dante…

Todo fluye con tanta naturalidad que me asusta, porque empiezo a aceptar que el mismo hombre que hace un mes me habría hecho cambiarme de acera por puro pánico, ahora es mi novio.

Después de la cena, pasamos por mi piso para recoger las maletas y vamos a su apartamento. Es acogedor, ordenado, con su inconfundible esencia. Está lleno de detalles que lo definen, desde libros de arte hasta recuerdos convertidos en fotos y piezas de colección de los lugares tan insólitos que ha visitado por trabajo.

Antes de que pueda decir nada, me acorrala contra la pared, su boca buscando la mía. Hacemos el amor despacio, entre risas tontas y una complicidad que empieza a gustarme demasiado. Me sorprende lo fácil que es reír en medio del desastre, como si el cuerpo no entendiera que el corazón todavía arrastra cicatrices.

—¿Me miras así porque quieres repetir… o porque estás buscándome algún defecto? —Alza una ceja, con ese descaro que le queda mortal.

—Frío, frío. Me estaba preguntando qué significan tus tatuajes.

Leo la duda en sus ojos. Sin embargo, no me deja mucho tiempo en espera.

—El árbol representa a mis hermanos. Nos lo hicimos aquel verano después de recorrer Italia juntos. Capri fue solo el final de nuestra aventura.

No puedo evitar imaginarlo en carreteras soleadas, otro hombre, otro tiempo, libre de la culpa que ahora le muerde.

—¿Lo lleváis todos?

—No. Cesca estaba esperando a que Pia fuera mayor de edad, pero no sé si tiene mucho sentido ahora.

—¿Puedo preguntarte algo… personal?

—Lo que quieras, Florecilla.

—¿Cómo es que tu hermano está enterrado en Padua en lugar de en Mira? —pregunto. La incoherencia lleva tiempo dando vueltas en mi cabeza—. Pensé que los Ricci tendríais algún panteón familiar o algo así.

Dante se queda en silencio un momento antes de responder.

—Lo tenemos. Allí es donde está enterrado mi abuelo materno. Pero mi madre no quiso llevar a Tiziano a Mira.

—¿Por qué?

—Dijo que no soportaría ir a rezar por su padre y encontrarse también con la tumba de su hijo. Además —añade, bajando un poco la voz—, mi madre es muy devota de San Antonio de Padua y de la Virgen Dolorosa. Está convencida de que allí, bajo su protección, mi hermano estaría más… cuidado. De todos modos, mis padres dejaron escrito en su testamento que cuando ellos ya no estén, Tizzy deberá trasladarse al mausoleo familiar.

Noto en la rigidez de sus hombros que está deseando dejar el tema. Mis dedos vagan hasta un diseño más complejo sobre su brazo. Lo toco con suavidad, como si así pudiese descifrar su significado, pero es un galimatías sin pies ni cabeza.

—¿Vas a contarme al fin qué significa este?

—Pues este… Sé que también me lo hice en la misma época, pero no recuerdo cómo ni dónde, lo siento. —Hace una pausa y cierra los ojos, como si intentara recordar algo—. Vas a pensar que estoy loco, pero Serena se me ha aparecido en sueños. Me dijo que lo diseñó para nosotros.

—Así que hubo un *nosotros*…

—Lo había imaginado por el contenido de los sueños. Creo que le fui infiel.

—¿Y por qué lo crees?

—¿Por qué, si no, las vería a las dos a la vez? Todos mis sueños comienzan igual: estoy feliz con Serena hasta que Allegra toma el relevo y lo envenena todo.

—¿También tienes sueños erótico-festivos con Allegra?

—No, exactamente… Es raro. Hay una discoteca que se repite. Estoy con ella y, a la vez no estoy. Es como si… como si fuera un espectador.

—¿Como un espectador? —repito sin entender.

—Sí, es como si mi alma se saliera de mi cuerpo y lo observara todo desde fuera. Nos veo besarnos como se besa lo prohibido. Y siento asco. Y rabia. Y… Supongo que es normal. Le robé la novia a mi hermano.

—¿Sientes todo eso cuando besas a Allegra en tu sueño?

—Sí.

—¿Y sientes… remordimientos?

El último manual que leí decía que los remordimientos son incompatibles con la psique de un psicópata. Y él tarda unos segundos de más en responder. Demasiados, según el manual. Un psicópata puede necesitar ese tiempo para construir una emoción que no siente.

—¿Quieres la verdad?

—Sin azúcar —ruego.

—La verdad es que siento muchas cosas desagradables al pensar en Allegra, pero ni rastro de remordimientos o culpabilidad. No siento que haya hecho algo malo, aunque sepa que así fue.

Repaso mentalmente cada párrafo de mis lecturas nocturnas. «Los psicópatas carecen de remordimientos. Pueden simular empatía, pero no sienten culpa genuina». Me siento ridícula por analizar sus palabras en busca de alguna señal. Nada tiene sentido, excepto una cosa:

—Insisto en que deberías encontrar a Serena.

—Estuve dándole una vuelta, pero no existe, Jude.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en estos años nadie me ha hablado de ella. Si hubiera tenido un romance con esa mujer, alguien habría mencionado su nombre, aunque solo fuera una vez, ¿no crees?

—Tal vez mantenías un romance en secreto.

—Si no fui prudente al robarle la chica a mi hermano, dudo que lo fuera con mi propia novia.

Niego con la cabeza, viendo esto desde otra perspectiva muy diferente a la que contempla él.

—Dan, ¿no lo entiendes? Si esas visiones son ciertas y Serena existe, si ella diseñó esos tatuajes para vosotros, entonces… significa que hay otra persona en el mundo con el mismo tatuaje. Y ella podría tener las respuestas que necesitas.

—Jude, déjalo, anda.

No sé si me oye o solo escucha el rumor de sus propios pensamientos. Aun así insisto, porque la obstinación también es una forma de fe.

—¿Por qué no quieres intentarlo al menos?

Su mirada se vuelve hacia mí, oscura, cargada de una emoción que no alcanzo a definir del todo.

—Porque una parte de mí vive esperando el *spoiler* en el que descubro que también la maté a ella, o algo parecido.

Él desvía la mirada, y yo lo observo con una mezcla de incredulidad y angustia. ¿Cómo puede hablar de algo tan atroz con esa calma?

—¿Cómo se te ocurre siquiera pensarlo?

—Nunca te he mentido sobre mi naturaleza, Jude. Si no recuerdo lo que les hice a Allegra y a mi hermano, ¿quién te dice que no hubo más víctimas antes o después?

—¡Yo! ¡Te lo digo yo! No me lo creo. Y, además, sigo sin entender cómo pudieron acusarte si no recuerdas nada. Es absurdo.

—¡Porque hay cientos de pruebas! ¡Testigos! —replica elevando la voz. Me mantengo cauta por si tengo que usar nuestra palabra de seguridad—. Me encontraron tirado en el asfalto a unos metros de sus cadáveres. Los testigos aseguraron que estuve siguiéndolos, que yo empujé a Tiziano fuera de la carretera. ¿No lo entiendes?

Aunque está un poquito más cerca de su propio límite, aún puedo seguir tensando la cuerda. Esta *panna cotta* aún no está asustada.

—Pues no, sigo sin entenderlo.

—¿Estás oyendo una sola palabra de lo que digo? —dispara, incorporándose—. Nos encontraron a los tres en el escenario del crimen: dos muertos y un superviviente. Los testigos contaron lo que ocurrió. ¿Qué más necesitas?

«¡Que recuerdes, maldita sea!», pienso.

—¿Qué fue exactamente lo que contaron?

—Tengo problemas para dormir. ¿De verdad crees que hablar de esto ahora es buena idea?

La que no va a dormir esta noche soy yo. Lo sé incluso antes de apagar la luz. Porque sigo defendiendo lo indefendible y sosteniendo una fe ciega que ya no sé si es convicción o negación. Porque todos —incluso su propia madre— me han repetido una y otra vez lo que es y yo no consigo ver.

Dante es un psicópata.

El pensamiento se clava en mi mente, frío y afilado, y un escalofrío recorre mi piel. Me abrazo a la sábana, cubriéndome hasta por encima del pecho, como si eso pudiera protegerme de la idea que amenaza con devorarme.

—Casi se me olvida, tengo una cosa para ti.

Se levanta y saca algo de su chaqueta. Cuando abre la mano me encuentro un colgante con un pequeño corazón de sal en un cordón. A mí me tiembla la voz, empezando a ser consciente de lo que significa estar con él. De lo que podría pasarme. De…

«No, no y no». Me niego a creerlo.

—Es precioso —susurro—. ¿Lo compraste en Cracovia?

—Lo hice para ti. Ahora mi corazón es tuyo, Jude. Haz lo que quieras con él.

Las palabras se me atascan en la garganta. Todo es tan intenso que… me cuadra. Me cuadra y me descuadra a la vez. Me muerdo el labio, luchando contra el temblor que me sube por las manos. Lo único que se me ocurre es fundirme con sus labios, darle las gracias con un beso mientras dentro de mí la duda hace ruido.

Mañana nos espera un largo día. Avión a Nápoles, coche a Positano y regreso a mi humilde mundo. Mentiría si dijera que no estoy nerviosa ante la idea de mostrarle mi realidad, tan distinta de la suya, llena de lujos y excesos. ¿Le gustará Positano? ¿Se sentirá cómodo entre las paredes desconchadas del piso de mis padres?

Me acurruco a su lado. Y, tal como había previsto, esta noche soy yo la que no puede dormir por culpa de todo el ruido en mi cabeza. A veces me pregunto si soy una idiota por no salir corriendo.

¿Cómo podría alguien calculador y frío mirar con la calidez con la que él lo hace? Porque Dante no solo me mira, me desarma. Me desnuda. Y no porque sea un manipulador y un egocéntrico, sino porque detrás de esa fachada de misterio hay un corazón que late, que vibra y que siente. Hay algo real, aunque esté roto.

No digo que no tenga demonios. Los tiene, lo sé. Se los veo en los ojos cada vez que hablamos de Tiziano, cada vez que el tema de su pasado se cuela entre nosotros. Pero no son los demonios de alguien que busca dañar. Son los de alguien que no sabe cómo pedir ayuda.

Un psicópata no sentiría culpa. Y Dante la lleva a cuestas como una armadura que no sabe cómo quitarse.

Un psicópata no soñaría cada noche con una mujer desconocida, buscando respuestas a un enigma que no sabe si es real o producto de su imaginación.

Lo he visto preocuparse por mí, intentar apartarme por temor a hacerme daño. ¿No es eso lo opuesto a lo que haría un monstruo?

—No puedes ser lo que dicen —susurro, más para mí que para él, mientras acaricio su rostro dormido—. No puedes.

Me recuesto a su lado y cierro los ojos. Quizá estoy equivocada. Pero en este momento, en esta cama, con su corazón de sal en mi cuello y su respiración acompasada con la mía, no puedo evitar pensar que mi chico está atrapado en un secreto mayor que sí mismo.

Dante no es un monstruo.

Es solo un hombre que necesita ser amado. Y, aunque me asuste, estoy empezando a darme cuenta de que quiero ser yo quien lo haga.

33

PARTE DE MI MUNDO

JUDITH

A través de la ventana del avión veo las nubes acumularse bajo nosotros como montañas de algodón. Dante está a mi lado, absorto en un libro sobre esculturas de halita. Está claro que los artistas nunca descansan.

Las turbulencias que siento no son solo del vuelo, son de mis nervios. Y parece que él lo nota. Cierra el libro y apoya la cabeza en mi hombro, entrelazando nuestras manos con ternura.

—Todo va a ir bien, pelirroja.

—Lo sé —respondo, aunque mi voz no suena tan segura como me gustaría.

—Aún no hemos hablado de nuestra coartada.

—¿Coartada?

—Sí, lo que sea que les has contado sobre nosotros. Cómo nos conocimos, a qué me dedico, qué me llevó a convertirme en tu *novio millonario y superatractivo*. Ese tipo de cosas… ¿Qué tengo que decir?

—Pues, no sé… ¿La verdad? —Me encojo de hombros—. No quiero que finjas nada.

Él me mira como si tratara de leer lo que pasa por mi cabeza. Buena suerte con eso, cuando a veces no lo entiendo ni yo.

—¿Estás segura? Porque no sé si *restaurador de arte funerario con pintas de vampiro steampunk* entra en la categoría de novio ideal.

Hay sarcasmo en su voz, pero también una pizca de inseguridad que me rompe el corazón. ¿Tan superficial fui en nuestra primera cita que piensa que tiene que cambiar para adaptarse?

Estoy tan nerviosa que hasta ahora no había reparado en su vestuario. Camisa gris y vaqueros clásicos, sin adornos, rotos, estampados, volantes o bordados. No es que no vaya guapo, pero no es él. Y tampoco se ha perfilado los ojos. Pensaba que era porque llegábamos tarde al aeropuerto, pero ahora empiezo a cuestionarlo.

—¿Por eso has decidido ponerte esa ropa? Para encajar en mi farsa.

—Quería causarle buena impresión a tu familia. Ya sabes que nunca he hecho esto antes.

—No creo que a ellos les preocupe el color de tu atuendo, la verdad. Con que seas un buen tipo y cuides de su hija, todos felices.

—Ya, pero tú dijiste textualmente que: «si iba a ser tu novio en esa cena, tendríamos que hacerle algunos arreglillos a mi aspecto».

—¡Pero eso lo dije antes de que…! —Le miro, incapaz de creer que haya prescindido de ser quién es por mí—. Ahora es real, Dan, me da igual cómo vistas.

—Te da igual… pero sigue sin gustarte.

No sé qué responder a eso, supongo que me he habituado a que todo el mundo nos señale con el dedo.

—Dan, no es que no me guste, es que…

—Está bien, Jude, no me supone un problema. Por muy *real* que sea lo nuestro, asumo que sigo pareciendo el hermano gemelo del conde Drácula. —También palabras mías—. No quiero dejarte en ridículo.

—¡Pero es que…! —Suspiro, sin saber qué más decir—. Yo quiero que seas tú mismo y que los enamores con tu encanto natural, como me enamoraste a mí. Me da igual lo que lleves puesto.

Él me mira como si no pudiera creer lo que digo.

—¿Y si no les gusto?

—¡Pues que les den a todos! Me trae sin cuidado lo que piensen, a mí me vuelves loca.

—No sé qué hice para encontrarte, pero juro que no voy a dejarte escapar, Florecilla.

Se queda en silencio un momento, y luego me besa suavemente en los labios, dejando que el calor de su boca me reconforte.

Hay que ver lo mucho que ha cambiado mi vida desde que Dante llegó a ella. Una mentira llevó a la verdad más hermosa que podría haber imaginado. Y ahora, lo único que quiero es que él sepa que, pase lo que pase, lleve lo que lleve puesto, es suficiente para mí. Siempre lo será.



Positano nos recibe con un abrazo que huele a mar y a limoneros. También huele a nostalgia, a mi infancia ahora convertida en recuerdos. Las calles, la playa…, cada rincón me trae de vuelta historias con Gaby, con mi hermana, con Giulia —antes de que esa arpía me robara el novio—, besuqueándome con Renzo… Parece que fue otra vida.

Las casas cuelgan del acantilado como una cascada de colores pastel, y el Mediterráneo parece un espejo azul que refleja el cielo. Estoy en casa, en mi hogar, y solo por eso debería estar en calma; pero lo cierto es que estoy más nerviosa que nunca.

Dante me mira de reojo mientras avanzamos por las estrechas calles adoquinadas hacia el edificio donde me crie, una pequeña estructura en lo alto del pueblo. Con cada paso, aumenta mi nerviosismo. No puedo imaginarme a Dante durmiendo en el piso destartalado y de azulejos rotos en el que crecí.

—¿Qué corre por esa cabecita tuya? —me delata.

—No debería haberte traído tan pronto. Apenas nos conocemos, ni siquiera me ha dado tiempo a hablarles a mis padres de ti.

—Tranquilízate, Jude, llevas meses hablándoles de mí.

—¡No! Llevo meses hablándoles de alguien que no existe. A ti te conocí hace seis semanas, aunque hayan sido tan intensas que parezca que llevamos toda una vida juntos.

—Irá bien, Florecilla, igual que fue bien cuando tú conociste a mis padres y te adoraron al instante.

—Ya, pero es… distinto.

—¿Por qué iba a ser distinto?

—¡Porque es muy fácil acostumbrarse al lujo, Dan! Mi vida aquí fue… —Suspiro. Él frunce el ceño sin entender—. No esperes encontrarte la villa Ricci, ¿vale? Mi madre prepara la mejor *parmigiana* del mundo, pero no tenemos viñedos ni manteles de lino. Vamos a dormir en mi antigua habitación, en una cama de uno veinte, y…

—¡Mejor! El roce hace el cariño. No sé dónde está el problema.

—¡Eres demasiado alto! Al final tendrás que dormir en el sofá, y entonces…

Dante interrumpe mi verborrea con un dulce beso en la frente.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? Me encanta la *parmigiana*, y si tengo que pasar la noche en el sofá, lo haré. Te aseguro que he dormido en sitios peores.

—Mentira. Tienes insomnio.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre de golpe y mi hermana Isabella se lanza en plancha a por mí. Su energía adolescente es contagiosa y, por un momento, olvido mis nervios para centrarme en lo mucho que la he echado de menos.

Cuando se separa de mí, no puede evitar examinar a mi novio con curiosidad. *Mi novio*. Aún no me he acostumbrado a la palabrita. Bella se acerca a mi oído y me susurra entre dientes:

—¿Dónde has encontrado a este modelo?

Lo ha oído, y por eso se ha ruborizado hasta la raíz, aunque es demasiado caballeroso para decir nada al respecto.

—Soy Dante. Encantado de conocerte, Bella. Tu hermana me ha dicho que eres una gran bailarina.

Ella le responde con una timidez exagerada, propia de la adolescencia, y lo invita a entrar con torpeza.

El piso entero huele a salsa de tomate y al leve aroma de la humedad que nunca ha abandonado estas paredes.

Mi madre aparece desde la cocina, limpiándose las manos en un viejo delantal. Sus ojos brillan cuando me ve y, aunque intenta mantener la compostura, la noto emocionada de saber que he traído a un hombre a casa. Mi relación con Renzo me dejó tan marcada que todos pensaron que nunca sería capaz de volver a enamorarme. Ahora me doy cuenta de lo tóxico que fue lo que tuvimos. Yo girando a su alrededor como un satélite.

Mi padrastro, Leandro, me estrecha entre sus brazos. A pesar de que solo Bella es su hija natural, nunca ha hecho distinciones entre nosotras y ha sido el mejor padre conmigo que nadie podría soñar.

—Dante, ¿verdad? —lo saluda con un apretón de manos—. No te imaginas las ganas que teníamos de conocerte.

Dejo que mi familia le enseñe el piso mientras yo me pongo al día con mi hermana. Bella me pregunta toda clase de barbaridades sobre Dan, y yo le tiro de la lengua con ese chico del insti que sé que la vuelve loca.

Por desgracia para mí, el *tour* por el piso no dura demasiado, pues apenas tiene ochenta metros cuadrados, así que me resigno a dejar los cotilleos con mi hermana para más adelante.

—Quiero que te sientas como en casa. Si necesitas cualquier cosa: toallas, pasta de dientes, algo de la nevera… Lo dicho: estás en tu casa —ofrece mi madre. Cinco minutos y ya me lo está agobiando.

—Son muy amables, de verdad.

A pesar de esa sonrisa mortal que nunca se desdibuja de su rostro, Dante está supercortado. Sé por experiencia que conocer a los padres de tu pareja siempre impresiona un poco, sobre todo, si nunca has tenido una relación antes.

Algo se me remueve por dentro al entender que es posible que sí tuviera una novia antes de mí, aunque no la recuerde. Esa tal Serena a la que ve en sueños y cuyo nombre me ocasiona lo contrario a lo que predica.

Nos sentamos en la mesa del comedor y mis padres comienzan a traer platos de comida. Cualquiera mataría por una madre que cocina así; yo lo odio un poquito, porque cada visita a Positano me devuelve con dos kilos más.

Dante está rígido. No sé si es por prudencia o porque está analizándolo todo al detalle, desde las paredes desgastadas o las ventanas que no cierran bien hasta los muebles de madera envejecida, que ya cuando los compraron estaban pasados de moda.

—Estás más horrorizado de lo que esperaba —le susurro.

—En absoluto. Eres una exagerada y tu casa es muy acogedora. ¿Tan esnob crees que soy?

Él puede decir lo que quiera. Yo siento un nudo en el estómago. Cada rincón me parece más pequeño y más ruinoso que la última vez que vine.

—Es por tu mirada —insisto—. Estás escrutándolo todo.

—¡Por supuesto! Soy restaurador, ¿recuerdas? Donde tú ves ruina, yo veo una posibilidad de arte.

—Muy poético, Gustavo Adolfo Bécquer.

—¿Quieres dejar de burlarte de mí, pelirroja?

—Mi casa no es bonita, Dan.

—Tu casa es auténtica, y eso es más bello que cualquier yeso nuevo.

Me roza la boca con un beso breve justo cuando mis padres entran, y las bromitas adolescentes vuelan como aviones de papel. Pobre de mi hermana cuando descubra el circo de las citas.

Pasamos un agradable día en familia. Mi hermana habla de sus clases de danza contemporánea, mi chico alaba las dotes de cocinera de mi madre y Leandro divaga sobre cosas triviales, desde el clima hasta una película que, jura, cambiará el cine italiano. Cuando me quiero dar cuenta, mis padres están interrogándolo, y Dante habla de su trabajo con una pasión que me derrite. A Bella se le iluminan los ojos como a una quinceañera frente a su cantante favorito. Está claro que la diferencia de edad no impide que tengamos el mismo gusto.

—¿Te imaginas, Jude? —salta Leandro—. Cuando trabajabas en el café no había día en que no te cargaras dos o tres tazas, y él

restaura estatuas de miles de años.

—Muy gracioso. —Le saco la lengua.

Después de comer, salimos a dar un paseo. Empezamos por las estrechas escalinatas de Viale Pasitea y subimos a la Iglesia de Santa Maria Assunta, con su icónica cúpula de cerámica vidriada, emblema y orgullo de Positano.

—Estoy seguro de que un hombre como tú apreciará la leyenda del cuadro bizantino —comienza Leandro.

Mi madre, mi hermana y yo ponemos los ojos en blanco al mismo tiempo. Muy cómico.

—¿Cuántas veces vas a contar la misma historia, papá? —protesta Bella—. Deberías renovar el repertorio.

—¿He oído *leyenda*? Tienes toda mi atención. —Dante le da coba. Perfecto. Ahora nadie detendrá a Leandro.

—Esta iglesia alberga un tesoro increíble, un cuadro bizantino de la Virgen Negra con el Niño Jesús. Lo llaman la *Madonna di Positano*. Pero lo más fascinante es la historia que hay detrás. —Se inclina ligeramente, como si fuera a hacerle una confidencia especial. Nosotras sabemos que es parte del teatro—. Cuentan que, en el siglo XII, unos marineros llevaban el cuadro en su barco cuando fueron atrapados por una tormenta terrible, justo aquí, en la costa. Mientras luchaban contra las olas, oyeron una voz que decía «Posa, posa».

—¿Y qué hicieron los marineros?

—¡¡Lo tomaron como una señal divina!! —repetimos las tres al unísono, pues nos sabemos esta historia de memoria.

—Lo tomaron como una señal divina —confirma Leandro, provocando las risas de todos—. Detuvieron el barco y trajeron el cuadro aquí, a este pequeño pueblo. Desde entonces, Positano lleva su nombre en honor a ese momento milagroso.

—Es una historia maravillosa —responde mi novio—. ¿Qué más puedes contarme de Positano?

—¡Uy, tengo cientos de historias para ti!

—Las tiene —garantiza mi madre, cogiendo a sus dos niñas del brazo unos pasos por delante para dejar que mi padre aburra a mi novio con sus historietas.

Acabamos el recorrido en una terraza de la Spiaggia Grande, tan abarrotada de tumbonas y sombrillas que apenas podemos caminar en la arena. Aunque nada impide que mojemos los pies en las aguas cristalinas del Tirreno.

Avanzamos cogidos de la mano, y se siente tan natural como si lleváramos siglos haciéndolo. Tan dispares y aparentemente incompatibles, y aquí estamos, encajando en nuestros respectivos mundos como si esto hubiera estado destinado desde el principio.

—Tienes una familia increíble, ¿lo sabías? —Su susurro me hace cosquillas en el cuello. Sonrío, y no puedo evitar darle la razón.

—Lo sé. Son los mejores.

34

CÓMO REVIVIR LA ADOLESCENCIA SIN MORIR EN EL INTENTO

JUDITH

Las malditas obras del vecino de al lado me despiertan con el molesto ruido del taladro. Son las diez de la mañana, una hora más que razonable para empezar el día, pero mi cama tiene algo que atrapa.

A pesar de que siempre he amanecido sola en este cuarto, noto la ausencia de Dante al otro lado del colchón. ¿Dónde demonios está?

Al menos, su equipaje sigue ahí, haciendo compañía a mi maleta de flores. Eso me genera cierto alivio. Solo c*ierto*… ¿Le habrá levantado otra de sus pesadillas en mitad de la noche?

Descalza y aún en pijama, pruebo a buscarlo en el salón. Nada, solo veo a mi hermana haciendo los deberes frente a un televisor que debería estar apagado, pero está enganchadísima a los culebrones coreanos. Luego dice que suspende porque el profesor le tiene manía…

Al entrar en la cocina, me recibe el aroma del ajo machacado mezclándose con el del café recién hecho. No es una buena combinación antes del desayuno, para qué engañarnos.

Mi madre está de un lado a otro, rodeada de ingredientes, platos y sartenes como si estuviera preparando comida para cien personas.

Me aventuro en la misión suicida de servirme un café cuando ella está dale que te pego con el cuchillo, demasiado cerca de la cafetera. En efecto, se asusta, pega un respingo y se lleva la mano al pecho. La del cuchillo carnicero, concretamente. Cualquier día nos da un disgusto.

—¡Me has dado un susto de muerte, cariño!

—¿Estamos esperando al presidente y yo no me he enterado? ¿A qué viene todo este banquete?

—Quería causarle buena impresión a mi yerno.

—Su madre no ha cocinado en la vida. Dan se ha criado con niñeras que no aguantaban ni dos días en el puesto porque no podían controlar a tanto crío. Te aseguro que, con la bienvenida que le disteis ayer, ya te lo has ganado, mamá.

Sonríe orgullosa. Es de estas mujeres que adoran su casa y complacer a los suyos.

—Por cierto, ¿no sabrás dónde está, por un casual?

—Con tu padre en la habitación —responde sin darle importancia. Frunzo el ceño, confundida—. Están reparando las vigas del techo. Me sorprende que no te hayan despertado con el ruido que están haciendo.

Intento no soltar un suspiro exasperado. Lo más lógico del mundo cuando vienes a conocer a la familia de tu novia es ponerte a repararles el techo. ¿Qué voy a hacer con este chico?

—Siento si os ha ofendido en algún momento, es un defecto de fábrica: le encanta restaurar cosas —me disculpo, avergonzada.

—¿Ofendernos? ¡Pero si tu padre está encantado con él! A ver si les da tiempo a repellar la pared de la entrada antes de que os vayáis. Llévales esto, anda. Seguro que están muertos de hambre.

La miro con incredulidad mientras pone en una bandeja dos cafés con *delizie al limone* casero. Menuda pintaza tienen.

Salgo en busca de mi chico, cargada de dulces y cafés. Como no le pare los pies, este me monta aquí la de El Escorial.



Y por fin llegó la temida cena de antiguos alumnos de Positano. O lo que es lo mismo, cómo revivir voluntariamente los momentos más bochornosos de tu adolescencia sin morir en el intento. Y sin anestesia.

La discoteca, que a mis diecisiete me parecía lo último, hoy es un antro con luces cansadas donde el aire huele a colonia cara, alcohol barato y desesperación. El *DJ* pincha música que lleva al menos veinte años fuera de las listas. Y han contratado un *catering* cargado de canapés de dudosa calidad, dulces empalagosos y vino por litros. Todo ello decorado con globos —demasiados globos— y guirnaldas de papel, como si estuviéramos celebrando el cumpleaños de un niño en vez de una fiesta para adultos.

Me he puesto mi palabra de honor verde hasta la rodilla y unas plataformas de mercadillo, ambos con una década a cuestas. Que el vestido aún me valga justifica la elección de vestuario y, de paso, el guiño nostálgico: es el mismo conjunto que llevé el día de la graduación. ¿Se darán cuenta de este pequeño guiño?

Dante se mantiene fiel a su estilo habitual, oscuro, tenebroso… seductor. Camisa negra con cordones en el cuello, un chaleco de cuero marrón y pantalones a juego. La línea en sus ojos, más sutil que de costumbre, le talla la mirada en obsidiana. Lo miro y pienso que podría arrastrarlo a un reservado y olvidar esta noche; él me devuelve un brillo que parece decir *cuando quieras*.

Las antiguas divas del instituto se agrupan en el *photocall,* listas para bombardear su Instagram con fotos que a nadie le interesan. El tiempo no ha pasado por ellas: siguen igual de frívolas y con esa habilidad innata para repartir puñaladas disfrazadas de cumplidos. Junto a ellas, los guapitos, algunos ya casados, aunque eso no les impide flirtear un poco. Este tipo de eventos son la excusa que muchos necesitan para seguir haciendo las mismas tonterías que hacían cuando eran críos.

Localizo a los empollones, los únicos que tienen una conversación interesante y dos dedos de frente en esta fiesta. Justo el tipo de gente de la que quiero rodearme esta noche.

Al fondo distingo a Filippo, de la mano de una mujer que, supongo, es su esposa. Bebía los vientos por mí mientras yo desperdiciaba horas con Renzo. Y hablando del mayor de los idiotas, no veo a su prometida ni su anillo de zafiros por ninguna parte.

Como era de esperar, las novedades siempre atraen. Dante, con su estilo único y su aura misteriosa, despierta más interés del que me gustaría. Incluso Chiara —reina de la belleza del San Michele— parece haber caído ante su hechizo.

—¡Judith! Estás… ¿Te has hecho algo en la cara? Te veo como… guapa.

Ahí está, la maldad envuelta en una fina capa de azúcar glas. Hay cosas que nunca cambian. Lo que sí han cambiado son sus labios y sus pómulos. Era de esperar que la chica más hermosa —y cruel— del instituto acabara por hacerse unos retoquitos.

—Gracias, Chiara. Tú también te ves bien. ¿Qué tal te trata la vida?

—¡De maravilla!

Eleva la mano en el aire y comienza a mover los dedos como si fueran las patas de una araña. Sé que está tratando de impresionarme con su pedrusco.

¡Mierda! Espero que nadie se dé cuenta de mis dedos desnudos. ¿Cómo no he caído antes en que toda farsa romántica necesita un buen anillo?

—Enhorabuena. —Sonrío con los labios apretados—. ¿Dónde está el afortunado?

—Negocios, ya sabes… Pero háblame de ti. Se rumorea que has pescado un millonario, así que deduzco que lo tengo justo delante, ¿me equivoco?

La discreción nunca fue su fuerte, aunque sí la mala leche. Por suerte, Dante los encandila a todos sin demasiado esfuerzo y hace que las mentiras que conté sobre nuestra relación resulten tan creíbles que hasta yo me las trago. No sé de dónde se ha sacado todas esas ideas, pero el tío actúa como si realmente estuviera

organizando la boda de nuestros sueños. Que si flores, que si destinos románticos para la luna de miel… Su encanto natural atrae como la miel a las moscas; y mosconas, en esta fiesta, hay demasiadas.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Quién iba a pensar que Judibetty la Fea acabaría con un hombre tan guapo? —interviene Alessia, una de las divas, con una sonrisa que podría rivalizar con la de un tiburón.

Ahí está. Sabía que el maldito mote iba a aparecer antes o después. Dante no dice nada, pero la línea tensa de su mandíbula y esa sombra oscura en la mirada son suficientes para avisarme: está a punto de saltar. Pero se contiene, sabiendo que esta es mi guerra.

—Ya ves, he tenido mucha suerte, Alessia. Y lo mejor de mi chico es que, además de ser guapísimo, tiene un cerebro que funciona, algo que no abunda por aquí.

El grupo de empollones explota en carcajadas y Alessia cierra el pico, aunque sé que su silencio no es más que una indicación de que piensa devolvérmela. El mundo siempre se ha regido por las mismas normas y son las mujeres como ellas las que se ríen de la gente como yo, nunca al revés. Pero antes de que pueda pensar en su ataque, Becca toma el relevo, y su sonrisa brilla tanto que casi necesito gafas de sol para no cegarme.

—Lo mejor de estos eventos es rememorar los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de cuando Renzo y tú organizasteis aquella fiesta en casa de tus padres?

«Oh, no. Que no cuenten esa historia».

—¡Dios, sí! —responde otra. Sus múltiples retoques me hacen imposible reconocerla—. Fue legendario. Terminaste borracha debajo de la mesa, y Renzo…

—Renzo siempre ha disfrutado siendo el centro de atención —corto rápidamente, antes de que digan algo más.

No es el mejor momento para recordar a mi ex *bendiciendo con su orina sagrada* a los viandantes desde mi balcón. Estuve un mes entero sin salir de casa por su culpa.

—¡Ay, qué grandes años aquellos! —sigue Alessia—. La verdad, Judibetty, pensábamos que no vendrías hoy estando Renzo y Giulia por aquí. No te habíamos visto desde que…

«¿Desde que pillé a mi novio follando con mi mejor amiga? ¿Desde que todos me dejasteis de lado?», termino mentalmente.

En otro extremo de la discoteca, Gaby está cumpliendo su sueño adolescente entre los labios de Matteo, recién liberado de su matrimonio.

El ambiente, el ruido, las risas falsas, los intentos de aparentar éxito y felicidad… Todo me resulta artificial y vacío. No echo de menos la vida que dejé atrás.

Dante me aprieta la mano, como para traerme de vuelta a la realidad. Estoy segura de que tiene miles de comentarios en la punta de la lengua, y acaba de descubrir que su pelirroja no era precisamente la capitana del equipo de animadoras.

—¿Estás bien, Jude?

—Digamos que he tenido citas con el dentista que me han hecho más ilusión que esta cena.

—Reconozco que tus fiestas son muy diferentes a las mías.

—Pues aún no has visto nada…

—¿Hasta cuándo tenemos que quedarnos? Se me ocurren cosas mucho más interesantes que hacer esta noche, Florecilla.

—Ah, ¿sí? —Finjo inocencia mientras lo atraigo hacia mí por la solapa de su chaqueta.

Nuestros labios se encuentran en un beso breve, pero intenso, que me hace olvidar por un segundo el circo donde estamos.

—Solo una copa más —ruego—. Quiero ver cómo acaba el culebrón entre Gaby y Matteo.

—Pídeme lo mismo a mí. Voy a ver si consigo llegar al baño sin quedarme pegado en el suelo de este antro.

35

SIEMPRE SERÁS MÍA

JUDITH

La última vez que pisé esta discoteca aún usaba cremas para el acné y pensaba que irme a casa un sábado antes de las seis de la mañana eran cosas de viejos. Todo está tal como lo recordaba: el suelo pegajoso, el olor rancio, la falta de ventilación…

Aunque algunas cosas sí han cambiado. La música, por ejemplo. Antes lo dábamos todo en la pista a ritmo de Avicii, Tiziano Ferro y Gigi D'Agostino, y ahora perreamos al ritmo de *A Un Passo Dalla Luna*, de Ana Mena y Rocco Hunt.

Es oficial: me estoy haciendo vieja. Y prueba de ello es que mañana la resaca ya no será un simple dolor de cabeza, sino una experiencia cercana a la muerte.

Al fondo de la sala, el que fue el guapo de la clase se cuela en los baños con una de las divas. La misma que hace apenas un par de horas presumía de familia feliz y una vida de ensueño.

Estoy plantada en la barra, tamborileando los dedos con una paciencia que empieza a agotarse mientras el camarero se toma la vida con calma.

Estoy tan concentrada en llamar su atención que no lo siento hasta que ya está casi encima de mí. Ese perfume que una vez adoré y que ahora me huele a veneno.

Ahí está Renzo, con la camisa arrugada y el leve tambaleo que delata que ha bebido demasiado. Sus ojos me devoran, cargados con una mezcla de deseo y arrepentimiento que me resulta desconcertante.

Me gustaría poder controlar los *flashbacks* que me llegan de todas las veces que nos escapamos de este mismo local después de robarnos el aliento en la pista. Y algo en su rostro me dice que él también lo está recordando.

—Bonito vestido, Jude.

Confirmado: lo recuerda. Y también recuerda la cita que tuvimos después con este mismo vestido… y sin él.

Me aliso la falda lo más que puedo, como si así pudiera dar de sí la tela para cubrir la piel que tengo expuesta. Su mirada me hace sentir desnuda en medio de la multitud.

Antes de que pueda dar un paso atrás, apoya una mano en mi cintura, acercándome a él para darme un beso en la mejilla. La presión al apretarme contra su cuerpo me resulta excesiva.

—¿Podemos hablar? —pregunta en un susurro empapado de alcohol.

—No es el momento, Renzo. Estoy esperando mis copas.

Cruzo los brazos, un escudo tan inútil como lo fue mi confianza en él una vez. Él se acerca más, lo suficiente para que el olor a alcohol me golpee de lleno en la cara.

Intento retroceder, pero mi espalda choca con el borde de la barra.

—Por favor, *topolina*. Es importante.

Topolina. Me entran náuseas cuando escucho ese apelativo cariñoso que solía usar entonces. Yo era su *ratoncita*, y él, al parecer, mi rata de cloaca sin yo saberlo.

—A ver, dime, ¿qué es eso tan importante? —claudico.

—Te echo de menos.

Me río. A mandíbula batiente. No porque me haga gracia, sino porque no hay otra forma de procesar algo tan patético.

—¿Me echas de menos?

—Eso he dicho.

—Después de lo que me hiciste, ¿te atreves a decir que *me echas de menos*? —repito, y mi voz se tiñe de incredulidad—. Estás borracho, Renzo. No sabes lo que dices.

—No estoy tan borracho como para no saber lo que siento. Perderte fue lo más estúpido que he hecho nunca.

—¿Y te das cuenta ahora, que me ves feliz con otro? —suelto con amargura—. En estos tres años desde que rompimos no se te ha ocurrido llamarme ni una sola vez para ver cómo estoy. ¿De verdad crees que voy a darte una oportunidad solo porque tú, de repente, *me echas de menos*?

—Cometí un error. No sabía lo que hacía. Pensé que…

—¿Un error? ¿Llamas *error* a follarte a mi mejor amiga durante meses? Si de verdad fueras un hombre, me hubieras pedido perdón antes de decirme que aún piensas en mí.

—Jude…, éramos jóvenes. Cometí un desliz.

—¡Nos íbamos a vivir juntos, Renzo! ¿Te acuerdas de eso? —vomito. Él baja la mirada, avergonzado—. ¿Por eso no está ella aquí esta noche? Habéis roto y ahora vienes llorándome a mí, ¿verdad?

La pausa que sigue me da todas las respuestas.

—No habéis roto —adivino.

—Giulia está con su familia. Su padre está muy mal, el dichoso cáncer otra vez.

La risa que escapa de mis labios es amarga, corrosiva, como si quisiera quemar cada recuerdo que tengo de él.

—Así que aprovechas que tu novia no está para invitarme a ser infiel, tal y como ella hizo conmigo.

—Jude…

—Eres todo un caballero, Renzo. Qué afortunada fui de salir contigo. Por suerte, ahora tengo un hombre que me valora y me respeta.

—Vamos, Jude, ¿en serio estás enamorada de ese villano de película barata que has traído? —Su tono es sarcástico, casi cruel—. ¡No me jodas! ¿No te das cuenta de que hay algo en él que no encaja?

—Dan me hace feliz, cosa que tú nunca conseguiste, así que cierra el pico.

Pero no lo hace. En lugar de eso, sus manos se posan en la barra y me encierra. Antes de que pueda procesarlo, su boca choca contra la mía, invasiva, como si creyera que tiene algún derecho sobre mí. No hay dulzura, solo posesión. Y no puedo evitar la rabia que ruge en mi interior.

—Podrás conocer a otros hombres, pero siempre serás mía, *topolina*. Siempre mía. No lo olvides nunca.

Su agresión me deja paralizada un segundo. Luego, la furia se convierte en acción. Le pego un rodillazo en donde más le duele y aprovecho ese momento de confusión para empujarlo con todas mis fuerzas, dejando claro que no pienso tolerarlo.

—¡No vuelvas a tocarme! ¿Me oyes?

Alguien frena el empujón de Renzo. Cuando levanto la mirada y me encuentro con esos ojos negros, mi cara se transforma en un gesto de incertidumbre. Dante está detrás de él, observándolo todo con una calma que amenaza tormenta. Espero que reaccione, pero… no. Algo en su postura, rígida y contenida, me pone los pelos de punta. Pero lo que más me inquieta es su silencio. Su mirada fija, heladora, recorre a Renzo de pies a cabeza, como si estuviera midiendo cada movimiento, cada palabra dicha y no dicha.

¡Qué desastre! Con mis antecedentes besando a su gemelo, una de dos: o piensa que he provocado esto y me deja aquí mismo, o saca ese lado oscuro contra el que tanto me advierte, y terminamos los tres en los titulares del informativo local.

—¿Interrumpo algo?

Renzo, envalentonado por el alcohol o quizás por un instinto suicida, le sostiene la mirada y suelta una risotada despectiva.

—Anda, si es el caballero oscuro. Justo a tiempo. Estábamos recordando viejos tiempos. Nada que te interese.

—Creo que ella ya te lo ha dejado claro, ¿no?

La tensión en el aire es insoportable. Dante me recuerda a esas panteras que tienen el lomo erguido y esperan el momento adecuado para atacar a su presa. Pero lo que más me asusta es que,

por primera vez desde que lo conozco, me permito dudar. Me permito tener miedo.

¿Y si es cierto lo que dicen?

¿Y si existe esa oscuridad que le enajena y lo hace perder el control?

Está calmado, sí, pero esa calma es precisamente lo que me aterra. Tengo la palabra de seguridad lista. *Panna cotta* asustada. Espero no tener que usarla.

—Renzo, vete —rompo el silencio, aunque mi voz suena más temblorosa de lo que me gustaría—. No quiero más problemas.

Pero él, que nunca ha sido el más listo de nuestra promoción, toma la actitud desafiante de mi novio como una invitación a echarle más leña al fuego. Y estoy viendo que vamos a arder.

—Ahórrame los tráileres, enterrador. ¿Vas a partirme la cara o qué?

Dante se ríe, ladeando la cabeza como si estuviera considerando seriamente la propuesta.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que te parta la cara?

Renzo da un paso adelante, tambaleándose con esa arrogancia borracha que solo puede terminar mal.

—Podemos solucionar esto fuera, como caballeros.

—Para eso, necesitaría enfrentarme a un caballero, y por aquí no veo ninguno —suelta. Renzo no omite una risita—. Además, me parecería patético, casi tanto como tu enfermiza obsesión con mi novia.

—¿Quieres saber lo que es enfermizo? —La pausa que sigue es insoportable—. Capri, 2011.

—¿Qué has dicho?

Mi novio me mira, como si cuestionara si le he contado algo a mi ex. La duda me ofende. Pero lo que realmente me altera es el hecho de que Renzo sepa algo del pasado de Dante. Algo que posiblemente yo ignoro.

—Ya ves que he hecho los deberes, Ricci. —Renzo paladea las palabras, disfrutando con el momento de atención—. Homicidio involuntario, aunque los testigos dicen que hubo mucha voluntad en

ese crimen pasional. ¿Cómo pudiste acostarte con la novia de tu hermano y después reclamarla como tuya?

Miro a Dante, esperando que lo niegue, que diga que no lo recuerda, que nunca se comprobó, que haga algo… pero está paralizado. Su rostro no muestra emoción alguna, y eso me aterra más que cualquier otra reacción que pudiera tener.

—¿Y qué me dices de Treviso? —sigue—. No contento con cargar con dos cadáveres sobre tu conciencia, lograste que te expulsaran del centro de menores por conducta agresiva. ¿Sabes cuántos puntos tuvieron que darle a ese pobre educador social al que golpeaste? Su madre no pudo reconocerlo después de que acabaras con él.

¡No! ¡No puede ser cierto!

Dante no es agresivo.

Fue un accidente. Otro más. Tuvo que serlo.

—Claro que, teniendo una familia con pasta, todo puede arreglarse con un par de cheques en blanco. Incluso sobornar a los testigos para que no declaren.

Sus palabras están cargadas de odio, y lo peor es que Dante no se defiende. Ni una palabra. Ni un gesto. Solo ese silencio que me está matando, como si… se hubiera evadido de la realidad.

¿Acaso no es uno de los rasgos más característicos de… su condición?

—Y por eso estás tú aquí hoy, con mi Jude, en vez de en la prisión de alta seguridad de la que jamás deberías haber salido —concluye con maldad—. No sé qué has hecho para engatusarla, pero espero que abra los ojos antes de que sea demasiado tarde.

Busco desesperadamente respuestas en el rostro de mi novio, pero no las encuentro. No encuentro nada. ¿Por qué no reacciona? ¡Maldita sea!

Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas mientras la congoja se apodera de mi pecho. Y en ese instante es cuando realmente veo quién es, lo que es, y siento tanto miedo que no me veo capaz de reaccionar. ¿De verdad voy a ser capaz de tener una relación con alguien sin emociones?

Quiero gritar, decir algo que apacigüe el fuego que siento arder en ambos. Pero el miedo me aprieta la garganta y me clava al suelo.

Por un momento, me siento como debió de sentirse Allegra: atrapada en una historia de celos, venganza y un final trágico que está a punto de escribirse.

—¿Qué vas a hacer, Ricci? ¿Golpearme? —Renzo sonríe, como si esto fuera un juego—. O quizás algo mucho peor. Algo que no puedas deshacer, como convertirte en el mismo hombre que arrastró a su familia al desastre —provoca—. Hazlo ahora, seguro que a Jude le encantará ver con sus propios ojos quién eres realmente.

Dante da un paso hacia adelante y, en ese instante, veo en su mirada algo que me hiela la sangre. No es furia. No es rabia. Es… vacío. Un pozo negro sin fondo al que temo caerme si no doy marcha atrás. Y él sigue tan tranquilo, girando como si el mundo fuera algo ajeno a él.

—Magnífica fiesta, pero nosotros nos vamos ya —suelta con voz tranquila.

—¿Por qué no le preguntas a ella qué quiere hacer, enterrador? —provoca Renzo—. Igual Jude prefiere quedarse conmigo cuando conozca tu historia.

No digo nada.

No sé si quiero irme con él.

No sé si quiero quedarme aquí.

Tampoco sé de dónde saco la fuerza, pero mi voz corta el aire como un látigo. No puedo más.

—¡Chicos, ya basta! Deberías volver con tu novia antes de que esta noche se te vaya aún más de las manos —le suelto a mi ex, justo antes de volverme hacia Dante, que sigue perdido en sus sombras—. Vámonos, por favor. Estoy harta de esta fiesta.

Dante me mira y asiente. Me guía hacia la salida y su mano en mi brazo me arde. Ya no sé si estamos huyendo de Renzo o de algo mucho más peligroso: la verdad.

36

CAMINANDO AL BORDE DEL ABISMO

JUDITH

La calle está en penumbra, iluminada solo por el tenue resplandor de las farolas, y mi mente está atrapada en una espiral de pensamientos dañinos que no logro detener. Lo he visto en sus ojos. Ese vacío inquietante que dicen que ayuda a los psicópatas a disociar la realidad de las emociones.

¿Qué hubiera pasado si no hubiéramos salido de allí? Renzo estaba jugando con fuego, lo admito, pero mi novio parecía más que dispuesto a avivarlo.

Dante se vuelve hacia mí y, con una ternura que me pilla desprevenida —considerando todo lo que acaba de pasar—, acaricia mi mejilla.

—¿Estás bien? Te juro que no pensaba meterme —asegura—. Iba a dejar que lo resolvieras a tu manera, pero cuando te ha besado, yo…

«¿Tú qué, Dante? ¿Qué habrías hecho?».

Suelta un suspiro, yo siento que me falta el aire. Y entonces la fachada que he intentado mantener cede, y mis glándulas lacrimales ya son incontrolables.

¿A qué se refería Renzo?

¿Cómo he sido tan estúpida de caer en una relación tan peligrosa en solo seis semanas?

Y ahora, ¿cómo salgo de aquí? ¿Cómo se escapa del radar de una persona maníaca y obsesiva?

Me estremezco al sentir su mano en mi cintura. Alzo la mirada y me encuentro con esos ojos llenos de preocupación.

—*Cara mia*, ¿qué ocurre?

—No es nada —murmuro entre sollozos, bajando la mirada al suelo.

—Jude, no me mientas, por favor. Estás temblando. ¿Ha pasado algo con ese gilipollas antes de que yo llegara?

—No, Renzo solo… Me ha pedido que vuelva con él.

Dante tuerce el gesto, malinterpretando el motivo de mis lágrimas.

—Si eso es lo que deseas, yo no voy a retenerte, Judith. Eres libre de elegir con quién quieres estar.

Soy *libre de elegir*. No entiendo nada. El hombre que, en teoría, está bien de la cabeza me ha reclamado como suya hace unos minutos, y el presunto psicópata me da la opción de escoger. Me deja libre. Vivo en el mundo al revés.

—Tranquilo, Renzo es la última persona del mundo con la que…

Me da un beso dulce, uno de esos que deberían hacerme sentir segura, pero lo único que consigue es aumentar mi ansiedad.

Me aparto de sus brazos, sintiendo que el pecho me va a explotar. Las lágrimas me queman los ojos.

—Jude, cielo… Me estás preocupando. Por favor, dime qué ocurre.

Enmarca mi rostro entre sus manos, yo me veo incapaz de sostenerle la mirada.

No puedo.

No cuando todo dentro de mí es un torbellino de dudas, miedo y algo mucho peor: desconfianza. Y creo que es precisamente en este momento, con este simple gesto, que él lo entiende todo.

—No es por Renzo, ¿verdad? —La tristeza en su voz hace que se me parta el corazón—. No es a él a quien tienes miedo.

Mis labios se mueven, pero no logro formar palabras coherentes.

—Tienes miedo de mí.

—Eso no es verdad.

—¿No? —Ríe, pero no es una risa real. Es seca, vacía, como si se burlara de sí mismo—. En ese caso, ¿por qué actúas como si estuvieras frente a un monstruo?

—No eres…

No me veo capaz de decirlo, porque ni siquiera yo creo en la verdad de esas palabras. Sus ojos me miran en busca de algo que no puedo darle en estos momentos.

—Entonces, dímelo. Dime qué estás pensando, porque yo solo veo miedo. Pensaba que era por Renzo, es él quien te ha acorralado y te ha forzado, pero…

Quiero negarlo, pero ¿cómo podría explicarle lo que siento sin destrozarlo? Él siempre ha sido honesto sobre quién es, bromeando incluso, llamándose a sí mismo Psicópata Azul. Pero esta noche… Esta noche no he podido ignorar el miedo que me ha atravesado como un cuchillo al ver esa mirada ausente de alguien que ya ha cruzado antes líneas que no deberían cruzarse jamás.

—Creías que iba a hacerle algo, ¿verdad? Que iba a perder el control. Que iba a…

Al ver que no reacciono, se detiene, sacudiendo la cabeza con una mezcla de rabia y decepción.

—¡Dios, Jude! ¿De verdad piensas eso de mí? ¿Creías que no podría controlarme? ¿Que iba a hacer algo estúpido por celos?

—¡No! Bueno, sí… ¡Tal vez! —Las palabras me salen a trompicones—. ¡No lo sé, Dan! ¡No lo sé! Eres tú quien intenta convencerme de que eres peligroso. ¡No me culpes ahora por creerlo!

Se pasa una mano por el pelo y respira hondo, como si necesitara reunir fuerzas para hablar. Se sienta en la acera, escondiendo la cara entre las manos. Su postura, que suele estar firme, ahora parece derrotada.

Doy un paso para atrás, cogiendo algo de perspectiva. Resoplo. Pongo los brazos en jarras. Pienso en cómo voy a plantear la pregunta que me quema la garganta, pero nunca he sido famosa por tener tacto.

—¿A qué se refería Renzo? —suelto—. ¿Por qué no te defendiste? ¿Por qué lo dejaste hablar de ti como si… como si todo fuera verdad?

Él se queda en silencio, su mirada fija en mí, pero no dice nada. Los manuales también hablan de esta calma que te hace dudar de si hay algo realmente humano detrás de esos ojos.

Empiezo a ver señales por todas partes. Señales que siempre han estado ahí, pero que ahora se iluminan con lucecitas rojas de alarma.

Al final, levanta la cabeza y me busca con la mirada.

—Es todo cierto. ¿Es eso lo que querías oír?

—¿Qué?

—Estuve en el centro de menores de Treviso durante seis meses. Acababa de cumplir los dieciocho, no me correspondía ese lugar, pero gracias a la influencia de mi padre, conseguí cumplir condena allí mientras se aclaraba todo y no en la prisión para adultos que me correspondía. —Hace una pausa para recobrar el aire—. Los muy ingenuos pensaban que así me protegían. Se supone que esos lugares ayudan a reformar a los menores que se tuercen, pero no son más que un foco de agresiones, traumas y futuros delincuentes.

Me quedo helada y ni siquiera sé por qué si Dante se ha deshecho en advertencias conmigo todo este tiempo. Si Leo ya me había contado lo de ese centro. Pero esta noche todo se ha vuelto demasiado… real. Me fallan las piernas. Me apoyo contra una farola, tratando de no derrumbarme.

Así que es verdad.

Todo.

Cada maldito detalle.

Cada mentira que salió de los labios de Leo.

Todo era cierto.

—¿Y bien? ¿Era eso lo que querías oír, Jude?

—¿De verdad pegaste a un educador? —pregunto con un hilillo de voz.

—Lo hice. Y volvería a hacerlo.

—Oh.

—Sus métodos de enseñanza eran… cuestionables. Digamos que no estábamos de acuerdo en algunas cosas.

—Esa no es razón suficiente para mandar a alguien al hospital.

—Discrepo. Lo sorprendí *impartiéndole conocimiento* a uno de los menores del centro —confiesa, con la mirada perdida en el pasado —. Y no lo pensé. Actué. No era la primera vez que lo hacía.

—¿Cómo qué…?

—Gracias a mi expulsión, varios chicos se atrevieron a prestar declaración y el escándalo salió a la luz. Años y años de abusos a menores de edad. Eran víctimas fáciles, silenciosas. Porque ¿quién creería la palabra de quien ya cometió un delito?

Las lágrimas fluyen por mi rostro como un río desbordado. La pregunta flota entre nosotros como un espectro, hasta que finalmente me armo de valor para pronunciarla:

—¿Alguna vez…?

—No —me corta antes de que formule la pregunta. Pero hay algo en sus ojos que no puedo descifrar, algo que me hace pensar que no está todo dicho—. Sufrí un montón de abusos, pero no de ese tipo. Yo era un adulto, era más alto y más grande que él. Tendría que haber sido muy estúpido para intentarlo siquiera.

Voy a decir algo, pero no puedo. Solo puedo apartarme las lágrimas con la mano y sonarme los mocos que me impiden respirar.

—Por si te lo estás preguntando, después me encerraron en un hospital psiquiátrico penitenciario. Estuve poco menos de un año allí. Estaban acostumbrados a tratar con todo tipo de patologías y pusieron en duda la opinión de los psicólogos que me evaluaron tras el accidente. Y como ellos tenían el poder en ese momento… me liberaron.

El silencio vuelve a caer entre nosotros mientras proceso su confesión. Sin pensarlo, me siento a su lado, en el suelo.

Y ya no sé ni qué pensar. Si su historia es cierta, no es un criminal. Tan solo cumplió condena por un acto heroico que fue juzgado como agresión.

—Cuando salió el juicio, me libré de ir a la cárcel —prosigue—. No es cierto que mis padres sobornaran a ningún juez. Yo no recordaba nada y los testimonios del caso Capri no eran claros, aunque sí muy

contradictorios. Todo quedó como un homicidio involuntario. Dos jóvenes haciendo el capullo en la carretera y perdiendo el control. En cuanto al segundo delito, fue en defensa propia. Mi abogado alegó que estaba abusando de mí. Nadie contradijo mi versión. Me las ingenié para que algunos chicos testificaran a mi favor. En resumen, me cayeron dos años de prisión domiciliaria preventiva con revisiones periódicas de condena, y tratamiento psiquiátrico casi de por vida. El caso nunca se resolvió.

—Yo… no sé qué decir.

—Lo que viví esos años me destrozó, Jude. No volví a ser el mismo. Me sentía muerto en vida. Por eso, cuando acabé la universidad y recuperé mi libertad, empecé a aceptar trabajos fuera de Italia. Me convertí en otra persona, comencé a vestir diferente, a conocer gente nueva, a abrirme poco a poco al mundo…

Bajo la mirada. Todavía no sé qué extraer de todo esto, pero todo suena tan normal cuando me lo cuenta con esa pena desgarradora en la voz…

¿De verdad he dudado de él por culpa de Renzo?

¿Cómo alguien puede cargar tanto y seguir adelante?

¿Cómo es posible que esos psicólogos mediocres metieran tanto la pata?

Ya más calmada y con la mente fría, analizo el enfrentamiento entre Renzo y Dante, y me doy cuenta de lo que ha pasado en la disco: absolutamente nada. Mi ex no paró de provocarlo, pero Dante no hizo nada. No se mostró agresivo ni dejó de ser un caballero.

—Siento haber reaccionado de ese modo —me disculpo.

—No hay nada que sentir. Te dije que no sería fácil. —Su tono es firme, pero sus ojos reflejan que ha terminado de romperse—. Jude, sé clara conmigo. Si has cambiado de idea respecto a nosotros, lo entenderé.

—No, Dan… Yo…

—No, escúchame —me interrumpe—. Solo quiero que sepas una cosa: aunque estaba cabreado, no iba a hacer nada. Ni a Renzo, ni a ti, ni a nadie. Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Me mira con escepticismo.

—Sí. Puede que esta noche haya dudado por un instante, no te lo niego, pero cada vez tengo más claro que no tienes el perfil de un psicópata.

—Jude… —se desespera—. No intentes romantizarme. Los expertos que me analizaron después del accidente dijeron que…

—No tienes el perfil —insisto.

—¿Qué sabrás tú sobre qué tipo de perfil tiene un psicópata?

—He estado leyendo sobre el tema y hay algo que no encaja.

—¿Has estado…? ¡Joder, Jude! ¿Cuánto tiempo llevas…?

—Solo quería estar informada.

—Porque me tienes miedo.

—No es eso…

—Pues deberías.

Dante se levanta, pone los brazos en jarras y comienza a agobiarse. Yo le sigo.

—Jude, te lo repito: todo es cierto. Ese informe lo elaboraron en el 2011 y, en aquella época, yo era otra persona. Pero los instintos no pueden cambiarse.

Otra persona.

De repente, se me enciende la bombilla imaginaria que todos tenemos sobre la cabeza. ¿Cómo no me di cuenta antes? Dante no recuerda nada de esa noche porque, *en aquella época, era otra persona*.

Sonrío entre lágrimas y decido recurrir a nuestra palabra de seguridad para dar por finalizada esta disputa, que acaba de serme más esclarecedora de lo que él pueda imaginar.

—*Panna cotta* arrepentida.

—¿Qué?

Por un momento, me mira como si no entendiera. Pronto, se adentra en el juego y murmura:

—*Calzone* enamorado.

Antes de que diga nada más, mis manos están en su rostro y mis labios sobre los suyos. Y me olvido de todo. No existe el pasado, ni las dudas, ni los miedos. Solo nosotros. Y estoy dispuesta a caminar con él por el borde del abismo, sin importar lo que nos espere al

otro lado, para probar que es inocente. Aunque me tenga que ir a Capri nadando para averiguar qué pasó ese verano.

37

NO QUIERO SER TU SECRETO

DANTE

Cinco meses después

Llevo cinco meses con Jude. Cinco meses que han cambiado mi vida de formas que nunca creí posibles. Dejé la mina de sal en Polonia, rechacé la renovación del contrato, y, por primera vez, no sentí esa necesidad compulsiva de escapar, de buscar un rincón del mundo donde nadie pudiera encontrarme.

Voy a empezar a aceptar solo trabajos en Italia, proyectos que no me mantengan demasiado tiempo lejos. Sé que necesitamos espacio para seguir siendo quienes somos sin perder nuestra independencia, pero también sé que no puedo volver a lo de vernos cada dos semanas, contando los días para estar juntos. No quiero más despedidas en aeropuertos ni noches en las que me duermo imaginando cómo sería tenerla a mi lado.

Quiero más.

Quiero lo cotidiano, lo sencillo.

Quiero el café de las mañanas, las peleas por quién friega los platos, los domingos en los que no hacemos nada.

Quiero una vida con ella, no por videollamada.

Y estos meses estoy aprendiendo cosas que otros descubren a los veinte como convivir, compartir espacios y emociones. Cosas que me perdí por estar tan aislado del mundo. Somos una pareja normal, o al menos lo intentamos. Nos estamos tomando las cosas con calma, aunque también hemos dado pequeños pasos en la dirección correcta. Por ejemplo, he dejado mi pijama y el cepillo de dientes en su piso, y ella tiene una copia de las llaves del mío.

Discutimos poco, aunque, cuando lo hacemos, provocamos un terremoto de nivel 8. A veces pienso que no lo evitamos porque nos encantan las reconciliaciones.

Mi pasado sigue ahí, como una sombra persistente; pero Jude me ha pedido que, si no estoy dispuesto a enfrentarlo, al menos deje de torturarnos con ello. Es parte de mi historia, pero no tiene por qué ser lo que me defina. Ella me ha enseñado que soy más que el error que cometí de adolescente. Mucho más que mis cicatrices.

Tiene razón, lo sé. Pero las noches a veces traen recuerdos en forma de pesadillas, y estas se han vuelto más vívidas y frecuentes, aunque sigan sin tener sentido.

Allegra, Serena, Tiziano, Leo y yo, todos juntos en una coctelera de recuerdos y fragmentos rotos. Cada noche me encuentro reviviendo una y otra vez los mismos momentos, con las mismas caras borrosas, los gestos distorsionados y las voces apagadas.

A menudo me despierto en un sudor frío, perdido entre lo que es real y lo que no lo es. Judith siempre está ahí, sujetándome, hablándome con calma. Y aunque sus intenciones son buenas, siempre acabamos en el mismo punto. Quiere que vuelva a Capri, el lugar donde todo se rompió. El origen de todos mis demonios. Y yo sé que no puedo enfrentar ese infierno sin que algo dentro de mí se rompa. Sin arrastrarla conmigo. Sin que vea al hombre que temo ser. Al monstruo que tal vez nunca deje de acecharme en las sombras.



Estoy tumbado bajo un cielo negro salpicado de estrellas, y todo lo que puedo oír es el rumor del mar y el latido desbocado de mi corazón. La brisa de la noche me acaricia la piel, pero no importa. El calor que desprende Serena, tumbada a mi lado, sobre esa ridícula toalla rosa con delfines, me envuelve por completo.

Se incorpora de repente, con esa risa que siempre consigue lo que quiere de mí, y empieza a disparar con su cámara. Me defiendo, tratando de cubrirme el rostro, pero es inútil. Cuando Serena se propone algo, no hay fuerza que la detenga.

—¿Te quieres estar quieta con la cámara, Sere? Me siento como si saliera con una paparazzi*. —Intento sonar molesto, pero sé que mi tono me traiciona.*

—¡Deja de protestar! —Me apunta con el objetivo de nuevo, ignorando mis quejas—. Dentro de diez años me darás las gracias cuando quieras recordar lo increíble que fue este verano y yo tenga todo un testimonio gráfico.

Increíble*. Esa es la palabra que usaría para describirla a ella. Está estudiando Fotografía y no hay día en que salga de casa sin su cámara al cuello. Es barata, no puede permitirse otra cosa, y saca los colores un poco apagados, pero yo siempre le digo lo mucho que me gustan sus fotos… excepto cuando me convierte en el protagonista de ellas.*

—¿Cuándo vas a presentarme a tus hermanos?

—Prefiero que sigamos así por ahora —respondo, intentando mantener la sonrisa.

No es la primera vez que me lo pregunta, ni es la primera vez que esquivo el tema. Lo que tengo con Serena es nuestro, algo sagrado que no quiero corromper.

—Empiezo a pensar que te avergüenzas de mí, Dan.

Me giro hacia ella, sorprendido. ¿Cómo puede pensar algo así? Cuando la miro, no veo su estatus. Veo a la chica más dulce, divertida y hermosa del mundo.

—¡No digas disparates, Sere!

—Entonces, ¿qué es? —insiste, su voz ahora teñida de algo que me rompe un poco por dentro.

—Es… complicado.

No es una mentira, pero tampoco toda la verdad. En circunstancias normales, le presentaría a mis hermanos sin dudarlo. Pero después de lo que me hizo Leo el curso pasado…

—No quiero que pienses que es por ti —le digo, mirándola a los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado este verano. Tal vez lo mejor que me ha pasado nunca.

Su semblante serio interrumpe mis pensamientos.

—No quiero ser tu secreto, Dan.

Voy a responderle, pero mi garganta se cierra. Antes de que pueda decir una sola palabra, su rostro comienza a desdibujarse, transformándose en el de otra mujer. Una rubia con ojos que queman como el hielo.

La veo con una claridad que me asusta. Estamos en un bar. Ella me besa, pero no siento nada. Es como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo para poder observar todo desde fuera. Mi camisa negra. Su vestido champán salpicado de brillantes diminutos. Mis manos suben por su pierna, llevando su rodilla a mi cadera.

Pero no hay tacto. No hay olor. Su piel no me transmite calor ni suavidad. Soy un mero espectador atrapado en el juego retorcido de mi mente.

No me siento culpable, aunque algo muy desagradable me encoge el pecho. Pero antes de que pueda procesarlo, el escenario cambia. Las paredes se cierran sobre mí. Estoy en una habitación sombría y asfixiante donde la luz apenas se filtra. Hace frío. Un frío que me cala hasta los huesos.

Y allí está, mi hermano Leo. No, no es Leo. Es una versión oscura de él… o de mí. Los dos llevamos la misma camiseta de recuerdo de Capri que compramos en una tienda de suvenires. Parecemos más iguales que nunca, irreconocibles. Hay algo en el ambiente que duele, algo que no comprendo. Algo cruel e inhumano.

—¿A qué cojones juegas? ¿Es que no te cansas de hacer siempre lo mismo? ¿De destrozarlo todo? —grita uno de los dos con voz rota —. ¿Cómo has podido hacerle esto a tu propio hermano?

—Yo no estoy haciendo nada, hermanito.

—¡Lo he visto todo!

Saca unas fotografías del bolsillo de sus vaqueros, impresas en mala calidad. El otro gemelo coge una de ellas y ríe, una risa hueca que parece rebotar en las paredes que nos rodean.

—No sabía que fueras un mirón. La próxima vez, podrías unirte a la fiesta en vez de hacernos fotitos.

—Para ti todo es un juego, ¿verdad?

—¿Por qué no te vas a coger un par de olas y me dejas en paz un rato, hermanito?

El mundo se tambalea. Todo a mi alrededor parece girar, pero las palabras se quedan estáticas, incrustadas en mi mente como cuchillos. Llegados a este punto, mis emociones están tan mezcladas que ya no sé quién de los dos soy, el que interroga o el que es interrogado.

—¿Es que no lo entiendes? ¡*Me has puesto en medio de todo esto! Me estás obligando a guardar tu secreto, a tomar partido. ¡A elegir entre vosotros dos, joder!*

El otro sonríe, pero es una sonrisa oscura. Maliciosa.

—No tienes que elegir nada. Solo cierra el puto pico y Tiziano no tendrá por qué enterarse. Será nuestro secreto.

—¿Cómo puedes*…?* ¡La isla está llena de mujeres! ¡Tienes novia, joder! ¿Es que no te importa lo que ella va a sentir cuando se entere de esto?

—¡Tú no lo entiendes! —Está a punto de perder el control, lo veo en su mirada—. ¡Estamos enamorados! Allegra me quiere a mí.

—¡Allegra está enamorada de Tizzy!

—¿Y qué hace entonces en mi cama cada vez que él se da la vuelta?

—Mientes.

—Eres patético. —Se ríe, pero es una risa vacía, llena de resentimiento—. ¿Quieres contárselo? ¡Hazlo! Pero si abres la boca y Allegra me deja por tu culpa, te juro que no va a quedar nada en pie.

—¿Ahora me amenazas?

—No pienso dejarle ganar. No con Allegra. Es mía. Solo mía.

El aire se vuelve pesado, como si el mundo entero estuviera reteniendo la respiración. Percibo las emociones de los dos gemelos

como si fueran las mías propias. Busco algo, cualquier cosa, un atisbo de remordimientos en *la mirada de alguno de los dos. Pero lo único que encuentro es oscuridad.*

Todo dentro de mí se congela. Mi cuerpo pesa como si estuviera hecho de plomo y rabia. Y, como si me hubieran metido en un desagüe, todo comienza a girar hasta marearme. No sé si estoy soñando o recordando. Pero sé que esto, sea lo que sea, me está destruyendo.

El asfalto está frío bajo mi mejilla. Todo me duele: los brazos, las piernas, la cabeza… Respiro con dificultad mientras los sonidos alrededor se entremezclan en un caos de gritos, sollozos y pasos apresurados. Mi visión es un desastre de sombras y luces parpadeantes. Y el olor… Ese maldito perfume que Leo compró al llegar a la isla porque se había olvidado el suyo en casa. ¿Por qué me viene ese olor a la cabeza?

Siento náuseas. Intento levantarme, pero mi cuerpo no responde. Me remuevo incómodo. Siento algo en la espalda, una sensación aguda que me atraviesa como un puñal caliente. Me retuerzo de dolor, incapaz de razonar que, cuanto más me muevo, más me abrasa.

¿Qué demonios ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi casco? Yo nunca salgo sin él.

—Es un milagro que esté vivo —murmura alguien cerca de mí.

Vivo*. ¿Por qué sería un milagro?*

—¿Qué hay de la pareja? —pregunta otra voz.

El silencio que sigue es más estruendoso que cualquier respuesta. Mi corazón se detiene, como si de alguna manera ya supiera lo que no estoy preparado para escuchar. Hago un esfuerzo por incorporarme, pero, de nuevo, fracaso.

—¡No se mueva! —Una orden, firme pero distante, me llega como si estuviera bajo el agua.

¿Es a mí?

Giro la cabeza, el esfuerzo aumenta las ganas de vomitar que tengo al borde de la garganta. A unos metros, distingo dos cuerpos inmóviles, cubiertos con mantas. Las manchas oscuras en el quitamiedos me gritan lo que las palabras no pueden. Sangre.

—Tiziano —murmuro tan bajito que apenas yo lo oigo.

—¡Fue él! ¡El de la camisa negra! —grita alguien con determinación.

El sonido es punzante, como si las palabras atravesaran directamente mi cráneo.

—¡Nosotros lo vimos todo! —asegura otra voz.

—¡Voy a matar a ese hijo de…! —ruge alguien más.

Percibo las vibraciones en el asfalto antes de sentir el peso de su presencia. Sé que vienen hacia mí. Sé que las palabras me buscan, me culpan.

—¡Basta! —Una mujer detiene el linchamiento antes de que comience—. Hasta que no sepamos lo que ha pasado, aquí todo el mundo es inocente. ¿Queda claro?

—¡Fue el de la camisa negra! ¡Él los sacó de la carretera!

—Por favor, ¿podrían apartarse? Están obstaculizando a la autoridad.

Manos firmes me levantan con cuidado, estabilizándome sobre una camilla. Pego un grito ahogado, lo suficiente para que ellos entiendan que algo no está bien.

—¡Dios Santo! —exclama una voz femenina al examinar mi espalda—. ¿Tú has visto la quemadura que tiene este chico? Necesito el botiquín, ¡ya!

—¡Me cago en…! —Una voz masculina se une—. ¿Cómo no lo vimos antes?

—Mira esto —replica la mujer—. Su camisa… Está intacta.

Las palabras parecen flotar a mi alrededor, sin encontrar un lugar donde asentarse.

—¿Cómo es posible? Con esas quemaduras, es imposible que…

Siento unas manos sobre mi cuerpo, toqueteando mis heridas. Estoy demasiado aturdido para protestar.

¿Dónde está Serena?

La mujer acerca algo metálico a mi piel quemada y noto un escalofrío.

—Pues aún queda lo mejor: tiene restos de tejido pegado a la herida.

—¿Te extraña? —responde su compañero—. Lo raro es que no lleve la camisa tatuada. Le va a dejar una buena cicatriz la broma… Qué le hubiera costado ponerse una chupa antes de coger la moto. Las inventaron para evitar estas cosas, no para que los niñatos jueguen a ser los más chungos del barrio.

—No, escucha… El tejido es de colores.

El silencio que sigue es ensordecedor. Colores*. Mi mente trata de atar cabos, pero ninguno encaja.*

—¿A dónde quieres llegar, Sherlock? —bromea la voz masculina con un aire condescendiente.

—¿Tú eres tonto o qué? ¿Es que no ves que el chaval va vestido de negro? ¿De dónde ha salido la tela que tiene pegada a la quemadura?

—Oh… Ya veo por dónde vas.

—¿Había alguien más en la zona?

—Negativo. Pero los testigos insisten en que el chico provocó el accidente —responde la voz masculina, cargada de una duda incómoda—. Hay una joven que podría haber visto algo, pero ahora mismo está en shock*. Se la llevarán a prestar declaración cuando consigan que se calme.*

Un vacío me recorre el pecho. Siento náuseas. Mi cabeza intenta recuperar algo, cualquier fragmento de memoria que me ayude a entender. Nada llega, solo ese perfume denso que no debería estar aquí.

El zumbido en mis oídos se intensifica. Las voces se apagan. La oscuridad se cierne sobre mí como una marea imparable. Y grito. Con fuerza. Pero nadie me oye. Estoy solo, encerrado en esa habitación que he convertido en mi celda.

—Cariño, por favor, despierta.

El sudor me corre por la espalda cuando abro los ojos. La habitación está en penumbra, y el sonido de la respiración de Jude a mi lado me devuelve al presente, aunque mi cabeza sigue perdida en esa pesadilla.

—¿Otra vez? —pregunta, con los ojos entrecerrados por el sueño.

Asiento con la cabeza. Esta vez ha sido tan real que aún puedo sentir el asfalto arañándome las mejillas.

—Dan…, ¿estás bien? Dime algo —insiste.

—La camisa de flores.

—¿Qué?

—La camisa de flores. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¿Qué camisa? ¿De qué hablas? No estoy entendiendo nada.

Me froto las sienes, intentando aclarar mi mente. Y entonces escupo las palabras sin orden ni lógica:

—Estaba en la playa con Serena. Éramos felices. Ella no paraba de hacer fotos con su cámara, pero, de repente…, todo cambió.

—¿El qué cambió?

—Apareció Allegra. Todo se volvió oscuro, Jude. El amor que sentía por Serena se transformó en algo tóxico, en algo que me aplastaba. Allegra estaba allí, y sentí… asco. Y, justo en ese momento, todo desapareció de nuevo. Estaba en la carretera, y veía a Tiziano y…

Me cubro la cara. Ha sido demasiado intenso, como si realmente hubiera estado allí.

—Cariño, relájate, respira… Solo ha sido otro sueño.

—No, no ha sido solo otro sueño, Jude. Ha sido la prueba de que yo lo maté.

Se hace el silencio entre nosotros. Sé que ella no quiere ni oír hablar de este tema, pero tiene que hacerlo. Tiene que empezar a asumir que sale con un monstruo.

—Yo provoqué ese accidente porque estaba convencido de que Allegra era mía. Estaba decidido a robársela a mi hermano. Yo vi esas fotos y…

—¿Qué fotos?

—No lo sé… Alguien nos sacó unas fotos mientras nos besábamos. Allegra llevaba un vestido dorado y yo…

Ella se incorpora de golpe y algo cambia en su rostro.

—Tienes que dejar de darles tanto crédito a esas pesadillas.

—¿Y si no es una simple pesadilla? —replico, mi voz más dura de lo que pretendía—. ¿Y si es un recuerdo? Una pista que mi subconsciente intenta traer de vuelta.

Ella baja la mirada, y su desesperación me golpea más fuerte que cualquier argumento.

—Déjalo, anda —me rindo—. Ya sé lo que vas a decir.

—Tienes que ir a Capri, Dan.

—Ya hemos hablado de esto antes.

—Tienes que descubrir qué pasó —insiste con determinación—. No puedes seguir atrapado en esas visiones sin saber qué es realidad y qué es ficción. No puedes seguir cargando con una culpa que no sabes si te corresponde. No puedes seguir aceptando lo que otros te dicen mientras tú no recuerdas nada.

Me levanto de golpe, incapaz de quedarme quieto, y comienzo a caminar por la habitación. Como decía, discutimos poco, pero cuando lo hacemos, es siempre por esto. Por mi pasado. Por mi jodida incapacidad de enfrentarlo.

—Disociación de la realidad, falta de empatía… ¿No te dice eso nada, Judith? —escupo, esperando que se rinda de una vez.

—¿Falta de empatía? ¡Ja! Una vez paraste la moto en seco porque casi atropellas a una rata. Y mira que era fea la condenada…

—Me da igual lo que pienses, no voy a ir a Capri. Esto ya lo hemos discutido antes.

—¿Por qué no? ¿Qué tienes que perder? ¿La tranquilidad que no tienes?

—¿Es que no me estás escuchando? ¡Acabo de verlo todo claro en ese maldito sueño!

—Sí, y yo acabo de bajarme de un unicornio en el mío, pero, al abrir los ojos, se ha desvanecido, Dan. Porque ha sido un sueño, y los unicornios no existen. ¡No existen!

Estoy a un tris de largarme a mi taller a dormir.

—Mira, Dan… Te quiero con locura, creo que lo sabes, pero no puedo más —reconoce—. Necesito tener una relación normal. Y estoy dispuesta a luchar contra tus demonios, pero tú tienes que poner un poquito de tu parte. Llevamos cinco meses juntos y tus pesadillas cada vez son más frecuentes, más explícitas, y tú…

—¿Yo qué? —la interrumpo, casi gritando—. Venga, dilo: ¿qué esperas que haga?

—¡Que te enfrentes a ellas! —grita, sin retroceder ni un paso—. Y no me refiero a que te tomes una infusión y regreses a la cama conmigo. No hablo de que asumas todo lo que dijeron los testigos o los psicólogos. ¡Tienes que intentar recordar por ti mismo!

—¡Una idea maravillosa, Judith! ¿Te crees que no llevo toda la puta vida intentándolo?

—Tal vez tus métodos no sean los más efectivos.

El silencio que sigue es ensordecedor. Sus palabras me golpean como un torrente helado. Estoy cabreado con ella por llevarme al límite, pero también sé que tiene razón: no puedo seguir así. No sé cuánto más voy a aguantar antes de volverme loco. Antes de volverla loca a ella.

—¿Y qué pasa si recordar me destruye? —temo en voz alta.

Ella se acerca y pone una mano en mi mejilla, obligándome a mirarla a esos ojos verdes donde siempre encuentro refugio. No hay miedo en ellos, solo amor… y dolor.

—¿Y qué pasa si recordar es lo único que puede salvarte?

38

FANTASMAS EN UN ARMARIO

JUDITH

Prometí que no lo haría. Juré que no sería esa persona que hurga en los secretos de su pareja, pero la curiosidad es una bestia incontrolable. Y aquí estoy, en este piso lleno de su esencia, su orden meticuloso, su vida. Lleno de preguntas que él no quiere hacerse por miedo a confirmar lo que cree.

Es una suerte que Baldini le haya ofrecido un último encargo en la mina. Cuando me dijo que tenía que ir a Polonia una semana, con ese tono que buscaba disculparse y prometía compensarme por ello, me costó no ponerme a dar saltos de alegría.

Por un lado, sabía lo mucho que a él le hacía falta evadirse precisamente ahora, a unos días del aniversario de la muerte de su hermano.

Por otro, llevaba queriendo entrar en su piso desde que me confesó que había soñado con esas fotos que se asemejaban demasiado a las que yo vi en la habitación de Leo. No dije nada. No quise atormentarlo más. Pero aquella pesadilla fue el combustible que necesitaba para hacer un buen uso de las llaves que llevaban semanas colgando de mi llavero.

En realidad, hubo otro factor desencadenante: el misterioso sobre que Leo me dio aquella noche mientras esperaba el autobús.

Soy un desastre. Reconozco que lo metí en el bolsillo interno de mi bolso y de allí no se movió… hasta esta mañana.

Lo abrí en privado, pensando que, si Leo no se lo había mencionado hasta ahora, tal vez no fuera tan importante.

En su interior, un informe de psiquiatría del 2011 en el que se dictaminaban una serie de pautas para convivir con Dante Ricci durante el arresto domiciliario. No incluía evaluación médica; supongo que Leo prefirió darme solo la información que a él le convenía, la que me hacía dudar. Porque, si algo tengo claro, es que Leo me entregó ese sobre para que yo lo abriera. Quería ocasionar una pelea entre nosotros y alimentar mis miedos.

Si él supiera lo que ha conseguido en realidad…

Y por eso precisamente estoy aquí. Pero ¿cómo puedo probar algo así? ¿Por dónde empiezo?

Cuando le pregunto a mi novio cuándo comenzó a deteriorarse la relación con su gemelo, no sabe darme una respuesta clara. Me cuenta que tuvieron algunos roces durante la adolescencia por el afán de Leo de quedar siempre por encima. Que todo se complicó tras el accidente. Aquella experiencia los rompió a todos de formas irreparables.

Dante está convencido de que Leo sigue sin perdonarlo, y aunque lo entiende, no puede evitar sentir que su gemelo lo abandonó justo cuando más lo necesitaba.

Al menos, este fue el cuento Disney que me contó él.

Yo, personalmente, no me lo creo. Y a cabezona no me gana nadie. Como ya dije una vez, si para llegar al fondo de esta historia tengo que ir nadando a Capri, que alguien me prepare un neopreno.

Abro cajones, armarios y husmeo en estanterías. No sé qué estoy buscando, algo que explique las piezas rotas de Dante. Algo que confirme —o mejor aún, desmienta— su trastorno mental.

Dicen que la fe es peligrosa. Que te ciega, que te lleva a justificar lo injustificable. Y sí, reconozco que mi fe en él tiene algo de eso, pero, seamos realistas… Entre los rasgos más destacados de los psicópatas se encuentran el encanto superficial, el egocentrismo, la

facilidad para manipular y la tendencia a los comportamientos irresponsables.

Una buena muestra de esto sería, por ejemplo, aprovechar que tu cuñada necesita ir al centro comercial para intentar manipularla, seducirla, y, después, rematar la noche besando a otra mujer mientras te empolvas la nariz.

Lo digo por decir algo, que no estoy acusando a nadie de nada…

Revuelvo los cajones de su escritorio. Todo está impecable, cada cosa en su lugar. Ese es el verdadero TOC de mi chico: es tan ordenado que tengo miedo de que note que le he cambiado las cosas de sitio.

Encuentro una caja con relojes envueltos en terciopelo, algunos cómics viejos que me sacan una sonrisa, hasta que hojeo las páginas y hallo lo inevitable: porno. Un clásico adolescente.

Cierro el cajón y me paso la mano por la cara. ¿Qué estoy haciendo? Aunque lo haga por su bien, para liberarlo, no puedo evitar sentir que estoy traicionando su confianza.

Decido hacer un descanso para llamar a Gaby. Mi compinche en esto de los dramas emocionales siempre tiene algo jugoso que contarme, y hoy no es la excepción: Matteo sigue en escena y, por lo que parece, las cosas van viento en popa.

Pongo el altavoz, me sirvo un café en una de esas tacitas preciosas de cristal de Murano que hay en la cocina y me dispongo a sentarme cómodamente en el sofá.

Solo que no llego al sofá. Por llegar, no llego ni al salón…

Un simple tropezón con la esquina del mueble y, *voilà*, la taza se estrella contra el suelo, y yo me salvo por los pelos de partirme los dientes contra dicho mueble. ¡Qué razón tenía Leandro al decir que soy incapaz de llevar una bandeja sin ocasionar un desastre!

Maldigo por lo bajo, mientras Gaby se parte de risa al otro lado del teléfono. Me despido de ella, demasiado ocupada con la misión de regresar a la cocina, servirme otro café —esta vez, en un humilde vaso de cartón que promete no romperse— y coger los utensilios necesarios para limpiar el manchurrón de café que ahora decora la pared. No sé cómo voy a quitar la mancha sin llevarme la pintura. ¡Menudo desastre!

Y mientras estoy arrodillada, frota que te frota, algo llama mi atención. Justo al lado de la mancha, oculto tras el mueble recibidor, hay una trampilla lo suficientemente grande para almacenar cosas. No parece un rincón secreto ni mucho menos. Es más bien como un armario de contadores donde se ha aprovechado el espacio para guardar archivadores, perfectamente clasificados con etiquetas. *Facturas y recibos, Seguros, Contratos de trabajo y diplomas, Informes médicos*… Y, en el último, solo una palabra: *Capri.*

Siento un escalofrío recorrerme la columna. Respiro hondo y saco el archivador con la extraña sensación de que estoy a punto de zambullirme en una caja de Pandora.

Tan pronto lo abro, me sacude la realidad en forma de recortes de prensa, fotografías y hojas llenas de notas médicas. La primera noticia, de un periódico local de Capri, me deja sin aliento:

«Tragedia en Capri: dos jóvenes pierden la vida en un accidente de moto, y un tercero queda gravemente herido. Testigos hablan de una disputa entre hermanos por el amor de la fallecida».

Mis ojos se deslizan por el texto, devorando cada palabra como si el significado pudiera cambiar si lo leo diez veces más.

Los nombres saltan ante mí como puñales.

Tiziano Ricci.

Dante Ricci.

Allegra Rinaldi.

Las imágenes son borrosas, pero reconocibles. Cuerpos cubiertos con mantas, una carretera teñida de sangre, dos motos destrozadas.

—¿Qué demonios pasó aquí? —susurro, con la voz quebrada.

Me encuentro una cobertura extensa del caso: las declaraciones, la investigación, el juicio… Siento un escalofrío recorrerme la columna.

Paso a los informes médicos.

Los más antiguos, de agosto del 2011, incluyen notas de las sesiones de rehabilitación de Dante, además de los informes psiquiátricos elaborados inmediatamente después del accidente. Hablan de lo que ya he oído mil veces: falta de empatía, falta de

remordimientos, comportamientos irresponsables, negación de la realidad… Las explicaciones son técnicas, pero la conclusión es aterradora.

Me falta el aire. Me siento como si las paredes del apartamento se cerraran sobre mí. Pero ni eso me detiene. Hay algo oscuro en todo esto, algo que no tiene sentido.

Sigo hojeando hasta toparme con los informes del psicólogo que evaluó a Dante después del incidente en el centro de menores. El mismo que aprobó su prisión domiciliaria. El del centro donde estuvo encerrado.

«No se han observado los rasgos esenciales esperables en un individuo con Trastorno Antisocial de la Personalidad», dice el informe con un tono frío, clínico. Lo leo y lo releo, pero, a diferencia del informe elaborado por los forenses, aquí no hay rastro del monstruo que me han vendido.

«El paciente presenta síntomas de trauma severo. Las experiencias vividas lo han dejado en un estado de vulnerabilidad emocional extrema. Sus respuestas emocionales limitadas, su aparente falta de remordimientos y su amnesia son el resultado de una disociación traumática».

Mis ojos recorren las palabras con una mezcla de alivio y confusión. Traumatizado. Roto. Esa es la descripción del hombre que amo. No un villano ni un manipulador calculador, sino alguien que ha sobrevivido a un infierno del que nunca salió del todo.

El informe explica que sus recuerdos están fragmentados, enterrados bajo el peso de una culpa que ni siquiera sabe si le pertenece. Su falta de remordimientos no es producto de una mente fría y despiadada, sino de un cerebro que se protegió apagando partes de sí mismo. Una amnesia disociativa como mecanismo de defensa.

Me siento en el suelo, con el archivador aún abierto en mi regazo:

«La amnesia disociativa puede ocurrir como una respuesta psicológica a un trauma emocional o físico, como un accidente, una agresión o la muerte de una persona cercana. En lugar de recordar el evento traumático, el cerebro puede

bloquear de manera temporal o permanente la memoria relacionada con el suceso.

Este tipo de amnesia se considera una forma de defensa del cerebro para protegerse de los recuerdos dolorosos o abrumadores. La persona afectada puede perder recuerdos específicos, pero su memoria general, como su identidad, habilidades y otros eventos no traumáticos, permanece intacta. Sin embargo, a veces estos recuerdos pueden regresar gradualmente con el tiempo o a través de terapias.

Es importante mencionar que la amnesia disociativa es un fenómeno complejo y no siempre se manifiesta de la misma manera en todas las personas…».

El timbre suena y me congelo. Yo no debería estar aquí. Si me quedo muy quieta, puede que quienquiera que esté al otro lado no se dé cuenta de que hay alguien y se marche.

—Será mejor que abras la puerta si no quieres que me mee en tu descansillo, Dan. He tardado casi cuatro horas en llegar a Padua con este maldito tráfico. Cuatro malditas horas. Debo de quererte demasiado.

¿¡Francesca!?

Mi corazón se dispara. No estoy lista para que me sorprenda aquí. ¿Por qué no me avisó Dante de que su hermana podría aparecer hoy?

—Un segundo, ya abro —grito con la voz más casual que puedo, mientras entro en pánico por dentro.

Recojo a toda prisa los informes, las fotos, los recortes de periódico…, todo lo que no debería estar esparcido por la casa. Intento meterlos en el armario de manera ordenada, pero el nerviosismo me gana y acabo tirándolo de cualquier manera. A ver cómo coloco luego todo de vuelta en su sitio… Está claro que, si no me pilla la hermana, lo hará él cuando vuelva.

Me acerco a la puerta. Cojo aire y esbozo una sonrisa amigable antes de abrir.

—¡Cesca, qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí?

Mi intento de sonar normal es patético. Soy el vivo retrato de alguien que ha sido pillado haciendo lo que no debía.

Ella me estudia con una sonrisa que no esconde del todo su suspicacia.

—Hola, cuñada. —Sus ojos hacen un barrido rápido del salón detrás de mí antes de volver a centrarse en mi cara—. He quedado para cenar con mi hermano, ¿está por aquí?

—¿Dan? —repito, como si hubiera más de un hermano viviendo aquí—. Ha tenido que regresar a Polonia. ¿No te lo ha dicho?

—¡Evidentemente no! —bufa—. Menudo bastardo… Bueno, ya que no está, ¿qué tal si cenamos juntas? Tarde de chicas y nos ponemos al día.

Miro el caos detrás de mí. En la mesa del salón aún hay pruebas de mi delito. Tengo que sacar a Cesca de casa como sea…

—Claro, ¿dónde te apetece ir? Cojo mi bolso y…

—Donde sea, me muero de hambre. Pero antes, necesito usar el baño. Iba en serio con lo de mearme en el rellano. No sabes el tráfico que había para salir de Milán.

Dudo por un momento, pero no puedo decirle que no después del viajecito que se ha pegado.

Francesca no se dirige al baño de inmediato. Camina hacia el salón como si estuviera inspeccionando el lugar. Cuando ve la mesa, se detiene en seco. Sus ojos recorren los recortes, las fotos, las notas médicas esparcidas. Me llevo una mano a la cara, sintiéndome atrapada.

«¿Tú no te estabas meando? ¡Arrea al baño y finge que no has visto nada!», suplico.

—¿Qué es todo esto, Jude?

—No es lo que parece.

El clásico. Me odio un poco por lo predecible que suena.

—Ah, ¿no? Porque parece que estás montándote un tablero de conspiraciones al más puro estilo *C.S.I* con mi hermano como protagonista. ¿Estás… revolviendo en sus cosas?

No sé cómo interpretar su repentina seriedad, pero entiendo que estoy en un lío mayúsculo.

—Pues… Yo… —Las palabras se atascan en mi garganta hasta que exploto—. ¡Sí! Estoy revolviendo sus cosas, pero es que hay algo que no me cuadra, Cesca. Llevo meses saliendo con tu hermano y

no veo ninguno de los rasgos que describen aquí. Ni siquiera sé por qué lo culparon si apenas hay pruebas.

—Fue por las camisas.

—¿Las camisas?

—Sí, los testigos aseguraron que el accidente lo provocó el chico de la camisa negra. Horas antes, los vieron en una discoteca discutiendo, y alguien juró haber visto cómo Dan los sacaba de la carretera. —Cesca habla y yo tuerzo el gesto—. Sigue sin recordar lo que pasó, ¿verdad?

—Nada. Solo… habla de Allegra y de esa otra mujer.

—¿Qué mujer?

—Serena.

El nombre parece golpearla, como el eco de un pasado enterrado.

—¿Lo habías oído antes? —inquiero.

—Si hablamos de la misma Serena, fue su chica hace un millón de años. Estaba completamente embobado con ella —asegura, aunque enseguida se retracta por cordialidad—. O sea, no como contigo, ¿eh? ¡A ti te quiere más! Lo de ella fue… Ya sabes cómo son los adolescentes. Hacían surf juntos, salían al cine… Supongo que todo quedó en un romance de verano.

—Espera un minuto… Has dicho que hacían surf.

—¡Uy, sí! Dante estaba obsesionado con el surf. Deberías haberlo visto en esa época, era todo color, palmeras y flamencos.

—¿Y Leo?

—¿¡Leo!? —Cesca no puede reprimir una carcajada—. ¡Mi hermano no se ha montado en una tabla en su vida! Él es de tierra, de viñedos, como mi padre. Y de motos. Fue Tiziano quien les contagió esa pasión y, de los tres, Leo siempre fue el mejor. El que más controlaba. Es demasiado competitivo con todo, así que no es extraño que también lo fuera con esto.

Vale, sus palabras encajan con los sueños de Dante, pero no con la historia que me contó Leo en el bar de copas. Me dijo que odiaba el vino y que estaba obsesionado con el surf. Claro que también me vendió su lado más altruista y después no supo responder a mis preguntas. ¿Por qué me mentiría con algo así?

—¿Por qué rompió Dan con Serena? —inquiero.

Francesca se encoge de hombros.

—No lo sé. Supongo que dejaron de hablar cuando pasó todo. No creo que para ella fuera fácil descubrir que su novio era un presunto criminal. Y Dan no estaba para romances.

Me quedo dándole vueltas a su testimonio. Cada vez hay más piezas que no encajan.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco me lo creo —confiesa al fin.

—¿El qué?

—Que Dante lo hiciera. Aunque supongo que nunca lo sabremos.

La miro, sintiendo por primera vez que podría tener una aliada.

—¿Has hablado con Leo de esto? Él estuvo con ellos ese verano, algo recordará…

Francesca se pone tensa antes de responder.

—Leo nunca dio su punto de vista, Jude. Sufrió amnesia traumática.

—¿También él?

—Todos sufrimos mucho con esto. Y Leo…, no solo perdió a su hermano mayor, también perdió a su gemelo esa noche. Ninguno volvimos a ser el que éramos antes de la tragedia.

—Ya… —No me creo nada.

—De todos modos, mi relación con Leo es… complicada. Si recordara algo, no me lo contaría precisamente a mí.

—¿En serio? —me sorprendo—. Pensaba que erais uña y carne.

—¿Leo y yo? —se burla—. A ver, le quiero porque es mi hermano, pero no tenemos nada en común. Es un capullo y siento lástima por las pobres incrédulas que se acercan a él en busca de amor. Me encantaría tener un par de palabritas con ellas algún día…

—Cesca…, ¿puedo confiar en ti?

Ella me mira con los ojos como platos. Uno no pregunta algo así si lo que viene a continuación no es una bomba de relojería.

—Por supuesto. ¿De qué se trata? Me estás asustando.

Empiezo a movilizar los documentos que están sobre la mesa. Mis pensamientos son un caos, pero trato de reunirlos mientras hablo.

—He leído los informes médicos y lo que publicó la prensa. Mira esto. —Extiendo los papeles sobre la mesa y dibujo una línea invisible con el dedo—. Los testigos declararon que vieron a Tiziano

y al gemelo de la camisa negra consumiendo sustancias ilegales en la discoteca. Sin embargo, el informe de toxicología redactado la noche del accidente indica que el conductor, es decir, Dante, dio negativo.

Cesca entrecierra los ojos mientras lee los documentos que le estoy mostrando.

—No sé a dónde quieres llegar, Jude. Cuando hay una desgracia, siempre hay bulos. Gente que aprovecha para extender rumores falsos, sobre todo, cuando hay una familia influyente de por medio.

—Y en este caso, desestimaron los testimonios por falta de pruebas. Pero… —Tomo aire, armándome de valor, y ella me mira con inquietud—: ¿Y si no se lo inventaron? ¿Y si el conductor realmente iba bajo los efectos de las drogas?

—¡Por Dios, Jude! ¿Cómo se te ocurre algo así? Dante no se ha drogado en la vida.

—Dante no… Pero yo misma vi a Leo metiéndose una raya en la fiesta de Pia.

—¡No! Ese lunático me juró que lo había dejado —se altera. Al menos, no pone en duda mis palabras—. ¿Tú estás segura de lo que viste?

Asiento con la cabeza. Ella frunce el ceño, luchando contra lo que estoy insinuando. Finalmente, su expresión cambia.

—Sé que esto es muy duro para ti. Te estoy pidiendo que te posiciones contra tu propio hermano cuando no tengo más que una sospecha, pero…

—Los dos son mis hermanos, Jude, no lo olvides. Los tres lo eran.

Yo sigo con mis cavilaciones.

—Leo y Dante fueron al mismo psicólogo, ¿verdad?

—Todos íbamos a terapia en esa época. Fue un golpe terrible para la familia. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si iban al mismo psicólogo…, ¿te imaginas lo fácil que hubiera sido para uno hacerse pasar por el otro? Jugar a confundir a los psicólogos, manipularlos, y cargarle las culpas al otro.

Cesca se queda callada, su expresión ahora mezcla incredulidad y algo que podría ser miedo. Finalmente, habla, pero no dice lo que esperaba:

—¿Sabes? Creo que acabo de decidir lo que quiero para cenar. ¿Has estado alguna vez en la pizzería Rodolfo?

—¿Hay un Rodolfo por aquí? Pensaba que solo había una en Mira.

—Creo que no me he explicado bien, cuñada. —Tardo un segundo en entender lo que propone—. Si vamos a desenterrar el pasado, ¿qué mejor que hacerlo juntas? Tal vez no sea Capri, pero estoy segura de que en Mira podremos encontrar algunas respuestas.

39

EL CASTILLO DE NAIPES

DANTE

Nada más termino mi parte del proyecto en la mina, voy derecho a Padua. Sin avisar. Le dije a Jude que llegaría en dos días, pero aquí estoy, en un taxi rumbo a mi apartamento con un sencillo plan en mente: dejar las maletas, darme una ducha rápida e ir a buscarla. Cenita romántica. Quizá un paseo. Hacer el amor hasta el amanecer… Todo parece encajar perfectamente en mi cabeza mientras el taxista serpentea por las calles de la ciudad.

Ya en el descansillo, todo empieza a torcerse cuando me llega el sonido de dos voces femeninas al otro lado de la puerta. Pronto descubro que son mi hermana y mi novia, y me relajo al entender de golpe por qué están aquí: se me olvidó decirle a Cesca que regresaba a Polonia. La pobre ha conducido desde Milán para nuestra cena mensual y yo le he dado plantón. Me consuela saber que el viaje no ha sido del todo en vano y ha pasado tiempo con Jude. Me encanta que hagan cosas juntas. Aunque estoy seguro de que esta me la guarda. Menudo carácter tiene mi hermana…

Busco la llave en el bolsillo y abro la puerta, intentando no hacer ruido. Quiero sorprenderlas, pero soy yo quien se lleva la mayor

sorpresa.

Ahí están, sentadas en el suelo, con una pila de papeles, fotos y recortes desparramados entre ellas. El fluorescente amarillo brilla sobre fotocopias de documentos que conozco bien, marcando palabras, frases, detalles que no logro distinguir desde aquí.

Pero reconozco los titulares.

Reconozco los informes.

Reconozco las fotos.

Y no me gusta el tono bajo de sus voces, a pesar de estar solas. Como si estuvieran conspirando. Mi corazón se detiene.

—¿Qué es todo esto? —Mi voz resuena más alta de lo que pretendía.

Las dos se giran hacia mí, congeladas, como si hubieran sido sorprendidas robando un banco. Jude no dice nada, así que mi hermana toma el liderazgo:

—¡Dan! Pensábamos que no volverías hasta dentro de dos días.

Me cruzo de brazos y las miro sin entender cómo el día de mi regreso podría explicar qué hacen en mi apartamento aliándose contra mí. La situación pinta bastante mal para ellas.

—No voy a inventar ninguna excusa barata —sigue—. Es exactamente lo que parece, así que siéntate y escúchanos, porque creo que esto te interesa.

—¡Ya lo creo que me interesa! —Me acomodo en una silla frente a ellas, desafiándolas—. ¿Y bien? ¿Me puede explicar alguien qué cojones hacéis hurgando en mis cosas?

—¡Alguien tenía que hacerlo! Porque tú no pareces dispuesto a abrir viejas heridas, y los que te queremos estamos un poco hartos de ver cómo te está afectando esta historia incompleta.

Esta vez es mi novia quien habla. Mi mirada furiosa la invita a que no siga haciéndolo.

—Tú y yo ya hablaremos en la intimidad, Judith.

Mi novia se encoge un poco ante mi tono de voz, pero no puedo evitarlo. Me siento traicionado. La decepción es un peso que soy incapaz de cargar ahora mismo. Sin embargo, mi hermana no pilla las señales y decide seguir tensando la cuerda. Esto no puede acabar bien.

—¡Esta no es solo tu historia, Dan! ¡Es la mía también! ¡La de nuestra familia! —ruge como una leona—. Te recuerdo que Tiziano también era mi hermano. ¡Tú eres mi hermano! Y este incidente me dañó de maneras que no puedes ni imaginar. Creo que tengo derecho a…

—¿¡Que a ti te afectó!? ¡No me hagas reír, Ces!

Mis puños se aprietan hasta que noto las uñas clavarse en la palma. Nunca he discutido con Cesca, pero siempre hay una primera vez para todo en esta vida.

—Solo queremos que mires las fotos y nos escuches, Dan. Si después no quieres oír hablar del tema, prometo que nos olvidaremos de esto para siempre.

—¿Qué fotos?

Jude me tiende un puñado de fotografías. No entiendo nada, pero, si verlas va a hacer que me dejen en paz, estoy dispuesto a seguirles el rollo.

Las cojo con reticencia, y en cuanto mis ojos caen sobre la primera imagen, siento que el suelo bajo mis pies se tambalea.

Allegra y yo, en la discoteca.

Su vestido dorado.

Mi mano en su muslo, ese beso que nunca debió ser.

Una escena que he visto mil veces en mis sueños.

Las fotos existen.

Y esto solo puede significar una cosa: todo ocurrió tal y como yo lo vivo en ese mundo onírico. Fue real.

—¿De dónde…? ¿De dónde ha salido esto? —pregunto—. ¿Por qué no las había visto antes?

—Las encontramos en el cuarto de Leo, en casa de papá y mamá —responde Cesca.

Mis ojos se clavan en ella con incredulidad. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Habéis estado hurgando en la habitación de Leo? —grito, perdiendo el control—. ¡La madre que os parió a las dos! ¿Es que nada os detiene?

—¡Cálmate, cariño! —interviene mi novia, intentando razonar conmigo, pero ahora mismo no soy capaz de atender a razones—.

Cuando me hablaste de esas fotos que viste en tu sueño, me acordé de que Leo me había enseñado algo parecido, y…

—¿Fue el día en que os liasteis o es que visitas la habitación de mi gemelo con frecuencia? —la interrumpo mordaz.

Puedo ver el dolor tiñendo el rostro de mi chica, pero no puedo sentirme culpable después de lo que me está haciendo. Ahora mismo estoy tan fuera de mí que soy capaz de decir cualquier cosa.

Cesca es la única que me replica, mostrando que está tan en *shock* como me quedé yo hace unos meses.

—¿¡Te has besado con Leo!?

—Sí, hija, sí. Leo la besó antes de la fiesta de Pia —respondo por ella, notando la ira nublándome el juicio—. Y Jude…, ¿cómo dijiste? *Tardó un poco más de lo previsto en apartarse*.

—¡Sabes que no significó nada! —se defiende ella, luchando contra las lágrimas, pero Cesca la interrumpe.

—¿Cómo que no? Sí significa algo… Significa mucho.

—¡Fue un error! Lo juro —se justifica Judith, temiendo haber perdido a su aliada.

—Es una prueba más —susurra mi hermana.

—¿Una prueba de qué? ¿De verdad queréis saber qué pasó con estas fotos? —Exploto como un volcán en erupción, sujetando las malditas fotos en alto—. Leo las usó para chantajearme.

—¿Con qué? —pregunta mi hermana, intrigada.

—Sabía que Allegra y yo manteníamos un romance. Me amenazó con contárselo a Tiziano. Discutimos —respondo, mi voz subiendo de tono—. Y le dije que, si lo hacía, iba a hacer que todo cayera. ¿Estáis contentas? Ahora que sabéis lo que pasó, ya podéis dejar la caza de brujas.

Mi hermana alza una ceja, sus ojos clavados en mí.

—Pensaba que no recordabas haber estado con Allegra.

—¡Y no lo hago, joder! Lo he visto en mis malditos sueños.

—¿En esos mismos sueños en los que ves a Serena?

Me quedo blanco. Solo hay una persona a la que le he contado eso y no puedo creer que me haya traicionado de ese modo. Miro a mi novia y la rabia borra de un plumazo todo el amor que sentí por ella una vez.

—No tenías ningún derecho —murmuro—. Ninguna de las dos tenéis ningún derecho a hacerme esto.

Las dos me ignoran, aunque Jude decide seguir jugando con fuego y deja dos postales sobre la mesa. Son de Capri. Como vuelva a sugerir que regrese a esa isla, no respondo de mí mismo.

—Mira las postales —ordena—. Una firmada por Allegra y la otra sin remitente. La misma postal. La misma letra. El mismo matasellos. Encontramos la segunda en la habitación de Leo.

Niego con la cabeza, intentando aferrarme a lo poco que me queda de cordura, y tiro las postales con rabia sobre la mesa.

—Me estáis tocando mucho los cojones ahora mismo. No sé qué parte de que quiero olvidarme de toda esta mierda y empezar de cero no entendéis, pero…

—¿Tú te estás escuchando? —me grita Cesca—. ¿Te has parado a pensar que esto no va solo de ti, sino de todos? ¡De nuestra familia! Si te tranquilizas y nos escuchas…

—¿Cómo quieres que me tranquilice? ¡No tenéis ni puta idea de lo que es vivir con la cabeza llena de nubarrones! —Me derrumbo, incapaz de mantener la pose de chico duro ni un minuto más—. ¿Cómo demonios acepto que mi hermano murió por mi culpa? ¡No sabéis lo que está siendo despertar cada puto día desde entonces! Y vosotras venís a pedirme que lo reviva todo de nuevo, justo ahora que empezaba a ser feliz.

—Hermano… —Cesca se cruza de brazos, desafiándome con la mirada—. Ignoro qué pasó realmente aquella noche, pero estoy segura de que Leo sabe más de lo que dijo.

No puedo seguir escuchando ni una palabra más. No me gusta lo que está insinuando. Es cierto que he tenido mis rencillas con Leo, pero es mi hermano, ¡nuestro hermano! Y él no sería capaz de… ¿Cómo puede siquiera sugerirlo?

—Esta conversación acaba aquí —corto por lo sano—. Aprecio vuestro entusiasmo, pero la realidad es que, os guste o no, yo maté a Tiziano y a Allegra. —Mi voz se quiebra ligeramente, pero no lo suficiente como para detenerme—. Jude, a ver si te enteras de una maldita vez de que estás saliendo con un asesino, y no necesito perder el tiempo en Capri para confirmarlo. Si no eres capaz de

aceptarme como soy, no te culpo. Pero será mejor que dejemos de vernos.

Ella retrocede, como si mis palabras la hubieran golpeado físicamente. Las lágrimas caen por su rostro, y yo siento que me estoy rompiendo junto con ella. El castillo de naipes que construimos se ha derrumbado, carta por carta.

—No vas a romper conmigo, Dante Ricci, ¿me oyes?

—Lo siento, Jude. Pero no puedo seguir con esto.

—¿¡Es que no te das cuenta de que fue Leo!?

Mi cuerpo se tensa. No quiero seguir escuchándola. No puedo.

—¿Qué has dicho?

—¡Fue Leo quien mató a Tiziano! Leo provocó el accidente.

El aire se vuelve irrespirable. Mi mente trata de procesar lo que acaba de decir, pero no puedo. Me ahogo. Me asfixio.

—¿Cómo te atreves? —grito. Mi rabia no conoce fronteras—. ¡La acusación que estás haciendo es muy fuerte, Jude! ¡Te recuerdo que estás hablando de mi gemelo! Y él jamás haría algo así.

—¿Acaso tú sí? —Ella se pone a mi nivel—. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que tú eres capaz de algo así, pero Leo no?

—Quiero que te largues de mi casa, por favor.

Jude intenta replicar y yo niego con la cabeza. No quiero escucharla.

—¿Recuerdas que Leo se negó a declarar? —contraataca mi hermana—. Ninguno de los dos recordabais nada. En teoría, los dos tuvisteis amnesia disociativa. Solo que la de Leo la justificaron con el trauma, y en tu caso, te colgaron el cartel de psicópata.

—No hace falta que me leas el maldito informe, Cesca. Te recuerdo que yo estuve allí y tú no. ¿A dónde demonios quieres llegar?

—Pues que acertaron con el diagnóstico…, pero se equivocaron de gemelo —suelta. La miro sin entender, solo sé que me hierve la sangre—. No me mires así. Te aseguro que nuestro hermano no estaba tan amnésico como creíamos.

Cesca me lanza unos documentos manoseados y llenos de rotulador fluorescente amarillo. Ya no intenta disimular sus lágrimas. Es más, empeoran a medida que voy leyendo. Judith la abraza,

ofreciéndole consuelo ante algo que, sospecho, pronto me va a rebotar a mí.

Es una declaración. Firmada por… Leo.

—¿Qué es esto? —pregunto—. Leo nunca declaró a la policía.

—Sigue leyendo —ordena mi hermana.

Mis ojos recorren el documento en busca de un error, algo que lo desmienta, pero no hay nada. Solo palabras frías y crueles que aseguran que mi gemelo fue testigo durante años de la mala relación entre Tiziano y yo… y del trágico final que, según su declaración, yo mismo orquesté.

—Esto no es verdad. No puede serlo.

Francesca no levanta la vista, pero sus labios tiemblan.

—Yo tampoco quiero creerlo, Dan… Pero hay algo en Leo que no termina de estar bien. Y lo sabes.

—¡No! —insisto—. Leo nunca le haría algo así a Tiziano. Nunca me haría algo así a mí. Es un malentendido. ¡No es verdad! No es verdad.

Aprieto los puños, mi mente girando con más preguntas de las que puedo procesar ahora mismo. Mi hermano y yo nos hemos distanciado, pero eso no lo convierte en un asesino.

Cesca guarda silencio durante lo que parece una eternidad. Cuando habla, su voz suena gastada, como si cada palabra la desgarrara por dentro.

—Hay demasiadas cosas que en su momento pasamos por alto porque estábamos rotos de dolor —insiste—. Demasiados indicios de que Leo provocó ese accidente y luego hizo lo posible para que todos te acusáramos a ti. No sé qué demonios ocurrió en esa isla, pero aquella noche no solo murió Tizzy. Os perdí a los tres. Ni tú ni Leo volvisteis a ser los mismos.

El aire se me queda helado en los pulmones. No quiero escuchar más. Y no voy a hacerlo.

—Estáis locas. ¡Para que os encierren!

Cojo las llaves de la moto con manos temblorosas. El ruido metálico es un golpe seco contra el suelo.

—Me voy a dar una vuelta con la moto y, cuando regrese, no quiero veros aquí. Necesito estar solo y procesar toda esta mierda.

—Dante, espera…

Jude intenta retenerme, sus dedos se aferran a mi brazo; yo la aparto con suavidad, aunque por dentro esté hecho cenizas. Ya es tarde. La distancia entre nosotros no es un simple paso, es un abismo abierto, profundo, y no sé si algún día podremos cerrarlo.

Cruzo el umbral. La puerta se cierra a mi espalda con el sonido seco de un final. Dejo atrás a mi hermana y a la única persona que me ha hecho sentir vivo en años. Ahora mismo las siento enemigas, dos figuras en la sombra que me han arrancado de mí mismo.

El cielo gris de Padua me recibe. Camino sin rumbo, con los ojos ardiendo y el corazón desmoronándose dentro del pecho. Cada paso es un recordatorio de que, por más que intente huir, sigo cargando mis demonios.

Le dejé a mi novia las llaves de mi piso porque confiaba en ella. No para que las usara para adentrarse de lleno en mi infierno personal.

No voy a regresar a Capri.

Capri no es una isla, es una trampa hecha de recuerdos y mentiras. Un naufragio constante en el que me niegan la costa.

No voy a volver con Judith.

Más allá de su traición, yo mismo soy un castillo en ruinas. Un hombre levantado sobre cenizas, grietas y fantasmas. Y ella… ella merece una fortaleza.

40

SANAR DUELE

JUDITH

Le he fallado. Le he fallado de la peor manera posible, destrozando la confianza que construimos con cada beso, con cada promesa. Me adentré en su pasado sin permiso y crucé la línea que él mismo trazó.

Pero lo hice por él. Solo por él. Porque no puedo quedarme quieta mientras él se consume. No puedo ignorar esa voz que me grita que Leo fue el guionista de esta función.

Han pasado tres días y no sé nada de Dante. Cesca, por supuesto, tampoco tiene noticias suyas. La pobre intenta mantener la calma, pero puedo notar la frustración en su voz cada vez que hablamos, y su paciencia está al borde del colapso.

Mi piso, que antes era un refugio, ahora parece una celda de aislamiento. Cada rincón parece un recordatorio cruel de su ausencia: su cepillo de dientes aún está en el baño, sus manuales de arte fúnebre siguen apilados en mi mesa, y la manta que siempre usábamos cuando veíamos películas sigue oliendo a él.

Estoy atrapada en este ciclo de analizar cada palabra que dije, cada decisión que tomé, como si pudiera retroceder en el tiempo y

hacer las cosas de otra manera. Pero no puedo. Sé que, si volviera atrás, hubiera hecho exactamente lo mismo. Y lo único que me queda es esperar a que todo se ponga en su sitio… El problema es que esperar nunca ha sido lo mío.

Cesca y yo le hemos mostrado todas las cartas, todos los indicios que señalan a Leo, y él se ha cerrado en banda. Se niega a escuchar, aferrándose a la idea de que su gemelo jamás podría haber hecho algo así. Está tan centrado en sentirse traicionado por nosotras que no ve más allá.

Y luego está lo de la familia de Allegra… Otra pieza que no encaja. Los Rinaldi nunca presentaron cargos contra el supuesto asesino de su hija.

Renzo sugirió que los Ricci sabotearon a los testigos, pero eso no tiene sentido. Si alguien hubiera matado a mi hermana, yo misma habría movido cielo y tierra hasta ver al culpable pudrirse en la cárcel. Y no importa cuán precaria fuera mi situación, jamás habría aceptado un soborno. ¿Por qué iba a aceptarlo una familia como los Rinaldi, que nadaban en abundancia? Un dinero manchado de sangre que, además, procedía de la familia que destrozó a la suya.

No, no tiene sentido…

Pero si no fue por dinero, ¿qué motivo tuvieron para guardar silencio? ¿Para mantener el secreto todo este tiempo?

Hay algo que no estamos viendo. Y no puedo discutirlo con nadie porque Dante no quiere saber nada de mí, y Cesca no quiere saber nada del tema. Está dolida. Destrozada. Reviviéndolo todo por segunda vez. Y me siento terriblemente culpable por el daño que mi sentido de la justicia les está ocasionando a los dos.

Gaby irrumpe en escena como un elefante en una cacharrería. Deja caer su bolso en la entrada y se lanza al sofá conmigo.

Lleva un elegante vestido negro con tacones infinitos, y ese brillo en la mirada que sale cuando uno se está pillando y no quiere reconocerlo. Me parece que pronto empezaré a encontrarme a Matt en calzoncillos en la cocina mientras desayuno…

Su estilo impecable y esa seguridad que siempre me desconcierta son un contraste casi cómico con mi estado actual. Estoy acurrucada

en el sofá, con una manta que huele vagamente a él y devorando *taralli* con *gianduja* como si me fuera la vida en ello.

—¿Se puede saber qué haces con una manta en pleno mes de agosto y viendo por enésima vez *Siempre el mismo día*?

Me arranca la manta de las manos y la lanza al otro lado de la habitación como si fuera un símbolo de mi miseria.

—Es mi derecho inalienable como mujer sufriendo mal de amores, gracias.

—No, Jude. Tu derecho inalienable es levantarte del sofá, darte una ducha y hacer algo con tu vida. ¿Recuerdas cómo era el sol? Porque te juro que tienes cara de no haberlo visto en semanas. —Coge el mando y apaga la tele antes de que pueda protestar—. Y de paso, deja de convertirte en una estadística de consumo de carbohidratos italianos.

No puedo evitar reírme, aunque sea un poco cruel, sé que tiene razón. Pero eso no significa que vaya a dársela.

—¿Qué tal con Matteo? Y no me digas que no vienes de estar con él porque llevas la palabra *culpable* tatuada en la frente.

—No desvíes la conversación, Jude. Esto va de ti. —Me lanza una mirada que intenta ser seria, pero puedo ver que está reprimiendo una sonrisa—. Aunque, ya que preguntas, Matteo sigue siendo igual de insoportable… pero está buenísimo. Ahora, ¿te levantas o tengo que tirarte un cubo de agua fría?

—Necesito tiempo, ¿vale? Solo hace tres días que hemos roto.

—Y lo que te queda…

—¿Gracias? —Tuerzo el gesto.

—Escúchame bien, chica: te quiero mucho, pero… ¿qué esperabas? Le prometiste a Dante que no removerías su pasado, y lo primero que haces cuando te da las llaves de su piso es hurgar con pala y rastrillo.

—Estaba investigando —corrijo.

—Da igual cómo lo llames. ¿De verdad pensaste que iba a tomárselo bien? Dejando a un lado que fue una violación de su intimidad, algo imperdonable, sabías lo mucho que le dolía la muerte de su hermano.

—¡Lo hice por él! —protesto, más alto de lo que pretendía—. Pensé que, si lo enfrentábamos juntos, sería más fácil. Creí que, con Cesca apoyándome, me escucharía. Pero no. Lo único que he conseguido es que se cierre más en sí mismo y que rompa conmigo.

—Y por eso mismo tienes que mover el culo del sofá. Porque no sabes si algún día será capaz de perdonarte y, o haces algo para remediarlo, o te hundes.

—Ya estoy hundida, Gaby. Tocando fondo. Con escafandra incluida.

—Pues saca el puto submarino y sube a la superficie. ¿Tú no habías pedido vacaciones la próxima semana?

—¡Sí! Para ir a algún lado romántico con él, pero…

—Podrías ir a Positano unos días. Cambiar de aires. Ver a tu familia. Eso siempre viene bien.

—¿*Positano*? —repito, como si la palabra fuera en otro idioma.

—Sí, Positano. Nuestro hogar, ¿recuerdas? Sol, playa, comida deliciosa, drama familiar… Todo lo que necesitas para desconectar.

Me quedo en silencio, mirando el televisor en pausa y pensando que, tal vez, Gaby tenga razón. Echo de menos las peleas absurdas con mi hermana, la comida de mi madre y los monólogos de Leandro.

Quizá lo que necesito es salir de aquí antes de que este sofá y yo nos fusionemos en una entidad única y miserable.

Quizá, cuando regrese, Dante haya recapacitado y podamos arreglar lo nuestro.

Nos acomodamos para ver una de esas películas con finales felices que ahora siento imposibles. Por más que intento concentrarme en los diálogos previsibles y los clichés, mi mente sigue volviendo a Dante. A su mirada rota. A ese amor que me lo dio todo y me lo quitó todo en un instante.

Los finales felices no existen. Y por muy romántico que suene, es muy complicado mantener una relación sana con un hombre lleno de traumas sin resolver. Así que aquí estoy, con un corazón roto, pero una lección aprendida: no puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado. Y no puedes amar a alguien que no está dispuesto a amarse a sí mismo.



Positano me recibe con su aire salado y esa luz dorada que parece filtrarse por las rendijas del tiempo. El lugar más hermoso del mundo, decía mi abuelo, y quizá por eso nunca se atrevió a dejarlo. Mis recuerdos de la infancia aquí son felices, pero esta vez todo se siente distinto. Estoy destrozada, y ni siquiera este paraíso puede ensamblar las piezas.

Mi hermana corre hacia el agua como si no existiera el mundo más allá de estas olas. Yo camino más despacio, con la arena caliente quemándome los pies y el sol dorando mi piel.

Nos sentamos en una tumbona, compartiendo un helado de pistacho y mascarpone, que se derrite más rápido de lo que podemos comerlo.

—¿Qué te pasa? —pregunta, sacudiendo el agua de sus rizos cobrizos al salir del mar.

—Nada —respondo automáticamente, forzando una sonrisa—. ¿Y tú qué, enana? ¿Vas a contarme de una vez quién es ese chico con el que te estás mandando tantos mensajitos?

No hay nada más divertido que provocar a una hermana adolescente. Sus mejillas se tiñen de un rojo encantador y empieza a negar lo que para mí es tan evidente.

—Vale, pero no se lo cuentes a papá y mamá, ¿eh?

—¿Qué es lo que no debo contarles?

—Estoy saliendo con Adriano.

—¿*Salir*… salir? —Arqueo una ceja—. ¿*Salir* como cuando vas al parque? ¿O *salir…* como lo hacíamos Dante y yo?

—¿De cuántas maneras diferentes puedes *salir* con alguien, Jude?

Bella está roja como un tomate. Esta conversación me está resultando de lo más divertida.

—No sé… Se puede salir al cine o a tomar un café o… ¿Vosotros habéis…?

—¡Jude!

—O sea, que sí.

Casi me atraganto con el helado. ¡Tiene quince años, por el amor de Dios! Pero luego lo pienso, y la memoria me lleva al pasado. Mi primer beso con Renzo. Mi primera vez… No éramos mucho más mayores que ella. En aquella época me sentía ya una adulta, pero ahora, mirando a Bella, no puedo evitar verla como una niña inocente que apenas tiene edad de jugar a las muñecas. ¿Cuándo ha crecido tanto?

—Y ¿qué ha hecho ese tal Adriano para ganarse a mi hermana pequeña, si puede saberse?

—Él… es increíble, Jude. Es gracioso, guapo, y cuando sonríe, tiene estos hoyuelos que… —Bella suspira como si acabara de describir a un príncipe de cuento—. Cuando me besa…

Se detiene, tapándose la cara con las manos. Esbozo una sonrisa incrédula.

—¡Qué monos sois, por Dios! Anda, enséñale una foto a tu anciana hermana, que le tengo que dar el visto bueno a mi futuro cuñado.

Bella me enseña decenas de momentos que han compartido juntos. Admito que hacen muy buena pareja y que a Adriano le brillan los ojos como dos luceros cuando mira a mi hermana. Tiene pinta de ser un buen chico, protector, responsable… Y yo ya estoy hablando como mi padrastro. ¿Desde cuándo le importan estas cosas a una cría de quince años? Cuando tenía su edad, lo que quería era divertirme, no encontrar un novio responsable.

—¿Y tú qué? —me lanza de repente, cambiando las tornas—. No me vengas con que eras una santa cuando tenías mi edad porque no me lo creo. ¿A qué edad diste tu primer beso?

—Eso es irrelevante. —Intento disimular, pero ella me mira con los ojos entrecerrados, esperando.

—Venga, Jude, dilo. ¿Trece? ¿Catorce? ¿Hubo alguien antes de Renzo?

—Dieciséis, solo un poco mayor que tú. —Levanto la barbilla, y ella sonríe triunfante—. Y sí, fue con Renzo. Como puedes ver, no ha habido muchos más hombres en mi vida.

—¿Y Dante?

—Nos estamos dando un tiempo —respondo con tristeza, sin ánimo de confesarle que tal vez no lo vean más.

Los recuerdos de mi ahora ex me agitan como olas. Siento un nudo en el pecho. «Es parte del proceso», me digo a mí misma. Sanar duele. Y a veces, estar aquí, en este lugar donde fuimos felices, se siente como arrancarme las heridas para que cicatricen más rápido.

Me pregunto cómo estará. Si él también siente este vacío en su pecho, si me echa de menos, si piensa en mí tanto como yo pienso en él. He dejado de escribirle. Si en algún momento decide perdonarme, estoy segura de que sabrá cómo encontrarme.

—¿En qué piensas? —La voz de Bella me devuelve al presente.

—En lo rápido que estás creciendo. —Le sonrío, aunque mis ojos están vidriosos.

—No me crecerán arrugas por besar a Adriano, si es lo que te preocupa.

Bella se ríe a carcajadas y, por un momento, me olvido de todo. No hay problemas, no hay corazones rotos. Solo somos dos hermanas hablando de cosas de chicas, riéndonos como si el mundo estuviera en pausa.

41

SECRETOS EN LA PIEL

DANTE

Rehacer mi vida sin Judith es mi propio descenso al infierno. Llevábamos poco tiempo juntos, lo sé; pero, para alguien acostumbrado a estar solo, fue un bote salvavidas. Tenía proyectos, sueños, una visión de futuro con ella. Ahora todo ha quedado reducido a cenizas, y las ganas de escapar, de aceptar trabajos que me mantengan ocupado y lejos de Italia, se han hecho más fuertes. Buscan arqueólogos y restauradores para una excavación en Filipinas; hay un proyecto en Israel que podría cambiar la historia, y un antiguo compañero de universidad me está tentando con unas ruinas precolombinas en Guatemala.

Difícil decir que no.

¿Hasta cuándo voy a seguir huyendo? ¿Hasta cuándo voy a soportar estas pesadillas, que se han hecho más intensas desde que Jude no está a mi lado?

Estoy roto. Por dentro, por fuera, en cada rincón de mi ser. Y sé que la única persona que podría repararme es la misma que me ha provocado esta miseria.

Después de varios días sin dormir, sin comer, sin salir de este apartamento —que más que un hogar parece una cárcel—, algo en mí se rompe. No sé si es el eco de su voz en mi cabeza o el peso del silencio que Judith ha dejado atrás, pero sé que no puedo seguir así. La tentación de responder a sus mensajes, de pedirle que hablemos, que lo arreglemos, es un abismo en el que estoy a punto de caer.

Pero no.

Por mucho que me guste restaurar cosas, tengo demasiado que solucionar primero conmigo mismo antes de reparar nuestra relación.

Me doy una ducha, quedo para comer con Gio y airearme un poco. Por la tarde, en un impulso incontrolado producto de la comedura de cabeza, conduzco en dirección a Mira para ver a mi *nonna*.

El anillo que me regaló descansa en mi bolsillo. Rubíes como el fuego en su cabello y esmeraldas como sus ojos. Era perfecto. Demasiado perfecto. Y ahora es solo un símbolo de algo que nunca será. Me cuestiono, como lo he hecho mil veces desde que lo recibí, por qué decidió dármelo a mí y no a cualquiera de mis hermanos, sabiendo lo mucho que lo desean. Siempre pensé que sería Pia quien llevara ese anillo en el dedo.

La villa de mi abuela está en las afueras, rodeada de viñedos que parecen sacados de una postal. Es pequeña, pero tiene el alma de un lugar que ha visto demasiado. Huele a hierbas frescas, a limones, a madera vieja y a recuerdos de mi infancia. Hoy no sé si soy el nieto que viene en busca de respuestas o el que pretende enterrarlas aún más. Estoy tan perdido que no sé a dónde más ir.

Mi abuela, con sus manos arrugadas por el tiempo, se mantiene ocupada podando las rosas del jardín. Levanta la vista al oír el rugido de mi moto, y su sonrisa me recibe como si nunca hubiera dejado de ser el niño que solía correr por su finca.

—Dante, *tesoro mio*. ¿Qué haces aquí? No te esperaba.

No sé qué responder, así que me limito a abrazarla. Sé que mi madre le ha puesto al día de las novedades y que mi abuela ha proferido toda clase de insultos contra mí. Lo de llamarme gilipollas por dejar a Judith ha sido una reacción bastante popular.

Me rodea con esos brazos frágiles que, sin embargo, parecen contener más fuerza que yo en este momento.

—Ven aquí, mocoso, que te voy a poner unos dulces que se te van a pasar todos los disgustos.

La sigo hasta la cocina, donde sirve dos tazas de café y un montón de pastas con las que siempre atiborra a las visitas. Hay cosas que nunca cambian.

Saco el anillo del bolsillo y lo coloco con cuidado sobre la mesa de madera. Ella me mira sin demasiada sorpresa, aunque sé que no entiende mi decisión.

—No puedo aceptarlo.

—¿No piensas casarte algún día con esa muchacha o qué?

La mención de Judith me perfora el pecho.

—Vamos, *nonna*… Todos sabemos que mi madre no puede tener la boca cerrada.

—Nunca te consideré el más estúpido de los Ricci, pero empiezo a tener mis dudas.

Mi risa suena tan ligera que contrasta con el peso que siento en el pecho.

—No debería haberlo cogido. Casarme nunca ha entrado en mis planes. Si alguna vez necesito uno, me buscaré la vida. —No sé a quién de los dos intento convencer, pero yo sigo con mi discursito—. Además, tampoco me apetece iniciar una guerra con mis hermanos por un simple anillo que sé que ellos también desean.

—Empatía y culpabilidad. Justo las cualidades que mejor definen a los psicópatas.

Sus palabras me desconciertan, me dan donde más me duele. Juro que, si también está compinchada con Jude y Cesca, me largo de aquí ahora mismo y rompo también con ella.

—Todos los Ricci han peleado por este anillo, menos Pia y tú. Y ahora me sales con que no lo quieres —suelta.

Intento desviar la conversación, pero su mirada no me da tregua.

—Solo fueron Cesca y Tizzy, *nonna*.

—Y Leo.

—¿Leo te lo pidió? —La incredulidad me brota en palabras—. No sabía que tuviera novia. No es ningún secreto que no hablamos

demasiado. Solo espero que no vaya a casarse con Flavia…

—Siempre supe que esa mujer traería la ruina a esta familia, aunque nunca pensé que fuera a crear un conflicto entre vosotros.

—¿Quién, Flavia?

Por un momento, me pierdo en la conversación. Ella se encoge de hombros.

—No, Flavia no. Fue hace como… —Se lleva la mano a la frente, como si le doliera recordar—. No me acuerdo, tesoro. Ni siquiera sé si alguna vez me habló de ella. Solo recuerdo que Tizziano y él me lo pidieron a la vez.

Una sospecha hace que mi pecho se encoja. Me agobio, la respiración se me entrecorta.

—¿Estás segura de eso?

—¿A estas alturas vas a poner en duda lo que diga tu vieja *nonna*?

¿Podría ser Allegra? ¿Acaso estuve tan obsesionado con ella que estuve dispuesto a entregarle esa joya? Las palabras se me atragantan. ¿De verdad se me pasó por la cabeza…? ¿Por qué no lo recuerdo?

—Supongo que… —prosigo, confundido—. Probablemente fui yo, y no Leo, quien te pidió ese anillo, sabes que me cuesta recordar esa época.

Ella coge el anillo con un gesto decidido. Luego, toma mis manos entre las suyas, con ese tacto cálido que siempre me hace sentir en casa. Su mirada se clava en la mía, y parece saber más de lo que dice.

—*Piccolo mio*, puede que me esté haciendo mayor, pero ni se te ocurra pensar por un solo momento que esta vieja chocha no reconoce a los mocosos que ha criado —me advierte—. Leo y tú no os parecéis tanto como todo el mundo cree. Solo hay que mirar aquí.

Espero que toque ese lunar bajo el labio que Jude siempre decía que me hacía único. Pero no. En lugar de eso, presiona su mano contra mi pecho, justo a la altura del corazón. Su mirada me atraviesa y siento que me está diciendo mucho más de lo que parece a simple vista.

—¿Insinúas que mamá no sabe identificarnos? —pregunto, en un tono más amargo del que pretendía.

El rostro de mi abuela se oscurece.

—Tu madre estaba rota de dolor. Nadie debería tener que enterrar a un hijo, y, mucho menos, intentar mantener a flote lo que queda de la familia mientras su otro hijo está en el punto de mira. Es muy fácil aprovecharse de la vulnerabilidad de las personas para hacerles creer lo que no es.

El silencio que sigue es atronador. No sé qué está pasando, pero, por un instante, creo que mi abuela me está mandando un mensaje, una acusación velada. La misma que Cesca y Jude lanzaron y yo no quise escuchar.

—*Nonna*…

—*Piccolo mio* —me interrumpe, sujetando mi mano con tanta fuerza que me está clavando sus ostentosos anillos—, tienes que empezar a confiar en lo que sientes. Hay cosas que deben enfrentarse. Si no lo haces, se convierten en cadenas. Y esas cadenas no solo te atraparán a ti, sino a todos los que te rodean. A todos los que te queremos.

Miro el anillo, sus piedras preciosas brillando bajo la tenue luz de la villa, y no sé si es una bendición o una condena, pero decido que voy a quedármelo. Porque, por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que tengo que hacer.



De vuelta en Padua, cierro la puerta detrás de mí y siento como si el mundo entero quedara al otro lado, esperando a que vuelva a enfrentarme a él.

Nunca he sido de redes sociales. Siempre me parecieron un escaparate innecesario, una ventana demasiado abierta a la vida de uno. Pero reconozco su poder, su capacidad para conectar cuando todo lo demás falla. Así que, después de pasar horas mirando al techo, comiéndome la cabeza sobre qué hacer y cómo hacerlo, he

subido mi primera foto con un montón de *hashtags* populares. No es nada especial. Tan solo mi brazo, mis dos tatuajes visibles, uno cuyo significado desconozco y el otro un recordatorio de lo que he perdido. Se ve parte de mi cicatriz, no es agradable, pero tampoco me quita el sueño.

El resultado ha sido inmediato: los mensajes privados empiezan a caer uno tras otro con proposiciones que van desde tomar un café hasta invitaciones más… explícitas. El ruido digital potencia el vacío que siento por dentro. Las dudas. No sé qué estoy haciendo, solo espero que mi plan funcione o todo esto no habrá sido más que una pérdida de tiempo.

Me tumbo en la cama derrotado. No sé si es el cansancio, la tristeza, o ambas cosas mezcladas en este cóctel amargo que se ha convertido en mi rutina. Cierro los ojos, pero, cuando vuelvo a abrirlos, estoy atrapado en otra maldita pesadilla. Todo es oscuro, confuso, y el eco de mi propio grito me despierta de golpe. Es algo que se repite demasiado y, sinceramente, no sé cuánto más voy a poder aguantar.

Los mensajes en redes no paran. Algunos son tan banales que me hacen pensar que la gente está loca por mostrar tanta curiosidad hacia un extraño del que solo han visto un simple tatuaje. «¿Qué historia hay detrás?», me preguntan. No tienen ni idea de lo irónico que resulta que yo tampoco tenga una respuesta para eso.

El sábado decido acabar con esta guerra fría que he iniciado con Cesca y me presento en Milán. Hacemos las paces a cambio de que no vuelva a sacar el tema de Leo, y paso la noche en su casa con ella y mi cuñado, bebiendo vino Ricci y charlando hasta el amanecer.

Tirado en la cama de la habitación de invitados, reviso todas las notificaciones que se me han acumulado. Estoy a punto de rendirme, de aceptar que mi plan ha sido un fracaso, cuando sucede algo.

Un mensaje. Uno distinto de todos los demás. No tiene emojis ni frases cargadas de intenciones. Solo un nombre de usuario que me llama la atención.

Mis dedos vacilan sobre el móvil. Es un nombre tan específico que mi mente no tarda en reaccionar, desenterrando recuerdos como si

fueran restos de un naufragio: SerenaComoElMar.

Serena.

El mismo nombre que habita en mis sueños, que me atormenta con imágenes fragmentadas de un verano que no consigo recordar.

¿Podría realmente ser ella?

Abro el mensaje con la sensación de estar a punto de cruzar una puerta que no tiene retorno. Al otro lado, solo me espera una frase, simple y cargada de significado:

SerenaComoElMar: Bonito tatuaje.

El aire se me escapa. Es ella. Tiene que serlo. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Mi corazón se detiene un instante antes de responder.

DanR: Ravah. Significa plenitud.

SerenaComoElMar: Interesante concepto. Todos los tatuajes tienen una historia. ¿Por qué te hiciste el tuyo?

DanR: ¿Me creerías si te dijera que no lo sé? Lo único que puedo decirte es que fue una chica quien lo diseñó para mí. Una muy especial.

Espero, conteniendo el aliento. Si es ella, esto lo cambiará todo.

Cuando llega su respuesta, no es un mensaje. Es una foto. Su espalda desnuda mostrando un tatuaje idéntico al mío, camuflado entre otros tantos, como si el tiempo no hubiera pasado.

Mis pulmones olvidan cómo respirar. Mi corazón se desboca. La tinta, la forma, el lugar. Todo coincide. Es imposible y, sin embargo, ahí está, una prueba viva de que lo que creía enterrado sigue latiendo en algún rincón oscuro de mi memoria.

SerenaComoElMar: ¿Te refresca esto la memoria?

La pregunta es un puñal. Cierro los ojos y trato de forzar a mi mente a responder. Serena me bombardea con fotos que no deberían tener ningún sentido… pero ella sabe que lo tienen. Me invade un carrusel de *flashbacks* de otra vida girando a toda velocidad. Su vieja cámara, ese reportaje gráfico que me aseguró

que algún día me gustaría contemplar. En ese momento no podía ni imaginar cuánto valor tendrían sus fotos algún día.

Serena bajo el sol. El agua salada envolviéndonos. El calor de sus labios en la sombra de un acantilado.

El modo en que me miraba, como si yo fuera su mundo entero.

Las caricias furtivas. Los besos desesperados.

La primera vez que hicimos el amor bajo la luna de Capri.

Cientos de retratos de mi *yo* adolescente desde todos los ángulos posibles. Me traen el eco de mis protestas, odiaba que Serena me convirtiera en el protagonista de su objetivo.

Me invade una colección de *flashes* de aquellos días. La cabeza me late con fuerza. Todo parece un sueño distante, un espejismo que no sé si realmente viví o si mi cerebro lo inventó para torturarme.

La siguiente respuesta me arrastra aún más profundo:

SerenaComoElMar: ¿Hasta cuándo vas a seguir refugiándote en tu incapacidad para recordar?

¿Qué cojones…?

Miro su perfil con más atención. Hay algo familiar en la forma en que su cabello cae sobre su rostro, en esa media sonrisa. Algo reciente…

Y de repente, todo encaja.

Es la misma chica que me estuvo siguiendo aquel día, la misma que dejó caer la nota de Bukowski mientras Baldini me ofrecía trabajo. ¿Ha estado siguiéndome? ¿Fue también ella quien coló aquella amenaza bajo mi puerta?

«Tengo tantas preguntas…», tecleo. Pero antes de que pueda enviar el mensaje, ella me manda otra foto.

Los dos juntos. Jóvenes. Inocentes.

Mis brazos alrededor de su cintura. Su sonrisa deslumbrante, y mis ojos… Mis ojos parecen llenos de algo que ahora apenas reconozco.

Amor. Ilusión. Inocencia. Juventud. Futuro. Luz. Vida.

Mi pecho arde. No, es imposible que engañara a Serena con Allegra… Ni con ella ni con nadie más.

Serena era todo mi mundo.

Ahora estoy más convencido que nunca. Mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas de rabia y dolor. ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Por qué, por qué, por qué?

—Esto no puede ser real —susurro para mí mismo, pero lo es. Lo sé porque lo siento en el pecho y en esa parte del estómago donde habitan los instintos.

Mi respiración se acelera mientras intento darle una respuesta, pero todo lo que consigo son fragmentos rotos. Me parece tan insuficiente que me duele.

Cierro los ojos y veo destellos de aquel enigma.

Una discoteca.

Un beso que no debería haber ocurrido.

Culpa mezclada con deseo.

Pero no logro unir las piezas.

DanR: Cuando intento recordar aquel verano todo se vuelve un borrón sin sentido. Pero sí recuerdo las emociones, lo que sentí. No sé cómo explicarlo.

SerenaComoElMar: Espero que esto te ayude. La saqué unas horas antes de que todo se rompiera. ¿Lo sientes?

Otra imagen. Estamos en una caseta de madera, tirados sobre unas toallas en el suelo. Yo sin camiseta, y ella con un vestido rosa. He visto esa imagen antes, en mis sueños. Nos veo con claridad haciendo el amor de manera torpe e inocente.

La cicatriz me arde como si supiera lo cerca que estoy de quemarme de nuevo.

Las horas pasan en el reloj, las palabras fluyen entre nosotros como si el tiempo nunca hubiera pasado, como si esos días que compartimos todavía vivieran en un universo paralelo. Sus mensajes son un vaivén de recuerdos, verdades a medias y esa extraña calidez que no sé si es alivio o ansiedad. Necesito respuestas, y parece que Serena ha estado esperando este momento tanto como yo. Y ahora

más que nunca ansío saber qué demonios ocurrió aquella noche que dejó mi vida hecha trizas.

DanR: Serena… Me gustaría verte de nuevo. ¿Dónde puedo encontrarte?

SerenaComoElMar: En el lugar donde nos dimos el primer beso.

Por un instante, mis dedos se detienen sobre el teclado. Estoy a punto de escribir que no recuerdo nada de eso. Pero entonces una imagen aparece en mi mente con total claridad.

Una cala escondida, con el agua cristalina. El murmullo de las olas chocando contra las rocas. El calor del sol en mi espalda, y sus labios, suaves como la brisa, tocando los míos por primera vez. La risa nerviosa de ella, y mi voz diciéndole que la vida jamás había sabido tan bien.

La imagen me sacude como una verdad que siempre estuvo ahí, enterrada bajo capas de miedo y olvido. Pero Serena confiaba en que recordaría. Siempre lo supo.

Si Capri es donde todo comenzó, tal vez también sea el lugar donde todo pueda terminar.

O, quizás, empezar de nuevo.

42

EL HOGAR DE MIS DEMONIOS

DANTE

Regreso a Capri como quien vuelve al epicentro de un huracán. Primero, un tren desde Padua hasta Nápoles, con horas y horas contemplando el reflejo de mi rostro en la ventanilla. Luego, cerca de una hora de trayecto en ferri, con el viento golpeándome la cara, mientras miro el horizonte con esa mezcla de miedo y esperanza.

Cada minuto que pasa me acerca a la verdad, pero también a mis pesadillas. No sé qué voy a encontrar aquí. Llevo casi una semana mandándome mensajes con Serena y aún no sé si realmente está intentando ayudarme o si está siguiendo sus propios intereses.

¿Y si solo es una amante resentida en busca de venganza por lo que hice? ¿Y si forma parte de algún retorcido plan de los Rinaldi para hacer justicia por la muerte de su hija?

Cuando desembarco, la luz me ciega. Las barcas de colores balanceándose en el puerto, el murmullo de turistas que van y vienen… Todo se suma a los *flashbacks* que me llegan, creando una imagen irreal que logra marearme.

Vengo sin un plan, más allá de reencontrarme con Serena. Pero eso no será hasta mañana… Es tarde, y necesito comer y dormir

algo antes de la cita. No va a ser fácil, y sí muy doloroso, un viaje al pasado que va a destrozarme por completo.

Encuentro un hotel modesto en una callejuela tranquila, lejos del bullicio turístico. No es un palacio, ni lo necesito. Tiene un aire a abandono romántico, paredes desconchadas y un balcón diminuto que da a un jardín medio salvaje. La señora que lo regenta me mira con curiosidad, pero no pregunta nada, y lo agradezco. Me entrega una llave oxidada, como si me confiara un secreto antiguo. Ella no puede ni imaginar lo mucho que disfruto estos lugares tan decadentes ni lo mucho que me gustaría poder restaurarlo.

Subo las escaleras de piedra, entro en la habitación y suelto el equipaje sobre una cama chirriante. La habitación es sencilla: una mesa de noche coja, una lámpara con una bombilla amarillenta, una mesa de café, un televisor y un ventilador viejo que susurra más que ventila.

Cierro los ojos y me dejo caer sobre la cama. La colcha huele a humedad y a flores secas. Mi mente gira, incansable, entre el ayer que no recuerdo, el hoy que me tortura y el mañana que tal vez me redima.

Estoy aquí.

En Capri.

El escenario de todas mis pesadillas.

El lugar donde habitan mis demonios.



El sol de la mañana juega a filtrarse entre las buganvillas que adornan la terraza del café, dibujando sombras danzantes sobre la mesa de hierro forjado. Es un lugar discreto, casi escondido, con unas magníficas vistas a esa playa a la que tantas veces vine en busca de paz. Aquella en la que nos dimos el primer beso.

El asiento es incómodo, y los cojines finos apenas amortiguan la dureza del metal, pero sé que, incluso en el mejor sofá del mundo, hoy me sentiría de este modo.

No he pegado ojo, atrapado entre los fragmentos de recuerdos que intento reconstruir y el vacío que amenaza con tragárselos.

No me siento yo mismo con estos pantalones de lino ni esta camisa blanca, pero es mejor que mi ropa habitual, tan llamativa y poco adecuada para el calor de la isla. Supongo que también lo he hecho para acercarme a aquel muchacho que fui una vez. Aquel al que dejé morir en esa carretera en la que todos dicen que volví a nacer.

Estoy nervioso, confundido, atorado en mis pensamientos. Y entonces la veo, y todas las voces que tenían lugar en mi cabeza, todo el ruido, se silencia de golpe. Una morena de rizos exuberantes se acerca a mi mesa, y siento una oleada de nostalgia bombardeando mi mente y mi pecho. No la recuerdo con la nitidez que uno debería conservar de su primer amor, pero algo en mí susurra que fui muy feliz con ella. El corazón la recuerda.

Lleva un top de colores vivos, que deja al descubierto un vientre plano, y una falda *hippie* que le cae hasta los pies. Ha aumentado la colección de tatuajes que llevaba entonces, pero aún se intuye el delfín de su cadera asomando por la cinturilla de la falda, y estoy seguro de que, cuando se dé la vuelta, veré el tatuaje que compartimos, bajo esa cascada de rizos.

—Dante —susurra ella, acercándose a mí con una sonrisa que mezcla emoción y temor.

—¿Se… Serena? —dudo.

Me estrecha entre sus brazos. Yo me quedo inerte, incapaz de reaccionar ante un contacto que me deja algo frío.

—Estás cambiado, pero sigues tan guapo como te recuerdo.

Su mano acaricia mi rostro con una naturalidad que me descoloca. Intento mantener la compostura, pero estoy tenso, abrumado. Me aparto ligeramente y ella tuerce el gesto.

—Lo siento… Es que no…

—No me recuerdas —adivina con tristeza.

Niego con la cabeza. Pero antes de que pueda decir algo más, se sienta frente a mí, con sus ojos clavados en los míos.

—Espero que, aunque hayas tardado tantos años en buscar respuestas, las cosas se pongan al fin en su sitio y el culpable pague

por lo que nos hizo.

El culpable. La palabra se queda colgando entre nosotros. Serena parece muy segura de que va a convencerme, de que va a convencer al mundo entero de que no fui yo quien cometió ese crimen. Yo me muestro cauto e incrédulo, aunque algo dentro de mí ya ha empezado a arder.

Pedimos dos cafés. Sospecho que no será el primero ni el último que compartamos hoy. Miro a mi alrededor: el lugar es discreto, perfecto para una conversación que requiere intimidad. Aun así, acerco mi silla un poco más a la suya, inclinándome para que nadie más escuche.

—Tú me dejaste la nota con la amenaza —suelto por fin, en un tono más cortante de lo que pretendía—. Eres la chica con la que choqué en la calle. Me estuviste siguiendo. Se te cayó un marcapáginas con una frase de Bukowski, y al leerla, recordé lo mucho que me gustaba ese autor en otra época.

Serena alza una ceja, y una sonrisa esperanzadora curva sus labios.

—Así que recuerdas algo. No está todo perdido.

Resoplo, frustrado conmigo mismo.

—Últimamente he recordado algunas cosas, sí. Aunque me cuesta diferenciar qué fue real y qué no. ¿Por qué me mandaste esa nota si tanto crees en mi inocencia?

Ella baja la mirada hacia su taza de café, jugando con la cucharilla.

—Mira para casa, cariño. No fue a ti a quien le mandé esa nota. Ignoro cómo terminó en tus manos, aunque me puedo hacer una ligera idea.

—¿Leo?

No necesita responder, su expresión lo dice todo.

—En cuanto al choque…, te he seguido muchas veces, Dante. Quería saber cómo te iba. —Sus ojos se humedecen un poco y su voz se suaviza—. Me volví loca. Y tú nunca volviste a buscarme. Luego me enteré de lo de tu amnesia, lo del psiquiátrico y… Quise hacer algo, pero no me dejaron. Aún no.

—¿Quiénes no te dejaron?

—Los Rinaldi.

—¿Qué? ¿Los Rinaldi no te dejaron? ¿Qué sentido tiene eso?

—Es una larga historia. Te prometo que la oirás pronto, pero no seré yo quien te la cuente.

Cierro los ojos un segundo, intentando asimilar la situación. Estoy en Capri, con la mujer que podría tener las llaves de mi pasado, y me está hablando de los padres de Allegra, la mujer a la que todos dicen que maté. Cada vez me siento más lejos de comprender nada.

Sus rasgos no me resultan del todo desconocidos. Siento un calor en el pecho, un eco de aquel amor que debió de ser intenso, puro. Y pienso en Jude. Esa mujer a la que he perdido por culpa de mis fantasmas. No puedo permitirme otro abandono. Si quiero recuperar algún vestigio de lo que fui, si quiero merecer a alguien como ella, necesito entender cuál fue mi papel en este crimen.

—¿Vas a ayudarme a recordar? —logro preguntar, la voz quebrada por la vulnerabilidad.

—Hasta el último detalle.

Decido ir al grano. Saco las famosas fotos de la discoteca y las dejo discretamente sobre la mesa.

—¿Te dicen algo estas fotos?

Ella no necesita responder con palabras. La forma en que se estremece me dice que ya las había visto antes.

—¿Qué recuerdas tú de esa noche, Dante?

—Que pequé con Allegra. Leo las sacó para hacerme chantaje.

Ella niega con la cabeza y sus labios esbozan una mueca triste.

—Estás más confundido de lo que pensaba. No fue Leo quien te chantajeó, Dante. Fuiste tú.

La declaración me golpea como un puñetazo en el estómago. Mi respiración se detiene, y mis manos se tensan alrededor de la taza de café. Las acusaciones de mi hermana y mi exnovia me martillean la cabeza, junto a la confesión de mi abuela.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien sacó esas fotos.

—¿Qué?

—Tú estabas a mi lado observando el lamentable espectáculo —admite, sin titubeos—. Las imprimimos en mi casa. ¿Te suena algo

de lo que estoy diciendo?

Mi mente se tambalea bajo el peso de sus palabras.

—Pero yo creía… No sé lo que recuerdo, Serena. Es todo un laberinto confuso —murmuro, llevándome una mano a la frente, intentando contener el torbellino en mi cabeza.

—Tu mente ha mezclado lo que viviste con lo que te dijeron que pasó. Te contaron que fuiste tú quien mató a tu hermano por celos, y tu cerebro ha rellenado las lagunas como ha podido durante todos estos años.

Me siento como si estuviera al borde de un precipicio. Sus palabras resuenan en mi cabeza, chocando con lo que siempre he creído, con lo que me han hecho creer.

Y ya no sé quién soy.

No sé quién fui.

—Dante… —Me observa con cautela, como si temiera que cada palabra suya pudiera desmoronarme un poco más—. No pensaba ser yo quien te hablara de lo que ocurrió, pero ya que tienes tantas preguntas…, supongo que podría explicarte al menos lo de estas fotos.

—Te lo agradecería.

—Era verano, éramos jóvenes, y parecía que el tiempo nunca iba a acabarse. Tus hermanos salían cada noche de fiesta. Allegra solía traer a un par de amigas y a su hermana pequeña, Luzia. ¿Te acuerdas de Luzia?

Su nombre es tan solo un eco distante. El retrato borroso de una chica dulce y callada asoma en mi memoria.

—Vagamente.

—Luzia estaba perdidamente enamorada de Leo —continúa, su voz teñida de nostalgia—. Pero él…, bueno, siempre encontraba una excusa para no comprometerse. La distancia, los planes de futuro… Cualquier pretexto era suficiente para mantener sus esperanzas a raya.

»Luzia Rinaldi se había enamorado de Leo Ricci en una de esas fiestas universitarias, a las que su hermana, Allegra, solía acudir con su nuevo novio, Tiziano Ricci. Nunca había estado en una de esas fiestas, ni tampoco en Venecia. Todavía estudiaba el último año de

instituto y no sabía qué iba a hacer con su vida al año siguiente. Por el contrario, Allegra, que ya estaba en segundo de carrera, siempre tuvo claro que quería ser diseñadora de moda. A pesar de que solo se llevaban dos años, la diferencia de edad se sentía con un abismo infranqueable entre ellas. Eran demasiado distintas. Pero se querían.

»En un principio, el amor entre Luzia y Leo no fue correspondido. Pero todo cambió al llegar a Capri. El calor, las noches interminables, el vino y la sensación de libertad de la isla hicieron que Luzia lograra lo que hasta ese momento parecía imposible: que Leo se fijara en ella. Y así, comenzaron un romance tan intenso como turbio.

»Luzia le temía al final del verano, a la distancia y a la vida universitaria sin saber que el mayor obstáculo para su felicidad era su propia hermana. Allegra llevaba ocupando el corazón de Leo desde mucho antes de que Luzia apareciera en escena. Su relación no era solo un secreto; era un caos de emociones no resueltas; un tira y afloja constante entre la pasión y la indecisión. Porque Allegra era incapaz de elegir entre Leo y Tiziano, y eso, a él, lo volvía loco. Y precisamente por eso, Leo decidió que usaría a Luzia para pagarle a Allegra con la misma moneda. Para que sintiera, con cada caricia que le daba a su hermana, lo que él sentía cada vez que ella tocaba a Tizzy. Cada beso a Luzia era un mensaje subliminal dirigido a Allegra. Cada mirada furtiva, era su manera de intentar que ella se diera cuenta de lo que estaba perdiendo.

»Y mientras Tiziano y Leo vivían sus dramas, tú te mantenías al margen. Tus hermanos se reían de ti, de tu aparente desinterés por las fiestas, por las noches de copas y las conquistas. Te veían pasar las tardes surfeando o entre libros de restauración, perdiéndote tu juventud. Lo que ellos no sabían era que tú no estabas solo en aquellas tardes. Estabas conmigo, construyendo a escondidas un amor secreto del que yo me estaba cansando. Estaba harta de ser un fantasma en tu vida.

—La noche antes del accidente —Serena traga saliva, como si aún le doliera recordarlo—, yo te puse entre la espada y la pared. Quería ir a la discoteca como los demás, bailar, reír sin escondernos. Quería lo que Allegra y Luzia tenían con tus hermanos, y no entendía por qué tú me mantenías oculta.

—¿Y qué hice yo? —pregunto en voz baja, aunque creo saber la respuesta.

Serena esboza una sonrisa triste.

—Tú… aceptaste. Sin saber que esa decisión nos marcaría para siempre.

Las piezas empiezan a encajar. Un nuevo *flashback* cruza mi mente: dos chicas del instituto que me gustaron y que Leo sedujo solo para demostrarme que podía. Que era mejor que yo. ¿Cómo pude olvidar algo así?

—Fue por Leo —recuerdo de golpe—. Por eso no quería presentarte a mis hermanos. Estaba harto de sus juegos.

Serena sonríe y en sus ojos asoma una chispa de esperanza.

—Veo que empiezas a recordar.

Toma un sorbo de café antes de continuar, como si lo necesitara para digerir los recuerdos que está a punto de sacar a la luz. Yo permanezco en silencio, con la espalda pegada al respaldo de la silla de hierro, incómoda y torcida.

—Estabas nervioso porque conociera a Leo. Me dijiste que erais demasiado iguales por fuera, aunque por dentro, según tú, no podríais ser más dispares. Yo te respondí que eso no me importaba, que solo tenía ojos para ti.

»Cuando llegamos a la discoteca, encontramos a Tiziano charlando con unos amigos. Me cayó bien al instante. Era amable, cálido, sin esa prepotencia que esperaría de alguien que ha crecido entre lujos. La complicidad que teníais era evidente, a pesar de vuestras diferencias. Aun así, no pude evitar sentirme fuera de lugar con su grupo de amigos. Yo no era más que una chica de clase humilde con una cámara barata y una camiseta desteñida. Vosotros erais los Ricci: apuestos, adinerados, con un futuro brillante y todas las oportunidades del mundo. Jugábamos en distintas ligas y, a pesar de todo, tú me querías.

»Esa noche conocí también a Luzia, congeniamos e intercambiamos los números de teléfono. Era sencilla, reservada, sin la arrogancia de su hermana, y se notaba que tampoco se sentía cómoda, pese a haberse criado en ese ambiente. Era el patito feo que vivía a la sombra de Allegra. El satélite que giraba alrededor de

Leo. Seguimos hablando con Luzia, Tiziano y sus amigos. No había ni rastro de Allegra o Leo. Me propusiste ir a la barra a por una copa. Yo estaba histérica, intentando impresionar a tu gente, quería demostrar que era digna de ti. Tú solo querías que me relajara y que fuera yo misma. Lo que ellos pensaran, decías, te daba igual.

»Nos perdimos entre la multitud, entre risas cómplices y besos de tornillo. Y entonces los vimos. Estaban al fondo del bar, ocultos en el reservado. Reconocí a Allegra de inmediato. La conocía del instituto y, además, nadie más se atrevería a llevar un vestido tan provocativo. Y, probablemente, pocas podían permitírselo. Su cabello brillaba bajo las luces tenues, y su risa era magnética. A su lado, un joven moreno tenía las manos sobre ella. Sus manos se perdían por debajo de su falda, y la besaba con una intensidad que debería haber sido privada.

»Te quedaste inmóvil, Dante. Estabas lívido. Paralizado, sin saber qué hacer. Y en ese momento entendí lo que significaba salir con un gemelo. Nunca pensé que pudiera dolerme tanto ver a alguien a quien no conocía besando a otra mujer. Era como si… Como verte a ti besándola, traicionándome. Me sentí enferma. No me preguntes por qué, pero saqué mi cámara. Esa cámara que llevaba siempre conmigo para inmortalizar cada instante. ¿Recuerdas que te gustaba cómo coleccionaba momentos? Pues esa noche coleccioné el principio del desastre que estaba por venir.

»Intentamos actuar como si nada. Cuando Leo regresó de *tomar el aire*, me lo presentaste. Fue encantador, en exceso. El más amable de los tres hermanos. Allegra, desde la distancia, me clavaba los ojos, como si pudiera destruirme con una simple mirada.

»Fuimos los primeros en abandonar el local. Siempre eras un caballero y me acompañabas a casa. Al llegar a mi portal, encontrábamos un rincón discreto para escapar del mundo y besarnos antes de despedirnos. Pero esa noche no. Estabas ausente, atormentado. «¿Tienes alguna impresora por aquí?», preguntaste. Tu determinación me dio miedo.

«Dan, ¿qué…?».

«¡Yo qué sé! Estoy harto de que Leo siempre se salga con la suya sin que nadie le pare los pies. Esta vez se ha pasado».

»Imprimimos las fotos en el despacho de mi padre. Pensabas que con esas pruebas podrías detenerlo. Tal vez Leo se sintiera culpable y dejara de verse con Allegra cuando viera lo que había hecho a través de los ojos de otra persona. Pero no fue así como ocurrió. Leo ni se inmutó con tus amenazas. Y tú… tú me dijiste que no sabías qué hacer para detenerlo. Que tenías miedo de los impulsos de tu gemelo. Después… todo se descontroló. Tiziano, Allegra, Leo, Luzia y nosotros, todos atrapados en una telaraña que ni siquiera supimos tejer.

—He vivido tantas veces este momento en mi pesadilla… —confieso, viéndolo todo desde un nuevo ángulo—. Si no le hubiera chantajeado esa noche, tal vez…

—Ni se te ocurra pensarlo —me detiene—. Lo que pasó después no tuvo que ver contigo, Dan. Tuvo que ver con Allegra. Había un juego sucio entre ellos. Un amor retorcido. Un triángulo enfermizo. Ella tomó una decisión aquella noche y, con ella, desencadenó el caos entre tus hermanos.

—¿Qué pasó después?

—Leo y Tizzy siguieron con sus planes de siempre, como si nada hubiera ocurrido. Tú volviste conmigo a la playa, intentando aferrarte a la rutina que nos hacía sentir a salvo. Hicimos surf, disfrutamos de la tarde que caía, y…, bueno, ya sabes…

Serena baja la mirada, pero se atreve a sonreír con nostalgia y yo entiendo que lo está recordando.

—Terminamos en la caseta de la playa —confirma—. Esa fue la última vez que estuvimos juntos.

Siento un nudo en la garganta, recordando vagamente el sonido lejano de las olas, la luz dorada del atardecer atravesando las rendijas de la caseta mientras le hacía el amor. Parece que hubiera ocurrido en otra vida.

—Creo que va siendo hora de que visites a los Rinaldi.

—¿Qué? —Me sobresalto—. ¿A la familia de Allegra? ¿Tú estás loca o qué? Esa familia debe de estar deseando verme bajo tierra.

—Ellos también merecen pasar página, Dan.

—¿A qué precio?

—Te prometo que no te harán daño. Y tal vez, entre sus recuerdos y los míos, encuentres las piezas que te faltan para completar el puzle.

La idea de reunirme con los Rinaldi me produce un vértigo insoportable, pero ya no puedo retroceder. He llegado hasta aquí, a Capri, con la idea de recuperar fragmentos de un pasado roto, y no voy a rendirme ahora. No puedo. Estoy cansado de huir de mis propios recuerdos.

—No estarás solo, Dante. Yo estoy aquí, como lo estuve aquel verano. —Serena aprieta mis dedos, y me dedica una sonrisa triste.

—Lo sé.

Observo el mar a lo lejos, brillante bajo el sol, y me pregunto si alguna vez volveré a sentir la paz que un día me dieron el surf y el amor de Serena, antes de que todo se convirtiera en un infierno.

43

EL BLASÓN DE LOS RICCI

DANTE

No sé cómo he dejado que Serena me arrastre hasta esta lujosa villa. Pero yo ya he estado aquí antes, lo sé, lo presiento. La fachada me trae el eco de aquellas fiestas de verano, con alcohol y adolescentes jugando a ser mayores.

Estoy nervioso, lo admito. A pesar de no reconocer del todo a la gente que vive entre estos muros, sé que perdieron lo mismo que yo aquella noche.

—¿Listo? —susurra Serena a mi lado, percibiendo mi tensión.

—No lo sé —admito con una mueca—. Esto es más difícil de lo que pensaba.

—Tranquilo. Estoy contigo.

Su cercanía me pone incómodo. La quiero aquí, la necesito; pero, al mismo tiempo… No sé si debería permitirnos esta confianza. Ahora no. No mientras mi pasado pende de un hilo y mi presente se tambalea.

Al final, reúno el coraje y toco el timbre. Pasan unos segundos antes de que la puerta se abra. El corazón me da un vuelco al ver a una chica de unos quince años, con la mirada curiosa. Hermosa de

un modo discreto. Algo en su expresión me inquieta, como un eco del pasado. Cuando abraza a Serena, me vienen recuerdos lejanos. No puede ser.

—¿Luzia? —suelto, confundido. La chica me dedica una sonrisa escéptica.

—Mi madre está dentro. ¿Tú eres Dante?

Su madre. Eso explica el alarmante parecido con la Luzia que recuerdo. Pero ¿qué edad tiene esta muchacha?

—¿Qué demonios…? —pienso en voz alta.

Serena detecta mi perplejidad y se acerca para susurrarme:

—No es momento. Ya te lo explicaré más tarde.

«Luego hay algo que explicar…».

La joven nos invita a pasar hasta una sala donde alguien ha preparado café y dulces, y desaparece. Me fijo en la decoración, en los objetos pulidos y brillantes que parecen querer contar una historia de prosperidad y opulencia.

Recuerdo haber estado aquí, o en un lugar muy parecido, y esa idea me revoluciona el estómago. Veo fantasmas danzando a mi alrededor, interpretando con nitidez una escena que viví en otra vida.

Recuerdo una fiesta privada, hace años, con luces, risas y alcohol circulando.

Recuerdo que Leo y Tiziano hicieron algo más que tomarse un par de copas.

Recuerdo a las dos hermanas sin ropa en la piscina, y el principio de una noche que sospecho que se complicó demasiado. Estaban desatados. Y también recuerdo que Luzia no volvió a ser la misma después de aquello.

De pronto, aparecen Luzia y sus padres, rostros tensos, emoción contenida y sentimientos encontrados. Supongo que mi expresión debe de ser bastante parecida. Mi cicatriz en el brazo parece arder, como si quisiera recordarme la herida que llevo dentro.

A su lado, dos figuras destacan por contraste: un hombre y una mujer pelirrojos, con el rostro poblado de pecas. No parecen italianos.

La misteriosa mujer lleva una sonrisa profesional, un aura de seguridad y una carpeta en la mano en la que se ve un logo ridículo, una especie de ave fénix con gafas de sol. ¿Esto es en serio?

—Mandy[8], de la agencia internacional Phoenix Bond —se presenta, con un marcado acento inglés—. Encantada. Soy la agente que ha llevado la investigación sobre la muerte de Allegra Rinaldi y Tiziano Ricci.

—¿Habéis abierto una investigación? —pregunto incrédulo, mirando a los padres de Luzia, que asienten con la cabeza—. ¿Por qué no ha salido a la luz?

—Ahora no… —ruega Luzia, posando una mano en el antebrazo de Mandy.

Frunzo el ceño. Noto que mi corazón late más rápido al sacar toda clase de conjeturas. Algo está empezando a oler demasiado mal.

—¿Qué está pasando aquí?

—Será mejor que nos pongamos con esto —continúa Mandy, levantando la carpeta en alto—. Siéntate, por favor. Sentaos todos. Lo que vais a oír, aunque para algunos no sea la primera vez, es bastante desagradable.

«Nada puede ser peor que la incertidumbre», pienso.

Serena busca mi mano y la sostiene, infundiéndome ánimos. No la aparto. Necesito ese contacto, necesito que alguien me sostenga cuando todo a mi alrededor comience a desmoronarse.

—Estoy preparado —miento con un nudo en la garganta.

Y en ese instante comprendo que no hay marcha atrás.

Luzia levanta la mirada y me suelta con voz temblorosa:

—Fui yo quien contrató a Mandy. Estaba harta de callar, pero créeme que todo lo hice por un motivo, Dante. Si no hablé antes fue porque no pude.

—Luzia fue uno de los testigos que desestimaron aquella noche —me cuenta el pelirrojo, que responde al nombre de Logan Sinclair.

—Así es. Por más que insistí en que fue Leo quien conducía, por más que dije que iba bajo los efectos de las drogas, que yo misma le había visto hacerlo… Nadie me creyó. —Luzia hace una pausa, mirando hacia el techo mientras las lágrimas comienzan a recorrer

su rostro—. Pensaron que estaba celosa. Muchos sabían que Allegra mantenía un romance a escondidas con mi novio. No eran tan discretos como creían. Así que fue fácil para todos juzgarme, asumir que buscaba vengarme de mi hermana y de él. Incluso hubo quien dijo que yo fui cómplice de este crimen.

En su expresión veo que esto tampoco es fácil para ella. Que está sacando unas fuerzas que no tiene para cerrar esta historia.

—Cuando Luzia me llamó, acepté de inmediato —informa Mandy —. Había seguido el caso Capri en las noticias y sospechaba que había demasiados cabos sueltos.

Me remuevo en mi asiento, incapaz de ocultar el nerviosismo. Mandy se levanta y comienza a dar vueltas a nuestro alrededor.

—Como bien sabes, los testigos aseguraron que el conductor que provocó el accidente llevaba una camisa negra. Pero nadie vio al tercer conductor con camisa de flores porque iba muy por detrás, intentando alcanzarlos. Una camisa que, por cierto, nunca apareció por ninguna parte, exceptuando los restos que se quedaron pegados en la quemadura que te hizo el roce del asfalto.

—Había dos testigos que sí lo vieron todo y sabían perfectamente cómo iban vestidos los gemelos Ricci esa noche —sigue Logan—. Por desgracia, nadie escuchó su palabra, porque no eran más que dos adolescentes con intereses personales en el caso: la novia fiel y complaciente de uno de los gemelos, y la novia cornuda y vengativa del otro. ¡Qué fácil es etiquetar a la gente!

A pesar de que ya había oído parte de esta historia antes en labios de Jude y Cesca, siento que el sudor frío me baja por las sienes. Serena ha dicho que no fue Leo quien me chantajeó, sino que fui yo quien se lo hizo a él. Ahora estos tipos desconocidos me hablan de camisas intercambiadas, de pruebas manipuladas. Es como hundirse en arenas movedizas de mentiras y engaños. De sospechas que empiezan a coger forma.

—¿Y cómo explicáis que yo apareciera con la camisa de Leo? ¿Cómo podéis estar tan seguros de que fue Leo y no yo? —dudo.

Mandy se apoya contra la pared con los brazos cruzados y me dedica una sonrisita burlona. De pronto, en un gesto veloz que me pilla desprevenido, me agarra los antebrazos, impidiéndome

reaccionar. Me estremezco al sentir un dolor fantasma en esa cicatriz que no termina de cerrar.

—Ahí está, el tatuaje de los hermanos Ricci que muestra vuestro amor y fidelidad y blablablá. Leo lleva el mismo trazado en la muñeca, ¿verdad?

Asiento. Es cierto que los tatuajes son una de las pocas cosas que sirven para diferenciarnos, más allá de la ropa. Ignoro cuántos tiene ahora mi hermano, pero, por aquel entonces, tenía solo ese árbol de la vida, pero tatuado en otro sitio: Tiziano lo tenía en la espalda, Leo en la muñeca y yo en el antebrazo.

—Ah, y un detalle revelador —sigue Mandy—: apareciste sin casco tras el accidente. ¡Sin casco! Y aquí estás, vivito y coleando. Con la hostia que te diste, lo tuyo es magia, chaval. Eres el auténtico motorista fantasma.

—Imposible. Yo siempre llevo casco.

Las palabras se me atragantan, mi voz se quiebra, y es Luzia quien toma el control.

—Creo que va siendo hora de que asumas que no conoces a Leo tan bien como creías.

Luzia se levanta la camiseta y me muestra una marca en las costillas. Es como una quemadura redonda con unos relieves rosados en el centro. Siento algo encogerse en mi pecho. Aunque es solo una cicatriz, las líneas que dibuja me recuerdan demasiado al blasón que identifica a nuestra familia y que Leo lleva siempre colgado al cuello.

—¿Eso te lo hizo Leo?

—Tu hermano es un psicópata. No tienes ni idea de las barbaridades que me hizo. Las barbaridades que le consentí porque estaba locamente enamorada. Yo era una cría dispuesta a todo por que me hiciera un poco de caso.

Me quedo sin aire, sintiendo que el mundo se resquebraja bajo mis pies mientras mi alma se inunda de dolor, miedo y rabia. Serena sigue a mi lado, en silencio, testigo de mi derrumbe. Su mano todavía no ha soltado la mía.

Mandy se vuelve para mirarme, con esa actitud arrogante que viste:

—Y bien, motorista fantasma, ¿estás listo para descubrir lo que pasó?

[8] Si quieres conocer la historia de Mandy y Logan, tendrás que leer la saga *El caso McGowan*.

44

EL CASO CAPRI

INFORME REDACTADO POR LA AGENCIA INTERNACIONAL PHOENIX BOND

SEPTIEMBRE 2019

Un secreto a voces

Cuando Leo se despertó aquella mañana en el lujoso apartamento de Capri, el sol ya inyectaba luz en la cocina americana, reflejándose en la superficie pulida de la encimera.

Allegra, con su melena rubia cayendo sobre los hombros desnudos, estaba sentada en uno de los taburetes altos, bebiendo un zumo de naranja y leyendo una revista de moda. Al verle aparecer, fingió desinterés. Ni siquiera su torso desnudo hizo que desviara la mirada de su lectura.

Leo comenzó a preparar café para borrar los excesos de la noche anterior. En la habitación de al lado, Tiziano aún dormía plácidamente. Y Dante… Hacía rato que el más deportista de los Ricci había salido a coger un par de olas al amanecer.

Tiziano siempre se quejaba por esta nueva afición que tenía a su hermano obsesionado y alejado de sus planes. Sin embargo, Leo agradecía en silencio que no se uniera a ellos. Estaba harto de tener un doble. Harto de las comparaciones y

de los comentarios sobre lo mucho que se parecían. Cansado de tener que competir por ser diferente, por demostrar que era el mejor de los dos. ¿Por qué los demás no podían ver con la misma claridad con la que él lo veía que, aunque compartieran rostro, Dante solo era un perdedor?

Además, ya tenía suficiente con tener que competir con Tiziano…

Leo miró a Allegra de soslayo y notó que su corazón se llenaba de rabia. No era un secreto que jugaba a dos bandas. ¿Por qué no se decidía de una maldita vez? ¿Acaso no habían sido suficientes las noches de pasión en Venecia?, ¿las estancias en hoteles boutique?, ¿las promesas susurradas al oído?

Estaba convencido de que Allegra lo quería a él. De los tres, Leo era el mejor amante, el más intenso y ardiente. Lo sabía porque la misma Allegra se lo había confesado después de una noche inolvidable, y poco antes, lo había oído en los labios de un ligue de su gemelo. A Leo le encantaba probar cosas nuevas en la cama y enloquecer a las mujeres, aunque a veces sus prácticas pudieran considerarse un tanto extremas.

Pero no importaba lo buen amante que fuera o lo mucho que colmara a Allegra de regalos y caprichos: ella seguía pensando que Tiziano era la apuesta segura. El hermano mayor, el más estable. El que parecía destinado al éxito.

¿Si tanto le gustaba ese pringado, por qué seguía buscándolo a él?

Caprichosa e insaciable, Allegra parecía disfrutar del caos que provocaba entre los dos hermanos, atando a Leo con hilos invisibles, que después soltaba y volvía a atar de nuevo solo para demostrarle quién tenía el control. Ella lo quería todo, los quería a los dos; y Leo, consumido por los celos, estaba dispuesto a cualquier cosa porque ella entendiera que él era la mejor opción.

Hacía casi un año que Leo soportaba esa situación, desde que se conocieron en una fiesta universitaria en Venecia. La atracción fue inmediata; Allegra bromeó con lo atractivos que eran los tres hermanos Ricci y lo fácil que sería enamorarse de cualquiera de ellos. Parecía una premonición.

Por fortuna, Dante nunca entró en la competición. Era el más tranquilo, el que prefería una tarde de cine y palomitas con Gio en vez de salir de fiesta. Eso dejaba a Leo midiendo fuerzas en secreto con Tiziano e intentando ganarse la atención de la diosa rubia que se divertía con sus celos.

Leo recordaba sus encuentros antes de Capri: un par de citas que terminaron en una suite con sábanas de seda, el olor de su perfume incrustado en su memoria, las cenas en restaurantes de lujo… Allegra era perfecta para él, lo

complementaba, lo desafiaba y lo hacía sentir vivo. ¿Por qué ella no se daba cuenta?

¿Cuánto más iba a poder soportar esta tensión antes de volverse loco?

La razón por la que ahora se veían así, compartiendo cocina y sin dirigirse la palabra, tenía mucho que ver con la brillante —aunque cuestionable— idea de Tiziano de hacer un viaje de hermanos, recorriendo Italia en moto.

Los gemelos acababan de hacerse con su primera moto de carretera al cumplir la mayoría de edad y aquel plan prometía días en contacto con la naturaleza, carreteras infinitas y una oportunidad para pasar tiempo de calidad, antes de unirse a las amigas de Allegra en la isla.

Lo que Tiziano nunca sospechó fue el veneno mortal que se estaba filtrando entre ellos.

Leo apretó los puños. Allegra no le prestaba atención por mucho que él se paseara sin camiseta. Ni una palabra. Ni un «gracias por el café»… ¡Nada!

No podía permitir que se le escapara.

No podía tolerar que Tiziano fuera una opción.

Necesitaba un plan.

Y necesitaba ponerlo en práctica cuanto antes.

La rival de Allegra

La llegada a Capri no solo trajo consigo el calor abrasador y la promesa de un verano inolvidable, sino también un nuevo enredo: Luzia.

A sus dieciséis años, Luzia era una versión más joven y menos deslumbrante de su hermana mayor. Mientras Allegra irradiaba carisma y confianza, atrayendo todas las miradas en cualquier habitación, Luzia era tímida, discreta, y prefería los rincones tranquilos a los focos.

Leo, por supuesto, se fijó en ella. No porque estuviera interesado, sino porque vio en Luzia una oportunidad. Si Allegra lo quería todo, si ella podía jugar a dos bandas con él y su hermano, ¿por qué no podría él hacer lo mismo? Para Leo, el romance con Luzia era una herramienta. Sabía exactamente cómo manipularla, lo que necesitaba escuchar para mantenerla cerca.

Luzia, ingenua y enamorada hasta la médula, cayó en el juego sin dudarlo. A sus ojos, Leo lo tenía todo: era de buena familia, atractivo, misterioso, desinhibido y encantador. Su interés la halagaba y hacía sentir importante, además de sacarla de la sombra bajo la que vivía por culpa de su hermana.

Y así, Luzia y Leo comenzaron un romance irregular en el que ella estaba dispuesta a todo con tal de agradarle.

Juegos peligrosos

Cada noche, las dos parejas salían a cenar y a divertirse en una discoteca de la isla donde Allegra jugaba un juego muy peligroso. Disfrutaba haciendo sufrir a Leo con demostraciones excesivas de cariño hacia su novio, mientras este se moría de celos. Y en la oscuridad, cuando nadie más veía, le daba a Leo la ración justa de atención para mantener su interés vivo.

Tiziano y Luzia vivían felices, ajenos a este romance furtivo. Mientras que él se alegraba porque su hermano hubiera encontrado el amor con la hermana de su novia, Luzia ignoraba por completo que su novio se acostaba también con su propia hermana. Con la novia de su hermano.

Y todo era perfecto. Hasta que dejó de serlo.

A veces, Leo explotaba de celos y utilizaba cualquier despiste de Tiziano para hablar a solas con su amante.

—No puedo seguir con esto —dijo en un susurro.

Allegra lo miró con esos ojos que siempre le prometían el cielo y el infierno al mismo tiempo. Su especialidad.

—¿De qué hablas, Leo?

—De nosotros. De que me estás volviendo loco, Alle. Necesito que te decidas.

—Leo… —Ella suspiró y apartó la mirada—. Ya te lo dije, no puedo elegir. Me gustáis mucho los dos, cada uno me aporta una cosa y sabes que no estoy acostumbrada a renunciar a nada. Si de verdad me quisieras, lo entenderías.

—¿Crees que Tiziano te quiere más que yo? ¿Que él lo entendería?

Allegra nunca contestaba, y Leo regresaba al apartamento que compartía con sus hermanos con el alma emponzoñada por los celos.

La situación comenzó a complicarse cuando Leo decidió sumarse al juego y demostrarle en público a Luzia cuánto la quería. Había conseguido darle la vuelta a la tortilla, y la diosa rubia no pudo soportar ese exceso de atenciones hacia la pequeña de los Rinaldi.

—Eres un iluso, Leo. ¿De verdad crees que esa niñata puede darte lo que yo te doy?

—¿Celosa? —respondió él, con una sonrisa torcida.

Como venía siendo habitual, Allegra no respondió, pero esa noche buscó a Tiziano, afianzando su lugar a su lado mientras Leo ardía en silencio.

Lo que ninguno de los dos sabía es que sus encuentros no eran tan discretos. Siempre había un amigo, un hermano, o la propia Luzia acechando entre las sombras. Testigos que algún día podrían ayudar a recomponer esta historia.

La fiesta en la piscina

Las luces de la piscina iluminaban el agua cristalina con reflejos azules, y el sonido de la música llenaba el aire. La luna se alzaba sobre la villa Rinaldi como un testigo silencioso, demasiado distante para juzgar lo que estaba a punto de suceder.

Las hermanas aprovecharon la ausencia de sus padres para organizar una pequeña fiesta a la que solo estaban invitados los hermanos Ricci. Por supuesto, Dante y su misteriosa acompañante, con quien ya lo habían sorprendido en la playa, no hicieron acto de presencia tampoco esa noche. Así que se quedaron solos ellos cuatro, con la promesa de una velada tranquila con pizza y mucho alcohol.

Mientras Tiziano besaba a su novia en el agua, Leo observaba desde la tumbona, con una copa de vino en la mano. Cada risa compartida, cada caricia entre ellos era como una puñalada lenta que alimentaba su frustración. No eran pocas las veces que había sorprendido a Allegra observándole de reojo o lo había rozado de más cuando nadie miraba. Ella seguía jugando a ese juego macabro y Leo seguía tolerándolo.

Luzia, su sombra constante, estaba empezando a cansarle con sus patéticos esfuerzos por mantener su atención. Era inútil: por más que ella lo intentara, Leo solo tenía ojos para Allegra.

El pequeño de los Ricci se levantó abruptamente, rompiendo el silencio en la noche.

—Esta fiesta está demasiado tranquila. ¿Alguien quiere divertirse un poco?

La cocaína apareció en la mesa como una invitada más. Leo la colocó con precisión, mostrando que no era la primera vez que hacía algo así. Su relación con las drogas estaba muy ligada a su romance furtivo con Allegra, pues había sido ella la primera en ponerle la miel en los labios.

Tiziano, más tranquilo y algo reacio a consumir según qué sustancias, observó la escena en silencio. Aunque lo había probado antes, sabía que era un territorio

peligroso.

Luzia, siempre dispuesta a complacer a Leo, fue la primera en aceptar. Sus ojos brillaron con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

Allegra dudó, consciente de los efectos que tenía sobre ella. Su sonrisa perfecta vaciló por un instante, pero no podía permitirse quedar como la hermana mojigata, mientras Luzia se presentaba como la opción salvaje y atrevida.

La primera ronda trajo risas, conversaciones subidas de tono y miradas cargadas de electricidad. Allegra, como siempre, se convirtió en el centro del universo. Sus movimientos eran hipnóticos y su risa contagiosa, resonando como un eco en la noche.

Sintiendo las miradas de los dos hombres sobre su cuerpo, se metió en el agua y lanzó fuera de la piscina la parte de arriba de su bikini en un gesto que buscaba provocar a los hermanos. Y lo consiguió, la reacción animal de ambos fue inmediata.

Luzia la imitó casi al instante, no por necesidad de competir con su hermana, sino porque la repentina atención que estaba recibiendo de los hermanos Ricci la hacía sentir tan poderosa que era capaz de superar cualquier atisbo de vergüenza.

Tiziano intentó apartar la mirada del cuerpo desnudo de su cuñada, incómodo, pero el alcohol y la cocaína habían nublado su juicio. Además, no podía negar que, aunque muy diferente a Allegra, también era una joven muy hermosa.

Leo, sin embargo, no se molestó en disimular. Sus ojos recorrieron a Allegra de arriba abajo, como si estuviera grabándola en su mente, mientras una sonrisa cargada de deseo se dibujaba en sus labios.

Dispuesto a dejarse llevar por la magia de la noche, Tiziano se despojó de su bañador, lanzándolo al borde de la piscina con un movimiento brusco. Las dos hermanas se estremecieron al ver su glorioso cuerpo desnudo acercándose a ellas en el agua, sin mostrar ningún tipo de pudor.

El menor de los Ricci lo imitó, sus ojos todavía fijos en Allegra, como si ella fuera el premio de algún juego retorcido que solo él entendía.

Por el contrario, Tiziano no podía apartar los ojos de ninguna de las dos Rinaldi. Se encontraba dividido entre el morbo por la situación y el nerviosismo de no saber qué iba a pasar después.

La escena se había transformado en algo que nadie podía prever. La villa, bañada por la tenue luz de la luna, parecía un escenario de decadencia, un

espacio donde las inhibiciones desaparecían y los límites se desdibujaban bajo el influjo del alcohol, las drogas y los deseos reprimidos.

—¿Qué tal si llevamos la diversión a otro nivel? —propuso Leo, mientras se acercaba un poco más a Allegra, que sonrió con ese brillo travieso en los ojos.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó ella, aunque el tono sugerente de su voz dejaba claro que no tenía problema con cualquier idea que él planteara.

—Intercambio de parejas.

Tiziano miró a Allegra, esperando encontrar en su rostro alguna señal de duda. Pero ella, con la confianza que la caracterizaba, prefirió callar y actuar. Se acercó a Leo, sus labios rozando los de él mientras mantenía los ojos fijos en los de Tiziano con una mirada que evocaba puro placer.

—Allegra… —comenzó Tiziano, pero su voz se apagó cuando ella empezó a besar a Leo con intensidad.

Luzia, siempre a la sombra de su hermana, también dudó. Pero la mirada lujuriosa de Leo, y el deseo de ser la chica que él necesitaba, la impulsaron a actuar. Se acercó a Tiziano y comenzó a besarlo con ímpetu, dejando que sus manos recorrieran el torso del novio de su hermana.

Tiziano buscó a Allegra con la mirada como quien pide permiso a su dueña, pero esta ya estaba entretenida recorriendo de arriba abajo el miembro de Leo, mientras él gemía en su boca.

Cuando las manos de Leo se deshicieron de las braguitas de Allegra, Tiziano sintió una mezcla de celos y excitación. Una sensación que solo pudo aliviar haciendo lo mismo con Luzia.

Pronto, la piscina se llenó de jadeos y risas ahogadas.

Allegra, disfrutando del liderazgo que ejercía en el grupo, guio a Leo hacia donde estaban Luzia y Tiziano. Sin dudarlo, apartó a Luzia y comenzó a besar a Tiziano, con una mezcla de dulzura y desafío.

—¿Qué… qué estás haciendo? —inquirió Leo, pero su pregunta quedó sin respuesta cuando Allegra cogió la mano de Leo y la colocó entre sus piernas.

—¿Por qué debería conformarme con uno… si esta noche puedo teneros a los dos a la vez?

Allegra siempre conseguía relegar a su hermana a un segundo plano. Esta observó la escena con una mezcla de confusión y dolor, pero no hizo nada para detenerlos. Su amor por Leo la obligaba a aceptar cualquier cosa con tal de mantenerlo a su lado, incluso esa denigrante situación.

Era un juego peligroso, un desafío a todas las reglas. Una espiral de deseo que estaba a punto de salirse de control. Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a detenerse.

Tras varias llamadas que nadie respondió, Dante se presentó en la villa Rinaldi con el pelo revuelto y las deportivas llenas de arena. Había perdido las llaves del apartamento en la playa y necesitaba que sus hermanos le dieran su copia.

La villa estaba en penumbra, pero los destellos de luces de la piscina y las risas descontroladas lo guiaron hacia el patio trasero.

Tiziano fue el primero en notar su presencia. Emergió del agua con un chapoteo desgarbado; sus ojos vidriosos y su sonrisa ladeada delataban que había consumido algo más que alcohol. Estaba completamente desnudo —¡y excitado!—, y justo esa falta de decoro fue lo que le indicó a Dante que algo no iba bien, como con posterioridad le contaría a su novia, Serena.

—¡Dan! —saludó con los brazos abiertos—. Justo a tiempo para unirte a la fiesta. Hay pizza, alcohol y…, bueno, ya lo estás viendo. Aquí hay diversión para todos. ¿No estará por ahí tu chica misteriosa? Cuantos más, mejor.

Dante arqueó una ceja mientras Tiziano le pasaba un brazo húmedo por los hombros. Su hermano no era así. Podía disfrutar de una buena fiesta, pero nunca perdía el control. La rigidez de sus movimientos, la lentitud de su habla… No hacía falta ser un genio para saber que estaba drogado, y ponía la mano en el fuego, y no la perdía, porque Leo era quien había orquestado todo eso.

—Solo necesito las llaves —respondió, quitándose el brazo de encima con un gesto firme.

Tiziano soltó una risotada antes de caminar torpemente hacia el interior de la casa para buscar las llaves. Dante aprovechó para a echar un vistazo a la fiesta privada, y lo que vio lo dejó atónito.

Dentro de la piscina, bajo la luz azulada, encontró a su gemelo con Allegra y Luzia. Acariciaba el rostro de Allegra mientras sus labios buscaban los de Luzia. Ambas reían y gemían, compartiendo los mismos labios.

Dante apretó los puños, luchando contra el instinto de intervenir. No era asunto suyo, pero algo en la escena le revolvió el estómago. Jamás hubiera esperado encontrar a la dulce y reservada Luzia envuelta en semejante caos.

Tiziano regresó con las llaves, agitándolas como si fueran un trofeo.

—Como las pierdas, te mato, enano.

—Descuida. Voy derecho al apartamento a darme una ducha.

—No seas aburrido, Dan. La noche es joven. ¿Estás seguro de que no quieres quedarte? —preguntó, tambaleándose—. Hay espacio en la piscina para uno más. Y seguro que a estas dos no les importa. No sé qué tenéis los gemelos que siempre dais morbo, cabrones.

—Estoy cansado —respondió Dante con un tono más cortante de lo habitual.

Tiziano rio, un sonido vacío que rebotó en las paredes de la villa.

—Como quieras, señor aburrido. Pero te estás perdiendo una noche épica.

Dante agarró las llaves y se fue sin mirar atrás. Mientras conducía de vuelta al apartamento, no podía sacarse de la cabeza las imágenes que acababa de presenciar. No era solo el desenfreno. Era la sensación de que algo estaba terriblemente mal. Algo que ninguno de ellos quería admitir, pero que ya estaba empezando a destruirlos desde dentro.

En la villa Rinaldi, las dos parejas seguían divirtiéndose sin testigos. Tiziano regresó a la piscina con una sonrisa ladeada, animado por el fogoso ambiente que reinaba allí.

—Abusones, dejad algo para mí —bromeó, acercándose al borde del agua.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada traviesa antes de nadar hacia él. Fue entonces cuando decidieron trasladar la fiesta a una de las habitaciones. Era una estancia amplia, con ambientación marítima, y dominada por una cama king size.

Allegra y Leo se acomodaron en el sofá, mientras Tiziano y Luzia se quedaron con la cama.

Al principio, todo fue un juego de miradas y risas nerviosas, como si nadie quisiera ser el primero en romper la barrera de lo prohibido. Pero el calor y el alcohol pronto desdibujaron las líneas y los llevaron a un combate piel contra piel, donde los susurros se transformaron en gemidos.

Luzia seguía sin tenerlo claro; pero, al ver a su hermana gozando sin pudor del cuerpo de Leo, sintió la obligación de hacer lo mismo con Tiziano.

Pero Allegra nunca se conformaba con lo que tenía. Ella siempre quería más. Y tener a los dos hermanos Ricci era un sueño, una fantasía a la que no pensaba renunciar.

Mientras Leo descansaba en el sofá para meterse otra raya de coca, Allegra se acercó contoneándose hasta Tiziano. La mirada se le hizo agua al ver lo mucho que él la deseaba. Se tumbó en la cama, frente a él, y abrió las piernas, una invitación clara a que la penetrara.

Leo observó el espectáculo con una punzada de celos que se transformó en puro goce cuando la diosa rubia le hizo un gesto a él también para invitarlo a unirse. Aunque Leo odiaba compartir, estaba demasiado colocado para pensarlo dos veces. Se trataba de Allegra, y si ella quería gozar de los dos hermanos, él iba a dárselo.

Desde un rincón de la sala, Luzia analizaba la escena en silencio. La decepción y el desconcierto se mezclaban en su alma. A ella no le iban esas cosas, pero había seguido bebiendo y drogándose con ellos para mantener el ritmo, y a esas alturas, no tenía demasiado claro lo que estaba haciendo. Pero no podía echarse atrás.

El resto de la noche fue un caos de emociones intensas y decisiones cuestionables, marcadas por la falta de límites y el desenfreno. Pero incluso en medio de la lujuria, había un hilo de incomodidad, algo que prometía toda clase de consecuencias devastadoras.

Luzia lo sintió en el pecho, como una angustia que no podía ignorar. Allegra, sin embargo, seguía adelante, disfrutando de la experiencia. Queriendo más. Extrayendo cada instante de placer que los hermanos Ricci quisieran darle.

45

El despertar del caos

Luzia despertó con los músculos entumecidos. Su cabeza martilleaba con un dolor agudo y constante, y tenía la garganta seca.

Abrió los ojos con esfuerzo, dejando que la habitación se revelara poco a poco entre las sombras. ¿Qué demonios hacía Tiziano tumbado a su lado, completamente desnudo?

La ansiedad se mezcló con los escasos recuerdos que tenía de la noche anterior, apretándole el pecho.

—¿Estás bien? —Tiziano parecía igual de aturdido que ella, pero, al menos, la trataba con dulzura y preocupación. Luzia asintió con la cabeza, sin saber qué otra cosa podía decir—. Parece que anoche se nos fue de las manos, ¿eh?

—Un poco, sí.

—¡Joder! Yo nunca tomo esas mierdas porque me descontrolo con facilidad. No recuerdo nada. Siento si hice algo que…

—Tranquilo, yo tampoco recuerdo que hicieras nada que yo no te dejara hacer —respondió cortada.

—Me alegra oír eso. Cuando me he despertado contigo, en vez de con mi novia, me quería morir. Es raro de cojones.

Luzia guardó silencio, concentrada en no vomitar.

—Por favor, Luzi, dime que estás bien. No soportaría pensar que…

—Estoy bien, Tiziano. De verdad.

No, no lo estaba. Luzia se encontraba en el extremo opuesto de estar bien, pero había algo que sí tenía claro. Aunque no recordaba con exactitud qué había ocurrido, sí sabía que Tiziano había sido más dulce y cuidadoso que Leo. Cuando estaba cachondo, se transformaba en un animal y tomaba lo que quería sin pensar en nada más, sin tenerla a ella en cuenta.

«¿Qué he hecho?», pensó mientras el pánico la invadía. Imágenes confusas comenzaron a sacudirla, como olas contra las rocas. Las risas, el agua tibia de la piscina, las manos sobre su cuerpo… Pero había algo más, algo que no podía recordar del todo. Fragmentos desordenados de piel y sudor. De sentirse atrapada entre dos cuerpos. Una parte de ella quería convencerse de que todo había sido consensuado, pero otra… otra gritaba que ese desfase iba a traer unas consecuencias terribles para todos.

Tambaleándose, logró llegar hasta el baño y se apoyó en el lavabo. El espejo le devolvió su retrato con una brutalidad que no esperaba. Tenía los ojos enrojecidos, ojerosos, y restos de rímel formando borrones de tinta sobre sus mejillas.

El dolor físico no era nada comparado con las náuseas que le provocaban los recuerdos.

Alguien había dejado la papelera del baño llena de condones usados. Los miró con una mezcla de alivio y repulsión, preguntándose si alguno de ellos sería de Leo. Lo dudaba. No eran pocas las veces que habían discutido en pleno acto porque su novio se negaba a ponérselos, y ella siempre se juraba después que sería la última vez.

Pero nunca lo era.

«Si de verdad me amaras, querrías sentirme tan cerca como yo deseo sentirte a ti», alegaba él antes de salirse con la suya. Ese era uno de los dones de Leo, sabía cómo darle la vuelta a la tortilla y convertirse en la víctima, incluso de las situaciones más atroces.

En la otra habitación, la satisfacción que Leo sintió al despertarse enredado en el cuerpo de Allegra se desvanecía como la nieve al sol. La noche anterior había sido perfecta. Caótica, prohibida y liberadora. Y sin embargo, no fue suficiente… porque, a la luz del día, Allegra seguía escogiendo a Tiziano.

Tras una breve discusión que lo llevó al límite de su paciencia, Leo se puso la camiseta y unos calzoncillos, y bajó a la cocina a por un café bien cargado. Encontrar a Luzia con Tiziano no hizo más que empeorar su mal humor.

Luzia apenas levantó la mirada para saludarlo. Su rostro estaba pálido, su expresión distante, como si su mente estuviera atrapada en otro lugar. Tiziano no tenía mejor aspecto, aunque era mejor que ella disimulando.

Allegra no tardó en unirse.

El desayuno fue un intercambio de frases triviales entre los hermanos y Allegra. Luzia seguía sin decir una palabra. Pero Leo, a diferencia de los demás, veía lo que otros no podían ver.

Sabía que Luzia había disfrutado.

Sabía que su cuerpo había respondido cuando Tiziano la tocaba.

La había visto buscarlo con la misma intensidad con la que ella lo buscaba a él.

Apretó la mandíbula y sintió como el odio hacia su hermano se acrecentaba. No solo le había quitado al amor de su vida, ahora también se atrevía a complacer a su novia. Luzia era como su hermana, otra zorra indecisa que no quería renunciar a nada.

Y merecía un escarmiento.

Cuando Tiziano y Allegra se fueron, la tensión entre Leo y Luzia explotó:

—¿Vas a quedarte callada todo el día? —espetó él, cruzándose de brazos.

—No me encuentro demasiado bien. No tengo mucho que decir —murmuró ella, con los ojos clavados en la mesa.

—¿Nada? ¿De verdad? —Su tono se volvió más ácido—. ¿Ni siquiera un «lo siento por gemir como una puta con tu hermano»?

Luzia levantó la mirada, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—¡Yo no quería que esto pasara, Leo! Solo… solo quería hacerte feliz.

Leo soltó una risa amarga.

—¿Hacerme feliz? ¿Es eso lo que te dices a ti misma? Porque lo que vi anoche fue que eras tú quien parecías muy feliz con mi hermano. Sobre todo, cuando tenías su polla dentro.

—¡Basta! —gritó Luzia, poniéndose de pie—. Yo no hice nada que tú no quisieras. Fuiste tú quien empezó todo esto liándote con mi hermana.

Leo la agarró del brazo, obligándola a mirarlo y escupiendo a voz en grito todo lo que tenía dentro:

—Eres mía, Luzia. ¿Entiendes eso? ¡Mía! Y no voy a dejar que nadie toque lo que me pertenece.

—No soy de tu propiedad, Leo —dijo ella con su voz temblando de rabia y miedo.

Pero sus palabras no hicieron más que encender la furia de su novio. Y en algún momento la discusión se volvió física.

En su mirada había algo oscuro, algo que Luzia no había visto antes. Mientras intercambiaban reproches, no se fijó en cómo Leo calentaba con un mechero el

colgante con el símbolo heráldico familiar que llevaba al cuello. Entonces todo ocurrió tan rápido que apenas le dio tiempo a reaccionar. Leo le desgarró el top y presionó el sello contra sus costillas, y Luzia gritó de dolor, pero no se movió. Estaba tan impactada que no podía reaccionar.

—Ahora siempre sabrás a quién le perteneces. Eres igual de zorra que tu hermana —murmuró él, dejando caer el blasón al suelo.

—Leo, ¡para! —suplicó—. No sabes lo que haces, yo… ¡Por favor!

Pero Leo ya no escuchaba, no razonaba. Comenzó a subirle la falda de forma violenta mientras Luzia luchaba inútilmente por detenerlo. ¿En qué momento había empezado a tener miedo de su propio novio?

Las manos de Leo se alzaron al cuello de Luzia, apretando con fuerza mientras sus labios la silenciaban. No fue un beso romántico. Fue agresivo. Necesitaba que Luzia entendiera quién era su dueño. Que nadie más volvería a tocar su cuerpo como él lo hacía.

Él le abrió los muslos con violencia y la penetró en contra de su voluntad. Luzia entró en fase de negación. No estaba pasando. Las últimas veinticuatro horas habían sido un mal sueño del que pronto despertaría.

Pero no… El dolor que sentía era muy real. Así que intentó evadirse de su cuerpo, malherida y asustada, pero pronto se rindió ante la evidencia: su novio la estaba violando. Las lágrimas corrieron por su rostro mientras Leo la poseía como un animal salvaje, recordándole de la peor manera que él tenía el control. Desgarrándola por dentro y por fuera.

Luzia siguió llorando en silencio. Su cuerpo inmóvil dejó de luchar; su mente decidió evadirse para hacerlo más soportable. Sabía que, si ponía resistencia, sería peor.

En ese momento, Leo despertó del trance y se dio cuenta de lo que había hecho. Se vio a sí mismo sobre el cuerpo tembloroso y amoratado de su novia, y su rostro se descompuso, permitiendo que sus lágrimas se mezclaran con las de Luzia.

—¿Qué cojones he hecho? —Su voz estaba rota, tanto, que Luzia sintió lástima por él—. ¿Cómo me has permitido que…?

—Yo… —El nudo en su garganta le impidió responder.

—Lo siento, mi amor… Yo… no sé qué me ha pasado —lamentó—. Te amo, Luzi. Perdóname, por favor. Te amo demasiado. No soporto la idea de que otro

hombre te haga más feliz que yo. Lo entiendes, ¿verdad? Te amo. Te amo. Te amo.

Leo la colmó de besos breves en los labios. Unos besos que Luzia fue incapaz de responder. Su cuerpo seguía rígido, inerte. Se sentía en ruinas tras el paso de un huracán.

La versión más bondadosa de Leo comenzó a curar con torpeza la quemadura que él mismo había ocasionado, limpiando la herida y aplicando un ungüento que había encontrado en el botiquín. Después, la abrazó, acunándola entre sus brazos como si pudiera borrar el daño que había causado, mientras ella se deshacía en lágrimas y él suplicaba su perdón.

Esa noche, mientras Leo dormía a su lado, Luzia permaneció despierta, mirando el techo con los ojos llenos de esas lágrimas que no dejaban de caer. Le dolía el cuerpo, pero su alma estaba destrozada. Amaba a Leo con todas sus fuerzas, lo adoraba. Pero si ese era el amor que él estaba dispuesto a darle, no estaba segura de poder soportarlo. Sin embargo, tampoco podía renunciar a él. ¿Cómo iba a dejarlo después de todo lo que habían compartido? ¿De todo lo que había aguantado por él? Llegados a este punto, las cosas solo podían ir a mejor.

La noche antes del accidente

Dante había pasado la mayor parte del viaje ausente. Mientras Tiziano y Leo exploraban el lujo y las noches interminables de Capri, él se iba a la playa o se sumergía en manuales de arte, preparándose obsesivamente para el nuevo curso en la universidad.

Serena había sido un soplo de aire fresco en su vida. La conexión entre ellos había sido inmediata y él sabía que no podía perderla por culpa de Leo. Dos de sus anteriores novias le habían dejado de la noche a la mañana y sin un buen motivo para ello, hasta que descubrió que su gemelo había tenido mucho que ver en esa decisión. Por suerte, habían sido amores pasajeros que no le habían marcado demasiado. Pero Serena era distinta. Su amor era puro, real.

Había otra razón por la que no quería mezclar a su novia con el grupo de amigos de su hermano. Allegra y Serena tenían la misma edad, habían ido al mismo instituto, y no habían cultivado la mejor relación precisamente… Eran la noche y el día. Allegra era de buena familia. Y Serena era una alumna becada, que recordaba con detalle cómo la diva disfrutaba humillándola por su origen humilde y su aspecto. Juntarlas podría ser un desastre épico.

Pero Serena no lo veía así, y se estaba cansando de que Dante la escondiera. Solo les quedaban un par de semanas antes de que él volviera a Venecia y ella necesitaba alguna garantía de que sus sentimientos eran tan fuertes como los de ella. Quería que él le enseñara su mundo, que le presentara a sus hermanos. Estaba harta de ser la chica misteriosa de la que todos hablaban pero a la que jamás habían visto, y empezaba a sentir que él se avergonzaba de ella. Ante esa situación, Dante supo que la única manera de probar que estaba equivocada era cediendo a su petición.

El bar estaba lleno de vida. Tiziano fue el primero en reparar en que, por primera vez, Dante no había acudido solo, y no pudo evitar una cálida sonrisa. Le dio un abrazo a su hermano y, con un gesto hacia Serena, añadió:

—¿Y esta preciosidad?

—Soy Serena. La novia de Dante.

—Encantado. No sabía que mi hermano tuviera tan buen gusto.

Tiziano guiñó un ojo, aunque a Dante no le quedó claro hacia cuál de los dos iba el gesto. No pudo evitar que le molestara. Después de haber visto a sus hermanos intercambiándose las novias, tenía más claro que nunca que iba a mantener a Serena apartada de sus hermanos. Por si acaso. Porque esto no era un amor de verano: iba a seguir viéndola después de Capri.

—¿Dónde está tu gemelo? —preguntó Serena—. Me muero por comprobar si sois tan iguales como dices.

—Seguro que está en el lavabo empolvándose la nariz, este cabrón no aprende —intervino Tiziano con una sonrisa que evidenciaba que ya había bebido más de la cuenta—. Y sí, son idénticos. Pregúntaselo a Luzia… El otro día le tocó el culo a Dante pensando que era Leo.

Dante se ruborizó al recordarlo, Luzia se removió incómoda y Serena soltó una risita nerviosa. Lo que nadie sabía era que la broma le había costado a Luzia una discusión que había acabado con Leo arrastrándola del pelo por el pasillo de su casa. Y después, se había echado a llorar y había jurado que la amaba, culpando al diablo de la cocaína.

Lo cierto era que las cosas no estaban igual entre ellos desde el incidente de la piscina. Y los celos de Leo eran un motivo de discusión frecuente. ¿Hasta cuándo iba a tolerarlo?

Mientras Tiziano intentaba integrar a Serena en el grupo, Dante miraba a su alrededor con la clara sensación de que algo no estaba del todo bien. ¿Dónde

estaban Leo y Allegra?

En vistas de que su gemelo estaba desaparecido, Dante y Serena se acercaron a la barra a por algo de beber. Charlaron, bromearon, se besaron… Y entonces vieron a lo lejos a Leo y Allegra en un reservado, casi ocultos del resto del mundo, pero no lo suficiente. Estaban discutiendo, y la furia con la que se dirigían el uno al otro delataba una tensión antigua y demasiado personal.

Con la oscuridad del local como aliado, Dante se camufló entre las sombras para acercarse a la pareja y escuchar su conversación.

—¿Que qué demonios me pasa? —repitió Leo, inclinándose hacia ella con un gesto dolido—. Yo estoy aquí, dándotelo todo, mientras tú… tú juegas a dos bandas. Y no puedo más, Allegra. Se me está agotando la paciencia.

—No lo entiendes —dijo ella, su voz temblaba—. No es que no quiera elegir, ¡es que no puedo! Estoy enamorada de los dos.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo podrías amar a dos personas?

—¿Acaso tú no estás enamorado también de Luzia?

—¡Yo no quiero a tu hermana! No es más que una niñita patética. —Leo suspiró—. ¿De verdad crees que Tiziano te ama como yo? ¿Que él podría darte lo que yo te doy?

Su mano subió por el muslo de Allegra, acariciando su piel con la confianza de quien ya la conocía demasiado bien. Ella intentó resistirse, pero Leo sabía bien cómo enloquecerla, sobre todo, cuando sus labios la apresaban con tanta furia. Con ese deseo oscuro al que ella se había hecho adicta ese verano.

Dante observó la escena en silencio y con un nudo en el estómago. Aunque no era la primera vez que los veía juntos, esta vez no parecía algo consensuado con Tiziano. Las cosas iban a explotar de un momento a otro.

—¿Es…? —preguntó Serena en voz baja.

Dante asintió, incapaz de articular una palabra.

Serena, que siempre llevaba su cámara consigo, la levantó y tomó una foto.

—¿Qué haces? —preguntó Dante, alarmado.

—Nunca se sabe para qué pueden hacer falta unas fotos.

Esa misma noche, cuando Dante regresó al apartamento, decidió enfrentarse a su hermano. No podía soportar el peso de ese secreto.

—¿A qué cojones juegas? ¿Es que no te cansas de hacer siempre lo mismo? ¿De destrozarlo todo? —gritó Dante fuera de sí. Llevaba demasiado tiempo

tratando de contener las ganas de enfrentarse a su hermano, y algo le decía que había llegado el momento.

—Yo no estoy haciendo nada, hermanito.

—¡Lo he visto todo!

Dante sacó las fotografías del bolsillo de sus vaqueros y las tiró en la mesa de la cocina. Leo cogió una de ellas y rio con sarcasmo.

—No sabía que fueras un mirón. La próxima vez, podrías unirte a la fiesta en vez de hacernos fotitos. El otro día Tiziano y yo probamos y fue… delicioso.

—Para ti todo es un juego, ¿verdad?

—¿Por qué no te vas a coger un par de olas y me dejas en paz un rato, hermanito?

—¿Es que no lo entiendes? Me has puesto en medio de todo esto. Me estás obligando a guardar tu secreto, a tomar partido. ¡A elegir entre vosotros dos, joder!

Leo sonrió.

—No tienes que elegir nada. Solo cierra el puto pico y Tiziano no tendrá por qué enterarse.

—Eres un desgraciado. ¡La isla está llena de mujeres! —bramó Dante—. ¡Y tienes novia, joder! ¿Es que no te importa lo que ella sienta cuando se entere de esto?

—¡Tú no lo entiendes! ¡Estamos enamorados! Allegra me quiere a mí.

—¡Allegra está enamorada de Tizzy!

—¿Y qué hace entonces en mi cama cada vez que él se da la vuelta?

—Mientes.

—Eres patético —escupió Leo con rabia—. ¿Quieres contárselo a nuestro hermano? ¡Hazlo! Pero si abres la boca y Allegra me deja por tu culpa, te juro que no va a quedar nada en pie.

—¿Qué significa eso? ¿Ahora me amenazas?

—No pienso dejarle ganar. No con Allegra. Es mía. Solo mía.

—Eres un maldito cobarde.

Leo se levantó, inclinándose hacia él con una sonrisa lobuna.

—No, hermanito. Soy un Ricci. Si intentas arruinarme, me aseguraré de que tú caigas conmigo. Tú sabrás lo que haces.

Dante salió del apartamento, dispuesto a perderse en la isla con su moto. Necesitaba velocidad, sentir el aire en su rostro. Necesitaba despejarse o iba a

explotar. Sabía que esa noche había perdido algo más que la confianza en su hermano. Había perdido la esperanza de que las cosas volvieran a ser como antes.

46

La noche del accidente

Leo observaba a su hermano desde el otro extremo de la mesa, fingiendo desinterés mientras la envidia y los celos lo consumían por dentro. No sabía de qué estaban hablando, pero Allegra parecía reír ante todo lo que él decía.

Quien tampoco perdía detalle de la escena era Luzia, que observaba con una mezcla de emociones que no comprendía cómo su novio cada vez estaba más distante con ella. Se lo había dado todo. Había soportado sus humillaciones y sus desprecios, y él seguía tratándola con indiferencia y mirando a Allegra como jamás la había mirado a ella.

Por otro lado, Allegra buscaba refugio en el alcohol, mientras se debatía entre su lealtad a Tiziano y la atracción visceral que sentía hacia Leo. Los remordimientos la consumían. Incapaz de soportar la tensión que reinaba en el ambiente, empujó a Leo a una esquina apartada.

—Necesito hablar contigo.

Leo la siguió, con la esperanza de que su amante por fin hubiera tomado una decisión que lo favoreciera. Pero cuando llegaron a un rincón oscuro del restaurante, Allegra empezó a sincerarse y el mundo de Leo comenzó a tambalearse.

—No puedo seguir con esto, Leo.

—¿No puedes seguir… con qué?

—Con esto. Con nosotros. He tomado una decisión y espero que la aceptes, Leo. Amo a tu hermano y no puedo seguir haciéndole esto a Luzia.

—¿Ahora te preocupas por tu hermana? —escupió, con una risa amarga—. Así que, después de todo, te quedas con él. ¿Por qué?

—¡Porque es un hombre de verdad! Es maduro, responsable, fiel, sabe lo que quiere. Y tú… —dudó por un momento, pero terminó de lanzar la daga—: Tú eres

demasiado impulsivo y egoísta. Solo piensas en divertirte, sin importar a quién le hagamos daño.

—Qué hipócrita que estés acusándome de lo mismo que tú les estás haciendo a mi hermano y a tu hermana. Estás tan implicada como yo. En el fondo, somos iguales, Allegra.

—Y por eso, no deberíamos estar juntos. Somos muy iguales y juntos lo destruimos todo. Necesito un hombre que me dé calma y me ayude a ser mejor persona. Y Luzia hará lo mismo contigo si le das una oportunidad. Mi hermana es una buena chica, te conviene. Aún podemos redimirnos, Leo.

Las palabras de Allegra lo atravesaron como un cuchillo. No estaba acostumbrado a perder, mucho menos contra Tiziano.

—Si Tiziano es mejor que yo, ¿por qué sigues volviendo a mí?

—No volveré más. Eso es lo que trato de decirte, Leo. Esto es un adiós.

—¿De verdad crees que Tiziano o Luzia te perdonarán cuando se enteren?

Allegra lo miró con desprecio.

—No se enterarán, porque tú no vas a decírselo.

El golpe a su ego fue demasiado para Leo. Dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal, y la agarró del brazo con tanta fuerza, que dejó impresos sus dedos en su piel.

—No eres más que una niña caprichosa y consentida. Una puta que no sabe lo que quiere.

—Déjame ir, Leo. Me estás haciendo daño —suplicó entre lágrimas—. ¡Esto se acabó!

Pero Leo no aceptaba la derrota. Nunca lo hacía. Allegra lo empujó, tratando de regresar con Tiziano y Luzia, pero él la sujetó de nuevo por la muñeca.

—Lo nuestro no ha terminado, Alle. —Su voz era un murmullo peligroso—. Ni se te ocurra pensar que esto va a quedar así. Yo decido cuándo se termina.

De vuelta a la mesa, el ambiente estaba cargado de tensión. Leo no podía apartar la mirada de Allegra y Tiziano, sobre todo, cuando los veía besándose. Sabía por qué lo hacía: Allegra le estaba echando un pulso. Estaba ignorándolo deliberadamente mientras marcaba territorio con Tiziano, alimentando sus celos y su odio. Estaba empezando una guerra de la cual no era siquiera consciente.

En ese momento una idea tomó forma. Una chispa que el alcohol y los celos avivaron hasta convertirla en un incendio.

—Tizzy, ¿qué tal si echamos una carrera? Me han hablado de un lugar increíble —lo desafió con una sonrisa maliciosa—. Tú y yo, hasta el Barranco de la Muerte. A ver quién llega antes.

Luzia frunció el ceño, preocupada.

—¿Eso no es peligroso? —Tiziano lo miró, desconfiado pero intrigado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de perder contra tu hermano pequeño?

Allegra sabía que Leo, rabioso, no conocía límites. Lo conocía bien. Por eso, intentó disuadir a los hermanos.

—Es tarde, Tizzy, tengo ganas de ir a dormir. ¿Por qué no lo dejáis para mañana?

—Id a casa vosotras, si estáis cansadas —replicó Leo con frialdad.

Tiziano sonrió, aceptando un desafío que creía ganado. Había enseñado a los gemelos a montar en moto y no iba a consentir que Leo lo dejara en evidencia delante de su novia.

—De acuerdo, mocoso. Te enseñaré cómo se gana una carrera de motos.

La idea era absurda, peligrosa, pero estaban demasiado envueltos en el reto para pensar con claridad.

Allegra no estaba dispuesta a permitir que Leo quedara por encima y tomó una decisión impulsiva.

—Voy contigo, Tizzy.

—¿Qué? —Leo la miró incrédulo.

—Será un placer bajarme de la moto del ganador.

Esas palabras fueron la chispa final. Que Allegra se subiera a esa moto echaba por tierra el objetivo principal de la carrera. ¿Cómo iba a seguir con su plan si Allegra iba de paquete?

Leo se giró hacia Luzia.

—Tú vienes conmigo —dijo, agarrándola del brazo y arrastrándola sin esperar su respuesta.

Luzia entró en pánico. Era devota de su novio, pero su miedo a la velocidad era aún mayor que su amor.

—Esto es una locura, Leo. No puedes hacerlo, ¿y si alguien sale herido? —le rogó, pero su voz fue devorada por el rugido de los motores.

—¿Qué sabrás tú, Luzia? Ni siquiera entiendes de qué va esto. No eres más que un cachorrito que siempre anda detrás de mí. Nunca serás ni la mitad de mujer que tu hermana.

Sus palabras fueron un puñal en el corazón de la joven, que se clavó lo suficientemente hondo para hacerla reaccionar: no iba a montar en esa moto. No con un Leo fuera de sí y capaz de cualquier cosa. Tenía marcas en el cuerpo que probaban que Leo era peligroso cuando perdía el control. Y daba igual si ganaba o perdía en esa carrera, Luzia sabía que iba a pagarlo con ella antes o después. Sobre todo, por haberse negado a montar con él.

Con lágrimas en los ojos, desesperada, sacó su teléfono y llamó a Serena. No tenía el número de Dante y sabía que él era la única persona que podría detener esa insensatez.

Minutos más tarde, los motores rugían en la noche mientras las motos se alineaban al borde del camino sinuoso que conducía al Barranco de la Muerte.

Lo que comenzó como una simple competencia de egos se convertiría en una tragedia que marcaría a todos para siempre. El destino de los hermanos Ricci ya estaba sellado.

El Barranco de la Muerte

Serena no escuchó ninguna de las dos llamadas de Luzia. Estaba acurrucada en los brazos de Dante, en una caseta de madera de la playa, después de una tarde riendo, surfeando y haciendo el amor. Pero la vibración insistente del teléfono terminó por romper el hechizo.

—Es Luzia. Parece urgente —se sorprendió Serena al ver las llamadas perdidas.

—¿Luzia? —Dante se incorporó, frunciendo el ceño—. No sabía que fuerais tan amigas.

—Yo tampoco…

Dante y Serena intercambiaron una mirada de preocupación, conscientes de que algo no iba bien.

Serena respondió la llamada, y la voz temblorosa de Luzia al otro lado del altavoz les puso la piel de gallina:

—¿Está Dante contigo? Tiene que detener a sus hermanos. Leo está… —La pausa inquietó aún más a la pareja—. Está ido, drogado. Ha retado a Tiziano a una carrera hasta el barranco y mi hermana ha ido con ellos. Esto no puede acabar bien, lo sé. ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Tenemos que llamar a la policía! —resolvió Serena.

—No podemos esperar a que venga la policía —sentenció Dante.

Se puso apresuradamente los vaqueros y su camisa hawaiana, y salió corriendo en busca de su moto. Ella lo seguía muy de cerca.

—Tú te quedas aquí —le ordenó, con un tono firme que no admitía discusiones.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Yo voy contigo —protestó ella, pero él ya estaba arrancando el motor.

—No es discutible, Sere. No conoces a Leo, yo sí, y ahora mismo lo creo capaz de cualquier cosa. No pienso ponerte en peligro.

El viento golpeaba su rostro y su corazón latía con fuerza, a punto de desbocarse. Después de conducir varios kilómetros muy por encima de la velocidad permitida, muchísimo más rápido de lo que solía hacer normalmente, divisó a lo lejos las luces de las motos de sus hermanos y, con ellas, la escena que parecía sacada de una pesadilla.

Leo hacía eses con su moto, invadiendo el carril de Tiziano, obligándolo a maniobrar demasiado cerca del borde del barranco, para luego intercambiar posiciones cuando Tiziano se defendía. Aquello ya no era un simple pique entre hermanos: era un juego a vida o muerte.

Allegra, aferrada a Tiziano, gritaba de miedo; pero su voz se perdía en la noche.

—¡Leo! ¡Basta! —gritó Dante, aunque sabía que su hermano no podía oírle a esa distancia y con el casco.

Los coches a los que iba adelantando a una velocidad de vértigo le pitaban, sin entender que no era un motorista kamikaze, sino un hombre desesperado por evitar una tragedia.

Pisó aún más el acelerador, intentando alcanzarlos. De los tres, era el más lento, el menos ágil, pero eso no lo detuvo. La rabia y el miedo lo impulsaban a seguir adelante.

Las intenciones de Leo eran claras. No estaba jugando, no era solo una carrera: intentaba llevar a Tiziano al límite. Dante sabía que su gemelo no estaba en sus cabales. Era como si algo oscuro lo hubiera poseído, una mezcla de celos, ira y una furia incontrolable que se reflejaba en cada maniobra peligrosa que realizaba.

Al llegar a una curva cerrada, vio lo inevitable. Todo sucedió demasiado rápido para los tres hermanos. En cuestión de segundos, Leo se cruzó, invadiendo el espacio de Tiziano, quien no tuvo tiempo de reaccionar. Tiziano perdió el control.

La moto derrapó, chocando con las rocas y cambiando el rumbo. Dante observó con horror cómo los cuerpos de Tiziano y Allegra salían disparados en el aire, cruzando la carretera antes de estrellarse contra el quitamiedos.

—¡Nooooo! —gritó, con la garganta desgarrada por la desesperación.

El mundo comenzó a dar vueltas. Perdió el equilibrio y, antes de que pudiera reaccionar, se encontró volando también por los aires. El asfalto lo recibió con un golpe seco que lo dejó sin aliento. Y entonces todo se fundió a negro.

El héroe convertido en villano

Dante estaba allí, entre las ruinas de una tragedia que aún no entendía del todo, tambaleándose entre el dolor y el desconcierto. Los gritos de los testigos, las sirenas, las luces… Todo era una cacofonía que lo envolvía y lo mantenía atrapado en un estado de shock.

Leo, sin embargo, estaba lejos de estar en ese estado. Su mente, fría como el acero, ya había trazado un plan. Siempre había sido el más resolutivo de los hermanos, capaz de mantener la calma incluso en medio del desastre. Leo miró a su gemelo, aturdido y vulnerable, y supo que solo había una salida.

En cuestión de minutos, se despojó de su camisa negra, quedándose solo con la camiseta de tirantes de algodón que llevaba debajo. Maniobrando con cuidado, se deshizo de la camisa hawaiana de Dante, que estaba destrozada por el impacto, y le puso la suya negra.

El siguiente paso fue el más sencillo: manipular a todos con un relato factible. Cargó su voz de dramatismo y comenzó a narrar lo que, en teoría, había pasado esa noche. Nadie podría contradecir su versión. Su romance con Allegra era un secreto que solo ellos dos conocían, y ella estaba muerta. Tiziano tampoco podría contar que fue él quien inició esa carrera. El único cabo suelto era Luzia, pero tenía sus propios métodos para disuadirla de hablar.

—Fue Dante —le confesó entre lágrimas al primer agente que llegó a la escena del crimen, con una seguridad escalofriante, que enseguida sustituyó por un tono lacrimógeno—: ¡Mi hermano! ¡Mi propia sangre! ¿Cómo ha podido pasar esto?

A otro agente le contó que su gemelo estaba obsesionado con Allegra y lo desafió. Tenía fotos que lo probaban.

—Yo… Yo intenté detenerlos, pero… no llegué a tiempo.

Lo que Leo no sabía era que Luzia y Serena los habían seguido en el coche. No fueron testigos del accidente, pues su velocidad era muy inferior y habían llegado

tarde, pero sí vieron lo que ocurrió antes de que llegara la policía, aunque nadie creyera después su testimonio.

Observaron a Leo arrodillado junto a su gemelo, mientras terminaba de abotonarle la camisa negra con una precisión fría e inquietante.

Cuando Leo desapareció de la escena, Serena fue la primera en correr hacia Dante. Estaba consciente, pero muy confundido. No recordaba nada. Murmuraba nombres y palabras inconexas mientras su mente intentaba procesar el trauma.

—Dante… —susurró Serena, inclinándose sobre él—. Estás vivo, ¡gracias a Dios!

Él la miró con ojos perdidos, incapaz de dar una respuesta coherente. Fue entonces cuando Luzia comenzó a gritar, desgarrada de dolor.

Su hermana había muerto.

Tiziano había muerto.

Dante estaba muy grave.

Y su novio…

Su novio era un asesino.

Leo se acercó a Luzia y, haciendo uso de su encanto y sus dotes manipuladoras, intentó venderle su versión de los hechos, sin saber que había sido precisamente ella quien llamó a la policía y advirtió a su gemelo de la inminente tragedia.

Aun así, Luzia jugó sus cartas como pudo. Estaba aterrada. Sus caricias le creaban rechazo. Evitó sus besos, al borde del colapso, mientras lloraba a los pies del cuerpo de su hermana y su asesino trataba de darle consuelo.

Cuando Dante abrió los ojos, el mundo era un caos. Las luces azules y rojas de las ambulancias y la policía iluminaban el lugar con destellos intermitentes. Había gritos, sollozos y un zumbido constante que llenaba su cabeza como si algo estuviera a punto de explotar.

—¡Es un asesino! —gritó alguien en la multitud.

—¡El de la camisa negra los empujó al barranco! —vociferó otro testigo.

Dante intentó moverse, pero un dolor agudo en el cuello lo detuvo. Le ardían el brazo y la espalda, como si estuvieran en llamas. La confusión lo envolvía como una niebla espesa. Su mente no podía procesar lo que estaba pasando.

Una figura se inclinó sobre él, una paramédica que le tocó el rostro con cuidado.

—¿Puedes oírme, chico? Has tenido un accidente, estás vivo de milagro.

Las palabras resonaron en su cabeza mientras intentaba ensamblar las piezas rotas de su memoria. Entonces, recordó el impacto. Tiziano y Allegra volando por los aires. La carrera maniaca de Leo en la distancia.

Cuando los policías empezaron a recopilar testimonios, la versión de Leo se convirtió en la oficial. Nadie cuestionó al gemelo que hablaba con tanta seguridad, que parecía tan afectado por la pérdida. Los testigos habían visto a Tiziano y a un gemelo con una camisa negra. Todos sabían que Leo y Tiziano eran inseparables, mientras que Dante no se juntaba demasiado con ellos.

Los oficiales no tenían motivos para dudar. Su versión coincidía con el impacto, y un Dante amnésico nunca podría contradecir su versión.

Serena intentó hablar, pero Leo la acalló. El poder de los Ricci era innegable, y la verdad, por ahora, estaba condenada a permanecer enterrada.

Sin embargo, ella no estaba dispuesta a callar. Lo único que paró a Serena fue Luzia, que guardaba un secreto que jamás podría salir a la luz por el bien de su pequeña familia.

Conclusiones finales

Las investigaciones, minuciosas y llenas de obstáculos, llevaron a desentrañar una verdad más perturbadora de lo que nadie había imaginado. Leo, el gemelo bueno, el carismático y encantador, había manipulado cada detalle para asegurarse de que Dante cargara con un peso que no le correspondía.

La camisa negra se convirtió en la pieza clave para incriminarlo. Nadie sospechó del testimonio de Leo porque los dos hermanos solían vestir igual, con lo que el color de la camisa no probaba nada. Las camisas hawaianas habían aparecido en la vida de Dante con la llegada de Serena y esa recién descubierta pasión por el surf, de la cual solo había un puñado de personas que lo sabían. Y algunas de ellas estaban muertas.

Pero Leo no se detuvo ahí. Utilizó su habilidad para el engaño para cimentar la narrativa que destruiría a Dante.

Les contó a todos su versión, fingiendo ser la absoluta víctima de esta historia, e incluso se presentó en las sesiones del psicólogo haciéndose pasar por su gemelo, replicando con precisión sus gestos, sus pausas al hablar, su voz.

Era el epítome de la máscara del psicópata: encantador, confiable, el favorito de muchos. Su capacidad para ganarse a todos ocultaba la realidad de su mente

calculadora y fría. La rivalidad con Tiziano, su obsesión por Allegra y su odio hacia Dante lo llevaron a cruzar límites que nadie podría haber anticipado.

Y así, el gemelo que debería haber sido un héroe terminó atrapado en una versión que lo condenaba, y el gemelo que era un verdadero monstruo caminó libre, amparado por las mentiras que había sembrado, disfrutando de la paz que solo puede tener quien carece de remordimientos.

Leo era la encarnación del egoísmo desenfrenado, de la oscuridad disfrazada de luz, del mal. Y Dante, el alma torturada, el hombre que quedó marcado por una injusticia que transformó su vida en una constante búsqueda de redención.

El psicópata no era Dante. Nunca lo fue. Pero el mundo nunca estuvo preparado para creerlo.

47

UN AMOR ROTO

JUDITH

Las primeras semanas después de una ruptura son como caminar por un campo minado. Cada paso puede llevarte a una explosión emocional inesperada: culpa, nostalgia, rabia, ganas de llamar a tu ex. Cualquier cosa es factible, sobre todo, cuando dicho ex necesita tiempo y espacio para solucionar su propio caos vital y ha decidido cortar toda comunicación contigo.

Gaby dice que es lo mejor para los dos, yo me estoy volviendo loca.

Por eso estoy aquí, cinco semanas después, sentada junto a un extraño en un Cadillac que hace las veces de mesa en un restaurante retro estilo *diner* americano. Gaby insistió en que relacionarme con otros seres humanos me ayudaría a salir del pozo en el que llevo metida desde que Dante decidió que romperme el corazón era una forma estupenda de arreglar todo lo que fallaba en su vida.

Tengo un batido de fresa —que es más azúcar que fresas—, una bandeja de patatas fritas grasientas y un chico que intenta

impresionarme con datos sobre los viajes espaciales. Al parecer, quería ser astronauta, pero ha acabado de pescadero.

Es guapo, eso no voy a negárselo, pero no puedo evitar preguntarme por qué he dejado que mi mejor amiga —y terapeuta *amateur* no certificada— me arrastre a esta cita. Si es que no aprendo…

—¿Piensas seguir llorando por el enterrador eternamente o planeas volver a la vida en algún momento? —me preguntó Gaby esta mañana mientras apartaba un bol de helado de chocolate, que no parecía el desayuno más saludable.

—Primero, no estoy llorando, estoy procesando, ¿vale? Es importante procesar.

*—¿*Procesando*? Lo único que estás* procesando *es lactosa, y te está yendo fatal, cariño. ¿Segundo?*

—Segundo… No le llames enterrador*, ¿quieres? Tiene nombre.*

—Mira, Jude, llevas semanas en modo viuda desconsolada, y todo el mundo sabe que lo máximo que puedes llorarle a un ex es una semana por año de relación. Llevabais siete meses juntos. ¡Siete puñeteros meses! ¿Qué haces *lloriqueando como si hubieras perdido al amor de tu vida?*

—Lo era, lo sé. Y estaríamos juntos si yo no hubiera…

—Haz el favor de darte una ducha y ponte algo mono. He organizado una cita doble esta noche para sacarte de este agujero negro.

*—¿*i*Qué!? —Casi me atraganté con la cucharada de helado que acababa de meterme en la boca.*

—Échale un vistazo *al anuncio que pusieron estos dos chicos en LoveBoard: «Dos amigos buscan dos amigas con las que compartir cena en un* diner *americano. Si os gusta la comida basura, reír hasta que os duela la tripa y cantar canciones ochenteras mal entonadas, sois nuestras personas ideales». ¿A que suena perfecto?*

—Tú y yo tenemos que empezar a discutir el significado de ciertas palabras…

—¡*Oh, cállate! Seguro que puedes fingir por un par de horas que la vida no es una mierda. Necesitas pasar página. Nadie pide que te enamores, solo que practiques un poco.*

Mi *práctica* se llama Marco, tiene los ojos bonitos, un buen culo y una preocupante adicción al kétchup. Él sigue explicándome algo sobre la gravedad mientras yo finjo que presto atención, aunque mi cabeza está en otro planeta… Uno donde no estoy atrapada en esta incómoda cita doble, solo porque mi ahora ex mejor amiga necesitaba carabina ya que es evidente que ella sí tiene interés en el otro chico. De hecho, ya está a punto de enroscarse en sus labios. Es un espectáculo digno de ver.

¿Y qué ha sido de Matteo? Yo, la verdad, ya ni hago preguntas…

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —quiere saber Marco con una sonrisa encantadora.

«Mi *hobby* favorito es evitar citas como esta», respondo en mi cabeza, pero lo que digo en voz alta es:

—Lo típico.

Mientras Gaby y el amigo están prácticamente fusionados, me doy cuenta de que mi chico también está planeando acortar distancias conmigo. Momento de darse a la fuga.

—Creo que no me siento muy bien —suelto, llevándome la mano al estómago en una interpretación digna de un Oscar.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—No te preocupes, pillaré un taxi. —Le dedico una sonrisa que espero sea lo suficientemente clara como para que lo entienda sin herir su ego.

Llego a casa, lanzo las llaves sobre la mesa, me descalzo en la entrada y me dejo caer bocarriba sobre la cama, mirando el techo.

Tal vez Gaby tenga razón y ya sea hora de volver a la vida, pero todavía no estoy lista para hacerlo de esta manera. Porque el problema no es la cita, ni siquiera el chico. El problema es que, por mucho que lo intente, todavía está Dante en mi cabeza, y me temo que no hay hombre en LoveBoard que pueda competir con eso.

Lo echo de menos. Durante el día consigo disimularlo entre el trabajo y las charlas con Gaby. Pero llega la noche y… eso ya es otro tema. Es como si todas las emociones se pusieran de acuerdo para apuñalarme una a una.

¿Cómo se puede amar a alguien que no sabe quererse a sí mismo?

No sé cómo acabo pensando en Cesca como la solución a todas mis preguntas en lo que refiere a su hermano. Siempre nos llevamos bien. ¿Hay alguna norma no escrita que diga que, después de romper con alguien, tienes que cortar también con toda la gente de su entorno? Porque si la hay, no pienso cumplirla.

Dudo unos segundos antes de agarrar el móvil, pero, finalmente, la escribo. Espero un rato, tamborileando los dedos contra el móvil como si eso fuera a hacer que me respondiera más rápido. Y oye, funciona.

Cesca: ¡Jude! ¿Cómo estás?

No me ando con florituras. Le cuento que estoy bien, me intereso por cómo está ella antes de saltar a lo que en realidad quiero saber: cómo está su hermano. Una cosa es que no estemos juntos, y otra que no me preocupe por él.

Cesca: Dante está pasando por una etapa un poco rara en su vida gracias a nosotras… Decidió escucharnos.

Jude: ¿¡Que tu hermano qué!?

Cesca: Hemos hecho las paces, aunque tampoco hemos hablado demasiado. Sigue molesto conmigo, pero sé que ha encontrado a Serena y se ha ido a Capri en busca de respuestas. Esperemos que lo que sea que encuentre allí le redima y nos ayude a todos a entender qué pasó aquel verano.

La primera reacción es sorpresa.

La segunda, incomodidad.

La tercera, pura devastación.

Serena. Su primer amor. La chica que estuvo con él antes de que todo se fuera a la mierda. La que nunca pudo dejar atrás, ni siquiera después de conocerme a mí.

De repente, todas las piezas encajan. La única foto que subió en las redes mostrando su tatuaje.

Estaba buscándola a ella. Y la ha encontrado.

El destino los ha reunido de nuevo.

No me puedo creer que todo esto fuera idea mía.

Me enveneno sola. El problema no es que Dante esté con otra, eso podría soportarlo. Lo que no puedo soportar es que sea precisamente ella. Porque ¿cómo compites con un recuerdo perfecto? ¿Con un amor inconcluso?

Dante no solo se ha ido de Venecia, sino que lo ha hecho con un propósito. Con una dirección. Mientras yo sigo aquí, plantada en un mar de dudas, patatas fritas y malas citas, él ha decidido ir a buscar respuestas.

Jude: ¿Habéis hablado con alguien de esto? ¿Vuestros padres, Leo…?

Cesca: Yo no he abierto la boca y dudo que él lo haya hecho. En cuanto a Leo…, después de lo que descubrimos, no me siento segura con él cerca, y odio esta situación. Es mi hermano, joder. ¿Tú has vuelto a hablar con alguno de los dos?

Jude: No, no he vuelto a hablar con nadie. No es un secreto que odio a Leo. Y Dante me dejó claro que lo nuestro se había acabado.

Cruzamos un par de mensajes más y nos despedimos. Estoy hecha un manojo de nervios. Dante ha encontrado a Serena, a su gran amor, y se ha ido a Capri. Creo que ya está todo dicho. Jamás pensé que las cosas fueran a acabar así entre nosotros, pero si ella es lo que necesita para ser feliz, solo me queda desearle lo mejor.

Suspiro y me dejo caer de nuevo en la cama. Tengo que encontrar el modo de seguir con mi vida antes de que este amor roto siga haciéndome más daño.

48

LA VIDA Y LA MUERTE SIEMPRE VAN DE LA MANO

DANTE

Mi mundo se desmorona con una claridad devastadora. Las piezas del rompecabezas que me han atormentado durante años, que han llenado mis sueños de pesadillas y mis días de fragmentos inquietantes, finalmente encajan. Y la verdad que emerge es tan brutal, tan descarnada, que apenas puedo respirar.

¿En qué momento Serena ha tomado mi mano? No lo sé, pero ahí estamos, nuestros dedos entrelazados, como si fuéramos dos amantes que se reencuentran en medio de la tragedia, buscando un consuelo que sabemos que no llegará.

—¿De dónde habéis obtenido tanta información? —quiero saber, pues en este informe hay cosas muy personales, e incluso se atreve a hablar de emociones.

—Ha sido una recopilación de fuentes de lo más diversas —explica Mandy—. Entrevistas a los testigos de aquel verano, entre las que se encuentran Serena, Luzia y varios de vuestros *amigos* de entonces. Informes policiales, reportes psicológicos, tus propias declaraciones y las de Leo, cartas entre Allegra y tus hermanos… También hemos

accedido a vuestros móviles: mensajes de texto, wasaps, redes sociales… Allegra tenía una confidente a la que le contaba con todo lujo de detalles lo que pasaba entre tus hermanos y ella.

—¿Quién es esa chica? ¿Puedo hablar con ella?

—Es confidencial —interviene Logan—. Ayudó en el caso a cambio de mantener su anonimato. Aunque no te lo creas, tu gemelo sembró el terror en la isla aquel verano.

Suspiro, pongo los brazos en jarras, doy vueltas por el salón. Me desespero. Siento que me falta el aire.

—Sigo sin recordar nada de esto. Os escucho y me vienen *flashes* de aquel verano, pero no logro ver la imagen completa.

—Dante, lo que has vivido es más común de lo que crees. —Mandy busca tranquilizarme—. La amnesia disociativa después de un evento traumático no es una excusa, es una respuesta de supervivencia. Lo que presenciaste esa noche fue muy impactante. Tu mente bloqueó los recuerdos para protegerte del dolor y que pudieras seguir delante.

—Pero al no tratar el trauma —sigue Logan—, al no enfrentarlo, dejaste espacio para que las sombras se filtraran. Leo supo aprovechar eso. Usó tus lagunas como un lienzo para pintar su propia versión de los hechos. Y tu cerebro intentó llenar esos huecos con la información que iba extrayendo de aquí o allá, aunque eso significara que usara erróneamente los momentos protagonizados por tu gemelo creyendo que los viviste tú.

Cierro los ojos, y las imágenes empiezan a surgir, retazos de algo que parece tanto una pesadilla como un recuerdo. No sé si algún día seré capaz de diferenciarlo con claridad.

Mandy se acerca a mí, su mirada intensa, dura, pero llena de una compasión que no sé si puedo soportar.

—El cerebro humano es increíblemente complejo, pero también vulnerable. Cuando sufres un golpe como el que tú viviste, tu mente puede borrar partes enteras de tu vida. Es como un CD que se raya. Los datos están ahí, pero el acceso se vuelve imposible.

—Tú nunca hubieras sido capaz de hacerle daño a Tiziano —añade Luzia—. Nunca. Lo adorabas. Pero Leo… Él no tenía límites. Allegra no podía elegir, y eso lo llevó a hacer lo impensable.

—¿Por qué…? —Con la voz rota, clavo mis ojos en Luzia. Cada palabra parece arrancarme un pedazo de alma—. ¿Por qué guardasteis silencio todos estos años? ¿Por qué permitisteis que pasara por todo lo que pasé?

—No tuve opción, Dan. No la tuve. Solo tenía dieciséis años, tenía demasiado miedo y… —Luzia baja la mirada, incapaz de sostener mi escrutinio—. Dante, tu hermano es un asesino. Le vimos matar a su propio hermano. ¡A mi hermana! A la mujer que supuestamente amaba. ¿Te imaginas lo que nos hubiera hecho a nosotras?

Las lágrimas ruedan por su rostro. En su gesto hay vergüenza, pero también un dolor profundo que empieza a invadir mi pecho como una marea oscura. La furia que arde en mí se mezcla con la certeza de que lo que voy a escuchar cambiará mi vida para siempre. Aunque algo dentro de mí ya conoce la respuesta mucho antes de que ella se atreva a contarme esa historia.

—La chica que nos ha abierto la puerta… ¿qué edad tiene?

Luzia levanta la cabeza de golpe, y el pánico en sus ojos me sirve de respuesta.

Es Serena quien habla con voz tensa, cargada de una verdad que ambos sabemos que no puede ser contenida por más tiempo:

—Catorce.

El aire abandona mis pulmones. El número se clava en mi pecho como una daga. Esa chica… esa chica tiene mi misma mirada. Oscura, penetrante. La misma mirada de Leo.

—Luzia… ¿Esa chica es…?

Ella se desmorona. Las lágrimas ahora ruedan incontrolables por su rostro mientras se aferra a su madre, como si el mundo entero estuviera colapsando sobre sus hombros.

—La vida y la muerte siempre van de la mano —murmuro, apenas consciente de que he hablado en voz alta.

—¡Sabía que esto era una mala idea! —solloza Luzia, con una voz rota que parece desgarrar el silencio de la sala—. ¡Es su hermano! ¡Dante no va a mantenerme el secreto! Tantos años callando para evitar llamar la atención de los Ricci, para mantener a ese psicópata lejos de nosotras, y ahora…

—Por favor, Dante… —Serena la interrumpe, sus ojos están llenos de súplica—. No le puedes decir nada de esto a nadie. Por favor.

Hace rato que mi mente ha colapsado, incapaz de procesar nada más.

Mi hermano tuvo una hija con Luzia.

Esa chica es mi sobrina.

Mi sangre.

Y su padre es un asesino.

Un asesino que anda suelto.

Todo es tan dramático que tengo que sentarme para no marearme cuando siento que comienza a faltarme el aire.

Luzia levanta la mirada, su rostro está descompuesto por el llanto.

—¡Tu hermano es el demonio! —ruge, con una amargura que parece haber estado acumulando durante años—. Yo estaba tan enamorada de él que no supe ver todas las atrocidades que me hizo. Pero lo tengo todo escrito, Dante. ¡Todo! Tu hermano está enfermo. Es un demente. Y no quiero que se acerque a mi hija. No quiero que jamás sepa de su existencia. No puedes decirle nada.

Mis piernas flaquean. Me acerco a Luzia, conmovido por su fragilidad, por el peso que ha cargado sola durante tanto tiempo. Y la abrazo, dejando que mis propias lágrimas caigan sin control y se mezclen con las suyas.

—Te lo juro, Luzia. Leo nunca se enterará de esto —aseguro—. Solo te pido que, cuando tú estés lista, me permitas conocerla. Si tengo una sobrina, quiero estar en su vida.

Ella se aparta apenas unos centímetros, lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Dante, no puedes… —empieza a decir, pero la interrumpo.

—No le diré nada a nadie, te lo juro. —Respiro hondo, intentando calmar la tormenta que se ha desatado en mi interior—. Pero déjame conocerla. Déjame ser parte de su vida.

Luzia mira a su madre, buscando una segunda opinión. Esta suspira profundamente y asiente, aunque el gesto está cargado de un miedo que no puede ocultar.

—Se llama Nina, por mi abuela —explica Luzia—. Voy a buscarla.

Cuando regresa con la adolescente, mi corazón da un vuelco. Tiene la mirada intensa de los Ricci, pero en sus ojos hay algo más. Algo que me recuerda que incluso de la oscuridad puede nacer la luz.

—Hola, Nina. —Mi voz es baja, suave. Estoy nervioso—. Soy Dante, tu tío.

Me mira con curiosidad, con esa mezcla de desconfianza y timidez que solo los adolescentes pueden mostrar.

Apenas charlamos unos minutos y la joven regresa a su habitación. Ha sido breve, pero me ha servido para darme cuenta de que estoy dispuesto a cualquier cosa para proteger a esa cría y a su madre, esa mujer fuerte a la que Leo nunca fue capaz de valorar. Y sé que ambas van a necesitar tiempo para confiar en mí, para hacerme un hueco en su vida; sé que yo voy a necesitar mi tiempo para digerir todo esto, pero también sé que tenemos las mismas ganas de olvidar el pasado y toda una vida por delante.

El peso de lo que acaba de salir a la luz es tan abrumador que siento como si el suelo bajo mis pies estuviera a punto de desmoronarse. Durante años he buscado respuestas, pero nunca imaginé que el pasado encontraría la forma de volver a herirme de esta manera.

Y entonces abrazo a Luzia sin pensarlo dos veces. Ella se queda rígida al principio, sorprendida, pero, después, se aferra a mí, como si con ese gesto pudiera redimir años de silencios y secretos que nos han roto a todos.

—Gracias por haber tomado la decisión correcta. Imagino lo duro que fue todo esto para ti —susurro.

—Gracias por no odiarme, Dante.

—¿Odiarte? ¿Cómo podría hacerlo, Luzia? Después de todo lo que vivimos aquel verano, después de todo lo que pasaste… Solo puedo sentir cariño y respeto hacia ti.

Ella niega con la cabeza y sus ojos vuelven a inundarse de lágrimas.

—Ya, pero… todo lo que has vivido estos años: el centro de menores, el psiquiátrico… Todo ha sido culpa mía. Podría haberlo

evitado. Tendría que haber luchado más por sacar la verdad a la luz. Te condené, Dan.

—Escúchame. —Mi voz se suaviza, aunque la determinación permanece—. El único culpable aquí es Leo. Él es quien nos quitó algo a todos. Tú solo hiciste lo que tenías que hacer para proteger a tu hija. Y si tengo que volver a pasar por todo eso otra vez para proteger a mi sobrina de mi hermano, lo haré una y mil veces, ¿me oyes?

—Estoy harta de callar, Dan. Ha llegado el momento de entregar el caso Capri a las autoridades. La pregunta es si tú estás dispuesto.

La miro. Me mira. Y no necesitamos decir nada para que los dos entendamos que estamos juntos en esto, aunque las consecuencias sean imprevisibles.

—Estoy harto de huir, Luzia. Hagámoslo.

—¿Sabes lo que esto implica?

Lo sé. Mi familia va a volver a revivir todo ese dolor que nunca superaron, y después, si el juez no dicta que el caso ha prescrito, Leo irá a la cárcel. Pero no siento remordimientos porque sé que es el camino correcto. Lo que tendría que haber pasado hace muchos años.

—Hagámoslo.

Las lágrimas vuelven a llenar sus ojos, pero esta vez hay algo más en ellos. Una chispa de alivio, de esperanza. Luzia y yo estamos unidos por el mismo dolor, por la misma pérdida, pero también por las mismas ganas de luchar por aquellos que ya no están con nosotros.

No hay forma de arreglar todo lo que se ha roto, pero quizás podamos construir algo nuevo a partir de las ruinas.

49

EL CRIMEN PERFECTO

DANTE

Nos despedimos con el dolor del pasado todavía martilleándome en el pecho. Sé que no es un adiós, pero también sé que hay mucho que resolver antes de que me permitan volver a ver a mi sobrina.

Poco después, llegamos al portal de Serena. La brisa marina acaricia mi rostro recordándome dónde estoy. Ella se gira hacia mí, sus rizos bailan bajo la tenue luz del farol.

—Dante, no tienes que pasar por esto solo. —Me coge la mano con suavidad, como si intentara evitar que me desmorone aquí mismo—. ¿Quieres subir? Podría preparar algo de cena. Te vendrá bien.

—Gracias, pero… necesito tiempo para darle sentido a todo esto.

Ella suspira, pero no insiste. Debió de conocerme bien en otra vida, porque sabe bien cuándo probar suerte y cuándo darme espacio.

—¿Volveré a verte antes de que regreses a Venecia?

—¿Por qué no? —respondo sin pensar, aunque ni yo sé si es una promesa o una mentira—. Me quedaré un par de días más. Podríamos comer juntos.

—Eso me gustaría mucho.

Sus ojos brillan, y eso me rompe un poco más. ¿Cómo puede tener esperanza en mí cuando ni siquiera yo creo en lo que digo?

La abrazo, aunque lo hago con torpeza. No estoy acostumbrado a dar abrazos si no es a los más allegados, mucho menos a recibirlos. Pero ella se aferra a mí como si fuera su ancla, y yo me dejo sostener un momento antes de soltarla y dar un paso atrás.

—Buenas noches, Serena.

—Buenas noches, Dante.

La dejo allí, en la puerta, y comienzo a caminar hacia el hotel. La noche es fría, pero no lo suficiente como para apagar el incendio que siento en mi pecho. No tengo hambre, no tengo sueño, no tengo nada. Solo este peso en el alma y un torbellino de pensamientos que amenaza con arrasar lo poco que queda de mí.

Diez minutos después, estoy entrando por la puerta del hostal. El pasillo de mi planta está en silencio, excepto por un ruido débil que se filtra desde el interior de mi habitación. ¿Me habré dejado la televisión encendida?

Escucho un crujido. Mi corazón se acelera. Definitivamente, no soy yo quien ha encendido el televisor. Sujeto el pomo con fuerza y lo giro, adentrándome con cautela.

Y allí está mi persona favorita: Leo. Descalzo, con los pies sobre la mesa de café, viendo *Cinema Paradiso* como si fuera el dueño del lugar. Su presencia aquí no son buenas noticias.

—¡Aquí estás, hermanito! Te estaba esperando.

No me atrevo a cruzar la puerta. Me quedo allí, en el umbral, mirándolo con resentimiento y luchando por que todas las emociones que me golpean el pecho se queden ahí quietas, sin salir. No puedo enfrentarme a él sabiendo de lo que es capaz.

—¿Qué haces aquí, Leo?

Él se encoge de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Rememorar viejos tiempos. La recepcionista me dio una copia de la llave. Es increíble lo mucho que aún nos parecemos, sobre todo cuando no llevas toda esa… —Me señala de arriba abajo— parafernalia gótica. Deberías vestir así más a menudo. Te pareces más a mí y menos a Gómez Addams.

Respiro hondo, tratando de no perder los estribos.

—Di lo que tengas que decir y lárgate. Estoy cansado, he tenido un día horrible.

—Me puedo hacer una idea…

Mi gemelo ladea la cabeza con una sonrisa torcida. Su tono es gélido, casi divertido, y eso me pone los pelos de punta.

Cruzo el umbral, cerrando la puerta tras de mí, aunque cada fibra de mi ser me dice que corra. Pero no voy a correr. Esta vez no.

Él apaga la televisión, dejando la habitación sumida en un silencio que parece cargar el aire de electricidad.

Estoy inquieto, alerta, como un animal que siente el peligro acechando. Su presencia inunda el cuarto como un veneno lento. No me muevo, no me acerco.

¿Qué hace en mi habitación? ¿Qué hace en Capri? ¿Cuáles son sus intenciones?

—¿Cómo sabías que estaba aquí, Leo?

—Ayer fui a visitar a mamá y a papá. Me encontré a Cesca llorando en mi habitación y no supo explicarme ni qué hacía allí ni cómo acabaron las cartas de Allegra entre sus manos. ¿No sabrás tú algo de eso?

Niego con la cabeza, mintiéndole a la cara.

—Ya… Está claro que no me puedo fiar de ningún Ricci. —Se levanta con la tranquilidad de un depredador—. Te veo muy tenso, hermanito. ¿Desde cuándo me tienes tanto miedo?

—No tengo ni miedo ni tiempo para tus juegos, Leo.

Da un paso hacia mí, y el aire entre nosotros se electrifica.

—¿Por qué no salimos a dar un paseo? Este lugar es deprimente. Podrías haberte gastado un par de euros más en un hotel donde no haya cucarachas. —Se gira hacia la puerta, como si ya hubiera decidido por los dos.

No quiero ir con él, pero tampoco puedo quedarme aquí. La habitación parece encogerse con su presencia.

Caminamos en silencio hasta un mirador solitario, el mismo al que solía ir con mis hermanos a emborracharme, y con Serena para besarnos y disfrutar del atardecer. Pero esta vez no hay camaradería ni romance, solo una tensión que podría partir el mundo en dos.

Leo se apoya en la barandilla y enciende un cigarro. Su silueta recortada contra el cielo estrellado es la de un extraño, alguien que lleva mi rostro pero cuya alma no reconozco.

—Siempre fue tan fácil ser tú. Dante el perfecto. El noble. El bueno.

—¿A qué estás jugando, Leo? —pregunto, aunque sospecho la respuesta. Su odio siempre ha estado allí, pero esta noche lo siento más afilado, más peligroso que nunca.

—Yo nunca juego, Dan.

—Di lo que tengas que decir y acabemos con esto cuanto antes.

—¿*Acabar*? —Da un paso hacia mí, y el suelo parece temblar bajo su peso—. Esto no acaba, hermanito. No hasta que entiendas lo que significa perder.

—¿En serio vas a hablarme de *perder*, Leo? ¿A mí? —Emito una risita nerviosa cargada de sarcasmo… y de miedo—. ¿No crees que ya he perdido suficiente? No me queda nada.

—No te pega ser tan derrotista.

Su sonrisa desaparece y su rostro se endurece como el mármol. Y yo sé que no voy a poder mantener esta farsa ni un minuto más. Él tira la colilla al suelo. Yo me muerdo el puño, a ver si así consigo callarme, pero no funciona. La rabia sale a raudales por mis labios y por cada poro de mi piel.

—¿Qué cojones hiciste aquella noche, Leo? —exploto, y sé que ya no voy a ser capaz de cerrar la boca.

—Vaya, parece que a alguien se le ha pasado la amnesia de repente.

—¡A tu propio hermano, joder! —rujo—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste matarlo por celos? ¿Cómo pudiste culparme a mí? ¿Es que no te ha removido nada ver todo lo que he pasado, todo lo que sigo pasando cada día?

—Hice lo que tenía que hacer. ¡Tú no lo entiendes!

—¡Ja! —me río—. Lo que tenías que haber hecho era olvidarte de Allegra. ¿Es que no tienes remordimientos? ¡Mataste a Tiziano! ¡A nuestro hermano!

El silencio se vuelve pesado. Leo no lo niega. Solo me mira, con esa frialdad que me hiela hasta los huesos.

—¿Crees que a Judith le gustará mi nueva camisa? —pregunta.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella, ¿me oyes?

Mi voz suena a amenaza, pero Leo está como ausente, ajeno a mis gritos. Entonces da un paso hacia adelante, arrinconándome contra una barandilla que delimita el borde del acantilado. Estoy demasiado cerca. Un paso en falso y me precipito al vacío.

—¿¡Tú estás loco!? ¿Qué demonios haces, Leo?

—Lo que debería haber hecho hace quince años. Dejarte vivo en esa carretera fue un error, pero uno aprende con los años.

Apenas me da tiempo a reaccionar. Leo se abalanza hacia mí y me empuja contra la barandilla. Su mano se cierra alrededor de mi cuello con una fuerza implacable, haciendo que mi cabeza quede bocabajo, mirando con pavor al vacío.

Lucho por respirar. Mis patadas solo me ayudan a perder el equilibrio y comprometen mi seguridad. Intento apartar sus manos de mi cuello, pero el oxígeno empieza a escasear. Toso, me mareo. En mis pensamientos se agolpan imágenes de Tiziano, de Allegra, de Serena… de Jude. No puedo dejarle ganar. No puedo morir aquí. No puedo dejar que él vuelva a salirse con la suya.

—¿Qué…? —El aire no me llega a los pulmones—. ¡Pa… ra, Le…o!

—¿Que pare? —Tuerce el gesto y finge que no me oye—. ¿Por qué? ¿Te ahogas o algo? No te preocupes, Dan. Esta noche todo acaba. Al final, la vida es un círculo y hoy vamos a cerrarlo.

—Le… Leo, ¡no! —intento hablar, entre toses y carraspeos. No puedo respirar—. Eres… ¡Eres un… ca… brón!

—¿Cómo crees que va a reaccionar Judith cuando vea las fotos que te he sacado hoy con Serena? Quince malditos años y esa puta cría aún no te ha olvidado. A tu chica le partirá el corazón saber que volviste a Capri para reencontrarte con tu primer amor. Igual se pone tan furiosa que no lamenta tanto tu trágico accidente.

—¡No te…! ¡No te atreve… rás!

—¿Y qué vas a hacer, detenerme? —No reconozco a mi hermano. Su risa es tan fría que me estremezco—. Dime, ¿quién va a negar mi versión cuando acabe contigo? ¿Esa ilusa de Serena, cuando ya no esté para defenderse? No me mires así, Dan. Creo que no estás

contemplando esto desde el ángulo correcto. ¿No es poético que encontréis vuestro final aquí, juntos, en esta misma isla?

—¡Eres… eres…! ¡Un maldito… monstruo!

—Todos lo somos. Solo que algunos somos mejores ocultándolo.

Leo me suelta un poco, permitiéndome respirar y hablar a trompicones.

—Haz lo que quieras… conmigo, pero deja… a Serena fuera… de esto.

—Se me está ocurriendo algo, podríamos hacerlo más interesante. ¿Qué tal si le hacemos creer al mundo que el malvado Leo ha muerto esta noche? ¿A quién crees que le dolería más perder a mamá: a ti o a mí? —Leo encuentra un retorcido placer en esto—. ¿Y qué me dices de esa pelirroja? Besarla fue delicioso, Dan. Estoy deseando poner mis manos sobre sus pechos. Me muero por tragarme sus gemidos mientras la hago mía. Fíjate si tengo ganas de follármela que estoy dispuesto a embadurnarme los ojos de hollín y permitir que me llame por tu nombre.

—No va… a funcionar… —Intento sonar seguro, pero el pánico en mi voz y la falta de aire me traicionan—. Jude nunca va… —Leo aprieta más sus manos en mi garganta y yo empiezo a marearme—. No va a… enamo… rarse de ti… Se dará cuenta… de que… no… soy yo.

—¿Eso crees?

—Como… te acerques… a Jude…

—Perdona, ¿qué dices? Me está costando entenderte.

—Te mataré… con mis… propias… manos.

—Tranquilo, puedes ahorrarte el viaje. Pienso cuidar muy bien de tu chica. —Su calma lo hace todavía más cruel—. ¿Para qué vamos a hacer sufrir a la pobre cuando puede tener su cuento de hadas… conmigo?

Mi visión comienza a oscurecerse, y el sonido de las olas lejanas se mezcla con los latidos de mi corazón al apagarse.

Dicen que, en los minutos previos a la muerte, tu vida entera pasa ante tus ojos. Los mejores momentos. Las cosas que dejaste por hacer o los *te quiero* que nunca pronunciaste. Pero, en mi caso, solo hay un rostro: el de Judith. Su risa, sus ojos verdes llenos de

vida, su cabello rojo ondeando bajo la luz del sol. Mi rayo de luz en la oscuridad.

No puedo permitir que Leo la toque, que la destruya como ha destruido todo lo demás. No son celos lo que me consumen, lo juro. Es amor puro. Le deseo una vida plena, feliz, repleta de todo lo que yo no he sabido darle.

Mi pecho arde con un fuego que no sé de dónde viene, y en medio de la asfixia, le dedico a mi gemelo mi último pensamiento:

«Si este es mi fin, volveré desde mi infierno para darte tu merecido».

50

UNA VISITA INESPERADA

JUDITH

Unos golpes en la puerta me despiertan en mitad de la noche. Miro el reloj. Las 3:04 de la madrugada. Me incorporo a medias, despeinada y medio dormida.

—¿Quién demonios puede ser a estas horas? —murmuro mientras arrastro los pies hacia la puerta.

Quizá sea Gaby, que se ha dejado las llaves en casa, como de costumbre. Pero cuando abro la puerta, la persona que me encuentro al otro lado hace que el corazón me dé un vuelco tan fuerte que me sorprende que no se caiga directamente al suelo.

—¿Dante?

Parpadeo dos veces como si estuviera ante una aparición. Y sí, es él. Está plantado en mi puerta, con el pelo alborotado y las manos metidas en los bolsillos, con una chaqueta negra de cuero con bordados. Sus ojos, oscurecidos a base de perfilador, se clavan en mí con una intensidad que no esperaba a las tres de la madrugada, ni tampoco después de semanas de silencio absoluto.

—Hola, Judith.

Ni pelirroja ni Florecilla ni Jude. Vuelvo a ser Judith a secas.

—Ho… Hola —repito, cruzándome de brazos.

Él da un paso hacia delante, y mi primer instinto es retroceder. Pero no lo hago. Me quedo ahí, enmarcada por la puerta, con el ceño fruncido y el corazón acelerado.

—Te he echado de menos —dice, sin preámbulos.

Lo miro, parpadeando lentamente, como si tratara de procesar esas palabras. ¿Dante Ricci admitiendo que me ha echado de menos? ¿Qué diablos le habrá pasado en Capri? ¿Le habrá dicho su hermana que he preguntado por él y por eso está aquí?

—Dan…

—Lo siento. —Suspira y me mira como si estuviera a punto de romperse—. He sido un idiota. Te alejé porque creí que era lo mejor, que te estaba haciendo daño… Pero lo único que conseguí fue hacerme daño a mí mismo. Hacernos aún más daño a los dos.

—¿Te das cuenta de que esa excusa está más gastada que mis zapatillas del gimnasio?

—Tienes razón.

Levanta las manos en un gesto de rendición, algo que no le he visto hacer jamás. Su voz suena diferente, algo ronca, como si hubiera estado gritando toda la noche.

—¿Qué ha pasado en Capri? Cesca me contó que…

—Por favor, ¿podemos no hablar de eso ahora? Juro que te lo contaré en otro momento.

—¿Y de qué quieres hablar? —Le miro, esperando que saque algo más de su arsenal de excusas. Pero no lo hace.

En lugar de eso, se acerca, con pasos lentos, y levanta una mano para rozar mi mejilla. Su tacto me estremece. Lo odio por hacerme sentir así, tan vulnerable, tan idiota, tan… suya. Hay algo diferente en él, aunque no sabría decir el qué. Es una emoción extraña que me perturba.

—De nosotros, Judith. Quiero hablar de nosotros. Quiero arreglar lo que rompí.

Dejo escapar un suspiro que parece llevarse toda mi rabia acumulada. Porque, aunque me duele admitirlo, yo también lo he echado de menos. Lo he echado de menos más de lo que debería.

—Estás loco —murmuro, pero no le aparto la mano.

—Lo sé. Pero estoy loco por ti.

Me siento rara. Llevo semanas soñando con oír estas palabras y, ahora que lo tengo aquí, solo puedo pensar en que no encuentro en él ese maldito encanto suyo que me encandiló. Y aun así, antes de darme cuenta, estoy con los brazos alrededor de su cuello mientras él me estrecha contra su pecho.

—Dante Ricci, no tienes ni idea de cuánto te odio ahora mismo —murmuro contra su boca, traicionando cualquier intento por parecer dura.

—Perfecto, porque yo te amo.

Y con eso, me besa. Un beso profundo, urgente, como si estuviera tratando de recuperar todo el tiempo perdido. Su boca encuentra la mía, y todo lo demás desaparece. No hay más rabia ni más dudas. Solo nosotros, y ese beso que me resulta tan distinto a los que nos hemos dado otras veces.

—¿Te has quitado el piercing?

—¿Podemos hablar de eso en otro momento?

La conversación se pierde entre gemidos y caricias. Cuando finalmente estamos juntos, su piel contra la mía, siento que todo vuelve a encajar, como si el universo hubiera estado esperando este momento para equilibrarse.

—¿Sabes? —murmuro, con una sonrisa soñolienta—. Esto no significa que esté todo arreglado.

—Lo sé, Judith —responde él, besando mi frente—. Pero es un buen comienzo.

Más tarde, mientras me acurruco contra él, con su brazo rodeándome, me siento feliz por primera vez en semanas. Sé que tenemos mucho que aclarar, que él seguirá siendo complicado y seguirá con sus pesadillas, y yo siempre seré una cabezota. Pero esta noche, nada de eso importa.

La vibración del móvil me despierta. Abro un ojo, desconcertada, y me doy cuenta de que la luz entra a raudales por la ventana. Son las ocho, no es mala hora para comenzar el día, aunque mi cuerpo protesta por la falta de descanso.

En la pantalla parpadea el nombre de Cesca. Lo más probable es que vaya a contarme que ha hablado con su hermano y está de

vuelta en Venecia. Si ella supiera…

Dante duerme como un niño a mi lado, con una expresión tan tranquila que casi me hace olvidar todo lo complicado que ha sido llegar hasta aquí. Es como si fuera otra persona. Con una sonrisa en los labios, me inclino para besarle antes de salir al salón a atender la llamada.

—Cesca, ¡no sabes lo que acaba de pasar! —empiezo, todavía medio emocionada por la noche anterior.

—Jude… —Su voz me llega como un balde de agua fría. No suena emocionada ni sorprendida, sino nerviosa, casi histérica.

—¿Qué pasa?

—Ha pa… —Cesca se paraliza, incapaz de encontrar las palabras —. Jude, no sé cómo… Ha pasado algo horrible.

—¿De qué hablas?

—Dante llevaba días sin cogerme el teléfono, Jude. Estaba preocupada y…

—Tranquila, Cesca, ya sabes cómo es tu hermano. A veces necesita desaparecer, pero está aquí. Conmigo. Todo está bien. —Intento calmarla, pero su nerviosismo es abrumador—. Nos acabamos de reconciliar. ¿No es fantástico?

El silencio al otro lado de la línea se alarga demasiado.

—¿Cesca?

—Judith…

Su voz tiembla, y la sensación de alarma crece en mi pecho. Mi corazón empieza a latir más rápido, como si ya supiera que la respuesta no me va a gustar. Entonces Cesca rompe a llorar.

—¿Todo bien, Judith?

Una voz masculina detrás de mí me sobresalta. Está apoyado en el marco de la puerta del salón, con el cabello despeinado y los ojos todavía adormilados. Me dedica una sonrisa que debería tranquilizarme, pero logra justo lo contrario: ponerme los pelos de punta.

Le devuelvo una mueca incierta, tratando de que no note el caos que se está desatando en mi interior. Pero algo está realmente mal. Cesca acaba de contarme una historia que no tiene sentido y retumba en mi mente como una amenaza.

Dante nunca regresó de Capri.

¿Qué demonios significa eso?

—¿Judith? —repite mi amante, avanzando un par de pasos hacia mí.

—Luego te llamo, Bella… —improviso, colgándole el teléfono a Cesca, tratando de mantener la compostura—. Estaba hablando con mi hermana. Mañana tiene una competición de baile y… está nerviosa.

Leo sonríe, se acerca y me besa con una pasión que me destroza el alma. Sus labios se enredan con los míos, sus brazos me rodean; pero lo único que siento es miedo y rabia, entumeciéndome como un veneno lento.

Tengo que seguir fingiendo.

No puedo dejar que Leo se dé cuenta de que algo no encaja, al menos no hasta que encuentre un plan mejor para huir de él.

Me despierto sofocada, con el corazón latiendo a mil por hora y un sudor frío empapándome la frente. La habitación está oscura, apenas iluminada por el tenue resplandor de la farola que se cuela a través de las cortinas. Mi pecho sube y baja mientras intento atrapar el aire que parece escaparse de mis pulmones.

El recuerdo de su voz, de su tacto, de esos ojos oscuros que me dejan exhausta… Todo se siente tan real.

Giro la cabeza hacia el lado de la cama y, por supuesto, está vacío. Las sábanas frías. No hay ningún indicio de que alguien haya dormido aquí. Ningún rastro de Leo ni de Dante.

Las imágenes vuelven a mí como un torrente descontrolado. Los golpes en la puerta a las tres de la mañana, su voz diciendo que me quería, sus labios encontrando los míos con urgencia… Mi mente tarda unos segundos en procesar que lo he soñado.

Me dejo caer en la cama, hundiendo el rostro en la almohada. Las lágrimas llegan antes de que pueda detenerlas, silenciosas, liberadoras. Me odio un poco por haber permitido que mi mente me jugara esta broma tan cruel. Pero, sobre todo, me odio por lo mucho que lo echo de menos.

51

EL TRÁGICO FINAL DE UN AMOR DE VERANO

DANTE

La presión en mi garganta es insoportable. Mis manos intentan aferrarse a las de Leo, pero son como tenazas de hierro que no ceden. Me cuesta respirar. La vista se me nubla, y la fuerza en mis brazos mengua con cada segundo que paso intentando defenderme.

Su rostro está deformado por una mezcla de odio y placer. Está disfrutando con esto. ¿Cómo no he podido verlo antes?

Es un psicópata.

Lo veo en sus ojos: no hay remordimiento, ni miedo, solo una necesidad casi animal de terminar lo que empezó hace tantos años.

Intento razonar con él, pero mis palabras se convierten en jadeos rotos.

—Leo…, esto… no…

—¿No qué, hermano? ¿No tiene que ser así? Es divertido que pienses que puedes negociar conmigo. —Inclina la cabeza, fingiendo compasión, pero su sonrisa no podría ser más cruel—. ¿Sabes? Siempre he sido más listo que tú. Más rápido, más fuerte. —Hace una pausa que aprovecha para escupirme en la cara—. Y, sin

embargo, siempre eres tú el que lo tiene todo. Las mejores mujeres. El cariño incondicional de mamá, aun creyendo que eres un asesino. El anillo de la *nonna*… ¿Por qué? ¿Qué te hace tan especial?

Cierro los ojos. Es el fin. Lo sé.

Él mató a Tiziano.

Mató a Allegra y maltrató cruelmente a Luzia.

Manipuló todo para inculparme.

Y ahora, está dispuesto a borrar la última evidencia de su crimen…

A mí.

—Para que no digan que no soy generoso, te concedo tu última voluntad, hermanito. Pide un deseo. ¡A lo loco! Tiremos la casa por la ventana.

Es curioso cómo funciona esto de las últimas voluntades. ¿Acaso va a concederme una última noche en casa con nuestra familia? ¿Un último instante más con mi pelirroja de ojos verdes? La mujer que llenó de luz mi vida, aunque yo nunca supiera cómo mantenerla a mi lado. La echo tanto de menos que me duele en cada célula. Si de verdad Leo me concediera una hora más de vida… ¡no!, un solo segundo, volvería a Venecia y le haría el amor como si el mundo se fuera a acabar. Porque, para mí, se está acabando. Todo lo que tengo es el aquí y ahora. Y el recuerdo cálido de sus besos.

—Demasiado tarde, perdedor. Despídete de Capri.

La sangre late en mis oídos. Mis pensamientos se desordenan. Ni siquiera me da tiempo a responder. Leo aprieta tanto sus manos alrededor de mi cuello y empieza a faltarme el oxígeno. Me ahogo en mi propia tos y mis ganas de luchar se evaporan.

Y sé que esto es el fin.

«Tizzy, hermano, parece que vamos a reencontrarnos antes de lo previsto en el otro lado. Estoy deseando darte un abrazo».

Las alucinaciones comienzan. La falta de aire juega con mi mente, y veo el rostro de Serena en la lejanía. No puedo creer que vaya a dedicarle a ella mis últimos pensamientos, pero es todo cuanto veo.

Y cuando la oscuridad comienza a consumirlo todo, escucho la voz de una mujer joven que me parece casi una aparición. Un recuerdo de aquellos días de verano.

«¿De verdad ese es mi padre?».

Mi mente se funde a negro. Dejo de pensar, de sentir, de actuar. Estoy tan ido que, por un instante, alucino con que mis pulmones recuperan la capacidad de respirar de nuevo.

No, no es una alucinación…

Leo está congelado. ¿Por qué ha soltado mi cuello?

Sea como fuere, aprovecho para respirar una bocanada que me quema los pulmones. Mi vista borrosa capta la figura de una adolescente, de pie a unos metros. Es el vivo retrato de Luzia, pero con la mirada de los Ricci.

Mi gemelo retrocede, incrédulo.

—¿Luzi…? ¿Qué demonios…? No puede ser… —responde, tan confundido como yo lo estuve hace unas horas—. ¿Estoy soñando? ¡No puede ser!

La adolescente no dice nada más. Luzia está allí, con los ojos llenos de lágrimas mientras sujeta a la chica. Serena también está presente, al igual que Logan y Mandy, con ese aire de tenerlo todo bajo control que, en parte, me tranquiliza.

—¿Qué cojones…? No es posible…

Leo gira sobre sus talones, su mirada nerviosa busca una salida, pero ya es demasiado tarde. Las sirenas de la policía rompen el silencio de la noche y nos rodean. Tengo un *déjà vu*. Yo ya he vivido una escena muy parecida antes.

—¿Qué es esto? —grita Leo, su voz es un eco de confusión y rabia —. ¿Qué demonios está pasando?

Luzia abraza a su hija con fuerza, como si quisiera protegerla de algo que ya no puede evitar. Serena da un paso al frente, con su mirada fija en Leo, y sus palabras suenan frías como el hielo más puro.

—Esto es el final de tu juego, Leo. Esta vez, ganamos nosotras.

Mis fuerzas apenas me sostienen, pero sé que todo ha terminado. Siento las manos de un oficial levantándome mientras pierdo la consciencia y rezo por que todo acabe pronto. No tengo fuerzas para pelear más.



Cuando vuelvo en mí, todo es un caos. Estoy envuelto en una manta, alguien me está tomando la tensión, y Serena no suelta mi mano. Oigo voces, instrucciones lanzadas al aire. ¿Seguiré soñando?

No, no estoy soñando. No muy lejos de donde estoy, veo a Mandy hablando con los agentes mientras estos apuntan algo en un cuaderno.

—¿Dónde… dónde está… Leo? —Mi voz sale ronca, como si no me perteneciera.

Serena aprieta mi mano con fuerza y baja la mirada.

—La policía… —Serena no sabe cómo darme la noticia.

¿Y si lo que recuerdo no ha sido otro maldito sueño? Permanezco en silencio, invitándola a seguir hablando.

—Lo detuvieron… justo antes de que te…

¿Cómo voy a vivir el resto de mi vida con esta vivencia en la cabeza?

Las luces son cegadoras, y el ruido me taladra los oídos. Quiero levantarme, pero alguien me presiona hacia abajo.

—Tómelo con calma, señor Ricci —me dice un paramédico—. Necesitamos hacerle un reconocimiento.

—Estoy bien —respondo, pero la frase suena vacía, incluso para mí.

No estoy bien. Estoy hecho pedazos.



Todo lo que ocurre después es casi una rutina. Me examinan, toman notas, insisten en llevarme al hospital, pero yo me niego. A pesar de mis protestas, no me libro de prestar declaración. Un oficial con rostro cansado me mira con sospecha, pero también con algo de empatía.

¿Cómo podría delatar a mi hermano? Es una pregunta que me he hecho toda la vida y ahora por fin tengo una respuesta: estoy deseando hacerlo. No solo por lo que Leo me ha hecho esta noche, sino por todo lo que lleva años haciéndome. Lo que nos ha hecho a todos.

Lo hago por Tiziano y Allegra, que ya no pueden hablar por sí mismos.

Lo hago por Luzia, por mi sobrina, a la que acabo de conocer y ya estoy deseando incluir en mi vida.

Lo hago por nuestra familia, que ha soportado más de lo que nadie debería soportar jamás.

Y, sobre todo, lo hago porque creo en la justicia. Leo debe acabar entre rejas, donde siempre debió estar.

Son casi las tres de la mañana cuando por fin todo se calma, las luces se apagan y el ruido se desvanece. Mandy me da una palmada en el hombro mientras Logan me ofrece un vaso de agua.

—Eres un tipo con suerte, Dante Ricci. No muchos sobreviven dos veces a un psicópata vengativo y desquiciado. —Mandy intenta bromear, pero su voz tiene un matiz de preocupación.

He sobrevivido, pero por dentro estoy más muerto que nunca. Deshecho. Irreparable.

Observo a Luzia, que está demasiado ocupada consolando a su hija. Esa adolescente acaba de descubrir que su padre no solo está vivo, sino que es un asesino, y ha entendido de golpe por qué su madre siempre se negó a hablar de él. Me quedo en silencio mientras las observo alejarse. Esa chica tiene una montaña por escalar antes de aceptar que tiene una familia deseando conocerla en la otra punta de Italia.

Las luces desaparecen, las sirenas se apagan, y la noche recupera su silencio.

Serena me encuentra sentado en el bordillo, mirando al vacío. Se acerca, se sienta a mi lado, y durante un rato, no dice nada, aunque nunca se le dio bien eso de quedarse callada.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé.

Es la verdad más honesta que puedo ofrecerle. No lo sé. Estoy aquí, vivo, pero apenas siento mi propio cuerpo. Estoy agotado, roto, vacío. No sé si estoy bien, si estaré bien alguna vez. No sé qué voy a hacer con mi vida a partir de ahora.

Ella me aprieta la mano, yo dejo escapar un largo suspiro.

—Gracias por estar aquí.

Sonríe, pero hay tristeza en su mirada. Antes de poder decir algo más, se levanta y me ayuda a ponerme en pie.

—Vamos. Deberías descansar algo.

Serena me acompaña al hotel. Sé que no debería tener miedo porque el mayor peligro que me acecha está ahora en un calabozo de Capri prestando declaración, pero no me veo capaz de pasar la noche solo en ese cuarto de hotel después de lo que ha pasado. Necesito compañía. Si estuviera en Padua, me acercaría a casa de mis padres en busca de esa clase de protección que solo ellos pueden darme.

A falta de amor fraternal, acepto quedarme en el piso de Serena únicamente porque no me siento con fuerzas ahora mismo.

El apartamento de Serena es pequeño, acogedor, con una mezcla de colores cálidos y muebles desgastados que hablan de una vida tranquila y bohemia. Es justo lo que necesito, un refugio. Estoy sentado en su sofá, envuelto en una manta, mientras el agua hierve en la cocina y el sonido del vapor llena el espacio vacío. Mis manos no dejan de temblar, y me siento como un niño perdido que necesita que alguien lo encuentre.

No puedo dejar de pensar en todo lo que ha sucedido esta noche. En el rostro de Leo mientras intentaba matarme. En la mirada confusa y aterrorizada de la hija de Luzia. En el peso abrumador de la verdad que ha salido a la luz.

Entra en la sala con una infusión caliente, se sienta a mi lado y me la entrega. Sus manos rozan las mías y, por un instante, el temblor parece calmarse.

—Te he preparado una tila.

—Gracias. —Cojo la taza, pero no bebo. No puedo. Mi garganta está cerrada, bloqueada por todo lo que quiero decir y no sé cómo.

Se acomoda junto a mí, arropándome con su presencia. No hay nada sexual en ese contacto. Es humano. Es compasivo. Es lo que necesito ahora mismo, alguien que me recuerde que la vida vale la pena, porque no me quedan razones para seguir luchando. Tan solo es una necesidad desesperada de no sentirme tan solo.

—Serena, ¿qué hacíais allí? —pregunto rompiendo el silencio—. ¿Cómo sabíais dónde estábamos?

Ella baja la mirada y, por un momento, parece debatirse entre decirme la verdad o callar.

—Te seguí hasta el hotel. No quería dar la noche por acabada. Tenía… tenía demasiadas cosas que contarte después de tanto tiempo —confiesa—. Pensé en aquella noche y en que, tal vez, no tendría otra oportunidad… Y no me equivoqué. —Serena sigue hablando y yo la observo en silencio—. Le pregunté a la recepcionista por tu habitación y me dijo que no te habías movido de allí en toda la tarde. Me dio mala espina. Hacía menos de veinte minutos que me habías dejado aquí. Así que llamé a Mandy y Luzia, compartí mi ubicación y os seguí hasta el mirador. Por suerte, ellos no tardaron en llegar con refuerzos. —Serena se remueve nerviosa ante mi silencio—. No sabía qué hacer, Dante, y por un instante…, pensé que te perdía otra vez.

—Me habéis salvado la vida. Y no podría estarte más agradecido, Serena. Por todo —admito con la mirada perdida—. Y quería que supieras que siento mucho cómo acabaron las cosas entre nosotros, todo el daño que te hice. Porque, aunque no lo recuerde con la claridad que debería, sé que hubo un tiempo en que te quise con locura.

—No hace falta que digas nada, Dan… —Su mirada está fija en la mía, cargada de una intensidad que me hace temblar—. No he dejado de culparme ni un solo día por guardar silencio. Aunque lo hice por Luzia, por Nina, yo… Pasaste por tanto…

Antes de que pueda seguir, ella mueve sus manos hacia mi rostro, sujetándolo con una delicadeza infinita. Estoy demasiado confundido para entender lo que está pasando hasta que ya es demasiado tarde.

—Serena… Yo no…

Sus labios rozan los míos en un gesto que podría haber sido perfecto en otro tiempo, en otro lugar. El beso es cálido, suave, cargado de emociones que no me atrevo a explorar del todo. No me siento capaz de devolverle el beso, ni tampoco de apartarme. Estoy emocionalmente muerto. Estéril. Me dejo arrastrar por esa marea de recuerdos, pero la realidad se impone como una sombra entre nosotros, firme e inquebrantable.

Porque, aunque mi mente esté desbordada por todo lo que me ha ocurrido, hay algo que permanece inalterable, algo que no necesito cuestionar: estoy locamente enamorado de Jude. La amo con una claridad tan abrumadora que eclipsa cualquier otra cosa.

Jude es mi norte, la calma después del caos, el anhelo de un futuro que solo tiene sentido si la veo a ella en él.

Es mi sueño más brillante y colorido, la chispa que enciende mis ganas de vivir.

Y, sobre todo, es la única persona que quiero a mi lado cuando el ruido se apaga y solo queda el silencio.

Me aparto, negando con la cabeza, y el brillo en sus ojos se rompe en mil pedazos.

—Serena, yo… no puedo.

Ella parpadea, confundida, y luego retrocede, llevándose una mano a la boca como si acabara de darse cuenta de lo que ha hecho.

—Lo siento, Dante. Lo siento de veras, sé que esta noche has pasado por mucho y…

Serena parece mortificada y yo no me veo capaz de decir nada que le dé consuelo.

—No debería haberlo hecho —insiste—. Tú estás en *shock*, y yo voy y… —Se detiene, mordiéndose el labio—. Sé que no es el momento, que necesitas tiempo, pero algo dentro de mí me dice que podemos volver a ser felices.

—No, Sere… —la interrumpo, pero ella sigue sin dejarme hablar.

Nerviosa. Impaciente. Decidida.

—Y me han entrado las prisas por ese mañana que, si no lo fuerzo un poco, tal vez nunca llegue. Y no puedo dejar que te vayas sin antes intentarlo. Ni siquiera sé si te volveré a ver.

Niego con la cabeza, tragando el nudo en mi garganta.

—Serena, yo…

Resoplo. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba porque veo tanta esperanza en sus ojos que sé que voy a hacerle daño. Y no se lo merece. Ella no.

—Serena, tú te enamoraste del Dante adolescente. Pero ese ya no está. Han pasado muchos años y ya no soy el mismo. Y tú tampoco.

—¿Cómo puedes decir eso? Claro que hemos cambiado, pero lo que teníamos sigue aquí. Estas cosas no desaparecen de un día para otro.

Me levanto, alejándome un poco de su intensidad, intentando mantener la calma mientras mis emociones me asfixian. Lo último que necesito es romperle el corazón a esta mujer que tanto me ha ayudado y de la que debería guardar un recuerdo tan bonito. Pero no siento nada. Y no puedo evitarlo. Para mí es prácticamente una extraña.

—Serena, no ha sido de un día para otro, ¡no hemos hablado en más de una década!

—Eso no cambia lo que siento.

—¡Pero no sabes quién soy! Ni siquiera yo sé quién soy ahora mismo. Aquel verano fue real y fue hermoso, pero terminó. Y, nos guste o no, lo cierto es que yo no recuerdo apenas nada de aquellos días. No podemos aferrarnos a un recuerdo y pretender que eso sea suficiente para construir un futuro juntos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. Pero eso no significa que no podamos empezar de cero, intentar conocernos de nuevo. —Yo niego, pero ella no parece entender mis palabras—. Te enamoraste una vez de mí, Dante. Dame la oportunidad de enamorarte de nuevo.

No quiero perder la paciencia, pero hoy no estoy en mis cabales. Y no puedo lidiar con su desamor cuando yo estoy en ruinas.

—¿Es que no ves lo roto que estoy ahora mismo? ¡Mi hermano acaba de intentar matarme! Y tú estás pidiéndome que recuerde nuestra historia, que me vuelva a enamorar de ti, cuando lo único que siento ahora mismo es esta presión en el pecho que…

—¡Dios mío! ¡Tienes razón! Perdóname, Dan. ¿Cómo he podido ser tan egoísta?

Serena es ahora un mar desconsolado de lágrimas. La culpa me aplasta, pero no puedo mentirla. No debería tener que estar lidiando con algo así después del infierno que he cruzado esta noche. Y no me quedan fuerzas para luchar por nada más.

—¿Podrás perdonarme? —insiste.

—Nunca quise hacerte daño. Cuando accedí a venir aquí no pensé que las cosas estaban yendo en esta dirección.

—Es culpa mía por abordarte así, con todo lo que tienes encima… —Me interrumpe, secándose rápidamente las lágrimas, intentando recuperar la compostura—. ¡Qué vergüenza! Llevo años soñando con este momento. Nunca pensé que lo arruinaría de este modo.

—No es real, Serena. Tú sigues atrapada en lo que fuimos, y, de repente… han pasado quince años y… hay otra persona en mi corazón.

Serena baja la mirada pero decide asentir con la cabeza, sabedora de que tengo razón, de que estos años nos han cambiado mucho a los dos y han jugado en nuestra contra.

—Debería haberlo supuesto.

—Lo siento, Serena.

—No, está bien… He sido una ilusa romántica. —Se aparta las lágrimas del rostro con la manga y yo me siento morir. No quiero hacerle daño precisamente a ella—. ¡Por supuesto que había otra persona en tu vida!

—Creo que debería irme a mi hotel. Ha sido la segunda peor noche de mi vida y necesito… No sé lo que necesito, pero me vendrá bien estar solo y dormir algo.

—Claro. Cuídate, Dante —se despide, bajando la mirada.

—Y tú, Serena. —La miro una última vez, sintiendo la tristeza de lo que pudo ser… y ya nunca será—. Siempre te estaré agradecido por salvarme la vida. Espero que algún día podamos ser amigos.



Después de que detuvieran a Leo por intento de homicidio voluntario, la sombra de nuestra tragedia familiar volvió a alzarse más oscura que nunca.

Mi familia llegó a Capri al día siguiente, buscándonos a mí y a las respuestas que tanto habían temido descubrir durante años. Ver sus rostros marcados por el sufrimiento, enfrentando la verdad sobre uno de sus hijos mientras lamentaban los errores cometidos con el otro, me partió en dos. Yo no quería ser parte de esto. Y en vistas de que no puede cambiarse el pasado, necesitaba que supieran que los quería y no les guardaba rencor. Solo quería seguir adelante y borrar este episodio de nuestras vidas.

El golpe de aceptar lo que Leo había hecho fue brutal. Era más que una revelación: era una sentencia. Mi hermano, mi gemelo, el que compartía mi rostro, era un asesino. No había remordimientos en él, ni humanidad en sus acciones.

Descubrir que Leo había usado mi identidad para cubrir sus crímenes, y que yo había cargado con esa culpa durante tanto tiempo, era una verdad que mi familia no sabía cómo procesar. Esa realidad, tan brutal, tan irreversible, era ahora parte de nuestra historia. De quiénes éramos. De nuestra nueva vida.

Después de dos días enfrentándome a mis peores pesadillas, me he despedido de la isla como un hombre libre. No ha sido fácil, pero era necesario. Libre de culpas, aunque no de cicatrices. Capri ya no era un lugar donde encontrar consuelo; era un mausoleo para mis traumas. Sin embargo, esta vez no me voy con las manos vacías.

Regreso a Padua en un vuelo que se siente eterno, cargado de un silencio que me da el tiempo que necesito para reflexionar, para comenzar a entender lo que significa seguir adelante.

Gio está esperándome en el aeropuerto con esa sonrisa franca que siempre logra calmarme. Su abrazo es fuerte, casi aplastante, y me recuerda que no estoy solo. Que estoy vivo.

—¿Cómo estás, amigo? —pregunta, aunque creo que ya sabe la respuesta.

—Más ligero, pero no menos roto.

—Bueno, vamos a trabajar en eso.

Me habla de tonterías para distraerme, de los pequeños dramas de su vida. Sé que hace todo lo posible por llenar los silencios, y yo lo agradezco más de lo que soy capaz de expresar.

Pero no importa cuánto lo intente, hay un vacío dentro de mí que aún no sé cómo llenar. Y sé que voy a necesitar mucho más que el apoyo de mis amigos y familiares para sanar. Voy a necesitar tiempo y mucha paciencia.

Después de la comida, conduzco hasta Milán para pasar unos días con mi hermana. A los dos nos hace falta este tiempo juntos para lamernos las heridas.

—La *nonna* solía decir que erais como Caín y Abel —recuerda Cesca con la voz teñida en nostalgia—. Decía que Leo no dudaría en tirarte una piedra a la cabeza para salvarse él.

—Ella siempre tan religiosa.

—En realidad, parecía percibir en él una oscuridad que nosotros ignorábamos. —Me sirve un café, y su mirada se clava en la mía, en busca de esa conexión que siempre hemos tenido y ahora está apagada—. Estaremos bien, lo sabes, ¿verdad? El tiempo lo cura todo.

—Lo sé.

Mi voz suena más firme de lo que esperaba, y eso me sorprende incluso a mí.

—Y ahora que eres libre, ¿qué piensas hacer con tu vida?

—Lo primero, tomarme un tiempo para mí. Necesito pensar en algunas cosas.

—¿Te parece poco el tiempo que has perdido tú solo ya en esta vida?

—Bueno, si todo sale como espero, esta vez no voy a hacerlo solo.

No tengo plan, pero sí un objetivo claro. Y pienso hacer lo que esté en mi mano por seguir mis sueños. Porque esta vez no pienso permitir que nadie me los arrebate.

Comemos juntos, hablamos, lloramos. Es un desahogo que ambos necesitábamos desesperadamente. Cesca ha sido mi roca, y ahora es momento de apoyarnos el uno en el otro para evitar caer de nuevo en ese abismo de oscuridad del que tanto nos está costando

salir. Compartimos historias de Tiziano, recuerdos que nos arrancan sonrisas entre las lágrimas.

En el hilo musical suena *Torna a casa*, de Måneskin. Así es justo como me siento: volviendo a casa. Este es el comienzo de una nueva vida. Una vida que no sé cómo será, pero también en la que siento que es posible ser feliz de nuevo.

52

BAJO LAS ESTRELLAS DE VENECIA

JUDITH

Venecia en otoño es el mejor cliché para un corazón roto. La ciudad se ha puesto su mejor traje de bruma para hacer compañía a mi estado anímico. Las calles, húmedas por el rocío, huelen a piedra vieja y agua salada. Las luces cálidas de los faroles bailan sobre el agua de los canales, donde las góndolas se balancean perezosas.

Mi vida se ha convertido en una especie de bucle existencial: trabajo, gimnasio, Positano, Gaby. Estoy atrapada entre querer avanzar y no tener idea de cómo hacerlo, y mi amiga ya no sabe ni qué inventarse para subirme el ánimo.

Por eso estoy aquí, de camino a una fiesta *steampunk* a la que solo voy porque Gaby prometió cocinar toda la semana si la acompañaba.

El vestido rojo de terciopelo que llevo debería ser un arma de seducción en vez de un utensilio de tortura, pero el corpiño con puntilla negra me está estrangulando. La falda cae en cascada hasta el suelo, absorbiendo el agua de lluvia de los adoquines hasta arruinar los bajos. Los zapatos…, eso ya es otra historia. Divinos, de mujer fatal. A ver lo que tardo en besar el suelo.

No quiero ser gruñona, pero me duele la cabeza de todas las horquillas que me ha clavado mi amiga en este elaborado recogido con engranajes dorados y relojes futuristas, y mejor no menciono la sensual y aparatosa gargantilla negra que pesa más de lo que mi cuello puede soportar. En fin, que estoy lista para salir corriendo si la situación lo requiere.

Gaby, sin embargo, se mueve por Venecia con tanta soltura que parece que esté flotando con su vestido morado decorado con plumas, que añade un aire tan misterioso como poco práctico.

Me paro en seco. Mis pies se han declarado en huelga y se niegan a seguir caminando a no ser que me diga a dónde demonios vamos.

—No seas impaciente, solo un poquito más.

—¿Dónde es esa maldita fiesta? Cualquier día nos metes en un lío con tus estúpidos planes del LoveBoard.

Gaby sonríe con esa expresión suya que siempre significa problemas.

—Confía en mí. Es una sorpresa.

—Es que ese es el problema, cariño, que no me fío de ti. ¿Tengo que recordarte los últimos planes a los que me has llevado? La cita doble con el tío que hablaba de marcianos, aquel tipo que insistía en que su gato con tres patas era un cachorro de una nueva raza…

—Ese gato era adorable.

—No era un gato, Gaby. ¡Era un gremlin! Además, ¿se puede saber qué diantres es una fiesta *steampunk*? ¿No te habrás metido en alguna secta rara? Que nos conocemos…

—¿Y me lo preguntas tú? —No me pasa desapercibido el sarcasmo de su voz, aunque no lo comprendo.

—¿Qué significa eso?

Ella solo se ríe y sigue caminando con paso decidido, dejando que el bullicio de las góndolas ocupadas por turistas llene los silencios incómodos.

Cuando llegamos a un pequeño puente, Gaby ralentiza el paso y comienza a dar vueltas sobre el sitio. ¿Qué le pasa a esta ahora? Tardo un rato en darme cuenta de que mi amiga está intentando señalar un libro colocado cuidadosamente sobre el pretil. Es viejo, con la portada descolorida y las esquinas desgastadas.

—¿Qué haces?

—Nada, nada… —responde, pero su tono la delata. Está tramando algo. Siempre está tramando algo. Cualquier día dejo de ser su amiga.

No le doy importancia, pero Gaby me da un empujón suavecito hacia el pretil. Una de dos, o quiere que me tire por el puente —y tampoco estoy tan desesperada para eso— o quiere que abra el libro. Paso, no sé quién lo ha dejado ahí, pero no es asunto mío.

—¿Tú no decías que llegábamos tarde a la fiesta? —le recuerdo, porque entre la niebla y su actitud rara, me estoy empezando a agobiar.

—Chica, ya no sé qué más hacer para que lo pilles…

Lo que *pillo* es que quiere que haga algo con el libro.

Lo que no *pillo* es el qué ni por qué. Lo señala, luego me señala a mí, y su expresión me deja claro que estoy siendo más lenta que una carrera de caracoles con reuma. Señalo el libro como si fuera una bomba a punto de explotar.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—No sé, ¿abrirlo, por ejemplo?

—¿Y por qué iba yo a…? —Me giro hacia ella. Pero para cuando termino la frase, Gaby ha desaparecido. Literalmente. Como una maldita ninja—. ¡Gaby, no tiene ninguna gracia! ¿Dónde diablos te has metido?

Nada. Ni una respuesta, y la niebla parece querer tragarse hasta mis palabras.

—¡Gabriella Salvatore! —grito de nuevo, porque esto ya no es misterioso, es molesto. Mañana mismo comienzo la búsqueda de nueva mejor amiga, el puesto está vacante.

Nada. Que me ha dejado sola. Y aquí estoy, mirando un libro abandonado en un puente, sintiéndome idiota.

Suspiro, porque al parecer no me queda más remedio que seguirle el rollo. Cojo el libro con cuidado. Es viejo, y al abrirlo por la primera página, las hojas crujen como si no quisieran ser molestadas, algunas se caen. Dentro, hay una nota. Está escrita a ordenador, pero la tipografía simula una letra cursiva, como si alguien hubiera querido añadir un toque personal al misterio.

No puedo evitar sentir un escalofrío mientras mis ojos se posan en las palabras. Esto se pone interesante… o peligroso. Todavía no lo sé.

> *«A veces, para encontrar respuestas, hay que desenterrar secretos. Nos vemos en el lugar donde todo comenzó. No llegues tarde».*

«El lugar donde todo comenzó». ¿El qué comenzó?

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que justo al final de la calle está La sombra del viento. Me da un vuelco el corazón. No, no puede ser… La paranoia empieza a instalarse en mi cabeza.

¿Y si no es él?

—Esto es una locura —murmuro, cerrando el libro con fuerza. Pero mis manos no dejan de temblar y mis piernas comienzan a caminar sin mi permiso.

El local está igual que la última —y única— vez que estuve aquí. Oscuro, gótico, con un aire casi sobrenatural que me pone los pelos de punta. Las luces titilan con esa calidez inquietante, mientras los clientes habituales conversan entre susurros, como si estuvieran planeando rituales secretos. No me sorprendería en absoluto.

Entro con cautela, tratando de no llamar la atención, aunque soy consciente de que esta vez no desentono. Este no es un bar cualquiera; es «el lugar donde todo comenzó».

Pero Dante no está.

No hay rastro de él en ninguna de las mesas oscuras, ni apoyado en la barra. Por un momento, me siento una ilusa. ¿Por qué pensé que ese libro abandonado estaba hablando directamente conmigo? En realidad fue culpa de Gaby y su extraña actitud.

Me dejo caer en una de las sillas, mirando al vacío mientras las dudas me asaltan. Es entonces cuando siento un toquecito en el hombro.

El camarero, vestido de negro impoluto y con una expresión neutra, me tiende una copa de vino con elegancia.

—Yo no he pedido nada.

—Invita la casa.

Lo observo alejarse con indiferencia, dejando la copa frente a mí. Me llevo el borde a la nariz, aspirando el aroma que desprende. Mi pulso se acelera. Reconozco ese vino. Es un Ricci, el mismo que nos tomamos en la primera cita. Miro alrededor, buscando algún indicio, una cara conocida, pero no encuentro nada.

No tengo ni idea de cuál es mi siguiente paso, así que decido disfrutar del vino que, si la memoria no me falla, es exquisito.

Y en ese instante la veo: pegada con celofán debajo de la copa hay una nota doblada con cuidado.

No dudo en abrirla, sintiendo cómo la adrenalina se dispara:

> *«Algunas botellas merecen la pena ser descorchadas. Un brindis te espera donde las olas rugen bajo la luna».*

Leo las palabras una, dos, tres veces, tratando de encontrarles sentido. «Donde las olas rugen bajo la luna». ¿Qué clase de juego es este? ¿A qué se refiere? ¿Al faro de Murano? ¿A alguna playa? ¿A algún maldito embarcadero?

Quienquiera que escribió la nota, podría haberme dejado un mensaje más claro como «Nos vemos en tal sitio a las nueve». Hubiera sido un detalle. Pero no, tenía que ser un poema gótico, digno de Edgar Allan Poe, dividido entre varias notas escondidas por todo el casco antiguo. Un juego tan retorcido solo puede llevar una firma detrás, pero me niego a morir de ilusiones que tal vez no se cumplan.

Salgo del bar con la cabeza hecha un caos y un torbellino de emociones en el pecho. La brisa fría me refresca la cara mientras me detengo junto al canal y, por un instante, me planteo dar media vuelta. Si estoy haciendo el ridículo, persiguiendo fantasmas y recuerdos de alguien que tal vez no esté ahí. Pero una parte de mí no puede parar y me empuja hacia delante.

—Más te vale que este juego tenga un final feliz, Ricci —murmuro al aire antes de dirigirme al lugar donde creo que las olas rugen bajo la luna: el embarcadero junto al viejo puente.

Al llegar, busco algo, cualquier cosa, pero el lugar parece tan vacío como mis esperanzas, y yo empiezo a estar cansada de este sinsentido.

—Señorita. —Una voz ronca me sobresalta, haciéndome girar.

Es un músico callejero, un hombre mayor con un violín en la mano y un sombrero de ala ancha que le cubre casi todo el rostro. Su sonrisa es misteriosa, pero no amenazante. Extiende una mano en la que sostiene un pequeño sobre.

—Esto es para usted.

—¿Perdón? —Lo miro con desconfianza.

—Alguien me pidió que se lo diera.

Cojo el sobre, con la tensión recorriéndome el cuerpo. El músico vuelve a su violín, tocando una melodía melancólica mientras abro la nota.

«Las estrellas más brillantes de la noche quedan eclipsadas con tu luz. Sigue buscando entre las sombras».

Miro alrededor, como si Dante fuera a aparecer de repente. Nada. Solo el eco del violín y mi corazón latiendo con fuerza. Con pasos inseguros, me dirijo hacia otro puente cercano. El canal parece más oscuro, más profundo. Desde luego, es un lugar plagado de sombras.

Pegada a la pared del túnel, hay una nueva nota. Ya no sé si el juego me divierte o me da miedo.

«Perché la vita senza di te non può essere perfetta.[9]

Habría que estar muy loca para montarse en una góndola abandonada. ¿Lo estás?».

No es casualidad que esa nota esté precisamente allí, frente a una góndola solitaria, con los remos apoyados a los lados, como si hubiera sido abandonada a propósito.

Me detengo en seco. ¿En serio? La idea tiene todas las papeletas para ser una pésima decisión, pero la nota misteriosa quema en mi bolsillo, y mi curiosidad, como siempre, gana la batalla.

—Esto es una locura, pero, tal y como adivina la nota, yo estoy majara —murmuro, aunque no sé si lo digo para mí misma o para justificar lo que estoy a punto de hacer.

Me acerco despacio, mis pasos resuenan en los adoquines. Toco el borde de la góndola, medio esperando que se hunda en cuanto lo haga. Pero no pasa nada. La embarcación permanece estable, invitándome. Miro alrededor una última vez. Nadie. Ni siquiera el músico. A mí todo esto me empieza a dar muy mal rollo…

Pero como a estúpida e inconsciente no me gana nadie —prueba de ello es que acepté que un extraño me llevara a un cementerio de noche en nuestra segunda cita—, decido subirme a la góndola. Se balancea ligeramente bajo mi peso, pero enseguida se estabiliza. No veo nada a mi alrededor, excepto un pequeño cofre de madera oscuro escondido bajo el asiento. Tiene una cerradura antigua que parece más decorativa que funcional.

Incapaz de frenar mi curiosidad, abro el cofre con cuidado. Dentro, un pañuelo rojo con un bordado dorado cubre algo. Lo aparto y encuentro una pequeña botella de vino, dos copas y una nota mucho más breve que las otras:

«Déjate llevar».

¡Qué fácil decirlo!

Miro el canal oscuro que se extiende ante mí y el remo que espera en la parte trasera de la góndola. Tengo que dejarme llevar, sí, pero ¿a dónde?

Antes de que pueda decidir si remar o quedarme aquí esperando, la góndola empieza a moverse sola.

—¿Qué demonios…?

De una vieja radio empieza a sonar una versión decadente y algo distorsionada del *Until I found you*, de Stephen Sanchez. Es una canción bonita pero, en estos momentos, me resulta espeluznante.

—¡Maldita sea! —grito, mientras la embarcación se desliza silenciosa por el canal, haciendo que pierda el equilibrio.

Estoy harta del vestido, de los tacones, del misterio y de góndolas que se mueven solas. Además, ¿cómo narices se mueve si no hay gondolero?

Me debato entre escuchar a mi curiosidad insana y averiguarlo, o seguir con el plan de huida, al que le veo demasiadas lagunas.

Y como dicen que la curiosidad mató al gato, no cejo en mi empeño hasta que averiguo que la góndola está enganchada por una cadena a una embarcación motorizada que hay más adelante, y es la que está arrastrándome canal abajo.

Lo más preocupante es que me estoy acercando peligrosamente al barco y no tengo ningún interés en descubrir quién me está secuestrando. Porque esto es un secuestro en toda regla.

Intento salir de la góndola, lo que hubiera sido mucho más sencillo si no estuviera ya en medio del agua y no me temblaran las piernas cual gelatina. La única manera es saltando al agua, y con este frío, lo último que quiero es acabar empapada y con hipotermia. Quién me mandaría a mí hacer caso a mi compañera de piso —porque, a estas alturas, me niego a considerarla mi amiga—, sabiendo lo tarada que está. Gaby va a escuchar unas cuantas verdades cuando vuelva a casa.

Me agarro al borde de la góndola, asomándome al canal y calculando cuál será la profundidad del agua. Necesito cualquier idea que me saque de esta situación que empieza a rozar lo surrealista.

Una sombra oscura salta en el otro extremo de la góndola, haciendo que esta se tambalee y yo pierda de nuevo el equilibrio. Todo ocurre como a cámara lenta. En mi cabeza visualizo la fatídica escena al detalle, el momento exacto en el que tropiezo con mi aparatoso vestido, me esmorro y acabo en el agua.

Pero no ocurre.

Porque unos brazos fornidos rodean mi cintura y me salvan.

—Acabo de tener un *déjà vu*, ¿no fue así como nos conocimos?

Levanto la mirada para ver a mi captor y salvador. Y ahí está él. Dante Ricci, haciendo referencia a la patraña que le contó a Renzo sobre el día que nos conocimos. Es él y no es él, porque hay algo…

distinto. No es el hombre que me dejó con el corazón roto. Este Dante parece salido de un sueño *steampunk*, un explorador con un aire gótico terriblemente sexi.

Lleva el pelo algo más largo, cayendo desordenado sobre su frente. La barba incipiente le da un aspecto desaliñado que me arrebata. Una camisa gris oscuro de mangas enrolladas revela sus antebrazos tensos. Lleva pantalones de cuero marrón, chaleco a juego con botones dorados y un arnés de cuero que cruza su torso. Lo mejor, esos ojos perfilados en *kohl* que amenazan con derretir todo el hielo que he acumulado alrededor de mi corazón.

—Dante… —Mi voz tiembla, como si pronunciara el nombre de un fantasma—. ¿Por qué estoy aquí?

Da un paso al frente y yo empiezo a salivar. Está irresistible. Y ese aroma que desprende… Maderas oscuras, ámbar y bergamota. Es como regresar a casa.

—Quería hablar contigo y no estaba seguro de si me escucharías después de cómo acabaron las cosas.

—Pues aquí me tienes. Habla. —Cruzo los brazos, intentando construir una barrera entre nosotros—. Gaby me dijo que venía a una fiesta.

—Y así es. Es privada, solo para dos.

No quiero sonreír, pero la anticipación y esos ojos de fuego me obligan a hacerlo. Después de un silencio cargado de significado, me atrevo a preguntar:

—¿Cómo estás?

—Te diría que muerto de remordimientos por hacer que Leo vaya a la cárcel, pero una parte de mí sabe que es lo correcto.

La noticia me sacude como una ráfaga de viento helado. Me quedo sin palabras durante unos segundos.

—¿¡Qué!? ¿¡Leo está en la cárcel!?

Él asiente, su expresión se oscurece ligeramente, aunque hay una especie de aceptación en su mirada, como si llevara cargando esa verdad desde hace mucho tiempo.

—El accidente de Tizzy lo volvió aún más mezquino de lo que ya era. O tal vez solo sacó a la luz su verdadera esencia. Ahora está en

una cárcel psiquiátrica, esperando el veredicto. Pero pinta bastante mal.

—¿Y aún sientes remordimientos? Está claro que eres todo un psicópata —bromeo. Dante sonríe con tristeza. Hay algo en su mirada que me perfora—. Me alegra que te hayas enfrentado a tu pasado. Te veo bien.

—Me siento bien. —Su voz es más suave ahora, como si estuviera dejando caer una barrera—. Jude… Sé que necesito tiempo para procesar todo esto, pero estoy en un lugar mucho mejor de lo que estaba hace unos meses. He vuelto de Capri lleno de proyectos, de ilusiones por el futuro y… locamente enamorado.

Sus palabras me atraviesan como una daga. Mi corazón se hunde. Fuerzo una sonrisa, que probablemente se ve tan rota como me siento. Mentiría si dijera que una parte de mí no había barajado esa posibilidad. Serena siempre fue su gran amor. Un amor tan fuerte que ni la amnesia pudo separarlos.

—Me alegra que por fin os hayáis reencontrado. De verdad. Te mereces ser feliz.

—¿*Reencontrado*? ¿De qué hablas, Jude? —Frunce el ceño.

—Acabas de decir que…

Antes de que pueda reaccionar, da un último paso hacia mí. Su rostro queda a escasos centímetros de mis labios.

—Te he echado de menos, pelirroja. Más de lo que quiero a admitir.

«¿Qué?».

Apuesto a que puede leer la confusión en mi mirada.

—No he dejado de pensar en ti ni un instante, Jude. Hay tantas cosas que necesito contarte…

Entonces me lo explica todo, las conversaciones con Cesca y su abuela, lo que descubrió en Capri, que Leo se enfrentó a él, y que fue precisamente Serena quien le salvó la vida.

—Es irónico, ¿sabes? —Suelta una sonrisa amarga—. Ahora que la verdad ha salido a la luz, parece que todos tienen algo que decir. Vivencias que les hicieron sospechar que Leo no estaba bien pero callaron por cobardía. Cosas que nadie se atrevió a decir en su momento por miedo a las represalias.

—Ahora lo importante es que tu familia esté bien.

—No creo que nada ni nadie les vaya a curar esta herida, pero al menos están… en paz. Todos lo estamos. Por primera vez en mucho tiempo.

El agua negra de los canales refleja las luces parpadeantes de los faroles como un espejo roto. Y también refleja a mi caballero oscuro, cuyo rostro transmite mil emociones que no sé cómo descifrar.

—Además, en Capri descubrí muchas cosas. Sobre mí, sobre mi hermano, sobre nosotros… Y lo vi todo claro.

—¿El qué viste claro?

—Gracias por… —Su voz se detiene, como si no estuviera seguro de cómo seguir—. Gracias por presionarme.

—¿Cómo?

—Gracias por traicionar la confianza que deposité en ti al darte la llave de mi piso. Gracias por fisgar en mis cosas sin mi permiso. Por aliarte con mi hermana a mis espaldas.

—¿Estás de coña? —Lo miro incrédula. Esta no es la dirección que esperaba que tomara esta conversación, pero él sigue hablando, sin dignarse a contestarme.

—Gracias por obligarme a emprender este viaje a través de mis demonios. Por forzarme a enfrentar el peor rato de mi vida.

—¡Dan! —Le interrumpo, sintiendo cómo la frustración crece dentro de mí—. ¿A qué viene todo esto? ¿De verdad has montado este circo para echarme cosas en cara?

—No, espera. Déjame terminar. —Hace una pausa, su mirada se fija en la mía, poniéndome aún más nerviosa—. Gracias por ponerme en contra de mi gemelo.

Resoplo. Estoy a punto de mandarle a hacer puñetas. Trago saliva, pero antes de que pueda replicar, él continúa:

—Y, sobre todo, gracias por… salvarme.

Levanto la mirada, sorprendida. Su proximidad hace que se me ponga la piel de gallina. Sus labios están tan cerca de los míos que apenas puedo respirar.

—Gracias por apostar por mí, Jude. Por no rendirte nunca conmigo. Por llenarme con tu luz, por ser capaz de ver algo en mí que yo mismo no veía. Gracias por ignorar mis deseos egoístas, por

meter las narices en mi pasado aunque yo te lo prohibiera. Por ser más valiente que yo. Por obligarme a mirar a la cara la verdad sobre mi hermano. Por empujarme a descubrir que el hombre que creí ser nunca existió.

—Dan… —empiezo, pero me corta con un gesto, sus dedos me tocan la mejilla.

—Gracias por hacerme querer ser mejor persona. Por darme una razón para luchar. Por devolverme la ilusión por la vida. Por demostrarme que soy capaz de amar y, espero, de ser amado.

Sus últimas palabras me sacuden. Las lágrimas que estaba conteniendo empiezan a arder en mis ojos, amenazando con salir en cualquier momento. Ya no sé si quiero abrazarlo o empujarlo al canal con la esperanza de que se lo trague algún monstruo acuático.

—¿Es eso una pregunta?

—No sé si es demasiado tarde.

—No voy a perdonarte lo que me has hecho —le digo, intentando sonar firme aunque mi corazón esté a punto de derretirse.

—Lo siento, Jude. Yo… necesitaba tiempo para…

—¿Tiempo? —Le corto—. Me has hecho recorrer las callecitas adoquinadas de Venecia con este corsé y estos zapatos del demonio. ¡Tengo los pies destrozados! Y estaba siguiendo esas notas sin saber a dónde me dirigía. ¿Es así como quieres que recuerde este momento? Tú estás todo sexi vestido de explorador futurista victoriano, y yo…

—Tú estás preciosa, Florecilla.

No sé quién da el primer paso, si soy yo o él, pero en un instante, sus brazos me envuelven y nuestros labios se encuentran. Todo lo que sentí, lo que reprimí y lo que me rompió se desvanece en ese beso. Y, por primera vez en semanas, siento que estoy donde siempre he querido estar: con él.

Cuando finalmente nos separamos, me regala esa sonrisa tímida que es mi debilidad. Entonces saca algo del bolsillo de su chaqueta. Es un anillo antiguo, precioso, con rubíes y esmeraldas engarzadas creando un patrón misterioso, con una historia que brilla en cada detalle.

—¿Esto es…? ¿Es… estás loco? —La risa escapa de mis labios antes de que pueda detenerla—. ¡Pero si acabamos de conocernos! ¡Y ni siquiera hemos vivido juntos! Y hemos roto. Y…

—Todo eso podemos solucionarlo mientras planeamos la boda. No tenemos por qué casarnos mañana, estas cosas llevan su tiempo.

—¿He dicho ya que estás loco?

—¿Te he dicho ya que es por ti? —replica seductor—. No te agobies. Solo es una prueba de mi compromiso contigo a largo plazo. No pienso seguir huyendo.

Estoy tan en *shock* que no me veo capaz de responder, aunque está claro que voy a decirle que sí… en algún momento. Pero no hoy.

—Piénsalo, ¿vale? Mi abuela te ha elegido a ti por encima de sus propias nietas para llevar este anillo. Yo creo que eso significa algo.

Miro el anillo, luego lo miro a él. Hay algo en su expresión, en la sinceridad de sus palabras que hace que mi corazón se derrita. Finalmente, le tiendo la mano y dejo que me lo coloque. Queda demasiado bien en mi dedo, casi tan bien como queda la emoción en sus ojos.

—¿Quiere decir esto que aceptas mi propuesta de futuro?

—Sí, pero necesito al menos dos años para preparar la boda perfecta. Ya sabes, comprobar que no tenemos parentesco con santos, hablar con el Vaticano para que reconozcan el milagro, buscar un castillo encantado en Escocia para la luna de miel… Cosas importantes.

Dante ríe de un modo tan cálido que llena el aire.

—Lo que tú quieras, pelirroja. Como si quieres que consigamos una bula papal. Yo solo quiero hacerte feliz.

Antes de que pueda responder, sus labios se enredan en los míos, uno de esos besos que parecen prometérmelo todo.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo? —pregunta contra mis labios—. Mucho más de lo que nunca pensé que sería capaz de amar a alguien.

—¿Te he dicho alguna vez que es mutuo? —respondo.

Y en ese instante, bajo las estrellas de Venecia, mientras la góndola se balancea suavemente en el canal y la ciudad parece

contener la respiración, sé que mi historia con él no ha terminado.

Solo está empezando.

[9] Voz italiana: Porque la vida sin ti no puede ser perfecta.

Epílogo

PSICÓPATA AZUL ENCUENTRA CÓMPLICE PERFECTA

JUDITH

Dos años después

El balcón de nuestro apartamento en Padua no tiene vistas espectaculares, pero es perfecto para nosotros. Un espacio diáfano y lleno de detalles que nos representan: libros apilados en esquinas improbables, artesanía de mercados locales, fotografías de nuestros viajes y, en la pared del salón, un mapa antiguo con alfileres marcando los lugares que hemos explorado juntos.

Llevamos casi dos años saliendo y hemos pasado por muchas cosas. ¿Lo peor? Convivir con el resultado de nuestras decisiones. Leo está en una cárcel psiquiátrica, condenado por homicidio voluntario (Tiziano y Allegra), intento de homicidio (Dante), violencia de género (innombrables mujeres que se han atrevido a declarar tras el escándalo) y varios cargos más que han ido saliendo a la luz.

No voy a mentir: al principio, fue difícil para Dante. No importaba lo monstruoso que fuera su gemelo, todavía había espacio para el perdón en su alma. Hacía lo imposible por visitarlo una vez al mes,

pero cada encuentro lo dejaba más abatido y decidimos que era mejor poner tierra de por medio, una decisión a la que también se han sumado Pia y Cesca, aunque no Vittorio y Loredana. Por mucho dolor que les esté causando Leo, no pueden olvidar el amor que profesan a su hijo, aun siendo un criminal. La unión de los Ricci, a pesar de las adversidades, no deja de sorprenderme.

Aunque mi chico es otra persona ahora, todavía no ha terminado de sanar todas sus cicatrices, y sospecho que algunas seguirán ahí para siempre, pero con amor y paciencia, he conseguido traerlo poco a poco a la luz.

Para mí tampoco ha sido un cuento de hadas, pero he aprendido a convivir con sus sombras, a darle espacio cuando lo necesita, y él me ha enseñado que la vida es mucho más divertida cuando tienes al mejor compañero de aventuras a tu lado.

Y aquí estamos, a una semana de nuestra boda. Nuestra boda. La idea todavía me suena como algo sacado de una de esas películas poco creíbles que tanto le gustan a Gaby. Pero es real y me está pasando a mí. Yo, Judith Marsili, estoy lista para dar el paso con el hombre más terco, caótico y absolutamente maravilloso que he conocido nunca.

Me apoyo en la barandilla mientras pienso en cómo ha cambiado mi vida en los últimos meses. Tras mucho meditarlo, he dejado la clínica para empezar un negocio por mi cuenta. Fue una decisión complicada, pero estaba harta de que Dante me mandara fotos de esos sitios increíbles a los que viajaba por trabajo. ¿De qué me sirve escuchar sobre templos y excavaciones si no puedo verlos con mis propios ojos? Así que ahora, siendo osteópata autónoma, puedo trabajar desde cualquier rincón del mundo y me he librado del baboso de mi jefe. Todo ventajas.

Unos brazos me rodean por detrás, su calor me inunda los sentidos. Dante me besa el cuello, y mi piel responde con un escalofrío.

—¿En qué piensas, Florecilla?

—En cómo voy a sobrevivir a una ceremonia entera sin llamarte por alguno de los muchos apodos nada románticos que te he puesto, Eric Draven. Y en la noche de bodas… —aseguro, girándome

para apresar sus labios—. Y también en la maravillosa luna de miel que vamos a tener después, y en…

—Ya, en cuanto a eso…, tenemos que hablar.

Su seriedad me pone en alerta.

—¿Hablar de qué?

—Ven, será mejor que nos sentemos dentro.

Me guía hacia el sofá, y mi corazón empieza a latir con fuerza. Me siento, y él se arrodilla frente a mí, tomando mis manos entre las suyas. ¡Ay, madre! ¿Querrá cancelar la boda? ¿Habrá cambiado de opinión? ¿Irá a decirme que el psicópata de su hermano va a ser nuestro padrino? Sé que dije que estaba dispuesta a cualquier cosa por hacerle feliz, pero acabo de darme cuenta de que con Leo no voy a hacer concesiones.

—Sé que esto puede sonar precipitado, pero… estaba pensando en hacer algunos cambios. Grandes cambios, en realidad.

—¡Lo sabía! Sabía que no estabas conforme con la boda. Tú querías casarte en Mira, ¿verdad? Con todas esas estatuas pomposas de dioses romanos bendiciendo nuestra unión.

—No, no es eso, de verdad…

—Tal vez deberíamos haber invitado a media Venecia, como en la fiesta de Pia. Lo siento, me puse tan pesada con que quería una boda íntima que tal vez tú…

—Estoy emocionado por la boda, Jude —me interrumpe—. Yo también quería algo privado, y Positano es un sueño hecho realidad, pero…

—Pero ¿qué?

—Es sobre la luna de miel.

Parpadeo, confundida.

—¿La luna de miel? ¡Pero si la elegiste tú! Pensaba que te hacía ilusión lo de pasar dos semanas recorriendo Asia.

—Y me hace ilusión, pero…

—Un *pero* más y exploto.

Él sonríe. Me relajo al ver las señales de que, lo que sea que va a decirme, no es algo malo. Esa pausa. Ese tono. Ese maldito brillo travieso en sus ojos. Cuando Dante Ricci se pone así, siempre, siempre, hay una idea descabellada detrás. Y lo peor de todo es que

ya sé que voy a decirle que sí, aunque todavía no haya soltado la bomba.

—¿Qué te parece si, después de Asia, añadimos otro alfiler al mapa, Florecilla?

—¿Has decidido ir a Escocia a descubrir si la leyenda del Highlander[10] es cierta? —bromeo, levantando una ceja. Pienso en mis tres amigas que volvieron de allí sin encontrar lo que estaban buscando, pero con una magnífica novela bajo el brazo y recuerdos inolvidables.

—No, en Escocia hace demasiado frío. Estaba pensando en algo más cálido, diferente… No sé, algo como… pirámides, rancheras y tacos.

—¿*Pirámides, rancheras y tacos*? —repito confundida—. Quieres ir a… ¿!México!?

—Es un buen sitio, ¿no? Me dijiste que sentías curiosidad por la cultura azteca.

—Sí, claro, ¡me encantaría! No sé cómo andamos de presupuesto. Podríamos añadir una semana más, quizá… —respondo, tratando de sonar racional, pero mi mente ya vuela por paisajes de cactus, mercados coloridos y noches bajo cielos estrellados.

—¿Qué tal… unos seis meses más?

Parpadeo. Una, dos, tres veces. ¿Qué?

—¿¡Seis meses!? ¿Tú estás loco? ¡Pensé que querías ahorrar para comprarnos una casa!

—El dinero no va a ser un problema. Estaría todo pagado.

Empiezo a entender por dónde van los tiros y que el destino de este viaje no es negociable.

—¿Por qué tengo la impresión de que esto no se te acaba de ocurrir ahora?

—Porque me conoces demasiado bien. —Sonríe, y yo no sé si unirme a su alegría o temblar—. ¿Te acuerdas de la agente Mandy? Hace unas semanas, me contactó y me habló de una operación que está llevando en México, relacionada con el caso McGowan[11]. Te he hablado de ello… —No sé de qué habla, pero su entusiasmo es contagioso—. Hace unos años encontraron un yacimiento que

probaba algo que los historiadores han intentado ocultar durante siglos. Había diarios, objetos de rituales funerarios, monedas, ¡máscaras, Jude! ¡Máscaras de turquesa! ¿Y sabes qué? Hoy, después de haber pegado carpetazo al caso en 2025, han encontrado algo más. ¿¡Tú sabes lo que podría significar todo esto!?

—No, pero puedo ver lo mucho que te entusiasma la idea, así que ya estás llamando a esa tal Mandy.

—¿Estás segura de esto?

—¡Completamente! No pienso quedarme en el banquillo mientras tú recorres el mundo viviendo aventuras, Ricci.

Dante brilla de emoción y me estrecha entre sus brazos hasta casi romperme.

—Eres la cómplice más perfecta que cualquier psicópata azul podría soñar.

Lo miro, procesando todo. Este hombre siempre encuentra la manera de convencerme. Ya estoy pensando en qué voy a meter en esa maleta.



El sol de la tarde tiñe Positano de tonos cálidos, que acarician con firmeza las buganvillas. La ceremonia ha sido sencilla, íntima, con la brisa del mar jugando con los pétalos rojos que adornan el jardín del restaurante. Nada recargado, nada pretencioso. Exactamente como lo queríamos.

Sin embargo, hay algo que pesa en el ambiente. Dante está eufórico, sí, pero también triste. No lo dice en voz alta, pero sé que le duele que Leo no esté aquí. Jamás pensó que llegaría este día, pero si alguna vez se atrevió a soñarlo, desde luego, no lo concebía sin sus hermanos. Y después de años aprendiendo a vivir sin Tiziano, ahora también le falta su otra mitad, su gemelo. La vida nos enseña que a veces tenemos que dejar ir a las personas que

queremos, y los Ricci lo están aprendiendo de la forma más dura posible.

Mi vestido es sencillo, de un marfil suave que parece brillar bajo la luz tenue, como un reflejo de la luna en la noche. El corpiño lleva flores bordadas en hilo plateado, haciendo juego con los cordones cruzados en la espalda. La falda de seda cae recta, sin vuelos ni dramatismos innecesarios. No llevo velo ni nada que adorne mi pelo, aunque sí una gargantilla roja y verde que hace juego con el anillo de pedida de su abuela. Quien, por cierto, no ha dejado de llorar de alegría en toda la ceremonia.

Dante parece salido de una fantasía con ese traje blanco y gris. El chaleco entallado resalta su figura, con botones plateados que brillan bajo el sol. Lleva una corbata de lazo gris que le da un aire romántico, y el reloj de bolsillo antiguo que cuelga de su chaleco —que perteneció a su abuelo—, es un detalle que no pasa desapercibido. Las botas de cuero gris claro y un pequeño broche con forma de brújula completan el conjunto. Pero lo que de verdad me conmueve es la forma en que me mira mientras camino hacia él. Como si yo fuera la razón por la que su mundo sigue girando.

Cesca se levanta con la elegancia que siempre la caracteriza. Lleva un vestido fucsia que enfatiza su porte seguro y su sonrisa cálida, pero sus ojos están vidriosos. Con una cucharilla y una copa de vino Ricci en la mano golpea con suavidad el cristal para llamar la atención.

—Voy a ser breve —comienza, mirando a Dante con una sonrisa cargada de complicidad—. Y no lo digo solo porque a mi hermano no le guste ser el centro de atención, sino porque hoy… hoy las palabras sobran. Dante, Jude, sois la prueba de que incluso en medio del caos puede encontrarse belleza. —Hace una pausa, su voz tiembla ligeramente—. Porque en esta boda no solo celebramos vuestra unión, es una celebración de la vida. Y de la familia. —Eleva la copa con los ojos brillantes por la emoción—. Por vosotros, por este nuevo comienzo, y por todas las aventuras que están por venir. ¡Salud!

Las palabras de Cesca resuenan entre los invitados, arrancando aplausos y un par de lágrimas discretas.

Vittorio se levanta, ajustando su chaqueta antes de tomar el micrófono para relevar a su hija. Puedo ver que Cesca intercambia una mirada con su hermano y ambos aprietan los labios en una mueca sarcástica. Los discursos de su padre son famosos por su extensión y exceso de sentimentalismo, que suele avergonzar a sus hijos con anécdotas que deberían permanecer en los recuerdos familiares.

Así que los tres hermanos ya están temblando, pero nadie protesta porque todos sabemos lo mucho que su padre necesita expresarse.

—Sé que estáis esperando que me emocione y termine alargando esto más de la cuenta, como siempre —bromea, intentando aligerar el ambiente—. La verdad es que nunca imaginé que llegaría a ver este día. Después de lo que hemos pasado, con la ausencia de Tiziano y con Leo donde está… —Su voz se quiebra, pero continúa —: Como bien ha dicho mi hija mayor, hoy no solo celebramos el amor de dos jóvenes, sino la fuerza de una mujer que ha hecho todo lo posible por devolver a mi hijo el lugar en el mundo que le corresponde. —Vittorio se toma un momento para mirarlo con orgullo—. Dante, me has dado más lecciones de vida de las que jamás podré devolverte. Eres fuerte, mucho más de lo que crees. Y, Jude…, gracias por amar a mi hijo como él merece ser amado. Por entenderlo, por luchar por él. Gracias por devolverle la sonrisa. Desde el primer momento en que te vimos aparecer por casa, mi mujer y yo entendimos que habías llegado para quedarte. ¡Bienvenida a la familia Ricci!

Levanta su copa, y todos imitan su gesto. Esta vez, siento que soy yo quien está a punto de desmoronarse.

Observo a mi madre, brindando con Leandro, con un nudo en la garganta que amenaza con quedarse a vivir para siempre. Creo que acaba de darse cuenta de que sus niñas ya son unas mujeres. Bella está en la mesa de hermanos con su novio, ese chico que, aunque a ella le avergüence admitirlo, es un firme candidato a convertirse en un miembro de la familia.

Mi hermana se está riendo de algo con Pia, quien también ha acudido al enlace con su pareja, ese joven repeinado de Mira por el

que nadie apostaba. La verdad es que el chaval me cae bien, y sabe aguantar estoicamente las bromitas familiares, lo que le da muchos puntos a favor.

En la mesa de amigos, Gaby está con Matteo, quien, a pesar de las idas y venidas de mi amiga, parece haber encontrado el modo de quedarse. El chico parece saber muy bien dónde se está metiendo, y eso, sinceramente, ya es digno de aplauso.

Gio se inclina hacia su mujer para compartir confidencias. Volvieron hace un año, y aunque ellos actúan como si no tuviera importancia, todos sabemos lo ilusionados que están con esta segunda oportunidad.

Dante coge mi mano y me arrastra hacia un lugar privado del jardín. Como vuelva a decirme que quiere cambiar la luna de miel, me lo cargo.

—Jude, sabes que no me gusta hacer estas cosas en público, así que…

—¡Ni se te ocurra! Dijiste que no querías hacer votos —lo interrumpo.

—No son votos exactamente, solo es mi promesa en privado de compromiso eterno.

—Eso son votos, Dan —replico sarcástica.

A veces creo que el sarcasmo es mi mecanismo de defensa cuando me siento vulnerable, porque esto de ponernos emotivos nunca ha sido mi fuerte. Ni el suyo tampoco. ¿Por qué no me advirtió de que íbamos a hacerlo en privado? Podría haberme preparado algo.

—Jude, antes de ti, pensaba que estaba demasiado roto, que había demasiadas piezas sueltas dentro de mí como para que alguien pudiera quererme por lo que soy. Pero entonces llegaste tú, y no solo te quedaste, sino que me enseñaste que juntos somos capaces de cualquier cosa.

—No me hagas esto, Dan.

Pero él me ignora y sigue con su discurso:

—Prometo seguir compartiendo contigo todos mis sueños y mis miedos, aunque a veces me cueste. Prometo sostener tu mano cuando todo se ponga difícil y bailar contigo cuando la vida nos

regale esos pequeños momentos de felicidad. Porque tú eres mi luz, Judith. Mi cómplice perfecta. Mi todo.

—Dan, ¿qué hago yo ahora? ¡Me dijiste que…! ¡No he escrito nada! —insisto, intentando que no note el nudo en mi garganta—. Me dijiste que no querías que hiciéramos votos, me dijiste…

—Está bien, Florecilla. Ha sido espontáneo, no hace falta que digas nada.

—No, quiero hacerlo. —Mi voz tiembla, pero consigo empezar—: Cuando te conocí, pensé que estabas completamente loco. Y ahora sé que tenía razón, lo estás… —consigo que sonría—, pero también sé que nunca he amado a nadie como te amo a ti. Eres mi caos y mi calma, mi compañero de aventuras. Prometo elegirte cada día, en los momentos fáciles y en los difíciles. Prometo estar contigo en cada paso, en cada tropiezo y en cada locura que se te ocurra. Prometo seguir perdiéndome en tus ojos y prometo seguir haciendo café horrible solo para verte protestar y que después lo prepares tú mejor para los dos.

—Y yo prometo seguir haciéndote café, siempre y cuando dejes de romper las tazas que traemos de los viajes. ¡Eres una ruina, pelirroja!

Una mueca culpable se escapa de mis labios. Es cierto que estoy acabando con todas las tazas del planeta, pero es que tienen una habilidad pasmosa de resbalarse de mis manos, es como si estuvieran recubiertas de mantequilla.

Cuando terminamos nuestros votos, el nudo de mi garganta apenas me deja respirar. Pero Dante me regala esa sonrisa suya que siempre consigue calmar cualquier tormenta.

—¿Lista para esta nueva aventura, mi Cómplice Perfecta?

Sus manos descansan en mis caderas, acercándome hacia su cuerpo. Y sé que no me está preguntando por Asia, ni siquiera por México o por los viajes que vengan en un futuro. Se refiere a esta nueva etapa que estamos a punto de comenzar.

—Lista para lo que venga, mientras lo afrontemos juntos.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente, pelirroja. Ahora no.

Levanta nuestras manos entrelazadas para que nuestros anillos brillen con el sol de la tarde. La promesa de todo lo que está por

venir.

Nos besamos bajo el cálido sol de Positano y, por un instante, todo es perfecto. Los fantasmas de su pasado todavía están ahí, pero ya no nos persiguen; los hemos dejado atrás.

Dante no es solo el hombre que amo, es mi compañero en cada sentido de la palabra. Y aunque todavía nos esperan retos, la diferencia es que ahora los enfrentaremos como un equipo. Porque, al final, los secretos familiares, los misterios y los sueños son solo el telón de fondo. Nosotros somos la verdadera historia.

[10] Descubrirás esta leyenda en la primera novela conjunta de Charlotte T. Loy, Jessy CM y Deborah P. Gómez.

[11] Podrás descubrir esta historia en mi saga *El caso McGowan*, disponible en Amazon.

PETICIÓN ESPECIAL



Si esta novela te ha tocado, aunque sea un poquito, quiero pedirte un favor muy especial. Déjame una reseña. Una valoración. Unas palabras. Las que te nazcan. Si compartes tu experiencia en redes, Amazon y Goodreads me hará infinita ilusión leerte.

No imaginas lo que significa para una autora que alguien se detenga cinco minutos a escribir lo que ha sentido. Las reseñas no son solo números: son el motor que permite que más lector@s descubran la historia y que yo pueda seguir creando mundos donde perderte (y encontrarte).

Y si te apetece, corre la voz. Recomiéndasela a ese amigo/a/e que ama el drama, el romance o los personajes un poco grises para que también se enamore de Dante Ricci.

Etiquétame en **@deborahpgomez** (Instagram, Facebook o TikTok) y usa los hashtags **#PABCP**, **#PsicopataAzulBuscaComplicePerfecta** o **#deborahpgomez**. Me paso por todas, prometido.

Gracias por dejarte atrapar.
Gracias por sentir conmigo.
Y gracias, siempre, por estar al otro lado.

Club de lectores en Telegram

Si te apetece formar parte del club de fans y ser de l@s primer@s en enterarte de las últimas novedades, eventos, tener acceso exclusivo a preventas, o simplemente charlar un rato con gente maravillosa, puedes unirte con este código QR. ¡Te esperamos!

AGRADECIMIENTOS



Mis lectoras cero bien saben lo mucho que me ha costado clasificar esta novela. Cuando alguien me preguntó de qué género era, me quedé en blanco. ¿Comedia romántica? Empieza así, pero luego se tuerce. ¿*Dark romance*? ¿*Thriller* psicológico y romántico? Podría ser, pero tampoco encaja del todo en los clichés del género.

Al final, como bien dice mi amiga **Carmen de La Biblioteca de Carmen**, esta novela es «un Deborah P. Gómez»: un batiburrillo de cosas, un riesgo… quizá un acierto, si he conseguido que te mantenga enganchad@ a esta historia hasta la última página.

Charlotte T. **Loy** insiste en que es un dramón en toda regla. Una de esas historias que tienen de todo, desde el sarcasmo que caracteriza a mis obras, hasta un romance oscuro con tintes *spicy*.

Una historia intensa y *sexy*, llena de secretos sobrecogedores, personajes con un pasado oscuro y romance de alto voltaje.

Jessy CM la ve como una montaña rusa emocional. Una novela llena de intriga, tensión, secretos y unos personajes que te enganchan de principio a fin.

Laurelleeyescribe dice que es mi novela que más ha disfrutado hasta la fecha (y no está condicionada por su pasión por Italia, ¡qué va!). La describe como turbia, intensa y adictiva. Inteligente como una tela de araña perfectamente hilada y un cuadro barroco para jugar con el lector. Pero, sobre todo, como un tremendo viaje por la psique humana donde queda demostrado que el infierno está mucho más cerca y al alcance de nuestras manos de lo que pudiéramos pensar. Y que, por ahí, todas caemos rendidas y enamoradas de esa oscuridad.

Vero, de **@_románticasdelnorte** dice que empieza como una cita a ciegas digna de una romcom, pero enseguida se convierte en un suspense adictivo sobre culpas, secretos y un pasado que se niega a quedarse enterrado.

Y **mi madre** asegura que es un romance «de los que le gustan a ella, con muchas cositas», además de la primera novela que se lee del tirón sin pensar en si eran las dos de la tarde o las tres de la mañana.

Por estos buenos ratos que me habéis hecho pasar al leer mi historia antes que nadie, y el mal rato que os he hecho pasar yo a vosotras, quiero empezar esta página dándoos las gracias a vosotras, mis maravillosas **lectoras cero**, que me habéis acompañado en esta aventura y habéis hecho que sea tan especial.

Si hay alguien que también merece estar en los primeros puestos de esta página, ella es mi compañera de editorial y amiga **M. M. Ondicol**. Gracias por animarme a dar este paso, por convencerme, y por hacer que ocurra.

A **Colección Milamores** por darme esta oportunidad, y en especial a **JD** y a **Asun**, por todo el apoyo y hacerme sentir desde el primer día como parte de esta familia.

A **ti, lector/a/e** por elegir este libro, por dedicarle tu tiempo y por dejarte atrapar por esta historia. Porque sin ti, las palabras no

tendrían alas.

A mis **Supernenas Literarias**, **Charlotte T Loy y Jessy CM**, por

vuestra amistad, por esos momentos únicos, y por ese equilibrio perfecto que formamos juntas: tan diferentes, pero siempre en sintonía. Aunque cada una habéis querido un final distinto para esta historia (y solo pude complacer a una de las dos), ambas os enamorasteis de Dante y apostasteis por su inocencia desde el principio. Charlotte T. Loy es la precursora del movimiento #TeamSerena y Jessy siempre fiel al #TeamJude.

¿Y tú, con cuál te quedas?

A **Vero**, de **@_románticasdelnorte** por ayudarme a pulir las correcciones de esta historia y evitar que me volviera loca después de leerla veinte veces.

A mi compañera **Deborah G. Sánchez**, que me animó a buscar la mejor casa editorial para Dante y no dejarla cogiendo polvo en un cajón.

A **Miguel**, mi chico, mi brújula y mi inagotable fuente de inspiración. Quién nos iba a decir que aquella locura en Venecia sería el germen de todo esto. Por muchos viajes más que acaben traducidos en novelas. Gracias por caminar a mi lado y por ser mi puerto seguro.

A **Mary Moro** y **Marta Gomis**, que, aunque ellas no lo sepan, luchan en sus audios por el título de «fan número 1» con una pasión digna de novela. Sois las mejores.

A mi **familia y mis amigos**, de norte a sur y de este a oeste, por ser siempre mi refugio, y por permitirme soñar y construir historias. Me siento afortunada de tener tanta gente bonita en mi vida.

A mis **encantadoras y fieles lectoras del club de fans** en **Telegram** (lo siento si falta alguna, pero es que soy tan afortunada que el club crece cada día):

77168, @amiii40, Ana Belén, Ana Cañizares @anacanizares, @Anahílovebooks, @andreacm_books, Anna Millá, Araceli @ara_pasionporloslibros, @bibliotecadetania, Bidane R, @capipera, @charlottetloyauthor, @elenasantana80, @elmarcapaginasdeangy, @elypedarc, Emma, @entrelibrosyplancha, Ester @akanechan1986,

@1._estrellabonita, @eva_murias, @felicyHardy, @Flordeliss87, @galernica, @ganadorademipropiavida, @gema_lectora, Hari, Inma Pangliani @Impago Isabel @IsaCat7, @isi2112, @jessy_cm_writer, Jime, @johannamartinez8895, @la_biblioteca_de_carmen, Cristina @ladycuqui, Lady Marian @mpalpin, Karolina, @lalokadeloslibros_84, Sultana Yram, @laslecturassultanitabella, @laraGB78, @lauramendolazaro, @laurelleeyescribe, Blanca Veiga @leyendoconblanca, @leyendoconflor, @Libreando_book, @librosdevelaris2, Lorena @libroypalomitas, Luz Mary, @m.m.ondicol, @mamireadings, María Muñoz, @maribel_CP, @marichu_1808, Natalia, Natisa Isart, @NattSithiche, Nefertrini, Noelia Rodríguez Díaz, @nuriysuslibros, Ohiane @Ohiane28, PatriciaP, @paqui_81, @piliMoliner, @rinconcito_literario_2021, Rato, Raquel @lanenadelega_books, Ro, Rocío Mora, @ro_perdidaentrelibros, @_romanticasdelnorte, Rosa, @sandrallopis.escritora, Siena Bastida, Silvia Sibila, @SLC5777, @StaGirasol, @sraddiaz, @un_sofa_donde_leer, @valera_gomalva, Vanesa, Yaiza AZ @yaizaaz, Yoli, Yoly, @xxxVIBxxx,

A mis **lectoras habituales y *bookstagrammers* de confianza**, que habéis dedicado vuestro tiempo y un espacio en vuestros perfiles para reseñar mi novela, mostrarme apoyo y hacer que siga creciendo como escritora cada día.

A quienes habéis venido a verme a las ferias, comprado este libro, habéis participado en lecturas conjuntas y libros viajeros. Sois much@s, pero todas vuestras palabras tienen un rinconcito en mi corazón. Por nombrar a algunas:

@aguedagarciagimeno, @anitadevoradoradelibros, @antonella_en_letras, @beatrizgomez264, @centrocreassevilla, @desiree_naranjop, @edinemull, @ellatidodeloslibros, @ele_hp, , @entremontonesdelibros, @evalispm, , @iralda_books, @lectorahastaaltashoras, @lectoras_con_clase, @leyendoconestrella, @lizzi.bennet.75, @lolatoro_alexiablue, @luuciaa.18_zgz, @luzdetintalavada, @lybluebooks, @magicsemy, @mamitaxiyoli, Maria Jose Muriana, @mariayicentefly, @melanireads, @mirandabutterfly_escritora, @mtellofortun, @Natti_Ruano, @nayadeberna, @orecunchodacuruxa, @patrirtbcn,

@rocio.librosycuentos_, @rosabooks, @savilamegias, @sibilawound, @Silvita_book, @soyakura, @soylydiachas, @susana.bielsa, @tfc_lectora, @un_libro_en_mi_mesita, , @yeseniac84, @ yoli_siqiniqbooks, @yourstoriesmarketBCN…

Y muchas muchas más. ¡¡¡Muchísimas gracias a tod@s!!!

Con todo mi cariño,

Deborah P. Gómez

SOBRE LA AUTORA



Deborah P. Gómez es una escritora española que ha hecho de la mezcla de géneros su sello personal. Con una habilidad innata para entrelazar la comedia romántica con el suspense y la aventura, Deborah alterna entre la **publicación tradicional** —de la mano de nombres como Grupo Planeta, Penguin Random House y Mil Amores — y el mundo de la **autopublicación**.

Autora de la exitosa trilogía *El caso McGowan* y la saga *Carpe Diem*, su pluma no conoce fronteras: en 2026 dio el salto al mercado internacional con su primera novela en inglés, *You're the one that I want*. Sus historias están habitadas por personajes imperfectos que se convierten en héroes literarios, recordándonos que las mejores aventuras suelen nacer de la sencillez.

Adicta al café, al matcha y a coleccionar sellos en el pasaporte, Deborah utiliza sus viajes como motor de inspiración para crear personajes inolvidables y aventuras vibrantes. Su misión: hacerte reír, soñar y, sobre todo, a vivir intensamente sin moverte del sofá.

OBRAS PUBLICADAS

Saga *El caso McGowan*

1 *La Piedra del Sol*
.
2 *La Luna de Plata*
.
3 *Estrella de la Mañana*
.

Saga *Carpe Diem*

La noche que Thor me cambió los planes
La noche que Hércules me robó un beso

Novelas autoconclusivas

De «La vie en Rose» a la vida en «Grease»
Siete días para enamorarte, un año para olvidarte
Psicópata azul busca cómplice perfecta

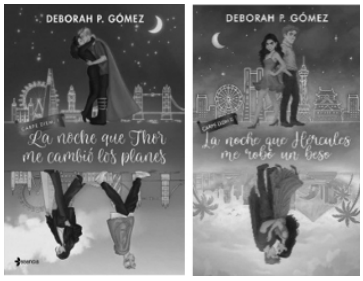
Colección Navidad

Farsa de amor en Christmas Land
Navidad con derecho a roce
Tantas Navidades y ninguna noche buena

En inglés

You’re the one that I want (De «La vie en Rose» a la vida en «Grease»)

SAGA CARPE DIEM



¿Cuántos sueños puedes cumplir en una sola noche? Descúbrelo con este *strangers to lovers* que te robará el corazón.

Cuando Sofía acudió a aquella aburrida **fiesta vestida de Catwoman**, lo último que pensó fue que acabaría **fugándose de la mano de Thor** y viviendo la noche más disparatada de su vida por culpa de esa lista que encontraron con **101 cosas que hacer antes de morir**.

Pero toda noche llega a su amanecer… Y esta ha dejado una resaca terrible.

Por suerte, la posibilidad de coincidir de nuevo con Thor en una ciudad de nueve millones de habitantes es bastante remota.

A no ser que **Thor haya llegado para quedarse.**

https://www.planetadelibros.com/libro-la-noche-que-thor-me-cambio-los-planes/411709

Ver en Amazon

EL CASO MCGOWAN



ALGUNOS PASADOS PUEDEN CONVERTIRTE EN SU ESCLAVO.

Elena, redactora en una revista de moda, se encuentra de repente investigando a Ethan McGowan, un hombre con más secretos que dólares en el bolsillo, que acaba de aterrizar en Londres.

Pero ¿quién es realmente Ethan McGowan?

A simple vista, tan solo un tipo atractivo con un ego muy alto, obsesionado con las culturas nórdica y azteca, y la historia de Valladolid. Pero, ¿es realmente culpable de todo lo que se le acusa? ¿Será Elena capaz de ser objetiva con un psicópata tan encantador?

CUANDO NO SABES QUÉ CREER, LO MEJOR ES DUDAR DE TODAS LAS VERDADES

Comienza así el caso McGowan, una investigación sin pies ni cabeza en la que presente y pasado se dan la mano y nada parece tener sentido. Lo único que Elena tiene claro es que la Piedra del Sol podría esconder un secreto que pondría patas arriba la historia de la humanidad.

LA NOVELA DE ROMANCE, SUSPENSE Y AVENTURAS QUE ESTABAS ESPERANDO.

La Piedra del Sol es la primera parte de la saga ***El Caso McGowan***, un *thriller* romántico con toques de humor y erotismo, que te llevará en un viaje apasionante alrededor del mundo y la historia.

Índice

Playlist 7
1. ¿Psicópata azul? Allá vamos 9
2. La mejor mala decisión de mi vida 19
3. Demasiado tarde para echarse atrás 33
4. La dama y el vagabundo 43
5. Esto sí que es una divina comedia 55
6. Me sentía menos solo cuando estabas aquí 65
7. Recuérdame cómo hemos acabado aquí 75
8. Hay amores que nunca mueren 93
9. Cumpliendo lo que te prometí 109
10. La segunda opción no estaba en el menú 119
11. La atracción no se puede ignorar 129
12. Amigos con derecho a… calentón 139
13. Una luz encendida en la noche 153
14. Hacer que te olvides de todo 161
15. Dos por el precio de uno 175
16. La peor actriz del mundo 183
17. Reuniendo las piezas del puzle 195
18. Besos de hiel 209
19. Dos malditas gotas de agua 221
20. Ese vestido es jugar muy sucio 233
21. Mi refugio y mi destrucción 245

22. Perdiendo la cabeza 253
23. Le odio con cada fibra de mi ser 265
24. Atrapado en una historia rota 273
25. ¿Y si fuera cierto? 281
26.
27. Lo que nunca supe que necesitaba 299
28. ¿Dónde está Serena? 311
29. ¿Quiénes fuimos? 319
30. Una rubia de piernas interminables 327
31. ¿Qué le digo? 335
32. El monstruo 347
33. Parte de mi mundo 361
34. Cómo revivir la adolescencia sin morir en el intento 371
35. Siempre serás mía 379
36. Caminando al borde del abismo 387
37. No quiero ser tu secreto 397
38. Fantasmas en un armario 409
39. El castillo de naipes 423
40. Sanar duele 433
41. Secretos en la piel 441
42. El hogar de mis demonios 453
43. El blasón de los Ricci 465
44. El caso Capri 471
45 485
46 497
47. Un amor roto 511
48. La vida y la muerte siempre van de la mano 517
49. El crimen perfecto 525
50. Una visita inesperada 533

51. El trágico final de un amor de verano 539
52. Bajo las estrellas de venecia 555
Epílogo. Psicópata azul encuentra cómplice perfecta 571